

ESTUDIOS PÚBLICOS

Nº 62

OTOÑO

1996

Marcial Echenique

Algunas consideraciones sobre el desarrollo de la infraestructura en Chile

José De Gregorio

Inflación, crecimiento y bancos centrales: Teoría y evidencia empírica

Juan Foxley R.

Inversión en portafolios internacionales desde Chile

Arturo Fontaine Talavera y

David Gallagher

Salman Rushdie: "Me interesa hacer cuadros religiosos para personas sin Dios"

David Gallagher

Encuentro con Salman Rushdie

John Gray

El liberalismo de Karl Popper

Carlos Verdugo

La filosofía de la ciencia de Karl Popper

Óscar Cornblit

Karl Popper, el historicismo y la narración

Jorge Estrella

El universo abierto de Karl Popper

Ryszard Kapuscinski

Muerte en el paraíso

Hans Christoph Buch

Matanza en el valle de las lágrimas

Joaquín Fernandois

Movimientos conservadores en el siglo XX: ¿Qué hay que conservar?

Alfonso Gómez-Lobo

Exposición breve de la metafísica aristotélica

Hermógenes Pérez de Arce

Plinio Apuleyo, Carlos A. Montaner y Álvaro Vargas Llosa: Manual del perfecto idiota latinoamericano

Óscar Godoy Arcaya

Antología política de Montesquieu

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

ESTUDIO

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO DE LA INFRAESTRUCTURA EN CHILE

Marcial Echenique

La economía chilena ha estado creciendo sostenidamente en los últimos años, y las proyecciones para los próximos quince años son relativamente optimistas. Este crecimiento económico, probablemente, se concentrará en las áreas urbanas. Este hecho, unido al incremento poblacional, se traducirá en un fuerte aumento en la demanda por suelo urbano e infraestructura. En este trabajo se sostiene que de no crecer la oferta de estos bienes se puede generar un gran cuello de botella, puesto que la infraestructura actual es insuficiente para satisfacer las necesidades presentes de transporte. Al aumentar los ingresos de la población, aumentará el número de viajes, muchos de los cuales se harán en automóvil. El parque automotriz crecerá en un 87% en los próximos quince años. Por consiguiente, señala Marcial Echenique, urge dar cabida a este crecimiento, pues si las demandas por infraestructura y suelos no se satisfacen y canalizan adecuadamente, la competitividad de la economía chilena se verá seriamente afectada, especialmente la de aquellos sectores más dinámicos de la economía chilena. Para evitar que los inevitables incrementos en la demanda por infraestructura y suelos se traduzcan en un freno al

MARCIAL ECHENIQUE TALAVERA. Doctor en Urbanismo. Profesor de Arquitectura y Urbanismo en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Realizó sus estudios de arquitectura en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Barcelona, España. Presidente de la firma consultora Marcial Echenique & Partners Ltd.

crecimiento económico, el autor propone en este estudio una serie de pasos a seguir. Asimismo, se sugieren ámbitos de acción, para el sector privado y para el Estado, que potencien la oferta de estos bienes y eviten desequilibrios costosos para el país.

1. Crecimiento Económico e Infraestructura

1.1. Crecimiento de la economía en Chile

Chile ha tenido un crecimiento económico sostenido en los últimos años, el que se espera que continúe en los próximos 15 años. Las últimas proyecciones¹ suponen un aumento del 133% hasta el año 2010, pasando el Producto Geográfico Bruto de US\$ 66.000 millones en 1995 a US\$ 153.000 millones en 2010. El crecimiento sería porcentualmente mayor en los sectores industriales y de servicios, los cuales se concentran en las áreas urbanas.

Por otra parte, la población de 13,8 millones aumentará, de acuerdo a las proyecciones, a 16,7 millones en el año 2010, lo que significa un incremento del 21%.

1.2. Cuellos de botella en el crecimiento:

Educación e infraestructura

Según se ha estimado, la oferta de mano de obra crecerá en 55%, más que la población, ya que la participación laboral se incrementa por la incorporación de la población femenina al mercado de trabajo. Así todo, con una expansión de la producción de 133% y un crecimiento del empleo de sólo 55%, es necesario aumentar la productividad laboral para poder alcanzar estas metas de producción. Por esto, uno de los mayores cuellos de botella que se presentan en Chile es el de la educación. Si no se consigue aumentar la productividad, se producirá una inflación en los costos laborales con el consiguiente incremento en los costos de los productos y servi-

¹ Las proyecciones usadas en este informe se basan en los estudios desarrollados por MECSA-INECON para el comité intercomunal de infraestructura en 1992 y por ME&P-MECSA-INECON para el Ministerio de Obras Públicas en 1995. El crecimiento del producto representa una tasa promedio anual de 5,7%. Naturalmente puede haber variaciones de año en año.

cios. Al hacerse dichos productos más caros, disminuye la competitividad del país, reduciéndose, por lo tanto, las tasas de crecimiento.

El otro gran cuello de botella que puede frenar altas tasas de crecimiento es la infraestructura. Éste se produce por falta de capacidad de las redes, fundamentalmente de transportes, para desplazar los insumos hacia los lugares de producción y llevar los productos elaborados a los consumidores finales. La infraestructura incluye el transporte (vialidad, ferrocarriles, puertos, aeropuertos y ductos), el agua, drenaje, energía y comunicaciones, y la infraestructura que permite la producción y los intercambios también incluye el suelo urbano y rural habilitado para la producción.

1.3. Demanda y oferta de infraestructura

La falta de infraestructura se produce porque el crecimiento de la demanda supera al crecimiento de la oferta. El crecimiento de la demanda de transporte de pasajeros es proporcional al aumento de la población, aunque también influye un mejor ingreso que genera mayor movilidad. Se estima que para los próximos 15 años el aumento de viajes de pasajeros será del orden de 30%.

El gran problema se suscita con el aumento del ingreso, que produce un desplazamiento de los viajes de pasajeros del transporte público al transporte privado, demandando mucho más espacio de vialidad. Se estima que el número de automóviles circulando en los próximos 15 años crecerá en un 87%.² Sin un correspondiente incremento de la capacidad de la infraestructura, la congestión aumentará muchísimo encareciendo los costos de producción.

El proceso de aumentar la oferta de infraestructura es difícil y conlleva un largo periodo de gestación: desde la planificación, la adquisición de los terrenos con todas sus dificultades legales y financieras, la construcción de la infraestructura y su operación.

1.4. Congestión en las infraestructuras

La congestión aumenta más que la demanda de infraestructura. Cuando las redes se saturan, es decir cuando llegan al límite de la capacidad, las

² Estas cifras suponen para el caso de Santiago una inversión importante en el transporte público, con prioridad para vías sólo buses y con inversiones en nuevas líneas de Metro. Si no fuese este el caso, la utilización crecería aún más.

velocidades disminuyen más rápidamente que el número de vehículos que transportan, hasta que el tráfico se detiene. Al disminuir la velocidad de circulación, los tiempos de viaje aumentan en forma directa. Estos tiempos influyen en los costos de transporte de las mercaderías, de los viajes de negocios y de los viajes por otros motivos: trabajo, compras, recreación, etc.

Si la velocidad disminuye, por ejemplo, a la mitad, los tiempos aumentan al doble, lo que significa duplicar los costos de transporte. Esto se debe a que se necesitará el doble de camiones para transportar la misma carga, consumiendo el doble o más de combustible (por la pérdida de eficiencia en velocidades bajas) y con un aumento proporcional de conductores. La incidencia de los costos de transporte en el valor de los productos finales, aunque significativa, no supera el 10%. Pero más importante que el precio del transporte es la disponibilidad de los insumos. Si éstos son difíciles de obtener por falta de seguridad en el transporte, obliga a los productores a hacer mayores pedidos y almacenarlos, con el consiguiente aumento de costos por inmovilización del capital. Además, la necesidad de espacio para albergar los mismos incrementa los costos de arriendo o compra de almacenes, etc. La congestión también eleva los precios de los insumos por falta de oferta en épocas de expansión en la producción, generando inflación. Como se ve, la congestión acarrea un aumento de costos de los productos más allá del efecto sobre los costos de transporte.

Asimismo, la congestión afecta el costo de la mano de obra. Si aumentan los tiempos de viaje de los trabajadores, éstos exigen un aumento de sueldo para compensar los costos extras y las inconveniencias de contar con menos tiempo libre. Si todas las empresas de un área están afectadas por la congestión como, por ejemplo, las del centro de la ciudad, estas empresas deben aumentar los sueldos para atraer a los trabajadores a dichas áreas. Es frecuente que los salarios para el mismo tipo de trabajo en los centros urbanos congestionados sean más caros que los de la periferia urbana. Estos costos de mano de obra se traducen en costos mayores de los servicios y productos con la consiguiente disminución de la competitividad del área.

1.5. Transporte y suelo

Los costos de transporte también influyen en los precios del suelo. Si estos costos aumentan, los valores del suelo en las áreas más accesibles también crecen. Tanto desde el punto de vista teórico como desde lo que indica la evidencia empírica hay una relación directa entre los costos de

transporte y los precios del suelo: las áreas que tienen mayor accesibilidad, —es decir las que tienen menor costo de transporte— son aquellas en que los precios del suelo son más altos. Esto, como consecuencia de que la demanda por localizarse allí es mayor que en otros puntos de peor accesibilidad, vale decir, de mayor costo de transporte. De ahí que una región de alto crecimiento de actividades productivas o residenciales, que mantenga inalterada la oferta de suelo urbanizado accesible, genera un aumento en el valor de los suelos, que se traduce a su vez en aumento de los arriendos y precios de ventas de las construcciones. Aunque estos aumentos de precios son transferencias desde los sectores productivos a los propietarios del suelo y urbanizadores, distorsionan los costos de los productos haciéndolos menos competitivos en los mercados finales.

Por lo tanto, la congestión afecta directamente los costos de transporte de los productos: incluyendo bienes de consumos e intermedios, incluso los bienes exportables. Afecta indirectamente a los precios de los productos por la necesidad de almacenamiento y por la escasez que se puede generar. También influye en los costos laborales y en los precios del suelo. Los precios del suelo afectan el costo de las viviendas (una fuente adicional de presión sobre los costos laborales), los costos de las industrias, comercios y oficinas (influyendo en los costos de bienes y servicios). De esta forma, la congestión influye importantemente en los factores de la producción: mano de obra, suelo e insumos.

1.6. Aumento de la infraestructura

Para aumentar la capacidad de la infraestructura es necesario planificar con bastante anticipación por la dificultad de desarrollarla. El costo de adquisición de los terrenos, que a veces son difíciles de conseguir y requieren decretos expropiatorios, unido a los costos de construcción y operación, hace que el aumento de la capacidad no sea un proceso fácil. Aun más, el mejorar la capacidad en un eslabón de la cadena de transporte tiene poca efectividad, ya que la congestión puede trasladarse a otro más adelante. Por eso la planificación de transporte y de las infraestructuras en general debe hacerse en forma sistemática, es decir, en forma global.

El aumento de la capacidad de infraestructura interurbana tiene, generalmente, menos dificultades que el aumento de la capacidad de la infraestructura urbana. Construir una nueva carretera rural, por ejemplo, requiere un esfuerzo importante de coordinación, diseño, adquisición del suelo y construcción, pero no presenta mayores dificultades. En cambio,

construir una nueva carretera urbana requiere un esfuerzo inmenso de planificación para hacerla efectiva sin afectar irreversiblemente el patrimonio histórico y cultural. Sobre todo, el costo de adquisición del suelo urbano, con la consiguiente destrucción de inmuebles y otras instalaciones, es gigantesco, lo que dificulta mucho la expansión de la capacidad de la infraestructura urbana.

Desgraciadamente, el mayor aumento de la producción, como se ha hecho notar, se producirá en las áreas urbanas, con la dificultad inherente de expandir la infraestructura de dichas áreas. Si no se consigue hacerlo, necesariamente se producirá una paralización del desarrollo económico, como ha ocurrido en otros países cuyo crecimiento económico se ha detenido por la pérdida de eficiencia en las áreas urbanas.

2. Importancia de la Región Metropolitana

2.1. Concentración de los sectores más dinámicos

Como se ha dicho en el capítulo anterior, la expansión de la capacidad de las infraestructuras existentes es muy difícil en las zonas urbanas. En el caso de Chile la mayor dificultad se produce en la Región Metropolitana. Ésta tiene un papel fundamental en la economía nacional y, por lo tanto, un aumento de costos en la región afecta los costos de producción de todo el país.

La Región Metropolitana concentra el 39% de la población del país y más de la mitad de los sectores profesionales. Contiene las áreas más dinámicas de la economía nacional: al interior de ella se elabora el 46% de la producción industrial y el 61% de los servicios. Estos últimos juegan un papel de vital importancia para el desarrollo futuro del país, ya que son los que manejan el ahorro nacional, canalizan las inversiones tanto nacionales como extranjeras, diseñan y evalúan, a través de las empresas consultoras, los proyectos de inversión y la gestión de la producción.

Un aumento de costo en la región, ya sea producto de la congestión en los transportes o por congestión en los suelos urbanos, repercute directamente en más de la mitad de la producción del país e indirectamente en la otra, ya que la Región Metropolitana es la gran abastecedora de los insumos industriales y de los servicios que requiere el resto del país.

Como se vio anteriormente, la congestión influye en los precios de los productos por el aumento del costo de transporte, necesidad de almacenaje y por la escasez de los, mismos cuando ellos se necesitan. También la

gestión influye en los precios de compra de los inmuebles residenciales y comerciales. Esto, a su vez, influye en los costos de la mano de obra.

2.2. Limitaciones al crecimiento de Santiago

Hay varias formas de limitar el crecimiento de una ciudad: a través de regulaciones, tales como la imposición de límites urbanos; por medio de una política de precios, tal como la imposición de gravámenes relacionados con la localización de la producción o el transporte (por ejemplo, tarificación vial), o, directamente, por la reducción de las inversiones.

Todas estas formas de limitación se están introduciendo o discutiendo como posibles instrumentos para detener el crecimiento de Santiago. Las restricciones al desarrollo urbano han sido aprobadas a través del Plan Regulador Intercomunal. Ellas "congelan" el área urbana y no permiten el desarrollo contiguo, fomentando el desarrollo de nuevas ciudades más lejos del área urbana. Estas limitaciones tienen como objetivo aumentar la densidad del desarrollo urbano que actualmente es de 100 personas por hectárea a 150 personas por hectáreas, es decir, un 50%.

La consecuencia obvia de esta limitación será el aumento del valor del suelo, lo que afectará directamente el precio de las construcciones industriales e indirectamente el costo de la mano de obra.

Como se verá más adelante, la demanda por suelo y construcciones aumenta más que la población, debido a que, al incrementarse el ingreso, la demanda se expande aún más. También influye el crecimiento de la producción. En este contexto, las demandas inmobiliarias y del suelo crecerán en un 67% en los próximos 15 años. Con una política de restricción urbana el valor del suelo crecerá más que este porcentaje, ya que las alternativas de localización fuera del área urbana no tienen la misma accesibilidad al mercado laboral ni al de los insumos industriales y de servicios.

La otra consecuencia de la limitación del área urbana es el aumento de la congestión. Si la densidad poblacional crece en un 50% como lo pretende hacer el Plan Regulador Intercomunal y, a su vez, el número de automóviles se duplica, la congestión se triplicará. Esta estimación no considera el incremento en la población, ni la expansión de la producción. En la realidad, este aumento será imposible, si no lleva consigo un desarrollo de la infraestructura. Puede concluirse que con esta política se incrementará inevitablemente el costo de la producción, con la consiguiente disminución del crecimiento económico de la región y el empobrecimiento de todo el país.

Otras políticas de precios, tales como fijar impuestos más altos a las actividades localizadas en la Región Metropolitana o no invertir en la expansión de la infraestructura, conllevan un encarecimiento de los productos, que, como se ha visto anteriormente, afecta a la mitad de la producción del país.

Es importante recalcar que el aumento de precios es justificable cuando los productores o los consumidores no tienen internalizados los costos sociales generados por la producción y el consumo. Esto puede producirse en el caso del transporte cuando los usuarios de transporte no internalizan los costos que imponen a los demás usuarios que utilizan las vías congestionadas. Hay una vasta literatura en la que se justifica en estos casos gravar con impuestos adicionales a los usuarios.

2.3. Santiago y su competencia

La pregunta que cabe hacerse con respecto a las limitaciones impuestas al crecimiento de Santiago es: ¿Se desplazaría este crecimiento a otras regiones de Chile, equilibrando más el desarrollo del país?

La respuesta en estos momentos es: probablemente algo de este crecimiento se desplace, pero a un costo grande para la economía nacional. Es decir, si se aceptan tasas menores de crecimiento nacional, se podría desplazar algo del crecimiento de Santiago a otras regiones.

En economías internacionalmente abiertas como es la chilena —y hoy también las de los otros países latinoamericanos—, la competencia se da entre metrópolis de distintos países y no entre ciudades dentro de un país. Los sectores más dinámicos de la economía, tales como el mercado de capitales y los servicios sofisticados, se desplazan de un país a otro sin mayores dificultades. Un aumento de los costos de producción de estos servicios, debido al incremento en los costos laborales de los profesionales y empleados, motivados por la congestión y el incremento del valor del suelo, puede desplazar parte de estos servicios a otras metrópolis latinoamericanas: Buenos Aires, Lima y Sao Paulo.

Un factor que puede afectar mucho la percepción de los inversionistas extranjeros es la calidad de vida de una ciudad, la que se aprecia por la disponibilidad de viviendas de alta calidad a precios razonables, los servicios educacionales, culturales, sanitarios y recreacionales existentes, y sobre todo el nivel de congestión y contaminación. La contaminación del aire, agua y sonido es de vital importancia para un ejecutivo extranjero que tiene que instalar a su familia en una ciudad. Santiago, desgraciadamente, ya

tiene un alto índice de contaminación y si esto empeora como va a ocurrir con el aumento de la congestión, puede paralizar la instalación de empresas extranjeras en Santiago. Otras capitales regionales chilenas no tienen la calidad y disponibilidad de servicios como para atraer a las empresas extranjeras en el corto y mediano plazo.

El impacto en la contaminación del aire por la congestión es muy importante. Por ejemplo, si la velocidad de circulación se reduce a la mitad, el gasto de combustible y por lo tanto las emisiones de contaminantes aumentan más que el doble. Esto se debe a que a velocidades bajas y en condiciones de frenadas y aceleraciones continuas, la eficiencia de los motores disminuye mucho. De esta manera, los motores funcionan el doble de tiempo para recorrer la misma distancia y, además, a menor rendimiento. El mayor problema de la contaminación ambiental en Santiago son las partículas y esto se debe, en parte, a los motores diesel del transporte público y, en parte, al polvo en suspensión por la erosión y la falta de pavimentos. También hay problemas con la contaminación producida por los autos. Ésta tiende a reducirse con la introducción de catalíticos, pero las reducciones serán compensadas por el aumento del número de vehículos circulando y por la congestión creciente.

2.4. Las causas del crecimiento de Santiago

Existe un gran mito en la percepción de las causas del crecimiento de Santiago. Se cree que la población del país se desplaza a Santiago por las oportunidades que se dan en esta región, reduciéndose el crecimiento en el resto del país. Nada más lejos de la verdad. El concepto del "cáncer" santiaguino existe en la mentalidad del público y de ciertos profesionales que consideran como un crecimiento enfermizo el de la metrópoli.

De hecho, el crecimiento de Santiago no se produce por inmigraciones hacia la capital, se produce en términos numéricos por el crecimiento vegetativo de la población, que en todo caso es menor que en el resto del país. Se estima que en los próximos 15 años el número de hogares pase de 3,4 millones a 4,5 millones para todo el país.³ El número de hogares crecerá más que la población (21%) debido a la reducción del tamaño familiar de 4,06 personas por hogar en 1995 a 3,72 personas por hogar en 2010. Este crecimiento es del 32% para el país. Se estima que la Región Metropolitana

³ Véase informe ME&P-MECSA-INECON (1995).

crecerá a una tasa menor pasando de 1,4 millones de hogares en 1995 a 1,6 millones de hogares en 2010, lo que representa un 19%, inferior al promedio del país.

Puede decirse que el crecimiento de la Región Metropolitana no se debe a la absorción de la población del resto del país. Por el contrario, la Región Metropolitana es y será una exportadora neta de población al resto del país.

Las causas del crecimiento de Santiago en términos físicos (suelo y transporte) es fundamentalmente consecuencia del aumento en el ingreso, lo cual es producto del crecimiento económico del país. Para explicar este efecto es interesante ver las características de los hogares por grupo socioeconómicos. El Cuadro N° 1 resume dichas características.

CUADRO N° 1 CARACTERÍSTICAS DE LOS GRUPOS SOCIOECONÓMICOS

Grupo	Ingreso (US\$/mes)	Vivienda (m ² /hogar)	Movilidad (Viajes/hogar-día)*	Viajes en auto
Alto	3.000	170	5,64	77,30%
Medio	663	85	4,56	24,10%
Bajo	367	45	3,60	—

* Viajes ida y vuelta basados en el hogar.

El grupo alto que representaba en 1995 el 8% de los hogares utiliza 170m² en vivienda y genera 5,64 viajes (de ida y vuelta) por día, de los cuales sobre el 77% es en auto. Para el año 2010 este grupo representará el 20% de los hogares.

El grupo medio pasará del 48% al 62%, mientras que el grupo bajo que representaba el 49% en 1995 pasará a ser sólo el 19% de los hogares. Esto se muestra en el Cuadro N° 2 y el Gráfico N° 1.

El impacto de este crecimiento en Santiago es explosivo, demandando un aumento inmobiliario sustancial y un aumento de la movilidad, sobre todo en auto, de gran importancia. Esta es la causa fundamental del crecimiento físico de la capital: el cambio de grupos bajos a grupos medios, y el de grupos medios a grupos altos, con las consecuencias de aumento de superficie construida y de movilidad.

La única forma de reducir el crecimiento de los hogares que ya están en la Región Metropolitana es poner límites al aumento del ingreso familiar, es decir, el empobrecimiento de la población en relación a su potencial.

CUADRO N° 2 PROYECCIÓN DE HOGARES (,000 HOGARES)

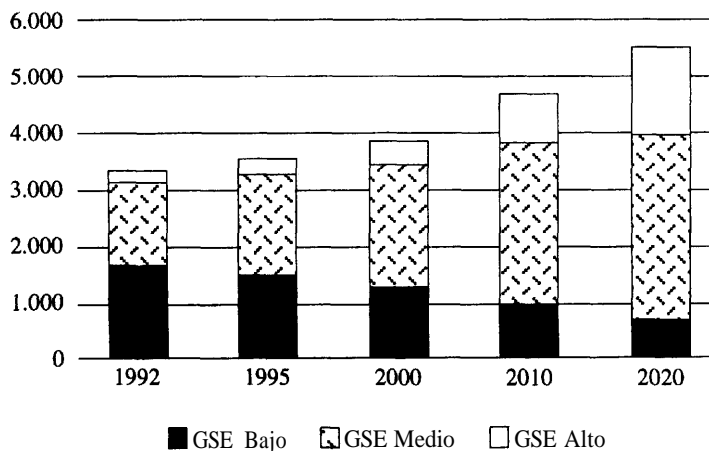
	1992	1995	2000	2010	2020	Variación 1995-2010
GSE Alto	191	259	405	878	1.524	239%
GSE Medio	1,436	1.632	1.946	2.771	3.141	70%
GSE Bajo	1.671	1.510	1.383	852	635	-44%
Total	3.298	3.401	3.734	4.501	5.300	32%

Como porcentaje del total de hogares

	1992	1995	2000	2010	2020
GSE Alto	6%	8%	11%	19%	29%
GSE Medio	43%	48%	52%	62%	59%
GSE Bajo	51%	44%	37%	19%	12%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INE.

GRÁFICO N° 1 PROYECCIÓN DE HOGARES
(Miles de hogares)



3. El rol del mercado

3.1. Agentes demandantes

Los agentes demandantes de suelo y de infraestructuras pueden dividirse en dos grandes grupos: hogares y empresas. Los hogares, como se ha visto anteriormente, pueden clasificarse en 3 grupos de acuerdo al status socioeconómico del jefe de la familia: grupos altos, que los constituyen los profesionales y empresarios con un nivel de ingreso mensual de más de US\$ 1.600; grupos medios que lo constituyen los empleados no manuales y los obreros calificados con un nivel de ingreso de más de US\$ 400 y menos de US\$ 1.600; y grupos bajos que los constituyen obreros no calificados y trabajadores rurales con ingresos mensuales de menos de US\$ 400. Cada grupo socioeconómico, por su nivel de ingreso, demanda vivienda de distintos tamaños y, por lo tanto, suelo urbanizado. También generan distintos números de viajes. Los grupos altos, por su parte, tienden a usar más el automóvil. Como se ha visto en el capítulo anterior, los grupos altos están creciendo mucho y se espera que en 15 años más constituyan casi el 20% de los hogares. En cambio, el 44% constituido hoy por los grupos bajos se reducirá al 20%. La implicancia de este cambio tan sustancial es el aumento de la demanda inmobiliaria y de movilidad en auto.

Existe, por lo tanto, una gran duda en relación a las políticas de vivienda que fomentan la construcción en altura para los grupos de ingreso bajo. Este grupo se reducirá al moverse hacia los estratos medios. Si no pueden mejorar sus viviendas progresivamente (por ampliación de dormitorios, baños, etc.), ya que están en edificios y no en casas, con terreno, estas viviendas tienden a abandonarse creando áreas de gran deterioro y problemas sociales. Es por eso que la construcción de vivienda social en alta densidad ha sido un gran fracaso en los países más desarrollados. Tanto en los EE.UU. como en Europa, los bloques en altura de vivienda social están siendo sistemáticamente demolidos. Las viviendas sociales que se favorecen son viviendas que tengan terrenos individuales, que permitan su expansión, estacionamiento del auto y cierta privacidad respecto de los vecinos, con acceso directo a la calle pública y sin áreas compartidas.

En relación a las empresas, éstas pueden clasificarse por tipo de producción: agrícolas, mineras, industriales, comerciales, etc. Las empresas que se localizan en áreas urbanas y que son las que más se expanden en términos de empleo, pueden agruparse en industriales, comerciales y de servicios. Todas ellas demandan, con el paso de los años, más superficie construida por empleo. Esto obedece a la mecanización de los procesos

industriales y a la mayor eficiencia de los trabajadores. En el caso de los centros comerciales, éstos requieren mayor espacio para estacionamiento, almacenaje y suelo para venta directa al público. Con el crecimiento económico, la demanda de superficie construida y de suelo aumenta proporcionalmente más que la población.

El aumento de movilidad (número de viajes) entre empresas para transportar los insumos industriales y los productos a los consumidores es directamente proporcional al crecimiento de la producción. Los viajes de negocio también aumentan mucho por la mayor actividad económica. Tanto la carga como los viajes de negocios tienden a usar más las vías, por el mayor número de camiones y camionetas de reparto y también por el uso del automóvil.

La demanda por transporte tanto de carga y pasajeros se reparte durante el día, produciéndose mayor demanda en las horas punta de la mañana y de la tarde. Las horas fuera de punta pueden significar mayor número de viajes que las horas punta, pero como se distribuyen en mayor número de horas, la congestión es menor. Los viajes a los lugares de trabajo y de estudio se concentran en las horas punta de mañana (7 a 9), mientras que para efectuar los viajes a compras y actividades sociales y recreacionales se reparten en las horas fuera de punta. Los viajes de negocios ocurren en las horas fuera de punta.

El Cuadro N° 3 resume las estimaciones para los próximos 15 años en términos de superficie construida residencial y empresarial.

El Cuadro N° 4 resume las estimaciones para los próximos 15 años en términos de viajes kilómetros de pasajeros y de carga.

CUADRO N° 3 DEMANDA INMOBILIARIA (MILLONES DE M²) REGIÓN METROPOLITANA

	1995	2010	Crecimiento %
Hogares	106	165	56
Empresas	39	52	33

CUADRO N° 4 DEMANDA MOVILIDAD (VOLÚMENES DIARIOS X KM) REGIÓN METROPOLITANA

	1995	2010	Crecimiento %
Pasajeros (miles)	113.000	147.000	30
Empresas Carga (miles ton.)	453	1.069	136

3.2. Agentes oferentes

La oferta inmobiliaria la desarrollan los operadores privados y públicos. Las empresas inmobiliarias ofrecen suelo urbanizado para la construcción habitacional y no habitacional. También desarrollan y ofrecen construcciones habitacionales y no habitacionales.

El sector público desarrolla vivienda social y, por lo tanto, es un agente importante en la oferta inmobiliaria. A través del Ministerio de la Vivienda y del Interior existen varios programas de oferta de vivienda para sectores de bajos recursos que condicionan el desarrollo urbano en áreas alejadas de la demanda por localización.

La oferta de infraestructura la desarrolla en su gran mayoría el sector público. La oferta de transporte y, en particular, la oferta vial han estado tradicionalmente en manos del Estado (Ministerio de Obras Públicas, Vivienda y Municipalidades). Actualmente se está comenzando a privatizar la oferta de infraestructura vial con el programa de concesiones. Esto permitirá que en el futuro la oferta se ajuste mejor a la demanda. El resto de la infraestructura de transporte y de otros servicios tales como el agua, desagüe, etc., sigue en manos del Estado aunque operen en régimen de empresa privada. Estas empresas pueden privatizarse y operar más libremente respondiendo a la demanda.

3.3. Limitaciones al mercado

Actualmente no se puede decir que el mercado urbano de suelo e infraestructura opere en un sistema de mercado libre. Tanto la oferta inmobiliaria como de infraestructura están limitadas o controladas por el sector público. Esto produce grandes distorsiones, que, en algunos casos, son buscadas por razones de distribución social y, en otros casos, son casuales, creando ineficiencias. En el caso del mercado de suelo existe una distorsión a través de los subsidios a la vivienda. Esta distorsión constituye una amplificación de la demanda por razones sociales, y permite a los recipientes de los subsidios optar a mayores tamaños de viviendas y mejores lugares de localización. Pero esto, además, produce una inflación de los precios del suelo. Las operaciones del MINVU en la adquisición de los terrenos para vivienda social también distorsionan el mercado. Otra distorsión en el mercado inmobiliario son las restricciones impuestas por los planes reguladores, especialmente en la imposición de los límites urbanos.

El mercado libre, aunque elimina distorsiones y genera una mayor eficiencia en la distribución del espacio, tiene serias limitaciones. La prime-

ra de ellas es la miopía de los operadores. Éstos tienden a tomar decisiones en el corto plazo sin considerar el impacto de mediano y largo plazo de sus operaciones.

Los agentes inmobiliarios privados saturan las áreas de gran demanda. Lo que les importa es, naturalmente, ganar dinero. Una vez que venden las construcciones, no es problema de ellos. Así se ve que las edificaciones en altura empiezan a limitar la calidad de las primeras edificaciones, tapándoles las vistas, reduciendo el asoleamiento, aumentando la congestión. Es por eso que se justifica una regulación general que proteja las inversiones privadas de los excesos de los operadores.

Estas protecciones también pueden ser impuestas a través de impuestos progresivos al aumento de densidad más allá de los que aconseja la norma general.

Asimismo, los operadores públicos actúan en forma miope. Lo que les importa es producir el máximo número de viviendas al menor costo. Estos costos son los que el operador incurre y no los costos sociales que generan, ya sea por aumento de los transportes o de las otras infraestructuras.

En relación a los transportes, el mercado libre también tienen limitaciones. Como bien se sabe los usuarios del transporte toman sólo en consideración sus costos privados cuando escogen la forma de movilizarse. El usuario de una vía congestionada impone un costo adicional a los demás usuarios de la vía. Por eso es que desde un punto de vista puramente de eficiencia económica, se justifica una tarificación por congestión para internalizar los costos sociales. Se justifica, además, incluir las externalidades medioambientales, tal como la contaminación del aire, etc., por la actuación de los usuarios u operadores del mercado.

Como conclusión puede decirse que los mercados de suelo y de infraestructura no pueden operar sin restricciones fundamentales, porque los operadores (agentes demandantes) no consideran las externalidades que imponen al resto de la ciudad.

4. El rol del Estado

4.1. Coordinación estratégica

El Estado debe proveer la coordinación entre los diferentes órganos de la administración y entre éstos y las empresas privadas. Evidentemente, el Estado es el único órgano con capacidad para expropiar las áreas afectadas por proyectos de infraestructura. Esta capacidad de expropiación a un

precio justo es esencial, ya que particulares pueden paralizar obras de gran importancia por negarse a vender algún suelo afectado. Para poder establecer los trazados de infraestructura es esencial la capacidad de planificación a mediano y largo plazo. Esta planificación debe ser a nivel estratégico, dejando los detalles tácticos a las empresas que participen en la construcción de las obras. También la operación del sistema puede ser independiente del Estado, siempre que exista un órgano regulador de monopolios.

La visión de mediano y largo plazo por parte del Estado reduce las incertidumbres de las empresas privadas y por lo tanto reducen el costo, ya que las primas de riesgo disminuyen.

La planificación por parte del Estado debe ir orientada a aumentar la eficiencia de las inversiones, tanto públicas como privadas, mejorar la distribución social de los beneficios generados por dichas inversiones y mejorar el medio ambiente. El primer objetivo: eficiencia, puede hacerse a través de estudios de costo-beneficio. Estos requieren la capacidad de prever el impacto del proyecto o política tanto para el operador público como para el privado (generalmente se hace a través de modelos de simulación de usos del suelo y transporte). Los beneficios tanto privados como sociales pueden ser comparados con los costos privados y sociales de las inversiones. Aquellas que superan la tasa imperante de descuento privada y social pueden ser consideradas como posibles, y aquellas que generan mayor rentabilidad deben gozar de una prioridad más alta.

El segundo objetivo: distribución, puede medirse como el porcentaje de los beneficios generados y recibidos por los distintos grupos socioeconómicos. También puede medirse como el porcentaje de los beneficios generados que recibe cada área de la ciudad, región o país. Puede haber proyectos o políticas que generan una tasa de retorno social menor que otras, pero, en cambio, su incidencia sobre la distribución social puede ser mejor, afectando más positivamente los grupos más desfavorecidos.

La decisión obviamente debe ser política, ya que balancear la eficiencia versus la equidad social y medioambiental es un problema de criterio político.

El último objetivo: calidad medioambiental puede medirse a través de indicadores que calculen las emisiones contaminantes del entorno (aire, agua, ruido, suelo, etc.) como resultado de las políticas y proyectos por desarrollar. También hay que evaluar los impactos que tienen los proyectos en el patrimonio natural y cultural del país. Estos indicadores, por el momento, no pueden ser reducidos a cifras económicas, aunque sí son cuantificables. El peso de estos factores en la decisión final son subjetivos y, por lo tanto, deben de reflejar las preocupaciones y la disposición a pagar por parte de los ciudadanos (a través de mayores impuestos).

Esto puede hacerse por comparación de dos alternativas en que una genera una eficiencia mayor pero implica destrucción, por ejemplo, de un paisaje natural, frente a otra en que el costo es mayor y que reduce la eficiencia, pero protege el paisaje. Este tipo de decisiones tiene que ser tomado por el Estado, ya que la empresa privada no necesariamente percibe económicamente el beneficio.

Existe, por lo tanto, un rol insustituible del Estado en la coordinación de los programas y en su evaluación para hacerlos más eficientes, equitativos y mejorar la calidad medioambiental. Para ello el Estado tiene 3 tipos de instrumentos: políticas de precios (impuestos y subsidios), políticas de regulación (de suelo y transporte) y políticas de inversiones directas o indirectas (concesiones).

4.2. Políticas de precio

El Estado debe tener la capacidad para afectar los precios de mercado, de modo que los agentes internalicen las externalidades que causan. Esto quiere decir que un agente demandante, como puede ser una persona usando su auto en una calle altamente congestionada, pague no sólo su costo privado (costo de operación del auto y tiempo perdido), sino que también pague por lo que a éste le corresponde en la elevación de los costos a los demás usuarios de la calle. Este procedimiento mejora la eficiencia del sistema, ya que reduce la demanda a la capacidad ofertada, desviando los tráficos marginales a otras calles o modos de transporte. Aún más, mejora la capacidad ofertada, pudiendo circular, en promedio, más vehículos que en la situación sin pago.

Los ejemplos de externalidades que los agentes inmobiliarios generan son extensas: congestiónamiento del suelo con efecto lesivo para otros usuarios por obstrucción del sol, intervención en la privacidad, congestiónamiento de las calles, etc., que generalmente desvalorizan las inversiones privadas anteriores. Por eso el Estado, a través de las municipalidades, puede dar un derecho (igualitario) de uso del suelo con cierta intensidad (densidad) máxima. Si a los privados les interesa desarrollarlos más, deben adquirir el derecho de los propietarios cercanos y así establecer un mercado del espacio. Alternativamente, el Estado puede establecer impuestos crecientes al desarrollo sobre la norma máxima, para compensar las pérdidas generadas a los demás usuarios, con nuevos proyectos de mejoría ambiental y de circulación.

Los operadores de transporte, tal como los concesionarios de vías urbanas, pueden generar externalidades positivas al reducir la congestión

de las vías no concesionadas, cuyo beneficio no puede ser captado por los concesionarios. El Estado puede, entonces, subsidiar la construcción u operación del concesionario, si ello es necesario para hacerla rentable privadamente.

En situaciones de monopolio espacial, las políticas de precio en sistemas territoriales deben ser analizadas y coordinadas por el Estado. Por ejemplo, un concesionario privado puede considerar un peaje suficiente para rentabilizar su inversión y operación. Pero dicho peaje puede generar mayor demanda en accesos, por ejemplo al centro de la ciudad, que no pertenecen al concesionario. El Estado puede fijar un peaje mayor (a través de un impuesto adicional) para reducir la demanda en los accesos al centro. Esta tarificación por congestión no debe necesariamente llevarse al concesionario, ya que este instrumento tiene el propósito de optimizar el conjunto del sistema.

4.3. Políticas de regulación

Las regulaciones son necesarias para imponer restricciones a los usos de suelo y de las infraestructuras. El objetivo de estas regulaciones es incrementar la eficiencia o proteger el medio ambiente, etc. Las regulaciones son necesarias porque el mercado falla en situaciones de mediano y largo plazo. Por ejemplo, el anticipar la construcción de un camino con la reserva de una faja de tierra para este propósito es altamente eficiente en el mediano y largo plazo. En efecto, la construcción de la infraestructura será menos costosa, las incertidumbres y dificultades para adquirir los terrenos se reducen y, sobre todo, no se invertirán recursos en construcción que posteriormente se tendrán que demoler. Igualmente, puede ser necesario reservar espacios para usos futuros de tipo institucional, tales como escuelas y parques.

Las regulaciones también son necesarias para aumentar la eficiencia del sistema. Por ejemplo, las señales de tránsito tales como los sentidos únicos, los semáforos, etc., regulan la utilización de la vialidad, haciéndola más eficiente (mayor capacidad), y evitan accidentes.

Las regulaciones son más necesarias cuando existen situaciones monopolísticas. Para esto se han desarrollado oficinas de regulación para cada sector específico: comunicaciones, energía, etc. Lo mismo debe de hacerse para el suelo y la infraestructura de vialidad, ferrocarriles, etc. Estas oficinas de regulación deben desarrollar criterios transparentes en la fijación de los precios, en el nivel o estándar de servicios esperados, etc. De esta forma, la empresa privada puede ejecutar las inversiones y operar el sistema correspondiente teniendo un marco legal estable, y así reducir los riesgos.

4.4. Políticas de inversiones

Las inversiones privadas tienden a concentrarse en el mercado del suelo inmobiliario. Las inversiones públicas tienden a concentrarse en el mercado de las infraestructuras. La razón fundamental es la dificultad de regular el sistema de infraestructuras en un mercado libre. Todas las infraestructuras pueden estar en manos de concesionarios que tengan la capacidad de invertir en la ejecución de la infraestructura, operar el sistema en forma eficiente y transferir al Estado la concesión cuando ésta termine.

La gran ventaja del sistema de concesiones de infraestructura es su eficiencia. Primeramente, los concesionarios serán más prudentes en la apuesta por una obra. Si éstos ven que la rentabilidad es baja, exigirán subsidios por parte del Estado. Éste, a su vez, tendrá que plantearse si vale la pena dicho subsidio por razones sociales o ambientales. Segundo, los concesionarios tendrán que construir y operar eficientemente para mejorar su rentabilidad. Finalmente, el sistema de peajes hace más fácil el principio del pago por parte de quien usa las infraestructuras.

La gran desventaja del sistema de concesiones de infraestructura es el riesgo. Primeramente, los concesionarios pueden verse afectados por cambios de políticas de precio, regulaciones e inversiones por parte del Estado. Estos cambios son necesarios como consecuencia de la evolución del sistema y, por lo tanto, el Estado no puede prescindir de ellos.

Segundo, las infraestructuras operan como sistema. Es decir, son redes en las cuales unos elementos o enlaces afectan a los otros. Por eso que un concesionario puede verse seriamente afectado por otro concesionario o por el Estado al cambiar alguna parte del sistema. Finalmente, la operación del sistema a través de cobros al usuario siempre es más complicada que a través de impuestos generales. Esto hace que se reduzca a veces la capacidad de la infraestructura, como por ejemplo en las plazas de peajes

5. Temas a investigar

5.1. Conclusiones

Como se ha señalado anteriormente, Chile tiene grandes desafíos en materia de infraestructura para continuar creciendo económicamente. Los mayores desafíos se presentan en las áreas urbanas, especialmente en Santiago. Para superar los problemas de la falta de capacidad en la infraestructura se requiere, como se ha visto, una intervención importante por parte del

Estado para regular en forma coherente la acción pública y privada en los mercados de suelo y transporte. Estos mercados están interrelacionados y por lo tanto deben de ser tratados en forma conjunta. También el Estado debe intervenir en los precios del mercado de suelo y transporte para mejorar la eficiencia del sistema e internalizar las externalidades generadas por los agentes del mercado: demandantes y oferentes. Finalmente, es necesario tener una política coherente de inversiones públicas y privadas (a través de concesiones) para aumentar la capacidad de la infraestructura con una disminución del riesgo empresarial.

Existen, sin embargo, incógnitas que deben ser investigadas más profundamente para aclarar las opciones a políticos y a empresarios en materia de infraestructura. Éstas son:

5.2. El rol de Santiago en la economía nacional

- Características de la economía en la Región Metropolitana y sus relaciones con el resto de la economía nacional. Esta investigación debe concentrarse en definir los sectores productivos (industriales y de servicios) que son los motores de la economía nacional y que difícilmente se desplazarían a otros centros regionales, ya que requieren de mano de obra muy especializada y de servicios sofisticados para mantener o mejorar la productividad del país.
- Naturaleza del crecimiento de Santiago. Determinar si la inmigración de las regiones a la Región Metropolitana es significativa o no. Con un estudio del Censo de 1992 se podría clarificar este aspecto. Sospecho que la emigración de la Región Metropolitana a las demás regiones es mayor que la inmigración. Las causas del crecimiento físico son, en parte, consecuencia del crecimiento vegetativo de la Región Metropolitana, pero principalmente el resultado del aumento del ingreso que hace crecer la demanda inmobiliaria y de movilidad con la compra de automóviles.
- Posibilidad y conveniencia de limitar el crecimiento de Santiago. Este estudio debe concentrarse primeramente en la posibilidad real de detener el crecimiento físico a través de planes reguladores. (Probablemente será difícil, ya que la parcelación de áreas rurales es un hecho imposible de revertir.) Segundo, si es posible limitar, cuáles serían las consecuencias de dicha política? ¿Cuáles serían los costos asociados con dicha política? ¿Cuáles serían los beneficios?

En favor de la limitación se argumenta lo siguiente:

- Protección de las áreas agrícolas (pero las limitaciones impuestas por el Plan Regulador protegen también áreas no agrícolas). ¿Se debe proteger a un productor en detrimento de otros?
- Reducción de los costos de infraestructura: calles, agua, alcantarillado, etc. ¿Es cierto esto? Probablemente la congestión aumente, encareciendo las inversiones en infraestructura para reducir la congestión (por ejemplo, pasos bajo/sobre nivel, etc.). Así y todo, los costos de urbanización no pasan más allá del 15% de los costos inmobiliarios. ¿Vale la pena reducir los costos de ese 15% aumentando los costos de suelo?
- Disminución del largo de los viajes. ¿Es correcto esto? Se asume que en una ciudad más compacta la gente viajaría más a pie o en transporte público. Esto habría que estudiarlo. Mi experiencia es que los viajes a pie no cambian mucho, pero sí los viajes en transporte público disminuyen con el aumento del ingreso, por el acceso al automóvil. La densidad influye poco en este sentido. Lo que sí ocurre es que en las ciudades más compactas los viajes en automóvil son más lentos por la congestión, generando mayor contaminación.
- Mejoraría la calidad de vida. Esto es muy discutible, ya que la mayoría de las personas prefieren más suelo que menos. Se puede comprobar que en todas las ciudades del mundo, a medida que aumenta el ingreso se disminuye la densidad. Sería interesante recopilar estudios comparativos de ciudades.

En contra de la limitación se argumenta lo siguiente:

- Aumento de la congestión, ya que la demanda aumenta por el factor ingreso y la oferta no acompañaría este aumento. Conclusión: aumento de los costos y de la contaminación.
- Aumento del valor del suelo por la limitación a la oferta, repercutiendo en los costos de las viviendas y, por lo tanto, en el costo de la mano de obra. El aumento del valor del suelo también repercute en los costos de locales comerciales e industriales y, por ende, en el precio de los productos y servicios.
- Impacto en la economía de la ciudad. El aumento de los precios del suelo, transporte, mano de obra e insumos puede ser muy importante en la baja de competitividad de Santiago, repercu-

tiendo directamente en el 50% de la producción del país e indirectamente en la otra mitad, ya que Santiago provee una parte importante de los insumos para la producción del resto del país.

Estos aspectos deben ser investigados con estadísticas identificando los elementos que influyen en los precios y haciendo estudios comparativos con otras ciudades en otros países del mundo. Sería muy interesante investigar el caso de Inglaterra, que implemento una política de restricción al crecimiento de Londres hace 50 años. Los efectos pueden ser analizados hoy y comparados con el caso de Santiago.

5.3. Políticas de inversión

- Capacidad pública y privada de inversión en infraestructura, especialmente en transporte. Esto puede ser estudiado a través de las tablas de insumo-producto del Banco Central. Analizar la inversión en otros países que están creciendo a velocidad similar o superior a Chile.
- Complementariedad entre las inversiones públicas y privadas. Hay parte de la infraestructura que es difícil de concesionar, como las calles públicas, aunque su mantención puede ser concesionada. Es probable que sigan existiendo redes no concesionadas a cargo de las comunas y redes concesionadas a cargo del sector privado, conformando estas últimas la red estratégica. Dicha red debe ser definida por el Estado que es el único que tiene el poder de expropiación.
- Reducción del riesgo empresarial. Hay que analizar cómo el riesgo empresarial privado puede reducirse, sin disminuir la eficiencia de las operaciones. Como bien se sabe, las inversiones en infraestructura requieren que casi todo el capital se desembolse con anterioridad a la apertura de la concesión. Los retornos de la inversión se distribuyen en el largo plazo (10 a 20 años como mínimo). Por tanto, los riesgos son enormes: en la compra de los terrenos, en las dificultades en la construcción, que generalmente resulta más cara que lo anticipado, en los ciclos económicos y políticos de gobierno que afectan al mercado de los concesionarios, cambios en las condiciones políticas, etc. Todo esto hace poco atractiva la inversión a los privados.

5.4. Políticas de precios

- Rol del Estado en la fijación de los precios. Mecanismo posible a través de impuestos y subsidios para internalizar las externalidades producidas por oferentes y demandantes. Por ejemplo, el Metro tiene externalidades positivas que no son captadas por el operador. Por lo tanto, el Estado puede subsidiar al operador imponiendo gravámenes en otros medios. Otro ejemplo es el caso de los vehículos que generan externalidades negativas que deben ser pagadas por los usuarios. Estos aspectos han sido tratados en otra publicación⁴ en lo que se refiere a la tarificación vial, aunque los problemas de implementación, especialmente el control y su efectividad, no han sido tratados. Hay que investigar también la fijación de precios de otros transportes y sobre todo del uso del suelo. La saturación del suelo por la construcción en altura genera grandes externalidades negativas para el resto de la ciudad (mayor congestión, contaminación, reducción de calidad ambiental en asoleamiento, vistas, privacidad, etc.). Esto debería ser investigado.
- Optimización de los precios. Una investigación interesante sería en qué condiciones el Estado debe intervenir aumentando las tarifas de los concesionarios para regular óptimamente la red de transporte. El problema es que si el concesionario gana la concesión por el menor peaje, puede generar una demanda mayor que la capacidad de la vía, reduciendo la eficiencia del tráfico con la consecuente reducción de la capacidad óptima de ésta. Como las concesiones constituyen, o deberían constituir una red, el Estado debe optimizar su uso conjunto, estableciendo los precios correspondientes para conseguirlo.

5.5. Políticas de regulación

- Sistema regulatorio conjunto del uso del suelo e infraestructura. Actualmente existen diversas instituciones que regulan el uso del suelo (Ministerio de la Vivienda y Urbanismo, Intendencia y comunas), el uso de las infraestructuras (Ministerio de Obras Públicas, de Transporte, de Vivienda y Urbanismo, SECTRA, etc.). Cada una de estas instituciones tiene un sesgo sectorialista. Debería haber una

⁴ Véase Carla Lehmann, "Una solución eficiente para la congestión en Santiago", *Puntos de Referencia* 132, Centro de Estudios Públicos, diciembre 1993.

institución que coordinara la operación de los sectores a través de un plan estratégico que integre los diferentes aspectos. A mí me parece que debería ser la Región Metropolitana, a través del Intendente y su concejo. No me parece lógico crear nuevas instituciones, tal como un alcalde mayor que superponga su actuación y no tenga una misión clara. Por lo tanto, habría que investigar qué apoyo necesita la institución para ser más efectiva en esta labor. La planificación táctica se debe dejar en las comunas y su implementación a través del sector privado en forma de concesiones.

- Sistema legislativo para las concesiones. Estudiar la legislación existente y comparar con otras experiencias. ¿Cómo se puede reducir el riesgo empresarial en las concesiones sin renunciar a la capacidad del Estado de modificar los planteamientos en el futuro? Criterios de adjudicación de las concesiones⁵. □

⁵ Al respecto, véase Eduardo Engel, Ronald Fischer y Alexander Galetovic, "Licitación de carreteras en Chile", *Estudios Públicos*, 61 (verano 1996).

INFLACIÓN, CRECIMIENTO Y BANCOS CENTRALES: TEORÍA Y EVIDENCIA EMPÍRICA*

José De Gregorio

En este trabajo se presenta una revisión de la teoría y práctica de la inflación y del crecimiento, entregándose información empírica adicional sobre una amplia muestra representativa de países. Del análisis se concluye que, de acuerdo a la evidencia disponible, la relación negativa entre inflación y crecimiento es consistente. A su vez, se plantea que el efecto negativo de la inflación sobre el crecimiento opera principalmente a través de la reducción de la eficiencia de la inversión y no de su nivel.

Por otra parte, el autor revisa la literatura teórica y empírica acerca de los efectos de la banca central en la inflación y el crecimiento del producto. Aquí, el autor destaca los efectos positivos que ejerce un banco central independiente sobre la inflación, y subraya las relaciones entre las fluctuaciones del producto y la inflación. Finalmente, señala que no obstante haberse logrado un avance notable durante

JOSÉ DE GREGORIO. Ingeniero Civil Industrial y Magister en Ingeniería Económica de la Universidad de Chile. Doctor en Economía del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Actualmente es Coordinador de Políticas Económicas del Ministerio de Hacienda y Profesor de Macroeconomía en el Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Chile. Previamente ha sido economista en el Departamento de Investigaciones del FMI e investigador de CIEPLAN. Ha sido también Consultor para el Banco Mundial y el BID.

* Una versión anterior de este trabajo fue presentada en la ciudad de Bogotá, durante el Seminario Latinoamericano de Crecimiento Económico organizado por el Gobierno de Colombia, el Banco Mundial y el BID, así como en seminarios realizados en el Centro de Estudios Públicos, Universidad Católica de Chile y Universidad de Chile. Agradezco a Andrés Bianchi, Bill Easterly, Juan Andrés Fontaine, Roberto Junguito, Francisco Rosende y a los participantes en los seminarios mencionados por sus valiosos aportes. Los errores que pueda contener este trabajo son de mi entera responsabilidad.

Estudios Públicos, 62 (otoño 1996).

estos últimos años en materia de evaluar empíricamente el papel de la banca central en el desempeño macroeconómico, los resultados no son aún concluyentes.

Los economistas han estudiado durante mucho tiempo el costo de la inflación¹. Por ejemplo, se ha sostenido que la inflación es costosa porque induce al público a mantener una cantidad insuficiente de saldos en efectivo, lo que a su vez se traduce en pérdidas de bienestar. Esto ha sido la base de la proposición de Friedman respecto de una tasa de interés nominal igual a cero (Friedman, 1969) para alcanzar liquidez plena. También se han subrayado los efectos de la inflación en el aumento de la incertidumbre, lo que afecta adversamente la capacidad del público para tomar decisiones adecuadas. Por consiguiente, una reducción de la inflación podría aumentar el bienestar a través de una disminución de las distorsiones. Recientemente, las mencionadas pérdidas estáticas han sido amplificadas por modelos teóricos y por evidencia empírica que muestra que la inflación también surte efectos negativos sobre la tasa de crecimiento de una economía.

Como todo el mundo estará de acuerdo en que la inflación es cara, cabe preguntarse por qué es tan difícil alcanzar una inflación baja, especialmente en situaciones de inflación extrema, donde un nivel menor de inflación sería claramente beneficioso. La respuesta es, simplemente, que la inflación permanece alta porque es costoso reducirla. El costo más evidente es la merma del producto a raíz de una deflación. La existencia de precios rígidos y los problemas de credibilidad son responsables de la lenta respuesta del sector privado frente a los intentos de las autoridades por reducir la inflación y, en consecuencia, por las pérdidas del producto asociadas con una reducción de la inflación (véase, por ejemplo, De Gregorio, 1995). De allí que se vuelva crucial averiguar cómo pueden ser reducidos esos costos recesivos. Esa tarea requiere, entre otras cosas, entender los factores institucionales que afectan la inflación. Una parte substancial de la literatura especializada se ha abocado a estudiar el papel que le cabe a la banca central en el aumento de la credibilidad y en la reducción de los costos para alcanzar y mantener una inflación baja.

¹ Una referencia clásica para este tema es Fischer y Modigliani (1978). Para un análisis reciente, véanse Lucas (1993), Braun (1994) y la investigación de Driffill, Mizon y Ulph (1990).

Este trabajo revisa la literatura sobre inflación, crecimiento y el efecto de la independencia de la banca central en el desempeño económico. La teoría nos sugiere que la inflación afecta el crecimiento al reducir la tasa de inversión, así como al reducir la eficiencia de la inversión. Al revisar la evidencia empírica existente, acción que se complementa en este trabajo con estimaciones de corte transversal para una serie de países, se ha puesto especial énfasis en desenmarañar dos canales por medio de los cuales la inflación afecta el crecimiento. También se analiza la importancia de algunos países que se alejan del patrón típico que entregan las regresiones, y otros asuntos econométricos relevantes. La evidencia examinada en este trabajo indica que la inflación ejerce un efecto negativo sobre el crecimiento y que éste se debe, principalmente, a un descenso en la productividad de la inversión. Si bien se demuestra que las inflaciones altas son las más dañinas para el crecimiento, se constata a la vez que incluso en países industrializados de baja inflación existe una relación negativa entre la inflación y el crecimiento.

El establecimiento de un banco central independiente constituye una herramienta efectiva para reducir la inflación, siempre y cuando la opinión pública perciba que el banco central es lo suficientemente duro contra la inflación. Al revisar la literatura, en este trabajo se emplea una estructura que incorpora explícitamente, además de la noción de un banco central que conduce la política monetaria, la idea de una autoridad fiscal que necesita financiar el presupuesto. Se muestra que el hecho de moverse desde una banca central totalmente dependiente hacia a otra independiente, más abocada a luchar contra la inflación de lo que quisiera la sociedad, redunde en un incremento del bienestar. Sin embargo, si el banco central pone demasiado énfasis en reducir la inflación, pueden inducirse fluctuaciones excesivas del producto e ineficiencias en la política fiscal. La evidencia empírica muestra que hay una correlación negativa entre inflación e independencia del banco central, especialmente en los países de la OECD, aunque los efectos sobre el crecimiento son menos concluyentes. Es justo decir, sin embargo, que el grueso de la evidencia sugiere que la independencia de la banca central produce una inflación menor sin incurrir en costos reales.

Este trabajo está dividido en cuatro secciones. En la sección 1 se discuten teorías sobre la inflación y el crecimiento. Enseguida, en la sección 2, se analizan los efectos de la independencia de la banca central sobre la inflación y el desempeño macroeconómico. En la sección 3 se examina la evidencia empírica respecto de la inflación y el crecimiento y, luego, respecto de la independencia de la banca central y el desempeño macroeconómico. Finalmente, en la sección 4 se presentan las principales conclusiones.

1. ¿Cómo afecta la inflación al crecimiento económico?

En esta sección reviso la teoría de la inflación y el crecimiento de largo plazo. En el corto plazo, la inflación es onerosa e implica pérdida de bienestar, aunque pasaré por alto estas consideraciones. Es importante señalar, sin embargo, que en tanto la inflación tiene efectos sobre el crecimiento de largo plazo, pueden verse magnificadas las pérdidas de bienestar estándares, de carácter estático, que ocasiona la inflación. Esto podría aumentar significativamente las estimaciones actuales de las pérdidas de bienestar provocadas por la inflación.

1.1 El enfoque neoclásico

En sus clásicos artículos, Mundell (1965) y Tobin (1965) pronosticaron una correlación positiva entre la tasa de inflación y la tasa de acumulación de capital. El efecto Mundell-Tobin descansa en la posibilidad de que exista una sustitución entre el dinero y el capital, mediante la cual un aumento en la tasas de inflación resulta en un aumento en el costo de mantener dinero y en un cambio de cartera desde el dinero al capital. Este cambio en la composición de la cartera trae aparejado un aumento en la acumulación de capital y una declinación de la tasa de interés real. Finalmente, el incremento en la acumulación de la tasa de capital induce una mayor tasa de crecimiento.

La principal crítica al efecto Mundell-Tobin es que supone que el dinero sería demandado porque es un depósito de valor. Esta suposición no parece plausible dado que el dinero, en nuestros días, es dominado, en lo relativo a tasa de retorno, por otros activos². En efecto, en las economías modernas es poco probable que los individuos demanden dinero para sus ahorros. El dinero es demandado, más bien, porque es necesario para las transacciones. Podría argumentarse, sin embargo, que en las ahora superadas economías de planificación centralizada los individuos usaban dinero para ahorrar y que, en efecto, una de las razones para el llamado “excedente monetario” radicaba en que la única manera en que los hogares podían ahorrar era guardando dinero. Sin embargo, en esas economías las personas empleaban dinero para ahorrar porque no tenían, precisamente, la posibilidad de ahorrar “capital” debido a la ausencia de mercados financieros, lo

² Esta crítica fue formulada por vez primera por Levhari y Patinkin (1968).

que conducía, por tanto, a que el dinero fuese el único depósito de valor y que la inflación no pudiese producir una variación de la cartera. El desarrollo de los mercados de capital inducirá un cambio desde el dinero al capital más que un aumento inflacionario.

La mayoría de la literatura posterior de corte neoclásico sigue el original e influyente trabajo de Sidrauski (1967) en el contexto de un modelo de agente representativo con horizonte infinito, donde el dinero es demandado debido a que proporciona utilidades. En el modelo de Sidrauski, el dinero es superneutral, es decir, la tasa del crecimiento monetario no surte un efecto real sobre el estado estacionario. Trabajos subsiguientes, sin embargo, extendieron el modelo para mostrar que la superneutralidad es un caso más bien especial y que en la mayoría de los casos generales la inflación reduciría el stock de capital de estado estacionario, resultando, así, en una reversión del efecto Mundell-Tobin³. Por ejemplo, ello puede ser consecuencia del hecho de que el dinero provee servicios de liquidez, liberando recursos y producción que de otro modo serían dedicados a sostener el sistema cambiario (Dornbush y Frenkel, 1975). Esto también puede producirse por cambios en la oferta de mano de obra cuando se introduce el ocio como argumento adicional en la función de utilidad (Brock, 1974). Se constata otro caso relevante cuando el dinero es usado como insumo en el proceso de producción (Fischer, 1983) y, finalmente, cuando el dinero es usado para adquirir bienes de capital (Stockman, 1981). En todos estos modelos el dinero y el capital pueden entenderse como complementarios⁴.

La mayor parte de la literatura discutida hasta aquí se centra en los efectos de la inflación sobre el nivel de la producción. No hay generalmente efectos sobre la tasa de crecimiento, ya que los modelos están insertos en el contexto de economías que no exhiben un crecimiento permanente. Por cierto, en la literatura tradicional la única fuente de crecimiento es la tasa exógena de crecimiento de la productividad, que no puede ser afectada por las políticas. No fue hasta que los desarrollos en la teoría del crecimiento económico permitieron comprender cómo las economías pueden desplegar endógenamente un crecimiento permanente, que el marco neoclásico fue extendido para incorporar los efectos de la inflación en el crecimiento a largo plazo. Recientemente, De Gregorio (1993) y Jones y Manuelli (1993) han empleado la estructura del crecimiento endógeno para extender los

³ Para un análisis más completo, véase la encuesta de Orphanides y Solow (1990).

⁴ En un marco diferente, McKinnon (1973, capítulo 5) sostiene que el dinero y el capital se complementan en las economías con mercados financieros subdesarrollados.

resultados de los efectos de la inflación sobre el producto per cápita a los efectos de la inflación sobre la tasa de crecimiento del producto.

Para entender cómo la inflación afecta el crecimiento a largo plazo, consideremos la siguiente función de producción⁵:

$$y_t = \theta f(k_t, l_t) \quad (1)$$

en donde y_t es el producto en el período t , θ es un parámetro tecnológico y k_t y l_t son el stock de capital y empleo en el período t , respectivamente. Después de diferenciar los logaritmos (1), obtenemos la siguiente expresión para la tasa de crecimiento de la economía:

$$\gamma = \theta f'(k_t, l_t) i \quad (2)$$

en donde γ es la tasa de crecimiento del crecimiento del producto, ($\gamma \equiv d \log(y_t) / dt$), $\theta f'(k_t, l_t)$ la productividad marginal del capital, e i es la tasa de inversión, $(1/y)(dk/dt)$. En el modelo de crecimiento tradicional, el supuesto de retornos decrecientes al capital, con la productividad marginal del capital cayendo a cero en la medida que crece el capital hasta infinito, asegura que salvo que se asuma que la productividad crezca (no siendo θ una constante), no habrá un crecimiento del producto per cápita en el estado estacionario. En contraste, los nuevos modelos de crecimiento endógeno se han centrado en casos en que $f'(k_t, l_t)$ siempre permanece positivo⁶. En este tipo de modelos ya no es necesario que algún factor exógeno, como θ , sea la fuente de crecimiento del producto.

De acuerdo a la ecuación (2), el crecimiento puede ser generado por un aumento en la productividad marginal del capital $\theta f'(k_t, l_t)$, o bien por un incremento en la tasa de inversión. En la sección empírica de este trabajo, analizo los efectos de la inflación sobre el crecimiento a través de dos canales: el de la *eficiencia*, para referirme al aumento en $\theta f'$, y el del *canal de inversión*, para referirme al aumento en i . En modelos de crecimiento endógeno, el capital debe ser interpretado en términos amplios, para incluir no sólo el capital físico, sino también el capital humano, el conocimiento, el capital organizacional, etc., y de allí que un aumento en la tasa de inversión

⁵ Por razones de simplicidad asumo que no hay desvalorización.

⁶ Entre los principales ejemplos, véanse Romer (1986), Lucas (1988), Jones y Manuelli (1990) y Rebelo (1991). Especificaciones que destacan el papel de la innovación, creación de nuevos productos y escalas de calidad, pueden ser halladas en Grossman y Helpman (1991) y Aghion y Howitt (1992).

también debería incluir, por ejemplo, la tasa de acumulación de capital humano.

En una economía cerrada, la inversión iguala al ahorro y la interacción entre ellos determinará el retorno de capital. El efecto de Mundell-Tobin se centró en el impacto que la inflación ejerce sobre el ahorro. A través de un cambio en la cartera, la inflación aumentaría la tasa de ahorro, resultando en un aumento de la inversión y el crecimiento, y en una declinación de la tasa de interés real.

Por contraste, en modelos como el de Stockman (1981), De Gregorio (1993) y Jones y Manuelli (1993) la inflación afecta el crecimiento porque reduce la tasa de inversión. La inflación puede ser considerada un impuesto sobre la inversión y por ello aumentaría la utilidad requerida para emprender un proyecto de inversión y reduciría la tasa de interés real relevante para el ahorro. En Stockman (1981) y De Gregorio (1993), el dinero es necesario para adquirir bienes de capital y, por tanto, junto con la tasa de inflación aumenta el costo efectivo del capital. Jones y Manuelli (1993) asumen que hay una rigidez nominal en la estructura tributaria. Específicamente, suponen que el código tributario incluye ventajas tributarias denominadas nominalmente⁷. El resultado de esta imperfección es que en la medida que crece la inflación, disminuyen las ventajas tributarias, incrementándose, en consecuencia, el costo de la inversión.

Otro mecanismo mediante el cual la inflación podría afectar el crecimiento es aquel que consiste en distorsionar la opción óptima entre consumo y ocio (De Gregorio, 1993). En este caso, las decisiones de los individuos, más que aquéllas de las empresas, son las que afectan negativamente el crecimiento. Para ilustrar este efecto, nótese que la ecuación (2) muestra que una reducción en $f'(k_t, l_t)$ resulta en una reducción en la tasa de crecimiento, dado que la acumulación de capital se torna menos eficiente. Para simplificar, supongamos que f es lineal en k_t , y por ello f' es una función creciente de l_t . Finalmente, consideremos el caso en que individuos deben elegir entre consumo y ocio, y que para comprar bienes de consumo, esos individuos encaran una restricción de efectivo-por-adelantado. Entonces, el precio efectivo de los bienes de consumo incluirá la tasa de inflación, al igual que un impuesto, dado que los individuos tendrán que poseer dinero para adquirir bienes de consumo. Por tanto, un aumento en la tasa de inflación incrementará el precio del consumo en relación al precio del ocio, induciendo la sustitución del consumo por el ocio, y reduciendo, de paso, la oferta de mano de obra. Por

⁷ También podría suponerse que los tramos de impuestos están imperfectamente indexados o que hay franquicias tributarias de inversión nominalmente denominadas.

consiguiente, un aumento de la inflación reducirá la eficiencia de la inversión (θ^f) y la tasa de crecimiento.

1.2 Reinterpretación del enfoque neoclásico

En el enfoque neoclásico, la inflación *anticipada* tiene efectos negativos sobre el crecimiento al cambiar la demanda por dinero de los consumidores y las empresas. Desde luego que este efecto puede ser débil, especialmente si se tiene en cuenta el grado de sofisticación de los mercados financieros, los que presumiblemente ofrecen una amplia gama de instrumentos para protegerse contra una inflación *anticipada*. Es más, en las economías modernas es probable que la mayoría de las adquisiciones de bienes de capital se realicen con crédito y no con efectivo. Por esta razón, es importante ampliar la interpretación de los modelos a fin de incluir situaciones más realistas. En lugar de simplemente suponer que se emplea dinero para adquirir bienes de capital, uno puede pensar, en términos más generales, que el dinero facilita la operación de una empresa. Una inflación elevada puede conducir a que un exceso de recursos (no-monetarios) sea destinado a transacciones y manejo de efectivo antes que a bienes de producción e innovación. En aquellos países en donde existe una inflación elevada crónica, las empresas están sujetas también a experimentar enormes ganancias o pérdidas de capital. Esto induce a los empresarios a destinar una cantidad considerable de tiempo y recursos en la gestión de la cartera.

En forma análoga, la variable l puede ser interpretada más ampliamente como esfuerzo realizado en la producción de bienes. En una economía de inflación elevada, los hogares también destinan recursos para protegerse contra ella y para encontrar las oportunidades de arbitraje que surgen en ambientes macroeconómicos inestables. De allí que uno puede pensar en el efecto de la inflación sobre la oferta de mano de obra como una simplificación de los efectos de la inflación en el esfuerzo realizado por los trabajadores mientras llevan a cabo actividades productivas.

En general, la inflación incentiva a las empresas y los hogares para dedicar mayores recursos a actividades que no son los motores del crecimiento sostenido. Este punto ha sido destacado por Baumol (1990) y Murphy, Shleifer y Vishny (1991), quienes sostienen que la asignación de talentos constituye una importante explicación del comportamiento del crecimiento. Y la asignación de talentos se ve poderosamente influida por factores institucionales, como el ambiente macroeconómico, que determina las recompensas relativas por la asignación de recursos en actividades con

diferentes retornos sociales. Leijonhufvud (1977) ha señalado específicamente que en un ambiente inflacionario es más importante hacer frente a la inflación que dedicar el tiempo a las actividades “reales”:

Ser eficiente y competitivo en la producción y en la distribución de bienes y servicios “reales” pasa a ser menos importante para el resultado real de la actividad socioeconómica. Pronosticar la inflación y hacer frente a sus consecuencias es más importante. Las personas reasignarán sus esfuerzos y su ingenio acordemente (...). Dicho en pocas palabras, ser bueno para las actividades productivas “reales” —ser competitivo en el sentido corriente—, ya no tendrá la misma prioridad. Jugar bien con la inflación resulta vital.

1.3 Inflación, incertidumbre e inversión

Es parte de la sabiduría popular que la inflación incrementa la inseguridad al interior de la economía y esa incertidumbre es perjudicial para la inversión y el crecimiento. Veamos primero el nexo entre inflación e incertidumbre para discutir, enseguida, el nexo entre incertidumbre e inversión.

Primero, la mayoría de los economistas argumentarían que una inflación anticipada alta está asociada con una alta volatilidad de la inflación inesperada, esto es, la incertidumbre relativa a la inflación aumenta conjuntamente con el nivel de la inflación⁸. De allí que los individuos dispuestos a pronosticar condiciones macroeconómicas futuras tendrían mayores problemas para hacerlo en un ambiente de inflación elevada. Sin embargo, no sólo aumenta la incertidumbre relativa a la inflación, sino que con la inflación también se incrementa la variabilidad relativa de los precios. La mayor parte de la evidencia empírica muestra que la variabilidad de los precios de los bienes y la variabilidad de precios de un mismo bien entre distintos minoristas aumenta con la tasa de inflación⁹. En consecuencia, el contenido informativo de los precios declina con la tasa de inflación, dado que los precios actuales constituyen un predictor deficiente de los precios futuros.

La mayor incertidumbre que genera una alta inflación tiene importantes consecuencias para el bienestar. En particular, los modelos basados en teorías de búsqueda enfatizan el efecto distorsionador que genera la inflación al cambiar la intensidad de la búsqueda de los individuos y el

⁸ Para un análisis reciente y una revisión amplia de la literatura, véase Ball y Cecchetti (1990). Véase también Ungar y Zilberfarb (1993), quienes observan un efecto de umbral mediante el cual la incertidumbre aumenta junto con la inflación en los episodios inflacionarios mayores, y que ese nexo es más débil cuando la inflación es baja.

⁹ Véase Lach y Tsiddon (1992) y las referencias allí contenidas.

poder monopólico de las empresas (véase, por ejemplo, Benàbou, 1988; Casella y Feinstein, 1992, y Tommasi, 1993). Si bien esos efectos sobre el bienestar son extremadamente importantes, no los discutiremos mayormente, dado que nuestro interés está centrado en los efectos de la inflación sobre el crecimiento, más que en sus costos de carácter estático en el bienestar.

Además, la incertidumbre general acerca de la política macroeconómica aumenta con la inflación. Fischer (1991) apoyó esta noción al señalar que la inflación es “un indicador de la capacidad general del gobierno para manejar la economía”. Y concluyó que “dado que no hay buenos argumentos para tasas de inflación elevadas, un gobierno que provoca una inflación elevada es un gobierno que ha perdido el control”. De allí que en economías de alta inflación el gobierno estará más propenso a introducir controles de precios, cambios en los regímenes tributario y comercial, etc., todo lo cual incrementa la incertidumbre relativa al futuro, afectando, de paso, las decisiones de inversión.

El punto que sigue es cómo afecta la incertidumbre a la inversión. En este sentido, la literatura teórica ha hecho progresos significativos en años recientes en cuanto a analizar la relación entre incertidumbre e inversión. Fue inicialmente Hartman (1972) y después Abel (1983), quienes mostraron que en una economía sin fricciones un aumento en la incertidumbre respecto de los precios aumentaría la inversión. La razón es que, bajo retornos constantes a escala, la utilidad marginal del capital es una función convexa de los precios de insumos y productos. De allí que, basados en la desigualdad de Jensen, un aumento en la incertidumbre acerca de los precios aumentaría el retorno marginal esperado sobre el capital, induciendo, por tanto, un aumento en la inversión. Sin embargo, la literatura reciente sobre inversión irreversible ha mostrado cómo esa relación puede ser revertida¹⁰. El hecho de que la inversión sea irreversible, lo que significa, *grosso modo*, que una vez que una máquina ha sido instalada no tiene uso alternativo (y, por tanto, carece de valor de reventa), implica un costo de oportunidad de inversión adicional originado en el valor de esperar a que sea revelada nueva información, lo que recibe el nombre de valor de la opción de inversión. Cuando la inversión es irreversible, puede considerársela equivalente a ejercer una opción de compra. Una opción de compra, al igual que un proyecto de inversión irreversible, puede ser ejercida, pero una vez ejercida carecerá de valor.

Cuando la inversión es irreversible, las empresas no invertirán hasta que el costo marginal del capital sea igual a su rentabilidad marginal, ya

¹⁰ Véanse Bernanke (1983), McDonald y Siegel (1986), Dixit y Pindyck (1993) y Bertola y Caballero (1994).

que requerirán de una rentabilidad adicional para compensar los *shocks* negativos, en cuyo caso podrían terminar con un exceso de capital. Ahora podemos analizar qué sucede con un incremento de la incertidumbre. Consideremos un proyecto que tiene un retorno aleatorio. Cuando aumenta la incertidumbre, aumenta la probabilidad de que en el futuro haya más resultados buenos y malos. Sin embargo, sólo importan los resultados malos, dado que es más probable que el proyecto de inversión resulte inútil. Por el contrario, los resultados buenos sólo reasegurarán que la inversión ha sido rentable, sin alterar la decisión de la empresa. Esto es lo que Bernanke (1983) ha llamado “el principio de mala noticia de las inversiones irreversibles”, es decir, “que de resultados futuros posibles, sólo los desfavorables surten efecto sobre la actual propensión a iniciar un proyecto dado”. Esto ha llevado a muchos economistas a concluir que la literatura sobre inversión irreversible entrega un vigoroso respaldo a la idea de que la incertidumbre es perjudicial para la inversión y el crecimiento. Esta conclusión, sin embargo, no es general. Como destacara Caballero (1993), si bien un incremento en la incertidumbre aumenta el retorno necesario, también implica que retornos extremos ocurrirán con mayor probabilidad y que, por lo tanto, el efecto neto sobre la inversión es ambiguo. Un modo de asegurar que la incertidumbre reduce la inversión es suponer que los inversionistas tienen determinado grado de aversión al riesgo, lo que suma nuevos costos a la incertidumbre incrementada.

Finalmente, Aizenman y Marion (1993) han subrayado el diferente impacto de la persistencia y la incertidumbre de las políticas sobre el crecimiento económico. Ellos sostienen que la interacción entre la persistencia y la incertidumbre es lo que puede ser perjudicial para el crecimiento. Mientras mayor sea la persistencia, es decir, mientras mayor sea la probabilidad de que un resultado malo se proyecte sobre el futuro, tanto más elevado es el impacto de la incertidumbre sobre la inversión, dado que la declinación del valor presente de la inversión, causada por un *shock* negativo, es más alta cuando mayor es su persistencia. Así, de acuerdo al principio de las malas noticias, mientras más persistente sea la política, tanto mayores serán los efectos de la incertidumbre sobre la inversión y el crecimiento.

1.4 Distorsiones del mercado financiero

Investigaciones recientes se han centrado en los lazos existentes entre los mercados financieros y el crecimiento económico (por ejemplo, King y Levine, 1993). Sin embargo, una área que ha recibido menos aten-

ción, pero que parece ser muy conocida por los hacedores de política económica, es aquella de los efectos de la inflación en la operación de los mercados financieros. Así, si la inflación reduce la capacidad de los mercados financieros para realizar una eficiente intermediación financiera, esto constituirá un canal adicional a través del cual la inflación puede ser perjudicial para el crecimiento. Este aspecto, especialmente en el contexto de economías en desarrollo, fue subrayado por McKinnon (1973) y Shaw (1973) al argumentar en favor de un nivel de precios estable para inducir intermediación financiera, en particular el desarrollo de contratos a largo plazo.

La mayor parte de la literatura reciente sobre este punto destaca el hecho de que en un mundo de información imperfecta este problema puede verse exacerbado con tasas de inflación elevadas, afectando la eficiencia con que se asigna el crédito y el volumen total de la intermediación. Azariadis y Smith (1993) presentan un modelo en que los hogares pueden mantener depósitos, sujetos al impuesto de la inflación e intermediados por la banca, o bien, alternativamente, pueden mantener activos no intermediados (por ejemplo, almacenamiento). Hay también dos tipos de prestatarios: aquellos que emplean el crédito para producir bienes de capital (“legítimos”) y aquellos que obtienen crédito y lo convierten en almacenamiento y que, además, no repagan (“ilegítimos”). Para evitar los problemas de selección adversa, los bancos ofrecen contratos de manera que los prestatarios “ilegítimos” no tengan incentivos para engañar respecto de su tipo. Cuando son detectados, trabajan y se convierten en depositantes. Sin embargo, en la medida que aumenta la inflación, declinan los incentivos para mantener depósitos, y de ahí que la inducción de una revelación total requiere penalizar más a los prestatarios legítimos, de modo que los ilegítimos carezcan de incentivos para disfrazar lo que son. En este marco, Azariadis y Smith (1993) concluyen que con niveles bajos de inflación el efecto Mundell-Tobin sigue vigente, puesto que no hay problemas de representación. Sin embargo, con tasas de inflación elevadas, la estrictez de las restricciones para inducir una plena revelación reduce la acumulación de capital de los prestatarios legítimos y el efecto Mundell-Tobin se revierte.

McKinnon (1991) plantea que los problemas de riesgo moral en el sector bancario también aumentan con la inflación. Los problemas de riesgo moral se originan en el hecho de que los bancos pueden incurrir en operaciones crediticias altamente riesgosas —como aquellas ocurridas en Argentina y Chile en la década del setenta— cuando perciben que las pérdidas serán cubiertas por las autoridades monetarias. En contraste, reciben todos los beneficios de los resultados favorables. En un ambiente macroeconómico estable no hay covarianza en la probabilidad de que haya

cesaciones de pago entre los distintos proyectos. Sin embargo, la inestabilidad macroeconómica induce una elevada covarianza en las tasas de quiebra, lo que, vinculado a una regulación financiera deficiente, hará que los bancos eleven sus tasas de interés, prestando a proyectos más riesgosos (Stiglitz y Weiss, 1981) y aumentando así la fragilidad general del sistema financiero.

Finalmente, también De Gregorio y Sturzenegger (1994) hacen hincapié en el problema informacional en la operación de los mercados financieros que la inflación favorece. Ellos presentan un modelo con dos tipos de empresas. Uno de esos tipos es menos productivo y tiene bastantes probabilidades de presentar problemas de pago, mientras que el otro es más productivo y no cae en la cesación de pago. Uno de los elementos centrales del modelo es que la inflación aumenta la similitud entre los dos tipos de empresas. Esto podría ocurrir porque la productividad de empresas seguras decae con la inflación, o bien porque, debido a los mayores costos de búsqueda, la demanda que enfrentan firmas de baja productividad aumenta en relación a las empresas de alta productividad. Cuando la inflación es baja, prevalece un equilibrio que la información revela plenamente y la banca puede identificar, sin equivocarse, cada tipo de empresa. Sin embargo, en la medida que aumenta la inflación, las empresas de baja productividad tienen mayores incentivos para aparecer como empresas de alta productividad, ya que desciende el costo de disfrazar su comportamiento. Al mismo tiempo, las empresas de elevada productividad tienen menos incentivos para ostentar su tipo, ya que los costos de establecer su diferencia aumentan con la inflación. De allí que una inflación elevada puede inducir un equilibrio *pooling* en el que los bancos son incapaces de distinguir entre los dos tipos de empresas, prestando más a las de baja productividad y menos a las de alta productividad.

2. Sobre las fuentes de la inflación y el papel de los bancos centrales

Para el estudio de las fuentes de la inflación hay, fundamentalmente, dos enfoques (complementarios). El primero de ellos analiza la inflación en el contexto de las finanzas públicas, donde se la relaciona con el financiamiento del presupuesto. El segundo enfoque considera a la inflación como un instrumento que es utilizado para explotar un *trade-off* de corto plazo entre la inflación y el desempleo. Esta sección integra ambos enfoques y analiza el papel de los bancos centrales en controlar la inflación, así como la

posibilidad de que puedan contribuir positivamente al desempeño económico general¹¹.

2.1 En favor de un banco central independiente

En el corto plazo, las sorpresas inflacionarias inducen aumentos en la producción. Éste es el supuesto subyacente a las versiones modernas de la curva de Phillips, en las que, debido a la rigidez de los precios o debido a problemas informativos, un *shock* inflacionario no anticipado reduce los salarios reales y expande el producto y el empleo más allá de sus niveles de pleno empleo.

El gobierno, a su vez, puede tener una meta productiva por encima del pleno empleo debido a que el nivel del producto del pleno empleo podría ser considerado demasiado bajo. Ello podría suceder, por ejemplo, debido a que la existencia de impuestos distorsionadores reduce el producto de equilibrio, o porque el poder monopólico en el mercado de bienes y en el mercado laboral induce subproducción. Por consiguiente, el gobierno podría tener un incentivo para crear situaciones inflacionarias sorpresivas con el objetivo de llevar el producto hasta su nivel deseado. Sin embargo, en un mundo de expectativas racionales, los agentes privados se darán cuenta de esas intenciones y, en consecuencia, esos incentivos serán tomados en cuenta por el sector privado al fijar las expectativas inflacionarias y negociar los salarios, de modo que no hay cabida para las sorpresas inflacionarias, salvo que el gobierno posea información superior. Esta es la conclusión central de la obra fundamental de Kydland y Prescott (1977) y de la de Barro y Gordon (1983). Este marco de referencia puede ser empleado para comprender por qué hay inflación y cómo puede contribuir un banco central independiente a lograr una inflación más baja.

Para explicar las principales conclusiones de esta teoría, presentaré una versión resumida de Barro y Gordon (1983). Supongamos que al gobierno no le gusta la inflación (π) ni las desviaciones del producto respecto del nivel deseado. El nivel meta del producto es $y^* + \tau$, donde y^* es el producto cuando el desempleo se encuentra en su tasa natural (llamada también tasa no-inflacionaria), y τ es un impuesto distorsionador que reduce el producto del pleno empleo por debajo del óptimo social. La función de pérdida del gobierno es:

¹¹ Para otras discusiones sobre la independencia de la banca central, véanse Cukierman (1992) y Walsh (1993).

$$L = \frac{\pi^2}{2} + \frac{\delta}{2}(y - y^* - \tau)^2, \quad (3)$$

donde el parámetro δ representa la aversión relativa a desviaciones del producto en relación a la inflación. Un valor bajo δ representa baja tolerancia a la inflación; de allí que $1/\delta$ podría ser llamado aversión a la inflación.

El nivel del producto es determinado por la siguiente curva de Phillips:

$$y - y^* = \pi - \pi^e \quad (4)$$

donde π^e es la inflación esperada y, por simplicidad, la pendiente de la curva de Phillips puede igualarse a uno.

El gobierno decide π , tomando π^e como dado. Resolviendo el problema de optimización del gobierno (minimización de (3) sujeto a (4)) puede mostrarse que la acción óptima del gobierno, dado π^e , es:

$$\pi = \frac{\delta}{1 + \delta} (\pi^e + \tau)$$

Nótese que mientras más alta es la distorsión (τ) mayor será la tasa de inflación que desea aplicar el gobierno con el fin de producir una expansión del producto. Por otra parte, mientras mayor sea π^e , tanto mayor es π para inducir el producto por sobre el pleno empleo. Sin embargo, el sector privado no podrá ser sorprendido, ya que no hay incertidumbre. Por tanto, en equilibrio $\pi^e = \pi$. Ello implica que la tasa de equilibrio de la inflación es:

$$\pi = \delta\tau$$

y, en consecuencia, $y = y^*$.

En equilibrio, la inflación es positiva y el producto no es diferente de y^* . Este es el *problema de la consistencia intertemporal*, en virtud del cual el hecho de que el gobierno intente crear sorpresas inflacionarias ocasiona una inflación lo suficientemente grande como para desalentar al gobierno respecto de generar sorpresas inflacionarias. Las pérdidas serían menores si la inflación fuese fijada en cero, porque de todos modos $y = y^*$. Sin embargo, una inflación igual a cero no puede mantenerse en equilibrio. Si el sector privado fija $\pi^e = 0$, el gobierno fijaría $\pi = \delta\tau / (1 + \delta)$, generando un *boom* y, por tanto, sería irracional fijar $\pi^e = 0$.

Si bien (3) puede representar las preferencias de la sociedad, podría ser beneficioso alcanzar una inflación más baja. Es aquí donde un banco central conservador, como propone Rogoff (1985), puede ser una buena solución para el problema de consistencia intertemporal. Si δ en (3) es sustituido por $\delta' < \delta$, la tasa de inflación sería menor, mientras que el producto sería el mismo. En el extremo, un banco central que no se interesa por el producto ($\delta' = 0$) produciría cero inflación. La importante lección de este análisis es que la sociedad puede resultar beneficiada por tener un banco central con una aversión a la inflación mayor que $1/\delta$.

Esto constituye una de las bases de las proposiciones en favor de un banco central independiente, con un claro mandato para propiciar la estabilidad de precios. Si bien muchos bancos centrales también tienen por meta el logro de la estabilidad del producto, el objetivo de la estabilidad de los precios (reforzado más allá de la tolerancia de la sociedad respecto de la inflación) sería la clave para una inflación baja.

Sin embargo, la independencia del banco central no carece de costos. Como lo señala Rogoff (1985), la independencia del banco central puede redundar en excesivas fluctuaciones del producto. El modelo aquí presentado no permite tratar este asunto, dado que el producto se encuentra siempre en su nivel de pleno empleo. Sin embargo, podría agregarse una *shock* a la curva de Phillips, mediante el cual el producto fluctuaría alrededor de su nivel de pleno empleo. Por ejemplo, podría agregarse un *shock*, ϵ , en el costado derecho de (4). Este podría ser, por ejemplo, un *shock* de los términos de intercambio o uno de productividad. El *shock* no es percibido por los individuos cuando se forman las expectativas, y sólo el gobierno puede observarlo antes de fijar una política. De allí que se podría usar la inflación para contrapesar el *shock*. Por ejemplo, una sorpresa inflacionaria positiva cuando el *shock* es negativo podría contrapesar el impacto recesivo de ϵ . La reacción frente a un *shock* generado por un banco central con bajo δ será demasiado conservadora y, como consecuencia, para alcanzar una inflación baja podría haber una reacción insuficiente frente a una realización negativa de ϵ . Así, el diseño de un banco central independiente involucrará un *trade-off* entre estabilidad y flexibilidad. En la literatura especializada, se han analizado diversos mecanismos para elegir una combinación socialmente aceptable entre flexibilidad y estabilidad (Rogoff, 1985; Canzoneri, 1985; Lohmann, 1992; y Garfinkel y Oh, 1993). De modo alternativo, ciertos trabajos recientes de Persson y Tabellini (1993) y Walsh (1995) han estudiado el problema de diseñar un banco central independiente a partir de un modelo de "agente principal". Ellos se centran en el contrato óptimo con el banco central. Analizan el papel de imponer multas al banco

central de acuerdo al estado de la economía, o el papel de los anuncios del banco central cuando no se pueden aplicar dichas multas¹².

Recientemente, Alesina y Gatti (1995) han sostenido que si bien una banca central conservadora podría no contrapesar suficientemente la "incertidumbre económica", como aquella contemplada por Rogoff (1985), sí podría reducir la "incertidumbre política". La razón es que en un modelo como el de Alesina (1987) el ciclo político puede inducir un ciclo económico debido a la incertidumbre de los resultados electorales. Un banco central independiente, aislado de las presiones políticas, puede reducir la incertidumbre sobre el futuro curso de la política monetaria cuando se produce un cambio de gobierno. El efecto general dependerá de la importancia relativa de la incertidumbre "política" *versus* la "económica". Alesina y Gatti (1995) han hecho hincapié en que las consideraciones políticas pueden explicar por qué la evidencia (tratada más adelante) sugiere que los bancos centrales independientes generan una inflación baja sin ningún costo real.

En las economías de América Latina y, más generalmente aún, en los países con elevada inflación, resulta difícil pensar que la fuente de la inflación reside en intentos del gobierno por crear sorpresas inflacionarias a fin de incrementar el producto. En efecto, la mayoría de los analistas señalarían que en el corazón del problema inflacionario hay un problema fiscal. De allí que resulta importante analizar el papel del desequilibrio fiscal¹³ como determinante de la inflación y el papel de la banca central. Este es el asunto que trataremos en la sección siguiente.

2.2 Consideraciones de política fiscal

En el mundo real, el juego para determinar la inflación es más complicado. Una complicación importante es la de incluir una autoridad fiscal cuyos objetivos son financiar el gasto gubernamental con una combinación de impuestos e inflación. He adaptado un modelo tomado de Alesina y Tabellini (1987), usado más tarde por Debelle (1993) y Debelle y Fischer (1994), para analizar las interacciones entre las autoridades monetarias y fiscales y el sector privado.

¹² Por motivos de espacio, no discutiré el enfoque de teoría de contratos para el estudio de los bancos centrales. Para mayores detalles, véase Fischer (1995).

¹³ Véanse, por ejemplo, Dornbusch y Fischer (1993) y Végh (1993).

Consideremos, ahora, que la sociedad valora también el gasto gubernamental (g) en alrededor de un nivel óptimo g^* , de modo que la función de pérdida es:

$$L = \frac{\pi^2}{2} + \frac{\delta}{2}(y - y^* - \tau)^2 + \frac{\rho}{2}(g - g^*)^2 \quad (5)$$

El producto sigue siendo determinado de acuerdo a la ecuación (4). El gasto del gobierno es financiado a través de los impuestos y la inflación, es decir:

$$g = \pi + \tau \quad (6)$$

Analizaré dos arreglos institucionales diferentes: el caso centralizado (C), en que la autoridad fiscal y la monetaria son la misma, y el caso descentralizado (D), en que el banco central es independiente, y por tanto las autoridades fiscal y monetaria están separadas.

La solución *centralizada* considera que la autoridad fiscal y la monetaria son lo mismo. El hacedor de políticas elige tanto la inflación como los impuestos para minimizar (5), sujeto a la curva de Phillips y la restricción presupuestaria (6). Resolviendo este problema, es fácil demostrar que la solución centralizada es dada por:

$$\begin{aligned} \pi^C &= \frac{2\delta\rho}{\delta(1+\rho) + \rho(1+\delta)} g^* \\ \tau^C &= \frac{\rho}{\delta(1+\rho) + \rho(1+\delta)} g^* \\ g^* - g^C &= \frac{\rho}{\delta(1+\rho) + \rho(1+\delta)} g^* \end{aligned}$$

Esta solución indica que la inflación es positiva, de modo que está por sobre la inflación cero óptima, y tanto el producto como el gasto gubernamental se hallan por debajo de sus metas. Una vez más, hay un problema de consistencia intertemporal, debido al cual la inflación es mayor de la que sería si el gobierno fuese capaz de comprometerse a una inflación baja. Dado que existe la necesidad de financiar el presupuesto, el nivel óptimo de inflación y los impuestos son positivos. Pero, en la solución centralizada, la inflación sigue siendo demasiado alta.

En el arreglo *descentralizado* parto suponiendo, para simplificar las cosas, que la autoridad fiscal sólo se preocupa de la inflación y del gasto fiscal (no del producto) con el mismo énfasis que la sociedad, y que la autoridad monetaria sólo se preocupa de la inflación y del producto (no de g). La autoridad fiscal elige τ , tomando π y, de allí, g como dado, y la autoridad monetaria elige sujeto a la curva de Phillips, tomando también a τ y, de allí, a g como dado. Las decisiones se toman en forma simultánea¹⁴.

La solución para el caso descentralizado es la siguiente:

$$\begin{aligned} \pi^D &= \frac{\rho}{\delta(1+\rho)+\rho} g^* \\ \tau^D &= \frac{\delta\rho}{\delta(1+\rho)+\rho} g^* \\ g^* - g^D &= \frac{\delta}{\delta(1+\rho)+\rho} g^* \end{aligned}$$

Las características de la solución son similares a aquellas del caso centralizado, es decir, todas las variables están alejadas de su meta. Más interesante, sin embargo, es que se pueden establecer los siguientes resultados (después de algunas tediosas manipulaciones):

- $\pi^C > \pi^D$, $\tau^C < \tau^D$, y $g^C > g^D$. Es decir, con un banco central independiente, la autoridad fiscal debe descansar más en los impuestos que en la inflación para financiar el presupuesto. Además, la existencia de un banco central independiente impone cierta disciplina también al lado del gasto, puesto que declina el nivel del gasto gubernamental resultante.
- En el caso descentralizado, el bienestar es mayor que en el caso centralizado. Más aún, con la independencia del banco central, el bienestar aumenta cuando aumenta la aversión a la inflación $1/\delta$.

El primer resultado destaca los efectos disciplinadores que genera un banco central independiente. Una autoridad monetaria independiente

¹⁴ El problema puede ser resuelto de modo más general, asumiendo que ambas autoridades económicas tienen la misma función de pérdida (5). La diferencia es que la autoridad fiscal elige τ y el banco central π . Los resultados son más complicados, aunque las implicancias son cualitativamente las mismas.

reduce el problema de inconsistencia temporal, produciendo menos inflación. El resultado más contundente es el segundo, en virtud del cual el bienestar es más alto en el caso descentralizado. Más aún, una banca central más conservadora, con $\delta' < \delta$, eleva el bienestar. Debe recordarse, sin embargo, que esta afirmación se refiere sólo a valores cercanos a δ , y que no es necesariamente cierto que el bienestar será máximo con un banco central totalmente averso a la inflación ($\delta' = 0$).

El modelo podría extenderse para considerar otros importantes asuntos relativos a las fuentes de la inflación y al papel de un banco central independiente. Primero, una razón importante de por qué los países descansan en la inflación para financiar sus presupuestos, es que sus sistemas tributarios son ineficientes, de modo que un modo menos costoso de generar ingresos es a través del impuesto inflación. En términos del modelo, uno podría pensar en la restricción presupuestaria del gobierno en términos de $g = \phi\tau + \pi$, en donde $1 - \phi$ representa la fracción de impuestos que se pierde debido a las ineficiencias. Las ineficiencias podrían radicar en que la evasión tributaria es alta o en que, simplemente, el sistema tributario está mal administrado. Pero, en general, la autoridad fiscal tiene algún control sobre ϕ , y de allí que un banco central independiente pueda inducir a un gobierno a aumentar el cumplimiento de la legislación tributaria¹⁵.

Segundo: un caso importante en el que puede ser de ayuda la descentralización de la autoridad fiscal y monetaria, es cuando el objetivo del gasto gubernamental se encuentra por encima del óptimo social. El sistema político, al igual que consideraciones electorales, ejercen fuertes presiones sobre la expansión del gasto gubernamental. Así, cabe pensar que la función de utilidad del gobierno tiene un objetivo \bar{g} , que es mayor que el óptimo social g^* . El análisis previo sugiere que un banco central independiente será más beneficioso en esas circunstancias al inducir un gasto gubernamental inferior que el de la solución centralizada.

En resumen, el análisis anterior sugiere que un banco central independiente puede ser de ayuda para alcanzar estabilidad de precios. No sólo reduce los problemas de inconsistencia temporal, sino que también impone restricciones a la autoridad fiscal, las que contribuyen a alcanzar una mezcla más beneficiosa de impuestos y nivel de gasto gubernamental. Esto es particularmente importante en economías donde la posición fiscal es débil,

¹⁵ Cukierman, Edwards y Tabellini (1992) sostienen que de los conflictos políticos y distributivos de la economía pueden resultar ineficiencias en el sistema tributario.

puesto que la incapacidad de fijar el impuesto-inflación favorece la disciplina fiscal. Uno de los principales objetivos de un banco central independiente es la estabilidad de los precios y, tal vez, el banco debería ponderar la inflación más de lo que la sociedad está dispuesta a tolerar. El análisis también sugiere, sin embargo, que un banco central con una aversión extrema a la inflación puede resultar perjudicial. Puede deprimir excesivamente el gasto del gobierno y permitir fluctuaciones excesivas del producto. Como analizaré más adelante, estos dos aspectos pueden ejercer un impacto negativo sobre el crecimiento de largo plazo.

3. Evidencia empírica

Esta sección revisa y complementa la evidencia empírica respecto de la relación entre inflación y crecimiento, y respecto de la independencia del banco central (IBC) en relación a la inflación y el crecimiento. Como lo han señalado Levine y Renelt (1992), muchas de las variables calificadas por la literatura como determinantes del crecimiento económico no son robustas, en el sentido de que su importancia estadística depende de cuáles variables son incluidas o excluidas de las regresiones. Si bien esos resultados sugieren ser cautelosos a la hora de interpretar regresiones de corte transversal de países —especialmente cuando son estimaciones de ecuaciones reducidas, vagamente especificadas—, ello no necesariamente implica que una determinada variable (débil) no afecte el crecimiento. Esto también puede ser la consecuencia de un alto grado de correlación entre variables independientes, lo que hace difícil desentrañar el efecto individual de cada variable. En síntesis, esta sección muestra que la correlación negativa entre inflación y crecimiento parece ser robusta a diversos cambios de especificación, lo que es confirmado por la mayoría de los estudios revisados aquí.

3.1 Inflación y crecimiento

Los primeros trabajos empíricos sobre inflación y crecimiento se centraron en estimar relaciones del tipo curva de Phillips; de allí que emplearan datos de alta frecuencia para captar la relación entre inflación y crecimiento. Fischer (1983) muestra que, en un panel de 53 países y con datos anuales para los períodos 1963-1973 y 1973-1981, existe una corre-

lación negativa entre la inflación y el crecimiento, incluso en una frecuencia anual¹⁶.

En la literatura atingente al crecimiento, por otro lado, la mayor parte de los trabajos tempranos estuvieron relacionados con la contabilidad del crecimiento, que apuntaba a descomponer las fuentes del crecimiento en crecimiento de insumos y crecimiento de productividad de factores. No fue hasta Kormendi y Meguire (1985) que los factores macroeconómicos se incorporaron como determinantes del crecimiento de largo plazo en los análisis de corte transversal de períodos de tiempo relativamente largos (1950-1977). La regresión básica que emplearon, y que ha sido fundamentalmente la misma en trabajos posteriores, es:

$$\gamma = \beta_1 X + \beta_2 Y_0 + \epsilon \quad (7)$$

en donde γ es la tasa de crecimiento, X es un conjunto de variables independientes, Y_0 es el nivel inicial del PGB per cápita y ϵ es el término de error. La razón de incluir Y_0 radica en la necesidad de controlar la convergencia del ingreso entre países. Ha sido vastamente documentado (véase Barro y Sala-i-Martin, 1992) que después de haber controlado por variables que explican diferencias en el producto de estado estacionario entre países (X), las economías con un PGB per cápita más bajo crecen más rápido que las más ricas.

Un aspecto importante en la estimación (7) es si acaso la tasa de inversión debiera o no ser incluida en X . Esto, por supuesto, es un asunto difícil, pero en términos de interpretar la evidencia es útil hacer la distinción¹⁷. Si no se incluyen las tasas de inversión, el efecto de una variable en X sobre el crecimiento puede ser interpretado como el efecto de esa variable sobre el crecimiento, incrementando tanto la tasa de inversión como la eficiencia de la inversión (véase ecuación (2)). Por otra parte, cuando se incluye la tasa de inversión en la regresión, el efecto de la inflación sobre el crecimiento sólo se debe a la mayor eficiencia de la inversión. Otra alternativa que puede ser usada para separar los canales de inversión y eficiencia es correr una regresión como (7), pero con la inversión como variable dependiente.

¹⁶ Para otra revisión de la evidencia, con referencias adicionales a los estudios de series temporales, véase Briault (1995)

¹⁷ Véanse Blomström, Lipsey y Zejan (1993) y Barro y Sala-i-Martin (1995, p. 433) para un mayor ahondamiento en este tema.

Kormendi y Meguire (1985) incluyen entre las variables X el cambio promedio en la tasa de inflación respecto del año inicial, concluyendo que una desaceleración de la inflación de alrededor del 2% anual podría incrementar la tasa de crecimiento en alrededor de un punto porcentual (p.150). Cuando ellos agregan la inversión como variable dependiente, el coeficiente de inflación declina hasta aproximadamente la mitad de su valor inicial, lo que sugiere que una inflación elevada hace disminuir el crecimiento al reducir, en proporciones casi iguales, tanto la tasa de inversión como su eficiencia. No obstante, este hallazgo no es fácil de interpretar, ya que es el cambio de la inflación, más que el nivel, lo que se usa como variable independiente. Más tarde, Grier y Tullock (1989) amplían la muestra para cubrir el período 1951-1980 y emplean datos de panel con promedios de cinco años. Concluyen que la inflación no tiene efectos sobre el crecimiento en los países de la OECD, cuando en el resto del mundo hay un impacto negativo y significativo de la inflación sobre el crecimiento. Sin embargo, el coeficiente hallado para los países que no pertenecen a la OECD parece ser sorprendentemente alto, puesto que sugiere que un aumento de diez puntos porcentuales en la inflación puede reducir la tasa de crecimiento en 1,6 puntos porcentuales.

Fischer (1991) obtuvo resultados similares a partir de un muestreo realizado en 73 países durante el período 1970-1985. Cuando se incluye la inversión (regresión (5)), se descubre que una tasa de inflación del 10% reduciría el crecimiento en 0,5 puntos porcentuales, lo que corresponde al canal de eficiencia. Además, Fischer (1991) señala que una tasa inflacionaria del 10% reduciría el crecimiento en 1,5 puntos porcentuales (regresión (9) a (11))¹⁸. Tomando estos resultados en su conjunto, puede concluirse que un 10% de inflación reduce el crecimiento en alrededor de 0,7 puntos porcentuales, de los cuales 0,5 se deben al canal de eficiencia y 0,2 al canal de inversión. Roubini y Sala-i-Martin (1992) encuentran, usando los datos y la especificación de Barro (1991) que no incluye la inversión como regresor, que un 10% de inflación reduce el crecimiento en alrededor de 0,5 puntos porcentuales. Demuestran que las *dummies* continentales usadas por Barro (1991) se ven sustancialmente reducidas cuando se incluye la inflación, añadiendo que una importante explicación del mal rendimiento en cuanto a crecimiento de América Latina y África son sus elevadas tasas de inflación. Easterly (1994) entrega resultados cuantitativamente similares (10% de inflación reduce el crecimiento en 0,4 puntos porcentuales), aunque señala que el resultado no es significativo cuando se incluyen variables políticas.

¹⁸ Además, la regresión (5) muestra que cada punto porcentual de inversión aumenta el crecimiento en 0,11 puntos porcentuales.

Fischer (1993) amplía los resultados anteriores, analizando una amplia variedad de indicadores de política macroeconómica. Respecto de la inflación, señala que una tasa de inflación del 10% induce una declinación total de la tasa de crecimiento de 0,3 puntos porcentuales (regresión (39)). Basándose en sus cálculos de la tasa de crecimiento del capital y suponiendo que la razón capital-producto es de 2,5, puede concluirse que un 10% de inflación reduce la inversión en 0,8 puntos porcentuales, lo que, en términos de crecimiento, estaría alrededor de 0,1 puntos porcentuales. De allí que sólo una tercera parte de los efectos de la inflación sobre el crecimiento se materializaría a través del canal inversión¹⁹.

Un problema importante para el análisis empírico de la inflación y el crecimiento es el carácter endógeno de la inflación. Consideremos, por ejemplo, una economía que es golpeada por un *shock* negativo de oferta. Ese *shock* reduciría el producto, pero también resultaría en un aumento de la inflación y, por ello, el coeficiente de la inflación no puede ser interpretado como efecto de la inflación sobre el crecimiento. De modo similar, consideremos un banco central que se atiene permanentemente a una política de crecimiento monetario. Un *shock* negativo en la tasa de crecimiento incrementaría la tasa de inflación y, por ello, la causalidad sería de crecimiento a inflación. Cukierman, Kalaidzidakis, Summers y Web (1993) enfocan este asunto empleando índices de independencia del banco central (discutido con mayor detalle en la próxima subsección) como instrumentos de la tasa de inflación. Concluyen que sigue habiendo una relación negativa, aunque estadísticamente no tan fuerte como aquella encontrada en las regresiones OLS. Sin embargo, la estimación puntual de su regresión OLS implica que un 10% de inflación reduce el crecimiento en 0,2 puntos porcentuales, aunque en su regresión de variables instrumentales preferida (regresión 4, en la tabla 6) ese efecto aumente en 0,5 puntos porcentuales, similar al de otros estudios previos.

Usando un panel de 122 países para las tres décadas, contadas a partir de 1960 hasta 1990, Barro (1995) analiza el impacto de la inflación sobre el crecimiento corriendo las regresiones estándares y empleando los siguientes instrumentos: inflación rezagada y, alternativamente, el anterior

¹⁹ Fischer (1993) separa los efectos de la inflación sobre sus efectos en la acumulación de factores y el crecimiento de la productividad, que es ligeramente diferente a la distinción entre inversión y eficiencia de inversión, siendo la diferencia la razón capital/producto. Él indica que (Cuadro N° 9) un 10% de inflación reduce la acumulación de capital en 0,3 puntos porcentuales, lo que implica (con una participación de capital igual a 0,4) que el efecto de acumulación de capital explica alrededor del 0,12 del 0,3 de reducción del crecimiento, y el saldo se explica a través de la reducción del crecimiento de la productividad de los factores.

estatus colonial, que aparece como significativamente correlacionado con la inflación, porque, por ejemplo, las antiguas colonias francesas del África han formado parte de la zona franca CFA. Los índices de independencia del banco central no aparecen como instrumentos tan buenos. Barro también descubre que una reducción de 10 puntos porcentuales en la tasa de inflación aumentaría la tasa de crecimiento en 0,2 a 0,3 puntos porcentuales, mientras que incrementaría la tasa de inversión en 0,4 a 0,6 puntos. Los coeficientes de inflación en las ecuaciones de inversión sólo son significativos en las regresiones que instrumentan la inflación. Asumiendo la estimación habitual de los efectos de la inversión sobre el crecimiento (0,1), puede concluirse que una reducción de 10 puntos porcentuales de la inflación aumenta el crecimiento en 0,2 a 0,3 puntos, de los cuales apenas un 0,05 se deben al canal de inversión.

Otro aspecto de la relación entre la inflación y el crecimiento es la posibilidad de no-linealidades. Levine y Zervos (1993) confirman los hallazgos de Levine y Renelt (1992), en el sentido de que la inflación no es un determinante robusto del crecimiento en el largo plazo. El trabajo señalado analiza la posibilidad de no-linealidades, distinguiendo entre alta y baja inflación, y revela que los resultados están poderosamente influidos por algunos puntos externos. Fischer (1993) también distingue entre inflación baja (menos del 15%), mediana (15% a 40%), y alta (más de 40%), y descubre que el coeficiente disminuye cuando va de baja a alta inflación. Esto no debe sorprender, ya que incrementar la inflación del 10% al 20% debería ser más perjudicial para el crecimiento que ir de 180% a 190%. Ello sugiere que la inflación debería introducir en forma no lineal en la regresión, tal como el logaritmo de la inflación u otra transformación que hace disminuir el impacto de las tasas de inflación elevadas. En efecto, De Gregorio (1993) muestra que el coeficiente es más estable a través de diferentes regímenes inflacionarios cuando la inflación es introducida en forma logarítmica.

El asunto de las no-linealidades de la relación entre inflación y crecimiento ha sido cuidadosamente explorado por Sarel (1995). Él estima una regresión similar a (7), con la inflación en forma logarítmica. Sarel señala que omitir ese quiebre podría introducir una subestimación de los efectos de la inflación sobre el crecimiento. Los resultados muestran que se produce un quiebre con una tasa inflacionaria del 8%. Por sobre ese quiebre, el efecto de la inflación sobre el crecimiento es significativo, robusto y cuantitativamente importante. En cuanto a una inflación por debajo del 8%, se afirma que no tiene efectos sobre el crecimiento y, en el mejor de los casos, un pequeño efecto positivo. El coeficiente hallado al

considerar este quiebre indica que duplicar la tasa de inflación reduciría la tasa de crecimiento en 1,7 puntos porcentuales. Cuando el quiebre queda al margen de ser considerado, los efectos decaen en dos terceras partes. Sin embargo, y tal como se sostiene más abajo, entre los países de baja inflación están incluidos los países de la OECD y diversos países africanos de lento crecimiento. De allí que sea esta combinación la que podría aminorar los efectos de una baja inflación sobre el crecimiento. Cuando se considera por separado a los países industrializados, todavía subsiste una correlación negativa entre inflación y crecimiento.

Otro estudio que trata las no-linealidades es el de Bruno y Easterly (1995), en el que se emplea un enfoque no-paramétrico para analizar los efectos de una alta inflación ("crisis inflacionaria"), por sobre el 40%, en el crecimiento. Ellos concluyen que las crisis inflacionarias conducen a marcadas reducciones del crecimiento, y que éste se recupera vigorosamente después de la estabilización. Es más, estos resultados reafirman la idea de que estabilizar una alta inflación no entraña pérdidas del producto.

América Latina ha sido la región con las más elevadas tasas inflacionarias y donde deberíamos, entonces, encontrar los efectos más fuertes. En efecto, Cardoso y Fishlow (1991) examinan la correlación entre inflación y crecimiento y descubren que una reducción de la inflación del 20% podría aumentar el crecimiento en 0,4 puntos porcentuales. De Gregorio (1992, 1993) encuentra, al estimar regresiones como (7) en un panel de datos correspondientes a 12 países de América Latina, que abarca el período 1950-1985, que reduciendo la tasa de inflación a la mitad se incrementa el crecimiento del PGB per cápita en un 0,4%. Esa magnitud es considerable si observamos que la tasa promedio del crecimiento per cápita de la muestra es de 1,3% anual y que la tasa promedio de inflación es del 34%²⁰. A ello se suma que De Gregorio (1993) encuentra que la inflación no tiene efectos sobre la inversión, concluyendo que la inflación afecta la productividad de la inversión más que su nivel. Cardoso (1994) también presenta una evidencia débil para la correlación entre inversión y un índice de inestabilidad económica construido sobre la base del coeficiente de deuda, la tasa de inflación y la variabilidad de la tasa de cambio real.

Hay cierta evidencia que encuentra, sin embargo, una relación negativa entre la inversión y la inflación. Pindyck y Solimano (1993) reportan una relación estadísticamente importante entre la inflación y la inversión en una muestra de países de alta inflación (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile,

²⁰ Los resultados son similares para la tasa de inflación promedio, la varianza de la inflación y la tasa del crecimiento monetario.

Israel y México), aunque el valor del coeficiente es muy pequeño. El coeficiente más alto es de -0.00016 , lo que implica que una inflación que fuese de 0% a 1.000% por ciento al año reduciría la inversión en solamente $0,2$ puntos porcentuales. Sin embargo, ellos observan un efecto económicamente significativo en una muestra de países de la OECD, donde una inflación del 10% reduciría la inversión total en $0,9$ puntos porcentuales²¹. Corbo y Rojas (1993) han encontrado que los países latinoamericanos con inflaciones superiores al 50% tienen $1,3$ porcentuales de menor inversión que aquellos países con inflación baja. Los coeficientes son, sin embargo, sólo marginalmente significativos. También corrieron, en forma separada, ecuaciones para crecimiento e inversión, constatando que al reducir la inflación en 10 puntos porcentuales aumenta tanto el crecimiento como la tasa de inversión en 1 punto porcentual. De allí que sus resultados confirmen que la mayor parte de los efectos de la inflación sobre el crecimiento se debe a una caída en la eficiencia.

Hay algunos estudios que no obtienen efectos robustos de la inflación sobre el crecimiento. Levine y Zervos (1993) descubren, mediante el empleo de datos del Banco Mundial, que la relación no es fuerte. Más aun, señalan que Nicaragua y Uganda son dos casos marginales, que cambian los resultados de modo espectacular. McClandess y Weber (1994), al examinar las correlaciones parciales entre la inflación y el crecimiento en una muestra de 110 países, con todos los datos tomados del IFS para el período $1960-1990$, señalan que no están correlacionados. Una de las explicaciones de la ausencia de correlación en ciertos estudios basados en Bruno y Easterly (1995) es que la caída en el ritmo de crecimiento durante las crisis inflacionarias es contrarrestada por la fuerte recuperación post-estabilización.

En lo que resta de esta sección, se complementa la evidencia empírica anterior. Los gráficos N°1 y N°2 presentan correlaciones simples de corte transversal entre inflación y crecimiento, y la inversión, respectivamente. Los gráficos muestran que, de hecho, hay una correlación negativa entre la inflación y el crecimiento, y otra más débil entre la inflación y la inversión. En los cuadros N° 1 y N° 2 se presentan regresiones de corte transversal para la inflación y el crecimiento. En ellas se usan los datos de Barro (1991) y se complementan con la inflación del IFS. Basándome en el análisis anterior, empleo el logaritmo de la tasa de inflación. Siguiendo a Levine y Zervos (1993), excluyo a Nicaragua y Uganda de la muestra²². Hay cierta evidencia

²¹ Ese es el orden de magnitud de los hallazgos de Fischer (1991, 1993).

²² Se experimentó, además, con el *log* de $1 +$ inflación, y los resultados no cambian significativamente.

de heterocedasticidad, y, por ello, las desviaciones estándares son computadas usando el procedimiento robusto de White.

GRÁFICO Nº 1 INFLACIÓN Y CRECIMIENTO

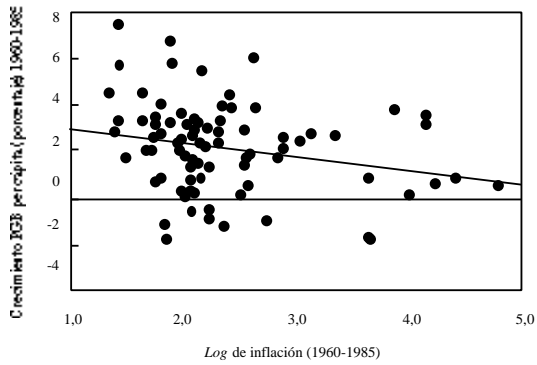
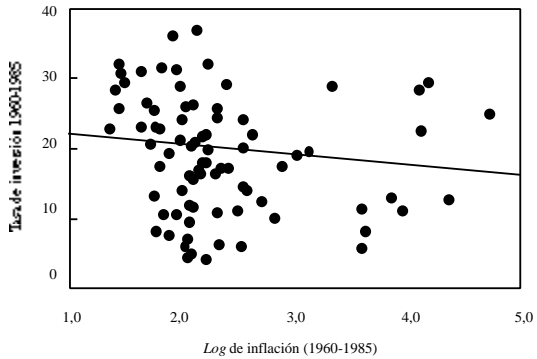


GRÁFICO Nº 2 INFLACIÓN E INVERSIÓN



CUADRO N° 1: CRECIMIENTO E INFLACIÓN: CORTE TRANSVERSAL (1960-1985)

Variable Indep. Regresión N° :	Variable dependiente: Crecimiento GDP per capita 1960-1985					
	Coeficiente (t- estadísticas)					
	1.1	1.2	1.3	1.4	1.5	1.6
Muestra	Todos los países	Todos los países	Todos los países	Todos los países	Países Indust.	Países en desarrollo
Inflación ^a	-0,0057 (-2,86)		-0,0051 (-2,81)		-0,0042 (-2,43)	-0,0071 (-2,75)
Inflación alta ^a (≥ 20%)		-0,0050 (-2,23)		-0,0040 (-1,94)		
Inflación baja ^a (<20%)		0,0038 (0,93)		0,0024 (0,64)		
Tasa de inversión			0,091 (2,85)	0,093 (2,93)		
SEC60 ^b	0,032 (2,90)	0,032 (2,86)	0,021 (1,93)	0,021 (1,89)	0,016 (2,86)	0,041 (2,08)
PRIM60 ^b	0,040 (5,18)	0,040 (5,28)	0,029 (3,65)	0,029 (3,76)	0,009 (1,07)	0,039 (4,05)
Consumo	-0,147 (-4,17)	-0,149 (-4,21)	-0,150 (-4,76)	-0,154 (-4,67)	-0,036 (-1,25)	-0,179 (-4,41)
Gubern.						
Log (PGB inicial)	-0,016 (-4,20)	-0,016 (-4,06)	-0,016 (-4,76)	-0,016 (-4,67)	-0,026 (-6,33)	-0,015 (-3,10)
R ²	0,48	0,48	0,55	0,55	0,72	0,51
N° Obs.	84	84	84	84	21	63

Errores estándares calculados usando el procedimiento fuerte de White.

^a Logaritmo de las tasas de inflación.

^b SEC60 (PRIM60): Tasa de matrícula educación secundaria (primaria) en 1960.

La regresión 1.1 muestra que hay una significativa correlación negativa entre inflación y crecimiento después de controladas las variables tradicionales. Dado que la variable dependiente es el *log* de inflación, el parámetro implica que reduciendo la inflación en un 10% (no en puntos porcentuales), el crecimiento aumentaría en 0,06%. Es decir, reduciendo la inflación a la mitad de su valor (la tasa inflacionaria media es de 15%), aumentaría el crecimiento en 0,4 [-0.057xlog(0.5)] puntos porcentuales²³. Si se corriera la regresión con una inflación lineal, el efecto de la inflación seguiría siendo significativo, aunque más débil, dado que una reducción de la inflación en 10% aumentaría el crecimiento en 0,2 puntos porcentuales. La regresión 1.2 separa la inflación en alta y baja, usando el 20% como punto de corte. Los resultados muestran un coeficiente similar e indican que hay una alta inflación, lo que resulta perjudicial para el crecimiento.

²³ En De Gregorio (1993) el coeficiente es -0.008, y en Sarel (1995) -0.025 cuando se considera el quiebre y -0.008 de otro modo.

CUADRO N° 2 CRECIMIENTO E INFLACIÓN: SUBMUESTRAS Y MARGINALES

Variable Indep. Regresión N° :	Variable dependiente: crecimiento GDP per cápita 1960-1985				
	Coeficiente (t- estadísticas)				
	2.1	2.2	2.3	2.4	2.5
Muestra	Todos los países	Todos los países ^c	Países en desarrollo ^c	Países en desarrollo	Países en desarrollo ^c
Inflación ^a	-0,0036 (-1,68)	-0,0047 (-2,02)	-0,0061 (-2,25)		
Inflación alta ^a (≥ 20%)				-0,0046 (-1,42)	-0,0053 (-1,63)
Inflación baja ^a (<20%)				0,0043 (0,79)	0,0042 (0,77)
SEC60 ^b	0,030 (2,58)	0,029 (2,52)	0,036 (1,63)	0,037 (1,66)	0,035 (1,57)
PRIM60 ^b	0,036 (4,89)	0,036 (4,83)	0,036 (3,85)	0,037 (3,80)	0,037 (3,84)
Consumo gubernamental	-0,155 (-4,85)	-0,165 (-5,12)	-0,206 (-5,21)	-0,190 (-4,79)	-0,208 (-5,18)
Log(PGB inicial)	-0,017 (-5,28)	-0,018 (-5,50)	-0,018 (-4,41)	-0,017 (-4,08)	-0,018 (-4,32)
Revoluciones y golpes de Estado	-0,019 (-2,42)	-0,028 (-3,02)	-0,028 (-2,77)	-0,018 (-2,08)	-0,029 (-5,18)
R ²	0,52	0,58	0,57	0,54	0,57
N° Obs.	84	81	60	63	60

Errores estándares calculados usando el procedimiento fuerte de White.

^a Logaritmo de las tasas de inflación.

^b SEC60 (PRIM60): Tasa de matrícula educación secundaria (primaria) en 1960.

^c Excluye Argentina, Bolivia y Perú.

En contraste con las regresiones que separan la muestra entre países de alta y de baja inflación, cuando la ecuación es constreñida a una muestra de países industrializados (regresión 1.5), el efecto negativo de la inflación y del crecimiento sigue siendo fuerte y el coeficiente cae sólo ligeramente. Esta aparente contradicción con 1.2 y 1.4 se debe principalmente al hecho de que la inflación baja combina países africanos de inflación baja y bajo crecimiento con naciones industrializadas de moderado crecimiento y baja inflación. Finalmente, el efecto de la inflación sobre el crecimiento parece ser más fuerte en los países en desarrollo (regresión 1.6).

Las regresiones 1.3 y 1.4 reproducen a los primeros, agregándose la tasa de inversión como variable dependiente. El coeficiente de inversión es significativo, pero la inclusión de esta variable no cambia significativamente los coeficientes de inflación. De acuerdo a estos resultados, a lo menos tres cuartas partes de los efectos de la inflación sobre el crecimiento pasan por el canal de eficiencia.

En el Cuadro N° 2 se analiza la robustez de los resultados. Primero, no se emplea la corrección de White, a pesar de la evidencia de heterocedasticidad, dado que se observó que los estadígrafos-t tienden, en general, a experimentar un ligero aumento y, por tanto, se usa el enfoque más exigente para verificar la robustez de los efectos de la inflación. Segundo, se agrega el índice del número de revoluciones y golpes de Estado por año de Barro (1991), ya que también parece reducir la fuerza de los efectos de la inflación²⁴. Y, tercero, se excluye a Argentina, Bolivia y el Perú, tres países que han tenido elevadas tasas de inflación y un rendimiento pobre en cuando a crecimiento y que podrían estar afectando el resultado de la muestra de los países en desarrollo. Los resultados muestran que las revoluciones y los golpes de Estado reducen en casi una cuarta parte los efectos de la inflación sobre el crecimiento. Más interesante es el hecho de que la exclusión de Argentina, Bolivia y el Perú incrementa el valor y la significancia de los coeficientes en toda la muestra y en los países en desarrollo²⁵.

El canal de inversión es explorado en mayor profundidad en el Cuadro N° 3. Las regresiones usan los mismos regresores que en el caso de las tasas de crecimiento. Es interesante verificar que en toda las especificaciones la inflación no es significativa. Se realizaron diversos experimentos, como, por ejemplo, excluir las variables que no fueron significativas, dividir la muestra en alta y baja inflación, agregar el crecimiento y las variables políticas como regresores, etc. La única regresión en que pude hallar un coeficiente significativo fue cuando la inversión en países de baja inflación fue estimada con la inflación como único regresor. El coeficiente fue -0.07 y la estadística-t -2.8, pero una vez que los indicadores "escolarización" o "PGB" inicial fueron agregados, el coeficiente sobre la inflación se tornó insignificante. Ese coeficiente es similar a aquél hallado en otros estudios. El resultado sugiere que la diferencia con otros estudios que descubrieron un coeficiente de inflación significativo en las ecuaciones de inversión, es que éstas no incluyen variables como el nivel inicial de capital humano o el nivel inicial del producto.

²⁴ Se agregaron otros índices de inestabilidad política a las regresiones, pero el único significativo fue el de las revoluciones y los golpes de Estado.

²⁵ En las regresiones 2.1 y 2.5 el empleo de la corrección de White haría que la inflación fuese significativa al 5%.

CUADRO N° 3 INVERSIÓN E INFLACIÓN: CORTE TRANSVERSAL (1960-1985)

Variable Indep. Regresión N°:	Variable dependiente: Tasa de inversión 1960-1985					
	Coeficiente (t- estadísticas)					
	3.1.	3.2	3.3.	3.4.	3.5.	3.6
Muestra	Todos los países	Todos los países	Todos los países	Países Indust.	Países en desarrollo	Países con alta inf.
Inflación ^a	-0,016 (-1,32)	0,007 (-0,76)		0,009 (-0,55)	0,009 (-0,92)	0,012 (0,78)
Inflación alta ^a (≥ 20%)			-0,010 (-0,98)			
Inflación baja ^a (<20%)			0,015 (0,94)			
SEC60 ^b		0,123 (2,13)	0,123 (2,11)	0,064 (0,84)	0,188 (2,35)	0,065 (0,78)
PRIM60 ^b		0,118 (4,53)	0,117 (4,58)	-0,006 (-0,09)	0,103 (3,87)	0,039 (0,17)
Consumo gubernamental Log(PGB inicial)			0,050 (0,35)	-0,328 (-1,88)	0,121 (0,75)	
R ²	0,02	-0,002 (-0,15)	0,002 (-0,11)	-0,030 (-0,88)	0,004 (0,23)	0,051 (1,46)
N° Obs.	84	84	84	21	63	13

Errores estándares calculados usando el procedimiento fuerte de White.

^a Logaritmo de las tasas de inflación.

^b SEC60 (PRIM60): Tasa de matrícula educación secundaria (primaria) en 1960.

El resultado obtenido en este trabajo sugiere que la inflación ejerce un efecto negativo sobre el crecimiento. Este efecto se mantiene para una submuestra de países industrializados de baja inflación. Al analizar los países en desarrollo por separado, los resultados indican que es la inflación alta lo que impacta sobre el crecimiento. Finalmente, la mayor parte del efecto de la inflación sobre el crecimiento se transmite a través del canal de la eficiencia.

3.2 Independencia del banco central (IBC) y rendimiento macroeconómico

Tal como se analizó en la sección anterior, la teoría predice que mientras más independiente sea un banco central (y más reticente a la

inflación), tanto menor será la tasa de inflación. Es más: si tasas de inflación bajas llevan a un crecimiento más acelerado, uno debería esperar una correlación negativa entre IBC e inflación, a la vez que una correlación positiva entre IBC y crecimiento. Comienzo revisando la evidencia relativa a la IBC e inflación y crecimiento en los países de la OECD, que ha constituido el foco de la mayoría de los estudios empíricos, y luego examino la evidencia correspondiente a los países en desarrollo.

El primer asunto que debe ser tratado es cómo medir la IBC. Muchos autores han abordado esa difícil tarea, especialmente Bade y Parkin (1982), Alesina (1988), Grilli, Masciandano y Tabellini (1991) [GMT], Cukierman (1992), Cukierman, Webb y Neyapti (1992) [CWN], y Alesina y Summers (1993)[AS]. Estos estudios, sumados a los de De Long y Summers (1992), y al de Cukierman, Kalaitzidakis, Summers y Webb (1993), han analizado la relación entre la IBC y el comportamiento macroeconómico.

La IBC puede medirse evaluando el grado en que la ley otorga al banco central independencia para fijar sus objetivos políticos. En términos amplios, esto es lo que se ha llamado independencia “política” o “legal”, y consiste en examinar la influencia del gobierno en el nombramiento del presidente del directorio, la duración de los directores en su cargo, los objetivos finales y otras características jurídicas que contemplan los estatutos del banco central. La mayoría de las medidas de independencia legal y política fueron elaboradas para países industrializados.

Otro aspecto de la IBC, destacado inicialmente por GMT, es la independencia “económica” de los bancos centrales. Ésta se define como la independencia para elegir los instrumentos de la política monetaria. Particularmente, la influencia del gobierno respecto de cuánto pedir en préstamo al banco central; por ejemplo, si acaso el gobierno dispone de una facilidad automática de crédito y si acaso se otorga a tasas de interés de mercado. La independencia económica también se define en términos de los instrumentos sometidos al control del banco central, tales como el control de la tasa de descuento o la supervisión bancaria.

El Cuadro N° 4 presenta los índices de IBC de mayor uso, la tasa inflacionaria durante el período 1960-1985 y la tasa de crecimiento del PGB per cápita del mismo período para una muestra de países de la OECD. EL índice de GMTAS es la suma de los índices de la independencia económica y política construida por GMT y más tarde extendida por AS. El otro índice corresponde al índice legal construido por CWN, tal como se reporta en Cukierman (1992, Cuadro 19.3). Ambas mediciones están marcadamente correlacionadas, excepto en los casos de Noruega y Japón que, de acuerdo a CWN, poseen escasa independencia legal, mientras que el índice de GMTAS los coloca cerca del promedio.

CUADRO N° 4 IBC, INFLACIÓN Y CRECIMIENTO EN LOS PAÍSES OECD

	GMTAS	CWN	Inflación	Crecimiento
Australia	2	0.31	6.8	2.1
Bélgica	2	0.19	5.6	3.2
Canadá	2.5	0.46	5.8	2.8
Dinamarca	2.5	0.47	7.9	2.7
Francia	2	0.28	7.4	3.2
Alemania	4	0.66	3.8	2.9
Italia	1.75	0.22	9.9	3.3
Japón	2.5	0.16	6.5	5.8
Holanda	2.5	0.42	5.5	2.6
Noruega	2	0.14	7.0	3.7
Nueva Zelandia	1	0.27	8.9	1.4
España	1.5	0.21	11.0	3.9
Suecia	2	0.27	7.1	2.6
Suiza	4	0.68	4.2	1.8
Reino Unido	2	0.31	8.6	2.2
Estados Unidos	3.5	0.51	5.4	2.1

Fuentes: Alesina y Summers (1993); Cukierman (1993); IFS; Summers y Heston (1991).

Los gráficos N° 3 y N° 4 replican la correlación negativa entre ambas mediciones de la IBC y de la inflación encontrada en la mayor parte de los estudios previos. Esa relación parece ser resistente a cambios en la especificación, así como a mediciones alternativas de la IBC.

GRÁFICO N° 3: INFLACIÓN E INDEPENDENCIA LEGAL

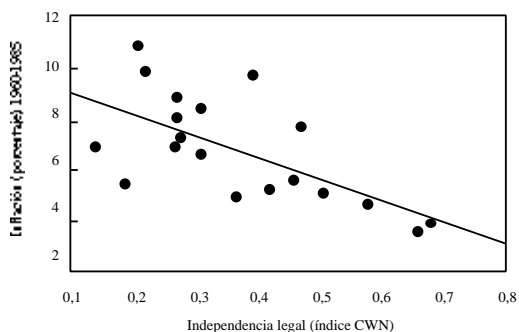


GRÁFICO Nº 4: INFLACIÓN E IBC

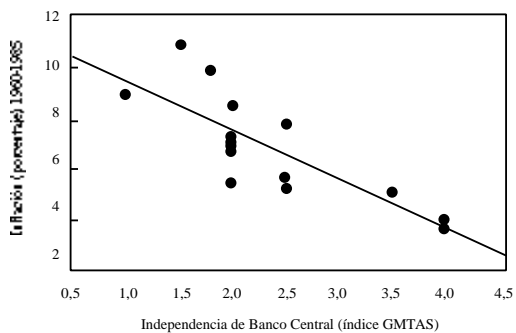


GRÁFICO Nº 5: CRECIMIENTO E IBC

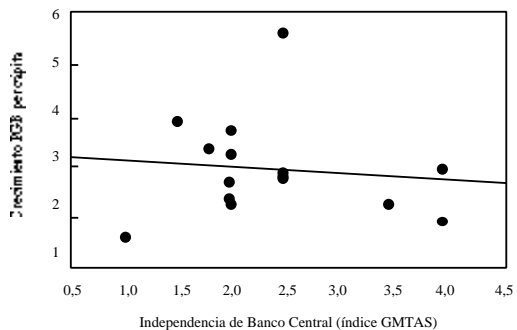
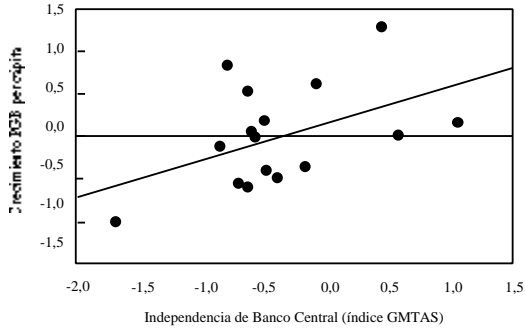


GRÁFICO N° 6: DISPERSIÓN PARCIAL DEL CRECIMIENTO E IBC



La relación entre IBC y crecimiento es menos clara. El Gráfico N° 4 presenta la tasa de PGB por crecimiento per cápita y el índice de GMTAS para la IBC. Como puede desprenderse de la ilustración, no hay básicamente ninguna relación entre crecimiento e IBC. Sin embargo, como nos muestran De Long y Summers (1992), una vez que las tasas de crecimiento son controladas por el PGB inicial, surge una relación positiva entre crecimiento e IBC. El Gráfico N° 5 propuesto por De Long y Summers en 1992, exhibe la correlación parcial entre crecimiento e IBC. El eje vertical mide el residuo de una regresión de la tasa de crecimiento del PGB per cápita en 1960, es decir, el componente del crecimiento que no se explica por la convergencia. En forma similar, el eje horizontal mide el componente ortogonal de la IBC cuando se controla por el PGB per cápita inicial. La cifra muestra una correlación positiva entre IBC y crecimiento. La regresión subyacente es la siguiente:

$$\text{crecimiento} = 6.58 - 2.907 \log PGB60 + 0.344 \text{IBC} \quad (8)$$

(9.62) (-6.19) (1.86)

$R^2 = 0.75$, N° Obs. = 16, y estadística-t entre paréntesis.

Es importante señalar, sin embargo, que el coeficiente sobre el crecimiento es significativo marginalmente y que es difícil argumentar fuertemente en favor de una correlación sólida entre IBC y crecimiento. Los resultados son también sensibles a la clasificación de Japón. Cukierman,

Kalaitzidakis, Summers y Webb (1993) llegaron a un resultado similar, pues encontraron que la IBC no ejerce un efecto significativo sobre el crecimiento en los países industrializados.

Diversas razones pueden explicar la falta de correlación (o la débil correlación) entre el crecimiento y la IBC. Primero, con niveles inflacionarios bajos, como aquéllos de los países industrializados, la inflación puede tener escaso efecto sobre el crecimiento, y de allí que un banco central independiente puede tener un papel limitado en lo concerniente a impulsar el crecimiento. Segundo, el bajo nivel inflacionario puede ser a expensas de una gran variabilidad del producto, lo que puede resultar perjudicial para el crecimiento.

Sin embargo, la evidencia sugiere que, al contrario de las predicciones teóricas, la IBC no está correlacionada con la variabilidad del producto. Modelos como el de Rogoff (1985) predicen que un banco central independiente produce menos inflación, pero a costa de una mayor variabilidad del producto. El hecho que la IBC conduzca a una menor inflación sin costos, en términos del crecimiento del producto o inestabilidad, ha llevado a GMT a afirmar que, “tener un banco central independiente es como tener un almuerzo gratis; hay beneficios, pero no costos manifiestos en términos de rendimiento macroeconómico”.

Debelle y Fischer (1994) han vuelto sobre este punto y concluyen —comparando Alemania y los Estados Unidos, para enseguida extender el análisis a un grupo de países de la OECD— que países con un banco central más independiente tienden a tener mayores pérdidas en términos de producto durante las deflaciones y que sus coeficientes de sacrificio (pérdida de producto por punto porcentual de reducción de la inflación) son más altos. Walsh (1994) y Fischer (1995) también han presentado evidencia para mostrar que el coeficiente de sacrificio es mayor cuanto mayor es el grado de independencia de los bancos centrales. Ellos destacan que los bancos centrales independientes producen menos inflación y, como predice la mayor parte de las teorías, mientras menor sea la tasa de inflación, más plana será la curva de Phillips. De allí que en economías de inflación baja resulte más costoso reducir la inflación. En este sentido, no podría haber almuerzo gratuito y los bancos centrales independientes no tendrían un bono de credibilidad que les permitiera luchar contra la inflación sin crecientes pérdidas del producto. Un énfasis excesivo en la prevención de la inflación podría así resultar perjudicial.

Esta evidencia se basa, sin embargo, en coeficientes de sacrificio —que equivalen a la pérdida de producto vinculada con una reducción de un punto porcentual de inflación— y, de una manera análoga a la discusión sobre inflación y crecimiento, no debería resultar sorprendente que sea

menos oneroso reducir la inflación del 10% al 9% que del 3% al 2%. Sería más apropiado emplear algún tipo de coeficientes de sacrificio estandarizados. Por ejemplo, como informa Fischer (1995), haciendo uso de los coeficientes de sacrificio de Ball (1993) para 28 deflaciones en países de la OECD durante el período 1960-1990, y empleando el índice de independencia del banco central elaborado por GMTAS, se encuentra que una regresión del coeficiente de sacrificio en el índice de GMTAS rinde un coeficiente positivo con una estadística-t de 3.7. Eso indica que un incremento de la independencia del banco central aumenta (en un sentido estadísticamente significativo) el coeficiente de sacrificio. Sin embargo, si se redefine el coeficiente de sacrificio como la pérdida de producto por una declinación de un punto porcentual en la tasa de inflación²⁶, la regresión del índice GMTAS arroja un coeficiente positivo, aunque estadísticamente insignificante, con una estadística-t de 1.17.

Aún más: incluso cuando los coeficientes de sacrificio podrían ser mayores en países con un banco central independiente, como resultado de una curva de Phillips más plana, no está claro si acaso tener un coeficiente de sacrificio igual a cero (o curva de Phillips vertical) sea lo óptimo. De hecho, la pregunta es cuál es la pendiente óptima de la curva de Phillips en presencia de una inconsistencia dinámica, cosa que no ha sido resuelta.

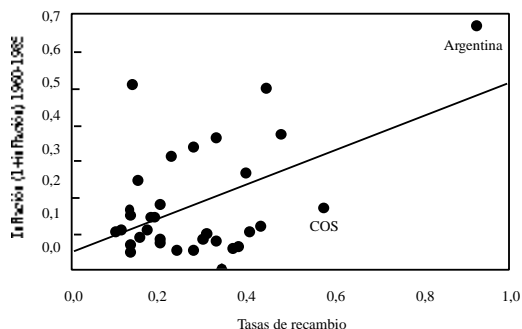
La evidencia atingente a los países en desarrollo es más escasa, pero, recientemente, Cukierman, Kalaitzidakis, Summers y Webb (1993) han entregado un detallado análisis de la relación entre la IBC y el rendimiento macroeconómico en los países en desarrollo. El análisis de la IBC de los países en desarrollo muestra que los índices de "independencia legal" tienen escasa relación con la verdadera independencia de los bancos centrales. Por esa razón, CWN han calculado la tasa de recambio de los presidentes de los bancos centrales. Ese índice parece funcionar mejor como indicación de la independencia real. En los países en desarrollo es muy baja la correlación entre las tasas de reemplazo y la independencia legal.

Otro problema adicional en los países en desarrollo estriba en que las tasas inflacionarias son sumamente variables, incluyendo diversos casos de inflación extrema. CWN sugiere que miremos a $\pi / (1 + \pi)$, que correspon-

²⁶ La razón de sacrificio habitual se define como $S = \sum_t \Delta(\bar{y} - y) / \Delta\pi$, en donde el numerador es la suma de desviaciones del producto del pleno empleo, mientras que el denominador es la declinación de la inflación. La redefinición propuesta en el texto es $S' = \sum_t \Delta(\bar{y} - y) / (\Delta\pi / \pi_0)$, o, en forma análoga, $S' = S \times \pi_0$.

de a la tasa de depreciación del balance real²⁷. El Gráfico N°7 presenta la correlación simple entre tasas de reemplazo de presidentes del banco central e inflación, para una muestra de países en desarrollo. El Gráfico N°7 muestra una correlación positiva fuerte, pero también revela que ella se debe en gran medida a Argentina, país que exhibe la mayor tasa de reemplazo de presidentes del banco central y, también, la mayor tasa de inflación. Podría argumentarse que Costa Rica es igualmente marginal, ya que tiene una inflación relativamente alta y frecuentes cambios de presidente del banco central.

GRÁFICO N° 7 INFLACIÓN Y TASAS DE RECAMBIO (Países en desarrollo)



El Cuadro N° 5 presenta un análisis estadístico más formal de la relación entre IBC e inflación. Ninguno de los países de la muestra indica que la independencia legal afecte significativamente a la inflación. Sólo cuando se considera la submuestra de países de la OECD los resultados coinciden con aquellos de CWN, que muestran que lo importante en determinar la inflación es la independencia legal y no los índices de rotación. En

²⁷ Al término de un período con una inflación igual a π , el valor real de un \$ 1 inicial es $1/(1 + \pi)$. Así, la devaluación es de $1 - 1/(1 + \pi)$. Por razones de conveniencia llamaré indistintamente inflación tanto a π como a $\pi/(1 + \pi)$.

contraste, las regresiones muestran que para los países en desarrollo las tasas de rotación están positivamente ligadas a la inflación, es decir, mientras mayor es la tasa de recambio tanto más alta es la tasa de inflación. Varias regresiones analizan el caso de los marginales, en particular Argentina. En toda la muestra, el coeficiente declina de 0,37 a 0,21, pero sigue siendo significativo. En contraste, y contrariamente a CWN, el coeficiente se torna insignificante cuando se excluye Argentina. La última regresión del Cuadro N° 5 muestra que, incluso excluyendo también a Costa Rica, el coeficiente es insignificante.

CUADRO N° 5 RESULTADOS DE REGRESIONES PARA INFLACIÓN

Muestra	Indepen. Legal	Tasa de recambio	R ²	N° Obs.
Variable dependiente: $\pi / (1 + \pi)$				
Todos los países	0,076 (0,66)	0,368 (4,35)	0,29	51
Todos los países		0,368 (4,42)	0,28	52
Todos los países ^a		0,213 (2,09)	0,08	51
Países OECD	-0,066 (-2,278)	-0,003 (-0,03)	0,42	15
Países en desarrollo	0,246 (1,09)	0,394 (3,23)	0,20	32
Países en desarrollo		0,394 (3,27)	0,26	33
Países en desarrollo ^b		0,241 (1,34)	0,06	31

t- estadísticas en paréntesis.

^a Excluido Argentina.

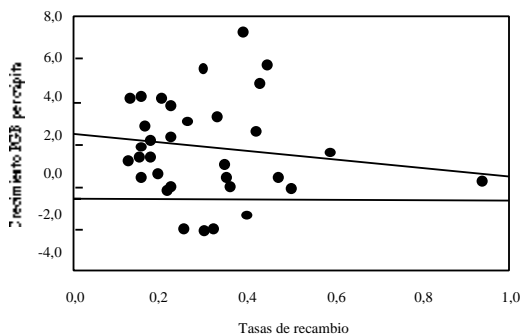
^b Excluidos Argentina y Costa Rica.

Al comparar los resultados del Cuadro N° 5 y aquellos de CWN, podemos concluir que una parte importante de la correlación encontrada se debe al caso de Argentina. Sin embargo, los resultados no son exactamente comparables, ya que estiman regresiones de panel que permiten mayores observaciones, siendo, por lo tanto, estimaciones más precisas. Las estima-

ciones del Cuadro N° 5 son similares a aquellas de CWN, con un valor para el coeficiente de tasas de rotación, que es aproximadamente 0,2. Ese valor implica que reducir la tasa de rotación, de 0,5 a 0,25 (es decir, aumentando la duración promedio del presidente del banco central de 2 a 4 años) reduciría la tasa de depreciación en alrededor de 0,05. Para una economía con una inflación de 25%, una reducción del en 0,05 sería equivalente a reducir la tasa de inflación al 18%.

En lo concerniente al crecimiento, el Gráfico N° 8 muestra la correlación simple entre las tasas de crecimiento y de recambio. Una vez más, la correlación simple muestra que Argentina juega un importante papel en tornar negativa la relación. Los resultados de regresiones que reproducen los cuadros N° 1 y N° 2, con tasas de rotación en vez de inflación (que no se presentan aquí), no exhiben una correlación significativa entre crecimiento y la IBC en los países en desarrollo. Este resultado no sólo es válido para la correlación simple, sino también para la relación que controla por los valores iniciales de las tasas de matrícula en las escuelas primarias y secundarias

GRÁFICO N° 8 CRECIMIENTO Y TASAS DE RECAMBIO
(Países en desarrollo)



y el PGB per cápita. La falta de correlación que se observa aquí es consecuencia directa del hecho de que no hay una correlación fuerte entre inflación y tasas de rotación. Como sucede en el caso de la inflación, los resultados también contrastan aquí con aquellos de Cukierman, Kalaitzidakis, Summers

y Webb (1993), que apuntan a una correlación negativa entre la IBC y el crecimiento en los países en desarrollo.

4. Conclusiones

En este trabajo se ha examinado la teoría y la evidencia acerca de la inflación y del crecimiento, así como el papel que juegan los bancos centrales. Hay muchos canales a través de los cuales la inflación afecta el crecimiento, y en este trabajo se ha destacado especialmente la diferencia entre los efectos de la inflación en la tasa de inversión y en la eficiencia de la misma. Dado que la teoría y la evidencia sugieren que la inflación es perjudicial para el crecimiento, un banco central efectivo puede jugar un papel importante no sólo en cuanto a proveer estabilidad macroeconómica en el corto plazo, sino también por sus implicancias para el crecimiento de largo plazo.

La teoría sobre la independencia del banco central sugiere que mientras más independiente y reticente a la inflación sea un banco central, tanto más baja será la tasa de inflación. Sin embargo, un banco central que sólo se ocupa de la inflación tampoco es óptimo. Primero, necesita complementarse con la autoridad fiscal en la fijación de una combinación óptima de impuestos. Segundo, y tal vez más importante, un banco central con el único mandato de asegurar la estabilidad de los precios puede generar fluctuaciones excesivas del producto. En el contexto de este trabajo, la segunda interrogante es, naturalmente, cuáles son las consecuencias de largo plazo de una mayor variabilidad del producto. Ésta es una materia que requiere todavía de mayor investigación.

La evidencia presentada aquí y en otros estudios en relación a la inflación y el crecimiento indica que la inflación tiene efectos negativos para el crecimiento. Esta evidencia pasa varias pruebas de robustez en series de datos, regiones, problemas de endogeneidad, etc. Hay, desde luego, algunas excepciones. Cuantitativamente, esos efectos podrían alcanzar hasta 0,4-0,5 puntos porcentuales de crecimiento más acelerado para una reducción de 10 puntos porcentuales en la tasa de inflación²⁸. La evidencia también sugiere ampliamente que la mayoría de los efectos (a lo menos dos tercios) de la inflación sobre el crecimiento operan vía la eficiencia de la inversión o, en forma similar, vía el crecimiento de la tasa de productividad. Los efectos de la

²⁸ Esto es válido para países "promedio", es decir, países con tasas de inflación menores al 20 ó 30% anual.

inflación sobre las tasas de inversión son menos claros. En América Latina es difícil hallar un efecto de magnitud relevante.

Si la inflación es mala para el crecimiento, ¿por qué hay inflación? La respuesta más aceptada, no sólo por los académicos, sino también por autoridades económicas, es porque resulta oneroso reducirla. De allí que uno puede concluir que si bien hay una relación negativa entre la inflación y el crecimiento en el largo plazo, esta relación se puede revertir en el corto plazo. No hay ninguna evidencia empírica que desentrañe los efectos de corto y largo plazo de la inflación, aunque resulta interesante que aun con frecuencias anuales Fischer (1983, 1993) observe una correlación negativa entre inflación y crecimiento.

¿Qué aprendemos de la evidencia sobre inflación y crecimiento respecto de la teoría? La débil relación entre inversión e inflación sugiere que los impuestos que deben pagar los que ahorran en efectivo y los efectos de la incertidumbre de la inflación sobre la inversión podrían no ser tan importantes. El hecho de que la inflación afecte el crecimiento, principalmente a través de la asignación de los recursos (más que a través de su volumen), no es fácil de explicar a través de modelos tradicionales. Como se analizó en la sección 1, una caída del empleo podría explicar una baja en la eficiencia de la inversión. Sin embargo, la evidencia para el efecto de la inflación sobre el empleo es débil. De Gregorio (1993) no encuentra una correlación significativa entre inflación y empleo, y Fischer (1993) no halla relación entre la inflación y la tasa de crecimiento del empleo. Cooley y Hansen (1989), sin embargo, muestran una correlación negativa entre inflación promedio y tasas de empleo para una muestra de 23 países, tomada entre 1976 y 1985. Sin embargo, una mirada sobre su gráfico sugiere que esa correlación podría no ser robusta. Es más, Gomme (1993) calibra un modelo de ciclo económico real con crecimiento endógeno, donde las fluctuaciones en el empleo dominan la mayoría de los resultados, y descubre que una inflación que aumente en un 50% en una economía como la de Estados Unidos disminuiría el crecimiento en sólo un 0,2% por año, lo que es poco en comparación con la evidencia econométrica revisada aquí. Por consiguiente, es necesario analizar todavía más profundamente otros canales a través de los cuales la inflación podría tener efectos en la asignación de recursos. Tal vez las explicaciones dadas por las extensiones del modelo neoclásico o por los modelos que se centran en el funcionamiento de los mercados crediticios (subsecciones 1.2 y 1.4) podrían ayudarnos a comprender mejor la relación entre inflación y crecimiento. La literatura sobre inflación, conflictos de distribución y factores políticos también podría entregar luces adicionales.

La evidencia disponible acerca de los efectos de la IBC sobre la inflación y el crecimiento parece sugerir lo siguiente: la IBC es un determinante importante de la inflación y su impacto sobre el crecimiento es de mayor importancia en los países en desarrollo. Sin embargo, las correlaciones informadas aquí sugieren que esos resultados podrían ser frágiles. El resultado más sólido parece ser aquél de los efectos de la IBC sobre la inflación en los países industrializados. Las dificultades para obtener indicadores confiables en los países en desarrollo impiden una evaluación más exacta de los efectos de la IBC en el desempeño macroeconómico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abel, A. B. (1983). "Optimal Investment Under Uncertainty". *American Economic Review*, C/ 73, pp. 228-233.
- Aghion, P. y P. Howitt (1992). "A Model of Growth Through Creative Destruction". *Econometrica*, 60, pp. 323-352.
- Aizenman, J. y N. P. Marion (1993). "Policy Uncertainty, Persistence and Growth". *Review of International Economics*, 1, pp.145-163.
- Alesina, A. (1987). "Macroeconomic Policy in a Two-Party System as a Repeated Game". *Quarterly Journal of Economics*, 102, pp. 651-678.
- (1988). "Macroeconomics and Politics". *NBER Macroeconomics Annual*, 3, pp. 13-52.
- y R. Gatti (1995). "Independent Central Bank: Low Inflation at No Cost?". *American Economic Review*, Papers and Proceedings, 85, pp. 106-200.
- y L. H. Summers (1993). "Central Bank Independence and Macroeconomic Performance: Some Comparative Evidence". *Journal of Money, Credit and Banking*, 25, pp. 157-162.
- y G. Tabellini (1987). "Rules and Discretion with Non-Coordinated Monetary and Fiscal Policies". *Economic Inquiry*, 25, pp. 619-630.
- Azariadis, C. y B. Smith (1993) "Private Information, Money and Growth". Manuscrito no publicado, UCLA y Cornell University.
- Bade, R. y M. Parkin (1982), "Central Bank Laws and Monetary Policy". Manuscrito no publicado, University of Western Ontario.
- Ball, L. (1983). "What Determines the Sacrifice Ratio?". Documento de Trabajo NBER, N° 4306.
- y S. G. Cecchetti (1990). "Inflation, Uncertainty at Short and Long Horizons". *Brookings Papers on Economic Activity*, pp. 215-245.
- Barro, R. J. (1991). "Economic Growth in a Cross Section of Countries". *Quarterly Journal of Economics*, 104, pp. 407-433.
- (1995). "Inflation and Economic Growth". *Bank of England Quarterly Bulletin*, 35, pp. 166-176.
- y D. Gordon (1983). "A Positive Theory of Monetary Policy in a Natural Rate Model". *Journal of Political Economy*, 91, pp. 589-610.
- y X. Sala-i-Martin (1992). "Convergence". *Journal of Political Economy*, 100, pp. 223-251.

- y X. Sala-i-Martin (1995). *Economic Growth*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Baumol, W. (1990). "Entrepreneurship: Productive, Unproductive and Destructive". *Journal of Political Economy*, 98, pp. 893-921.
- Benàbou, R. (1988). "Search, Price Setting and Inflation". *Review of Economic Studies*, 55, pp. 353-376.
- Bernanke, B. (1983). "Irreversibility, Uncertainty and Cyclical Investment". *Quarterly Journal of Economics*, 98, pp. 85-106.
- Bertola, G. y R. J. Caballero (1994). "Irreversibility and Aggregate Investment". *Review of Economic Studies*, 61, pp. 223-246.
- Blomström, M., R. E. Lipsey y M. Zejan (1993). "Is Fixed Investment the Key to Economic Growth". Documento de trabajo NBER, N° 4436.
- Braun, A. (1994). "Another Attempt to Quantify the Benefits of Reducing Inflation". *Federal Reserve Bank of Minneapolis Quarterly Review*, 18 (4), pp. 17-25.
- Briault, C. (1995). "The Costs of Inflation". *Bank of England Quarterly Bulletin*, 35, pp. 33-45.
- Brock, W. (1974). "Money and Growth: The Case of Long Run Perfect Foresight". *International Economic Review*, 16, pp. 750-777.
- Bruno, M. y W. Easterly (1995). "Inflation Crises and Long-Run Growth". Documento de trabajo NBER, N° 5209.
- Caballero, R. (1993). "On the Dynamics of Aggregate Investment". En Serven, L. y A. Solimando (eds.), *Striving for Growth after Adjustment*. Washington D.C.: Banco Mundial.
- Canzoneri, M. (1985). "Monetary Policy Games and the Role of Private Information". *American Economic Review*, 76, pp. 1056-1070.
- Cardoso, E. (1994). "Macroeconomic Environment and Capital Formation in Latin America". En Serven, L. y A. Solimando (eds.), *Striving for Growth After Adjustment*. Washington D.C.: Banco Mundial.
- y A. Fishlow (1989). "Latin America Economic Development: 1950-1980". Documento de trabajo NBER, N° 3161.
- Casella, A. y J. Feinstein (1990). "Economic Exchange During Hyperinflation". *Journal of Political Economy*, 98, pp. 1-27.
- Cooley, T. F. y G. D. Hansen (1989). "The Inflation Tax in a Real Business Cycle Model". *American Economic Review*, 79, pp. 733-748.
- Corbo, V. y P. Rojas (1993). "Investment, Macroeconomic Instability and Growth: The Latin American Experience". *Revista de Análisis Económico*, 8, pp. 19-37.
- Cukierman, A. (1992). *Central Bank Behaviour, Credibility and Independence: Theory and Evidence*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- , S. Edwards y G. Tabellini (1992). "Seigniorage and Political Instability". *American Economic Review*, 82, pp. 537-555.
- , P. Kalaitzidakis, L. H. Summers y S.B. Webb (1993). "Central Bank Independence, Growth, Investment and Real Rates". *Carnegie Rochester Conference Series in Public Policy*, 39, pp. 95-140.
- , S. B. Webb y B. Neyapti (1992). "Measuring the Independence of Central Banks and its Effect on Policy Outcomes". *The World Bank Economic Review*, 6, pp. 353-398.
- Debelle, G. (1993). "Central Bank Independence: A Free Lunch?". Manuscrito no publicado, MIT.
- y S. Fischer (1994). "How Independent Should a Central Bank Be?". Manuscrito no publicado, MIT.

- De Gregorio, J. (1992). "Economic Growth in Latin America". *Journal of Development Economics*, 39, pp. 59-84.
- (1993). "Inflation, Taxation and Long-Run Growth". *Journal of Monetary Economics*, 31, pp. 271-298.
- (1995). "Policy Accommodation and Gradual Stabilization". *Journal of Money, Credit and Banking*, 27, pp. 727-741.
- y F. Sturzenegger (1994). "Credit Markets and the Welfare Costs of Inflation". Documento de trabajo NBER, N° 4873.
- De Long, B y L.H. Summers (1992). "Macroeconomic Policy and Long-Run Growth". *Federal Reserve Bank of Kansas Economic Review*, C 77, pp. 5-29.
- Dixit, A. y R. Pindyck (1993). *Investment under Uncertainty*. Princeton: Princeton University Press.
- Dornbusch, R. y S. Fischer (1993). "Moderate Inflation". *The World Bank Economic Review*, 7, pp. 1-44.
- y J. Frenkel (1973). "Inflation and Growth". *Journal of Money, Credit and Banking*, 5, pp. 141-156.
- Driffill, J., G. Mizon y A. Ulph (1990). "Costs of Inflation". En B. Friedman y F. Hahn (eds.), *Handbook of Monetary Economics*. Amsterdam: North Holland.
- Easterly, W. (1994). "Economic Stagnation, Fixed Factors, and Policy Thresholds". *Journal of Monetary Economics*, 33, pp. 525-557.
- Fischer, S. (1983). "Inflation and Growth." Documento de trabajo NBER, N° 1235 (publicado como "Inflación y crecimiento" en *Cuadernos de Economía*, 20, pp. 267-278).
- (1991). "Growth, Macroeconomic, and Development". *NBER Macroeconomic Annual*, 6, pp. 329-346.
- (1993). "The Role of Macroeconomics Factors in Growth". *Journal of Monetary Economics*, 32, pp. 485-512.
- (1995). "Modern Approaches to Central Banking". Documento de trabajo NBER, N° 5064.
- y F. Modigliani (1978). "Towards an Understanding of the Real Effects and Costs of Inflation". *Weltwirtschaftliches Archiv*, pp. 810-832.
- Friedman, M. (1969). "The Optimal Quantity of Money". En *The Optimum Quantity of Money and Other Essays*. Chicago, Aldine.
- Garfinkel, M. y S. Oh (1993). "Strategic Discipline in Monetary Policy with Private Information". *American Economic Review*, 83, pp. 99-117.
- Gomme, P. (1993). "Money and Growth Revisited: Measuring the Costs of Inflation in an Endogenous Growth Model". *Journal of Monetary Economics*, 32, pp. 51-77.
- Grier, K. B. y G. Tullock (1989). "An Empirical Analysis of Cross-National Economic Growth, 1951-1980". *Journal of Monetary Economics*, 24, pp. 259-276.
- Grilli, V., D. Masciardino y G. Tabellini (1991). "Political and Monetary Institutions and Public Financial Policies in the Industrial Countries". *Economic Policy*, 13, pp. 341-392.
- Grossman, G. y E. Helpman (1991). *Innovation and Growth in the Global Economy*. Cambridge Mass.: MIT Press.
- Hartman, R. (1972). "The Effects of Price and Cost Uncertainty on Investment". *Journal of Economic Theory*, 5, pp. 285-266.
- Jones, L. E. y R. E. Manuelli (1990). "A Convex Model of Equilibrium Growth: Theory and Policy Implications". *Journal of Political Economy*, 98, pp. 1008-1038.

- (1993). "Growth and the Effects of Inflation". Documento de Trabajo NBER, N° 4523.
- King, R. y R. Levine (1993). "Finance, Entrepreneurship, and Growth: Theory and Evidence". *Journal of Monetary Economics*, 32, pp. 513-542.
- Kormendi, R. C. y P. G. Meguire (1985). "Macroeconomic Determinants of Growth: Cross-Country Evidence". *Journal of Monetary Economics*, 16, pp. 141-163.
- Kydland, F. E. y E. C. Prescott (1977). "Rules Rather than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans". *Journal of Political Economy*, 85, pp. 473-492.
- Lach, S. y D. Tsiddon (1992). "The Behavior of Prices and Inflation: An Empirical Analysis of Disaggregated Price Data". *Journal of Political Economy*, 100, pp. 349-389.
- Leijonhufvud, A. (1977). "Costs and Consequences of Inflation". En Harcourt, H. (ed), *Microeconomic Foundations of Macroeconomics*. Boulder, CO: Westview Press.
- Levhari, D. y D. Patinkin (1968). "The Role of Money in a Simple Growth Model". *American Economic Review*, 58, pp. 713-753
- Levine, R. y D. Renelt (1992). "A Sensitivity Analysis of Cross-Country Growth Regressions". *American Economic Review*, 84, pp. 942-963.
- Levine, R. y S. Zervos (1993). "Looking at the Facts: What We Know About Policy and Growth from Cross-Country Analysis". Documento de trabajo N° WPS 1115, Banco Mundial.
- Lohmann, S. (1992). "Optimal Commitment in Monetary Policy: Credibility versus Flexibility". *American Economic Review*, 82, pp. 273-280.
- Lucas, R. E. (1988). "On the Mechanics of Economic Development". *Journal of Monetary Economics*, 22, pp. 3-42.
- (1993). "On the Welfare Costs of Inflation". Manuscrito no publicado, Universidad de Chicago.
- McCandless, G. T. y W. E. Weber (1995). "Some Monetary Facts". *Federal Reserve Bank of Minneapolis Quarterly Review*, 19 (3), pp. 2-11.
- McDonald, R. y D. Siegel (1985). "The Value of Waiting to Invest". *Quarterly Journal of Economics*, 101, pp. 707-728.
- McKinnon, R. (1973). *Money and Capital in Economic Development*. Washington D.C.: Brookings Institution.
- (1991). *The Order of Economic Liberalization: Financial Control in the Transition to Market Economy*. Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press.
- Mundell, R. (1965). "Growth, Stability and Inflationary Finance". *Journal of Political Economy*, 73, pp. 97-109.
- Murphy, K., A. Schleifer y R. Vishny (1991). "The Allocation of Talents: Implications for Growth". *Quarterly Journal of Economics*, 104, pp. 503-530.
- Orphanides, A. y R. M. Solow (1990). "Money, Inflation and Growth". En B. Friedman y F. Hahn, eds., *Handbook of Monetary Economics*. Amsterdam: North Holland.
- Persson, T. y G. Tabellini (1993). "Designing Institutions for Monetary Stability". *Carnegie Rochester Conference Series in Public Policy*, 39, pp. 53-84.
- Pindyck, R. y A. Solimano (1993). "Economic Instability and Aggregate Investment". *NBER Macroeconomics Annual*, 8, pp. 259-303.
- Rebelo, S. (1991). "Long-Run Policy Analysis and Long-Run Growth". *Journal of Political Economy*, 99, pp. 500-521.
- Rogoff, K. (1985). "The Optimal Degree of Commitment to an Intermediate Monetary Target". *Quarterly Journal of Economics*, 100, pp. 1161-1190.

- Romer, P. M. (1986). "Increasing Returns and Long-Run Growth". *Journal of Political Economy*, 95, pp. 1002-1037.
- Roubini, N. y X. Sala-i-Martin (1992). "Financial Repression and Economic Growth". *Journal of Development Economics*, 39, pp. 5-30.
- Sarel, M. (1995). "Nonlinear Effects of Inflation on Economic Growth". Documento de Trabajo WP/95/56 del FMI.
- Shaw, E. (1973). *Financial Deepening in Economic Development*. Nueva York: Oxford University Press.
- Sidrauski, M. (1967). "Rational Choice and Patterns of Growth in a Monetary Economy". *American Economic Review Papers and Proceedings*, pp. 534-544.
- Stiglitz, J. y A. Weiss (1981). "Credit Rationing in Markets with Imperfect Information". *American Economic Review*, 71, pp. 393-410.
- Stockman, A. C. (1981). "Anticipated Inflation and the Capital Stock in a Cash-In-Advance Economy". *Journal of Monetary Economics*, 8, pp. 387-393.
- Summers, R. y A. Heston (1991). "The Penn World Table (Mark 5): An Expanded Set of International Comparisons". *Quarterly Journal of Economics*, 104, pp. 327-368.
- Tobin, J. (1965). "Money and Economic Growth". *Econometrica*, 33, pp. 671-684.
- Tommasi, M. (1993). "High Inflation: Resource Misallocations and Growth Effects". Manuscrito no publicado, UCLA.
- Ungar, M y B. Zilberfarb (1993). "Inflation and its Unpredictability-Theory and Empirical Evidence". *Journal of Money, Credit and Banking*, 25, pp. 709-720.
- Végh, C. (1992). "Stopping High Inflation: An Analytical Overview". *Staff Papers, FMI*, 39, pp. 629-695.
- Walsh, C. E. (1993). "Central Bank Strategies, Credibility, and Independence: A Review Essay". *Journal of Monetary Economics*, 32, pp. 287-302.
- (1994). "Central Bank Independence and the Cost of Disinflation in the EC". Manuscrito no publicado, University of California, Santa Cruz.
- (1995). "Optimal Contracts for Central Bankers". *American Economic Review*, 85, pp. 150-167. □

INVERSIÓN EN PORTAFOLIOS INTERNACIONALES DESDE CHILE*

Juan Foxley R.

Hasta ahora, el grueso de las inversiones financieras de los administradores de fondos chilenos se ha concentrado en el mercado local, en parte debido a restricciones de origen administrativo, aunque rentabilidad y riesgos de cambio también han sido mencionados como aparentes desincentivos para salir al exterior.

En el primer capítulo de este trabajo se establece que existe suficiente argumentación financiera para no descartar *a priori* la adquisición de activos internacionales, aun en casos en que el retorno esperado sea adverso en un mercado específico. Más que una discusión académica sobre el tema, el artículo rescata los elementos esenciales de la teoría tradicional de la diversificación, aplicando una versión del "modelo media-varianza" que, por su consistencia y facilidad de cálculo, puede servir como importante herramienta para la toma de decisio-

JUAN FOXLEY R. Ingeniero Comercial y Magister de la Universidad de Chile. Master en Economía en la Universidad de Pennsylvania con estudios de Finanzas en Wharton School. Consultor internacional en materias financieras. Ex Gerente de la División Internacional del Banco Central de Chile.

* El autor agradece el patrocinio del CEP y, en particular, los valiosos comentarios realizados por Rodrigo Vergara a una versión preliminar de este artículo. En distintas etapas del trabajo, se recibieron interesantes observaciones de Francisco Rosende, de la Pontificia Universidad Católica, Arturo Vicente, de AFP Santa María, Felipe Reyes, de Compañía de Seguros Aetna, Eduardo Cortés, de JP Morgan, Eduardo Walker, de AFP Hábitat y Edwin Elton de la Universidad de Nueva York. Obviamente, la responsabilidad por los posibles defectos del trabajo es exclusiva del autor.

nes. Se eligen cuatro mercados accionarios, desarrollados y emergentes, para ilustrar con casos particulares el discernimiento sobre la conveniencia de salir o no al exterior. La ilustración se completa con la aplicación del mismo análisis a la decisión de invertir en bonos del Tesoro de EE.UU., como alternativa a bonos chilenos.

Una vez establecida la regla de decisión para invertir fuera del país, el capítulo siguiente aborda elementos propios de la disciplina de administración de carteras. Se analizan tres criterios principales de construcción y manejo de portafolios internacionales: la distribución óptima de monedas y el riesgo de paridades; la canasta de instrumentos de renta fija y el riesgo de tasas de interés, y el rol de las agencias de clasificación de riesgo y los riesgos de crédito y soberano.

El trabajo pretende aportar a la discusión sobre diversificación financiera, y aunque se beneficia en parte de la experiencia del autor en la administración de las reservas de un Banco Central, aspira ser de utilidad para cualquier inversionista local que enfrente la posibilidad de organizar un portafolio con activos internacionales.

Introducción: ¿Por qué no invertir en el exterior?

El tema de las inversiones financieras de Chile en el exterior ha comenzado a despertar un interés creciente en el país. Por una parte, las autoridades, en consistencia con el propósito declarado de seguir abriendo gradualmente la cuenta de capitales, han ido relajando las restricciones cuantitativas que rigen a los inversionistas institucionales, permitiendo —potencialmente al menos— una diversificación internacional significativa. Por otra parte, los inversionistas institucionales, particularmente las AFP, han coincidido en principio en la conveniencia de bajar la concentración local, ante un mercado con escasa profundidad para la mayoría de los títulos elegibles.

En cierto tiempo, se hizo lugar común el atribuir a rentabilidades poco atractivas la renuencia a invertir en exterior. Este tipo de argumentos comenzó a desaparecer de la discusión pública a fines de 1995, cuando se constataron rendimientos domésticos —tanto en acciones como en bonos— significativamente menores a los de varios mercados externos. Por ejemplo, si se toma el 4,28% nominal logrado en el año 1995 por el índice general de precios de acciones en Chile, éste resulta inferior en pesos a la ganancia del S&P 500, del FT- 100 y del Hang Seng (35,7%, 21,3% y 24,6%, respectivamente). En el caso de los bonos, el retorno (variación de precio y reinversión de cupones) es de 11,8% del PRC-8 del Banco Central de Chile en ese

mismo año, menor al 31,8% que, equivalentes en pesos, alcanzan los bonos largos del Tesoro de EE.UU. según el índice de Lehman Bros¹.

En realidad, reducir la discusión a la mera comparación de retornos esperados entre un papel chileno y otro extranjero equivale a ignorar principios fundamentales de la teoría de portafolio, según la cual la variabilidad individual y conjunta de los retornos son —además de la rentabilidad de cada activo— parámetros claves a la hora de optimizar decisiones de inversión. Así, y tal como fue establecido en la literatura hace más de 4 décadas, incluso activos de rendimiento aparentemente pobres, individualmente considerados, pueden ser aportes cruciales a la rentabilidad global de un portafolio.

Pero antes de entrar al análisis mismo de diversificación internacional de portafolios con que partirá este artículo, permítasenos dar cuenta de otros argumentos que apuntan a dificultades específicas que enfrentan los inversionistas institucionales, las que, si bien no estarían inhibiendo por sí solas la salida al exterior, tendrían un efecto indirecto.

Entre estas preocupaciones vale la pena mencionar —en el caso de las AFP— los excesos de costo comercial, inducidos por la alta rotación de los afiliados, como también los denominados “efectos manada” de administradores uniformemente atentos a no desviar la rentabilidad media respecto de los competidores, so pena de comprometer el patrimonio. Indirectamente, tanto el exceso de costo comercial como el incentivo a la conducta gregaria pueden distorsionar las políticas de inversión por la vía de acortar los horizontes de inversión².

¹ El lector interesado en otras combinaciones de riesgo podrá notar también que papeles soberanos líquidos de Argentina y México (Índice de Bonos Brady de J.P. Morgan) casi triplican los rendimientos de los PRC chilenos durante 1995. Ciertamente no es la primera vez que los retornos medidos en pesos resultan más atractivos en el exterior. En un interesante trabajo del CEP (Valente, 1991) se muestra cómo la rentabilidad media del período 1981-1990 fue para las AFP inferior que la que podrían haber logrado diversificando en el exterior. Podrá discutirse que en dicho período, al contrario de lo observado hoy, las rentabilidades en pesos se daban en un ambiente de sostenido aumento en el tipo de cambio real, pero la experiencia del año 1995 muestra que la sola existencia de tasas locales relativamente altas, dice poco respecto de diferenciales de rentabilidad ex-post y menos aún sobre la conveniencia o inconveniencia de diversificar.

² En efecto, si los afiliados a una AFP no tienen una lealtad promedio mayor a 8 meses de permanencia, es probable que rentabilidades de más largo plazo no sean buenos argumentos de venta en la competencia por el traspaso de afiliados entre administradoras. Así entonces, construir portafolios más diversificados que requieran una apreciación de tasas de retorno a plazos mayores puede parecer poco atractivo como política comercial. Por otra parte, si el comportamiento en “manadas” se basa en regulaciones que miden las desviaciones respecto del promedio de últimos 12 meses, la “miopía” para no diversificar hacia inversiones con horizontes de madurez mayores subsiste.

En otro plano, la preocupación por los ámbitos de incumbencia de la banca en Compañías de Seguro y AFPs ha competido, de alguna manera, con las políticas de inversión como tema de agenda.

En este artículo no abordaremos estos temas en detalle, en parte porque al momento de escribir este trabajo existen procesos legislativos en curso que podrían resolverlos en gran medida, pero, sobre todo, porque nos interesa centrar y mantener la atención sobre los aspectos más puramente financieros que en los de tipo normativo³.

El propósito más general de este trabajo es analizar los principales criterios que deberían guiar una política de inversión y resaltar algunos elementos de administración de cartera involucrados en la ejecución de tal política.

Se hará referencia específica y reiterada a las inversiones en el exterior, pero el lector notará que muchos de los conceptos utilizados son aplicables por extensión a la diversificación de activos domésticos.

El trabajo está enfocado al nivel micro y pretende entregar elementos relevantes para las decisiones de inversionistas institucionales en general, si bien varios de sus contenidos arrancan de la experiencia del autor en la administración de las reservas internacionales desde el Banco Central de Chile.

El texto se organiza en 2 secciones y 8 subsecciones. La primera sección se dedicará a determinar las condiciones en que resultaría racional la diversificación de un portafolio hacia el exterior. Se expondrá un modelo sencillo, consistente con el *enfoque media-varianza*, relativamente fácil de aplicar y que permite evaluar decisiones concretas en la materia. Se ilustrará con aplicaciones a cuatro casos particulares de inversión en acciones en Norteamérica, Europa, Asia y Latinoamérica. Se mostrará cómo diferencias aparentemente adversas por rentabilidad —medida en pesos chilenos— podrían ser más que compensadas por las ventajas de la diversificación hacia el exterior, aun dando cuenta de los riesgos cambiarios. En forma complementaria, se ofrecerá también una ilustración referida a bonos para el

³ Al momento de escribir este artículo existen 3 nuevas normativas en trámite. Una, referida a incentivar la permanencia de afiliados a AFP; otra, a aumentar de 12 a 36 la base de meses sobre la que se calcula el promedio de rentabilidad del sistema previsional, y una tercera que crea los Fondos de Inversión Internacional. Sin duda, es esta última la que tiene mayores efectos potenciales directos sobre las inversiones externas. Como las normas establecen que los costos de contratación de administradores externos no son imputables al Fondo sino al administrador, se desataría una traba importante para la salida al exterior. No obstante, la contratación de administradores externos o la inversión directa en el exterior seguiría siendo una alternativa de inversión más líquida que la representada por cuotas de un fondo localmente administrado donde los partícipes serían mayoritariamente las industrias chilenas de previsión y seguros y las transacciones de cuotas podrían asimilarse a un juego del tipo "sillas musicales".

modelo citado, utilizando índices de retorno de bonos largos del Tesoro de EE.UU. y del Banco Central de Chile.

Establecida la posibilidad de diversificación internacional, en la segunda sección se examinarán los temas más propios de la administración de cartera. Se tratarán allí las políticas de inversión y el manejo de portafolios, con referencia especial a los distintos riesgos que enfrentan las carteras internacionales. Se abordará primero el riesgo de paridades y la composición de monedas. En seguida, se tratará el riesgo de tasas de interés; se utilizarán los conceptos de duración y convexidad para tratar las técnicas de inmunización y dedicación de portafolio, y se presentarán alternativas concretas de manejo de un portafolio de bonos, de manera de hacer posible el aprovechamiento de las distintas fases del ciclo económico en un país determinado. Por último, se analizarán los riesgos crediticio y soberano, las tasas de siniestralidad pertinentes y el rol de las agencias clasificadoras de riesgo en el proceso.

I. CONDICIONES FINANCIERAS PARA INVERTIR EN EL EXTERIOR

1.1. Una breve disgresión conceptual

Desde hace más de cuatro décadas, la denominada teoría de portafolio, en distintas versiones, prevalece como la literatura financiera *moderna*. Se denomina así desde 1952, cuando se publica el primer artículo de Markowitz, quien obtendría el premio Nobel en 1990.

En su esencia, la teoría establece que, bajo ciertos supuestos sobre las preferencias individuales, la mejor decisión respecto de cuánto invertir en cada activo dentro de un portafolio puede expresarse como un problema de optimización, con una función objetivo —maximizar rentabilidad global— sujeto a una restricción: el riesgo de no alcanzar cierta rentabilidad.

La teoría, en su acepción operativa, se conoce también como *enfoque media-varianza*, porque permite resolver el problema de optimización planteado en función de éstos dos parámetros estadísticos.

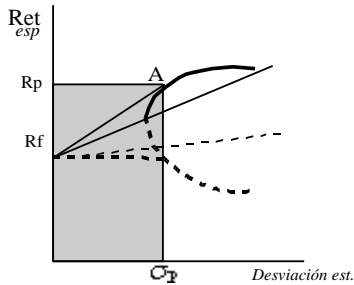
Pese a su permanencia, la teoría de portafolio no ha sido aplicada a decisiones concretas de administración de portafolio hasta la última década. De un lado, por problemas prácticos de cálculo de las a veces voluminosas matrices de varianzas y covarianzas y de solución de problemas de programación no-lineal en el proceso de optimización. De otro, por la reconocida inestabilidad de los parámetros estimados estadísticamente, con la consiguiente dificultad para extender sus conclusiones y proyectarlas fuera de la muestra.

Respecto de los problemas de cómputo, el desarrollo de los PCs y la industria de *software* ha resuelto en gran parte el problema. Por ejemplo, cualquiera versión reciente de Excel contiene algoritmos de maximización condicionada, de fácil utilización. El problema de inestabilidad de los parámetros, en cambio, es algo más difícil de resolver. Relaciones entre riesgo y retorno que hacen la elección de un conjunto de *papeles* una elección eficiente ex-ante, puede rápidamente transformarse en una elección ineficiente ex-post. Algunos autores han ideado formas de resolver este problema usando técnicas bayesianas (Jorion, 1985; Dumas y Jacquillat, 1990). Otros, al estudiar el comportamiento de grupos de bancos centrales, han encontrado que sus conductas corresponden, *grosso modo*, a las predicciones que podrían hacerse con modelos basados en el enfoque *media-varianza* (Healy, 1981; Dellas, 1989), hallazgo que les permite restar peso al argumento de la inestabilidad, aunque sin dejar de reconocerlo.

En todo caso, la evidencia empírica acumulada muestra que la historia sirve mejor como predictor del riesgo futuro que del retorno medio esperado. Por lo tanto, las relaciones *media-varianza* pueden ser muy poco confiables como insumo de modelos de optimización si no se realiza algún ajuste a los retornos esperados. Estos ajustes pueden basarse en juicios previos sobre valores *razonables* esperados para proyecciones fuera de la muestra.

Volviendo a la aplicación del *enfoque media-varianza*, el problema de optimización de un inversionista que no se endeuda, puede verse en el Gráfico N° 1:

GRÁFICO N°1



$$\text{Inclinación} = \frac{(R_p - R_f)}{C_p}$$

donde se trata de maximizar el retorno esperado del portafolio R_p , sobre el retorno sin riesgo R_f , dado un cierto riesgo expresado como la desviación estándar esperada de los retornos del mismo portafolio σ_p . Como existe un solo conjunto de combinaciones de riesgo y retorno factibles y eficientes, la *combinación óptima está determinada por aquella en que la inclinación en el gráfico sea máxima*, de modo de invertir en el mejor de los portafolios eficientes. El mejor es el que, dada una cierta desviación estándar, rinde más respecto de la tasa libre de riesgo. En otras palabras, el problema de optimización descrito no es otro que encontrar el portafolio correspondiente al punto A del gráfico de más arriba.

1.2. Un modelo sencillo de decisión para invertir afuera

A partir de lo señalado, y si el interés fuera solamente evaluar la conveniencia de incluir un activo nuevo, a partir de un portafolio ya constituido, la solución práctica del problema anterior se simplifica extraordinariamente.

En efecto, y como lo demostraron Elton, Gruber y Padberg (1976), cuando se trabaja con dos activos⁴ —digamos un portafolio tradicional y un portafolio nuevo— la condición crítica para incluir al nuevo es la siguiente⁵:

$$\frac{(R_n - R_f)}{\sigma_n} > \rho^* \frac{(R_d - R_f)}{\sigma_d} \quad (1)$$

donde

R_n = Retorno del activo nuevo;

R_f = Retorno libre de riesgo;

R_d = Retorno del activo antiguo;

ρ = coeficiente de correlación entre ambos activos;

σ_n = desviación estándar del retorno portafolio nuevo;

σ_d = desviación estándar del retorno portafolio existente;

⁴ El supuesto utilizado por los autores es de correlaciones constantes entre cada par de activos, el que, para el caso de más de dos activos, no tiene más importancia que la académica dado su irrealismo. No obstante, al tratarse los activos de a pares cada vez, la simplificación revela toda su utilidad práctica, la que se expresa en la fórmula anotada. En 1987, Elton, Gruber y Rentzler usan la misma metodología para evaluar el manejo de Fondos de Inversión de *Commodities*.

⁵ La condición crítica se deriva de las *ecuaciones normales*, asociadas matemáticamente a las condiciones de primer orden del problema de optimización, esto es, igualar a cero las derivadas parciales del retorno respecto de la proporción de cada activo en el portafolio. Observando el Gráfico N° 1, se trata de maximizar la inclinación de la recta cociente de Sharpe, lo cual, como se señaló, ocurre en el portafolio contenido en el punto A.

y todos los retornos y desviaciones estándar se computan en términos nominales y en la *moneda local del inversionista*, si hubiera distintas unidades monetarias involucradas.

La desigualdad (1) es en realidad una condición crítica, donde su cumplimiento o satisfacción significa que la inclusión del activo nuevo contribuye a mejorar la relación riesgo-retorno y que, *contrario sensu*, su no incorporación sugiere que el portafolio existente no es óptimo sin la incorporación del nuevo.

Como se puede anticipar, la fórmula anterior ofrece la posibilidad de evaluar la incorporación de inversiones específicas en el exterior, a un portafolio ya constituido. Puede aplicarse a bonos, acciones u otros activos que tengan retornos y riesgos estimables.

Una ventaja adicional de la simplificación señalada es que aumenta la confiabilidad de las estimaciones, si se compara con un modelo con matrices de varianzas y covarianzas como los usados para determinar porcentajes de inversión óptima en distintos activos de un portafolio. En lugar de matrices de grandes dimensiones, con todo el potencial de inestabilidad de las estimaciones que se mencionaba más arriba, lo que se aplica acá es un trío de parámetros —retorno esperado, desviación estándar y coeficiente de correlación— acotando el problema a la conveniencia o no de agregar un activo nuevo a un portafolio.

Es importante notar que los parámetros de riesgo y retorno, cuando se aplican al caso internacional, tienen ya incorporados los efectos cambiarios, desde el momento que las estimaciones se realizan en la moneda del inversionista⁶.

En la sección siguiente, se han elegido cuatro mercados bursátiles fuera de Chile, en un ejercicio que sigue la especificación descrita anteriormente para evaluar la conveniencia de diversificar hacia portafolios accionarios en el exterior. Por cierto, el ejercicio puede hacerse para instrumentos de renta fija u otros. De hecho, se ofrece también más adelante, una ilustración complementaria referida a bonos del Tesoro de EE.UU. y PRC del Banco Central de Chile.

⁶ Nótese que, por definición estadística, la desviación estándar de los retornos en moneda local del inversionista es menor que la suma de las desviaciones estándar del tipo de cambio y del retorno en la moneda del país de destino.

1.3 Una aplicación práctica a mercados externos

Se eligieron los índices S&P 500 para representar el mercado norteamericano; el FT100 para el mercado europeo; el Hang Seng para representar el mercado asiático no japonés, y el Bovespa como ilustrativo de un caso especial latinoamericano. Los retornos y desviaciones se computaron desde observaciones mensuales sobre variación nominal de los respectivos índices y a partir de los tipos de cambio en pesos para cada moneda extranjera, correspondientes al período enero 1992/septiembre 1995. El retorno chileno está representado por las variaciones nominales del IGPA local.

Es interesante notar la importancia del domicilio del inversionista en la determinación de riesgos y retornos.

Tal como se aprecia en el Cuadro N° 1, las desviaciones estándar son, en general, mayores cuando se las mide en pesos chilenos que cuando se las computa en las respectivas monedas de origen (M.O.): dólares americanos, libras o dólares de Hong Kong. Sin embargo, esto no tiene por qué ser así, puesto que si existe una covarianza negativa entre la rentabilidad en el mercado de origen y el tipo de cambio en pesos para ese país, el retorno obtenido invirtiendo desde Chile puede ser menos volátil. Éste es exactamente el caso de Brasil en el Cuadro N° 1.

CUADRO N° 1 IMPORTANCIA DEL DOMICILIO
RETORNOS Y RIESGOS EN PESOS Y EN MONEDAS DE ORIGEN
(En base mensual período julio 1992/septiembre 1995)

	Ret.	Ret. MO	σ	σ MO
IGPA	1,92%	1,92%	5,89%	5,89%
SP 500	1,12%	0,95%	2,82%	2,35%
FT 100	0,85%	0,92%	4,76%	3,86%
HANG SENG	1,90%	1,48%	9,42%	8,71%
BOVESPA	4,26%	24,8%	23,5%	26,6%

Por otro lado, los retornos medios, medidos en pesos, son favorecidos por el efecto cambiario en los casos de EE.UU. y Hong Kong. Ello no es así en el caso de Gran Bretaña, donde las pérdidas de valor de la libra respecto al peso hacen menos rentable el índice FT- 100 para alguien con domicilio en Chile. Similar situación, pero con una brecha mucho mayor, es la que se aprecia para Brasil en el mismo Cuadro N° 1.

Con los elementos anteriores puede evaluarse, utilizando el modelo descrito, la decisión de invertir o no en un mercado, portafolio o activo específico. Sólo falta disponer de los respectivos coeficientes de correlación en el ejercicio que nos ocupa. A partir de ellos, es posible calcular directamente los coeficientes que permitan decidir si se invierte o no en cada portafolio extranjero.

En el Cuadro N° 2 se presentan los retornos nominales mensuales en cada país, tal como se determinó en el Cuadro N° 1, salvo en el caso de Brasil. En este caso, para dar cuenta de tasas actuales de inflación más moderadas que las históricas, se estableció un retorno nominal esperado equivalente, siempre en pesos chilenos, a una cierta tasa real. Cuando se toma una tasa real equivalente a $UF + 12,9\%$, puede verse en seguida, se logra el punto de indiferencia respecto de salir a Brasil o no. Para los demás mercados, se exhiben también tasas reales anuales equivalentes en UF, aunque sin asignar valores predeterminados sino sólo calculando los equivalentes nominales mensuales, de nuevo en pesos, de las tasas que surgen de los datos históricos.

CUADRO N°2 LA DECISIÓN DE SALIR A INVERTIR EN ACCIONES

	<i>Si retorno esperado</i> (\$ mens)	<i>Desv. Est</i> (%)	<i>Correlación</i>	Decisión
SP 500	1.12%	2.82	-0.05	Salir
FT 100	0.85%	4.76	-0.03	Esperar
H. SENG	1.90%	9.42	0.07	Salir
Bovespa	1.55%	23.50	0.29	Indiferencia

* Para Brasil, se supuso retorno equivalente en pesos a $UF+12,9\%$ anual. En los demás casos, el retorno esperado es el promedio mensual 1992-1995, comparándose con el 1.48% exigido a la bolsa chilena (equivalente a $UF+12\%$ anual) y a la tasa libre de riesgo de 1.055% (equivalente a $UF+ 6,5\%$ anual).

Adicionalmente, el Cuadro N° 2 muestra los diferenciales de rentabilidad entre la bolsa chilena y cada una de las cuatro alternativas consideradas⁷. Aquí se asumió un retorno nominal esperado para el IGPA equivalente

⁷ Los índices bursátiles de mayor cobertura —como el IGPA en Chile— no dan cuenta de ajustes por dividendos. La rentabilidad es entonces una buena aproximación. Un concepto de rentabilidad pura estaría mejor medido por el IPSA, pero se prefirió no usarlo para mantener mayor representatividad del mercado, y porque tampoco los índices externos realizan tal ajuste.

a UF + 12% anual, con una inflación de 6.5%. Obviamente, el lector puede rehacer la ilustración según sus propias expectativas.

En las columnas siguientes, el Cuadro N° 2 muestra las desviaciones estándar ya anotadas en el Cuadro N° 1 anterior y los coeficientes de correlación que permiten calcular los *coeficientes de salida*, de acuerdo al modelo. Los *coeficientes de salida* no son sino los valores que resultan de aplicar la expresión (1) del álgebra de la página 7. Si dicho coeficiente es mayor que cero, la decisión sugerida es invertir. Si es negativo, la decisión recomendable es esperar retornos más altos en ese mercado en particular.

Para efectos de la decisión de invertir, y aunque se trata de un ejercicio ilustrativo, es interesante descubrir en el Cuadro N° 2 cuatro casos posibles que se pueden generalizar más allá de los mercados accionarios particulares que se consideran aquí.

En efecto, según las expectativas de riesgo, retorno y correlación, se pueden distinguir las situaciones siguientes:

a) *Salir al exterior pese a rentabilidades adversas*: el caso ilustrado con el SP 500, donde una correlación inversa y volatilidad relativamente baja compensan sustancialmente el menor retorno de EE. UU., considerado en forma individual. Así, el *coeficiente de salida* es positivo.

b) *Esperar mejores rentabilidades*, si la brecha adversa de retornos es tal que no alcanza a ser compensada con correlaciones inversas ni menor volatilidad. Es el caso del FT 100, que determina para Gran Bretaña un coeficiente negativo.

c) *Salir al exterior, porque diferenciales favorables en los retornos esperados son suficientemente altos* como para más que compensar correlaciones positivas o volatilidad alta. Este caso está representado por Hong Kong y su coeficiente positivo en el Cuadro N° 2.

d) Por último, el caso de *ventajas de retorno en el exterior respecto de Chile, compensadas exactamente* con indeseables correlaciones positivas y mayor volatilidad externa. Para el índice Bovespa se supuso una rentabilidad equivalente a UF +12.9%, superior al UF +12% supuesto para el IGPA, lo cual, dados los parámetros de riesgo, hacen indiferente salir o no a Brasil a dichos diferenciales de tasa.

Aprovechando este último caso, en el que a partir de una rentabilidad predeterminada sobre UF se establece aquella tasa en que resulta indiferente salir o no, se exhiben a continuación las tasas mínimas necesarias para los cuatro mercados analizados. Se trata entonces de tasas esperadas equivalentes sobre UF, tales que si se tiene una expectativa mejor de retorno a la mínima determinada para cada país, convendría invertir en carteras que replicaran los índices de cada una de las respectivas bolsas.

Como puede observarse en el Cuadro N° 3 y de acuerdo a lo esperado, aquellos países donde las correlaciones con el mercado accionario chileno son positivas, demandan una mayor exigencia de rentabilidad para hacer atractiva la salida. En el caso de Brasil resulta mayor al UF +12% anual que se asume para el IGPA, pero en el de Hong Kong es menor. Por otro lado, acciones de los índices de EE.UU. y Gran Bretaña serían un aporte a la combinación riesgo-retorno de un portafolio desde Chile, siempre que se espere un retorno en pesos superior a aproximadamente UF +0,4 en cada caso.

Por último, antes de dejar esta sección, se realizó un ejercicio similar para evaluar la conveniencia de incluir bonos externos del Tesoro de EE.UU. en un portafolio compuesto por PRC a 8 años, emitidos por el Banco Central de Chile.

CUADRO N° 3

Valores equivalentes sobre UF con inflación de 6.5% y ret. UF +12 en Chile

	Nominal mensual	Real anual
SP 500	1.0448	6.4
FT 100	1.0447	6.4
HANG SENG	1.0102	7.1
BOVESPA	1.5467	12.9

Fuente: Cuadros N° 1 y N° 2.

La única diferencia en este caso fue trabajar con índices de retorno que incluían variaciones de precio tanto como corte de cupones. Se tomaron observaciones mensuales del período marzo 1993/septiembre 1995, usándose los bonos gubernamentales de largo plazo, y eligiendo, por su mayor liquidez, los T-Bonds de EE.UU. a 10 años y una serie de precios (incluyendo cupones) correspondiente al PRC-8 del Banco Central de Chile.

En el Cuadro N° 4 se presentan las respectivas desviaciones estándar y la correlación encontrada. A partir de ellos, y de los retornos esperados, se evaluó, análogamente a como se hizo para los ejemplos accionarios, la conveniencia de salir y la tasa mínima requerida para que esto sea atractivo.

CUADRO N° 4 DECISIÓN DE INVERTIR EN BONOS: PRC-8 VS. T-BONDS
(Tasa equivalente en pesos)

Ret. Esp. Nom. mensual Chile	1,33	Ret. Esp. real anual Chile	10
Ret. Esp. Nom. mensual EE.UU.	1,18	Ret. Esp. real anual EE. UU	5,6
Desv. Est. Chile	0,82	Decisión: salir	
Desv. Est. EE. UU.	3,13	Tasa real mínima exigida:	4,9
Coef. correlación	-0,123	Coef. salida + 0,08	

1.4 Recapitulando

El modelo utilizado a lo largo de esta sección nos recuerda que la mera comparación de retornos entre Chile y un mercado externo cualquiera es insuficiente como herramienta en la toma de decisiones.

Aun cuando se incluyan valores esperados en los tipos de cambio, la sola consideración de rentabilidades esperadas *papel por papel* ignora que el objetivo del administrador es la rentabilidad del portafolio y no la de activos individuales. Los antiguos dictados de la teoría de portafolio cobran, en las ilustraciones presentadas en esta sección, plena relevancia. Si se quiere maximizar el retorno global, la salida al exterior puede, en algunos casos, ser aconsejable aun con retornos inferiores a los locales en ciertos países. En los ejemplos desarrollados, un inversionista enfrentado a una oferta de invertir en portafolios que fueran réplicas de los índices S&P 500 o Hang Seng en el caso de las acciones, o T-Bonds de largo plazo de EE.UU. en el caso de los bonos, debería aceptar incluso si los retornos individuales esperados para los nuevos activos son menores a los locales, obviamente dentro de un cierto rango.

Establecida una regla de decisión para invertir en el exterior, la sección siguiente dejará el análisis sobre asignación óptima de activos para tratar los elementos que se consideran más importantes en la administración de una política de inversiones en el exterior.

II. POLÍTICA DE INVERSIONES Y MANEJO DE PORTAFOLIOS: LA TRILOGÍA DE RIESGOS

Una administración racional de portafolio necesita de una política de inversiones, representada por el conjunto de restricciones que reflejen el objetivo último de lograr la mejor combinación riesgo-retorno en un hori-

zonte de tiempo predeterminado. Ciertamente, no todas las restricciones son en la práctica el reflejo de la política de cada compañía administradora y, como se señaló en la introducción, muchas de ellas responden a regulaciones administrativas, las que no necesariamente son congruentes con el interés particular⁸. No obstante, la existencia de regulaciones no releva al administrador de la necesidad de definir los parámetros que guiarán su propia política optimizadora, salvo obviamente en el caso en que las restricciones normativas sean tales, que no dejen ningún grado de libertad.

Los principales riesgos que enfrenta un portafolio internacional son: i) de composición de monedas; ii) de tasa de interés; iii) soberano y bancario. En el caso particular de los bancos centrales, se considera también el riesgo de iliquidez, pero su importancia es mayor en aquellos países emisores de monedas de reserva, muy activos en la intervención cambiaria, y no será tratado aquí.

2.1. Una composición óptima de monedas

En general, la composición de monedas debería ser tal que optimice en moneda del inversionista la relación riesgo-retorno esperado. Como se indicó en la sección anterior, no existen hoy mayores dificultades computacionales para resolver *en casa* problemas de optimización no lineal. El hacerlo, depende más bien de la confianza que se tenga en la estabilidad de los parámetros que describen las posibilidades de inversión, léanse varianzas, covarianzas y retornos esperados. Dicha confianza no es enteramente subjetiva y se puede ejercitar con diferentes pruebas de simulación estadística.

En la práctica, lo habitual en la administración de portafolios es una combinación del uso de algoritmos de optimización con el *juicio educado* de los Comités de Inversión respecto de riesgos soberanos, factores macroeconómicos y elementos cualitativos. En todo caso, y cuando se trata de resolver problemas de optimización y tal como se indicó en la sección anterior, la historia es mejor predictora del riesgo que de la rentabilidad. En consecuencia, ajustes de escala o proporcionales sobre los retornos medios son una práctica habitual al correr modelos de asignación óptima.

Una situación especial es la que enfrentan los bancos centrales. Éstos, a diferencia de otros inversionistas institucionales, no manejan sus

⁸ Tampoco los bancos centrales están libres de restricciones basadas en restricciones ajenas al manejo estándar de portafolio. Un ejemplo es la decisión de mantener ciertos mínimos en oro sea en barras físicas o depósitos en *good delivery*.

reservas internacionales en función de riesgos y retornos esperados en moneda local sino en un conjunto de monedas extranjeras, normalmente una canasta asociada al comercio internacional del país.

En este caso, el análisis tradicional media-varianza falla, porque la relación riesgo-retorno se mueve junto con la propia canasta. Así, dos países con idénticas preferencias por rendimiento versus riesgo, pueden seleccionar composiciones de monedas muy distintas para sus reservas⁹.

Otro aspecto interesante sobre composición de monedas es el universo de activos a distribuir. Así, en países con niveles de deuda relativamente parecidos a sus reservas internacionales, la asignación óptima se convierte en un problema trivial de calce, dedicándose las reservas a replicar la estructura de monedas de los pasivos externos. En realidad, el universo relevante para efectos de distribución óptima es el de *los activos netos*, es decir netos de deuda en moneda extranjera. En el caso de Chile, por ejemplo, se comenzó a aplicar desde el año 1993 una distribución de monedas que obedecía a una combinación lineal de los factores calce y comercio exterior, con una natural ponderación mayor de este último, dado el aumento sostenido de las reservas netas. La aplicación de este criterio significó, entre otras acciones, bajar significativamente la participación del dólar de EE.UU. en las reservas internacionales, en contraste con la mayoría de los países con economías más dolarizadas en la región¹⁰.

2.2. El riesgo de tasa de interés y la administración de bonos

Antes de considerar algunos criterios de administración de portafolio para enfrentar riesgos de tasa de interés, recordemos muy brevemente los conceptos de duración, convexidad e inmunización.

⁹ Roger (1993) distingue el *enfoque transacciones* del *enfoque media-varianza* en la conducta de los bancos centrales, e ilustra sus acepciones con el siguiente ejemplo. Supóngase que los retornos esperados en marcos alemanes y dólares de EEUU son idénticos. Supóngase además que México y Austria tienen idénticas preferencias por el sacrificio de riesgo por retorno. La asignación en este caso será que México demandará más dólares que marcos (*vice versa* Austria), porque dada la *canasta de importaciones* (o, más en general, comercio exterior), México percibirá como menor riesgo a la inversión en moneda de EE.UU. que de Alemania. Referencias complementarias sobre los distintos enfoques utilizados por los bancos centrales en la distribución de monedas para sus reservas se pueden encontrar en Rikkonen (1989).

¹⁰ Aunque la aplicación de elementos del enfoque transacción no se fundaba en la toma de posiciones en monedas sino en el objetivo fundamental de estabilización del poder adquisitivo de las reservas, se tuvo la fortuna de poder exhibir ganancias de cambio en dólares, ostensiblemente mayores a las que se habrían obtenido sin la aplicación de dicho criterio. Durante el semestre siguiente al "efecto tequila", mientras la mayoría de los países de la región veía caer sus reservas, Chile se vio favorecido por una acumulación neta de US\$ 1.830 millones, más de la mitad de la cual se originó en ganancias derivadas de mayores tenencias en yenes y marcos alemanes.

Como se sabe, el precio de un bono reacciona más ante un determinado cambio en el rendimiento si su madurez residual es mayor. Sin embargo, salvo para bonos que no paguen cupones *en vida*, no existe una relación simple entre madurez de un bono y riesgo de pérdida ante aumentos de tasa de interés. Para establecer dicha relación se utiliza el concepto de duración, que se recuerda en la fórmula siguiente:

$$\frac{dP}{P} = \frac{1}{1+r} * \left(\frac{\sum \frac{t^* Ft}{(1+r)^t}}{\sum \frac{Ft}{(1+r)^t}} \right) = D$$

La expresión dentro del paréntesis¹¹ puede leerse como el plazo promedio ponderado de los flujos Ft que paga el bono durante su vida. Los ponderadores de dicho promedio son los respectivos valores presentes de dichos pagos.

La expresión completa de duración, D, permite establecer los efectos de un cambio de tasas en el precio del bono, aunque, como se verá, esto sea válido sólo para cambios pequeños de tasa.

Un inversionista puede inmunizar el valor de su portafolio contra dichos cambios de tasa de interés si es capaz de replicar la duración del portafolio que se utilice para evaluar su rendimiento.

Alternativamente, podría haber interés en calzar la duración de los pasivos, imitando esa duración en el portafolio. Nótese sí que si los pasivos a calzar son menores (mayores) al monto del portafolio, la inmunización debe practicarse ajustando hacia abajo (arriba) la duración de los activos. Lo relevante para el balance de una empresa será inmunizarse al riesgo total de tasa, por lo que la duración individual de activos y pasivos no tiene por qué coincidir¹².

Pero, tal como se anticipaba, la validez del concepto de duración alcanza sólo a alteraciones pequeñas de tasa. En efecto, la limitación de la

¹¹ La expresión entre paréntesis se conoce como "Duración de Macauley", mientras la expresión completa del centro se denomina "Duración Modificada", aunque se ha hecho habitual llamarla simplemente: Duración.

¹² Una variante de cobertura de riesgos de tasa de activos y pasivos es obviamente el uso de instrumentos derivados, especialmente en el caso en que las obligaciones superen a los activos expuestos a tasas externas. En este caso, el uso de *forwards* y *swaps* con contraparte en bancos extranjeros con bajo riesgo de crédito, resulta en general más recomendable que usar *futuros* y *opciones*. Estos últimos demandan costos de entrenamiento, administración y control que pueden ser muy elevados.

definición exhibida arriba es que desconoce el hecho que la propia duración depende del nivel de tasa en que se esté ubicado. Dicho de otra forma, $\frac{dP}{dr} = -D$ en la fórmula arriba, no es constante, lo que puede apreciarse simplemente despejando

$$dP/dr = -D^*P \text{ y luego}$$

observar que los niveles absolutos de P condicionan el valor de dP/dr , que no es otra cosa que D según la definición conocida. Esta no constancia en la relación precio-tasa es lo que se conoce como convexidad, que puede inducir a errores de valoración de un bono que deben tenerse presentes si los cambios de tasa de interés fuesen muy grandes.

Ahora bien, siendo el indicador de duración una aproximación razonablemente apropiada para medir sensibilidades de precio de un bono, se puede pensar en la duración de un portafolio como el promedio ponderado de las duraciones de cada bono integrante¹³.

Así, por ejemplo, portafolios con duración de cinco años podrían alcanzarse con composiciones de bonos de muy distinta duración individual. Por ejemplo, un portafolio disperso con la mitad en bonos con duración de un año y el resto en bonos con duración de nueve años. También se puede plantear un portafolio concentrado, con el 100% en bonos con una duración de cinco años. En realidad, no hay más limitación al número de combinaciones posibles que la disponibilidad de papeles en el mercado en un momento dado.

Los angloparlantes han popularizado los términos *barbell* (portafolios *pesados* en los extremos como las “pesas de gimnasio”) para caracterizar portafolios dispersos en los extremos de plazo, y *bullet*, para designar a los portafolios concentrados en torno a un solo plazo, usualmente integrados por bonos sin cupones .

La composición de bonos de un portafolio adquiere toda su relevancia cuando ocurren en la economía cambios de inclinación en la curva de rendimiento. En efecto, desplazamientos paralelos o cambios proporcionales en todas las tasas de interés causarían efectos muy similares en portafolios que tengan una misma duración, independientemente de si sus bonos componentes están dispersos o concentrados. Ciertamente es que la convexidad

¹³ De hecho, se puede pensar también en un bono como un *portafolio de cupones*, cada uno con su vencimiento y donde la duración de cada uno es igual a su madurez. Este razonamiento permite, por ejemplo, entender la corta duración —usualmente inferior a seis meses— de las *notas a tasa flotante*, emitidas con madurez relativamente alta, pero donde la totalidad de los cupones enfrenta el riesgo de tasa al fin de cada semestre o trimestre.

favorece más a los portafolios dispersos o *barbells*, pero en la práctica el efecto es poco importante para cambios relativamente pequeños de tasa de interés¹⁴.

En cambio, alteraciones en la inclinación de la curva de rendimiento pueden sorprender a los administradores de portafolios de una misma duración, con resultados muy distintos, según sea la distribución de bonos que configura tal duración.

Supóngase, por ejemplo, que la velocidad del crecimiento es tal, que se puede anticipar una restricción monetaria para enfrentar una inminente amenaza de inflación. En un cuadro como éste, lo más probable será que disminuya la pendiente de la curva de rendimiento, de modo tal que podría llegar hasta a invertirse en un breve plazo. Si eso se espera que ocurra, ¿cuál sería la mejor estructura de portafolio?

Si las alternativas fueran dos portafolios con la misma duración de cinco años usada en la ilustración anterior, el portafolio *barbell* es la mejor estructura para esperar la restricción monetaria. Ciertamente es que la subida de tasas cortas castigará la porción de bonos a un año, pero la ganancia en los bonos a 9 años por la baja de tasas largas compensará dicha pérdida.

El portafolio *bullet*, en cambio, no sufrirá mayores alteraciones, pues el giro de la curva hacia una menor pendiente debería pivotar en torno a un plazo intermedio, de exactamente cinco años, como suponemos en el ejemplo.

Por lo tanto, esperar la restricción monetaria construyendo un portafolio disperso es una alternativa mejor que mantener uno concentrado, en una etapa del crecimiento de la actividad económica, tal que se pueda anticipar con una alta probabilidad de ocurrencia que el Banco Central aplicará un ajuste monetario contractivo¹⁵.

¹⁴ Para el desarrollo algebraico de las relaciones entre dispersión, duración y convexidad, véase Vandoorne (1992).

¹⁵ Evidentemente que en un contexto de amenaza inflacionaria como el que se ilustra, es probable que todas las tasas, incluidas en parte las largas, suban en algún momento. En esa situación, una estrategia más audaz por supuesto que es posible. Ésta consistiría en violar la restricción de duración, olvidándose del portafolio *benchmark* si éste existiera, o inmunizar o calzar la duración de los pasivos si este fuera el objetivo, e ir derechamente a bajar la duración total. Incluso más: lo razonable es que los administradores de portafolio tengan, dentro de un canon pre-establecido, un margen de desviación permitido sobre la restricción de duración, sobre el cual tomar posiciones. En la práctica, los *dealers* aprovecharán las ventajas puntuales de información y sus propios juicios para competir controladamente contra el *benchmark* u otros administradores externos. En la presentación, arriba, ignoramos el ajuste en la duración total, para poder mantener el análisis focalizado en la composición y no en el monto de bonos en la cartera.

En el Diagrama que se presenta en la página siguiente, se puede observar este caso junto a una extensión del ejemplo recién expuesto a otras situaciones típicas de coyuntura económica.

Se configuran así tres escenarios macroeconómicos posibles:

- i) estancamiento con crecimiento bajo y una curva de rendimiento plana;
- ii) reactivación, favorecida por un manejo monetario relajado (tasas cortas muy bajas) y reactivación de la demanda de crédito (tasas largas más altas), y
- iii) restricción monetaria por sobre calentamiento de la economía.

La construcción de portafolios durante cada período del ciclo económico debería hacerse, entonces, esperando las posibles inclinaciones de la curva de rendimiento, con la dispersión o concentración de bonos que sea más coherente.

Así, entonces, un cuadro de estancamiento en el nivel de actividad global debería estar acompañado por concentraciones *bullet* a plazos alrededor de la duración total. De lo contrario, la reactivación puede sorprender a un portafolio disperso en situación vulnerable, incluso cuando la duración total no se haya alterado mayormente. En efecto, si la reactivación ocurre con políticas monetarias relajadas y aumento en la demanda de crédito para inversión, es probable que aumente la pendiente de la curva de rendimiento, provocando mayores pérdidas a un *portafolio barbell* o disperso, que a cualquier otro.

Por otra parte, y como se indica también en el Diagrama, un escenario de reactivación y crecimiento fuerte estaría mejor acompañado por un portafolio disperso, tal que permita aprovechar el momento en que se apliquen restricciones monetarias y caiga la pendiente de la curva de rendimiento por aumentos en las tasas cortas. Si la contracción monetaria es suficientemente fuerte y creíble podría incluso provocar una curva de rendimiento invertida cuando las expectativas de inflación disminuyan y bajen entonces las tasas largas. En cualquier caso, será mejor esperar ajustes contractivos con *barbells* que con *bullets*.

En el Gráfico N° 2, que sigue al diagrama de escenarios recién comentado, se observa la evolución de tasas a 1 y 10 años de los bonos del Tesoro de EE.UU., como una indicación del curso seguido por la inclinación de la curva de rendimiento en el principal mercado externo durante los últimos 8 años. Allí, las mayores diferencias de tasa entre 10 años y 1 año están indicando curvas más inclinadas, alcanzándose el *peak* en el mes de septiembre del año 1992.

DIAGRAMA

Restricción Monetaria

Reactivación

Estacionamiento

Actividad económica proyectada

Curva de rendimiento esperada

Madurez

Madurez

Madurez

Construcción de portafolios durante cada coyuntura económica

Por otra parte, se puede observar a partir de las brechas que muestra el Gráfico N° 2, que durante el período 1989-1990, cuando la economía norteamericana era afectada por bajos niveles de crecimiento, las inclinaciones de la curva de rendimiento eran las más pequeñas.

En 1989, incluso, las tasas cortas superan a las largas, indicando una curva de rendimiento invertida.

En grado menor, una caída en la inclinación de la curva de rendimiento se observa también entre el último trimestre del año 1994 y mediados de 1995, cuando los temores de crecimiento inflacionario resultaron disipados por la propia acción preventiva del Federal Reserve, reiterada desde febrero de 1994.

En nuestra experiencia en el manejo del portafolio de reservas internacionales de Chile, una demanda intensiva en bonos del gobierno de EE. UU. a 10 años, permitió, desde fines de 1994, dar mayor dispersión a las tenencias de bonos sin alterar mayormente la duración global, manteniendo la liquidez y obteniendo importantes ganancias de capital tanto por las bajas absolutas de tasas largas como por la caída en la pendiente de la curva de rendimiento verificada en dicho período.

La lección parece ser: no hay temor (inflacionario) que dure cien semanas. O si se quiere, no hay curva de rendimiento muy empinada que no caiga o se invierta si las autoridades monetarias no están en situación de realizar “aterrizajes suaves” en los ritmos de actividad.

Ahora bien, ¿con qué bonos manejar la dispersión de cada portafolio?

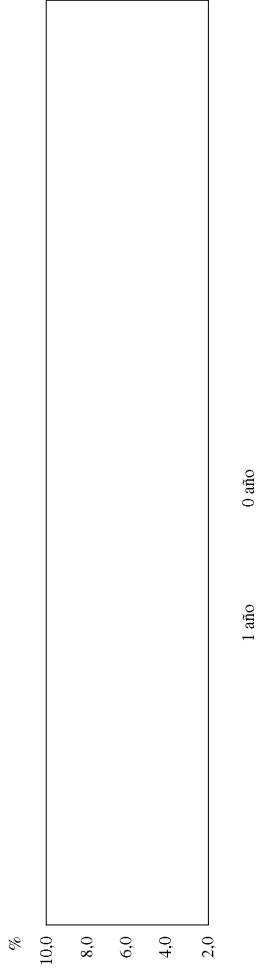
Aunque los portafolios de bonos pueden estructurarse con títulos de otros países, la liquidez de los bonos del Tesoro de EE.UU. hace menos recomendable, para un manejo activo de *bullets* y *barbells*, el uso de bonos en yenes o papeles europeos. Hay países europeos donde simplemente no existen bonos largos (Italia, y en menor medida Holanda, Bélgica y España) o donde éstos están tan concentrados en la madurez de 10 años que las transacciones con papeles a plazos intermedios tienen altos costos de transacción.

Por otra parte, no siempre el tamaño de mercado es una buena guía de liquidez. El mercado italiano, por ejemplo, es el segundo mayor mercado de bonos en Europa, medido a *valor de capitalización*, después del alemán. Supera así en tamaño al francés y al británico, pero las transacciones en el mercado italiano son relativamente más costosas en términos del *spread* de compra y venta¹⁶.

Por último, mercados de bonos relativamente grandes pueden estar indicando emisiones gubernamentales que financian grandes déficit públi-

¹⁶ Un examen detallado del mercado de bonos europeo se encuentra en McLean (1993).

GRAFICO Nº 2 BRECHA DE TASAS EN BONOS DE GOBIERNO. EE. UU.
Rendimientos en dólares 1988-1995



cos, los que a su turno podrían deteriorar los riesgos de crédito y soberanos de los bonos. Éste es el tema de la siguiente sección.

2.3. El riesgo de crédito y soberano

Junto a los riesgos de paridades por composición de monedas y el riesgo de duración y tasa de interés analizados en esta sección, nos referiremos a los riesgos crediticio y soberano.

El riesgo de crédito de refiere a la probabilidad de repago de un papel de renta fija. Es un reflejo de la solvencia del emisor cuando se trata de bonos o instrumentos de mediano y largo plazo, y de la liquidez del emisor cuando se refiere al corto plazo. Cuando el emisor es un Estado, se habla de riesgo soberano, el que actúa como *techo* al riesgo de crédito de un emisor domiciliado en ese Estado. Se utiliza también el término de riesgo supranacional, que trasciende dicho *techo* y se asocia a emisores de carácter oficial multilateral.

La fijación de estándares mínimos de riesgo para los instrumentos como condición previa a su admisión en un portafolio, sea quien fuese el que lo administre, es el modo natural de despensar la elección de contrapartes, particularmente cuando se trata de bancos de depósito o compañías no financieras¹⁷. Es necesario equilibrar dos factores en la fijación de estándares de riesgo de crédito: que el número de contrapartes resultantes sea suficientemente pequeño como para ser operativamente manejable por los *dealers*, y suficientemente alto como para garantizar la competencia por tasas y calidad de servicio.

La clasificación del riesgo de crédito comúnmente aceptada es la que emite alguna de las seis agencias¹⁸ de rating internacionales reconocidas por la SEC de EE.UU. a través de la Asociación Nacional de Organizaciones de Reporte Estadístico (NBSRO).

El rol de las agencias de riesgo ha sido objeto de discusión a medida que su importancia como instituciones ha ido creciendo junto con el desa-

¹⁷ En el caso de los *bancos de inversión*, lo usual es que actúen sólo como intermediarios en negocios de *broker-dealer*, donde el riesgo de crédito sigue radicado en el emisor. El riesgo de repago se reduce en este caso —salvo que actúen como tomadores de depósitos o emisores de papeles de renta fija— a un riesgo operativo por calidad del servicio, oportunidad de las transferencias, etc., pero no a riesgos de insolvencia. Por último, en el caso de los *bancos custodios* y de *administradores externos de divisas*, los riesgos son puramente operativos y no crediticios, dada la legislación (EE.UU.) o práctica (Gran Bretaña) internacional sobre giro exclusivo y propiedad de los fondos.

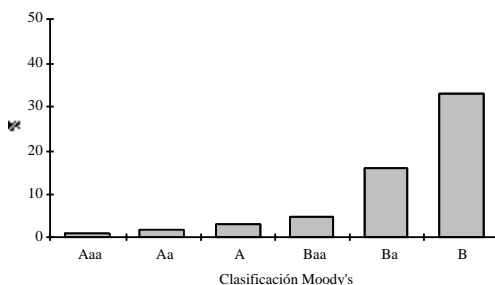
¹⁸ Moody's Investor Service, Standard and Poor's, Duffand Phelps, Fletcher Investors, International Banking Credit Association (IBCA) y Thomson BankWatch (éstas dos últimas dedicadas sólo a emisores y emisiones de compañías).

rollo de formas de desintermediación bancaria en Europa y con la creciente inserción de economías emergentes en los mercados internacionales de capital.

Las principales críticas a las agencias de clasificación de riesgo apuntan a la práctica de algunas de ellas de publicar ratings sin que medie una petición previa del emisor, creando una suerte de extorsión potencial. También se ha criticado el hecho que reciban pagos de los emisores que contratan su propia clasificación y el potencial conflicto de intereses que ello plantea. Sin embargo, ninguna crítica ha sido lo suficientemente fuerte como para que se instauren regulaciones específicas a las agencias, prefiriéndose que el propio mercado evalúe su desempeño.

En términos globales, la experiencia indica que las predicciones de las agencias de rating se ajustan razonablemente bien a la realidad. Como se observa en el Gráfico N° 3, los niveles de clasificación de riesgo de bonos corresponden bastante bien a la proporción de repagos oportunos en cada categoría. Así, las tasas de siniestralidad, entendidas como cualquier falla en el repago, incluyendo hasta simples retrasos en el pago de cupones, son efectivamente mayores para aquellos bonos peor clasificados. En particular, sólo las categorías llamadas de *grado especulativo* (Ba y B, equivalentes a BB y B en otras nomenclaturas), tienen siniestros promedio mayores al 15 por ciento: 18,7 % y 35,8 %, respectivamente. En las categorías de *grado de inversión*, en cambio, las tasas de siniestralidad van desde el 0.9% en Aaa (equivalente a AAA) a 5,1% en Baa (equivalente a BBB).

GRÁFICO N° 3 SINIESTRALIDAD Y CLASIF. RIESGO INICIAL
(Período 1970-1991)



Fuente: Young y Díaz (1993).

Los datos anteriores, aunque válidos para las clasificaciones de Moody's, la agencia más grande del mercado, son confirmados por datos de Standard and Poor's. En realidad, ambas agencias usan metodologías similares, aunque con grandes componentes cualitativos.

Un estudio sobre 1.400 *papeles* clasificados (citado por Institutional Investor, 1995) encontró que en el 64% de los casos, Moody's y S&P asignaron el mismo rating, si bien S&P resultó ser marginalmente menos severa al interior de cada categoría.

Sin embargo, y según la misma fuente, en la categoría de grado especulativo, las dos agencias más grandes concuerdan en menos de un tercio de los casos. Ciertamente, la inversión en mercados emergentes no puede, entonces, descansar con tanta facilidad en los ratings internacionales, y si el análisis *in-house* resultare muy caro para un inversionista mediano o pequeño, lo recomendable para mantener el riesgo de crédito en rangos razonables sería excluir activos que no tengan a lo menos 2 clasificaciones internacionales y elegir como dominante a la que otorgue el peor rating.

2.4. Recapitulando

La trilogía de riesgo —paridades, tasa de interés, crédito y soberano— permite ordenar la construcción de un portafolio alrededor de sus elementos esenciales.

La composición óptima de monedas puede resolverse aplicando esquemas de optimización de aplicación relativamente sencillos en computadores personales. Previamente debe determinarse el monto a dedicar al calce de pasivos; es decir, tal optimización debe referirse a los activos netos de deuda, salvo que esta última se *asegure* con el uso de derivados, en cuyo caso el manejo de activos será enteramente independiente. Un caso especial es el de los bancos centrales sin moneda de reserva, donde la moneda relevante para el inversionista no es la moneda local, y los argumentos de comercio exterior y poder de compra sobre las importaciones (*enfoque de transacciones*) se utilizan como complemento del enfoque de optimización tradicional (*media-varianza*).

Respecto del riesgo de tasa de interés, restringir la *duración* de un portafolio resuelve lo fundamental en un portafolio de renta fija. No obstante, la composición de un portafolio puede ser muy importante a la hora de enfrentar ciclos económicos que de alguna forma alteren la inclinación de la curva de rendimiento. En particular, resulta mejor esperar ajustes contractivos con portafolios de bonos dispersos en los extremos que concentrados en plazos intermedios.

Por último, cerrando la trilogía, la construcción de un portafolio internacional debe considerar el riesgo de crédito. Aparentemente, los ratings internacionales representan bien la calidad de la mayoría de los emisores y emisiones. No obstante, en países de *grado especulativo*, debajo de *triple B*, la heterogeneidad de los juicios es tal, que si los inversionistas no conducen estudios propios de riesgo, al menos deberían elegir la clasificación más conservadora, como el rating relevante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Dellas, H. (1989). "International Reserve Currencies". *FMI Working Papers*, N° 89/15.
- Dumas, B. y B. Jacquillat (1990). "Performance of Currency Portfolios Chosen by a Bayesian Technique: 1967-1985". *Journal of Banking and Finance*, 14.
- Elton, E., M. Gruber y M. Padberg (1976). "Simple Criteria for Optimal Portfolio Selection". *The Journal of Finance* (diciembre).
- _____ y J. Rentzler (1987). "Professionally Managed, Publicly Traded Commodity Funds". *Journal of Business*, Vol. 60.
- Healy, J. (1981). "A Simple Regression Technique for the Optimal Diversification of Foreign Exchange Reserves". *FMI, DM/81/64*.
- Institutional Investor (1995). *International Edition* (octubre).
- Jorion, P. (1985). "International Portfolio Diversification with Estimation Risk". *Journal of Business*, 58.
- Markovitz, H. (1952). "Portfolio Selection". *Journal of Finance* (marzo).
- McLean, S. (editor) (1993). *The European Bond Markets. An overview and Analysis for Money Managers and Traders*. International Securities Market Association.
- Rikkonen, K. (1989). "The Optimal Currency Distribution of a Central Bank's Foreign Exchange Reserves". Bank of Finland, *Discussion Papers*, 28.
- Roger, S. (1993). "The Management of Foreign Exchange Reserves". *BIS Economic Papers* (julio).
- Valente, J. (1991). "Inversión de los Fondos de Pensiones en el extranjero". *Documento de Trabajo* N° 159, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile.
- Vandoorne, M. (1992). "Return and Risk in the Management of a Central Bank's Fixed Income Investments". National Bank of Belgium (febrero).
- Young, E. y J. Díaz (1993). "The future of Credit Ratings in Europe". En McLean (editor), *The European Bond Markets. An overview and Analysis for Money Managers and Traders*. International Securities Market Association. □

ENTREVISTA

**SALMAN RUSHDIE:
“ME INTERESA HACER CUADROS RELIGIOSOS
PARA PERSONAS SIN DIOS”**

ENTREVISTA DE ARTURO FONTAINE TALAVERA Y
DAVID GALLAGHER

Salman Rushdie llegó a Chile el 16 de noviembre de 1995, invitado por la Decimoquinta Feria Internacional del Libro de Santiago, a presentar su novela *El último suspiro del moro*. Sin embargo, tras su arribo al país, las autoridades nacionales cancelaron abruptamente el acto que debía llevarse a cabo en la Feria del Libro, y suspendieron, en un inicio, todas las otras actividades públicas que se habían programado con el escritor. Posteriormente esto cambió. En las páginas que siguen se reproduce la entrevista que le hicieron Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher el 17 de noviembre (un día después de su llegada a Chile), en medio de un clima de confusión.

ARTURO FONTAINE TALAVERA. M. A. en Filosofía, Universidad de Columbia. Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile. Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

DAVID GALLAGHER. Ensayista y crítico literario. Colaborador de *The Wall Street Journal*, de *TLS* y columnista del diario *El Mercurio* de Santiago. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos y del Comité Editorial de la revista *Estudios Públicos*.

* Una versión más breve de esta entrevista fue publicada por el diario *El Mercurio* de Santiago, Cuerpo D, el día 26 de noviembre de 1995. La entrevista se realizó el 17 de noviembre de 1995 en Santiago de Chile.

Estudios Públicos, 62 (otoño 1996).

Algunos instantes antes de que den la una nos anuncian que Arturo Infante está en el teléfono. Esperábamos que, según lo convenido, a esa hora el representante de la Editorial Plaza y Janés estuviera en la puerta, pero está en el teléfono. Nos pide que nos traslademos a la editorial, cosa que hacemos de inmediato. No más entrar a la casa de calle Santa Isabel, se nos pide que lo esperemos en un Subaru blanco estacionado en una calle lateral. El Subaru está hecho un horno, de modo que nos paramos a esperar en la vereda del frente, bajo la sombrita frágil de un ciruelo de flor adelgazado por las implacables podas a que son aficionados nuestros jardineros municipales. Aprovechamos de repasar apuradamente nuestras notas como alumnos de colegio antes de la prueba.

La entrevista estaba planificada para las seis de la tarde y nos la han adelantado de improviso. Pero debemos considerarnos afortunados. La entrevista que iba a hacer Patricia Politzer ayer jueves 16 para Televisión Nacional ha sido —hasta ahora— cancelada. También, como es sabido, su presentación en la Feria del Libro, el hito central de su visita a Chile. Todo el programa convenido hace semanas por la Editorial Plaza y Janés, la Feria del Libro e Investigaciones está suspendido por orden del Ministerio del Interior. No más salir del avión el escritor fue conducido por Carabineros en helicóptero a una casa de seguridad donde permaneció recluso varias horas sin contacto con el mundo exterior. Luego pudo hablar con la Embajada de Gran Bretaña. Las autoridades chilenas afirman tener antecedentes de un posible atentado. No es lo que opina el escritor. Se lo dijo clara y enfáticamente a don Mariano Fernández, Ministro del Exterior subrogante, en la comida de anoche, en la Embajada Británica. Nosotros hicimos presente que queríamos realizar a toda costa el acto programado para el sábado en el CEP. Se rumorea que ha habido discrepancias entre funcionarios de Investigaciones y de Carabineros; que ha habido presiones diplomáticas; que el gobierno ha sobre-reaccionado, actuando con temor y precipitación; en fin... Es la última oportunidad que le queda de encontrarse con intelectuales chilenos y de estar con sus lectores. El resto del programa son entrevistas periodísticas y una conferencia de prensa. Resulta inverosímil que no puedan realizarse por razones de seguridad. El embajador interrumpió la discusión para que pasáramos al comedor. Sugirió que durante la comida se hablara de otros temas. Estaban también, como informará la prensa al día siguiente, José Donoso, Antonio Skármeta y el ministro y escritor, Jorge Arrate. Pero al llegar los bajativos y antes de que nos levantáramos, el embajador replanteó el asunto y propuso que se buscara una solución. El canciller aseguró que salvo nuevos desarrollos, la situación se normalizaría alrededor de las diez de la mañana.

Los problemas de Rushdie con el Islam comenzaron en octubre de 1988, cuando el Primer Ministro, Rajiv Gandhi, presionado por musulmanes fundamentalistas, prohibió su libro Los versos satánicos, por ser considerado ofensivo para el Islam. Los versos satánicos, su cuarta novela, había sido lanzada en Gran Bretaña el 26 de septiembre. Hasta ese momento Salman Rushdie, nacido en Bombay pero instalado en Inglaterra, era conocido principalmente por Hijos de la medianoche (1980), que obtuvo el Booker Prize y consiguió enorme éxito de crítica y de público. El libro se hizo sumamente popular en India.

En diciembre de 1988 el embajador de Pakistán solicitó a Gran Bretaña la prohibición de Los versos satánicos. El 14 de enero de 1989 en Bradford, al Norte de Inglaterra, más de 8.000 manifestantes musulmanes quemaron copias del libro. Un film documentando el hecho dio la vuelta al mundo. Aparentemente, lo vieron en el noticiero de televisión el Ayatollah Jomeini, quien estaba enfermo y permanecía en cama, o al menos lo hicieron personas de su círculo íntimo. El 12 de febrero de ese año, catorce personas murieron en Islamabad, Pakistán, durante una manifestación contra Rushdie ante un centro cultural norteamericano. Luego se suceden en distintas mezquitas del mundo otras manifestaciones con quemas de libros televisadas. El 14 de febrero de 1989, a las nueve de la noche, el Imam Jomeini dió a conocer por la Radio Teherán su edicto o fatwa: "Informo a los musulmanes del mundo entero que el autor del libro titulado Los versos satánicos, así como los editores (...), son por la presente condenados a muerte (...)". Luego se ofreció una recompensa de un millón de dólares a quien acabara con Rushdie, suma que al poco tiempo fue doblada. El gobierno de Margaret Thatcher protestó enérgicamente y el escritor perseguido quedó al cuidado de Scotland Yard. Muchos otros países solidarizaron con el escritor. Salman Rushdie se transformó, en la mayoría de las sociedades democráticas, en un símbolo de la libertad de creación y de opinión perseguida por el fundamentalismo. Con todo, el libro fue también objeto de críticas. Por ejemplo, en Chile, un sacerdote del prestigio del R.P. Raúl Hasbún rechazó en su momento la sentencia de muerte de Rushdie, pero atacó su novela diciendo: "(...) resulta desconcertante que quienes presumen de modernos y libres den tan vergonzantes señales de adolescencia cultural, y de incapacidad de situarse a la altura de su tiempo. Agradezco, también, a los pueblos musulmanes su testimonio de reacción, inmediata y unánime, ante cualquier intento de agresión a su fe. Es un ejemplo para quienes en Occidente no parecen tener otra meta que desacralizarlo todo, incluso su propia fe", (El Mercurio, Revista de Libros, 11-6-1989).

Si bien la fatwa de Jomeini no se ha podido cumplir, lo cierto es que han sido asesinados un editor noruego y su traductor al japonés. Pero en los últimos dos años la situación de Rushdie se ha ido normalizando y es así como ha estado recientemente en Italia, Inglaterra y España, entre otros países. Después de Chile, visitará Argentina y México.

¿Qué hay en esta gruesa, humorística y compleja ficción, en esta novela de literatura fantástica que pueda haber motivado una reacción tan violenta? El asunto tiene que ver principalmente con un dilema que existe en la tradición musulmana acerca de unos supuestos “versos satánicos” del Corán.

Rushdie nos explicaría después el origen de su interés por el problema. Fue cuando estudiaba historia en la universidad, y tomó un curso sobre los orígenes del Islam. Allí descubrió los libros de tradiciones del Islam, inmediatamente posteriores al Corán, y aceptados por los teólogos como libros canónicos. En dos de estos libros, se comenta que el arcángel Gabriel le recitó a Mahoma versos para el Corán que a Mahoma le provocaron dudas. Según estos versos, cabe aceptar e incluir en el Islam a tres diosas paganas, si no como diosas, al menos como las iguales de los arcángeles. Y aunque la admisión de estas diosas le conviene a Mahoma por razones prácticas —ayudan a cimentar alianzas con clanes circundantes— él duda de la proveniencia divina de los versos; no cree que las diosas sean dignas de ser consideradas como las iguales de los arcángeles. Se pregunta si esta vez no ha sido Satán que lo ha tentado, disfrazado de Gabriel. Acosado por la sospecha vuelve a la montaña y descubre que su duda es justificada. El verdadero Gabriel corrige los versos, sobre todo porque no puede ser que seres femeninos sean comparables a los arcángeles.

En ese momento a Rushdie le interesa el incidente porque, según nos dice, refleja el machismo del Islam.

La posibilidad de un error de copia de un texto siempre es alarmante, pero lo es más aún si se trata de una falsificación en el original de un texto sagrado que sirve de base a una religión, puesto que los versículos espurios serán repetidos por los fieles hasta la eternidad. Los teólogos, naturalmente, conocen este episodio, pero no les gusta que se discuta. Es que si bien demuestra que Mahoma es irrepudablemente criterioso, hace pensar que el texto sagrado descansa sólo en el buen criterio de un individuo. Y eso no puede ser, porque Mahoma, aunque profeta, es un mero hombre, y el Corán, la palabra de Dios, es anterior al hombre. El autor es Dios mismo. Además, si Satán se disfrazó de Gabriel una vez, ¿cómo sabemos que fue la única, y que otros versos que tomamos por sagrados no son también de autoría satánica?

Al discutir libremente este tema (en un sueño, cabe decirlo, de uno de los personajes de la novela), Rushdie deja muy bien a Mahoma, pero cuestiona el estatus ontológico del Corán. Eso es lo imperdonable; y esa es la razón, por esotérica que nos parezca, por la que Rushdie es condenado a muerte. Por lo menos es la que dan los imám, porque sin duda Rushdie comete también otro pecado grave: el del humor, que despliega sin piedad por toda la novela, permitiendo que a veces, incluso, abarque al profeta y a su círculo íntimo. Algo se ríe, asimismo, de un santón del siglo XX, ávido de poder, que se parece, cabe admitirlo, a Jomeini.

Mientras viajamos en el Subaru diestramente conducido por Arturo Infante, comentamos lo que nos parece una sobre-reacción del gobierno y nos preguntamos si se le permitirá al escritor cumplir el resto del programa. La intempestiva cancelación de la presentación en la Feria del Libro ha generado alarma. De alguna manera, esto demuestra el poder del terrorismo islámico. Porque sabemos que durante la mañana el escritor ha podido hacer llamados telefónicos, pero no recibirlos. De hecho ha estado llamando a uno de nosotros cada media hora, para enterarse de lo últimos rumores provenientes de un gobierno hermético e indeciso. La absurda reclusión ha continuado. ¿Por qué el gobierno de Chile no puede darle las garantías que le han dado recientemente España y otros países europeos? Hace unas semanas se ha presentado con Mario Vargas Llosa y Humberto Eco en Londres para una lectura de textos anunciada por la prensa con muchos días de antelación. ¿Por qué en Chile, súbitamente, el programa convenido con Investigaciones, previa visita de Scotland Yard, no resulta aceptable? ¿Cuáles son los nuevos antecedentes? ¿La declaración de un grupo musulmán que circuló el día de la llegada? ¿La hostilidad de las opiniones del embajador de Irán, Hamid Reza Hosseini, publicadas por la prensa, y según las cuales, al parecer la fatwa debiera haber impedido la invitación de Rushdie a Chile? Porque el embajador nos recordó ayer, el día de la llegada de Rushdie, que la condena de Jomeini no puede ser modificada por un gobierno y que "fue corroborada en la conferencia cumbre de 53 países islámicos y por las sociedades islámicas de otras naciones", (La Segunda, 16-11-1995). ¿Será verdad, como algunos rumorean, que Carabineros se impuso a Investigaciones por celos institucionales y el gobierno no pudo evitarlo? ¿Será efectivo que ayer ingresaron veinticuatro iraníes y no se encuentran en los hoteles y direcciones que declararon? ¿Será posible, como se rumorea, que personeros de gobierno teman que eventualmente algunos obispos critiquen la visita de Rushdie como ocurrió hace algún tiempo con el conjunto de rock Iron Maiden,

grupo que al final no pudo tocar en la estación Mapocho, recinto de la actual Feria del Libro, ni en ningún otro lugar de Chile? ¿Estaremos ante la inminencia de un atentado terrorista? ¿Podrá ser, como alguien ha insinuado, un autobomba de alto poder explosivo? ¿Cómo interpretar las palabras de un residente iraní en Santiago, que entrevistado en el noticiero del canal de televisión Megavisión, explicó que se hacía acreedor a la millonaria recompensa cualquiera que matara a Rushdie, aunque no fuese musulmán?

Arturo Infante viene de una reunión con el Ministro del Interior subrogante, don Belisario Velasco. Asistió también Olaf Hantel, representante de la sección internacional de la Editorial Plaza y Janés para América Latina. Habían llegado al Ministerio con la intención de poner fin a la visita de Rushdie si se persistía en mantener al escritor recluso. Pero el gobierno autoriza allí, en definitiva, la realización de cuatro entrevistas, entre ellas la de Patricia Politzer para Televisión Nacional, que había sido cancelada ayer. La nuestra será la primera. Por otro lado, la conferencia de prensa será organizada directamente por el Ministerio con reporteros acreditados por ellos. El lugar y la hora están por determinarse. Se conoce sólo el día: sábado 18 (Rushdie viaja el domingo a Argentina). En cuanto a la reunión con escritores e intelectuales en el CEP, programada para mañana sábado, el acto sigue sin autorización. La agenda de Rushdie en Chile continuará estando intervenida. De hecho, el programa comenzará después a realizarse, sólo que sujeto a la aprobación de las autoridades ítem por ítem y como a regañadientes, y siempre en el último minuto.

El auto se detiene en la explanada de maicillo a la entrada de las casas de la Viña Concha y Toro, hasta hace poco la casa de la familia Ross. Hay no menos de cinco vehículos abarrotados de hombres de oscuro. El estanque con neófitos se extiende ante nosotros pálido y silencioso. Subimos las escaleras. Saludos. El Coronel de Carabineros a cargo del operativo, vestido de civil, es un hombre cortés y bien dispuesto. Se nos conduce a una sala amplia de techos altísimos. Contra la ventana que da al patio se recorta la figura de Rushdie. Lo acompaña don Mariano Fontecilla, Jefe de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, quien oficiará de anfitrión con la amabilidad, corrección y sentido de las circunstancias que lo caracterizan.

Rushdie sonríe alegremente. Hace pensar en Segismundo de La vida es sueño, trasladado sin transición del cautiverio a su palacio de príncipe. Nos cuenta con entusiasmo de niño que le han permitido visitar las bodegas de la Viña e incluso pasear un rato por el romántico parque. Está encantado. Es lo primero que ha visto de Chile. Esto y la ruta a

Pirque. Y, claro, la enigmática casa de seguridad. No es una prisión, nos explica, es una casa. Los taxis que ha divisado por la ventana del automóvil que lo ha traído a alta velocidad y en convoy, le recuerdan los de la India. Es la primera vez que está en las Indias españolas. Por momentos, de verdad se sintió en alguna ciudad de la India. Pero, claro, aquí se ve tan poca gente en las calles y veredas. La conversación continúa en el almuerzo y se anima con un maravilloso "Don Melchor", que es tan bueno que llega a dar pena tragárselo. Rushdie es un conversador chispeante. Lo que más llama la atención en la India son los olores, los buenos y los malos. Es un país que uno imagina a partir de la nariz. Lugares como éste son poco olfativos, le parece. La influencia europea, sin duda. Sus ojos capotudos brillan detrás de los cristales de aumento y pasan rápidamente de la ironía sutil a la risa abierta y pícaro, del destello filudo de la inteligencia a la calidez de la ternura.

La entrevista comenzó a la hora del café. Se nos permitió hablar a solas. La grabadora quedó en el brazo del Chesterfield en que se sentó Rushdie. Por inexperiencia, llevamos cintas de media hora que fue necesario reemplazar varias veces. Al final, después de hora y media, se nos acabaron las cintas (responsabilidad que recaía sobre Arturo Fontaine Talavera) y debimos terminar tomando notas a mano.

—Antes de pasar a los libros, por qué no nos cuenta un poco acerca de su familia: acerca de su padre, de su madre, del tipo de familia de la que usted proviene.

—Una de las respuestas más simples sería decir que vengo de una familia india musulmana, de comerciantes de clase media, en la que, por motivos que hoy parecen insólitos, pero que entonces parecían muy normales, había muy poca religión. Ahora pienso que, en cierto modo, ese fue el mayor obsequio que me hizo mi padre. En aquella época esto parecía normal, uno vivía una infancia que no era más que la infancia de uno. Además, en los círculos de amigos que yo tenía no se daba mucha importancia a la religión. No recuerdo casi ninguna presión religiosa cuando niño. De vez en cuando se hizo la prueba de traer a casa un maestro de religión para que nos enseñara el Corán a mí y a mis hermanas, pero nos aburríamos tanto con estos maestros que el intento no duró mucho tiempo. Y en cuanto a visitar mezquitas y cosas semejantes, uno iba quizás una vez al año, así como va la gente a la iglesia en Navidad. El asunto no despertaba mayor interés.

Aparte de eso, la familia de mi madre era de Cachemira y mi padre era médico en una ciudad donde existe una universidad musulmana famosa.

Mi padre trabajaba en la universidad y ejercía como médico. La familia de mi padre, que también provenía en parte de Cachemira, era musulmana. Cosa bastante curiosa, para los dos era su segundo matrimonio, algo raro en la India, porque allá la gente en general no se casa dos veces. Creo que se avergonzaron cuando yo usé este hecho en *Hijos de la medianoche*, pero mi padre se molestó más que mi madre.

—*En el ambiente que rodeaba a su familia, ¿conoció usted a muchas personas llenas de pasión religiosa, dedicadas intensamente a lo religioso?*

—No, de ninguna manera. Porque me crié como niño de ciudad, en Bombay, durante los años cincuenta, en la época inmediatamente posterior a la independencia del país, y mi familia, por cierto, pertenecía a aquel grupo de indios musulmanes que no quisieron ser paquistaníes y que se sentían indios antes que musulmanes. En ese sentido, eran más bien laicos de manera natural, y yo me crié en ese tipo de ambiente. Entre los amigos de la familia se contaban personas de todas las religiones imaginables, y de los dos mejores amigos de mi padre, uno era hindú y el otro judío. De modo que la religión no era un asunto de importancia.

—*¿Cuándo adquirió ella importancia para usted?*

—Lo cierto es que nunca ha tenido tanta importancia para mí. Si uno escribe acerca de la India o del Pakistán, o de esa parte del mundo, hay que encarar el asunto de la religión, porque está por todos lados, y porque para muchas personas el sentido de la propia identidad se articula por medio de ésta o aquella experiencia religiosa. Puede ser por medio de una casta hindú o lo que sea. No se puede escribir acerca de ese mundo si uno no investiga seriamente la índole de la fe religiosa, de la identidad religiosa, etcétera.

En ese sentido, pues, siempre tuve que escribir de religión, pero nunca me he sentido un “escritor religioso”, de la misma manera que Kazantzakis puede ser visto como escritor religioso, o que se puede pensar que a Evelyn Waugh o a Graham Greene los haya conformado su catolicismo. Yo nunca me sentí conformado, en ningún sentido, por la religión musulmana; sólo pensé que era una parte muy importante del tema y que no podía soslayarla. Y creo que una de las grandes distorsiones de las que han sido objeto mis libros, especialmente por parte de aquellas personas que no los han leído, sino que sólo saben lo que me sucedió, es que para ellas mi obra tiene que ser, de alguna manera, una obra religiosa. Es decir, como el ataque fue tenebroso y sin sentido, mi obra tiene que ser tenebrosa y sin sentido. Se produjo una extraña transferencia, de modo que las personas que no habían leído mis libros supusieron que que todos ellos tenían las mismas características del ataque contra *Los versos satánicos*. Ha sido una larga lucha para tratar de convencerlas de que no es así. La única manera en que

puedo convencer a esas personas es seguir escribiendo libros para que los lean personalmente.

—¿Cuándo llegó usted a Inglaterra?

—Primero fui a Inglaterra a la edad de trece años y medio, casi catorce, y me pusieron interno.

—Usted fue al Rugby School, ¿no es cierto?

Sí, fui al Rugby School, pero no se trató de una migración permanente, porque en ese tiempo mi familia siguió viviendo en la India y yo volvía a casa a pasar las vacaciones, como cualquier otro colegial. Me eduqué en Inglaterra, pero no vivía en Inglaterra en aquella época. Lo cierto es que los grandes internados ingleses tienen la doble característica de ser lugares muy buenos para educarse, pero muy malos para crecer. Recuerdo a dos o tres maestros en Rugby como los maestros más brillantes que he tenido en mi vida, maestros de veras, dotados, capaces de entusiasmar con un ramo hasta el punto en que uno quería hacer más de lo que el programa exigía, sólo porque uno tenía interés. Recuerdo a un profesor de francés que en el transcurso de un trimestre hizo que yo ascendiera desde el último al primer lugar de la clase, porque fue capaz de encender mi interés por el ramo. Tanto así que si estábamos leyendo *Candide*, de Voltaire, yo leía otros libros de Voltaire que no estaba obligado a leer. Él era capaz de inducirle a uno a pensar que eso era valioso y, por tanto, a realizarlo. En cuanto a educación, siento que recibí una excelente formación a nivel académico. Siempre fui un buen alumno.

El resto de la vida en el internado fue más o menos espantosa. Me parece que ésta es casi una reacción convencional a la educación en los internados ingleses. Me topé con un cierto grado de prejuicio racial, incluso con algo de racismo. Cuando volvía a mi habitación solía encontrar letreros escritos en la pared y mis tareas terminadas hechas pedazos; cosas así que resultaban muy penosas. Pero lo interesante es que esto no le ocurría en ese colegio a todos los alumnos que venían de un país extranjero. Y a mí me interesó dilucidar por qué algunos alumnos eran blanco de estas molestias y otros no. La explicación era muy muy sencilla: algunos alumnos eran buenos para los deportes.

—En particular el rugby, por cierto.

—Sí, claro. Y también el cricket. Los alumnos que tenían dotes atléticas no eran objeto de racismo. Y los que carecían de dotes deportivas, y más encima cometían el error de ser inteligentes y extranjeros, estaban perdidos. Mi problema radicaba en que yo no sólo era extranjero; además, era malo para los deportes y era inteligente. Buen alumno, malo para los deportes, extranjero: los ingredientes para la catástrofe.

Me han preguntado muchas veces si lo pasé mal en el colegio, pero eso fue hace treinta años. Ahora ya no me preocupa. Aunque el año pasado volví a ese colegio, a la ciudad de Rugby. No le conté a nadie, simplemente fui, tocó que estaba en las cercanías. No había vuelto a caminar por esas calles desde que salí del colegio. Y, claro, lo que sí emociona es que uno se ve a sí mismo de niño en ese lugar, porque de hecho así fue. Uno se ve niño, caminando por ahí y creciendo, etcétera, y eso crea con el lugar un vínculo emocional muy profundo que no se puede evitar. Es algo que tiene que ver con el recuerdo de la niñez y no con la idea de perdonar al colegio por lo que le hizo a uno, y yo no lo perdono.

—*Quizás pudiéramos pasar a esta idea de cambiarse de lugar y de no tener ninguna base sólida y continua, la idea de la mezcla que aparece con tanta fuerza en sus novelas: el concepto del multiculturalismo y el de la variedad. Hay quienes se sienten esquizofrénicos porque son bilingües, biculturales. Por otro lado, está esa sensación de libertad, que es una maravilla, pero uno también tiene sus dudas.*

—¿A qué colegio fue usted, David?

—A *Downside*, el colegio católico benedictino.

—Ah, bueno, ese sí es un colegio de trabajo pesado. Creo que yo tuve precisamente ese conjunto de sensaciones que usted acaba de enumerar. Está claro que la gente que viene de muchos lugares tiene las dos sensaciones: que es una bendición y una maldición, y yo he procurado expresar las dos cosas. Existe, evidentemente, la sensación de no pertenecer a ninguna parte y de ser, en cierto sentido, un extraño en cualquiera sociedad en que uno se encuentre, oyendo siempre otra voz que los circunstantes no oyen, los matices ocultos en la manera de hablar de la gente, por ejemplo.

Una de las cosas que molestan mucho a la gente en Inglaterra es que uno señale su actitudes convencionales y que se derivan de una suerte de pasado imperialista. Si uno dice que lo que está diciendo se dijo primero hace cien años para justificar la subyugación de África, por ejemplo, a ellos no les gusta que uno se lo diga. Porque no es así como ellos mismos lo ven, no están conscientes del racismo y es probable que no tengan prejuicios raciales. Pero si uno viene de otra parte puede oír en el idioma resonancias de la historia del pueblo que alguna vez usó ese lenguaje.

Una de las cosas muy extrañas que tiene Inglaterra, escribí alguna vez, es que la mayor parte de su historia tuvo lugar en ultramar, de manera que nadie la conoce. A mi hijo, que va al colegio en Inglaterra hoy y que estudia historia, durante toda su educación media no se le enseñó nada acerca del Imperio británico: el hecho histórico más importante de la histo-

ria de Inglaterra. Se le enseñó, por supuesto, acerca de la reina Isabel y la Armada Invencible, etcétera; pero el Imperio británico no forma parte del programa de estudios. Y esto no es nada nuevo.

En la época del Imperio británico, de hecho, en Inglaterra había una notable falta de interés por él. A menudo ocurría que en el Parlamento, cuando se trataba de la India, era difícil obtener el quórum necesario debido a la escasez de parlamentarios presentes. El ministerio de la India podía manejar la India como una monarquía, precisamente, porque había muy poco interés democrático por el tema del Imperio entre los representantes elegidos. Si uno examina las obras maestras de la literatura, la época cumbre del Imperio británico corresponde casi exactamente a la gran época de la literatura inglesa, y sin embargo en la literatura inglesa no hay casi nada relativo al Imperio británico. En Charles Dickens hay quizás un personaje que tiene la piel oscura, hay otro que tiene alguna relación con Australia, pero no es Australia, sino el Extremo Oriente.

Era como si los ingleses optasen por no mirar ese mundo, aun cuando su riqueza y su poder y su confianza dependieran de él. El Imperio fue siempre algo que los ingleses no miraban.

—*Quizás se tenía por algo ligeramente de mal gusto depender de una fortuna colonial. Así lo veía Jane Austen...*

—...Sí, en *Mansfield Park*. Pero en realidad no hay casi nada. Porque si pensamos en la historia de Inglaterra, no podemos negar que este es el hecho aislado más importante y, sin embargo, se le encontraba un tema aburrido. Ahora bien, si uno proviene de aquella parte del mundo que resultaba tan aburrida, las cosas se oyen de manera algo diferente. Sí, en este sentido se siente lo que yo llamo, a veces, la sensación de no pertenecer doblemente. Yo ya no pertenezco a la India como lo haría si no me hubiera alejado nunca, aunque siempre me siento muy íntimamente unido a ella. Pero, por otra parte, me siento muy íntimamente unido a Inglaterra. Mis amigos están todos allí, mi hijo se está educando allí, es mitad inglés. De modo que estoy unido a Inglaterra para siempre, en ese sentido.

—*Pero, por otra parte, la India que uno puede imaginar a partir de sus novelas tiene mucho que ver con este tipo de mezcla, este fuerte sentido de la multiplicidad.*

—Eso está ahí. Es decir, eso no lo inventé, porque la historia de la India, al fin y al cabo, es una historia de invasiones sucesivas. Casi toda la gente que vive en la India hoy descende de una u otra ola de invasores. Primero fueron las grandes invasiones arias que procedían del norte, y que una vez que salieron de Mongolia, se bifurcaron: unas describieron una curva y entraron en la India; las otras pasaron a Europa. Esa fue una

migración temprana. Después vinieron las migraciones musulmana; luego los portugueses se establecieron allí; después los inmigrantes judíos y la influencia británica. La historia de aquella parte del mundo ha sido la historia de ola tras ola tras ola de pueblos que vienen de afuera y que en gran medida se asimilan. Y uno de los aspectos curiosos de la presencia británica en la India es que, de todos los pueblos que invadieron la India durante cinco mil años, los ingleses fueron los únicos que no se asimilaron. Seguían mandando a sus hijos a Inglaterra...

Pero en ese sentido, la mezcla que usted menciona por cierto existía. Si se vive en Bombay, uno está rodeado de miembros de todas las comunidades del mundo. Como se trata de un puerto y de la gran metrópoli que mira a Occidente, atrae a mucha gente de Europa y de América. Yo crecí con esa mezcla y era natural que procurara ponerla en los libros.

—*Todas estas pretensiones de pureza que tiene la gente, no sólo en la India, sino en todas partes, quedan reveladas como evidentemente espúreas. Me gusta esa escena en El último suspiro del moro, cuando Abraham Zogoibi, un judío cuya madre es cuidadora de la Sinagoga, descubre la impureza de sus orígenes, descubre que desciende de un moro.*

—Así es. Mi visión se ha visto muy intensificada por la historia del último tiempo, en el sentido de que la palabra “pureza”, ya se trate de pureza racial, limpieza étnica o pureza moral, o lo que fuese, es una de las más peligrosas de cualquier idioma. Cuando alguien intenta poner esa palabra en un estandarte, la gente comienza a morir. Para mí, la pureza, como idea, lleva directamente a Auschwitz. Por eso yo, mucho tiempo antes de la repetición de un fenómeno como el de la limpieza étnica y Bosnia, y todo aquello, me interesé por la idea de la impureza como ética, y por lo de quilro, por lo de mestizo. Porque me parece que, al menos en la experiencia urbana de nuestro tiempo, todo el mundo es mestizo en ese sentido. A medida que las culturas se mezclan, la idea de la cultura pura se convierte en una especie de sueño de reacción que siempre es activado por las fuerzas más reaccionarias de cualquier cultura. Y esto, manifiestamente, no es cierto. En este momento yo no puedo pensar en una cultura india que excluya la cultura occidental, porque la cultura occidental vivió en la India durante cientos de años y, cualquiera fuera la forma en que interactuó con ella, se creó una suerte de compuesto.

—*De manera que usted piensa que no hay lugar para la idea de una identidad nacional, una identidad respecto de la cual uno quisiera ser auténtico.*

—Me parece que lo que causa preocupación es que, evidentemente, hay lugar para esa idea en la imaginación de la gente y que, al parecer, está

capturando otra vez la imaginación de la gente después de un período en que no fue así. Pienso que el siglo XX es el siglo que, en primer lugar, nos mostró los peores males de la idea nacional y luego se convirtió en un camino por el cual parece que la gente es capaz de trasladarse más allá de esa idea. Se comenzó a pensar en crear descripciones sociales que no eran tan estrechamente nacionalistas, que eran internacionales. Y ahora parece que hay un retroceso hacia una idea de nacionalismo tribal, que para mí es a todas luces perturbadora y, desde luego, soy contrario a ella, porque me parece que ya aprendimos esta lección.

Ahora bien, creo que si uno quiere escribir una novela y no una tesis filosófica, debe reconocer que algunas de las ideas en las que uno tiene fe de la manera más acendrada contienen, sin embargo, debilidades muy graves. Si tomamos, por ejemplo, la historia de la caída de la Alhambra, podríamos ver en ella una parábola de las ideas que hemos estado analizando —la multiplicidad, la pluralidad, la impureza. Ahí tenemos esa cultura hermosa, compuesta, multifacética, y a este sultán que es un esteta, que disfruta de esa cultura plural de los moros de Andalucía. La consecuencia de esto es que cuando él se ve enfrentado al ataque fundamentalista, singular, monomaniaco, de perspectiva estrecha, de los Reyes Católicos, sencillamente no resiste el embate. A veces, por tanto, ese tipo de enfoque difuso, ese tipo de deseo de ser muchas cosas sin privilegiar una manera de pensar sobre otra, puede no ser nada más que impotencia. Y no sólo impotencia, sino que en realidad puede significar la ruina histórica, porque en cuanto alguien produce una idea en la que tiene fe con exclusión de todas las demás, puede barrer el piso...

No cabe duda, me parece, que en la India hay una suerte de crisis de la idea secular, basada precisamente en el hecho de que las personas se sienten tan cómodas en esa idea que cuando surgen personajes perturbadores, armados de una idea mucho más filuda, éstos pueden imponerse.

En una novela, entonces, siempre hay que darle al enemigo las mejores frases, siempre hay que exponer la postura a la que el escritor se opone bajo el mejor aspecto posible, y luego dejar que los lectores juzguen. Porque no me parece correcto que un libro sea polémico en ese sentido. Creo que ese es el gran peligro de todo autor que, como yo, se interese por una especie de ficción pública. Si uno lo hace así, existe el tremendo peligro de caer en una suerte de actitud proselitista y polémica. Uno está tratando de decir: "Piensa como yo". Y si la respuesta de la gente es: "Pero no pensamos así", entonces uno está perdido. O bien dos años más tarde el mundo podría cambiar y la obra de uno quedaría fuera de lugar. A mí me resulta mucho más interesante mostrar el problema, simplemente: esto es lo que

está ocurriendo aquí. Y la gente debe reaccionar ante eso como lectores, en la intimidad de su mente.

—*A propósito de eso, en El último suspiro del moro, por una parte el narrador dice: “La ciudad misma, quizá el país entero, era un palimpsesto. Unos bajos fondos debajo de unos altos fondos, un mercado negro debajo de uno blanco, si toda la vida era así, si una realidad invisible se agitaba como un fantasma debajo de una ficción visible, transformando todos sus significados (...)”. Y a las pocas líneas: “¿Cómo hubiéramos podido vivir vidas auténticas?” Pero, por otra parte, está este personaje, esta muchacha terrible, Uma, a la que se describe en algún momento como “la pluralista Uma”, la que encarna la “infinita maleabilidad de lo real y su sentido de la verdad modernistamente provisional”, y como una artista de la “época post-laica.” Es un personaje fascinante, encarna en sí misma el pluralismo, pero...*

—Sí. Uma es un personaje muy definido que representa los peligros de todo eso.

—*Háblenos un poco más de ella.*

—En realidad, fue muy curioso. Cuando terminé este libro, me interesó mucho ella como personaje, porque tenía que tener gran atractivo sexual, tenía que ser irresistible, de otro modo lo demás no tendría sentido. Me interesó mucho el poder de esta mujer, porque estaba claro que lo tenía y que lo usó por entero en actos destructivos. Pero es un personaje fascinante, al menos fascinante para mí y espero que fascinante también para los demás.

Le llevé la novela a mi editorial en Inglaterra y uno de los editores la leyó y me dijo: “Ésta es una mujer muy interesante, yo conozco a muchas mujeres así”. Yo le respondí: “Pues lo siento, porque usted debe haberlo pasado muy mal”. Él replicó: “No, no, es una mujer fantástica”. Y añadió: “Quizás no sean muchos los que conocen a mujeres como ésta, pero en realidad yo he conocido a varias”. Esto me tranquilizó mucho, porque me daba la idea de que a lo mejor había acertado en algo.

Creo que hay personas, y no se trata sólo de mujeres, que en sus relaciones emocionales y sexuales derivan un poder tremendo de una suerte de fuerza destructiva y de la capacidad de presentarse a los demás como las personas que nosotros queremos que sean. Saben identificar las necesidades de la gente y así saben presentarse como la satisfacción perfecta de esa necesidad precisa. Pero entonces, cuando aparece otra persona, se transforman en un ser completamente diferente. Hay una medida, si se quiere, de falsedad psicológica que llega hasta un punto en que sospecho que esas personas ya no saben de hecho quiénes son y se convierten sólo en una

colección de autopresentaciones brillantes. Y esto puede ser muy peligroso, porque ya no tienen identidad, sólo tienen una colección de disfraces.

—*Uma es, tal vez, el personaje importante más joven de su novela, y en cuanto artista, y no sólo como ser humano, parece que representa una especie de renacimiento de lo religioso.*

—Sí, junto a todo lo demás, es una suerte de fraude religioso.

—*¿No cree usted que los fundamentalistas apuntan a las personas de este tipo? ¿Que, en cierto modo, personas así resuelven, adoptando posturas dogmáticas y fundamentalistas, este problema del relativismo extremo y del pluralismo interno?*

—¡Sí!

—*¿No reside la fuerza de estos movimientos en que simplemente le dan a la gente un plan de vida?*

—Creo que es cierto que para muchos una de las grandes dificultades del siglo XX está en que es una especie de “siglo de la incertidumbre”. El principio de la incertidumbre, de Heisenberg, la idea de rechazar todo tipo de descripción totalizante del mundo, la idea de la relatividad, la idea de la duda, se convirtió en un aspecto tan central de la forma en que, en el siglo XX, llegamos a pensar de nosotros mismos, que ha resultado problemático. Porque la gente quiere saber lo que está pasando. La gente quiere saber cómo son las cosas, lo que está arriba y lo que está abajo, lo que está bien y lo que está mal, y si se le pide, como se le ha pedido durante buena parte del siglo XX, que piense en esta forma tan absolutista, dirá que así y todo tiene necesidad de hacerlo.

Sí. Creo que cuando aparecen personas que ofrecen descripciones muy sencillas de lo bueno y de lo malo, además de una suerte de camino de conducta que los demás puedan seguir, éstos quedan en situación de dejarse tentar. Y creo que resulta particularmente tentador en una época en la cual parece que muchas de las ideas dominantes del siglo, por ejemplo la idea de progreso, han fracasado.

Consideremos, por ejemplo, Argelia y la extraordinaria revolución que tuvo lugar en este siglo, una revolución que todos estimaron heroica. Después vino la lenta corrupción de aquel nuevo partido gobernante, hasta el extremo de ser absolutamente incapaz de hacer nada por su pueblo. Y así muchos observan que esta idea, la idea del proyecto moderno, ha culminado en esta degradación. En cambio, por allá, está este sacerdote que dice cosas más bien simples y parece que no está corrompido. Entonces la gente vuelve atrás. El fundamentalismo no es algo que surge en el vacío, sino que surge, en buena medida, por el fracaso de las diversas formas del proyecto secular.

El motivo de la explosión del fundamentalismo iraní fue el Sha de Irán. Se podría decir que el Sha inventó a Jomeini porque mató a todos los demás, porque fue inmensamente corrupto e impopular, y porque le dejó al pueblo sólo la mezquita como alternativa. No había otro lugar donde ir.

Lo mismo en la India. Grupos fundamentalistas han conquistado cierto poder político gracias a que escuchan al pueblo al nivel más bajo. Si uno vive en Bombay, donde están los grandes barrios marginales, y el caño de agua que está en el patio no funciona y uno llama a su representante en el Congreso, éste ni se molesta en venir al teléfono; en cambio, uno llama a alguna secta nacionalista y alguien viene a arreglar el caño. Si hay un desagüe tapado y las aguas servidas se derraman, muchas veces es el fundamentalista, el político extremista del lugar, quien viene a hacerlo reparar. Lo mismo ocurrió durante el desarrollo de los movimientos nazis en Europa. En esta disposición a concentrarse en las cosas pequeñas, hay algo que conquista el apoyo de la gente. Los grandes partidos tradicionales, dice la gente, “vienen a vernos únicamente en tiempo de elecciones, porque sólo quieren nuestros votos”. Hay un vínculo, pues, entre el fracaso de una clase de política y el desarrollo de otra.

—*Pasemos a otro tema. En sus obras las madres tienen una presencia y un poder tremendos, a veces con efectos positivos, a veces con efectos negativos. En esta última novela, Aurora se relaciona a veces con la idea de la Madre India. ¿Aceptaría usted esta analogía?*

—Lo que es cierto, me parece, es que en la India doméstica hay un matriarcado. Fuera del hogar, no. Pero si uno escribe desde el interior de la familia, entonces el poder de las mujeres mayores en ella es muy considerable.

También está el hecho de que en mi propia familia había gran escasez de varones. Yo soy el único hijo varón de la tercera generación, pero tengo tres hermanas. Lo cierto es que yo me crié en un mundo de mujeres muy ruidosas y de gran poder. Muy diferentes del prototipo de la mujer india, muy recatada y retraída. Esa no ha sido mi experiencia. Las mujeres que me rodeaban hablaban en voz muy alta, eran muy francas, muy resueltas. Jamás hubieran usado velo; estaban dispuestas a seguir una carrera, a tener una profesión. La mía fue una familia muy alborotadora y parlanchina, de modo que para poder tomar la palabra, había que ser muy buen conversador. De lo contrario, otro se adueñaría de ella. Siempre hemos sido gente muy conversadora, especialmente las mujeres, y yo conocí muy de cerca a una amplísima galería de personajes femeninos de mucho poder.

Los hombres, vistos desde el interior del mundo doméstico, eran figuras de aspecto gris, vestidos con trajes oscuros, que se marchaban por la

mañana y regresaban por la noche sin tener nada interesante que decir. Hablaban de acciones y valores, y cosas así, y eran muy aburridos.

He estado en fiestas, en la India y en Pakistán, en las que se ven grupos de mujeres fabulosas, bellísimas, de una elegancia exquisita, sentadas todas juntas en un lado de la sala, conversando entre ellas, y al otro lado están los hombres de traje gris, hablando de los movimientos de la bolsa. Uno entra a la sala y piensa que esos hombres deben de estar locos. Por allá hay una veintena de las mujeres más lindas que uno haya visto jamás. ¿Cómo siguen hablando los hombres, por ejemplo, de la Shell? Yo siempre me acercaba a los grupos de mujeres y eso era muy mal visto. Pero a las jóvenes les agradaba, porque no les gustaba eso de estar sentadas allí, mientras todos los hombres hablaban de cosas aburridas al otro lado del salón.

—*Suena conocido.*

—¿Es así aquí también?

—*Muy a menudo, en realidad.*

—En esta novela, en particular, quise explorar cómo el mundo del hogar y el mundo del trabajo eran, ambos, mundos de poder, en uno de los cuales el dominio lo ejercían las mujeres y en el otro, los hombres. Son dos caras de la misma moneda. Por eso me pareció muy genuino que Aurora fuera esta figura central, muy dominante y extrovertida, que absorbe toda la luz; todo lo que ocurre, ocurre por ella. Y al borde de esta tela se encuentra esta figura más bien opaca del marido a quien ella mandonea, le habla con brusquedad y no lo trata bien, y sin embargo todo este mundo depende de él. Yo quería que la novela, en algún momento, diera vuelta la moneda y mostrara esta vida que parece tan gris y sin interés, pero que en realidad es un monstruo de otro tipo, una especie de monstruo tenebroso, que contrasta con el monstruo luminoso del hogar. Eso fue lo que pensé. El asunto de este libro, me parece, el asunto de la Madre India, o el mito de la Madre India, sí, me interesó.

—*Porque al final el personaje vuelve atrás para ir al encuentro de su padre y trata de encontrar el cuadro de su madre al que pintaron por encima y...*

—Y no la encuentra. Sí.

—*En Los versos satánicos hay una relación padre-hijo maravillosamente tratada. Tiene rasgos tolstoyanos. Esa reconciliación final es memorable.*

—Escribí esa escena poco después de que murió mi padre. La escribí a partir de ese sentimiento. Pensé en ese momento que era una cosa muy riesgosa, dado la cercanía de la muerte de mi padre. Pero una vez

escrita la escena me gustó el resultado. Me quedó bien esa escritura emocional, directa, hacia el final de una novela tan fabulada e indirecta. Me atrajo que terminara con esta escena tan sencilla. Pensé que me gustaría escribir más en este estilo franco, directo, emocional. Y en *El último suspiro del moro*, lo intenté. Esta vez no fue entre padre e hijo, sino principalmente entre madre e hijo y también entre la madre y las hijas. Aurora es una mujer muy difícil para sus hijas.

—Bueno, Aurora es un personaje extraordinario. Se la podría ver como una especie de monstruo, pero de hecho tiene sus lados maravillosos.

—Sí, pienso que ella es así... Yo me enamoré de ella totalmente, igual como todos los demás personajes del libro se enamoran de ella. Es una mujer vieja, pero es una vieja estupenda. Como dice el narrador, todos la querían, incluso en sus peores momentos; siempre era lo mejor de la vida para cada uno. Para mí era la persona en torno a quien giraba toda la obra. Todo lo que hay en este libro depende, en realidad, de si ella está presente o no. Para que el libro funcionara, ella era el personaje clave, de modo que si a uno no le convencía Aurora, se desmoronaba todo. También el lector debe creer que ella era una buena pintora y eso resultó muy difícil. Pasé un tiempo largo, me parece, antes de ponerme a escribir formalmente el libro, procurando inventarla como artista. Ella debía llevar una vida total como artista, no sólo algunos cuadros. Es decir, imaginé a dónde podría ir una joven muy precoz, cómo podría comenzar, cómo podría desarrollarse, cuál sería su motivación señera, cuáles serían las grandes ideas de su vida. Y de ahí surgió la respuesta a la pregunta de lo que yo iba a hacer con la Alhambra, porque de pronto eso se convirtió en su gran serie de cuadros. Me siento muy frustrado, en cierto sentido, porque sé exactamente cómo son esos cuadros, y no soy capaz de pintarlos.

—Es maravilloso cómo iluminan la novela, porque van y vienen en una suerte de efecto de espejos.

—Es una suerte, porque ocurre que en la pintura india contemporánea todavía hay una tendencia dominante de pintura figurativa, con fuertes elementos narrativos o al menos anecdóticos. Así es que pude utilizar los cuadros, pude entretrejerlos con el argumento de la novela. Si en aquella época los buenos pintores indios hubieran sido todos expresionistas abstractos, yo no hubiera podido inventar a Aurora. El otro detalle fue la existencia de varias mujeres artistas muy importantes.

—¿En la India, dice usted?

—Así es. En los últimos cuarenta o cincuenta años ha habido un gran número de pintoras muy buenas. Hay una que aparece en el libro que pertenecía a una generación anterior a Aurora, y yo creo que muchos dirían

que fue la mejor pintora india de su época. Era mitad húngara y ella también, como Aurora, murió joven y en circunstancias misteriosas. Lo que me pareció interesante en ella, sin embargo, fue que estuvo muy influida por las ideas de Gandhi y resolvió que viviría la vida de una aldea pequeña, que pintaría sobre la base de la experiencia de la vida de aldea. Solía decir que ésta es la realidad de la India, pues la mayor parte de la gente vive en estas aldeas pequeñas. Entonces pensé que esto me daba la oportunidad de inventarle un polo opuesto, que sería una gran pintora urbana, una mujer que no sería una aldeana, que sería metropolitana, no una seguidora de Gandhi, sino una artista agresiva, cosmopolita, refinada y descarada; no una especie de mística. Como dije, la presencia de mujeres artistas de éxito facilitaba la tarea de concebir otra. En la misma época, en Inglaterra, hubiera resultado muy difícil inventar una gran pintora.

—¿Cree usted que a las feministas les va a agradar esta novela?

—¡Les encanta! Hace algún tiempo fui invitado a un seminario del Consejo Británico, en Alemania, para conocer a algunos escritores y académicos alemanes y que ellos conocieran a algunas personas de Inglaterra. Yo acababa de entregar la novela, en manuscrito. Había varias escritoras feministas inglesas muy distinguidas y yo tenía gran interés en saber cómo iban a reaccionar. Resulta que se rieron mucho mientras leía, y yo pensé que era una buena señal. Después dijeron que lo que les había gustado en ella era que tenía un carácter muy fuerte. También dijeron que lo único que nadie permite a las mujeres en una ficción es que sean divertidas, y aquí había un personaje femenino a quien se le permite que sea el personaje más divertido del libro, y ellas reaccionaron con fuerza ante eso porque les pareció desusado. Les gustó mucho el hecho de que tuviera tanto atractivo sexual; les pareció que había muy pocos casos de hombres que escriben sobre mujeres que son abiertamente sexuales sin que sean de algún modo libidinosas o pornográficas, o lo que sea. Y he observado, cuando he realizado lecturas públicas, que las personas que más gozan con el personaje de Aurora son las mujeres presentes. La risa de las mujeres se distingue por ser más fuerte, surge con más frecuencia, hay cosas que divierten a las mujeres que los hombres no captan.

Siempre he tenido un gran número de lectoras. Es una broma entre Martin Amis y yo. Si uno asiste a una lectura de Martin Amis, son todos muchachos adolescentes con espinillas, vestidos con casacas de cuero. Todos quieren ser Martin Amis. Y en mis lecturas son todas mujeres; bueno, no solamente mujeres, pero sí el setenta y cinco por ciento. De modo que me alegro de que Martin se lleve a los muchachos y que yo pueda así quedarme con las muchachas.

—*Usted nos dijo que no se siente un autor religioso, en el sentido en que Evelyn Waugh lo es, por ejemplo. No obstante, tengo la impresión de que usted tiene un sentido muy profundo de las dudas y las angustias de la mente religiosa. Permítame que cite una línea del comienzo mismo de Hijos de la medianoche, por ejemplo. El abuelo del narrador está arrodillado sobre la alfombra de oración, y se le caracteriza como alguien que estará “para siempre fijo en aquel lugar intermedio, incapaz de adorar a un Dios en cuya existencia no podía descreer del todo”.*

—¡Sí!

—*Pero si uno lee Los versos satánicos, en cierto momento Gabriel, que es un ángel, dice que los ángeles también tienen dudas. Aparece como una especie de descubrimiento esto de que los ángeles también duden. Creo que, en cierto sentido...*

—Al fin y al cabo, es el tema de *El paraíso perdido*.

—*Así es... Lo que quiero decir es que en cierto sentido usted sí tiene una comprensión muy profunda de las preocupaciones y complejidades de una vida religiosa.*

—Bueno, sí, espero que eso sea así. Porque, como digo, hay que pasar mucho tiempo pensando en esto si uno ha de escribir sobre esta gente. En la vida de estas personas —las personas que entran en mis libros—, esas cosas son muy importantes. En *El último suspiro del moro* hay una parte en que Aurora dice: “Me interesa hacer cuadros religiosos para...

—... *para personas sin Dios”.*

—Así es. Es un poco como un mensaje del autor. En primer lugar, pienso que ella misma es un cuadro de ese tipo. Yo la retrato, si se quiere, en una especie de retrato religioso que no tiene ningún Dios. Y pienso que quizás el libro en que ella se encuentra es también un intento de hacer eso. Sí, en ese sentido, sí.

Después de terminar el libro he estado leyendo —después de mucho tiempo y con mucho detalle—, lo que hoy llamamos mitología griega. Lo que hoy llamamos mitología en un tiempo se llamó religión. La mitología no es más que una religión muerta, una religión en la que ya nadie cree. No puedo negar que estas cosas afectan mi imaginación más que muchas otras.

—*Es lo que siento, que estos temas no le son en absoluto extraños.*

—No, no, todo lo contrario. Mi mente se activa más si leo la historia de Orfeo o la de Rama que si leo el diario. Pero, por otra parte, también me interesa mucho leer los diarios. De modo que los libros tienen esos contrastes. El problema está en que yo no tengo fe. Es decir, ¿qué es lo que entendemos por fe? Esa es la cuestión. Yo creo que estas historias contienen verdades extraordinarias relativas a los seres humanos. Si uno lee los libros

del Antiguo Testamento, bueno, son libros impresionantes. Todo escritor puede aprender mucho de ellos, en cuanto a cómo escribir, cómo construir una historia de manera que llegue al público y le diga muchas cosas.

De veras creo que una de las cosas que han logrado las historias religiosas, entre ellas los mitos hindúes, los mitos griegos y romanos, los mitos nórdicos, es entregarnos modelos creíbles de nuestro ser más profundo, y por cierto, luego usamos esos modelos, consciente o inconscientemente. Estamos obligados a usarlos porque son los mejores que hay. En ese sentido, la religión me interesa sobremanera.

Pero no creo en ninguna especie de nivel sobrenatural de existencia, y no me interesa en lo absoluto. Si existe, ya lo sabremos, pero por ahora me interesa más lo que pasa aquí. En cuanto a las manifestaciones terrenas, si se quiere, de la religión, creo que en su mayoría son extremadamente dogmáticas. Bueno, yo he tenido una experiencia práctica del poder que tiene la religión para hacer daño y eso, desde luego, ha teñido mi manera de pensar sobre esto. Pero siempre me opuse a las estructuras de la religión. Yo distinguiría, por un lado, la religión que las personas “usan” personalmente, dentro de sí mismas, y que puede ofrecer consuelo o bien un cierto sentido de bienestar espiritual. Con eso no tengo problemas. Pero, en cambio, si se quiere, las casas de la religión, las industrias de la religión, ya sean del Islam fundamentalista o del Cristianismo fundamentalista, con eso sí tengo grandes problemas.

—¿Podríamos volver a temas literarios si disponemos de tiempo?
¿Le gustaría hacerlo?

—Sí.

—En *El último suspiro del moro buena parte del realismo mágico de Los versos satánicos ha desaparecido. Excepto, probablemente, la extraordinaria rapidez..*

—... del envejecimiento, sí.

—*Del envejecimiento del narrador, que parece surgir de la necesidad de tapar un desliz de Aurora. ¡Tal vez Aurora algo hizo con Nehru ese día en Delhi!*

—Tal vez. Aunque hay que desconfiar de esta familia, porque se crean interminables genealogías falsas, y en cierto momento resulta que desciende de Boabdil; en otro, de Vasco Da Gama; en otro, de Nehru...

—*Eso es muy latinoamericano, como también todo lo que hemos estado diciendo sobre el mestizaje, el sincretismo, las mezclas y así sucesivamente.*

—Sí.

—*Esta casa, por ejemplo.*

—Claro. Antes de que usted llegara yo estaba conversando con el caballero que me recibió acerca de la manera en que las distintas comunidades vinieron y se asimilaron a la vida de Chile. Yo creo que, en cierto sentido, es por eso que los escritores latinoamericanos son tan populares en la India. Porque aun cuando la gente no sepa nada de estos países, reconoce muchas de sus actitudes. Saben que existe la Iglesia Católica, se trata de una religión diferente y está del otro lado del mundo, pero se reconoce lo suficiente para que la gente comprenda que se está describiendo el mundo de manera parecida. Recuerdo que cuando escribí *Hijos de la medianoche* y antes de publicarlo, se lo mostré a un amigo y me dijo: “Es evidente que has estado leyendo a García Márquez”. En ese momento yo ni siquiera había oído nombrar a García Márquez.

—¿De veras?

—De veras. Y pregunté: “¿Y ése quién es?” Mi amigo contestó: “Es un escritor sudamericano que escribió una novela que se llama *Cien años de soledad*. Y yo dije: “¿Cien años de soledad? Me suena muy aburrido”. Y él me replicó: “No, es un libro maravilloso y deberías leerlo”.

—Pero, claro, usted ya había leído a Borges.

—Había leído a Borges, sí. Y encontré un ejemplar de *Cien años de soledad* y al momento comprendí lo que mi amigo me había querido decir. Fue como descubrir a una especie de pariente lejano, alguien que se parece a uno, pero que ha vivido toda su vida en otro continente. Desde entonces he leído mucha literatura sudamericana y en los mejores libros muchas veces he sentido ese reconocimiento. También algunas de las cosas que dicen estos escritores sobre la forma cómo construyen sus obras y cómo las reciben. Yo podría decir las mismas cosas. Pero siempre me ha desagradado el término “realismo mágico”. Siempre he pensado que el realismo mágico no tiene nada que no pudiera caber en el término anterior: “surrealismo”.

—O *literatura fantástica*.

—Por supuesto, o fabulismo o ..., son distintas palabras que quieren decir lo mismo.

Desde mi punto de vista, muchas de las cosas que ocurren en el mundo que yo describo son en realidad más fantásticas que las que aparecen en el libro. Ahora último ocurrió un incidente extraño en una comunidad india. Las estatuas de diversos dioses se manifestaron súbitamente muy deseosas de beber leche. Y fue una noticia de primera plana. Hay una explicación de lo sucedido, pero el hecho es que la gente que cree en estas cosas no creyó la explicación, de manera que para varios millones de personas fue una especie de milagro. Un día los dioses, por algún motivo desconocido, habían sentido sed y querían leche. Como digo, esto no es una

cosa que yo haya inventado, fue noticia de primera plana en muchos países del mundo.

Ahora bien, si esa es una noticia de primera plana, es muy difícil que una novela no contenga material parecido. Nadie hubiera dicho que esa noticia era realismo mágico. Y yo siempre he pensado que las personas y los lugares que conozco necesitan un tratamiento que no es forzosamente naturalista. Porque el naturalismo no sirve para esto, al parecer.

Volviendo al asunto de la fe religiosa, si uno vive en un país en que la mayoría de la población cree que los dioses viven o que influyen directamente en la vida de los habitantes, y que los milagros existen, y uno escribe de tal manera que no queda ninguna posibilidad de que ello sea así, uno está juzgando de inmediato la visión del mundo que tienen millones y millones de personas. Uno está diciendo que son patrañas. Y se hace muy difícil construir un personaje con el que uno simpatiza, porque uno ya se está burlando de todo lo que ellos piensan. Así es que hay que dejar espacio para estas posibilidades sólo para tratar de reflejar las realidades internas de muchas personas, y hay que permitirles, entonces, que sus dioses vivan, hay que dejar al menos esa posibilidad y no juzgar, cualesquiera que sean las opiniones del escritor. Esa es una manera de expresarlo.

Otra manera de decirlo es que a veces se puede tomar algo que existe en el mundo real; tomar, por ejemplo, la impresión que tienen muchas personas en este momento, de que la historia está desbocada, que todo se mueve con demasiada velocidad, que la rapidez del cambio es tal que uno apenas logra aferrarse a los faldones de su chaqueta... Creo que es una sensación relativamente generalizada que yo tengo y que muchos otros tienen. A veces se puede tomar esa sensación tan general y comprimirla para formar algo surrealista, un ser cuya vida avanza con más rapidez que la de los que lo rodean; se puede crear una especie de metáfora en la que los lectores reconocerán una representación de lo que ellos piensan de la vida. Ahí hay alguien que de verdad no tiene tiempo, cuya vida transcurre con demasiada velocidad. Si se quiere, es una especie de idea de cuento de hadas, pero es una idea que surge de una impresión auténtica que la gente tiene acerca de lo que son las cosas hoy. En mi opinión, ese es el mejor empleo de estas técnicas, es decir, cuando ofrecen maneras de intensificar la realidad, de condensarla en algo que, por condensado, es más vivo. Y así es como yo he procurado utilizarlas.

Otro atributo del narrador de *El último suspiro del moro* es su mano deforme. Esto comenzó, en primer lugar, porque una vez conocí a un hombre dotado de una belleza física increíble, excepto por una mano que nació deforme, y por este motivo él se creía feo. Una de las cosas que este

libro procura analizar es esta de idea de belleza, su fuerza y debilidad, el poder de la belleza. Y me interesó mucho esta idea de alguien que era en realidad un hombre hermoso y que nunca pudo verse así debido a su mano deforme. Así nació el personaje. Otro de sus orígenes fue cuando yo estaba leyendo acerca de Boabdil y descubrí que Boabdil tuvo un hermano que también tenía una mano deforme. No lo puse en el libro, pero ese fue otro descubrimiento precioso.

Luego pensé otra cosa. Aquí está este niño que nace en el hogar de una mujer que usa sus manos en forma brillante, que es una artista brillante, y de pronto nace este niño con una mano deforme. Es diestro y tiene la mano derecha inutilizada y jamás podrá pretender convertirse en un artista como lo es su madre, y eso llega a ser algo lastimero y una aparente debilidad suya. Pero entonces, como la novela pretende transcurrir en capas, yo quería que él descubriera otra capa de esta mano, que lejos de ser débil poseyera una fuerza considerable, y lejos de ser algo de lo que debíamos condolernos, en un momento importante de la novela se convirtiera en motivo para no condolerse con él. Porque empieza a usar esa mano como martillo para golpear inocentes. Se transforma en un matón a sueldo. Pero así aprende algo acerca de sí mismo. Entonces, se comienza con una imagen de la mano que puede significar una cosa y se termina con otra imagen que significa lo contrario. Por eso pienso que calificar esto de realismo mágico no es sino una manera de no ver lo que está ocurriendo. Simplemente se convierte en una especie de slogan.

—¿Hay muchos escritores en la India hoy que escriben de esta manera?

—Creo que he tenido una mala influencia, debido a *Hijos de la medianoche*, porque esta novela fue importante en la India para mucha gente. Una cosa que me causa orgullo es que muchos de los escritores indios de la generación más joven dicen que el libro les dio permiso para escribir a su manera y no tratar de escribir en inglés clásico, y que les abrió las puertas de la fantasía y el idioma propio de ellos. Mis libros han podido hacer eso y eso me llena de orgullo. Y muchas personas han debido escribir una especie de imitación de la novela *Hijos de medianoche*, como si fuera un rito de paso de escritores. Luego siguen escribiendo libros mucho mejores, muchos de ellos en nada parecidos a mi estilo de escribir.

—¿Qué autores diría usted que tuvieron más influencia sobre su obra, si mira hacia atrás?

—Tendrán que ser autores occidentales, porque, como digo siempre, la novela no es una forma muy antigua en la India. Puede parecer extraño decir Shakespeare, pero uno de los motivos para mencionarlo es que yo creo

que el gran don de Shakespeare para los que escriben en inglés es que nos dice que una obra de arte no tiene que ser sólo una cosa. En *Hamlet*, por ejemplo, la primera escena es un cuento de fantasmas. Un fantasma en escena. La segunda escena de *Hamlet* es política, hay una corte donde suceden intrigas políticas. Luego hay una historia de amor y una escena burlesca, y después hay otra escena de fantasmas. En seguida se trata de la locura y luego del asesinato. Es una obra en que hay nueve o diez obras distintas condensadas en una sola. Una de las cosas que Shakespeare nos dice es que no es preciso escribir sólo comedias o sólo tragedias; se pueden escribir todas a un tiempo si uno puede hallar la manera de hacerlo, y eso está bien. "Tienes permiso para hacerlo así, hijo mío", nos dice.

Y pienso que ésta es una gran libertad que tienen los que escriben en inglés, que los escritores en francés, por ejemplo, no tienen, porque la tradición francesa es mucho más clasicista y, por tanto, mucho más restringida. Por eso lo primero que diría es Shakespeare, porque nos dice que podemos hacerlo todo a la vez, sólo hay que encontrar la manera de hacerlo. Las escenas cómicas de *Hamlet* son muy cómicas, las escenas tristes son muy tristes y las escenas terroríficas son muy terroríficas, y la obra es todo esto a la vez.

Aparte de Shakespeare, me impresionó mucho Cervantes, pero no la primera vez que lo leí, porque la traducción tradicional disponible en inglés durante mucho tiempo, la edición de Penguin, era en verdad muy aburrida. Y por ende el libro se hacía muy aburrido y difícil de terminar. Esto desalentaba a muchas personas ...

Hace unos diez años se republicó una traducción del siglo XVIII, de un novelista inglés que se parecía un poco a Cervantes, era un tipo más bien alocado. Y aunque la traducción no tiene de ningún modo la precisión pedante de la traducción de Penguin, tiene una especie de alocada vida novelística propia que uno siente mucho más próxima al espíritu de Cervantes. Y al leer a Cervantes en esta traducción anterior de pronto comprendí el libro y me dije: "Esto es entretenido, me gusta esto".

Por cierto que *El Quijote* me interesa muchísimo. La gran pareja de Quijote y Sancho... Muchos de mis libros han terminado con personajes gemelos. En parte eso tiene que ver con lo que decíamos antes, eso de provenir de diversos lugares. Pero hay que buscar cómo externalizarlo. Quijote y Sancho son miembros muy tempranos de lo que se ha convertido en una historia de parejas famosas, hasta Laurel y Hardy. Es una forma maravillosa de articular cualquier cosa. Se necesitan dos personas, dos personas que no se parezcan, para crear interés.

Y otra cosa espléndida que tienen es que están, por así decirlo, enamorados, pero como los dos son del mismo sexo y no se trata de una

novela sobre la homosexualidad, esa dimensión de sus relaciones queda fuera. Se puede tener una historia de amor en que nunca se habla de amor, y el objeto de ese amor externalizado es completamente absurdo. ¿Quién es Dulcinea? No es nada, es sólo una nube en su cabeza. Me encantó la idea de esa intimidad entre las dos figuras. Es en realidad una historia de amor, sin que jamás se mencione esa palabra. Eso me resultó muy interesante. También me gustó, aunque la gente no siempre lo dice, el hecho de que es una novela sobre la locura, es una novela sobre la enajenación y cómo funciona. Estuvo muy influida por Erasmo.

Por eso, al final de *El último suspiro del moro*, hay varios pequeños homenajes. Para comenzar, el hecho de que el pueblo se llame Benengeli. Ningún crítico que no fuera de lengua española entendió por qué el pueblo se llama Benengeli. Eso demuestra cuánta gente hay que no ha leído *El Quijote*. Para los que sí lo han leído, la alusión es evidente. Pero incluso en aquella curiosa parte de la novela, cuando el moro llega a España, hay muchas cosas raras con que se topa, pueblos extraños que atraviesa. Uno de ellos se llama Erasmo. En ese momento, la novela también trata de la locura, también se refiere a aquella frase famosa de “buscar el pájaro de este año en el nido del año pasado”.

El motivo que tuve para escribir esa parte es que si uno viene de la India uno conoce bien la manera en que los escritores occidentales han tratado un viaje al Oriente, como un viaje a un mundo desconocido y misterioso, en el que no se entienden las reglas y todo es muy exótico. Pensé que sería interesante invertir esa situación. Ofrecer un mundo en que el Oriente es lo conocido y familiar y profundamente comprendido. Y en cuanto uno se sube al avión y parte a Occidente, el mundo se rompe y el universo se desintegra. ¿Quién es esta mujer que va en el avión? ¿Qué hace? ¿Por qué este funcionario aduanero hace estas preguntas? ¿Quién es este chofer de taxi que habla como si estuviera en una película tipo B de Hollywood? ¿Qué sucede en este club de tenis donde se oye el ruido de las pelotas pero no se ven los jugadores? ¿Qué está pasando?

Esa impresión que surge en parte del “jetlag” y en parte de la desorientación, esa impresión de llegar a un mundo donde uno no conoce las reglas y luego descubre que las reglas son, de hecho, letales; porque cuando uno comienza a averiguar cómo son las reglas, casi le cuesta a uno la vida.

Así que le dije a la gente en España, que por cierto se interesan por ese tipo de españoles que menciono en mi novela, que hay que comprender que son el producto de una fantasía. Algo se debe a observaciones reales. Por ejemplo, uno de los aspectos de Benengeli es que es un pueblo de expatriados, con una calle llena de parásitos, y eso se basa, en parte, en el

hecho de que conozco algunos pueblos de Andalucía que son así. Pero más que nada, les dije, la España de esta novela es un lugar de locura y de fantasmas, por eso ustedes quizás no la reconozcan como el país en que viven. Es que se trata de la parte más surrealista de la novela. Sólo que es insólito, me parece, para los lectores occidentales, leer un libro en que Occidente es lo desconocido, lo misterioso, lo aterrador, lo que está plagado de fantasmas. La gente se pregunta: “¿Por qué hace esto?” En cambio, cuando se da este tratamiento al Oriente, les parece completamente natural. Quería mostrarles lo que se siente.

—Acercándonos más a nuestro tiempo, ¿diría usted que Borges y Nabokov tuvieron importancia en su obra?

—Sí, por cierto. Borges y Nabokov y, en algún sentido, también Joseph Conrad. Borges me liberó el intelecto, pero Borges es un escritor de la mente en tal medida que constantemente nos da nuevas maneras de pensar que son muy emocionantes. Y estas maneras de pensar tal vez no se parezcan en nada a la manera como él piensa. Leer una página o algunas páginas tan ardientes de inteligencia hacen que la mente salga propelida en toda clase de direcciones inesperadas, que tal vez no sean borgeanas, pero que no se hubieran presentado de no haber uno leído los libros de Borges. De todos los escritores latinoamericanos, para mí Borges fue el de mayor influencia.

Después leí casi a todos los demás y creo, por ejemplo, que en esta novela hay alguna influencia de Juan Rulfo. En la forma en que se construye este pueblo hay un pequeño eco de Rulfo. Lo había leído hace muchos años y luego de nuevo, ahora último, porque se publicó...

—¿Ha leído sus cuentos?

—No, solamente *Pedro Páramo*. Originalmente se publicó *Pedro Páramo* en una traducción muy mala y durante mucho tiempo no se entendía nada. En los últimos años apareció una traducción muy buena y es como descubrir recién el libro. Tal es el poder de una mala traducción: hace que un libro desaparezca. *Pedro Páramo* también tiene una especie de pueblo del miedo y pensé que valía la pena tenerlo presente al escribir.

Pero como dije a propósito de García Márquez, me gusta muchísimo como escribe. Creo que es un gran escritor. Muchas veces me han catalogado en el mismo estilo, pero no me siento parecido a él. Creo que uno de los motivos es lo que dijimos antes. Siempre me vi a mí mismo como muy metropolitano, una especie de escritor de gran ciudad. En Macondo, si una joven es demasiado buena para este mundo y sube al cielo, es cosa completamente normal y todo el mundo dice: “Sí, claro, siempre pensamos que algo así le iba a suceder”. Pero cuando el tren llega a Macondo, todos se

espantan, porque el tren es algo mucho más surrealista que ascender al cielo. Lo interesante que tiene García Márquez es que privilegia la visión pueblerina del mundo por encima de la visión que tiene la época urbana tecnologizada en que, de hecho, vive. Eso me parece muy importante para crear el sabor particular de su obra, que es extraordinario.

Para mí las cosas son al revés. Los trenes son algo normal, pero que una joven suba volando al cielo no es normal. Todo lo que he hecho ha brotado de una suerte de sensibilidad metropolitana. Yo me sentiría más próximo a los escritores de Nueva York, aunque, en lo técnico, lo que ellos escriban no se parezca en nada a lo mío.

—*Está pensando en alguien como quién, por ejemplo.*

—Incluso en alguien como Bellow, un escritor de Chicago, pero también escritor de gran ciudad, o en algunas partes de Norman Mailer. En cierto sentido, en todos los norteamericanos hasta Paul Auster, cualquiera que tome la ciudad como tema, el que ha sido mi tema.

—*El otro día leí en El Mercurio un prólogo que escribió García Márquez para un libro de fotografías de Aracataca, el pueblo que se supone sirvió de base para Macondo. En él escribe que estando en Roma, durante un verano muy caluroso, pasó cerca de una librería y en el escaparate vio un libro de fotografías, abierto. La foto mostraba un viejo palacio en medio de la selva, un palacio abandonado, con plantas y árboles que crecían en su interior. Esa imagen le resultó decisiva cuando escribió El otoño del patriarca. Y esa era la foto de un palacio indio.*

—Qué interesante. Nunca he conocido a García Márquez, me gustaría conversar de esto con él. Porque pienso que la gente que conoce la India y que ha leído a García Márquez reconoce muchas cosas. Y en este sentido, el hecho de que escriba acerca de villorrios calza muy bien. Por ejemplo, esa primera escena famosa en el palacio del dictador, cuando el pueblo se abre paso rompiendo las persianas y se encuentra con toda esta decadencia... bueno, la India está llena de palacios destruidos, llena. Y de inmediato ese es el cuadro que uno se forma, aunque no haya viajado nunca a Sudamérica. Para las personas de Europa y América del Norte que leen libros relativos a estos mundos tan diferentes, surge el problema de cuánto hay que explicar. Muchas veces me critican los periodistas, los críticos. "Todo esto está muy bien", dicen, "pero si los lectores no han estado en la India, no conocen esto, ¿no se van a perder una gran parte?" Y yo digo: "Sí, eso es verdad siempre. Yo no he estado nunca en Rusia, pero eso no me impide leer a Dostoievsky ni a Gogol". Hasta ayer nunca había puesto pie en América del Sur, pero siempre pude leer a estos escritores y penetrar en su mundo. Esto se debe al talento que tienen. Es muy posible que alguien que

sí sea de estos países y lea estos libros vea aquí cosas que yo no vería, pero ya estoy recibiendo suficiente, y muchas gracias. Es lo que pienso. Del mismo modo, quien lea *Hijos de la medianoche* o *El último suspiro del moro*, y que conozca bien la India, puede percibir algunos matices que otros no percibirían. Pero qué más da. El libro tiene que pararse sobre sus propios pies y crear un mundo en que el lector pueda entrar.

—En *El último suspiro del moro* hay un momento maravilloso en que Moraes se pone a cocinar para Fielding, el terrible y tiránico mafioso nacionalista, y se fija en las cosas gratas que tiene, y dice que todo sería muy fácil si estas personas fueran todas como King Kong, o algo así, monstruos no más... Si fueran monstruos todos estaríamos absueltos. Pero al contrario, todos tenemos adentro un monstruo...

El hecho es que todos estamos envueltos en las actividades de estos tipos. Si uno dice que Adolf Hitler era un monstruo es, en cierto modo, una manera de soslayar el hecho de pertenecer a la misma especie que Adolf Hitler, cuando, en realidad, Adolf Hitler no era un monstruo. Era un ser humano...

[Nos sobresalta un telefonazo inesperado. En verdad, no nos habíamos dado cuenta de que había un teléfono en la sala y tardamos algunos instantes en ubicarlo. Uno de nosotros cogió el fono].

—Esto fue lo que más me impresionó respecto de las atrocidades ocurridas en la India y no sólo en la India. Era tan fácil disculparlas diciendo que, bueno, que se trataba de verdaderos monstruos...

[La conversación telefónica continúa con intermitencias. ¿Qué sucede, qué se trama más allá de las murallas del parque?]

—Es más difícil pensar que son seres humanos y que pueden hacer esas cosas. Uno tiene que participar en el crimen y así se comienza a entenderlo.

—Al leer sus novelas, la impresión central que recibo es que la vida es un laberinto arbitrario.

[La voz al otro lado del teléfono es la del Canciller.]

Y esa es una imagen fuerte. Pero, por otro lado, una de las críticas que se pueden aplicar a la escuela de literatura fantástica es: ¿Hasta dónde se llega? ¿Cómo se le dice que no a la fantasía? ¿Cómo evitar el reino de lo meramente arbitrario?

—Sí, tiene razón, ese es el peligro más grande. El mayor peligro de dejar suelta la imaginación es que uno puede caer en una especie de extravagancia, en que todo puede suceder y por tanto nada tiene importancia. Lo que me ha protegido contra eso ha sido, en primer lugar, una suerte de sentido histórico, un sentido más histórico que político, de que estos mun-

dos existen dentro de la historia y no fuera de ella y que, por tanto, están sujetos a las leyes de la historia.

—*Usted estudió historia en Cambridge, ¿no es así?*

—Sí, así es. El tener un sentido de la historia pone frenos a la imaginación. Debo decir que no me interesa la fantasía por sus propios méritos. Si creo imágenes, metáforas, las raíces tienen que ser reales. En mis novelas, las raíces son lo real. La buena fantasía tiene un propósito. Veamos cualquiera de los cuentos de las *Mil y una noches*... no habrá en él nada dejado al azar...

¿Y qué decía el Canciller? Nos adelanta que el Ministerio del Interior ha autorizado la reunión del CEP para mañana. Es una buena noticia. Si es que podemos convocar a la gente. Son más de las cinco de la tarde y es viernes. Por supuesto, no hay tiempo para avisar a nadie. Por fortuna, no es necesario, ya que nunca dimos por cancelado el acto y por teléfono se informó a quienes llamaban al CEP que Rushdie estaría ahí a la hora prevista. Y efectivamente, a la mañana siguiente apareció rodeado de un operativo policial impresionante.

Durante la primera hora, Rushdie conversó con David Gallagher y luego, durante la segunda hora, respondió preguntas de los asistentes. Había escritores e intelectuales —Raúl Zurita, Ana María Larraín, Oscar Godoy, Antonio Skármeta, Cecilia Valdés, Carlos Cerda, Adriana Valdés, Oscar Bustamante, Carlos Iturra, Julio Retamal, Jaime Valdivieso, entre otros— empresarios y estudiantes. La sala estaba llena y el público se reía a cada rato con el humor del novelista de origen indio. Se habló de literatura, de la relación entre libertad religiosa y libertad de opinión, del fundamentalismo islámico... Después firmó libros. En definitiva, a última hora, y a falta de otro sitio que no fuera un recinto policial, la conferencia de prensa organizada por el Ministerio del Interior se improvisará en el local del CEP, después de la reunión con intelectuales. Pero los reporteros acreditados serán escrupulosamente revisados y darán vueltas en un bus de Carabineros durante una hora para despistar a los terroristas antes de llegar al sitio de la entrevista. Allí estaban apostados los canales de televisión, las radios y diarios, esperando la salida de Rushdie. ¿Era necesario todo esto? ¿Qué sentido tuvo? Hasta ahora no conocemos los antecedentes que motivaron por parte del gobierno la cancelación del programa original y el manejo posterior de una agenda intervenida.

Pero entretanto, en las casas de Concha y Toro, el Coronel a cargo de la situación nos comunica que nuestro tiempo se terminó hace rato. Es cierto.

Acompañamos a Rushdie hasta el auto. Todos los vehículos tienen los motores en marcha. Nos sonrío haciendo señas por la ventana. Y en un abrir y cerrar de ojos ha desaparecido con la caravana como un efitit, como un genio de Las mil y una noches. En ese momento, comprobamos que no tenemos cómo volvernos. Arturo Infante regresó a Santiago antes del café. Alguien de la casa parte a pedir un taxi por teléfono. Salimos al corredor. El estanque sigue pálido y silencioso. ¿Y si el autobomba explotara justo ahora? Un auto oscuro frena delante de las escaleras. Se abren al mismo tiempo las puertas de ambos lados. Es un coleóptero extendiendo las caparazones que esconden las alas. Don Eduardo Guilisastí sube a prisa las gradas acompañado de dos jóvenes que, nos enteraremos un momento después, son banqueros norteamericanos. Nos saluda con su modo acogedor de chileno viejo, aunque algo sorprendido de encontrarnos en su casa. Porque el almuerzo ha debido terminar qué rato. Sería imperdonable entonces no celebrar su vino. Manda saludos y se pierde en la oscuridad de los salones del caserón. □

ENCUENTRO CON SALMAN RUSHDIE*

David Gallagher

El 18 de noviembre de 1995, en del marco de su breve paso por Chile, Salman Rushdie visitó el Centro de Estudios Públicos con el objetivo de sostener un encuentro con escritores e intelectuales chilenos. El acto, que se inició con la bienvenida y presentación de Arturo Fontaine T., director del CEP, se desarrolló en forma de coloquio entre el novelista y el crítico David Gallagher. Posteriormente hubo preguntas del público. Todo ello (reproducido aquí en versión traducida) adquiere particular relevancia al considerar que fue el único encuentro del escritor con sus colegas chilenos.

ARTURO FONTAINE T.: “*A Aurora da Gama, a la edad de trece años, le dio por vagar descalza por la casa grande y olorosa de sus abuelos*”, durante noches húmedas, y entonces abría las ventanas de par en par. Debido a *Aurora*, la magnética madre del narrador de la última novela de Salman Rushdie, “*las moscas zumbaban a través de las abiertas ventanas de rejilla, y las mal educadas ráfagas a través de las separadas hojas de vidrio emplomado, la abertura de los postigos dejaba entrar todo lo demás: el polvo y el tumulto de los barcos del puerto de Cochin, las sirenas de los cargueros y los resoplidos de los remolcadores, los chistes de los*

DAVID GALLAGHER. Ensayista y crítico literario. Colaborador de *The Wall Street Journal*, de *TLS* y columnista del diario *El Mercurio* de Santiago. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos y del Comité Editorial de la revista *Estudios Públicos*.

* Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

pescadores y la vibración de sus agujijones para las medusas, la luz del sol afilada como un cuchillo, un calor que podía ahogarte como un trapo húmedo que te envolviera apretadamente la cabeza, los gritos de los flotantes vendedores, las bocanadas de tristeza de los judíos solteros a través de las aguas en Mattancherri, las amenazas de los contrabandistas de esmeraldas, las maquinaciones de los rivales comerciales, el creciente nerviosismo de la colonia británica de Cochín, las exigencias de dinero contante del personal administrativo y de los trabajadores de las plantaciones de las Montañas, los relatos de los alborotos comunistas y políticas de los wallahs del Congreso, los nombres de Gandhi y de Nehru, los rumores de hambrunas en el este y de huelgas de hambres en el norte, las canciones y tamborileos de los narradores callejeros y el sonido pesadamente retumbante (al romper contra el desvenecado embarcadero de la isla de Cabral) de las crecientes mareas de la Historia”.

Así son las novelas de Salman Rushdie. Así son, un poco como este párrafo, un poco como estas ventanas que dejan entrar la Historia. Todo pasa por ellas o podría empezar a pasar por ellas en cualquier momento. Desde luego, las vicisitudes de esta historiada venida a Chile parecen ser un episodio de El último suspiro del moro, su último libro, que Rushdie está presentado en estos días.

Sus novelas son gordas y multifacéticas, fabulosas y divertidas, inteligentes, satíricas y a la vez con momentos de rara ternura. No se parecen a nada y de repente siento que se parecen a tantas cosas. Su mundo es extraño y al mismo tiempo entrañablemente familiar. Rushdie se ha dado maña para crear un estilo peculiar suyo, a través del cual ha podido dar una imagen de lo incommensurable: la India de hoy y su historia. Una India que a través de sus páginas uno imagina allá lejos y termina encontrando en uno mismo.

En esta sala hemos tenido el honor de recibir a grandes escritores como Mario Vargas Llosa, José Donoso, Raúl Zurita, Héctor Aguilar Camín, Antonio Skármeta y otros, varios de los cuales están aquí hoy. También hemos tenido la oportunidad de conversar en este lugar con grandes pensadores de la libertad. Pero ahora tenemos a un hombre que por el ejercicio de su libertad creativa, que a causa de una novela, ha sido sentenciado y perseguido por sectores fundamentalistas islámicos. Con su vida, Salman Rushdie nos ha mostrado qué poder liberador y corrosivo de prejuicios y dogmas puede tener la ficción cuando hay en ella verdadera calidad literaria.

Salman Rushdie es un héroe de la libertad, cuyo campo de batalla, como para Don Quijote, empezó entre las páginas con olor a tinta y ha terminado en la vida real. Sólo que sus enemigos no salen únicamente de su

mente, sino que de las páginas de otro libro, un libro sagrado, y en verdad buscan su cabeza porque le temen. Por eso ha vivido, por años ya, día a día, en situación de riesgo.

Salman, gracias por estar hoy con nosotros.

DAVID GALLAGHER: *Salman, para complementar las observaciones de Arturo: conozco pocos escritores activos hoy que sean más literarios que usted, que defiende con energía la "ficticidad" de la ficción. Y sin embargo, al mismo tiempo, paradójicamente, no hay textos actuales que penetren tanto en la realidad como su novela, al punto de que, en cierto modo, los que la leemos hemos estado viviendo este último par de días como si fuésemos parte de ella. Por un lado, usted habla de la inmensa autonomía que tienen los personajes de su obra, y cómo en ella el personaje adquiere vida y vuelo propios. Y no obstante, de alguna manera, usted mismo parece que fuera un personaje de su propia ficción. ¿Cómo se siente esta clase de dualidad de ser a un tiempo creador y creado, autocreado?*

SALMAN RUSHDIE: A veces creo que es como una venganza de mis personajes de ficción contra mí, su autor. Cualquier personaje mío de ficción podrá decirle que estar en uno de mis libros es un destino bastante duro. En general, son muy maltratados. Muy pocos salen con vida. Tienden a estallar y se les caen los edificios encima, les afligen enfermedades terribles, se les acercan desconocidos a tajarles la cara. En fin, es duro ser personaje de ficción en estos tiempos. Así que supongo que llegó la hora de la venganza. Me acuerdo de cuando se publicó mi novela *Hijos de la medianoche*, que trata de un muchacho que tenía la nariz muy grande y algo acatarrada: cada vez que yo iba a hacer una lectura del libro en público, me resfriaba. Siempre pensé que, con eso, él se vengaba de mí.

Uno de los motivos para escribir de este modo es que siempre me pareció que el mundo en realidad es así; y resulta espantoso descubrir que uno tiene razón. El mundo es así: el mundo ya no es un lugar tranquilo, ya no es el que conoció Jane Austen, que podía describir la vida humana como una serie de fiestas y casamientos; está muy lejos de eso, lamentablemente, y los acontecimientos recientes parece que así lo demuestran.

DAVID GALLAGHER: *Su obra toca ampliamente el debate de la sociedad moderna respecto de los límites del pluralismo, como también lo apetecible del pluralismo, por un lado, y la pérdida, la nostalgia que conlleva el pluralismo, por otro lado. Hay quienes sienten que el pluralismo tiene límites, y se debate el respeto por las creencias de otros, así como los límites que debe tener ese respeto. ¿Podría hablarnos un poco de esto que constituye el centro de la controversia?*

SALMAN RUSHDIE: Sí, sí, despejemos eso, por decirlo así. Me parece que es un hecho significativo que la Primera Enmienda de la Constitución estadounidense resguarde no sólo la libertad de expresión, sino también la libertad de expresión religiosa. De hecho, la Primera Enmienda se refiere a la libertad de expresión religiosa, y la libertad de expresión se mete a hurtadillas, montada sobre su lomo. Estas dos cosas, pues, están vinculadas estrechamente en las mentes de las personas que se interesan por la cuestión de la libertad de expresión, y por cierto que es importante resguardar la libertad de expresión religiosa de la gente, sea la que fuese. Pero eso no es lo mismo que instalar una especie de cerco de alambre de púas en torno a sus ideas y declarar que dichas ideas no se pueden analizar ni criticar. Con esto quiero decir, supongo, que hay que proteger el derecho de la gente a creer o no creer, y a expresar esto como le plazca, pero sin que eso genere un ambiente de rechazo a la indagación. Es decir, en tanto ideas o conjuntos de ideas, las religiosas no difieren de ningún otro conjunto de ideas y están sujetas a las mismas reglas.

Introducir el concepto de la ofensa, en el discurso intelectual, vea usted, es muy extraño, porque si la regla es que uno no debe ofender, entonces simplemente no puede hablar. Todas las cosas ofenden a alguien. Muchas de las cosas que dicen las personas religiosas me ofenden a mí. Pero no se trata de eso. Si fuese por motivos de ofensa, ciertamente habría que prohibir la mayor parte de las grandes obras maestras del siglo XX. Se sostuvo que *Ulysses*, de James Joyce, ofendía a la Iglesia Católica; en su época se la tuvo por muy pornográfica. *Lolita*, de Nabokov, se consideró que era un libro sobre la vejación de menores y muy sucio.

Menciono estos libros no porque me ponga yo en la misma categoría, sino porque una de las cosas que más me afligieron cuando comenzó la controversia en torno a *Los versos satánicos*, fue que al parecer nadie había leído el libro. Y yo había pensado por un tiempo, ingenuamente, que el libro se defendería solo. Todo lo que la gente decía del texto y de su autor podía ser contestado por el propio texto. Pero esa era la única técnica que nadie usaba —lo que me resultaba muy frustrante.

Pasado un tiempo, comencé a darme cuenta de que no estaba solo; me parecía claro que en los grandes casos de censura literaria de nuestro tiempo, diría que en todos ellos, los adversarios de esas obras no las habían leído. En el célebre juicio sobre *Lady Chatterley*, el juez, en sus instrucciones al jurado, dijo que cada uno de sus miembros debía preguntarse no sólo si le gustaría leer semejante libro, sino si le gustaría que lo leyera su esposa, si le gustaría que lo leyeran sus hijos y si le gustaría que lo leyeran sus sirvientes; y el jurado salió y, con cierta rapidez, dijo que sí.

Está claro que la gente no había leído *Ulysses* cuando se tildó al libro de antinacional. Está claro que quienes atacaron a *Lolita* no conocían el texto de *Lolita*: es un libro muy extraño, muy intelectual, muy elaborado. Y yo pensé que, por último, para quemar un libro, para tratar de asesinar a un autor, es preciso no haber leído sus obras. Es casi un requisito previo. Si uno comete el error de leer una novela literaria de 550 páginas, hay que aceptar que se trata de una pieza de comunicación bastante compleja y que no se la puede reducir a una frase de aquellas que la gente repite cuando dice "es un insulto". Yo no hubiera ocupado 550 páginas y cinco años de mi vida para insultar a alguien. Podría haberlo hecho en mucho menos tiempo. El propósito no era ése. Acepto que pueda ser un efecto, porque alguien puede darse por insultado cuando nadie ha proferido un insulto...

Hablando en serio, creo que hubo personas que leyeron *Los versos satánicos* y no les gustó y se indignaron mucho. Supongo que se podría describir ese problema de la manera siguiente: en *Los versos satánicos* hay una discusión en torno a la naturaleza de las historias y textos sagrados y, desde luego, si uno cree que esos textos e historias están por sobre toda discusión, entonces no agrada el hecho de que alguien los ponga en duda; eso es inevitable. Me interesó mucho el fenómeno de la revelación y cómo se produce, pero mi visión de ese fenómeno quizás no sea la de una persona que tiene una religión oficial, de manera que ahí se produce un fuerte desacuerdo.

La historia de cómo se reveló el Corán por primera vez al profeta Mahoma nos dice que él se encontraba en la cima de una montaña, en las afueras de La Meca, cuando vio al arcángel Gabriel de pie sobre el horizonte, tan inmenso que llenaba todo el cielo, y que le ordenó recitar, diciéndole entonces las que se llaman las increadas palabras de Dios. Si a mí me preguntan, y yo me lo pregunté entonces, que si de haber estado junto al profeta Mahoma en ese momento, habría visto también al arcángel Gabriel, me veo obligado a responder que no. Al mismo tiempo, está claro también que el profeta no lo inventó, es decir, que no se trata simplemente de una ficción. Y pensé que esa paradoja, la de que él vio algo que yo no hubiera visto, pero que él sí vio sinceramente, es algo que merece explorarse y resolverse, y como mi método de explorar y resolver estas cosas es el de contar historias, trato de crear un personaje que me merece fe, en cuya cabeza me puedo meter para tratar de demostrar cómo eso pudo haber sido cierto para él. Así comencé a hacerlo. Está claro que si uno piensa que estas cosas están por encima de toda duda y que simplemente había un arcángel sobre el horizonte que llenaba todo el cielo y recitaba las palabras no creadas de Dios, entonces a uno no le gusta que alguien diga que puede haber otra manera de verlo. Pero es efectivo que puede haber otra manera de verlo, y esa es, me parece, la base de la disensión.

Tiene que ver con lo que uno podría llamar la disputa por el idioma: quién narra estas historias, quién tiene poder sobre estas historias y en qué lenguaje se pueden contar. Es decir, ¿se pueden contar solamente en lenguaje sagrado y reverente, tal como en los libros sagrados, o se pueden contar en el lenguaje irreverente, blasfemo, si se quiere, de la novela? La novela no es una forma reverente. Nadie, a mi modo de ver, puede escribir una buena novela que sea reverente. La propia forma exige que uno adopte una actitud diferente respecto del material. Como dice uno de los personajes de la novela cuando está preocupado por la venganza del profeta contra él: “Es la palabra de él contra la mía.” Y yo creo que, en su nivel más profundo, ésta ha sido una pelea por el lenguaje.

DAVID GALLAGHER: *Salman, háblenos de su trabajo y de su vida de antes de Los versos satánicos, cuando usted era sólo uno de los dos, o tres mejores novelistas, me parece, que escribían en Inglaterra. Cuéntenos de esta naturaleza bicultural suya: criado en Bombay, colegio en Inglaterra; explíquenos qué le ha significado esto, que se percibe con mucha fuerza en sus novelas.*

SALMAN RUSHDIE: Bueno, la mezcla de culturas, debo decir, existía ya cuando vine a Inglaterra, porque yo crecí en Bombay en los años cincuenta, inmediatamente después de la independencia de la India, y en ese tiempo, por cierto, la influencia británica se hacía sentir con fuerza, porque estas cosas no se terminan de súbito el día de la independencia; y junto con casi todos los demás de las clases medias indias, a mí me mandaron a un colegio en que el medio de instrucción era el inglés. En la India casi toda la burguesía, por decirlo así, manda a sus hijos a las que son, fundamentalmente, escuelas fundadas por misioneros, que se crearon durante el Imperio y que son las mejores escuelas del país. Las escuelas estatales son de un nivel educacional muy inferior y no llegan, en realidad, más allá de enseñar a leer y escribir, y de instruir en aritmética básica. Así, pues, desde el comienzo de mi educación, el idioma de instrucción fue el inglés, y desde ese momento me convertí en una entidad bicultural, porque se hablaba un idioma en casa y otro en el colegio.

También es corriente en la India que casi todas las personas hablen varios idiomas y que estos se mezclen unos con otros, de manera que una frase puede comenzar en una lengua, seguir en otra y terminar en una tercera, sin que uno tome siquiera conciencia de ello. Sencillamente, si la frase más apropiada se presenta en un idioma determinado, uno usa ese idioma. Esto ocurre con más frecuencia, por cierto, en las grandes regiones metropolitanas, en ciudades donde se reúne gente que habla lenguas diferentes.

Uno de mis problemas, como escritor, era que si yo quería reproducir la manera en que mis personajes hablarían de verdad, podía resultar más o menos incomprensible, porque el lector tendría que hablar todos esos idiomas. Y tuve que tratar de inventar una clase de inglés que tuviera el sonido de esa conglomeración de idiomas sin ser esa conglomeración. Ésa me pareció que era la única forma de anotar esa suerte de música compuesta que yo tenía en la cabeza desde mucho antes de viajar a Inglaterra y de la que el inglés ya formaba parte.

Bombay es una ciudad extraña, una ciudad cuya historia se convierte rápidamente en metáfora. Antes de que los ingleses fueran a la India, Bombay no existía, no había ciudad en ese lugar. Había una hermosa rada natural y algunas aldeas de pescadores; eso era todo. De hecho, los portugueses fueron los primeros en conquistar la zona, y la forma en que los ingleses la obtuvieron es más bien curiosa. Los portugueses consiguieron arreglar un matrimonio entre la princesa Catalina de Braganza, de Portugal, y Carlos II de Inglaterra. Lo lamentable fue que la princesa Catalina era muy fea y hubo que ofrecer estímulos bastante generosos. Y los ingleses habían identificado la rada de Bombay como un lugar que podría ser muy útil en calidad de base para su flota; así, negociaron para que Bombay les fuese entregada como parte de las capitulaciones matrimoniales, de la dote.

Comenzó, entonces, como una especie de regalo de bodas. A la sazón la rada contenía un grupo de islas y había roturas en el muro de la rada, de modo que, básicamente, los ingleses construyeron buena parte de la ciudad donde antes había sólo mar. Se trata de una ciudad edificada sobre relleno y la construyeron los ingleses, no los indios. En ese sentido, es un legado colonial muy fuera de lo común.

Hoy, por cierto, como lo digo en la novela, es la más india entre las ciudades indias. El motivo de ello es geográfico y no tiene que ver con el puerto. En términos sencillos, todo lo que queda al norte de Bombay es India del norte; todo lo que queda al sur de Bombay, es India del sur; todo lo que hay al este de Bombay es el oriente, y lo que queda al oeste de Bombay es el occidente. La ciudad se encuentra en esta encrucijada extraordinaria entre todas las distintas clases de India y también entre la India y Occidente. Por esto, a mi manera de ver, es una de las ciudades más extraordinarias que he visto en mi vida, y es una ciudad revuelta y políglota como ninguna otra ciudad india. Porque Calcuta, por ejemplo, es una gran ciudad, es en gran parte homogénea en lo cultural y sus habitantes son en su mayoría bengalíes; Madrás se compone principalmente de tamiles, en el sur; Delhi tiene en general gente de India del norte; Bombay tiene a todo el mundo, porque como es la gran ciudad industrial y el gran puerto, atrae a la gente de todo el país.

Este tipo de elemento cosmopolita, este elemento políglota, me rodeó, pues, desde el momento en que nací. No es tanto una cuestión de que nací en Oriente y después fui a Occidente, y tuve que hallar una especie de síntesis entre las dos culturas. Más bien se trata de que esas cosas ya estaban presentes en el lugar donde me crié. Luego, por cierto, encontré al Oriente muy presente en Occidente cuando llegué allá, porque, como es natural, yo no soy el único descendiente de indios que se instaló en Inglaterra, y ahora esa comunidad, esa diáspora de indios en todo el mundo se ha convertido para mí en uno de los temas más fascinantes.

Las personas de la India que llegan a Inglaterra se instalan en comunidades indias y se sienten muy confundidas: la gente se viste de manera incorrecta, se comportan de modo extraño, y a los indios de la India no les parecen en absoluto indios. Sin embargo, ellos insisten en ser indios. Cuando voy a la India, esto es algo que tengo que repetir muchas veces: que los indios de la India tienen que aceptar ahora que la forma de ser indio se ha diversificado mucho, que ellos, en la India, tienen que aceptar que éstas son maneras auténticas, por decirlo así, de ser indios, aun cuando se produzcan en Bradford o en los Estados Unidos, o dondequiera que sea.

Lo que quiero decir es que esto de escribir acerca de una fusión entre Oriente y Occidente nunca ha sido una cosa construida de modo artificial. Es simplemente algo de lo que nunca he logrado escapar.

DAVID GALLAGHER: *En El último suspiro del moro usted comenta que es muy fácil, incluso en la propia India, ser un indio del tipo equivocado...*

SALMAN RUSHDIE: Sí, a la gente la matan por eso. Quiero decir que a la gente la matan por ser sólo un poco de la clase "equivocada". Uno de los aspectos más extraordinarios de los disturbios de la partición, en las grandes masacres entre indios y musulmanes que ocurrieron en ese tiempo, es que a los hombres se les pedía que se bajasen los pantalones para ver si estaban circuncidados o no, porque los musulmanes lo están..., así que si a uno lo interrogaba una persona del bando contrario y si uno tenía un pene de clase "equivocada", entonces estaba perdido. A la gente la mataban por eso, lo cual sería cómico si no fuese horrible. Pero en la India estas pequeñas variaciones han sido letales.

Hay también, me parece, una idea muy curiosa que está ganando fuerza en la India, y que es una de las ideas contra las cuales se escribió este libro, en cierta medida: la de que sólo la experiencia de la mayoría hindú es, de algún modo, la experiencia india auténtica. Y que a todos los demás se les da permiso para estar allá. Es cierto que la mayoría hindú representa el 85% de la población, pero el 15% de 900 millones de personas es una enorme cantidad de gente, y declarar que su experiencia es falsa, que no es auténtica, es algo muy peligroso.

Pensé entonces que lo que haría en este libro sería invertir esta proposición y tomar dos de las comunidades más diminutas de la India: la pequeñísima comunidad india judía y la comunidad católica, algo más grande, ambas del sur de la India, y luego crear una minoría aún más diminuta por medio de un casamiento entre ellas, lo que en la realidad casi nunca ocurre. Así tenemos una familia cristiano-judía, lo que constituye casi una minoría de uno. Y pensé que, habiendo establecido esta comunidad ínfima y al parecer muy marginal, lo que haría sería trasladarla al centro del cuadro en lugar del margen, y demostrar que, de hecho, con mucha facilidad se podría hacer crecer al país entero a partir de esa base, y que la experiencia de una familia semejante y de gente semejante sería tan india, tan interesante y tan incrustada en ese país como la experiencia de cualquier otra persona. Fue una manera de revertir la idea a la que recién aludí.

Y a este mundo me atrajo otro motivo, que tiene que ver con el comercio de especias. Recuerdo haberme encontrado en el sur de la India, en Cochín, de pie junto a la tumba de Vasco da Gama, más bien dicho, la tumba vacía de Vasco da Gama, porque aunque ahí murió, sólo permaneció en ella durante catorce años y luego se lo llevaron a Lisboa y lo pusieron en una tumba distinta, mucho más grandiosa. La oficina de turismo india, toda su literatura, reza: "Si va a Cochín, tiene que visitar la tumba de Vasco da Gama", pero no dice que él no esté ahí. De todos modos, de pie junto a la tumba de Vasco da Gama, que había logrado salir del país, aunque muerto, me vino a la mente que, después de todo, él representaba el primer contacto entre Europa y la India, y que el motivo de la conexión cultural fue al comienzo las especias, pero especialmente la pimienta. Pensé que si no hubiera sido por esa cosa tan diminuta, ese grano de pimienta, quizás no hubiese habido nunca este tipo de conexión histórica en la forma en que se desarrolló. Así, podríamos decir que toda la historia de la relación entre Occidente y la India surgió de un grano de pimienta... Me pareció que también sería interesante desarrollar una novela con este tema. Muy al comienzo de ella el narrador dice: "Para comenzar, pásenme la pimienta". Se podía comenzar con eso. Porque es una verdad histórica que las comunidades cristianas y judías del sur de la India fueron activísimas en el comercio de especias, y eso me dio un motivo más para iniciar la obra con ese asunto. Ésta es, pues, sí, una novela que nació de un grano de pimienta.

DAVID GALLAGHER: *Mirando de Oriente a Poniente, cuando tiene puestos sus lentes de Bombay, como quien dice, ¿cómo se ve Inglaterra? En Los versos Satánicos hay unas escenas muy plausibles, me parece a mí, en las que la policía de inmigración no queda muy bien parada, y en El último suspiro del moro hay, sin ser Inglaterra, ese final maravilloso en que*

Moraes llega a España y arriba a Benengeli, que los lectores de Cervantes reconocerán como una ciudad especial. Pero él lo encuentra todo tan extraño, no entiende cómo funcionan las cosas...

SALMAN RUSHDIE: Pensé que hay un lugar común en las novelas que los escritores occidentales escriben acerca del Oriente; luego van al Oriente y lo encuentran muy raro y sumamente exótico, y no saben cómo funcionan las cosas o por qué las personas se comportan de cierta manera y todo resulta extraño y misterioso. Crecí que sería entretenido escribir un libro en que el Oriente fuera el mundo conocido, comprendido, lógico, razonable, y entonces el personaje se va en avión a España y todo se vuelve loco. De pronto se encuentra en un mundo que él no entiende. Y yo quería que en este libro el Occidente fuera el mundo misterioso, el lugar extraño y espantoso, donde uno no comprendía las reglas. Y cuando uno descubriría cuáles eran esas reglas, resultaban muy peligrosas, e incluso fatales.

Sí, la España de la novela se basa un poco en el hecho de que he ido muchas veces a Andalucía. Hay algunas ciudades que se han convertido en lugares donde los expatriados de todo el mundo tienden a instalarse. Hay una versión de eso en esta novela, una comunidad más bien degradada de expatriados que suben y bajan por lo que los habitantes del pueblo llaman “la calle de los parásitos”, una calle que se compone únicamente de tiendas de carteras Gucci y de ropa Gap, y restaurantes daneses de albóndigas, etcétera, y ni un solo español los pisa jamás, pero hay gran cantidad de noruegos, canadienses y japoneses. Y el pueblo los deja tranquilos; ellos viven en ese pequeño microcosmos.

Si se quiere, dado que he pasado buena parte de mi vida escribiendo acerca de la migración, pensé que sería interesante hablar de una variante más bien infructuosa de la migración. Recuerdo haber conocido personas en ciudades como Benengeli cuyas ideas políticas eran algo increíble. Me acuerdo de una mujer que acababa de salir de Portugal al final de la dictadura, porque no estaba de acuerdo con el término de la dictadura, y ahora se lamentaba porque no bien llegó a España se murió Franco, y decía que andaba buscando una buena dictadura adonde emigrar. Había pensado seriamente en Nicaragua, pero los Somoza habían caído y, bueno, le resultaba cada vez más difícil encontrar un lugar donde vivir. Éstas son las personas que se instalan en esas extrañas comunidades de expatriados, para poder jactarse de su hábito de toda la vida de destruir sindicatos y romper huelgas, y así sucesivamente.

Hace tiempo que he querido satirizar esta comunidad en particular; una parte del libro surge de allí en forma naturalista; pero, como tuve que

explicar sin cesar a la gente en España, hay un aspecto de la novela que no trata en forma naturalista de España. De hecho, cualquiera que conozca la geografía de Andalucía observará que el lugar donde se sitúa Benengeli, el pueblo de Benengeli, es más o menos imposible, en términos geográficos. Debo decir que las montañas están un poco retorcidas y colocadas en el lugar equivocado, y además la ubicación en la vida real del lugar donde se dice que el sultán Boabdil contempló Granada por última vez, el auténtico Suspiro del Moro, no se parece al lugar del libro. Y esto se hizo intencionalmente, porque la España de este libro es un España de fantasmas y locura. Y ése es uno de los motivos por los cuales *El Quijote* resultó tan útil, porque una de las cosas en que quizás no se ha insistido lo suficiente acerca de *El Quijote* es que es un libro sobre la locura: sobre la locura y sobre aspectos filosóficos de la locura derivados de Erasmo y otros. Y puesto que, en esa parte, la novela también trata de la locura y ocurre en España, pareció adecuado rendir algún homenaje al *Quijote*. El motivo por el cual el pueblo de la novela se llama Benengeli es porque el propio Cervantes, al fin y al cabo, en homenaje, si se quiere, al origen árabe de esas historias fantásticas que narraba, inventó que su novela la había contado un moro. Yo decidí traer de vuelta al moro, si les parece, para reírnos otro poco.

DAVID GALLAGHER: *Sean cuales fuesen las raíces con las que usted se identifica, mucha gente lo ha comparado con García Márquez...*

SALMAN RUSHDIE: Admiro a García Márquez, sabe usted, y me parece que es un gran escritor. Yo, como la mayoría de los escritores, soy gran lector. Me parece que los escritores leen mucho y, entonces, las raíces, o las cosas que tocan campanadas en la cabeza de uno, pueden provenir de casi cualquier parte.

En el caso mío, hace largo tiempo que me intereso mucho por la literatura latinoamericana, la que se puede encontrar cada vez más en buenas traducciones, cosa que no ocurría en la época en que comencé a interesarme por ella.

Pero para mí la verdadera revelación, cuando todavía era estudiante universitario, fue Borges. Nadie, y aquí hablo de mediados de los años sesenta, nadie sabía quién era Borges, o al menos eso creía yo. Tenía la impresión de que Borges era una especie de placer privado, conocido sólo por mí y unas veinte o treinta personas más. Entonces vino a Inglaterra a dar una serie de conferencias y llenó un auditorio para mil quinientas personas durante cinco tardes seguidas. Así que de pronto me percaté de que, evidentemente, muchas otras personas lo conocían; fue como una desilusión.

Italo Calvino tiene un ensayo maravilloso sobre su manera de escribir, donde dice que comenzó por el naturalismo, pero que luego decidió que no

quería escribir esos libros, que los que le gustaría escribir son los que uno podría descubrir por casualidad en el desván de una tía abuela: uno abre un baúl y encuentra unos libros extraños, aquéllos de los que nadie ha oído hablar y que nadie conoce. Esa impresión tenía de Borges; me parecía haberlo encontrado mientras rebuscaba dentro de un baúl, y fue una gran desilusión cuando descubrí que era uno de los escritores más famosos del mundo.

Me parece que en esta novela hay un pequeño eco de Juan Rulfo, también, porque en *Pedro Páramo*, por cierto, hay una suerte de pueblo embrujado, aunque embrujado de manera distinta y por motivos distintos que en mi libro. El ambiente fantasmal de mi novela le debe algo a Rulfo.

Y luego García Márquez. No sé, siempre me juntan con él. Es muy halagador, en cierto modo, porque estimo que es uno de los grandes escritores del mundo. Pero creo que hay profundas diferencias entre nosotros que, para decirlo en la forma más simple, surgen del contrapunto campo-ciudad. Yo hubiera dicho que todo lo que he escrito en mi vida nace de una especie de sensibilidad metropolitana. Yo soy de ciudad grande, en realidad, y siempre me ha parecido que la magia particular de García Márquez se relaciona con el hecho de centrarse en un pueblo y no en la ciudad, y, si se quiere, con un privilegiar la visión del mundo pueblerino por encima de la visión del mundo que tiene el hombre de la ciudad. Si en García Márquez ocurre un milagro y una joven que es demasiado buena para este mundo se va flotando al cielo, esto es muy normal y todos dicen: "Vaya, siempre fue así y siempre pensamos que algo raro le iba a acontecer"; pero si el ferrocarril llega al pueblo todos gritan y enloquecen, porque eso sí que es raro. Hay una descripción maravillosa de la llegada por primera vez del tren a Macondo, en que una mujer viene corriendo por las calles y la detienen y la preguntan qué sucede, y ella dice: "Viene algo, es algo terrible, no sé lo que es, es como una cocina arrastrando un pueblo detrás".

Es una medida del genio de García Márquez el que sea capaz de crear una imagen así, pero creo que es indicativo de que en el mundo de la ciudad, de las máquinas, de la industria, de la vida metropolitana, eso es lo verdaderamente fantástico; en cambio en esos pueblos extraños, ignorantes, llenos de milagros, son la verdad, en lo que a él se refiere. En ese sentido, creo que somos escritores opuestos, al menos en nuestras sensibilidades.

DAVID GALLAGHER: *Antes de dejar a otras personas la posibilidad de preguntar, quisiera hacer un solo comentario. Cuando Arturo Fontaine y yo regresábamos de hablar con usted ayer, reflexionábamos que los problemas que ha tenido en el último tiempo provienen de ser usted el tipo de persona que todos quisiéramos ser, o como todos somos, aunque usted lo*

articula mejor: de mente abierta, literaria, racional, irracional a veces, un ser humano moderno, tremendamente civilizado, y sin embargo, eso le acarrea esta condena extraordinaria. ¿Es que nuestra forma de vida más bien liberal o nuestra visión del mundo está amenazada de veras? ¿Es más difícil ahora ser así en el mundo?

SALMAN RUSHDIE: Sí, creo que sí... Me parece que siempre ha existido la ilusión de que la civilización ha llegado de algún modo para quedarse. Pero, en realidad, ésta desaparece una y otra vez, en todo el mundo. Una de las cosas en que he estado pensando por años —no sólo en esta novela, en la cara más sombría de esta novela—, es la cuestión de no absolvernos a nosotros mismos de la responsabilidad por las barbaridades que cometen los seres humanos; es decir, si uno dice que fulano es un monstruo o es un animal, usa esos términos en relación con personas que cometen atrocidades, y es una manera de decir que pertenecen a una especie diferente de nosotros. “Nosotros no haríamos una cosa así” va implícito en eso. Lo cual me parece una respuesta impropia, porque, si nos provocan o nos empujan hacia esa dirección, tal vez nosotros también haríamos cosas así.

Contribuyó a que pensara así el hecho de que en los últimos años ha habido en la India una serie de momentos de extraordinaria atrocidad, de un tipo que yo describiría como de violencia íntima, en que las comunidades mataban a sus vecinos, y en que, por el motivo que fuese, alguien masacraba a las personas cuyos hijos habían jugado el día anterior con sus propios hijos, incluso se masacraba a los niños. Y uno conocía a esta gente. Uno podía caminar por la calle en Antigua Delhi con la mayor tranquilidad, y al día siguiente por esas mismas calles corría la sangre de los vecinos, que se mataban unos a otros.

Ahora bien, podríamos decir que los acontecimientos en Bosnia reflejan también esto, no la violencia entre extraños, sino la violencia entre personas que se conocen íntimamente. Uno se pregunta cómo es posible que esto suceda. Y la respuesta, según yo lo veo, es bastante desoladora: que bien puede ser que sea así como somos, y que es la civilización lo aberrante; que esa otra sea en verdad nuestra naturaleza y la civilización sólo algo que creamos para impedir que nos comportemos de esa manera; y si tenemos suerte, pueda que funcione. Pero aquella otra cosa está siempre presente y no se trata sólo de la India. No necesito decirle a la gente de América Latina lo frágil que puede ser la civilización y con cuanta rapidez esta otra fuerza puede romper ese enchapado.

Pienso que en todo el mundo existe, hoy, una amenaza contra estas ideas liberales; pero, por otra parte, creo que siempre la hubo.

DAVID GALLAGHER: *Gracias. Quiero ahora darle a otras personas una oportunidad de discusión.*

ANA MARÍA LARRAÍN: *Su narrador dice, en esta última novela: “Después de una vida no tan larga, siento que estoy libre de tesis. La vida misma es una crucifixión. Suficiente.” Me gustaría preguntarle hasta qué punto participa usted de esta experiencia del narrador y, de ser así, cómo ha ido evolucionando esta experiencia: ¿desde la tesis, quizás, a la libertad? Y bueno, de qué manera o por qué ha cambiado.*

SALMAN RUSHDIE: Creo que la pregunta sobre el personaje central de una novela y lo estrecha que es su relación con el autor siempre pone a los autores a la defensiva. Porque lo que todo escritor diría es: “No tiene nada que ver conmigo”, y eso será siempre una mentira. Pero lo contrario tampoco sería la verdad.

El hecho es que este personaje no soy yo; desde el momento en que uno crea un personaje, que es el que refleja el punto de vista de la novela, por supuesto que algo del punto de vista propio se expresa por ese medio. Es decir, cómo podría no ser así, por qué lo haría uno de otro modo. De igual forma, para hacer grandes analogías, Marcel no es Proust, ni Stephen Daedalus es James Joyce. Pero están muy cerca.

Supongo que él no soy yo, pero de todos modos comparte algunas de mis ideas y, bueno, otra vez, por ser personaje de una de mis novelas, lo pasa muy mal. Pero hay ciertos aspectos de su vida que no puedo negar que no serían como son si las cosas no me hubieran ocurrido a mí como me ocurrieron. Hay, por ejemplo, un pasaje de la novela, que se está citando bastante (y yo sabía que así sería), relativo al miedo, en que se habla de su naturaleza y de cómo vencerlo. Se dice, más o menos, que la manera en que las personas vencen el miedo es no teniendo tiempo para sentirlo, tienen que seguir adelante con la vida, y es evidente que algo de mis propias opiniones está presente en eso.

Pero no son solamente mis opiniones, porque uno de los orígenes de esa idea se remonta a un encuentro que tuve hace algunos años con escritores e intelectuales de Sarajevo, y ellos vivían en una situación tal que cada vez que cruzaban la calle se arriesgaban a recibir la bala de un francotirador. Y todos ellos dijeron lo mismo, que para poder funcionar de alguna manera, tenían que dejar de lado el miedo. Mientras me contaban esto yo pensaba que era, con mucha exactitud, lo que yo también sentía. En un caso como éste, cuando el personaje de mi novela habla de cómo venció sus temores, por cierto que tiene mucho que ver con lo que me sucedió a mí.

Pero no creo que se parezca mucho a mí como persona, al menos espero que no, porque actúan en forma muy violenta durante buena parte del relato y aporrea a la gente, y aun cuando haya muchas personas a las que me gustaría bastante aporrear, hasta aquí no lo he hecho.

RAÚL ZURITA: *Señor Rushdie, solamente quería expresarle un sentimiento de gratitud que va más allá de cualquier palabra de agradecimiento que uno pudiera decirle. Es tremendamente paradójal que el hecho de leer sus libros, de leer Los versos satánicos, a mí me haya hecho más amplio, más generoso y fundamentalmente más libre —y, probablemente, el ejercicio de la literatura sea siempre el de hacer más libre a quien lee. No puedo dejar de emocionarme de la oportunidad de poder decirselo: es doloroso y es una ironía extremadamente cruel que esa libertad que yo he ganado haya sido, en cierto sentido, a costa de la suya. Es muy fuerte. Uno pocas veces tiene en esta vida la oportunidad de decirle a los autores lo que sus libros realmente han significado. Y esto por una razón bastante simple: porque esos libros están repartidos en tres mil años de historia y la mayoría de la gente a quien uno quisiera decirle, “mira, tu libro significó esto para mí”, bueno, está muerta. Entonces, se lo digo, como decía, con todo mi sentimiento de gratitud, que va más allá de lo que incluso en este momento pueda decirle.*

SALMAN RUSHDIE: Un escritor tiene pocas recompensas más valiosas que oír tales palabras. Para eso es que escribimos; es decir, cuando uno escribe un libro sueña que quizás algún día alguien le dirá algo como esto. Y desde luego que nadie lo hace, porque las cosas que uno sueña son tan extremas que nadie, en realidad, las diría. Es de veras maravilloso oír las decir.

Quiero añadir que pese a todas las dificultades que se originaron para mí con *Los versos satánicos*, hubo recompensas extraordinarias en cuanto al apasionamiento con que la gente respondió al libro, cuando eso ocurrió. Siempre recuerdo una de las cartas que recibí, poco después de que comenzaran las molestias; la carta de una joven musulmana que vivía en Suiza y que estaba demasiado nerviosa para dar otra cosa que su nombre de pila, sin dirección. Usó una especie de metáfora, en la que decía: “Supóngase que alguien a quien uno quiere va detenido y lo tienen encerrado en una pieza en que hay hombres armados”; y agregaba: “Llegan otras personas a rescatar al detenido. Alguien tiene que echar abajo la puerta y el que lo hace recibe todas las balas, pero después de eso la puerta ya se ha derribado y es más fácil que los demás pasen.” Y decía también: “Me siento muy agradecida con usted, pero también me da mucha pena porque usted es el hombre que echó abajo la puerta”. Pensé que era, probablemente, la carta más encantadora que haya recibido, porque en los momentos en que la gente decía que yo era un individuo tan violento y que mil millones de personas en todo el planeta me aborrecían, alguien decía que eso distaba mucho de la verdad. Desde entonces he recibido, no sé, muchas cartas desde el interior del

mundo musulmán —dejando aparte las de los no musulmanes—, de personas que me escriben sin cesar, diciéndome: “No crea que todos están en contra de usted, porque la verdad es que todos están a favor suyo, pero ocurre que en varios países el poder está en manos de pandillas de terroristas”. No hay que cometer el error, no necesito decir esto aquí, pero lo diré de todos modos, de confundir al dictador con el pueblo.

Estas cosas han tenido importancia. Me consuela mucho pensar que *Los versos satánicos* es una novela importante para personas que están precisamente en esos países donde la sabiduría heredada dice que a ellos no les interesa mi libro. De hecho, lo contrario es lo real. Hasta aquí vamos bien, en todo caso.

MARTÍN HOPENHAYN: *Antes de que usted entrara a esta sala algunos de nosotros nos preguntábamos si a la hora de hacerle preguntas se las haríamos sobre política o sobre literatura, y yo voy a hacer una pregunta que espero sea un punto de encuentro. Quisiera preguntarle cómo ha sido esto de que en su vida real usted tenga que ejercer esa especie de dura práctica de borrarse a sí mismo, así como eso ha sido elegido por Borges o por Cervantes, o también por usted mismo, pero en la práctica literaria.*

SALMAN RUSHDIE: Creo que la respuesta, en verdad, es que otras personas han intentado borrarne y yo he procurado que no me borren. En cuanto a la invisibilidad, he estado siempre en contra de ella. Creo que siempre lo estuve, y viví de una manera distinta de lo que usted dice de Borges o Cervantes. A veces se criticaba mi obra en el sentido de que yo estaba demasiado presente en ella. Así decían. Recuerdo que en mi tercera novela, *Vergüenza*, usé una técnica de insertar intencionalmente algunos pasajes ensayísticos, no ficticios, en los cuales la voz del autor analizaba en forma directa ciertas actitudes y asuntos públicos, y eso a muchos críticos les pareció muy molesto. No querían que el autor les hablase directamente en una novela, eso se consideraba impropio.

Bueno, a mí se me había ocurrido que si estábamos sentados en una habitación contándonos cuentos, sería del todo natural que comentáramos esos cuentos. Si uno tiene un cuento extraordinario que contar, uno evidentemente dará su opinión de ese cuento. Uno dirá, qué mujer más loca, o lo que fuera. (No sé por qué me vino a la mente esta frase precisa.) Así que el hecho de que el narrador del cuento lo comente es un aspecto completamente natural de la manera en que todo el mundo cuenta cuentos, y no obstante una de las reglas básicas y clásicas de la novela ha sido siempre que eso no se puede hacer.

En cierto sentido, yo he sido visible en exceso, intencionalmente, como escritor. Respecto a la invisibilidad de la vida real, uno de los párra-

fos se refiere al hecho de que para conseguirla se necesitan cientos de personas. Es la invisibilidad que se obtiene con ayuda de caravanas de autos, sirenas..., las cosas más visibles del mundo se usan para crear la invisibilidad. Hace muchos años, la primera vez que viajé a los Estados Unidos, la policía tuvo una reacción desmedida en este sentido y yo me encontré al medio de una caravana de trece autos, en una limusina Mercedes blanca, con escolta de motoristas y francotiradores sobre los tejados, etcétera. Le dije al oficial de la policía que estaba a cargo de la operación: "Vea, esta es una operación muy grande". Y me respondió: "Sí, esto es lo que haríamos por Arafat". Entonces entendí lo que significa ser Yasser Arafat, al menos en Nueva York. Yo le dije: "Bueno, si esto es lo que ustedes harían por Arafat, ¿qué harían, digamos, por el presidente de los Estados Unidos?" Y él me contestó: "Para el presidente de los Estados Unidos cerraríamos muchas de estas calles, pero en el caso suyo no lo hicimos porque pensamos que iba a ser demasiado llamativo". Y lo decía con toda seriedad.

Aquí tenemos, entonces, la discreción en una limusina Mercedes blanca en medio de una caravana de trece autos. Y eso es lo que se necesita, sabe usted, para que alguien se vuelva invisible: se necesita un aparataje inmenso. A veces estos aparatajes se llaman cárceles, pero las caravanas también son aparatajes de invisibilidad.

JAIME VALDIVIESO: A mí me surge la idea, en el caso de Salman Rushdie, de que a través de él, digamos, la labor del escritor se vuelve esperanzadora y optimista, porque hasta hace poco, cuando había exceso de politización y de contingencialismo en la literatura, se planteaba el hecho de que la literatura, en realidad los escritores, pensaban que podían influir mucho en la sociedad, cuando realmente no influían nada. Creo que en el caso de Rushdie vuelve a replantearse el problema de que la sola literatura tiene un carácter de potencialidad de transgresión que en sí misma produce una oleada, por así decirlo, de resonancia muy importante para despertar a la gente y para que asuman una actitud. Pero yo quisiera referirme a otra cosa que sí me parece muy importante, sobre todo para Chile. Anoche, en su entrevista por televisión, usted dijo que recordar, el hecho de recordar, tenía implicaciones políticas. Yo creo que en este país, afortunadamente, la mayoría, no todos, pero la mayoría, creemos que la memoria es importante. Si una persona pierde la memoria, pierde su identidad, y un país que no quiere recordar también está al borde de perder parte importante de su historia. Yo quisiera que usted hablara un poco sobre la importancia del recuerdo, que para un escritor es su materia prima, pero también sobre lo que significa el recuerdo para un país.

SALMAN RUSHDIE: Hay una famosa línea de Milan Kundera, que seguramente muchos de ustedes conocen, donde dice que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. Y en *El libro de la risa y del olvido* cuenta esa historia extraordinaria de una fotografía del partido comunista en Checoslovaquia, una foto del gran desfile del primero de mayo, donde los miembros del politburó se encuentran de pie en el balcón, saludando, y como hace frío y el presidente ha olvidado su sombrero, uno de los dirigentes le presta su propio sombrero: en esa foto el jefe del partido lleva puesto el sombrero de otro de los dirigentes del politburó. Pero, después, ese mismo dirigente cae en desgracia, así que la fotografía es tratada en el laboratorio y su figura es borrada con aerógrafo, y donde él estuvo sólo queda un espacio vacío. La única prueba de que alguna vez existió es el sombrero que cubre la cabeza del jefe del partido. De no ser por el sombrero, habría quedado totalmente borrado de la historia.

Resulta muy extraño comprobar que las memorias privadas de una persona pueden resultar, por decirlo así, ilegales, dado que oficialmente no podrían ser ciertas, porque si lo fueran entonces muchas otras cosas también serían ciertas y no está permitido que sean ciertas. Por ejemplo, en 1971, en Bangladesh, hubo una guerra de liberación, y cuando el ejército indio entró en ella y terminó el proceso de liberar a Bangladesh del gobierno militar de lo que entonces era Pakistán occidental, se descubrieron atrocidades genocidas increíbles: el asesinato masivo intencional de intelectuales cuyos cadáveres se encontraron en tumbas de escasa profundidad; el incendio intencional de zonas de bazar, muy hacinadas, de manera que muchos pobres murieron; la destrucción de oficinas de sindicatos y el asesinato de sus dirigentes, y así sucesivamente: un genocidio en gran escala, en que se marcó a ciertos grupos como blanco y se les asesinó.

Lo lamentable es que de inmediato Pakistán comenzó a conducirse como si esto no hubiera ocurrido nunca, comenzó a negarlo y a denunciar que se trataba de propaganda india y todo eso... aun cuando había evidencias tan contundentes que no se podían contradecir, incontables informes de testigos oculares, muchas pruebas fotográficas, etcétera. Pero no sólo los generales, sino también amplios sectores intelectuales comenzaron a decir que era una suerte de ataque contra su país y que aquello nunca sucedió.

Así, me encuentro en situación de saber que eso sí sucedió y de no poder decirlo: resultaría muy controvertido, dirían que soy yo el que miente, puesto que esos sucesos ya no forman parte de la verdad oficial. Lo mismo pasó dos o tres años más tarde, cuando la señora Indira Gandhi declaró un estado de dictadura durante algunos años y ocurrieron cosas espantosas, como usar la esterilización como arma política y así sucesivamente. Cuando

depusieron a la señora Gandhi, porque cometió el error de celebrar elecciones generales creyendo que iba a ganar y no ganó, hubo un lapso de unas cuarenta y ocho horas desde el momento en que perdió la elección y decidió abandonar la residencia del primer ministro, durante el cual, todo el mundo en Delhi puede atestiguarlo, del jardín trasero brotó una gran columna de humo. Se destruyeron innumerables documentos y como consecuencia de esta destrucción de documentos resultó más o menos imposible hacer valer los cargos de los que, a mi modo de ver, ella era a todas luces culpable. Pero unos años más tarde, cuando ella volvió al poder, se convirtió en una especie de axioma que las atrocidades del estado de emergencia jamás tuvieron lugar. No se había esterilizado, ni castrado, ni torturado a nadie, etcétera, etcétera. De nuevo, aunque muchas personas como yo, muchas, muchas personas recordaban estas cosas, y más aún las personas que las habían sufrido, resultaba difícil decirlo, porque se hizo subversivo o antinacional hacerlo.

Y así, al escribir *Hijos de la medianoche* y, más tarde, al escribir *Vergüenza*, que no trata directamente de Pakistán sino de la India, me sentí obligado a realizar lo que podría llamarse un acto político; si bien la intención era más histórica que política, tenía más que ver con el recuerdo y el registro que con el deseo de abrir una controversia. Pero sencillamente no había modo de no entrar en una controversia. Eso sigue, sabe usted, de un modo extraño. Yo pensaba que *Los versos satánicos* era la novela menos política que escribí, pero resultó lo contrario. Y en todos los libros que he escrito ha habido más o menos algún deseo de enfrentarme a alguna versión oficial de la verdad, con el fin de decir que hay otra manera de ver las cosas, que tiene relación con la memoria y no con la versión oficial. De esto nace una paradoja extraordinaria, y es que quienes poseen el poder se convierten en creadores de ficciones, y que los que son creadores de ficciones terminan por tener que decir la verdad. Una curiosa inversión de los papeles.

CARLOS ITURRA: *Señor Rushdie, hay tantos temas interesantes sobre los que me gustaría preguntarle en esta ocasión única: me interesaría saber, por ejemplo, de qué manera se siente usted afectado por el hecho de estar constituido más en una noticia internacional, diríamos, que en una noticia literaria, o de qué manera siente usted afectada la recepción crítica de su obra por este fenómeno descomunal de la condena de los ayatolas. También me hubiera gustado, con relación a Cervantes y a la presencia del narrador en su última obra, pedirle su opinión sobre Ancho mar de los Sargazos, de Jean Rhys, donde ocurre un fenómeno semejante. Pero en la necesidad de optar, me quedo con la siguiente: ¿Cómo percibe usted, desde el Islam, el problema de la tolerancia, de la intolerancia, en otras religiones, en otras*

culturas? Particularmente, ¿cómo percibe que se da ese fenómeno en el cristianismo, concretamente en el catolicismo?

SALMAN RUSHDIE: La cuestión de la tolerancia, no sé... El problema está en que yo he recibido una lección personal más bien dramática de la intolerancia del Islam, y es inevitable que esto tiña un poco mi pensamiento. Al mismo tiempo, he pasado mi vida conociendo musulmanes de todos los tipos y madurando entre ellos; mal que mal provengo de una familia musulmana. Por eso me es imposible hacer una declaración general respecto a la tolerancia o intolerancia del Islam.

Lo que pienso son dos cosas: en primer lugar, que muchas sociedades musulmanas han visto surgir ahora último, lamentablemente, movimientos políticos en extremo intolerantes que se disfrazan de movimientos religiosos. El fenómeno que conocemos como fundamentalismo islámico no es un fenómeno religioso. En lo teológico no tiene el menor interés, es burdo y banal. Su significado es enteramente político, su propósito es político. Y pienso que esto lo dirían ellos mismos. No predicán, por decirlo así, una visión nueva de la religión; lo que procuran es apoderarse del control del Estado, y en ciertos casos lo logran.

Creo que en toda cultura hay casos de movimientos políticos que usan ropajes religiosos; el fenómeno del fundamentalismo islámico es la versión islámica de lo mismo.

Me parece importante decir, sin embargo, que en cierto sentido la historia intelectual del Islam, desde luego en el período moderno, no es muy distinguida. Quiero decir que hasta ahora último ha habido una renuencia entre muchos intelectuales a discutir sobre el poder de la Iglesia, por decirlo así, sobre la vida de las personas. En el Islam no ha habido un momento de ilustración secularizante. Y por eso los fundamentalistas tienen una suerte de fuerza retórica muy difícil de contradecir con la misma fuerza.

Ahora bien, yo pienso que en el último medio siglo, en la época colonial del mundo islámico, se ha visto surgir un movimiento intelectual muy valiente que exige una especie de secularización de esas sociedades. Y yo diría que esas personas han sido muy íntegras, por ejemplo, al defenderme; gente de Egipto, de los países musulmanes del norte de África, incluso de Irán; desde los países musulmanes de todo el mundo muchos han levantado la voz para defenderme, porque se dan cuenta de que es también su propia defensa.

Repetidas veces uno oye decir a intelectuales musulmanes de todo el mundo que el motivo para ser apoyados está en que los que apoyan necesitan apoyarnos, y que si se pierde esa batalla no nos queda esperanza, y si se gana esa batalla es un paso más en la guerra más grande. Yo lo siento así,

desde luego, y estimo que muchos de estos escritores son figuras más o menos heroicas, porque, al fin y al cabo, están viviendo en medio del enemigo. Si miramos lo que está sucediendo en Argelia, se ve lo peligroso que es. En Argelia, en los últimos años, los fundamentalistas han apuntado intencionalmente a escritores, periodistas e intelectuales para asesinarlos, porque tienen miedo de la gente que es capaz de ofrecer al pueblo, por intermedio del idioma, una visión diferente del mundo. En los dos últimos años se ha asesinado en Argelia a más de cincuenta escritores, periodistas e intelectuales, incluso a algunas de las figuras más importantes del país.

Ahora, me parece, después de un largo tiempo en que los intelectuales de estos países no levantaron la voz contra las fuerzas del fundamentalismo, hay un movimiento auténtico que, lamentablemente, es objeto de escasa atención en el resto del mundo, y eso lo debilita.

Así como cuando existía la Unión Soviética, a Occidente le interesaba destacar a los escritores que levantaban la voz contra el sistema soviético y prestaban un importante testimonio contra él, y a esos escritores disidentes nosotros, con toda razón a mi modo de ver, los tratábamos como figuras históricas de gran importancia, me parece que hoy hay un movimiento disidente de igual trascendencia que se está formando en los países musulmanes. Es lamentable que en Occidente, al parecer, no haya el mismo interés por destacar ese movimiento, tal vez debido al petróleo o a alguna otra consideración de ese tipo. Pero sí creo que lo que está sucediendo allí, en Argelia, en Egipto, en la emigración iraní, es que los escritores e intelectuales están comenzando a decir, por fin, que en estas sociedades tiene que haber una especie de transformación moderna. Y es una lucha más o menos a muerte, en la que ha habido muchas bajas.

ADRIANA VALDÉS: *Durante toda esta conversación me ha fascinado usted como lector, y quisiera volver a eso, pensando quizás en las personas que escriben en inglés, pero que no son inglesas. Hay muchas personas que vienen de muchos países distintos y que hoy están escribiendo en inglés, y en sus propias novelas usted siempre se refiere a esta cuestión de la multiplicidad de culturas, y hasta usa una palabra como "mestizo" para describirla. Voy a mencionar sólo a tres escritores, porque están traducidos al español; una lista muy aleatoria, pero me interesaría que los comentara, a ellos o a cualesquiera otros que le parezcan importantes en esta perspectiva. Estoy pensando en Derek Walcott, en Ishiguro y en Vikram Seth.*

SALMAN RUSHDIE: Son escritores muy diferentes, pero creo que la tesis central es acertada: que uno de los acontecimientos más interesantes de la literatura contemporánea en inglés radica en lo que, supongo, podríamos llamar consecuencias de que el inglés se haya convertido en el idioma del

mundo, de manera que la literatura en inglés es la literatura del idioma inglés y no la literatura en Inglaterra. Por cierto que esto, en un sentido, no es nada nuevo; primero el inglés norteamericano se separó, por decirlo así, del cuerpo principal de la literatura inglesa y se estableció como literatura de mucha fuerza por derecho propio. La literatura irlandesa uno podría decir que ha hecho igual cosa, si bien los vínculos entre la literatura irlandesa y la corriente central de la literatura inglesa son más estrechos. Pero ahora tenemos las llamadas literaturas inglesas nuevas. Desde luego, como pertenezco a estas literaturas, tengo un sesgo personal a su favor. Los escritores que usted menciona tienen un interés desusado para mí. Soy gran admirador de la poesía de Walcott; me parece que forma parte de una especie de grupo de grandes poetas que, casi intencionalmente, como Braque y Picasso a veces, están trabajando en una veta semejante. Si se mira a Walcott y a Joseph Brodsky y a Seamus Heaney, se ve una empresa casi colectiva, surgida de raíces culturales muy diferentes. ¿Cómo podría uno caracterizar eso? Yo lo caracterizaría así: me parece que todos sienten gran interés por los clásicos, por eso hay una inmensa riqueza de alusiones clásicas en la poesía de Walcott, como en la de Brodsky y como en la de Heaney. Son también escritores públicos por cuanto conscientemente se hacen cargo de temas públicos en su obra. Todos ellos tienen fuertes inclinaciones mitológicas; Walcott, por cierto, principalmente el gran poema amoroso. Usan ritmos de lenguaje que vienen de distintas partes del mundo y los incorporan al inglés. A Walcott lo han criticado en el Caribe porque no usa con más frecuencia lo que a veces se llama *créole* y otras *patois*, y que en la expresión políticamente correcta se llama "lengua nacional". En mi opinión, cuando Walcott usa esos ritmos del inglés caribeño, lo hace tan bellamente porque lo hace con discreción, y los usa cuando son necesarios, y no los usa cuando no lo son.

De modo muy parecido, el irlandés de Heaney y el curioso inglés ruso postnabokoviano de Brodsky conforman otra manera de incorporar esa otra música en el idioma. Y me parece que es muy interesante mirar las obras de estos poetas en conjunto, así como uno puede colgar Braques y Picassos de cierto período juntos, uno al lado de otro, y examinarlos de ese modo.

Ishiguro es íntimo amigo mío, de modo que debo confesar cierta parcialidad. Es un caso algo diferente, en cierto sentido, porque aunque nació en Japón, en primer lugar no tiene esta suerte de aspecto poscolonial, porque Japón, desde luego, nunca formó parte del Imperio británico, y como alguien me dijo ayer, Gran Bretaña va camino de convertirse en parte del Imperio japonés. Lo llevaron a Inglaterra de muy pequeño y, como él mismo dice, su japonés es el de un niño de siete años, porque esa edad tenía cuando dejó

Japón. En realidad creció en Inglaterra como un niño inglés de rasgos distintos. Lo que me pareció interesante a mí fue que en sus primeros libros y sus primeros cuentos encontró su voz de escritor hurgando en su imaginación en aquel Japón donde nunca había vivido de verdad; su primera novela trata de su ciudad natal, Nagasaki, después de la bomba atómica, aun cuando no la recordaba. Y su segunda novela trata de las transacciones intelectuales de ciertos pensadores y escritores japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, y sus consecuencias posteriores. En estos momentos se está metamorfoseando en otra clase de escritor muy extraño. Su nueva novela quizás no esté publicada aún en español. El título en inglés es *The Unconsoled (Los desconsolados)* y se aparta totalmente de su obra anterior. Es una novela larguísima, tiene más de quinientas páginas, y su técnica es completamente surrealista. Se la ha llamado kafkiana, y parece que fuera una suerte de viaje alrededor del inconsciente de un hombre; emplea técnicas de sueño y estudio del inconsciente, que son muy interesantes y a veces muy difíciles de seguir. Es un libro que despertó reacciones encontradas, en parte porque la gente se escandalizó tanto con la distancia respecto de sus obras anteriores, en parte porque él quiso hacer algo muy complejo y pienso que algunas personas no lograron mantenerse interesadas.

A mí ver estos escritores son colosalmente interesantes porque son osados y porque no se encuentran empantanados en lo tan inglés de Inglaterra.

Vikram Seth es un caso distinto. Me parece que es un escritor muy convencional y que hay muy poco de nuevo en su inmensa novela, *A Suitable Boy (Un muchacho conveniente)*. Tiene mucho detalle social y mucho encanto, anécdotas, incidentes, etcétera, pero me parece un escritor más bien a la antigua, en cierto sentido, cuyo interés está en aquellas novelas-ríos que estuvieron de moda hace mucho tiempo; al menos en ese libro lo parece. Vikram, además, está mucho más arraigado en la India, en su país de origen, digamos, que los otros escritores que usted nombra. Aunque ha pasado algún tiempo en Occidente, se presenta mucho más como un escritor indio, de la India, me parece. Es cierto que *A Suitable Boy* no tuvo muy buena acogida en la India. Tuvo, en cambio, una acogida excelente en todos los demás países. Pienso que el éxito que ha tenido el libro se debe a su retrato detallado y naturalista de cierto mundo. Pero si sucede que ése es el mundo en que uno ya está viviendo, uno no ve la necesidad de tener un retrato naturalista, porque basta asomarse a la ventana. ¿Para qué tomar una fotografía de lo que uno puede mirar por la ventana? Creo que, en cierto sentido, el libro tiene gran interés y gran valor para quienes no conocen la India, porque cuenta con veracidad cómo es un matrimonio indio; si uno quiere asistir a una fiesta religiosa india, tales

cosas suceden, y así es como funciona el sistema de castas y estas son las diversas relaciones entre las distintas comunidades... Si uno quiere saber todo eso sobre la India, es una forma muy vívida y sugestiva de adquirir esa información. En la India, claro, la gente sabe todo eso y quiere otra cosa.

ARTURO FONTAINE T.: *Me temo que se nos está terminando el tiempo. Quiero agradecer a Arturo Infante, de Editorial Sudamericana y Plaza y Janés; a Carlos Franz, de la Feria del Libro; a las fuerzas de seguridad, por la colaboración prestada y, desde luego, a David Gallagher y a Salman Rushdie. Gracias. Tendremos ahora la oportunidad de que Salman firme libros, un tiempo corto, pero antes de eso creo que es bueno darle la última palabra.*

SALMAN RUSHDIE: Sólo querría decir que es muy bueno haber llegado, por fin. Tardamos un par de días pero, dejando atrás lo pasado, por fin siento que he podido hacer algo de lo que vine a hacer, esto es, a hablar con la gente y recibir alguna impresión del lugar donde estoy. Por eso les agradezco que lo hayan hecho posible. En cuanto a los aspectos políticos de la situación..., debo decirles que he perdido de alguna manera interés en ellos. Espero que las cosas estén mejorando poco a poco y que sigan mejorando, de manera que la próxima vez que venga a Chile no tengamos esta extraña situación, ni la necesidad de esta operación de policía. Y, por último, decir sólo que es muy grato estar aquí, no como una suerte de ente imaginario, sino como escritor entre colegas, y poder conversar sobre algo serio como son los libros. Muchas gracias. □

LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DE POPPER

Carlos Verdugo

Este ensayo expone algunas de las tesis principales de Karl Popper. En especial, se reseña su original e influyente concepción de la ciencia, su método y sus objetivos y, por otra parte, su concepción de la sociedad abierta y su teoría de la democracia, incluyendo algunas de las últimas reflexiones de Popper sobre la democracia representativa y el rol de los partidos políticos.

Popper se hizo célebre, sobre todo, como filósofo social y político, y como filósofo de la historia e historiador de la filosofía. Pero jamás se consideró a sí mismo, primariamente, un filósofo de la política sino, más bien, un filósofo de la ciencia¹.

Una de las principales tareas de los filósofos en este campo consiste en formular ciertas “metodologías” o “lógicas del descubrimiento”. Estas metodologías no deben entenderse como un conjunto de reglas para resolver problemas científicos; tampoco para desarrollar hipótesis o teorías exitosas sino, por el contrario, deben considerarse como un grupo de reglas para la *evaluación* de teorías ya existentes y articuladas. Dichas reglas pueden

CARLOS VERDUGO SERNA. Master of Arts, Washington University. Profesor de Filosofía de la Ciencia en el Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Valparaíso y en la Universidad de Santiago.

¹ Popper consideraba sus obras *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos* como su contribución a la Segunda Guerra, en el sentido de una defensa de la libertad y un rechazo a toda forma de totalitarismo y autoritarismo.

comprenderse, además, como “teorías de la racionalidad científica”, “criterios demarcatorios” (por ejemplo, para distinguir la ciencia de la pseudo-ciencia) o, sencillamente, como “definiciones de la ciencia”².

En otras palabras, la reflexión filosófica acerca de la ciencia es de carácter *normativo*, intenta establecer en qué consiste una *buena o legítima* explicación científica; nos proporciona ayuda para responder dos preguntas: ¿cuál es la naturaleza del *progreso* científico?, ¿en qué consiste la racionalidad de la ciencia? De esta manera, lo que distingue la reflexión filosófica acerca de la ciencia de, por ejemplo, la historia, la psicología o la sociología de la ciencia, es su naturaleza *normativa*.

En este sentido Popper puede considerarse un filósofo “clásico” de la ciencia, esto es, parte de un grupo de pensadores interesados en proponer metodologías o filosofías de la ciencia tales como Mach, Peirce, Poincaré, Duhem, Schlick, Carnap y otros escritores más recientes. Todos ellos procuraban establecer una base racional para la práctica científica o, como Popper, determinar las “reglas del juego científico”³.

Cuando Popper publica en 1934 su *Logik der Forschung*, su propuesta metodológica debió enfrentarse a una influyente metodología o filosofía de la ciencia alternativa: el inductivismo, representado especialmente por el Círculo de Viena.

Por razones obvias, no podemos ofrecer aquí una exposición completa de todos los principales elementos que componen la filosofía de la ciencia de Popper, pero, sin duda, una de las características más conocidas de la filosofía de la ciencia o de la epistemología de Sir Karl Popper —así como quizá, la más criticada— es su posición anti-inductivista.

De hecho, el anti-inductivismo de Popper, esto es, la radical tesis de que la inducción no juega ningún rol importante en la ciencia, fue defendida por él desde 1932 hasta su muerte⁴. En este sentido, ninguna exposición del pensamiento de Popper puede dejar de examinar su rechazo total de la inducción.

² Esta caracterización de las metodologías científicas se encuentra en la obra de Imre Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1978) p. 103.

³ Para esta descripción de Popper como filósofo “clásico” de la ciencia véase Robert J. Ackermann, *The Philosophy of Karl Popper* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1976) p. 1. Este libro es uno de los mejores exámenes críticos semi-técnicos del pensamiento de Popper.

⁴ Nos referimos al primer libro de Popper escrito en 1932, considerado en ese momento como el primer volumen de *Die beiden Grundprobleme der Erkenntnistheorie* (*Los dos problemas fundamentales de la teoría del conocimiento*). Este volumen estaba dedicado al problema de la inducción. *Logik der Forschung* (1934) fue un extracto de esa primera obra que fue publicada finalmente en 1979 (Tübingen: J.C.B. Mohr Verlag, 1979).

Popper y la inducción

En realidad, por más de sesenta años, Popper intentó mostrar (con éxito según algunos, sin éxito según otros) la imposibilidad de llevar a cabo los siguientes programas⁵:

- (a) Una lógica del descubrimiento de corte inductivista;
- (b) Una lógica de justificación inductivista;
- (c) Un criterio inductivista de demarcación entre las ciencias empíricas y otros sistemas de enunciados (metafísica y pseudo-ciencia).

El programa (a) tiene que ver con algunas concepciones sobre *cómo deben proceder* los científicos para poder llegar a *descubrir* leyes, teorías, o relaciones causales. Según una visión aún popular y que se remonta hasta Francis Bacon (siglo XVI) y sus Tablas de Investigación, así como a los Canones de J. S. Mill (siglo XIX) el científico debe realizar su investigación a través de los siguientes pasos⁶:

- (1) Observar y registrar fielmente, sin preconcepciones ni prejuicios, todos los hechos relacionados con el fenómeno de estudio (o realizar experimentos cuyo objetivo es obtener observaciones controlables y medibles en alguna área semidesconocida);
- (2) Analizar y clasificar los hechos observados (de nuevo, sin la interferencia de ideas o teorías previas);
- (3) Derivación inductiva de generalizaciones a partir de (2), por ejemplo, si se ha observado que el objeto A se presenta constantemente acompañado de la propiedad B, derivar la generalización: todos los A tienen la propiedad B. En otras palabras, inducir una generalización a partir de los hechos observados;
- (4) Comprobación o verificaciones posteriores de las generalizaciones, esto es, confirmar la generalización buscando más observacio-

⁵ Para un examen más profundo sobre la inducción véase: K. Popper, *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach* (Oxford: Oxford University Press, 1972), cap.1, Trad. cast., *Conocimiento objetivo: Un enfoque evolucionista* (Madrid: Tecnos, 1974); K. Popper, *Realism and the Aim of Science* (Londres: Hutchinson, 1983), cap. 1., Trad. cast., *Realismo y el objetivo de la ciencia* (Madrid: Tecnos, 1985).

⁶ Carl Hempel, originalmente un destacado miembro del así llamado “Grupo de Berlín”, aliado del Círculo de Viena, y uno de los pocos filósofos germano-americanos que aún defienden algunas tesis del positivismo lógico (aunque ha sido uno de sus principales innovadores críticos), no sólo ha llamado a esta concepción “la concepción inductivista estrecha de la ciencia”, sino que la ha rechazado totalmente.

nes que concuerden con ella. Si se tiene éxito en ésto, se ha logrado descubrir una ley de la naturaleza.

A este *método*, que consistiría en encontrar enunciados generales (leyes o teorías) a partir de un conjunto de observaciones o datos particulares, se le conoce como *inducción*⁷. Pues bien, para Popper tal método científico no existe. No hay un método lógico o una lógica del descubrimiento científico, en el preciso sentido de un procedimiento para descubrir nuevas leyes o teorías (una especie de “lógica de creación”, como la ha llamado Magee). Sobre ésto Popper expresaba lo siguiente:

Sin embargo, mi opinión del asunto —valga lo que valiere— es que no existe, en absoluto, un método lógico de tener nuevas ideas, ni una reconstrucción lógica de este proceso. Puede expresarse mi parecer diciendo que todo descubrimiento contiene “un elemento irracional” o “una intuición creadora” en el sentido de Bergson. Einstein habla, de un modo parecido, de la “búsqueda de aquellas leyes sumamente universales [...] a partir de las cuales puede obtenerse una imagen del mundo por pura deducción. No existe una senda lógica —dice— que encamine a estas [...] leyes. Sólo pueden alcanzarse por la intuición, apoyada en algo así como una introyección (*Einfühlung*) de los objetos de la experiencia”⁸.

Ahora bien, ¿en qué consiste una lógica de justificación inductivista? Como hemos visto, no sólo Popper, sino muchos otros filósofos y científicos, han rechazado la existencia de una lógica inductiva de descubrimiento, basada en generalizaciones de datos particulares u observaciones. Por otra parte, nadie parece negar que hay leyes científicas tan simples como “todos los metales se dilatan con el calor”. Al margen de cómo hemos llegado a ellas, casi todo el mundo no sólo parece actuar en conformidad con tal ley, sino que estaría dispuesto a decir que lo hace porque cree que ella es verdadera. Es en este preciso punto donde surgen las siguientes interrogantes: ¿sobre qué base estamos justificados en creer que tal ley (o cualquier otra) es verdadera?

⁷ La inducción como método no debe confundirse con la inducción como forma de razonamiento o de inferencia.

⁸ Karl Popper, *La lógica de la investigación científica*, (Madrid: Tecnos, 1962) pp. 31-32. Es preciso destacar que tanto el positivismo lógico como Popper han negado la existencia de una “lógica del descubrimiento”. También tienen en común entender que la filosofía de la ciencia no debe preocuparse ni de los procesos psicológicos que están a la base de la invención científica ni de los factores históricos, sociológicos o políticos. Estos últimos son parte del “contexto del descubrimiento” y deben ser estudiados por las ciencias empíricas. Desgraciadamente, Popper no parece haber reconocido este común “anti-inductivismo” que compartía con los positivistas lógicos.

¿Estamos justificados en pasar de la observación directa de muchos metales individuales que hemos calentado y se han dilatado a una ley o generalización que incluye casos todavía no observados? O, dicho de una manera más técnica: ¿hay un argumento válido que nos permita pasar, de enunciados observacionales singulares, a leyes o enunciados universales y teorías científicas que se refieran a casos no observados?

Éste es el famoso problema de la inducción formulado por Hume en el siglo XVIII. Hume sostuvo que, sin importar cuan grande pueda ser el número de enunciados singulares observacionales que sean verdaderos, ellos no implican, lógicamente, la verdad de un enunciado universal que trascienda el número de enunciados singulares o que se refieran a instancias no observadas.

Popper aceptó el argumento de Hume en contra de la inducción, esto es, que tal argumento demuestra que no hay esperanzas de que podamos encontrar o disponer de *razones positivas* para *creer* en la verdad de nuestras leyes o teorías científicas.

Cuando enfrentamos el tipo de interrogantes formuladas más arriba, estamos en el contexto de validación o justificación. Una lógica de justificación es un intento de responder a tales preguntas; consiste en mostrar las razones que tenemos para creer en la verdad o falsedad de nuestras leyes y teorías, o para aceptar o rechazar una nueva hipótesis como parte del conocimiento científico.

La respuesta dada por los positivistas y que, en realidad, es la respuesta estándar de la gran mayoría de filósofos y científicos es la siguiente: es cierto que no existe (lógicamente) modo alguno en que una ley pueda ser concluyentemente verificada y, por consiguiente, no podemos creer ni confiar en forma absoluta que ella sea verdadera. Pero eso no invalida el hecho de que, en la medida que hacemos más y más observaciones, no podemos llegar a decir: “esta ley ha sido comprobada tantas veces que podemos tener gran confianza en su verdad. Es una ley bien establecida, bien fundada”. En otras palabras, si bien una ley no puede ser estricta o concluyentemente verificada puede, por lo menos, ser confirmada.

Una lógica de justificación o validación inductiva se fundamenta sobre la idea de que, si bien los datos u observaciones no suministran evidencia deductivamente concluyente para las hipótesis generales, entre ellas, las leyes científicas, esos datos les pueden otorgar, no obstante, un “apoyo inductivo” o una confirmación más o menos fuerte.

Una de las figuras más importantes del Círculo de Viena, y amigo de Popper, Rudolf Carnap, emprendió un programa de justificación inductiva que debía ser capaz de establecer valores cuantitativos del grado de confir-

mación que podían tener, por ejemplo, dos leyes. Este sistema de lógica inductiva, basado en el cálculo matemático de la probabilidad, nos permitiría establecer que una ley tiene, digamos, 0.8 grado de confirmación, mientras que la otra, sólo 0.2, en relación con cierta evidencia observacional⁹.

Desde el comienzo de estos intentos, realizados por Carnap y otros filósofos no positivistas, Popper se opuso radicalmente a la idea de una lógica inductiva. Independiente de las críticas de Popper, este programa iniciado en los años 50 jamás ha logrado superar serias dificultades formales y materiales.

Según Popper, Hume ha mostrado concluyentemente, no sólo que ningún conjunto de observaciones particulares puede verificar un enunciado general, sino que este último tampoco puede ser parcialmente justificado, o convertirse en probable sobre la base de instancias particulares confirmatorias.

La lucha de Popper en contra de una lógica de justificación inductiva tomó nueva fuerza a partir de 1983, con una serie de artículos escritos con David Miller destinados a mostrar que la inducción probabilística es imposible¹⁰.

Por último, sobre el programa inductivista de demarcación es preciso exponer los siguientes antecedentes. Según nos relata Popper, fue en 1919 cuando comenzó a preocuparse del siguiente problema: ¿cuándo una teoría debe ser calificada de científica? o ¿existe algún criterio para determinar el carácter o estatus científico de una teoría? La respuesta a este problema podría ayudarle, además, a distinguir (o a demarcar) la ciencia de la pseudo-ciencia. Otro modo de formular la preocupación de Popper consiste en decir que él quería encontrar un modo de separar las ciencias empíricas de otros sistemas, tales como las ciencias formales, la metafísica y la pseudo-ciencia.

En esos años, la respuesta generalmente aceptada era que la ciencia se distinguía, por ejemplo, de la pseudo-ciencia —o de la metafísica— por el método empírico, de carácter esencialmente inductivo, esto es, que procedía a partir de la observación o el experimento.

⁹ Para una discusión no técnica de la confirmación véase, Rudolf Carnap, *An Introduction to the Philosophy of Science* (Nueva York: Basic Books, Inc., 1966). La obra más fundamental de Carnap en torno a un sistema de lógica inductiva es *The Logical Foundations of Probability* (Chicago: University of Chicago Press, 1950).

¹⁰ Véase Karl Popper, "The Non-Existence of Probabilistic Inductive Support", en G. Dorn & P. Weingartner (ed.), *Foundations of logic and linguistic* (Nueva York: Plenum, 1985), pp. 303-318. Karl Popper & David Miller, "A proof of the impossibility of inductive probability", *Nature*, Vol. 302, (1983), pp. 687-688. Karl Popper y David Miller, "Why Probabilistic Support Is Not Inductive", *Phil. Tran. R. Soc. London*, A 321, (1987), pp. 569-591.

Pero, ¿qué pasaba con las distinciones anteriores si alguien, como era el caso de Popper, no creía en la inducción, ni tampoco en que ella jugara un papel importante en la ciencia? Evidentemente que el rechazo de Popper, tanto al método inductivo como a la inducción en el sentido de forma de argumentación de lo particular a lo general, lo llevó a proponer que el carácter distintivo de las teorías científicas era la refutabilidad, la falsificabilidad o la contrastabilidad empírica. Según este criterio, un sistema de enunciados es científico sólo si admite la posibilidad de que alguna observación lo refute, esto es, pueda mostrar que es falso.

Así, para Popper, ninguna teoría nos puede decir algo sobre el mundo empírico a menos que sea capaz, en principio, de chocar o de entrar en conflicto con ese mundo, y esto significa, precisamente, que debe ser refutable. En resumen, una teoría habla sobre la realidad empírica sólo en la medida en que le pone límites a esa realidad, esto es, que prohíbe la ocurrencia de ciertos sucesos.

Como hemos visto anteriormente, Popper rechaza la concepción inductivista de la ciencia. Pero, hay otra visión de la ciencia que Popper considera insostenible a la luz del desarrollo moderno del conocimiento científico, así como también por el derrumbe de ciertas doctrinas epistemológicas. Según esta visión, la ciencia sería un sistema de enunciados absoluta e irrevocablemente verdaderos, o un cuerpo de teorías comprobadas, es decir, de teorías cuya verdad ha sido concluyentemente probada, incapaces de ser derrocadas o sustituidas por otras.

Popper ha denominado esta posición “la concepción autoritaria del conocimiento científico”. Para esta concepción, sostener que el conocimiento científico sea conjetural y corregible, despoja a la ciencia de la posibilidad de ser conocimiento “real”. Popper rechazaba decididamente esta doctrina apelando al desarrollo actual de la ciencia. Creía que como resultado de la revolución desencadenada en la física por Einstein, la visión actual de la ciencia es, más bien, que todas las teorías científicas son esencialmente conjeturales, hipotéticas y corregibles, por lo cual, nunca podemos estar seguros de que las teorías más establecidas y aceptadas no puedan ser reemplazadas por mejores aproximaciones a la realidad. Por ejemplo, sostiene Popper, a pesar de que jamás ha habido una teoría más exitosa y comprobada como la de Newton, la mayoría de los físicos de hoy estiman que la teoría gravitacional de Einstein constituye un mejoramiento de la de Newton y que, por lo tanto, hay un real proceso de corrección, mejoramiento y progreso de teorías científicas.

Para finalizar, quisiéramos exponer brevemente la visión de la ciencia que podemos encontrar en las principales obras de Popper.

El científico se enfrenta o selecciona un problema interesante o importante. A continuación propone una solución tentativa o conjetural en la forma de una hipótesis o de una teoría científica. El próximo paso consiste en criticar la teoría o la hipótesis lo mejor que se pueda, esto es, se intenta refutarla a través de las contrastaciones o controles más severos que se puedan diseñar. Si la hipótesis o teoría resiste y sobrevive estos serios y rigurosos intentos de refutación o falsación, ella es considerada como exitosa y aceptada provisoriamente. Según Popper, ninguna teoría puede ser considerada alguna vez como establecida o verificada en forma concluyente y definitiva. Por otro lado, si la teoría es refutada se buscan nuevas soluciones o conjeturas, esto es, nuevas hipótesis, las cuales a su vez son criticadas, etc. En otras palabras, la ciencia es posible y se desarrolla gracias al *método de conjeturas y refutaciones*. La diferencia fundamental entre el conocimiento común y aquel de carácter científico consiste en que en éste último se intenta consciente y planificadamente detectar nuestros errores con el fin de eliminarlos. Para Popper, todo el conocimiento humano y las ciencias son conjeturas. Somos falibles y nuestra ciencia también lo es. No hay certeza en el conocimiento humano. El método de conjeturas y refutaciones, llamado también *método crítico*, es el instrumento principal del crecimiento científico¹¹.

La filosofía política de Popper

Como el mismo Popper lo ha señalado en reiteradas ocasiones, su filosofía política se halla estrechamente ligada a la teoría del conocimiento expuesta por primera vez en *La lógica de la investigación científica*. Así, al referirse a sus dos principales obras, *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos*, Popper declaró:

Ambas se desarrollaron a partir de la teoría del conocimiento de *Logik der Forschung* y de mi convicción de que nuestras a menudo

¹¹ Para una comprensión más acabada de la filosofía de la ciencia de Popper, especialmente su filosofía de la física, consúltese: Karl Popper, *Quantum Theory and the Schism in Physics* (Londres: Hutchinson, 1988), Trad. cast., *Teoría cuántica y el cisma en física* (Madrid: Tecnos, 1982), Karl Popper, *The Open Universe: An Argument for Indeterminism* (Londres: Hutchinson, 1982), Trad. cast., *El universo abierto: Un argumento en favor del indeterminismo* (Madrid: Tecnos, 1982). Estos volúmenes, junto al libro *Realismo y el objetivo de la ciencia*, constituyen el Post-scriptum a *La lógica de la investigación científica* y fueron editados por W. W. Bortley, III; Karl Popper, *A World of Propensities* (Bristol: Thoemmes, 1990). Para un examen de otros artículos generales de Popper sobre el conocimiento, la historia y otros temas véase K. Popper, *Auf der Suche nach einer Besseren Welt* (Munich: Piper, 1987). Para un examen crítico de la filosofía de Popper, véase Anthony O'Hear, *Karl Popper* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1980).

inconscientes concepciones sobre la teoría del conocimiento y sus problemas centrales (¿qué podemos conocer? ¿cuán cierto es nuestro conocimiento?) son decisivas para nuestra actitud hacia nosotros mismos y hacia la política¹².

Como hemos señalado anteriormente, el desarrollo del conocimiento científico procede, según Popper, a través de un proceso de ensayo y eliminación del error y, en especial, mediante la búsqueda consciente de nuestros errores; en otras palabras, la adopción del método crítico se constituye en el principal instrumento del crecimiento y progreso de la ciencia.

Esta aproximación crítica puede aplicarse más allá de la ciencia, en realidad es aplicable a toda situación humana en la que, frente a un problema determinado, ensayemos alguna solución tentativa; en todas aquellas circunstancias en que, debido a nuestra inevitable falibilidad, podamos cometer errores y aprender de ellos.

Para Popper, la política es sin duda uno de los campos donde siempre estamos cometiendo errores y donde, también, podemos aprender de ellos.

Como sabemos, Popper llamaba actitud racional o crítica a esta prontitud para detectar nuestras equivocaciones y aprender de ellas. En el campo político, el método de aprender de nuestros errores es un método basado en la libre discusión y crítica de las acciones tomadas por los gobernantes. En este sentido, la actitud racional se opone siempre a toda forma de autoritarismo, tanto epistemológico como político.

Todo lo anterior explica por qué Popper ha bautizado su posición filosófica bajo el nombre de Racionalismo Crítico.

Un racionalista crítico se compromete con algo más que una mera posición teórica abstracta o con una determinada teoría del conocimiento: se compromete con una forma o estilo de vida. En otras palabras, el Racionalismo Crítico implica ciertas consecuencias de carácter ético, social y político.

Tal como lo muestra el título de su obra fundamental en filosofía política, Popper indica que un racionalista crítico abogará necesariamente por una “sociedad abierta”. En términos generales, ella consiste en una sociedad pluralista en la cual es posible tener, expresar y abogar por distintas posiciones con respecto a qué tipo de sociedad se debe buscar, a los fines de ella y a los medios para obtenerla (excepto el uso de medios violentos).

¹² Schilpp, *op. cit.*, p. 91. De aquí en adelante *La pobreza y La sociedad abierta*.

En una sociedad abierta, no sólo es legítimo, sino deseable, que los ciudadanos puedan proponer soluciones diferentes a los distintos y numerosos problemas que surgen al interior de ella. La sociedad propugnada por Popper es aquella donde toda persona es, en principio, libre para evaluar y criticar las soluciones y medidas propuestas por otros ciudadanos, especialmente aquellas formuladas por los gobernantes. Esto último permite que las decisiones gubernamentales puedan modificarse a la luz de la crítica pacífica y racional.

En una entrevista que se le hiciera a Karl Popper en la revista inglesa *Encounter* (Vol. 38 Nº 5, mayo de 1972), y que llevaba por título “Sobre la razón y la sociedad abierta”, Popper cita dos rasgos característicos de una sociedad abierta. En primer lugar, no sólo debe ser posible el debate libre, y en especial la discusión sobre la conveniencia o inconveniencia de las decisiones gubernamentales, sino que este debate sea capaz de ejercer una influencia real en la política. En segundo lugar, deben existir instituciones destinadas a proteger la libertad, así como también a los ciudadanos más pobres y débiles. En una sociedad abierta el Estado no sólo debe amparar a los ciudadanos de toda violencia física, sino también del abuso que pueda ejercerse mediante la fuerza económica. Para esto último, se deben diseñar instituciones sociopolíticas que protejan a los más débiles, desde el punto de vista económico, de los más fuertes y poderosos.

En esta misma entrevista, Popper señala enfáticamente la relevancia fundamental que tiene, para la apertura de una sociedad, la existencia garantizada de la libertad de la palabra o de prensa, así como la existencia de una oposición política influyente y racional.

En síntesis, la sociedad abierta de Popper no es sino una sociedad organizada democráticamente, esto es —de acuerdo con la caracterización que ha hecho este autor de la democracia—, una sociedad en la cual es posible que los gobernantes sean reemplazados periódicamente y sin necesidad de recurrir a la violencia.

La virtud más grande de la democracia consiste, para Popper, en que ella posibilita la libre discusión racional o crítica y la influencia de tales discusiones en la política.

Como es fácil de notar, Popper le otorga extrema importancia a la libertad en su sentido más amplio. Esto lo lleva a oponerse decididamente a toda forma de autoritarismo o totalitarismo, ya que impiden la posibilidad de una crítica libre, pilar fundamental de una sociedad abierta. De hecho, en la Introducción a *La sociedad abierta*, el autor nos dice que uno de los objetivos más importantes de este libro es no sólo contribuir a comprender las tendencias totalitarias, así como el atractivo que ellas han ejercido a lo

largo de la historia, sino contribuir efectivamente a su eliminación. Para lograr esto es necesario atacar una de las filosofías más poderosas que estaría en la base del totalitarismo: el historicismo.

Es esta doctrina la que constituye un obstáculo decisivo para poder aplicar los métodos críticos y racionales de la ciencia a la reconstrucción social democrática. El término “historicismo” es usado por Popper para designar toda posición, doctrina o filosofía social que asevere que el objeto fundamental de las ciencias sociales es la predicción histórica, especialmente profecías históricas a largo plazo. Estas últimas serían posibles mediante el descubrimiento de los “ritmos” o “patrones”, de las “leyes” o “tendencias” que estarían a la base de la evolución histórica. Como queda claro por lo expuesto hasta aquí, una sociedad abierta es aquella basada sobre el principio o la idea de no sólo tolerar y respetar las opiniones disidentes sino protegerlas y estimularlas. Por otra parte, para Popper una democracia puede considerarse como una forma de gobierno dedicada a la protección de una sociedad abierta¹³.

Ahora bien, creemos importante terminar esta sucinta exposición de la filosofía política de Popper mostrando las más recientes clarificaciones que, sobre su teoría de la democracia, se publicaron en la revista *The Economist*, el 23 de abril de 1988.

La nueva teoría de la democracia de Popper

En el artículo de 1988, Popper volvió a rechazar, como lo había hecho en forma más elaborada en *La sociedad abierta*, lo que denominaba la teoría clásica de la democracia, esto es, la teoría de que la democracia es el gobierno del pueblo y, por lo tanto, la teoría de que el pueblo tiene el derecho a gobernar. Popper consideraba que toda la teoría o filosofía política desde Platón (pasando por Marx) hasta la actualidad, había pensado erróneamente que el problema fundamental de la filosofía política era responder adecuadamente la pregunta ¿quién debe gobernar?

Por consiguiente, definir la democracia en términos, por ejemplo, del “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” constituía una mala respuesta a una mala pregunta. Para Popper, el problema fundamental de una teoría política racional no era ¿quién debe gobernar? sino, más bien,

¹³ Véase, Karl Popper “Science: Problems, Aims, Responsibilities”, publicado por primera vez en *Federation Proceedings*, 1963, pp. 961-972.

¿cómo debe estar constituido el Estado, de modo tal que los malos gobernantes puedan eliminarse sin violencia y sin derramamiento de sangre?, o, como lo expresa en *La sociedad abierta*: “¿en qué forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?”.

Según Popper, estas son las preguntas fundamentales. Sobre estas preguntas críticas y humildes se puede edificar una teoría adecuada de la democracia, y no sobre la idea de la soberanía del pueblo, sobre la cual, como veremos luego, no se puede elaborar una teoría que esté libre de contradicciones y paradojas¹⁴.

El problema formulado en las preguntas anteriores debe considerarse como un asunto práctico o casi técnico y no, necesariamente, teórico. Por otro lado, el cambio de la pregunta ¿Quién debe gobernar o mandar? por las dos preguntas anteriores, presenta importantes consecuencias tanto prácticas como teóricas. Popper creía que su teoría del gobierno, a pesar de ser simple y práctica, permitía resolver, por ejemplo, la así llamada “paradoja de la democracia”, que consiste en el siguiente problema: ¿qué debemos hacer si alguna vez el pueblo vota mayoritariamente por establecer una dictadura o tiranía? Esta dificultad se presenta, justamente, cuando la democracia se define fundamentalmente como el gobierno de la mayoría del pueblo. De este modo, quien sostenga esta visión de la democracia no podría, sin contradecirse, luchar en contra de un gobierno totalitario o tiránico de izquierda o de derecha si éste ha sido elegido por la mayoría (a pesar de que tal gobierno contemple la destrucción de la democracia, incluyendo la libertad y la tolerancia).

Sin embargo, nada de esto ocurre cuando la democracia se entiende como una regla legal que nos permite deshacernos de un gobierno sin derramamiento de sangre¹⁵. Para Popper, ninguna mayoría, no importa cuán amplia sea, debe estar calificada para abandonar tal regla legal.

Ahora bien, ¿cuáles son algunas consecuencias prácticas de esta nueva teoría? Es precisamente en este punto donde adquiere mayor relevancia el artículo de Popper de 1988. Hasta esa fecha, sus obras fundamentales en filosofía de la política mencionadas antes, así como algunos ensayos

¹⁴ Véase, Karl Popper *Sociedad abierta, universo abierto*. Conversación con Franz Kreuzer (Madrid: Tecnos, 1984), p. 21.

¹⁵ Popper no creía en la importancia de dar definiciones, por eso, jamás dio una definición de democracia. Sin embargo, sugería que había una clara manera de distinguir entre democracias y dictaduras: las personas viven en una democracia sólo cuando existen instituciones que permiten deshacerse del gobierno sin usar la violencia o sin derramamiento de sangre.

contenidos en *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*¹⁶, no habían tratado ciertos asuntos relacionados con la democracia representativa o la representación política, en general, ni tampoco con la existencia de partido político o el número óptimo de ellos, etc.

Para los defensores de la teoría antigua o clásica de la democracia, resulta obvio que si el pueblo tiene derecho a gobernar, derecho que ejerce a través de sus representantes elegidos por voto mayoritario, resulta esencial, legítimo y justo, que la distribución numérica de la opinión entre los representantes elegidos refleje, lo más fielmente posible, aquella opinión que prevalece entre quienes son la fuente real del poder legítimo, esto es, justamente, el pueblo.

Sin embargo, tal como lo subraya Popper, dicho argumento se sostiene sólo si uno acepta la teoría clásica. El problema es que, para aquellos que la aceptan, las consecuencias prácticas concretas de tal forma de representación resultan desastrosas. Así, entre esas consecuencias, Popper menciona el hecho de que la representación proporcional le otorga, aunque sea indirectamente, un reconocimiento constitucional a los partidos políticos. Esto se debe a que no se puede elegir a una persona de nuestra confianza, sino a un partido: en otras palabras, a los elegidos por un partido.

Esto no resulta conveniente, ya que las opiniones y decisiones de los partidos son ideologías, y, por ese solo hecho, no merecen el respeto del que deben gozar las personas y sus distintas opiniones. Popper creía que los partidos políticos son, típicamente, instrumentos para el avance, interés y poder personal (a lo que hay que agregar todas las intrigas que son inherentes a la búsqueda de tales fines).

Lo que Popper estimaba adecuado era que los votantes pudiesen elegir representantes que defiendan, lo mejor que puedan, los intereses de los electores que representan y que, además, se sientan responsables frente a ellos, reconociendo que tienen un deber con sus electores. Éste es el único deber y la única responsabilidad que la constitución debe reconocer.

Lo que se necesita en la política son individuos con juicio propio, autónomos, capaces de asumir responsabilidades y cumplirlas. Todo lo anterior, de acuerdo con Popper, resulta imposible cuando la constitución incluye la representación proporcional. Bajo esas condiciones, los candidatos representan al partido que los eligió para postular. De ese modo, si

¹⁶ Karl Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge* (Nueva York: Basic Books, 1962). Traducción castellana: *El desarrollo del conocimiento científico: Conjeturas y refutaciones* (Buenos Aires: Paidós, 1967).

resultan electos es porque pertenecen a cierto partido, al cual le deben lealtad. Así, estarán obligados a obedecer las ordenes del partido, con lo cual se desvanece su autonomía y responsabilidad personal, viéndose así reducidos a una máquina votante en vez de personas pensantes y con sentimientos.

Las ventajas del bi-partidismo

Ahora bien, Popper reconocía cuan difícil resultaba, en la realidad, que nuestras democracias liberales funcionaran sin partidos. Pero, además de legitimar la existencia de partidos con todos los vicios, defectos y deficiencias, Popper enfatiza otra consecuencia de la doctrina de la representación proporcional: la proliferación de partidos políticos.

A primera vista, se podría pensar que la existencia de muchos partidos políticos resulta ser no sólo conveniente y necesaria, ya que ello significa más riqueza de posiciones, menor rigidez, más oportunidades de elegir, mayor ejercicio de la libertad política y, por sobre todo, más posibilidades de crítica. Por otro lado, hay que considerar la ventaja adicional que se obtiene en términos de mayor distribución del poder y menor concentración, por consiguiente, de las influencias e intereses. Desde esta perspectiva, resulta muy difícil entender por qué Popper creía que la existencia de muchos partidos debiera considerarse nefasta.

Pues bien, para él, la existencia de demasiados partidos es contraria a la estabilidad de los gobiernos e, incluso, dificulta su formación. Ello se debe a que, mientras mayor sea el número de partidos, más necesaria será la formación de coaliciones. Esto último conduce, muy a menudo, a que los partidos pequeños ejerzan una influencia desproporcionada, no sólo en la formación del gobierno, sino, también, en el proceso de toma de decisiones y en la disolución o renuncia del gobierno.

No obstante, lo que Popper considera peor, es que todo lo anterior produce un debilitamiento en la responsabilidad política. Así, por ejemplo, un partido único que haya perdido una elección ante una mayoría de electores desilusionados de su desempeño puede, a pesar de todo, mantenerse en el poder. Para ello le bastará lograr el apoyo del partido más pequeño, pero suficientemente fuerte, para continuar gobernando con él.

Esto último conduce, a su vez, a otorgarle a un partido minoritario el poder de hacer caer el gobierno cuando lo estime conveniente. Esta última posibilidad, viola, precisamente, el principio que está en la base de los que creen en la representación proporcional, esto es, que el poder y la influencia

que ejerzan los partidos políticos debe corresponder al número de ciudadanos que lo apoyen.

Popper pensaba que si la existencia de partidos resulta inevitable, es mejor (en términos de la responsabilidad que tienen frente a los ciudadanos y del necesario proceso de auto-crítica) que haya el menor número, ojalá sólo dos partidos fuertes.

Pero, ¿en qué sentido el bipartidismo resulta más deseable y adecuado para una sociedad crítica, pluralista y abierta a nuevas ideas? En primer lugar, en tal sistema, el partido derrotado en una elección tenderá a darle un significado importante a tal resultado, lo cual es muy probable que le conduzca a realizar un examen crítico, profundo de sus metas, programa y métodos.

Popper creía, además, que una serie de derrotas importantes haría más urgente e inevitable un proceso de búsqueda de nuevas ideas y propuestas. Esta situación la consideraba menos probable en sistemas con muchos partidos.

Para la nueva teoría de la democracia, el día de las elecciones debe concebirse como una especie de día del Juicio Final, donde cada partido tendría que pagar responsablemente por sus errores y, lo que es más fundamental, aprender de ellos¹⁷. □

¹⁷ Para una comprensión más amplia de la filosofía social y política de Popper, consúltese, Carlos Verdugo S., "Selección de escritos socio-políticos de Karl Popper", *Estudios Públicos*, 35 (invierno 1989). En 1986 la Hoover Institution on War, Revolution and Peace adquirió todo el material no publicado de Popper y creó "Los Archivos Karl Popper" en su biblioteca en Stanford. A partir de ellos, M. A. Notturmo ha editado dos textos en inglés: *The Myth of the Framework* (Londres: Routledge, 1994) y *Knowledge and the Body-Mind Problem* (Londres: Routledge, 1994).

KARL POPPER, EL HISTORICISMO Y LA NARRACIÓN

Óscar Cornblit

El autor examina varios temas en relación con la concepción de historicismo desarrollada por Popper. En primer lugar, argumenta contra la afirmación de Popper y Donagan de que el término “historicismo” de Popper no coincide con el de “historismus” de la filosofía de la historia alemana. En segundo lugar, considera que la distinción que hace Popper entre “profecía” e “ingeniería social” es válida y puede diferenciarse una de otra, a pesar de la opinión en contrario de varios críticos. Incidentalmente, señala que la defensa que hace Popper de la ingeniería social no lo convierte en un socialdemócrata, como muchas veces se ha intentado demostrar. En tercer lugar, argumenta que la noción de explicación en historia de Popper, llevada hasta sus últimas consecuencias, representa una defensa del narrativismo en tanto que forma de explicación en esta disciplina

Todo historiador, ensayista, ideólogo o pensador en general anhelaría poner de relieve las grandes causas que produjeron algunos de los acontecimientos más impactantes en la historia de la humanidad, que no

ÓSCAR CORNBLIT. Miembro del Centro de Estudios en Políticas Públicas Aplicadas (CEPPA) e investigador del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, en Buenos Aires. Ha sido profesor en las facultades de Ciencias Económicas y de Filosofía y Letras, en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Belgrano.

produjeron otros, o que engendrarán en el futuro nuevas alternativas. Por ejemplo la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, el Renacimiento, el surgimiento de la civilización islámica, la Revolución Rusa, la Revolución China, la falta de crecimiento económico en España durante el siglo XIX, entre muchísimos otros; o mirando hacia el futuro, si aumentará o disminuirá la libertad de comercio, si aumentarán o disminuirán los conflictos étnicos o regionales, o la intensidad de la violencia terrorista o de los grupos sectarios apocalípticos, o si sobrevendrá una guerra nuclear.

No lo intenten —diría Popper—, puesto que es una hazaña imposible. Es una típica ambición de los *historicistas*, ambición que a lo sumo conduce a un activismo ciego y peligroso.

Pero esta afirmación sobre aquello que diría Popper debe ser matizada adecuadamente, y tanto, que quizás hasta se podría aseverar que el filósofo mantendría opiniones contrarias a las que le he adjudicado, en ciertas condiciones.

I

Mi preocupación inicial es determinar el significado de historicismo en la concepción de Popper¹.

En la introducción de su libro *La miseria del historicismo* Popper resume brevemente el significado del término:

[...] llamo “historicismo” a una manera de abordar las ciencias sociales que asume que la *predicción histórica* es su objetivo principal, y que cree que este objetivo es alcanzable descubriendo los “ritmos” o “patrones” o “leyes” o “tendencias” que subyacen en la evolución de la historia.

Si bien Popper va añadiendo en su exposición otras notas determinativas del concepto, ésta, inicial, persiste a lo largo de la misma. Una especificación adicional que conviene señalar es la de su clasificación del historicismo en dos ramas: naturalista y antinaturalista. El historicismo naturalista considera que hay algunos elementos en común entre los métodos de las ciencias naturales y los de las ciencias sociales². El antinaturalista, en cam-

¹ El concepto está fundamentalmente definido en Karl Popper, *The Poverty of Historicism* (1957) [*La miseria del historicismo*]. Las referencias para este trabajo son de la edición de Routledge & Kegan Paul, Londres, 1961.

² K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, pp. 2-35.

bio, postula que los métodos de ambos tipos de ciencias difieren radicalmente y que no hay ningún elemento en común entre ellas³.

Cuando Popper delineó el concepto de “historicismo”, su intención no fue traducir el de *historismus*, que provenía de la filosofía de la historia alemana. Más bien quería criticar algunas tendencias específicas de los años veinte ligadas a autores como Spengler, Dilthey o Marx⁴. Posteriormente a la aparición de *La miseria del historicismo*, según Donagan, se volvió usual considerar equivalentes los términos “historismo” e “historicismo” y esto hizo que se añadieran significados al término popperiano, que no los tenía en un principio.

Sin embargo la diferenciación no es fácil, a pesar de estas aclaraciones de Popper y Donagan, ya que el concepto de historicismo de Popper contiene numerosos aspectos que estaban incorporados en el anterior de historismo.

Veamos las notas distintivas del historicismo de Popper, ya que el requerimiento de la predicción como objetivo no es el único, y veamos en cuánto se diferencia éste de la vieja concepción historista de la filosofía de la historia alemana (*Geschichtsphilosophie*).

II

Una característica primordial del historicismo definido por Popper, en su variante antinaturalista, es que los métodos de las ciencias físicas no pueden ser aplicados en las ciencias sociales, ya que mientras el mundo natural presenta uniformidades inmutables en su acontecer, las uniformidades que pueda haber en la vida social valen para un período y no para otro. A diferencia de lo que ocurre en la naturaleza, en la vida social cada situación es fundamentalmente diferente de la otra⁵. Retomaré este punto

³ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, pp. 5-34.

⁴ Véase K. Popper, “Donagan on *The Poverty of Historicism*”, en Schilpp (editor), *The Philosophy of Karl Popper* (Illinois: The Open Court Publishing Co., 1974), Libro II, p. 1173. También Alan Donagan hace observaciones similares en “Popper’s Examination of Historicism”, en Schilpp (editor), *op. cit.*, pp. 905-924. Análogamente, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, Popper señala que historismo e historicismo no tienen nada en común. “Una teoría de este tipo [historismo] que pone énfasis en la dependencia sociológica de nuestras opiniones es algunas veces llamada *sociologismo*; si se recalca la dependencia histórica se la llama *historismo* (historismo no debe, por supuesto, ser confundido con historicismo)”. Karl Popper, *The Open Society and its Enemies* [1945], (Nueva York y Evanston: Harper Torchbooks, 4ª edición revisada, 1963), Vol. 2, p. 208.

⁵ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, p. 5. Donagan llama a este requerimiento historicista “principio de novedad radical”. Ver Donagan, *op. cit.*, p. 909.

más adelante, porque toca a un elemento decisivo a mi entender en esta cuestión y que es el de la ontología subyacente.

Este principio general se basa en los siguientes argumentos típicos:

1) No es posible generalizar en las ciencias sociales fuera de un período determinado⁶. Notemos sin embargo que este historicismo acepta generalizaciones limitadas por los bordes de cada período, que de cualquier manera no quedan especificados con ninguna precisión. ¿Cómo establecemos estos bordes? ¿Las clásicas divisiones de esclavitud, feudalismo, capitalismo de Marx serían las apropiadas? O quizás los estados teológicos, metafísicos y positivos de Comte⁷, o las olas de los Toffler⁸, o la era de la computación o de la comunicación masiva.

2) En las ciencias sociales no es posible el experimento en ningún sentido. Aunque se pudieran realizar experimentos, éstos serían inútiles, ya que resultarían sólo aplicables dentro del mismo período en que se realizaron⁹.

3) Ya hemos señalado la novedad esencial de cada situación social. Todo acontecimiento que se repite lleva consigo la memoria del anterior y por tanto es radicalmente nuevo. Esto vale para el individuo y para la sociedad, que tiene también una memoria social¹⁰.

4) Todos los fenómenos sociales son extremadamente complejos, muchísimo más que los naturales. Aun si hubiera leyes, sería imposible encontrarlas¹¹. Este punto merecerá una consideración ulterior.

5) Inexactitud de la predicción. Ninguna predicción dentro de la sociedad puede ser exacta debido especialmente a la interacción entre los hechos predichos y la predicción misma. Es decir, lo que se predice actúa sobre los acontecimientos. Esta última idea ha sido incorporada en realidad

⁶ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 6-8.

⁷ Ver Auguste Comte, *Sommaire appréciation de l'ensemble du passé moderne* [1820] (París: Aubier-Montaigne, 1971), *passim*.

⁸ Alvin y Heidi Toffler, futurólogos contemporáneos ampliamente conocidos, han desarrollado la idea de la existencia de tres grandes transformaciones en la historia de la humanidad, que ellos llaman olas. La primera ola representa el tránsito de la civilización primitiva a la de la producción agrícola. La Revolución Industrial del siglo XVIII (o quizás antes), la segunda ola. A partir de la década del 50 de este siglo XX, fundamentalmente en los Estados Unidos, surgió el mundo de la información que se está extendiendo por el orbe. Los Toffler señalan por otra parte que en muchos países no se ha producido el cambio integral de la tercera ola y conviven simultáneamente las tres etapas descritas de la historia humana. De los Toffler pueden consultarse *La tercera ola* y *Las guerras del futuro*, ambas de editorial Plaza & Janés, Barcelona. La primera, varias ediciones, la segunda, 1994.

⁹ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 8-9

¹⁰ *Ibidem*, pp. 9-12.

¹¹ *Ibidem*, p. 12.

a la economía en el concepto de “expectativas”, que a su vez ha dado lugar a una riquísima literatura sobre el tema que incluye el problema de la incertidumbre. Ninguno de los dos asuntos son, por otra parte, considerados inabordable por la disciplina. Uno de los debates más profundos se ha referido al grado en que puede ser efectiva la intervención activa del gobierno en políticas fiscales y monetarias. Para la corriente denominada de “expectativas racionales” o “nueva economía clásica”, los individuos tienen expectativas que ya incluyen los pasos que tome el gobierno, de manera que dichas medidas no serán realmente efectivas¹².

Por tanto, no pareciera que la inclusión de la predicción en el análisis de los acontecimientos sociales afecte de una manera imposible de discutir la influencia de ésta sobre los acontecimientos futuros. Popper denomina a este fenómeno *efecto Edipo* (por la historia de la profecía sobre Edipo, que anunció que Edipo asesinaría a su padre)¹³. Pero también, y más importante, esta posición puede terminar en el *relativismo* que afirma “que la objetividad y el ideal de verdad son completamente inaplicables en las ciencias sociales”¹⁴.

6) Cada situación social debe ser considerada como una totalidad superior a cada una de las partes (holismo). Un grupo social no puede ser determinado con un grupo de variables similares al de un sistema planetario, dando especificaciones para una fecha determinada sobre las personas que lo componen y las relaciones entre ellas. Otros datos, como la indicación de quién fundó el grupo (entendiendo este antecedente como una totalidad inanalizable), pueden ser esenciales y, más en general, la visión del grupo como “totalidad” es inescapable¹⁵.

7) Es necesario además utilizar un método específico de conocimiento en las ciencias sociales, dada la índole de su materia. Este método es el de la “comprensión”. En cada acontecimiento social debemos com-

¹² Robert Lucas es una de las figuras representativas en este contexto, con su elaboración de la noción de expectativas racionales. Una exposición muy clara, si bien al mismo tiempo muy crítica, de las ideas de Lucas puede encontrarse en Paul Krugman, *Peddling Prosperity* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 1994), pp. 47-53. También E. S. Phelps (editor), *Microeconomic Foundations of Employment and Inflation Theory* (Nueva York: W. W. Norton & Co., 1970), donde Lucas y Rapping introdujeron las ideas fundamentales, en forma muy técnica, de los conceptos primordiales, en el artículo “Real Wages, Employment and Inflation” (pp. 257-305). Otro libro muy ilustrativo sobre estas ideas es el de Arjo Klamer, *Conversations with Economists* (EE. UU.: Rowman & Allanheld, 1984). En él se exponen los argumentos de partidarios (Lucas, Sargent, Townsend) y oponentes (Tobin, Modigliani) de la escuela.

¹³ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp 12-14.

¹⁴ *Ibidem*, p. 16.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 17-18.

prender su significado, su sentido¹⁶. En la comprensión, Popper distingue tres variedades:

i) Los acontecimientos sociales deben comprenderse a través de la identificación de las fuerzas que los produjeron. Este requisito podría considerarse equivalente a la determinación de las líneas causales que operan en un acontecer determinado.

ii) En la segunda variedad se agrega, además del requerimiento del punto anterior, que entendamos su sentido, la significación de lo ocurrido.

iii) En la tercera variedad además deben agregarse a los requisitos anteriores la especificación de las tendencias básicas históricas objetivas que prevalecen en el período en cuestión¹⁷.

Popper agrega otras notas al historicismo antinaturalista, como son la inaplicabilidad de métodos cuantitativos y matemáticos en las ciencias sociales¹⁸ y la adopción de una posición realista en la polémica filosófica sobre los universales. A esta posición la denomina “esencialista”¹⁹.

III

La vertiente naturalista del historicismo provoca más complicaciones en el pensamiento de Popper, ya que ésta coincide con su propósito de considerar a las ciencias sociales una rama del conocimiento que intenta al mismo tiempo ser *teórica y empírica*²⁰.

El problema que se le plantea es delimitar las diferencias entre su posición y las de los historicistas naturalistas.

Una de las diferencias estriba en la concepción de la predicción. Es conocido el valor de la predicción para Popper. Explicar y predecir son dos

¹⁶ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 19-23.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 20-22.

¹⁸ Recordemos que algunos miembros de la escuela austriaca comparten esta posición específica. Sobre debates dentro de la escuela austriaca con respecto a la índole de la ciencia económica ver Óscar Cornblit, “Laissez faire, realidad y modelos económicos”, en *Libertas*, Año 1, Nº1 (octubre 1984), Buenos Aires, pp. 219-246. Para el caso específico de Von Mises y su rechazo a la utilización de las matemáticas en las ciencias económicas, ver de este autor *The Ultimate Foundation of Economic Science* (Kansas City: Andrew and McMeel, 1977), pp. 12-17. En p. 70 hay críticas a las ideas de Popper. También *Epistemological Problems of Economics* (Nueva York: University Press, 1981), pp. 116-117. En este libro Von Mises no ve tanto una incompatibilidad básica entre matemáticas y economía como la inutilidad del uso de las primeras en la segunda.

¹⁹ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 24-34.

²⁰ *Ibíd.*, op. cit., p. 35.

caras simétricas de una misma noción. Por eso cuando los historicistas naturalistas destacan la predicción como uno de los objetivos empíricos de las ciencias sociales, Popper coincide con ellos. “¿Si la astronomía puede predecir eclipses, por qué no puede la sociología predecir revoluciones?”²¹ Pero los historicistas (de la definición de Popper) insisten en que las predicciones no pueden tener la esperanza de alcanzar la precisión de las ciencias naturales y ni siquiera deben intentarlo. Por otro lado, en las ciencias sociales, para estos mismos historicistas, no hay leyes generales que valgan para todos los períodos de la sociedad.

La restricción del historicismo con respecto al uso de leyes válidas, independientemente de toda especificidad temporal, constituye una diferencia fundamental con Popper. La noción de *novedad radical*, acuñada por Donagan, a la que nos hemos referido anteriormente, incluye en el caso del historicismo la diferenciación de las leyes para períodos históricos distintos. Sin embargo, al considerar a algunos historicistas, como Toynbee, que suponen la permanencia de las mismas leyes a través del tiempo, la situación se altera llamativamente. Lo veremos algo más adelante.

Las predicciones, según los historicistas, por tanto sólo deben ser cualitativas, vagas y de largo plazo, de manera que ese margen inevitable de incertidumbre no tenga importancia. Por esa razón los historicistas sólo se preocupan de temas de gran amplitud: crecimiento y decadencia de los sistemas políticos, prosperidad y depresión, y por sobre todo revoluciones a través de las cuales un período histórico es sucedido por otro, ya que las únicas leyes válidas de la historia son las de transición de un período a otro²².

En relación con las predicciones Popper distingue dos tipos de uso pragmático de las mismas: la *profecía histórica* y la *ingeniería social*. La primera es la predicción de un evento que no podemos modificar. La otra se refiere a los pasos que debemos seguir si queremos alcanzar ciertos resultados, que son los que predecimos si damos los pasos especificados.

Los historicistas se inclinan por la profecía histórica y no creen en la ingeniería social. Notemos de paso que profecía e ingeniería social no coinciden con predicciones de largo y de corto plazo²³.

Popper resume finalmente así las determinaciones fundamentales de aquello que propone denominar historicismo²⁴:

²¹ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., p. 36.

²² Ibídem, pp. 38, 41; Donagan, op. cit., pp. 912-913. El caso de la prosperidad y depresión merece un tratamiento más extenso. Volveré a ello más adelante.

²³ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 42-45.

²⁴ Ibídem, p. 45.

- i) Las ciencias sociales son nada más que historia.
- ii) Pero no historia en el sentido de una mera crónica de eventos²⁵. La historia en la que piensa el historicismo no sólo mira hacia atrás, sino especialmente hacia adelante, hacia el futuro.
- iii) Esta historia es el estudio de las fuerzas que operan hacia el futuro, y sobre todo de las leyes de desarrollo social. Como las únicas leyes válidas universalmente son las históricas, éstas son exclusivamente las que deben recibir nuestra atención. Son las leyes de cambio, de desarrollo.
- iv) Por tanto, según los historicistas, los estudiosos de las ciencias sociales deben tratar de tener una idea general de las *tendencias más amplias* de acuerdo con las cuales cambia la estructura social.
- v) Deberían también entender las causas de este proceso.
- vi) Y finalmente deberían formular hipótesis acerca de las tendencias generales que subyacen el desarrollo social, formulando profecías al respecto, de manera que los seres humanos puedan adaptarse a los cambios inminentes²⁶.

IV

Antes de seguir adelante, considerando la distinción que Popper hace entre la *profecía* del historicismo y la *ingeniería social* que él propone, examinemos la otra distinción que tanto Donagan y Popper mismo intentan entre el término historismo e historicismo, distinción a la que nos hemos referido en el acápite I.

La diferenciación que Donagan marca y Popper avala no parece corresponder a la forma en que los historistas delimitaron su concepto. Prácticamente casi todas las notas distintivas que Popper considera definitorias del historicismo no naturalista ya están expresadas en los historistas. Más aún, para muchos autores que escribieron en la época en que se publicó *La miseria del historicismo* y todavía antes, el punto de vista historicista (que arrancaba de Herder o antes) abarcaba a los que normalmente en alemán se denominaban historistas²⁷.

²⁵ Para algunas consideraciones sobre las posibles variantes de "historia", ver Óscar Cornblit, "Acontecimientos y leyes en la explicación histórica", en Óscar Cornblit (compilador), *Dilemas del conocimiento histórico: Argumentaciones y controversias* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992), pp. 254-255.

²⁶ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, p. 45.

²⁷ Ver Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo* (Giulio Einaudi Editore, 1956). El libro es de 1956 e incluye en la misma corriente a los historistas tradicionales, como Herder, Goethe o Ranke, y a los que Popper llamará historicistas, como Dilthey, Spengler y

Por ejemplo, la inaplicabilidad de los métodos de las ciencias naturales en las sociales fue considerada un principio fundamental por Herder y Ranke, historistas por antonomasia, al igual que por Dilthey²⁸, quien por otra parte fue considerado por Popper uno de los causantes de su crítica al historicismo.

Hay que tener en cuenta que otro de los autores que motivó más decididamente la denominación “historicista” fue Karl Mannheim. Mencionando el libro *El hombre y la sociedad en una época de reconstrucción* de este último, Popper escribió: “Este libro es la exposición más elaborada de un programa holista e historicista y por tanto lo singularizo especialmente para criticarlo”. Y, efectivamente, Popper encuentra buena parte de las dimensiones historicistas representadas en él²⁹. Sin embargo Mannheim fue considerado un historista por Raymond Aron en publicaciones anteriores y posteriores a *La miseria del historicismo*³⁰. Todas estas observaciones ilustran la superposición de ambos términos, de tal manera que pueden considerarse sinónimos.

Muchos de los historicistas, por otra parte, no separaron tan tajantemente las metodologías apropiadas para las ciencias sociales y las naturales. Aun el mismo Dilthey buscó una convergencia entre las que él denominó “ciencias del espíritu” y las naturales³¹. Hay que tener en cuenta que Dilthey es anterior a las ideas falibilistas en la filosofía del conocimiento de las ciencias naturales, y por tanto puede interpretarse su utilización del método

Toynbee, entre otros. Rossi no menciona la obra de Popper, a la que evidentemente no conocía en el momento de su publicación. Croce se autodefine como historicista (exactamente en esos términos) en su obra de 1938, *La storia come pensiero e come azione* (Gius, Laterza e Figli, Bari), pp. 53-55. Entre las muchas características del historicismo, Croce señala su relativismo, que coincide con una de las dimensiones popperianas.

²⁸ Wilhelm Dilthey, “Ideas acerca de una psicología descriptiva y analítica” [1894], en E. Imaz (editor), Dilthey W., *Obras* (México: Fondo de Cultura Económica, 1978), Tomo VI, p. 196. Para Herder ver Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis* [1936], (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), p. 329. Para Ranke, Leonard Krieger, *Ranke, The Meaning of History* (Chicago: The University of Chicago Press, 1977), p. 346.

²⁹ Ver K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, pp. 67, 78-81, 99-102, entre otras.

³⁰ Ver Raymond Aron, *La sociologie allemande contemporaine* (París: Librairie Félix Alcan, 1935), p. 82. Aron considera que Mannheim lleva a sus extremos al historismo alemán. En “La philosophie de l’histoire”, escrito en 1946, vuelve a usar el término historista para referirse a Spengler. Ver Raymond Aron, *Dimensions de la conscience historique* (París: Plon, 1961), pp. 24-25.

³¹ Ver Óscar Cornblit, “Debates clásicos y actuales sobre la historia”, en Óscar Cornblit, *Dilemas de conocimiento histórico...*, *op. cit.*, pp. 14-51, donde se analizan varios historicistas y se cita bibliografía de ellos y sobre ellos. En particular se analizan las tendencias científico-naturales de Dilthey.

de la comprensión como una tentativa de reproducir en las ciencias humanas las certezas que suponía se lograban en las ciencias naturales. Escribió por ejemplo que si las ciencias humanas no usaban la comprensión y en cambio se basaban en los mismos métodos que las ciencias experimentales, “no obtendrían más que hipótesis por todas partes” y ninguna certidumbre³². Popper hubiera estado de acuerdo tanto para las ciencias naturales como para las del espíritu, añadiendo quizás que la comprensión no mejoraría en esencia la situación en estas últimas.

De manera que prácticamente todos los elementos definitorios del concepto de historicismo en Popper están en los historicistas clásicos: novedad irreductible de cada acontecimiento histórico, la necesidad de encontrar las tendencias fundamentales de la historia de la humanidad³³, el significado y el destino de cada pueblo, las etapas ineludibles del desarrollo histórico, etc.³⁴

Una novedad sin duda fue la inclusión de John Stuart Mill entre los historicistas (naturalistas). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que corresponde al período en el que Mill se movió bajo la influencia de Comte. En un cierto momento se apartó de este último y allí es más difícil caracterizar sus posiciones filosóficas dentro del esquema de Popper³⁵.

Otra de las características que Popper asigna excluyentemente al historicismo es el uso del método de la comprensión (*verstehen*), cuestión a la que nos hemos referido al mencionar a Dilthey. Este método no sería utilizado, según Popper, por las ciencias naturales, aun en el caso en que intente aplicarse a la psicología, la sociología o la historia. Sin embargo muchos popperianos consideran que la “comprensión” es parte inherente al método naturalista aplicado a las ciencias sociales y significa básicamente aprovechar la experiencia del investigador y su conocimiento de las leyes

³² Ver W. Dilthey, “Ideas acerca de una psicología descriptiva y analítica”, en Eugenio Imaz (editor), *Obras* (México: Fondo de Cultura Económica, 1944), Tomo VI, p. 196.

³³ Ranke tuvo una especial preocupación por encontrar las grandes tendencias “históricas y antihistóricas” que determinaban el curso de la historia de la humanidad. Por ejemplo, cuando el rey Maximiliano II de Baviera le pidió en la década de 1850 que determinara la “tendencia universal dominante en nuestro siglo”, Ranke la singularizó como el conflicto entre el principio popular revolucionario y el monárquico contrarrevolucionario. Consideró por otra parte que la comprensión de esta dualidad permitía entender las dualidades de la historia pasada. Ver Óscar Cornblit, *Dilemas...*, *op. cit.*, p. 17, y Leonard Krieger, *op. cit.*, pp. 240-242, 300.

³⁴ Óscar Cornblit, *loc. cit.*; Meinecke, *op. cit.*, p. 338; Krieger, *op. cit.*, pp. 345-357; Gottfried Eisermann, *Die Grundlagen des Historismus in der Deutschen Nationalökonomie* (Stuttgart: Ferdinand Enke Verlag, 1956). Eisermann analiza fundamentalmente a Roscher (1817-1894), Hildebrand (1812-1886) y Knies (1821-1898).

³⁵ Óscar Cornblit, *op. cit.*, p. 44. La trayectoria de Comte, en cambio, fue acentuando los rasgos historicistas. Ver Óscar Cornblit y Horacio Spector, *Fundamentos de la propiedad* (Buenos Aires: Ceppa, 1994), pp. 54-58.

que subyacen en el comportamiento social para aplicar este conocimiento a situaciones determinadas³⁶.

En definitiva y para terminar esta consideración sobre el concepto de historicismo en Popper, señalaría dos cuestiones: la primera, que el concepto de historicismo definido por él contiene al más clásico historicismo de la filosofía de la historia clásica alemana; la segunda, que buena parte de los historicistas no excluyeron el uso de los métodos de las ciencias naturales sino que los consideraron complementarios de aquellos que podrían ser propios de las ciencias sociales. Por tanto la división de los historicistas entre antinaturalistas y pronaturalistas parece difícil de mantener, a menos que se ubique entre los primeros a los más extremos e irreductibles como Möser o Görres³⁷.

V

Profecía e ingeniería social son dos conceptos difíciles de distinguir según el mismo Popper reconoce, pero no quiere decir que sean indiferenciables. En primer lugar hay que tener en cuenta que Popper acepta la existencia de leyes sociales generales y permanentes que, convenientemente formuladas y aplicadas en situaciones en las que se conocen los datos relevantes para un tiempo T_0 inicial pueden explicar (o predecir) los acontecimientos para un tiempo T_n posterior. Más en general, Popper define a través de este mecanismo la noción de causa³⁸.

Según Popper, la diferencia entre ambos conceptos se fundamenta en el hecho de que la profecía basa sus conclusiones en la existencia de *tendencias absolutas*, que actúan independientemente de toda variación en las condiciones que rodeen a dicha tendencia. Así, la teoría de Toynbee sobre la inevitabilidad de las etapas del transcurso de cada una de sus civilizaciones, o la de Marx sobre el inexorable salto del sistema capitalista al comunismo, son profecías en el sentido de que ocurren independientemente de lo que suceda ya sea dentro de la sociedad especificada o fuera de ella, salvo la culminación de las etapas correspondientes del desarrollo de la civilización en cuestión. Por otra parte, los seres humanos no pueden alterar básicamente este devenir inexorable, aunque sí acelerarlo (o quizás retardarlo).³⁹

³⁶ Ver Hans Albert, "Hermeneutics and Economics", *Kyklos*, Vol. 41, 1988, Fasc. 4, p. 575.

³⁷ Ver Óscar Cornblit, *Dilemas...*, *op. cit.*, pp. 41-42.

³⁸ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, *op. cit.*, p. 122.

³⁹ Una muy buena discusión sobre la diferencia entre leyes y tendencias puede encontrarse en Donagan, *op. cit.*, pp. 918-921.

Pero quien quiere hacer ingeniería social al estilo de Popper debe indudablemente utilizar en cada una de las situaciones en que desea llevarla a cabo una combinación de leyes y tendencias, además de hipótesis más o menos precisas acerca de las condiciones que dan contorno al estado especificado. ¿Qué diferenciaría aquí la profecía de la ingeniería social? Si bien Popper señala que una demarcación prolija entre ambas no es posible y que la diferencia fundamental es de puntos de vista, aparentemente juega un rol fundamental la amplitud de las metas buscadas. La profecía tiene ambiciones desmedidas de producir cambios totales en la sociedad, y por tanto es incapaz de tener en cuenta las consecuencias más importantes, grandes o pequeñas, del cambio que se intenta. La ingeniería social, con su aproximación de pequeños pasos, puede criticar las consecuencias y corregir los pasos realizados si éstos prueban ser inconvenientes⁴⁰.

Una de las preocupaciones que, de acuerdo con Popper y como he señalado en una nota anterior, sería típica del historicismo, es establecer las condiciones generales de la prosperidad y depresión económicas. Parece exagerado, sin embargo, llamar historicistas a todos los economistas que han debatido y debaten la cuestión desde los más distintos puntos de vista. No resulta adecuado aplicar esta denominación a los nombres de Friedman, Hayek, Tobin, Keynes, Lucas, Solow, Hicks, Krugman, Von Mises, y tantos otros que han discutido las consecuencias de las distintas políticas monetarias, de la mayor o menor intervención del Estado, del volumen de gasto público, del déficit del Estado, del tipo e intensidad de los impuestos, del nivel de intereses, del sistema bancario, etc., sobre la prosperidad o depresión económicas.

En el problema de la demarcación tan nebulosa entre la profecía y la ingeniería social podemos agregar todavía más elementos que suman a la confusión. Con algunas pocas modificaciones es posible transformar un historicista como Toynbee (ya me he referido al asunto) en un no-historicista. Basta con añadir los requisitos que permitan establecer las condiciones bajo las cuales una civilización puede considerarse toynbeeana. Si esos requisitos se cumplen, contamos con la posibilidad de aplicar leyes que tienen en cuenta las condiciones iniciales que dan contorno a la situación histórica⁴¹. Es decir, muchos autores considerados historicistas podrían dejar de serlo si especificaran las condiciones iniciales dentro de las cuales se cumplirían sus predicciones. Esto no quiere decir que fuera sencillo o posible contar con

⁴⁰ K. Popper, *The Poverty of Historicism*, op. cit., pp. 67-69.

⁴¹ Donagan, op. cit., p. 919. Popper, en p. 1172 del mismo volumen, parece aceptar las consideraciones de Donagan.

los datos necesarios para especificar estas condiciones iniciales, pero sí muestra que distinguir un profeta histórico de un ingeniero social no es tarea fácil.

Algunos han tratado de deducir de la postura de Popper una inclinación de éste hacia la socialdemocracia⁴². O también que su ingeniería social es en realidad otro historicismo disfrazado de buenos deseos científicos⁴³. Pero si se siguiera de modo riguroso su posición, pareciera más bien defensora de movimientos pequeños a partir del *statu quo* y contraria a la adopción de posiciones generales totalizadoras, siempre que este *statu quo* contenga disposiciones que preserven la democracia y la libertad. Así, si una sociedad se encuentra en una posición de predominante intervencionismo con respecto a la participación del Estado en la economía, Popper aparentemente propondría cambios muy cautelosos y prudentes en el caso de que los “ingenieros sociales” aconsejaren disminuir la intervención del Estado. Un cambio repentino que altere de manera fundamental el porcentaje de participación del Estado en la economía sería aparentemente desaconsejado por la ingeniería social popperiana. Pero lo mismo valdría si la posición inicial de la sociedad fuera predominantemente la de una economía de mercado. No parece adecuado en cambio calificar al mismo Popper de historicista, ya que esta misma afirmación sobre la conveniencia de pequeños desplazamientos puede ser, en principio, puesta a prueba.

VI

Popper subrayó siempre que la explicación de acontecimientos singulares en las ciencias sociales tenía la misma estructura que en las ciencias naturales. Para decir que un conjunto de observaciones *O_i* son explicadas por los acontecimientos *A_i* debe existir un conjunto de leyes *L_i* (una o más leyes), tales que de las *A_i* y las *L_i* se deduzcan las *O_i*. Decimos entonces que los acontecimientos *A_i* son causa de los *O_i*.

⁴² Ver Robert Ackermann, “Popper and German Social Philosophy”, en Currie y Musgrave (editores), *Popper and the Human Sciences* (Dordrecht: Martinus Nijhoff Publishers, 1985), p. 165; Schwartz, Rodríguez Braun y Méndez Ibisate (editores), *Encuentro con Karl Popper* (Madrid: Alianza Editorial, 1993), p. 13; Lührs, Sarrazin, Spreer y Tietzel (compiladores), *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie* (Berlín: Verlag Dietz Nachf. GmbH, 1975); Bryan Magee, *Popper* (Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1974), pp. 108-114. En p. 114 reconoce que Popper ya no es socialista pero que sus ideas constituyen una buena base para la socialdemocracia.

⁴³ Ver Anthony de Jasay, “Lo que se tuerce no se contrasta”, en Schwartz, Rodríguez Braun *et al.*, *op. cit.*, pp. 185-204.

A partir de la noción de causa establecida por Popper, Hempel desarrolló lo que para él constituía un esquema ideal de explicación histórica completa. Como el desarrollo de Hempel se mueve dentro de la concepción popperiana, y dado que permite la formulación pulcra de las concepciones de Popper, podemos considerar que dicha formulación constituye una elaboración natural de las ideas de este último.

Una situación histórica, por tanto, sería explicada por las condiciones iniciales A_i si disponemos un conjunto de una o más leyes L_i que nos permitan deducir los acontecimientos O_i observados en un tiempo posterior al de las A_i .

Esquemáticamente, Hempel escribió así esta formulación:

$$\begin{array}{ll} A_1, A_2, \dots & A_n \\ L_1, L_2, \dots & L_t \\ \hline O_1, O_2, \dots & O_s \end{array} \quad ^{44}$$

Según él, una explicación histórica no pasaba de ser un bosquejo si no adquiría esta forma, que despliega con toda transparencia la estructura causal a través de las leyes que la sustentan. Aunque quizás Popper no hubiera sido tan exigente como para requerir una enunciación tan clara, creo que las ideas fundamentales de Hempel reflejan el pensamiento de aquél.

Pero el problema de la presentación de Popper-Hempel es que la noción de causa no ha podido hasta ahora ser fundamentada con el esquema propuesto por ellos sin recurrir a la misma noción que se intenta fundamentar. Es decir que cuando se ligan dos o más acontecimientos en una exposición histórica, diciendo que uno o unos son causa de otro u otros, no hay obligación explícita de señalar leyes que los vinculen⁴⁵.

Esta es la razón fundamental por la cual es cuestionable la utilización del esquema propuesto en las explicaciones históricas. No lo es en cambio una de las razones más comunes que se avanzan en su contra: la de que las

⁴⁴ Hempel ha publicado numerosos artículos sobre el tema. Ver de este autor "The Function of General Laws in History" [1942], en Feigl y Sellars (editores), *Readings in Philosophical Analysis* (Nueva York: Apple-Century Crofts), pp. 459-471, y *Aspects of Scientific Explanation* (Nueva York: The Free Press, 1965), pp. 331 y ss.

⁴⁵ Para una discusión más extensa de la cuestión, ver Óscar Cornblit, "Acontecimientos y leyes en la explicación histórica", en Óscar Cornblit (compilador), *Dilemas... op. cit.*, pp. 253-278. También Óscar Cornblit, "Las concepciones de Hempel y de Von Wright de la explicación en historia", en Reyes Mate (editor), *Filosofía de la Historia* (Madrid: Editorial Trotta, 1993), pp. 229-251. En este trabajo se esbozan las críticas de Von Wright a la noción de causa de Popper-Hempel y su propuesta alternativa.

situaciones históricas son irrepetibles. Obsérvese que ésta es una cuestión que toca a la ontología subyacente que adoptemos. Si en ella los acontecimientos históricos se repiten, entonces no hay dificultades en establecer leyes que, dadas las mismas condiciones, produzcan los mismos efectos. Téngase en cuenta que en los acontecimientos naturales podríamos análogamente adoptar una ontología repetitiva o no repetitiva. Podríamos por ejemplo decir que la Luna vuelve a dar otra vuelta alrededor de la Tierra o, por el contrario, dentro de una ontología que no acepte repeticiones, que cada una de las vueltas es un acontecimiento *nuevo*, diferente del anterior.

Muchas de las afirmaciones del historicismo podrían reinterpretarse bajo esta luz. Por ejemplo, cuando Meinecke considera que el historicismo es generalizador e individualizador al mismo tiempo, podría querer decir, en una posible interpretación, que si bien en las situaciones históricas los acontecimientos que las conforman son repetibles, la enorme multiplicidad de dimensiones que los definen los transforman, para todos los efectos, en únicos⁴⁶.

Además, el hecho de que toda afirmación causal no requiera ser traducida bajo un esquema legal, no quiere decir que no convenga hacerlo en el caso en que pueda lograrse, ya que las leyes explicitadas son muy útiles para aclarar las relaciones causales y al mismo tiempo instrumentos poderosos para la posible predicción⁴⁷.

Sí queda descartada la afirmación de Hempel (compartida quizás por Popper) de que una narración sin leyes explícitas no pasa de ser un bosquejo, sin llegar a ser una exposición histórica completa.

VII

Cabe plantearnos la pregunta de que si fuera posible la fundamentación de la noción de causalidad a partir del concepto de regularidad y el más fundamental de ley universal, esto no alteraría las consideraciones anteriores.

A primera vista pareciera que sí. No habría entonces explicaciones históricas sin leyes que las fundamenten y una narración sería una exposición limitada y esquemática del pasado.

Pero la respuesta no es tan sencilla.

Supongamos, para lo fines de este razonamiento, que se haya logrado fundamentar satisfactoriamente el concepto de causalidad a partir de la idea de regularidad.

⁴⁶ Para esta conceptualización ver Meinecke, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁷ Ver Óscar Cornblit, "Acontecimientos...", *op. cit.*, pp. 269 y ss.

Podríamos entonces, en principio, explicar una situación histórica determinada mediante el esquema de Popper-Hempel formulado más arriba.

Sin embargo, se ha hecho una primera objeción a esta posibilidad basándose en las probables características de las leyes Li que ligan los acontecimientos iniciales Ai con los Oi que se quieren explicar. Estas leyes serán probablemente leyes matemáticamente “complicadas”, por ejemplo funciones con derivadas elevadas a una potencia igual o mayor que dos, o funciones discontinuas que se comportan de manera totalmente diferente según sea el rango en el que se muevan las variables involucradas. Un sistema de funciones de este tipo presenta características caóticas en el sentido de que pequeñas variaciones en las condiciones iniciales producen cambios de gran envergadura en los resultados Oi ⁴⁸.

La consecuencia de esta situación es que la narración constituye la única explicación factible, ya que una pequeña modificación en las características de las leyes o en los datos iniciales parece más un hecho arbitrario que real.

Pero hagamos ahora una nueva suposición simplificadora. Consideremos que las leyes son simples, expresadas por funciones que se “comportan bien” y que no den lugar a resultados caóticos. ¿Podríamos en este caso aseverar que una explicación histórica completa requiere siempre una formulación en términos de leyes explícitas, y que la narración es una explicación rudimentaria que necesita del paso posterior indicado para alcanzar un estadio adecuado?

Para contestar esta pregunta recordemos que para establecer una relación causal, en la versión de Popper, necesitamos una o más leyes que ligen los acontecimientos iniciales con aquellos que serán las consecuencias de los mismos.

⁴⁸ Sobre esta cuestión ver D. M. McCloskey, “History, Differential Equations and the Problem of Narration”, *History and Theory*, 1 (1991), pp. 21-36; G. A. Reisch, “Chaos, History and Narrative”, *History and Theory*, 1 (1991), pp. 1-20; y P. Suppes, “Explaining the Unpredictable”, *Erkenntnis*, 1, 2 y 3 (1985), pp. 187-195. Yo he construido también un modelo de numerosas funciones y gran cantidad de datos iniciales tratando de dar cuenta de los acontecimientos políticos que se desarrollaron alrededor de 1780 en Cuzco y Oruro durante las grandes rebeliones de esa época (llamadas de Túpac Amaru). La mayoría de las funciones utilizadas fueron matemáticamente complicadas, en el sentido descrito antes. El resultado fue la extrema sensibilidad de los datos obtenidos a pequeñas variaciones en los datos iniciales o en las características de las funciones. Ver Óscar Cornblit, “Cambio político en Cuzco y Oruro a fines del siglo XVIII. Un estudio comparado de simulación”, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1970 (mimeografiado), y Óscar Cornblit, “A Model of Short Run Political Change”, en Laponce y Smoker (editores), *Experimentation and Simulation in Political Science* (Toronto University Press, 1972), pp. 225-258.

Pero ¿cuántas son las leyes que se necesitan en una situación histórica determinada? Está claro que una sola no alcanza, y justamente una de las críticas fundamentales de Popper al historicismo es su pretensión de encontrar una ley que dé cuenta de todo el desarrollo de la humanidad.

En general las ciencias naturales se han desenvuelto con relativamente pocas leyes y en algunas ciencias sociales, como en el caso de la teoría marginalista en economía, se ha intentado reproducir esa situación.

En la circunstancia de la historia, el número de posibles leyes es claramente mayor. En el trabajo realizado por mí, y al que me he referido⁴⁹, las leyes especificadas (ecuaciones de comportamiento) son alrededor de cien (el número depende de la forma de contarlas) y puede considerarse un modelo muy simplificado. En el caso de la teoría psicoanalítica, se ha estimado que para fundamentar adecuadamente la disciplina se necesitan alrededor de dos mil leyes⁵⁰.

Para un estudio histórico elaborado, la cantidad de variables y ecuaciones es considerablemente mayor, ya que hay que incluir datos culturales, institucionales, económicos, políticos, de personalidad y de carácter de gran cantidad de individuos y conjuntos de individuos que pueden considerarse que actúan con cierta homogeneidad. La cantidad puede alcanzar las decenas de miles o los cientos de miles, o quizás más.

Un programa de formulación de estas funciones, junto con la determinación de las condiciones iniciales de las variables, se transforma en definitiva en una narración de los estados de cada una de las variables y de las hipótesis que las vinculan causalmente, más o menos dentro del estilo de lo que hoy hacen las exposiciones históricas consideradas adecuadas. Ésta parece ser la conclusión por extraer de la propuesta popperiana acerca de la explicación en el caso de la historia.

Esto no quiere decir que en circunstancias más limitadas no se puedan formular modelos más o menos exitosos que contengan un número relativamente reducido de leyes y variables. Un intento bien conocido es el de la teoría económica marginalista, que ya he mencionado, y derivaciones más recientes de la misma. Es un intento, con todo, muy cuestionado desde ángulos muy diversos, y constantemente se intenta ampliar las variables involucradas o directamente dejar de lado el modelo. Otro ámbito donde se han intentado análogas tentativas es el de las consecuencias políticas de los sistemas electorales, o más en general el de los comportamientos políticos

⁴⁹ Óscar Cornblit, "Cambio político...", *op. cit.*

⁵⁰ Ver Gregorio Klimovsky, *Las desventuras del conocimiento científico* (Buenos Aires: A-Z Ed., 1994), p. 166, donde se hace esta estimación.

de los electores. Una ley que se ha intentado probar es que los sistemas electorales con circunscripciones uninominales tienden a generar sistemas bipartidistas, aunque no siempre se han definido claramente las condiciones en las cuales se puede cumplir esta ley. De cualquier manera, dada una ley general es usual, luego, restringir sus ámbitos de aplicación mediante limitaciones a los rangos de las variables que forman parte del modelo. Sin embargo, como en la situación de las teorías económicas, un área en la que parecía que podrían obtenerse resultados robustos con pocas variables se ha ido complicando progresivamente, y es difícil hoy encontrar ejemplos satisfactorios de explicaciones en ciencias sociales con un reducido número de dimensiones⁵¹. □

⁵¹ Ver Dennis C. Mueller, *Public Choice* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), pp. 112-116, para un análisis de la tendencia al bipartidismo. Pero estas conclusiones hoy están siendo cuestionadas por una abundante literatura al respecto. Para una muestra de estos cuestionamientos ver Gary W. Cox, "Electoral Equilibrium in Double Member Districts", *Public Choice*, Vol. 44, N° 3 (1984), pp. 443-451. Para otros temas de comportamientos electorales, incluido el de la tendencia al bipartidismo, consultar S. G. Wright y W. H. Riker, "Plurality and Runoff Systems and Number of Candidates", *Public Choice*, Vol. 60, N° 2 (1989), pp. 155-175; W. Mark Crain y R. D. Tollison (editores), *Predicting Politics: Essays in Empirical Public Choice* (Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1990); S. Merrill III, "Voting Behaviour under the Directional Spatial Model of Electoral Competition", *Public Choice*, Vol. 77, N° 4 (1993), pp. 739-756. Un trabajo interesante que intenta vincular la teoría de las expectativas racionales con el comportamiento político es el de M. Suzuki, "Evolutionary Voter Sophistication and Political Business Cycles", *Public Choice*, Vol. 81, N° 3-4 (1994), pp. 241-261.

EL UNIVERSO ABIERTO DE KARL POPPER

Jorge Estrella

Como pocos filósofos, Karl Popper ha indicado rumbos que este siglo XX finalmente está haciendo suyos. Tras un itinerario prolongado de cerrada apuesta por modelos tribales de sociedad, los tramos finales del siglo en Occidente asumen progresivamente la convicción de la “sociedad abierta”. Y como esa sociedad abierta, la naturaleza, la vida, el conocimiento, acceden también “creativamente” a sus niveles de mayor complejidad.

La exposición que sigue procura mostrar la afinidad de perspectivas con que este notable filósofo, fallecido en agosto de 1994, examinó el universo, la ciencia, el hombre y lo social.

Pocos filósofos de este siglo han ejercido tanta influencia en el pensamiento actual como Karl Popper. Y no porque su filosofía haya seguido un rumbo simple, afín con el sentido común. Todo lo contrario: el pensamiento de este autor ha escogido invariablemente la defensa de tesis que van contra la corriente, que remecan al sentido común y a las filosofías más o menos previsibles asumidas por las mayorías.

JORGE ESTRELLA. Profesor de Filosofía de las Ciencias en la Universidad de Chile desde 1967. Realizó sus estudios en la Universidad Nacional de Tucumán (Argentina), en la Universidad de Chile y en la Universidad de París (Sorbonne, Vincennes). Autor de varios libros sobre temas de epistemología, lógica e historia de las ciencias, ha cultivado también la narrativa. Su ensayo “Tres razones para la libertad”, aparecido en *Estudios Públicos*, 18 (1985), ganó el premio José Martí de la Asociación de Críticos de Arte (Miami, EE. UU., 1985).

En un siglo que se entusiasmaba con “las leyes inexorables de la historia” declamadas por el totalitarismo marxista, Popper tuvo el coraje y el talento necesarios para demostrar que el curso de la historia humana es impredecible; cuando el positivismo había convencido a medio mundo de que la ciencia es antimetafísica, que las teorías nacen de la experiencia y se justifican en ella mediante verificaciones precisas, Popper reivindicó a la tarea científica como un ejercicio fundado en suposiciones metafísicas que no adquiere por experiencia sus teorías sino por invención; y que no las justifica en verificaciones sino que procura refutarlas para ver si sobreviven a ese intento y muestran, así, su temple; que no hay verdades finales o esencias últimas ya encontradas por el conocimiento (como suelen creer no sólo el sentido común sino también numerosos científicos y filósofos) sino que la ciencia es una aventura de búsqueda sin término; en una cultura contemporánea donde señorean las tesis conductistas que niegan la existencia de los fenómenos mentales en nombre de un monismo materialista supuestamente inspirador de la ciencia, Popper defendió resueltamente el dualismo alma-cuerpo; si el determinismo ha sido hasta hace poco tiempo una ideología tácita, Popper se anticipó a examinarla rudamente y a sostener la verosimilitud del indeterminismo; mientras en la tradición europea aparecía como algo suficientemente demostrado que los procedimientos de las ciencias de la naturaleza y los de las ciencias de la cultura son diversos e irreductibles, Popper sostuvo la unidad del método en ambas esferas del saber, destacando que toda ciencia (llámese historia o física) parte de problemas relevantes a los que procura dar respuestas mediante conjeturas que luego somete a controles severos; cuando la filosofía parecía atrapada entre, por una parte, un logicismo que se prohibía a sí mismo hablar sobre el mundo y se dedicaba al “análisis del lenguaje científico” y, por otra, una densa metafísica, enamorada de absolutos, que abandonaba este mundo para “pensar el ser”, la filosofía de Popper escogía para sí el viejo compromiso griego de hablar con tino y coherencia sobre el universo y el hombre.

Esta enumeración podría continuar. Pero es suficiente para destacar que la filosofía de este autor es un pensamiento a contrapelo de la mirada habitual, dismanteladora de prejuicios arraigados. ¿Por qué su éxito, entonces? Quizás por la poderosa lógica de sus análisis, por la penetración de su realismo. Acaso también por la inusual claridad de sus ensayos.

1. Universo abierto-Sociedad abierta

Karl Popper (1902-1994) forma parte de una vigorosa tradición filosófica austriaca que en este siglo ha centrado su interés en la tarea científica

y en sus resultados. A ella pertenecen, por ejemplo, Carl Hempel, Herbert Feigl, Rudolf Carnap. Popper fue contemporáneo de otros pensadores significativos en distintas áreas de la ciencia, como Kurt Gödel, Karl Bühler, Philipp Frank o Richard von Mises, miembros de la misma tradición filosófica.

El pensamiento de éstos y otros autores da un sello propio a la filosofía austriaca, considerablemente distinto al del resto de la Europa continental. Hablan un lenguaje común y, a pesar de sus marcadas diferencias, están atentos a los resultados obtenidos por las ciencias.

En la tradición filosófica europea de inspiración científica se venía aceptando, desde los tiempos modernos, y especialmente bajo la influencia de la mecánica newtoniana, una visión determinista del universo. Las predicciones realizadas por las distintas ciencias y que luego se ven corroboradas en los hechos, alimentaron la convicción de que el universo está constituido por fenómenos regidos por leyes. Conociendo estas leyes y sabiendo, además, la situación en que se encuentra un orden cualquiera de fenómenos, podemos anticipar sus estados futuros. Y también reconstruir sus estados pasados.

La convicción determinista tiene la virtud de alentar la búsqueda de leyes y, así, de fomentar nuestro conocimiento. Si los científicos abandonaran la expectativa de encontrar patrones estables tras el fenómeno (siempre transitorio e inestable), ¿qué buscarían entonces? ¿Les quedaría acaso algún motivo para investigar?

El determinismo, aunque reforzado por la ciencia moderna, es una antigua opción filosófica. En una de sus formulaciones sostiene simplemente que “el futuro es tan inmodificable como el pasado” (Cicerón). De modo que el universo aparece como el despliegue temporal de una sostenida identidad; como una apariencia variada, plural y engañosa de su trasfondo único. Un mundo clausurado, cerrado, donde no cabe novedad alguna, autocontenido y previsible desde dentro si hemos logrado conocer sus leyes “eternas”. El adagio “nada nuevo hay bajo el Sol” resume esta creencia.

Tal imagen ordenada del mundo en que vivimos puede ser cautivante para muchos. A otros nos resulta claustrofóbica, asfixiante. Quizás se trate de dos opciones metafísicas, de preferencias espirituales que sirven de sostén a personas y a culturas distintas. Pero sin duda a Popper el determinismo le pareció no sólo un asunto de preferencias. Sostuvo que se trata de una opción falsa. Y como fue siempre un argumentador formidable, dio razones para sostener esa falsedad. Recordaré aquí, brevemente, algunas de esas razones.

El argumento más general consiste en distinguir entre el mundo real y las diferentes visiones que de él nos dan nuestras teorías. Si contamos con

una teoría determinista e inferimos que el mundo referido por ella también lo es, confundimos nuestra construcción teórica con la realidad. Un error imperdonable para cualquier filosofía suficientemente concedora de la historia de las ciencias como aproximaciones sucesivas a lo real. “Si tenemos bien presente —dice Popper— que nuestras teorías son nuestra propia obra, que somos falibles y que nuestras teorías reflejan nuestra falibilidad, entonces dudaremos de que las características generales de nuestras teorías, tales como su simplicidad o su determinismo *prima facie*, correspondan a las características del mundo real”¹. Para hacer más intuible esta objeción al determinismo, recordemos un ejemplo del mismo Popper. Cuando formulamos un conocimiento, una ley por ejemplo, recurrimos inevitablemente a un lenguaje donde hay un sujeto y un predicado. “Pero sería un error concluir del hecho de que una oración de sujeto-predicado [...] haya tenido bastante éxito en su descripción del mundo, o incluso del hecho de que sea verdadera, que el mundo tiene una estructura de sujeto-predicado, o que está formado por sustancias que tienen ciertas propiedades”².

La filosofía sabe, especialmente desde Kant, que no debemos confundir el ámbito objetivo (*noúmeno*) con el orden de nuestras representaciones (*fenómeno*), el objeto real con el objeto construido desde nuestro conocimiento. Se trata de un costoso aprendizaje de humildad ante la riqueza sin término de la realidad: cuando creemos capturarla en nuestras representaciones, siempre surge una dificultad, un conflicto entre hechos y teorías que nos obliga a revisar éstas. Un proceso autocorrectivo que no tiene término previsible.

Esa lección de humildad no siempre ha sido asimilada. Un físico como Stephen Hawking, por ejemplo, alienta la esperanza de contar, en unos veinte años más, con “una teoría unificada completa”. Y una teoría semejante traería consigo “el final de los físicos teóricos”³.

Pero lo cierto es que no podemos saber hoy lo que sabremos mañana. “No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el futuro de nuestros conocimientos científicos”⁴. Esta imposibilidad es suficientemente clara cuando aceptamos que hay un crecimiento real en los conocimientos humanos. Si a principios del siglo actual hubiese sido posible anticipar, por ejemplo, el conjunto de conocimientos químicos y biológicos a partir de los cuales se fabricó la penicilina, la penicilina hubiese sido obtenida también

¹ Karl R. Popper, *El universo abierto* (Madrid: Editorial Tecnos, 1984), p. 66.

² *Ibíd.*, p. 66.

³ Stephen Hawking, *Agujeros negros y pequeños universos* (Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina, 1994), p. 77.

⁴ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Editorial Alianza-Taurus, 1973), p. 12.

anticipadamente. Porque predecir hoy lo que sabremos mañana es poder contar hoy con ese conocimiento futuro. Dicho conocimiento, por lo mismo, deja de ser futuro y se convierte en conocimiento actual.

Una afirmación tan sencilla se convierte, en manos de Popper, en otra poderosa objeción contra las pretensiones de la ideología historicista. Con el marxismo a la cabeza, dicho credo venía sosteniendo que la realidad está gobernada por leyes y que la historia humana no es excepción a esa regla; que conociendo dichas leyes podía contarse con un pronóstico “científico” del futuro humano; y que dicho pronóstico, claro está, anunciaba el advenimiento inexorable de la comunidad socialista (sin clases sociales, sin propiedad privada, sin contradicciones internas, sin pobreza). En suma, un paraíso donde reinaría el progreso espiritual indefinido del hombre nuevo y liberado de la opresión capitalista).

Veamos más de cerca cómo usa Popper el simple reconocimiento de que no podemos saber hoy cuál será el estado de nuestros conocimientos futuros, para desmontar las pretensiones “científicas” del historicismo. Hay otra realidad igualmente obvia: “El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos”⁵. Esta segunda afirmación, unida a la primera, permite concluir que “no podemos predecir el curso futuro de la historia humana”⁶. El argumento es simple y contundente. Sobre su base puede rechazarse “la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la *física teórica*. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica”⁷.

El determinismo podrá replicar que, ciertamente, el curso futuro de la humanidad está influido poderosamente por nuestros conocimientos y que dichos conocimientos no pueden ser conocidos con anticipación. Pero —podrá agregar— ello no niega que hay un curso real rígidamente determinado. El determinismo materialista podrá sostener —acaso con razón— que la historia del hombre y de la naturaleza tiene un solo curso, que no hay en él alternativas, porque finalmente hay espacio para una sola secuencia temporal hecha de pasado, presente y futuro. En otras palabras, todo tiempo acaba finalmente en el pasado, y éste es inmodificable. Ahora bien, ¿puede conocerse ese curso temporal predeterminado? Y aquí la posición del determinismo tendrá que aceptar que, de ser conocido, los hombres lo modificarán, todas las veces que puedan, si el futuro les resulta adverso⁸.

⁵ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*, op. cit., p. 12.

⁶ *Ibíd.*, p. 12.

⁷ *Ibíd.*, p. 12.

⁸ He desarrollado más ampliamente las consecuencias de este análisis en mi trabajo “Tres razones para la libertad”, *Estudios Públicos*, 18 (otoño, 1985), p. 53; y en mi libro *Conocimiento y biología* (Santiago: Editorial Hachette, 1991), p. 119.

Popper sostiene que podemos predecir el curso de cualquier acontecimiento futuro sólo si nos ubicamos “desde fuera”. Tal es el caso de la predicción de un eclipse, por ejemplo. Nos hallamos “fuera” porque no podemos o no deseamos intervenir en la ocurrencia del fenómeno. Pero si intentamos hacerlo “desde dentro”, como, digamos, en el caso de anticipar científicamente los valores futuros de la bolsa, ese mismo conocimiento nos hará modificar dicho futuro. Y la realidad predicha no se cumplirá, porque ese conocimiento del futuro hará cambiar la actitud de los propietarios de acciones. Por ello es que cualquier función predictora de la ciencia funciona bien (y de acuerdo con el determinismo) cuando alude a realidades que escapan a nuestra influencia. Y, claro está, la historia humana nos compete demasiado, no escapa a nuestra influencia. En resumen, la autopredicción hecha desde dentro de un sistema histórico y referida a hechos futuros del propio sistema no puede realizarse con éxito. Porque el conocimiento, anticipado por la autopredicción, perturbará la ocurrencia del estado futuro que la autopredicción anticipó. Y lo que ocurrirá efectivamente será otra cosa.

Lo notable de este argumento en contra del determinismo es que no recurre a oscuras densidades metafísicas (como hace el idealismo alemán, por ejemplo) para defender la condición libre del ser humano. Más bien toma elementos simples y cotidianos. Está ocurriendo todos los días que modificamos un futuro que nos es adverso y que conocemos de antemano. ¿Qué son, si no, las prescripciones del médico o del ingeniero, sabedores del curso futuro de una enfermedad o del rendimiento esperable de una máquina? Se trata de acciones encaminadas a torcer el curso previsto para disminuir sus efectos indeseables. Además, Popper le ha dado otra formulación⁹, donde el predictor es una computadora. De este modo procura colocarse en el mismo terreno del determinismo para refutarlo, sin recurrir a nociones como “alma”, “libertad”, “valoración”, “vida”, u otras semejantes. Popper procura mostrar que, aun concebidos como sujetos físicos, los predictores (humanos o máquinas) no pueden ejecutar autopredicciones que se cumplan.

Otro rasgo significativo de la argumentación de Popper es que la libertad humana no está asociada al azar sino más bien a la “acción racional”. No podemos ejecutar autopredicciones sobre nuestras decisiones futuras, pues no sabemos con cuáles conocimientos contaremos en ese futuro antes de tomar dichas decisiones. No somos libres porque estemos regidos

⁹ Cf. *El universo abierto*.

por el azar: somos libres porque ignoramos, porque nuestro conocimiento es siempre limitado.

El universo, desde esta perspectiva, aparece inagotablemente enigmático. No hay simetría entre pasado y futuro, como quiso la visión mecanicista de la física newtoniana. El futuro es “abierto”, promueve novedades que siempre desconoceremos, posee una capacidad de sorprendernos con la “emergencia” de órdenes nuevos. “La idea de evolución ‘creadora’ o ‘emergente’ es muy simple y un tanto vaga”, sostiene Popper. Alude al hecho de que en el transcurso de la evolución ocurren cosas y sucesos nuevos con propiedades inesperadas y realmente impredecibles: cosas y sucesos que son nuevos en el sentido en que se puede considerar nueva una gran obra de arte¹⁰.

Del mismo modo, las sociedades humanas no tienen un rumbo inevitable de decadencia (Platón, Spengler) o de progreso (Hegel, Comte, Marx). Pero hay propensiones genuinas a cancelar los riesgos de la vida recurriendo a la sociedad *cerrada*, esto es, una “sociedad mágica, tribal, o colectivista”¹¹. Semejante programa colectivo viene entablado una vieja lucha con otra propensión no menos originaria entre los hombres: el proyecto de la sociedad *abierta*, “aquella en que los individuos deben adoptar decisiones personales”¹². Precisamente en la primera página de *La sociedad abierta y sus enemigos* (obra temprana de Popper, publicada en 1945), su autor recoge dos textos paradigmáticos que diseñan ambos proyectos. El primero pertenece a Pericles, quien caracteriza brevemente esa sociedad abierta diciendo, alrededor de 430 años antes de Cristo: “Si bien sólo unos pocos son capaces de dar origen a una política, todos nosotros somos capaces de juzgarla”. El otro texto es de Platón, escrito unos 80 años después, y constituye un manifiesto más explícito de la sociedad cerrada: “De todos los principios, el más importante es que nadie, ya sea hombre o mujer, debe carecer de un jefe. Tampoco ha de acostumbrarse el espíritu de nadie a permitirse obrar siguiendo su propia iniciativa, ya sea en el trabajo o en el placer. Lejos de ello, así en la guerra como en la paz, todo ciudadano habrá de fijar la vista en su jefe, siguiéndolo fielmente, y aun en los asuntos más triviales deberá mantenerse bajo su mando. Así, por ejemplo, deberá levantarse, moverse, lavarse o comer... sólo si se le ha ordenado hacerlo. En una palabra: deberá enseñarle a su alma, por medio del hábito largamente practi-

¹⁰ Karl R. Popper-John Eccles, *El yo y su cerebro* (Barcelona: Editorial Labor, 1980), p. 24.

¹¹ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967), p. 269.

¹² *Ibíd.*, p. 269.

cado, a no soñar nunca actuar con independencia, y a tornarse totalmente incapaz de ello”.

Esparta y Atenas fueron ejemplos históricos de ambos modelos de convivencia humana. Nótese que la sociedad cerrada procura cancelar el cambio histórico, en tanto que la sociedad abierta acepta el desafío de ir construyéndolo creativamente, como viene haciéndolo, por otro lado, el universo entero.

Releer a Popper hoy, cuando llevan más de una década la nueva física del caos y el posmodernismo, permite advertir cuán tempranamente su filosofía anticipó rumbos al reivindicar la singularidad (de la persona o de cualquier segmento de lo real) frente a las pretensiones totalitarias de las grandes visiones holísticas. Defensor y prolongador de la tradición naturalista, Popper escapó de los cepos dogmáticos del materialismo y del positivismo, a los que habitualmente el naturalismo se asocia. Porque su visión del universo no duda en aceptar como “reales” una cantidad importante de entidades que el positivismo y el materialismo desdeñan como ficciones metafísicas. Así, por ejemplo, “mente”, “cultura”, “campo de fuerzas”, son para Popper entidades reales. Su realismo es ancho, sin duda, frente al realismo estrecho sostenido por el materialismo. A juicio de Popper, el término “real” se aplica inicialmente a “cosas materiales de tamaño ordinario”¹³. Desde allí lo extendemos hacia objetos mayores (estrellas, galaxias, por ejemplo) y menores (moléculas, átomos). ¿Con qué criterio ejercemos esa ampliación de lo real, desde objetos de escala ordinaria u objetos *prima facie* reales, a otras entidades que no lo son? “Mi sugerencia —responde Popper— es que las entidades de las que conjeturamos que son reales deben ser capaces de ejercer un efecto causal sobre cosas *prima facie* reales; es decir sobre cosas materiales de tamaño ordinario: que podamos explicar cambios en el mundo material ordinario de las cosas por los efectos causales de entidades que conjeturamos como reales”¹⁴.

De modo que cuando Sócrates, desoyendo el consejo de sus discípulos que lo instaban a fugarse, bebe su cuota de cicuta, hemos de aceptar que su decisión (un hecho mental) es real en la medida en que fue capaz de levantar el brazo de Sócrates, colocar el recipiente entre sus labios y hacerle tragar el veneno. Al conductismo (filosofía consecuente con el materialismo y con el positivismo) le cuesta, en cambio, tragar y asimilar como reales a los fenómenos mentales: no se los percibe como dato en recuento alguno de

¹³ Karl R. Popper-John Eccles, *El yo y su cerebro*, op. cit., p. 10.

¹⁴ *Ibidem*, p. 10.

los estados neuronales de personas y animales. De manera que son ficticios. Para Popper, en cambio, así como los hechos mentales son reales, también es real ese conjunto intangible que llamamos cultura. Las distintas formas de materialismo no le perdonaron a Popper esa apertura de la noción de realidad hasta cubrir entidades no reducibles a lo material. Pero él se defendió sosteniendo que es la ciencia, precisamente en cuyo prestigio suele parapetarse el materialismo, quien usa asiduamente entidades de tan dudosa realidad material como si fuesen entidades objetivas: “campo gravitacional”, “interacción fuerte”, por ejemplo, son reales justamente en la medida en que pueden modificar objetos ordinarios.

Pero este distanciamiento de la estrechez positivista y materialista no alineó a Popper con la tradición espiritualista. Desde ese frente ha sido entendido como un positivista más. La filosofía institucionalizada en las universidades, por ejemplo, vio con disgusto sus exámenes implacables del pensamiento de autores consagrados en el olimpo de la historia de la filosofía: Platón, Hegel, Marx, por ejemplo, entre otros, son mostrados por Popper como genuinos representantes de modelos tribales de sociedad, adversarios de la libertad de las personas, planificadores de utopías salvacionistas con fuerte arraigo en motivaciones místicas pero disfrazadas de un cierto “racionalismo” que continúa seduciendo a los profesores universitarios (más proclives a reiterar el pensamiento establecido por la tradición que a confrontarlo con la realidad para juzgar su veracidad). Para colmo, los análisis de Popper revelan un profundo conocimiento de esos autores. Y como si ello fuese poco, hay en él una elevada actitud de respeto hacia sus adversarios intelectuales, un señorío que no descalifica personas pero socava en sus raíces a las diversas formas de irracionalismo consagrado por la filosofía tradicional. Todo ello vuelve intolerablemente atendibles sus razones.

Lo cierto es que su condición de pensador “no alineado” condujo a una cantidad importante de equívocos: se le atribuyeron ideas que no sostuvo y se malinterpretaron otras que defendió claramente¹⁵.

2. Ciencia abierta

El universo, la sociedad, el individuo, son reivindicados en sus virtualidades creativas por la filosofía de Popper. Y el conocimiento ejercido

¹⁵ Ejemplo de tales malentendidos es el cometido por pensadores del Círculo de Viena al interpretar el criterio de demarcación (entre ciencia y metafísica) de Popper como un criterio de significación. Ello era un modo de ver a Popper como un positivista más, embarcado en la inútil tarea de negar significado a enunciados metafísicos. Actitud ajena a nuestro autor.

por las ciencias es analizado por nuestro autor desde la misma hebra interpretativa: la ciencia no es un conocimiento final y acabado; tampoco es un conjunto de procedimientos justificados solamente por su eficacia. Ambas interpretaciones —sostenidas por diversas formas del esencialismo filosófico la primera, y por el pragmatismo la segunda— dejan escurrir el curso real del crecimiento científico: “el progreso de la ciencia tiene lugar, en gran medida, a través del descubrimiento de los errores anteriores... en general, cuanto más sabemos mejor nos damos cuenta de que no sabemos. (El espíritu de la ciencia no es otro que el de Sócrates.)”¹⁶ El crecimiento del saber, en lugar de apurar el acceso a un límite final, tiene el efecto contrario: el borde con lo desconocido se amplía. Y esta situación no es un accidente en la condición del hacer científico, ni una limitación lamentable ocasionada por nuestras deficiencias perceptivas o intelectuales. En verdad se trata de la condición para obtener un crecimiento real de nuestros conocimientos. Porque el conocimiento ensaya entender lo *conocido* desde lo *desconocido*: conjeturamos éste para entender aquél. El desnivel entre lo que conocemos y lo que ignoramos es tan poderoso que genera un impulso a equilibrar esa diferencia. Y el lugar natural de ese desequilibrio es el *problema*. La ciencia crece planteando problemas, esto es, señalando desacuerdos entre nuestras expectativas, sostenidas por nuestras teorías, y algún orden de realidad que descalifica esas teorías. En cierto sentido, la historia de la ciencia es la historia del error, la historia del esfuerzo humano por autocorregir sus imágenes de mundo. Del mismo modo podemos decir que una especialidad científica “no es sino un conglomerado delimitado y construido de problemas y ensayos de solución”¹⁷.

Así como los organismos están sometidos a la selección natural —que elimina a los ineptos y permite sobrevivir a aquellos cuyos rasgos poseen un mejor poder adaptativo—, así las teorías se hallan en permanente mutación para acomodarse a su vector de sobrevivencia: la búsqueda de la verdad. La razón y la experiencia actúan como selectores refutando un sistema de expectativas (teorías, creencias) por contradictorio o por hallarse en desacuerdo con los hechos de experiencia. La ciencia prolonga el procedimiento puesto en práctica tempranamente por la vida: el procedimiento de *ensayo y error*. Y así como no hay un organismo final, substraído a la evolución por haber logrado un ajuste definitivo consigo mismo y con su

¹⁶ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, op. cit., p. 345.

¹⁷ Karl R. Popper, *La lógica de las ciencias sociales* (México: Editorial Grijalbo, 1978), p. 14.

ambiente, tampoco hay teorías finales, ajenas al cambio histórico y a las correcciones que éste trae consigo. Por ello la ciencia es una búsqueda sin término.

Puede verse aquí la continuidad entre el pensamiento político y el epistemológico de Popper, surgidos ambos de la misma intuición: la sociedad cerrada intenta eliminar la autocrítica, aferrarse a sus dogmas iniciales y volverse, así, invulnerable al cambio, a las correcciones perturbadoras; el orden tribal es mantenido a cualquier precio en esas sociedades totalitarias antiguas y contemporáneas. La sociedad abierta, por el contrario, hace de la autocrítica un estilo de convivencia, acoge el procedimiento de ensayo y error y no se aferra tercamente a normas o instituciones; como reconoce la falibilidad humana, acepta con coraje el desafío del cambio histórico pero sin apostar en él con el emocionalismo propio de los fundamentalismos revolucionarios. No es casual que la aventura del conocimiento sólo prospere cabalmente en las sociedades abiertas.

Y así como las mutaciones orgánicas no son fruto de instrucciones del ambiente, tampoco las teorías surgen de la experiencia. No es la experiencia del ambiente lo que nos orienta a entender de un modo u otro al mundo: nuestras imágenes de mundo son creaciones libres que luego la ciencia somete a controles exigentes en la experiencia.

El conocimiento, así, contra lo que han venido sosteniendo el empirismo, el positivismo y las distintas formas de materialismo, “no comienza con percepciones u observación o con la recopilación de datos o de hechos, sino con *problemas*”¹⁸. El conocimiento se inicia “en el descubrimiento de una posible contradicción entre nuestro supuesto conocimiento y los supuestos hechos”¹⁹. La historia del desarrollo de las ideas parece apoyar esta interpretación de Popper. Pasteur hace sólo poco más de un siglo se hallaba enfrascado en una difícil polémica contra la teoría biológica de la generación espontánea; no muy diferente fue la situación de Galileo en un contexto de cerrada defensa del geocentrismo contra el cual luchó. ¿Podremos encontrar un ejemplo de avance científico donde una nueva teoría no entre en conflicto con la interpretación dominante? ¿Puede sostenerse acaso el desarrollo de las ideas como un tranquilo discurrir de descubrimientos cómodamente enlazados unos con otros en una ampliación ordenada que pronto llegará a su fin? Esta interpretación un tanto superficial olvida el hecho de que el incremento de nuestro saber hunde sus raíces “en la tensión entre el conocimiento y la ignorancia”. ¿Cómo podría surgir la vida, por

¹⁸ Karl R. Popper, *La lógica de las ciencias sociales*, op cit., p. 10.

¹⁹ *Ibídem*, p. 10.

generación espontánea, desde lo inorgánico? ¿Cómo aceptar que el universo entero gire en torno de la Tierra en un día cuando es más simple concebir que un giro diario sobre su eje produce en nosotros la visión engañosa del universo evolucionando sobre nuestro centro? Son preguntas, son problemas inherentes a las modificaciones que produjeron Pasteur y Galileo. Sus teorías son ensayos de solución a esos problemas, precisamente.

3. Popper, filósofo del siglo XX

Popper vivió 92 años de este siglo. Perteneció a él, lo pensó en sus más diversas expresiones (ciencia, filosofía, política, economía, arte). Casi no menciona la palabra libertad en su vasta obra escrita. Y sin embargo difícilmente se hallará ejemplo más consecuente de un pensador comprometido con ella. Cuando los intelectuales caían rendidos en masa ante las ideologías totalitarias de este siglo (comunismo, nazismo, fascismo), aunque hubiesen enarbolado profusamente ideas sobre la libertad como Sartre, Heidegger y tantos más, la figura sobria de Popper se encumbra hacia el fin de siglo como un modelo de fidelidad intelectual al compromiso de entender nuestro mundo. Junto a pensadores como Einstein o Piaget, contribuyó a entregarnos una perspectiva naturalista enriquecida, consciente de sus propias limitaciones, más fiel a su orientación que a sus errores. □

MUERTE EN EL PARAÍSO *

RUANDA: DEMOCRACIA REPRIMIDA,
NO UNA GUERRA TRIBAL

Ryszard Kapuscinski

¿Qué pasa en Ruanda? ¿Qué significan las matanzas a gran escala, las luchas por el poder y la acción de la buena conciencia occidental? La realidad africana —dice Kapuscinski— está fuertemente imbricada con la historia reciente de Europa y sus explosivos políticos.

Hace más de treinta años que se inició una guerra civil en esta región de los grandes lagos del África negra. Desde 1959, Ruanda y Burundi han sufrido ya cinco o seis masacres. En 1965 hubo una terrible masacre, otra en 1973, y otra, más tarde, en 1990. Las proporciones de la matanza de 1994 son extraordinarias. Pero no sorprendentes. Sin embargo, la prensa internacional trató la masacre de 1994 como una gran conmoción, como un trauma, como si fuera la primera noticia que se tiene de este conflicto y de que provoca muertes.

RYSZARD KAPUSCINSKI. Escritor y periodista polaco. Vive en Varsovia y África. Autor, entre otros libros, de *Imperium* (Francfort/M: Eichborn, 1993), *König der Könige* (Francfort/M: Eichborn, 1994) y de numerosas crónicas africanas.

* *Massaker in Paradise*, basado en una conversación del editor alemán Frank Berberich con Ryszard Kapuscinski. Publicado originalmente en *Lettre International*, N° 27 (diciembre 1994), Berlín. Aquí se reproduce, con la debida autorización, el texto completo traducido del alemán. (Una traducción extractada de esta crónica apareció primeramente en *Letra Internacional*, N° 35, y después en *Nexos*, julio 1995, México.)

Los medios de comunicación internacionales y sus ideas estereotipadas

La mayoría de los periodistas que escriben sobre este conflicto lo hacen sin tomar en cuenta la historia de los sucesos. En los últimos 20 a 30 años ha habido una expansión enorme y cambios profundos en el mundo de los medios de comunicación internacionales, en especial en el ámbito de la televisión. En los equipos de televisión de hoy apenas encontramos periodistas, la mayoría son técnicos en sonido y camarógrafos. Si se les pregunta “¿Qué hacen ustedes aquí, qué están filmando?”, ellos responden: “No lo sé, no me interesa. Mi trabajo es filmar esto y enviárselo a mi jefe, es asunto suyo qué hará con el material.”

Nuevos intereses comerciales y profesionales provocan esta situación. Hay un sinnúmero de novatos en el periodismo profesional. Personas encandiladas con la idea de trabajar en estos medios, de un día para otro comienzan a desempeñarse en televisión sin haberse preparado, sin base alguna, lo cual significa un quiebre total con la tradición. En el pasado, cuando se nos enviaba a un país como corresponsal de *Le Monde* o de *Washington Post*, uno tenía que prepararse intensamente, pero eso ya no ocurre ahora. Eso corresponde al pasado. Los periodistas novatos de hoy no tienen idea de dónde están ubicados culturalmente, trabajan sin conocimientos del trasfondo histórico. Llegan a Ruanda y se sorprenden; si conocieran un poco de Ruanda no deberían estar sorprendidos. Porque esta guerra fue cuidadosamente preparada desde hace mucho tiempo en el sentido técnico e ideológico. Había un plan detrás.

Otro problema radica en el hecho de que en los últimos años los medios de comunicación internacionales que operan a nivel global han pasado a crear cada vez más su realidad propia, encapsulada. Se guían no tanto por las realidades de los sucesos mundiales, sino más bien por la competencia entre ellos. Se trata de no cederle terreno a la competencia, de modo que todos se mueven como en tropel: todos los medios de comunicación de cobertura mundial informan sobre el Golfo Pérsico, luego todos cambian al golpe de Estado en Moscú, para luego arrojarse todos encima de Ruanda y mañana todos caerán sobre Camboya.

Poco se preocupan de lo que está ocurriendo al mismo tiempo en otra parte, aunque se trate de acontecimientos significativos; así por ejemplo, la crisis en Nigeria, que con 90 millones de habitantes es el Estado africano más grande, no interesa, ya que todos están en Ruanda. Los medios de la prensa también caen en este ambiente de competencia. Los especialistas parecieran haberse extinguido. Se envían periodistas sin experiencia al mundo, lo cual se traduce en informes superficiales, desorientadores, imágenes erradas, de proporciones distorsionadas.

Ruanda es un pequeño país de 26 mil kilómetros cuadrados de extensión y aproximadamente siete millones y medio de habitantes: menos del 1% de la población total africana. A través de la prensa, sin embargo, tenemos la impresión de que todo África estuviera presidida por la masacre, el asesinato y los refugiados. En Ruanda ha ocurrido una matanza espantosa, pero eso sucedió en un lugar muy concreto del continente. La impresión de “¡así es África, así son los africanos!” es totalmente errónea.

Por lo demás, se presenta un conflicto enteramente político como si tuviese carácter étnico, lo que revela una actitud poco menos que racista. Como si quisieran trasladar a lo que fue la etnografía y las ciencias sociales de fines del siglo XIX, como si se pudiera borrar cien años de evolución científica. Uno queda con la impresión de que los “estúpidos” y “necios” africanos fueran incapaces de solucionar un conflicto político, como si en esta parte del mundo sólo fuera posible asistir a enfrentamientos tribales. Aquí opera de un modo inconsciente la noción de que África es incapaz de crear ideas o de solventar los modernos conflictos políticos que se derivan de la dicotomía opresión-democracia. Sólo quedan desnudos miembros de tribus llenos de odio que se matan entre sí, ¡y nadie habla de las causas!

La guerra de Ruanda no es una guerra tribal. Se trata, fundamentalmente, de un conflicto político con ciertos matices étnicos. Se trata de un conflicto característico del mundo moderno, de la lucha entre dictadura y democracia.

Ruanda: Trasfondo colonial

El régimen que había detentado el poder en Ruanda era, esencialmente, resultado de la época colonial. Es preciso tener en cuenta la situación geoestratégica de Ruanda para entenderlo. Ruanda linda con Zaire, el antiguo Congo Belga, el país más extenso del África tropical, y Zaire es extremadamente rico en materias primas y recursos propios.

La situación histórica es la siguiente: en el año 1960 se independizaron 17 Estados africanos, 13 de habla francesa y 4 de habla inglesa. La mitad del continente se descolonizó y el año 1960 quedaría registrado en la historia como el “año de África”. Fue la época del giro histórico decisivo en África, un tiempo lleno de agitación.

El Congo Belga, que después se llamó Zaire, era una zona oculta para el mundo. Como periodista en aquel entonces se podía viajar sin problemas a Bélgica, pero no así al Congo Belga, excepto con una visa

especial. Los colonialistas belgas tenían un concepto muy paternalista y de miras estrechas respecto de los africanos. Cuando los belgas le concedieron la independencia al Congo, no había ni un solo oficial nativo. El africano con el más alto grado de servicio fue Mobutu, como sargento; los africanos no podían ascender a grados más altos en el ejército. Los congoleños tenían prohibido visitar Europa. A una primera delegación de africanos les fue permitido ir a Bélgica sólo poco antes de la independencia. Por consiguiente, tenían escasos conocimientos acerca de Europa y su desarrollo. Estaban condenados al aislamiento del mundo.

Bélgica no tenía contingentes de tropas en el Congo, pero sí una estructura de mando militar, oficiales que instruían y comandaban soldados africanos para las “Forces Publiques” paramilitares. En aquel entonces vivían 20.000 a 30.000 belgas en el Congo, particularmente civiles con intereses económicos. No se necesitaban más para administrar esta colonia, ya que el Congo, pese a su gran extensión, tenía una población relativamente pequeña y vastas regiones despobladas.

El poderoso movimiento independentista africano sorprendió por completo a la cúpula colonial del Congo. Los ingleses y los franceses llevaban mucho tiempo preparando el traspaso de sus colonias a los africanos, bien por vía constitucional, como en el caso de las colonias británicas, o bien mediante referendos, como en las antiguas colonias francesas (con la excepción de Argelia). Los belgas se sentían muy seguros y su primera reacción fue un sentimiento de afrenta emocional. Pero tuvieron que ceder a la presión de la evolución internacional. Se rigieron por la decisión del presidente francés, De Gaulle, y concedieron la independencia a las colonias.

En el último momento, sin preparativos ni consultas, decidieron entregar el poder a los africanos y convocar a elecciones. Todo ello ocurrió en un lapso de seis meses. En ese tiempo se fundaron más de cien partidos africanos, todos los cuales participaron en las elecciones. Se trataba de una comedia. Al principio, los belgas estaban convencidos de que los africanos acabarían reconociendo que eran incapaces de gobernarse y esperaban que se les invitase a regresar.

Patrice Lumumba, un joven y entusiasta luchador por la independencia y líder del principal partido, el Movimiento Nacional Congoleño, fue elegido primer ministro con toda legalidad. Lumumba desplegó toda la retórica antiimperialista y anticolonialista de la época y sus primeros discursos ante el parlamento aterrorizaron al mundo occidental. Tras la declaración de independencia del Congo, el 30 de junio de 1960, las unidades especiales, “Forces Publiques”, se alzaron contra él. Lumumba solicitó ayuda internacional, los rusos reaccionaron de inmediato y enviaron a va-

rios centenares de supuestos asesores —no tropas— a la capital, Leopoldville (la actual Kinshasa). Occidente creyó que los rusos pensaban invadir África. Simultáneamente ocurrió la intervención de las Naciones Unidas, también a instancias de Lumumba. El secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, fue asesinado y las circunstancias de su muerte aún no han sido aclaradas.

El África independiente constituía un fenómeno enteramente nuevo. No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Stalin, y el poder de Khrushchev no se había estabilizado todavía, cuando África se convirtió de pronto en el centro de la guerra fría. Suena ridículo, pero existía el peligro de que en Zaire pudiera estallar la tercera guerra mundial. En ese ambiente de alta tensión política comenzó una lucha de poder internacional en Leopoldville. Se desató un caos. Katanga, la región de mayor importancia económica del Congo por sus minas de cobre y otros minerales, declaró su secesión proclamando un Estado propio con Tshombe como presidente; en realidad, era un reino de la Union Minière, la empresa minera belga más grande. Kasai, una región muy rica por sus yacimientos de diamantes, también declaró su independencia. Sin estas dos regiones más importantes del país, Zaire no era más que jungla.

Lumumba no llegó a ejercer el poder. No tardó en ser apresado por tropas de Tshombe y el parlamento fue arrasado: nadie podía escucharle. No había gobierno ni autoridad. Lo torturaron y poco después lo mataron por indicación de los belgas. Los supervivientes del gobierno de Lumumba pudieron huir, encabezados por Gizenga, partidario del desaparecido líder, a Stanleyville (la actual Kizangani), en el Congo Ecuatorial —la mayor provincia oriental—, y se declararon único gobierno legítimo. Los rusos, como también los egipcios y otros representantes de la izquierda del tercer mundo trataron de establecerse en Stanleyville. A éstos se opuso el gobierno nombrado por Kasavubu, cabecilla de la tribu tradicionalmente dominante de los bakongo, quien se proclamó presidente. En medio de esta gran confusión comenzó la guerra civil.

En el transcurso del verano y el otoño, la población civil belga abandonó en masa el país. Huyeron en camiones y coches en todas direcciones, presas del pavor y en medio de la más completa confusión. Era un pánico injustificado, pues los civiles belgas no estaban amenazados; se trataba únicamente de una psicosis derivada de la mala conciencia del colono que se imagina torturado, violado y asesinado por los negros.

De esta forma se derrumbaron las estructuras básicas de la colonia belga.

Belgas, tutsis, hutus

Una parte de los belgas pensó en ese momento retirarse a los territorios bajo mandato belga, a Ruanda y Burundi, aún bajo su administración desde hacía 50 años; eran territorios relativamente tranquilos. Allí esperarían a que se normalizara la situación en Zaire, para luego regresar. En aquel entonces, en 1960, yo me encontraba encarcelado en la pequeña localidad de Usambara, en Burundi, y conocí un pueblo lleno de belgas, burócratas, doctores, dueños de fábricas, propietarios de cervecerías, todos provenientes de Zaire.

En Ruanda y Burundi la situación era igualmente complicada, ya que allí también se clamaba por la independencia. Había que asimilar esas circunstancias. Ambos Estados tenían la misma estructura social: los tutsis representaban la casta dominante. Es cierto que ellos estaban estratificados a su vez: había el rey, la aristocracia, tutsis pobres y las capas sociales más diversas.

Los hutus, en cambio, eran campesinos subordinados. Esta estratificación se remonta históricamente a 400 años atrás y posiblemente hasta el siglo XI. Los europeos habían penetrado muy tarde en esta región: los alemanes llegaron hacia fines del siglo XIX y la colonialización prácticamente empezó recién en los albores del siglo XX. Los alemanes y los belgas no tenían experiencia ninguna en el dominio colonial en África. Siguieron así el modelo británico del *indirect rule*, un mando indirecto que significaba gobernar las colonias con ayuda de las estructuras y castas tradicionalmente imperantes. En el caso de Ruanda y Burundi, éstas eran sendos reinos de los tutsis.

Los belgas aplicaron políticas diversas en cada caso. En Burundi, los cabecillas tutsis siguieron controlando la situación, pues contaban con un ejército fuerte hasta 1993, cuando se eligió, en las primeras elecciones libres de la historia de Burundi, a un hutu como presidente. En Ruanda la evolución fue otra. Los tutsis, gobernados por su rey, Charles Mutara Rudahigwa, eran muy poderosos. Muchos de ellos, personas muy preparadas (algunos habían estudiado en París), aspiraban a la independencia. Los belgas no les creyeron capaces de gobernar Ruanda por mucho tiempo. De forma que apoyaron a los hutus en su intento por ocupar puestos relevantes en el mando. Los tutsis se opusieron. Estalló la primera guerra civil. Los hutus se rebelaron contra los tutsis, asesinaron al rey y tomaron el poder, dirigidos por Grégoire Kayimundo; los hutus gobernaron el país, pero entre sus propias filas hubo terribles enfrentamientos.

Ruanda es un país montañoso. En cada valle, en cada colina, vive un clan distinto. Los hutus del noroeste eran más ricos, los del sureste proce-

dían de la región más pobre del país. Al igual que ocurre hoy en Somalia, varios clanes luchaban por el poder. Kayibanda era de los hutus del sur. En 1973, el ministro de defensa Juvénal Habyarimana encabezó un golpe de Estado en contra de Kayibanda. La victoria de Habyarimana y su clan hizo que el poder pasara a manos de un hutu del norte.

A finales de los años sesenta, comienzos de los setenta, se dieron en África de cinco a siete golpes de Estado. Esta generación de políticos —casi todos intelectuales formados en Europa que tomaban posesión de sus cargos tras abandonarlos las potencias coloniales— entró en crisis. Entre tanto, se fue creando un contingente de dirigentes más jóvenes, locales, con formación militar. En la clase política africana se había extendido ya la corrupción y, bajo la bandera de la lucha contra la corrupción, los militares accedieron al poder en prácticamente todo el continente —Zambia, Tanzania y Costa de Marfil constituyen las escasas excepciones—. En este proceso de militarización de la vida política se encontraba también Ruanda. Cuando Habyarimana fue elegido presidente en 1973 era muy joven, tenía sólo treintaicinco años. Instauró un régimen dictatorial, un dominio de clan. Se mantuvo en el mando durante veinte años, convirtiéndose así en el presidente africano que detentó el cargo durante más tiempo.

Amin, Bokassa, Habyarimana

Ruanda es una provincia remota. Sólo pocos extranjeros solían llegar hasta ella. Entonces nadie se interesaba realmente por países tan alejados. Los dictadores de esta región aprovechaban el aislamiento como escudo, ejerciendo así en sus países el típico dominio caciquil. Como Milton Obote o Idi Amin en Uganda, como Bokassa en África Central. Habyarimana se mostraba más inteligente que éstos. Amin y Bokassa eran una especie de sanguinarios personajes de *comic* que servían de entretenimiento. Los periodistas iban con gusto a esos países porque significaba divertirse bastante. El satírico semanario inglés *Punch* incluso había introducido una columna permanente sobre Amin. Éste tenía dificultades para expresarse; sabía cuatro idiomas, pero no hablaba bien ninguno. Hablaba su lengua tribal, pero muy mal, ya que se le había olvidado; hablaba un poco de kisuaheli, que había aprendido en el ejército; hablaba baganda, pero solamente una especie de baganda de la calle, y hablaba un simulacro de inglés, ya que había sido oficial de ejército británico en Uganda. No dominaba realmente ningún idioma. En 1973 tuvo lugar una conferencia de jefes de Estado en Argel, sobre la cual yo debía informar. Amin hizo un discurso, no llevaba manus-

crítico, ya que no sabía leer. De modo que habló en forma libre. Luego le pedí a una secretaria que me facilitara el discurso para enviárselo a mi agencia de noticias. Me pasó una especie de notas e intentamos desesperadamente entender lo que había dicho; era un balbuceo increíble que no tenía ningún sentido. La prensa occidental de aquel tiempo tenía una gran afición por este tipo de jefes de Estado, porque constituían la prueba viviente de la estupidez e idiotez de los africanos. Habyarimana era distinto, tranquilo y reposado; se presentaba como un militar serio y no hacía declaraciones escandalosas. Por eso a nadie se le ocurrió pensar que encarcelaba gente, que la torturaba y la mandaba asesinar, y él evitaba cuidadosamente que se supiera. Nadie tenía realmente idea de lo que ocurría en Ruanda, excepto un par de extranjeros en viajes de negocios que aparecían regularmente por ahí, algunos propietarios extranjeros de plantaciones y los misioneros.

Ruanda representa el gran fracaso del proyecto misionero cristiano en África. Fue el país con mayor presencia misionera de todo el mundo, prácticamente no entonces yo trabajaba en el frente y había un pueblo sin iglesia, en todas partes uno se topaba con evangelizadores; supongo que tendrá algo que ver con el magnífico clima de Ruanda... Y, sin embargo, en ese país estalló esta orgía de odio salvaje, brutal.

En Ruanda vivían algunos hombres blancos que se habían radicado allí para disfrutar del país por el resto de sus días. Una mañana desperté en una de esas plantaciones —entonces yo trabajaba en el frente y había dormido en una villa “reclamada”, perteneciente a un miembro del gobierno—, me acerqué al porche, contemplé esa Ruanda increíblemente bella y pensé: ¡Esto es el paraíso! Este clima maravilloso, esta Ruanda verde, repleta de árboles, flores, riachuelos, lagos, pequeñas cascadas, cómodas carreteras. Un ensueño...

El clan presidencial

En África, el poder, aunque sea a escala reducida, significa *por definición* riqueza material. Cuando un africano decide ser ministro, su móvil es enriquecerse. Esto resulta allí completamente natural. El clan de Habyarimana estaba hambriento de poder, era cruel y totalmente corrupto.

El presidente era su emblema, el *showman*. Pero quien gobernaba era su esposa, Ágata. Ella fue la organizadora de esta matanza masiva.

Ágata Habyarimana no detentaba oficialmente ningún cargo político, pero aparecía como la líder visible y reconocida del clan. Era una excelente política y controlaba también las conexiones internacionales del país. Ágata

urdía las intrigas y organizaba la corrupción. Sus hermanos, hermanas y primos utilizaban su situación como esposa del presidente para acceder a importantes funciones desde el punto de vista económico. En Kigali había un solo hotel... que pertenecía a su hermano. El clan era increíblemente rico. Poseía plantaciones, fábricas, bancos, fincas enormes, dominaba la industria del oro. Todo estaba bajo su control. Y llevaban una vida magnífica.

Aunque esa corrupción no es nada comparada con las sumas que se manejan en los países occidentales, en el contexto de las sociedades pobres africanas se trata de fortunas nada despreciables.

Aprovecharon las extensas ramificaciones del clan para conceder a los parientes toda clase de cargos y poderes: el mando militar, la policía, la propaganda, la administración. Así pudieron gobernar el país entero. Sobre todo durante los últimos años del gobierno de Habyarimana, esa estructura de clan familiar medieval equivalía prácticamente a la de una dinastía bizantina y constituía la base gubernamental.

Teniendo presente esto, se advierte el escandaloso absurdo de aquella prensa que no dejaba de escribir que los hutus mataban a los tutsis. No se trataba de una lucha entre los hutus y los tutsis; ese lenguaje etnizante induce a error. Los hutus de la oposición fueron precisamente los que más sufrieron, los más perseguidos y maltratados. Ellos conformaron la oposición más importante a la dictadura de Habyarimana. Tomemos sólo cifras estadísticas: la población de Ruanda asciende a unos 7,5 millones de habitantes según los datos de la ONU. El hecho de ser tutsi o hutu se registraba en el pasaporte. La población tutsi, según estos datos, ascendía al 15%, o sea a cerca de 1.100.000 habitantes. Sin embargo, a lo largo de las diferentes fases de la guerra civil, que duró treinta años, según datos oficiales de las Naciones Unidas, cerca de 800.000 ya se habían refugiado en otros países. Si nos atenemos a las cifras, en teoría, la mayor parte de la población tutsi de Ruanda se encontraba ya en el extranjero. Pero se dice que durante la masacre fueron muertos 500.000 tutsis. La afirmación de que un ejército tutsi habría tomado posesión del país es, igualmente, una completa tontería. Hay una confusión total; las cifras se barajan. Ante un suceso tal en un país subdesarrollado, empobrecido, ¿es posible calcular, verdaderamente, cuántas personas han muerto?

Un amigo mío, Nicholas Gordon, descubrió quién mandó asesinar a Dian Fossey. Dian Fossey fue una bióloga americana que había vivido durante quince años con los gorilas y escribió un libro sobre el tema, que se hizo famoso, *Gorilas en la niebla*. Había intentado organizar un programa de ayuda política internacional para la supervivencia de estos primates de las montañas. En varias oportunidades, durante sus indagaciones, Gordon pudo escapar a duras penas de la muerte. El clan presidencial quería vender

los gorilas en el mercado negro a zoológicos occidentales, puesto que existe una gran demanda. Fossey se oponía. El clan presidencial mandó asesinarla. La embajada americana en Kigali rechazó investigar el caso porque no deseaba poner en peligro las buenas relaciones con la familia presidencial. Se decidió olvidar el episodio. Ella había vivido allí quince años, pero el gobierno le iba otorgando visas por sólo tres meses. Poco antes de su muerte el intendente de policía la citó y le otorgó una visa por tres años...

Gracias a sus métodos dictatoriales, el clan Habyarimana logró mantenerse en el mando durante veinte años. Sin embargo, desde hacía algún tiempo persistía un serio problema. Durante el ascenso de Kayibanda al poder las clases dirigentes tutsis habían sido masacradas. A algunos los mataron, otros huyeron. Posteriormente, cada vez que surgía un movimiento de resistencia, se organizaba a continuación una nueva matanza de los miembros de la oposición y otro nuevo grupo se veía obligado a emigrar. De este modo fue formándose lentamente en los Estados vecinos —Zaire, Burundi, Uganda y Tanzania— un cerco de importantes colonias de emigrantes. Estos fugitivos apelaron una y otra vez a la comunidad internacional y a las Naciones Unidas para que les ayudasen a regresar. Sus llamadas no tuvieron el menor efecto. Así vivieron durante diez, veinte años en campos de refugiados.

En 1981, Museveni organizó en la vecina Uganda un movimiento guerrillero democrático contra el régimen corrupto y represivo del segundo mandato de Milton Obote. Algunos miembros de las generaciones más jóvenes de refugiados ruandeses se incorporaron a esa guerrilla. Lograron derrocar a Obote, que fue sustituido por Okello, pero la corrupción no fue menor. Los enfrentamientos duraron cinco años y los refugiados se convirtieron en soldados profesionales, oficiales del ejército, que luego ocuparon cargos dirigentes y desempeñaron un papel decisivo en la lucha por la liberación de la capital, Kampala. Museveni accedió a la presidencia de Uganda. Pero muchos de esos refugiados seguían pensando en regresar a Ruanda.

La lucha por la liberación comenzó así fuera de Ruanda, pues en el propio país la policía y su red de espías lo habrían hecho imposible. En el mismo seno del aparato gubernamental de Museveni se creó una organización política y militar, el Frente Patriótico Ruandés (FPR). Paul Kagame, comandante militar del FPR, dirigía el servicio secreto militar del ejército de Museveni tras haberse preparado en una academia militar americana. En ningún documento del anterior gobierno ruandés hay la menor referencia a la injerencia de Museveni o de Uganda en la política del país. Museveni actuó con gran cautela, no quería verse involucrado en este conflicto, al

menos oficialmente. La guerrilla procedía de Uganda, ¿de dónde si no? Habyarimana ejercía un control absoluto sobre más de 40 mil personas. Para derrocarlo era necesario crear un gran ejército, de otro modo no habría la menor posibilidad.

En octubre de 1990, en la pacífica frontera norte, comenzó la lucha armada. El régimen ruandés no se lo esperaba y el ejército liberador logró abrirse paso rápidamente por las excelentes carreteras hacia Kigali, que sólo se encuentra a 160 kilómetros de la frontera. Habyarimana fue presa del pánico, pues estaba claro que le derrocarían. Llamó en su ayuda a los franceses, que llevaban ya tiempo esperando que lo hiciera. Tenían bases militares en Zaire, junto a la frontera ruandesa, y necesitaban una demanda oficial de auxilio para inmiscuirse, pues de otro modo se les podría acusar de intervención.

Tradiciones francesas

Entre los británicos, portugueses y franceses hay conceptos muy diversos acerca del dominio colonial. Portugal dejó de ser por completo una metrópoli ultramarina. Gran Bretaña como país ha puesto un verdadero punto final a su pasado colonialista, si bien a través de empresas y sociedades comerciales busca salvaguardar sus intereses. Francia actúa de modo muy distinto: nunca ha revisado realmente su historia colonialista. A través de los referendos de los años sesenta, el Estado francés transformó a sus colonias en una "Communauté Française". La unidad con la madre patria francesa ya no se establece por la política sino por la francofonía. De este modo se proyectó al presente para perpetuar el pasado sobre la base de una cultura en común. Consecuente con ello, los aparatos del poder colonial nunca fueron abandonados por completo, ni a nivel personal, ni mental, ni burocrático. En el París de hoy siguen existiendo las antiguas instituciones administrativas para África; igualmente, se mantuvieron unidades especiales, como por ejemplo la Legión Extranjera en África. La guerra fría terminó, los rusos y los británicos ya no son rivales, y se sienten allí como únicos gobernadores.

Luego de abandonar los belgas el Congo, sus consorcios querían seguir defendiendo sus intereses: las empresas mineras, líneas aéreas, sociedades comerciales. Pero el Estado belga se retiró. Los franceses han querido llenar en cierto grado este vacío político y fortalecer su presencia. La debilidad del actual primer mandatario de Zaire, Mobutu, favorece esta intención: Mobutu está recibiendo apoyo de Francia por medio del recono-

cimiento internacional y diplomático, así como por la presencia de tropas. En el Estado de Zaire no existe prácticamente un gobierno, una administración. En ese sentido el poder de Mobutu tiene algo de ilusorio. Este gobernante vive en un bote en el Congo; su poder proviene de su guardia personal de dos mil hombres que él paga de su enorme fortuna privada. Con estos soldados gobierna el país, y si en algún lugar estalla una revuelta, ésta es sofocada por su guardia. Por un sinnúmero de rivalidades, la oposición está fraccionada en más de cien partidos.

La principal motivación de Francia para ir a Zaire son las bases militares. Conforme a la mentalidad francesa tradicional, estas bases establecen puntos de unión entre la metrópoli y las posesiones en el Océano Índico: Madagascar, las Comores, las Islas Seychelles, Mauricio; Zaire, Ruanda, Burundi, etc., se encuentran en esta línea imaginaria de unión. Francia ve su dominio en esta región como algo natural y totalmente legítimo. El primer ministro Balladur ha corroborado esta actitud en un discurso reciente: “¡Francia es una gran potencia internacional!”

Los preparativos de la masacre

Al acudir entonces los franceses en ayuda de Habyarimana, el FPR se detuvo a las puertas de Kigali, pues no se sentía a la altura de las tropas francesas. Se replegó y definió una línea de compromiso, una “zona gris”, que separa los territorios liberados y los controlados por el gobierno ruandés. Aquí se fraguó la tragedia a la que ahora asistimos.

Los procesos políticos o históricos inconclusos resultan extremadamente peligrosos. Las situaciones más terribles se originan en revoluciones detenidas, guerras civiles inconclusas o bloqueos históricos. Pues las fuerzas en el poder se sienten amenazadas y se ven obligadas a reaccionar. Están amenazadas, pero no han sido vencidas. Ésa es la peor situación que cabe imaginar, una ley histórica general que Ruanda no ha hecho sino corroborar innumerables veces. El clan dominante se sintió amenazado, pero aún detentaba el poder. Y en el seno de este mismo grupo había —como ocurre tantas veces en la política— dos ramas distintas. Una vez que el FPR se hizo con el 30% del país, surgió un grupo muy reducido que decidió colaborar con el ejército de liberación. Los miembros más radicales del gobierno rechazaron de plano las negociaciones.

Pero, después de treinta meses de guerra, y presionados por la comunidad internacional, ambas facciones se reunieron en Arusha, un pequeño pueblo junto al lago Victoria, en Tanzania, y llegaron a un acuerdo: debía

formarse un nuevo gobierno de transición en favor de la unidad nacional, en el que participarían ambas facciones, adjudicándose cuatro carteras ministeriales al FPR. En un plazo de dos años se convocaría a elecciones, de las que surgiría un gobierno democrático —el presidente Habyarimana no había sido elegido—. Sobre la base de este acuerdo y compromiso el nuevo gobierno se puso manos a la obra.

En ese momento comenzó a fraguarse, con criterios poco menos que científicos, la gran masacre.

En primer lugar se amplió el ejército. En dos años creció de cinco mil hombres a treinta mil, es decir, el 600%. ¿Cómo se logró hacerlo? Los soldados eran adiestrados por instructores franceses. Éstos no sólo prepararon al ejército, sino a dos unidades más, de características pavorosas: la “guardia presidencial”, un grupo especial reclutado entre el clan de Habyarimana en el norte de Ruanda, y otro con visos aún más evidentes de intenciones terroristas, el llamado “Red-Cero”, una especie de escuadrón de la muerte. Dos facciones políticas apoyaban al presidente y defendían posturas racistas. El partido que hizo más hincapié en el racismo fue el CDR, el Centro para la Defensa de la Revolución. Puesto que la radio era la única fuente de información para la gran mayoría de la población, se creó una emisora de amplio alcance, la Radio des Mille Collines —a Ruanda lo llamaban el “país de las mil colinas”—. Esta nueva emisora fue la que más tarde dio la orden de masacrar a niños y a mujeres, a familias enteras.

Los preparativos de la masacre se realizaron en secreto. El ejército fue ampliado y había razones que lo legitimaban. Ya que había tropas foráneas en su territorio, se debía reforzar el ejército propio; era preciso despertar el espíritu de resistencia de la población, de modo que se necesitaba una emisora de radio. En tiempos de paz la radio nunca había llamado a la matanza de los tutsis. Francia hizo todo lo posible para mantener al régimen en pie, salvo por un par de medidas. Y eso en forma oficial. Pasar en unos pocos años de cinco mil hombres a treinta mil constituye, ya sólo en sus aspectos técnicos, un problema muy complejo: hace falta mucho dinero, hay que organizar el envío de aviones, tanques, medios de transporte. Para cualquiera que conozca el país, el papel que desempeñó Francia resulta evidente.

En la cuestión colonial siempre nos enfrentamos a las dos caras del poder colonial: democracia hacia dentro y dictadura hacia fuera. Y siempre se encuentran dos tipos de política, e incluso dos tipos divididos de burocracia. La Oficina de Política Colonial de París está dirigida hoy en gran medida por especialistas de la época colonial que siguen defendiendo sus viejos intereses.

Ayuda para el desarrollo y diplomacia

Ruanda fue objeto privilegiado de la ayuda alemana, belga y francesa para el desarrollo. Sin embargo, es sorprendente el bajo nivel educacional en el país. Al viajar en auto de Kampala a Kigali, uno se percata de que por el lado de Uganda casi todos hablan inglés de una u otra forma. Una vez atravesada la frontera, por el lado de Ruanda casi nadie habla francés, a pesar de haber sido territorio bajo mandato francófono.

Nadie podía controlar realmente qué uso se daba a los recursos de la ayuda para el desarrollo. Si un representante de la embajada alemana en Kigali le hubiera preguntado al presidente de la República acerca del destino de la ayuda alemana para el desarrollo, habría tenido que abandonar el país dentro de veinticuatro horas. Es preciso conocer cómo se distribuyen esos recursos. En primer lugar la ayuda le llega al presidente —no hay otros receptores— y éste, entonces, reparte el 80% entre su familia y el 20% restante es para el desarrollo. Ese 20% tampoco va en beneficio de la población, sino que se usa para cosas que a él le parecen importantes: caminos, puentes, infraestructura. Si el embajador alemán fuera donde el presidente y le dijera: “Nosotros preferiríamos invertir nuestros recursos en escuelas”, éste sería declarado persona no grata. Los países dadores dejan pasar este tipo de trato porque desean por todos los medios mantener allí un pie. Estos son remanentes de la guerra fría, cuando los americanos se enfrentaban a los rusos, Occidente a Oriente. Ambos frentes deseaban permanecer y los jefes de Estado africanos se han aprovechado de ello. Ahora la guerra fría llegó a su término pero los países occidentales comienzan a competir entre ellos por ganar influencia; sobre todo sus empresas, como casas comerciales, compañías de transporte terrestre y aéreo, fabricantes de zapatos para niños —que en parte son empresas que llevan siglos comerciando con África—, buscan proteger sus intereses.

Cuando Idi Amin era presidente, la principal ayuda a su sangriento régimen provenía de la Unión Soviética. Una tarde el embajador ruso, medio ebrio, en una recepción dijo algo desfavorable sobre Amin. Éste lo hizo llamar en la noche y le dijo: “Usted tomará el primer avión, si no lo hace, no podré garantizar su vida”, y el embajador ruso tomó el próximo avión porque sabía que no era broma, que sería asesinado. Estos países son regiones apartadas del mundo, ¿quién podría encontrar a un embajador desaparecido? ¿Quién reclamaría por que ya no estuviera con vida? Nadie encontraría siquiera sus restos. El embajador francés en Kinshasa, Zaire, también fue fusilado. En estos lugares realmente peligrosos uno debe comportarse con extrema cautela. Quien no conoce las reglas del juego, corre

peligro. Los diplomáticos, por lo general, conocen estas reglas; a pesar de ello, siempre deben morir algunos.

Inmediatamente después de haber comenzado la masacre murieron algunos belgas; una movida astuta. Por lo general no se mata a los blancos; en especial los militares africanos no suelen hacer esto. En cuanto ocurrió la caída del avión, sin embargo, luego que el clan presidencial diera la señal para la masacre, fueron fusilados diez paracaidistas belgas de la escolta de la primera ministra Uwilingiyimana. La primera ministra también fue asesinada. Los autores del crimen fueron cínicos pero astutos. Cuando la noticia sobre el asesinato de los jóvenes soldados belgas llegó a Bélgica, ésta fue la primera reacción de la opinión pública en Bélgica: “Fuera de Ruanda!”, lo antes posible. El ministro de relaciones exteriores consultó al parlamento qué se debía hacer. El parlamento se pronunció a favor de retirarse lo más pronto posible. En tanto, no murió ni un solo francés. Se calculó bien y se les dio una señal a los belgas.

Mujeres, familias, clanes, tribus

Las mujeres desempeñan tradicionalmente un papel muy importante en África. Su fuerza deriva de varias fuentes. La mujer africana trabaja el campo, cultiva el grano y los frutales, produce alimentos. Y trae niños al mundo. Los niños son importantes porque trabajan. Los niños acarrear el agua, cuidan del ganado, llevan los productos al mercado; a partir del tercer o cuarto año de vida participan en las tareas domésticas. Cuantos más hijos se tengan, más fácil resulta dividir el trabajo. En las sociedades tradicionales africanas el terreno que reciben las familias de la tribu es concordante con el número de hijos. A mayor número de hijas corresponde más tierra para cultivar. Todo este entramado depende fundamentalmente de la mujer africana.

Pero más importante aún es que ella domina el mercado, el principal punto de encuentro de la vida rural. La mujer del mercado africana, la llamada *mama*, es el factor más influyente de la sociedad. Sin su aquiescencia es imposible imponerse políticamente. Cuando las mujeres del mercado de Ghana se pronunciaron contra Nkruma, éste fue derrocado al día siguiente.

Son las mujeres las que mantienen la economía de subsistencia de estos países. Los hombres salen a cazar, beben cerveza, sirven en el ejército, aprenden a matar o son políticos corruptos y, cuando su mujer les atiza, incluso trabajan algo. Naturalmente que se explota a las mujeres, pero este

reparto de papeles también garantiza cierto equilibrio. Cuando una mujer tiene una personalidad fuerte y es ambiciosa, y si además está casada con un presidente, ministro o funcionario, como Ágata Habyarimana, puede llegar a tener un poder enorme.

Hay que distinguir cuatro niveles en la sociedad africana. El primero es el de la familia extensa, a la que pertenecen hasta los parientes más lejanos, una cadena interminable; una familia africana tradicional abarca varios cientos de miembros. En África hay personas que son capaces de recorrer medio continente para visitar a un primo de su primo, y para ellos esto constituye un acontecimiento crucial en sus vidas.

El segundo nivel es el del clan, un grupo de familias unidas por el vínculo de la sangre. El tercer nivel es el de la tribu, que se compone de un grupo de clanes. Su unidad se basa fundamentalmente en el culto a unos antepasados comunes. Cada tribu posee su propia religión con sus dioses, santos, sistemas de creencias. Además, las tribus se diferencian por una cultura común, una lengua común, un territorio común y ocupaciones tradicionales compartidas: pastoreo, agricultura, oficios artesanales, etc. Históricamente, la tribu constituía el nivel común más alto. De la unión federal de dichas tribus surgieron los tradicionales reinos africanos, como el de Zimbabue, Songai, en el Sahara, o Pemba, en Zanzíbar. A esos estratos tradicionales se añade hoy el del Estado moderno, la nación poscolonial, como ocurre en Nigeria, Ruanda o Tanzania.

La sociedad africana es muy compleja, lo que tiene ventajas y desventajas. La complejidad ha garantizado su supervivencia, pues le confiere una gran flexibilidad. La desventaja radica en su carácter estático, que no permite grandes avances sociológicos.

Esas complejas estructuras permiten al africano adaptarse fácilmente, aceptar nuevas funciones y sobrevivir en un mundo tremendamente duro. Si se aniquila a una de las numerosas familias o clanes, quedan otras con vida; si uno emigra, quedan otros. La sociedad africana es como la arcilla, susceptible de adoptar las formas más diversas: siempre sobrevivirá. Se trata de una sociedad estática y al mismo tiempo flexible que, desde luego, no está capacitada para realizar grandes progresos. En Ruanda existe la misma jerarquía de castas desde hace más de 500 años sin cambio alguno.

Los clanes y el derrumbe de los Estados nacionales

En África destacan hoy dos tendencias. Por una parte constatamos la desintegración de los Estados nacionales. Hoy encontramos toda una serie

de Estados sin gobierno: Liberia, Somalia, Chad, Zaire, entre otros. La idea de un Estado nacional pierde peso y aún no se sabe qué sustituirá a estas estructuras políticas en decadencia.

África es inmensa y en ella ocurren simultáneamente procesos muy diversos. Una consecuencia del derrumbe de los Estados nacionales es la restauración de centros tradicionales de intercambio, locales o regionales, en torno a los viejos mercados y centros comerciales, al margen de las fronteras establecidas por los Estados nacionales. Los campesinos que no estén obligados a caminar más de un día para llevar sus productos a estos mercados resultan beneficiados. Pero los que viven apartados quedan excluidos y expuestos a la pobreza. Se trata de un intento muy elemental de encontrar una salida económica y social a la crisis de África.

La segunda tendencia es el protagonismo de los clanes en el gobierno. Gobernar en África significa casi siempre una especie de compromiso entre las diversas tribus, clanes y grupos sociales. Hoy en día, en muchos Estados, son los clanes los que acceden al poder, no las tribus. El dominio del clan señala una importante transformación del sistema político en algunos países africanos y, en general, del espectro político global del continente. Todo esto recuerda al reino otomano poco antes de la primera guerra mundial, donde algunos clanes gobernaron determinados territorios con ayuda de soldados. No había tribus, ni coalición de tribus y tampoco un Estado nacional. Lo mismo ha ocurrido en Ruanda.

La caída del avión

Un asunto enigmático, posiblemente se trató de un atentado. Las investigaciones arrojaron resultados confusos. El avión ya se encontraba cerca de la pista de aterrizaje y un comité de acogida integrado por ministros se había presentado para la recepción. En ese instante se escuchó el estallido de dos cohetes. Dieron exactamente en el blanco y el pequeño avión francés, con tres pilotos franceses y tres representantes del ministerio francés para la cooperación con África a bordo, explotó de inmediato. Hay informaciones contradictorias acerca del lugar desde donde fueron disparados los cohetes. Unos dicen que desde una zona controlada por el FPR (Front Patriotique du Ruanda), otros afirman otra cosa. El aeropuerto se encuentra en una altiplanicie rodeada de arbustos y árboles y el terreno alrededor no ofrece visibilidad. Una interrogante clave es el destino de la "caja negra", que podría aclarar el desenlace. Pareciera que los franceses se la compraron a alguien de la familia presidencial que la había encontra-

do. No se sabe nada acerca del resultado de su evaluación; más importante aún es por qué no hubo una investigación oficial. La prensa francesa guarda silencio al respecto. Se trataba de un avión francés, fueron franceses los que murieron en esa ocasión y es tarea del gobierno francés realizar una investigación, pero no hace nada. Y lo que da que pensar: la eminencia gris para los asuntos africanos en el Palacio Elíseo, François de Groussouvre, se suicidó el 7 de abril, un día después de que el avión fuera derribado.

Inmediatamente después comenzó la masacre. El grupo del presidente volvió del aeropuerto y la Radio des Mille Collines dio las órdenes para la matanza. Sólo se puede deducir, a partir de la estructura general de poder, quién dio la orden: quizás Ágata, sus hermanos, de todos modos personas influyentes de su clan. La organización perfecta comprueba cuán bien estuvo preparado todo. Si uno conoce África sabe que las cosas allí normalmente transcurren en forma no muy organizada. Aquí, sin embargo, se procedió de manera sistemática, casa por casa, iglesia por iglesia, pueblo por pueblo, al estilo nazi. En un país tan pequeño como Ruanda, cada uno conoce las opiniones de los otros. Los africanos son personas abiertas, se juntan en las noches y se habla y discute. Todos escuchan, todos saben todo. Uno sostiene una opinión, el otro defiende otra y cuando se tiene una densa red de informantes, fácilmente se puede identificar qué convicciones políticas sustenta cada cual. Por lo tanto, resulta fácil registrar a las personas con opiniones de oposición.

Enemigos

No es difícil crear allí imágenes del enemigo. La propaganda trató de presentar a los tutsis, ante la población campesina pobre, como enemigos. Y, naturalmente, la población analfabeta aceptó esos estereotipos de la diferencia tribal, ya que llevan oyendo hablar de ellos treinta años. No hace falta ir al trópico para constatar este fenómeno. Basta recordar a la ex Yugoslavia. Pero el corresponsal tiene que entender que se trata de un conflicto político entre un clan político corrupto y un frente nacional democrata que se esfuerza por crear algo así como una sociedad democrática. Lo que hay en Ruanda es una lucha social. El comunismo ha muerto, el marxismo ha muerto y, curiosamente, de pronto ya no se enfrentan ricos y pobres, ya no hay lucha de clases y por todas partes oímos hablar de conflictos étnicos, ya se trate de Yugoslavia, Ruanda o Camboya. La dimensión de la lucha social ha desaparecido de improviso de las imágenes estereotipadas

de los medios de comunicación. Esto supone una terrible crisis del pensamiento político en general, de repente se olvida todo lo que aprendimos.

Existen además otras confusiones notables. La prensa internacional y también las Naciones Unidas llaman a los que emigraron a Goma “fugitivos”, pero en realidad no son fugitivos, sino evacuados. Fueron evacuados a la fuerza por las unidades militares hutus. Su slogan era “¡Tienen que marcharse de Ruanda, si no lo hacen, los mataremos porque son unos traidores!” Y, así, la gente se marchó a Goma. El asunto de los refugiados es un problema explosivo, con ellos se trasladó todo un ejército de matones profesionales. Es imposible asesinar a medio millón de personas con cuchillos y palos, aunque en algunos casos la mitad del pueblo mató a la otra mitad.

La lucha por la tierra

De la difícil situación que vive la población campesina deriva también su potencial de agresión. No hay tierras fértiles suficientes. Ruanda es un país de una belleza fascinante, pero se trata de una belleza engañadora porque gran parte de la tierra no es muy fructífera. Las montañas son de origen volcánico y la tierra sobre la piedra volcánica no es muy profunda. En Ruanda se ven las regiones más maravillosas, sobre todo en los valles, pero esta tierra no es de campesinos sino que pertenece a las plantaciones, cuyos dueños son grandes empresas. Así, los campesinos están obligados, como en China, a cultivar las laderas de las colinas. Mientras en la China se desarrolló una sofisticada técnica milenaria de cultivo en terrazas, en Ruanda no existe tal cosa. Los torrenciales aguaceros en la estación lluviosa siempre vuelven a inundar los campos de cultivo de los agricultores, arrasándolos hacia las profundidades. La tierra fértil es escasa. Un pueblo típico en Ruanda es pobre, sin agua, sin electricidad, sin alimentos. El clima es favorable pero ya no existen muchos árboles. La madera constituye el combustible más importante para cocinar. De este modo, la gente corta todo: arbustos, árboles, bosques enteros, y África se convierte cada vez más en un extenso desierto. Éste es otro drama del continente.

Ya desde antes se luchaba por las tierras. Los tutsis eran ganaderos y sus rebaños necesitaban de una cierta cantidad de terrenos para pastar; los hutus, en cambio, eran agricultores, y de ello surgió naturalmente un conflicto. La erosión del suelo hace lo suyo en este país sobrepoblado. Los campesinos mantienen una encarnizada lucha por las tierras; éstas son causa de envidia, odio, enemistad. Ante este trasfondo siempre resulta fácil fusti-

gar y decir: “No tienes nada que comer porque tu vecino tutsi se ha apoderado de tu campo”, o “cuando vuelvan los tutsis, te quitarán tu tierra”. Con ayuda de slogans como éstos ha sido posible evacuar a gran parte de la población rural.

Explotación de las supersticiones

En las capas del inconsciente africano hay visiones, historias, ideas recurrentes. Muchas personas se sienten constantemente amenazadas por algo, incapaces de ejercer control sobre su entorno. Se explota permanentemente el concepto del enemigo para interpretar el destino. Me refiero a las personas sencillas, sin educación. Abundan las supersticiones, igual que en la sociedad medieval europea, donde se perseguía a las brujas. Toda sociedad tradicional está llena de supersticiones, porque el hombre vive conectado y dependiente de la naturaleza. Teme al trueno y cree que todo es parte del alma. No resulta difícil hacer creer a estas personas que son víctimas de fuerzas sobrenaturales, contra las que hay que luchar. Se advierte una permanente presencia de poderes ajenos y uno se siente constantemente amenazado por el hecho de ser incapaz de controlar su entorno. Lo esencial, sin embargo, es la falta de educación. Resulta fácil sugerir algo a estos analfabetos sin conocimientos, causarles pánico e inducirles a seguir señales falsas. Hay gobernantes que se aprovechan de esta mentalidad. En Ruanda se explotó precisamente ese sustrato de superstición. Un sofisticado conocimiento de sicotécnicas entró en juego al producirse una histeria masiva.

Cabe recordar, sin embargo, que la guerra civil en Ruanda lleva treinta años, habiéndose acumulado ya una larga experiencia histórica en cada persona: murieron la madre, la abuela..., para cada uno significa toda una cadena histórica de acontecimientos crueles.

La irrupción de violencia en Ruanda es producto de una prolongada crisis social, política y mental, de una acumulación de odio durante treinta años, por generaciones. En cada pueblo se sabe quiénes murieron, aun siendo familias enormes, ampliamente ramificadas. Cada uno tiene excelente conocimiento de su familia y dispone, por tanto, de un extenso tablero de memoria de todos los que son sus muertos. Esto constituye un trasfondo por completo distinto al de Europa. Este estallido de violencia, que ha tenido lugar cada cinco a seis años, viene a aliviar en cierta forma el odio acumulado. Luego vuelven a pasar cinco años tranquilos sin que pase nada.

Monotonía y violencia

Hay que imaginar también el infinito tedio que acarrea allí la vida. Se vive en un lugar inmensamente desértico, con ese calor africano, hay poco de comer, en la noche hace frío, no se posee más que una camisa, no se tiene un lugar apropiado para dormir, se consigue un poco de mijo o arroz, a veces un huevo, en ocasiones un trozo de plátano. Es una vida angustiante-mente monótona. El horizonte de vida es muy limitado en estas típicas aldeas de las apartadas regiones montañosas de Ruanda; a veces apenas llega hasta la próxima aldea. En el mundo no existen más que hutus y tutsis. Y de vez en cuando hay que desahogarse.

Lo que siempre me ha pasmado en esta sociedad es la posibilidad de una repentina irrupción de violencia. Por lo general se trata de pueblos muy agradables, pacíficos. Se vive en forma muy tranquila, la gente es deferente, hospitalaria, dispuesta a ayudar. Sin embargo, uno puede estar sentado conversando con otra persona y de un instante a otro, en forma inesperada, puede cambiar drásticamente el ambiente psicológico: el que está al frente, de pronto, es presa de ciertos poderes ajenos que no puede identificar. Ya no se sabe qué ocurre con él, de súbito se vuelve vil y pierde por completo el control. En una situación tal lo mejor es escapar de inmediato, porque no se puede contar ya con ninguna reacción racional. La cerveza de plátano es parte de la alimentación básica y al beberla uno se vuelve levemente histérico, agresivo. En situaciones grupales esto puede ser en extremo peligroso.

Estos componentes psíquicos forman parte de la tradición africana y representan un potencial político. Desde el punto de vista del poder político, se trata de aprovechar o no estas estructuras, lo que cae en el plano de la decisión política. En una serie de países africanos el gobierno da prueba de su poder precisamente no recurriendo al asesinato de seres humanos. En Tanzania el gobierno no ha mandado matar a ninguna persona, optó por no usar esas estructuras mentales; en Ruanda, en cambio, han sido instrumentalizadas.

La vida y la muerte

A los europeos nos cuesta entender la relación que se establece en África entre la vida y la muerte. Allí la vida no vale nada. No significa gran cosa matar a alguien. No es infrecuente hacerlo. He estado muchas veces en frentes africanos, con soldados que sabían que les iban a matar, pero a nadie se le ocurría pensar en ello. “¿Dónde está? Ah, le acaban de pegar un tiro”, y ya está olvidado. “Si muero no pasa nada.”

La vida es durísima y la mortandad, muy alta. La mitad de los niños mueren en los primeros años de vida, de malaria, tuberculosis, sida, enfermedades intestinales. La muerte y la vida conviven en una amalgama inextricable; todos están familiarizados con la muerte y ésta no constituye un problema cultural importante. Si le preguntamos a una madre africana de cuarenta años cuántos hijos ha tenido, nos responderá tranquilamente: “He tenido quince hijos, siete murieron siendo niños, a dos seguramente los han matado, y el resto no sé dónde está”.

En el transcurso de la guerra civil angoleña, caravanas enteras de refugiados cruzaban las calles y muchos de ellos caían muertos allí mismo. Los echaban a un lado y seguían caminando. Con las temperaturas tropicales y bajo ese sol, los cadáveres se hinchan rápidamente. Pero durante las lluvias, a los pocos días se aplanan de tal forma que parecen esterillas, de forma que al final sólo se distinguen sus contornos. Casi se funden con el suelo y vemos que nadie se ha preocupado de enterrarles. Una vez muertos, los dejan ahí, nadie les presta la menor atención. No debemos aplicar a la mentalidad africana los valores que se atribuyen en Europa a la vida y la muerte; cuando uno se limita a interpretar los fenómenos de una cultura con los valores de otra, todo resulta demasiado superficial, y éste es un error que los europeos cometemos constantemente.

Ancianos y cabecillas

En esta masacre hubo otro factor decisivo. En las sociedades africanas existe un sentido mucho más acusado de la autoridad que en Europa. El cabecilla de un pueblo lo es realmente, es un gobernante. El anciano es en verdad el mayor y se le trata con enorme respeto. La edad constituye una categoría que en Europa ya se ha olvidado, pero en las sociedades africanas el más anciano es un rey, un dios. Un día llegué en avión a Somalia, a una región donde las personas llevaban mucho tiempo pasando hambre. Habíamos cargado maíz para los hambrientos. Aterrizamos en un pueblito y, de pronto, una masa incontrolada surgió de todas partes avanzando hacia el avión para apoderarse del maíz. Hubo un tumulto, pensé que asaltarían la nave. En ese instante aparecieron unos ancianos. Llevaban largos bastones pero no hacían nada con ellos, sencillamente caminaban. La masa desatada de hambrientos salió corriendo. Esto es la disciplina africana en su vertiente más elemental.

En la sociedad tradicional ruandesa de la época colonial había tres tipos de cabecillas. En primer lugar, el jefe de los rebaños de una determina-

da región; luego, el jefe de una colina —cada clan vivía en una colina—, y el jefe de la administración. A partir de la rivalidad de los diversos jefes se creó, mediante un acuerdo, una administración estable para todas las regiones, que a su vez coincidía con los espacios vitales propios de los diferentes clanes.

La elección de los cabecillas de pueblos y regiones en este Estado unipartidista se hizo a través del presidente y los canales propios del partido, mediante la distinción de los ancianos, el nombramiento, la cooptación. Por lo general, la sociedad africana es muy obediente y estos nombramientos fueron aceptados sin objeción alguna.

Imaginemos un pueblo cuyo cabecilla hubiera sido nombrado por el gobierno. Este líder, así, se convertía en cierto modo en rey, lo era todo para el pueblo. Al mismo tiempo era miembro del clan de Habyarimana. Cuando comenzó la masacre, recibió la orden de matar y la transmitió: “¡Mátenlos!” La gente le siguió sin pestañear, sin dudarle un instante. Y empezaron a matar. Este rasgo es particularmente acusado en la sociedad africana: los cabecillas son jefes absolutos y las personas que asesinan a otros les transfieren a ellos la responsabilidad moral del acto. Si alguien les preguntara: “¿Por qué has matado a esta persona?”, responderían: “El jefe lo ha ordenado”. Ellos se sienten exentos de toda responsabilidad, no hacen sino cumplir órdenes.

La estrategia del retorno

La estrategia seguida por las tropas afectas al último gobierno ruandés era adentrarse de nuevo en Ruanda desde Zaire. Permanecieron cerca de la frontera y empezaron a reorganizarse. El ejército entero, 30 mil hombres aparte de las milicias, ha estado preparándose. Su plan es escudarse en los refugiados. Quieren poner a caminar en columnas a los niños y a las mujeres y marchar detrás de ellos. Cuando el enemigo empiece a disparar, morirán niños y mujeres y entonces los dirigentes del antiguo clan dominante apelarán a la comunidad internacional diciendo: “¡Miren cómo matan los tutsis a los niños y a las mujeres!” Esta táctica es algo evidente, de hecho ya la han puesto en práctica. El ejército se entrena en campamentos y en los campos de refugiados están reorganizando el viejo sistema que imperaba en los pueblos y entre cabecillas. La masa de gente que reside en estos campos está muy bien organizada y dividida según su lugar de origen, y esto por orden del antiguo gobierno de Habyarimana. Todos están allí: los ministros, los jefes de policía, los funcionarios.

Estas personas, concentradas en campamentos en Goma y que han dado muerte a otros, no tienen la menor capacidad de reflexión; piensan que matar es natural y no tienen nada que decir al respecto. Al hablar con ellos se nota que no tienen la menor cultura. Comen miijo diariamente y matan. Son útiles. Cuando uno observa a todas estas personas que han matado a otras, no es difícil deprimirse pensando en la condición humana.

Organizaciones de ayuda a los refugiados

Los refugiados de Ruanda sólo tienen este país. Algunos podrían, desde luego, quedarse en otro lugar, si hubieran disfrutado de un mínimo de formación, pero la mayoría de ellos carecen de preparación. Sencillamente se quedan donde están, mantenidos por las organizaciones internacionales de ayuda. ¿Qué es lo que han hecho en realidad estas organizaciones? Han levantado campamentos por todo África, campamentos llenos de desarraigados. Los refugiados lo han abandonado todo, sus pueblos han sido destruidos, viven sin campos, sin animales, sin rebaños. Los campamentos suelen erigirse, por razones técnicas, en los alrededores de alguna ciudad, pero casi siempre se instalan en suelos devastados, en desiertos o territorios baldíos. Los refugiados viven allí exclusivamente de la ración que reciben de las organizaciones, por lo general medio kilo de grano y tres litros de agua al día. Un horror, pero eso es todo lo que tienen. Si no se les alimenta, mueren. No tienen a dónde ir. Y, aunque sean nómadas, no poseen cabras, ni vacas, ni camellos; si abandonan el campamento, mueren al día siguiente. No trabajan, no tienen campos que cultivar, no hay talleres, no hay escuelas; se trata de una situación de supervivencia puramente biológica. Así, a través del continente se ha creado una clase social que carece de toda perspectiva para disfrutar de un futuro humano y que deberá ser alimentada por las agencias internacionales hasta el fin de sus días.

El problema con las agencias de refugiados y con las organizaciones internacionales de ayuda es que éstas permanecen de todos modos. Tienen futuro para otros cien años. No hay nada más seguro que un trabajo en una de esas entidades. Un amigo que trabaja en una organización alemana de ayuda en Ruanda contaba cómo compiten entre ellas. Lo mismo ocurría en Etiopía. Las organizaciones de ayuda han llegado a ser un enorme negocio internacional, una rama industrial de la que vive toda una clase burocrática. Naturalmente el idealismo también juega un papel porque los médicos y ayudantes a menudo arriesgan su vida en ello, pero en el fondo trabaja una gigantesca maquinaria internacional en un negocio increíblemente lucrati-

vo. Hace poco tiempo fue publicado el libro *The Lords of Poverty*, de Graham Hancock, quien ha investigado durante años la corrupción en torno al lucrativo negocio con los refugiados. Esas organizaciones compiten por ese lucro.

Una alternativa sería aprovechar los recursos que se gastan en alimentar a una masa condenada a la pasividad, para cultivar la tierra, introducir la agricultura, organizar el aprovisionamiento de agua y permitir que estas personas vuelvan a trabajar. El número de refugiados en el continente aumenta constantemente. La respuesta adecuada serían organizaciones que además de repartir alimentos como ayuda inmediata, construyeran nuevas estructuras. Pero nadie en el mundo está abocado a darle una solución a este problema, ni siquiera se reflexiona al respecto. Todos quedan horrorizados, nadie conoce los verdaderos entresijos, nadie sabe qué hacer, pues no existe un precedente histórico. Mañana estallará allí otra guerra y pasado mañana en otro lugar, y los sociólogos saben que la mayoría de la población no combate, sino que trata de huir, de forma que se crearán nuevos campos de refugiados y volverán a aterrizar aviones con más comida. Pero estos campamentos no son la solución. Podrían crearse proyectos de trabajo, porque a veces esta pobre gente huye de la sequía y a menudo la guerra que les ha ahuyentado ya ha concluido. Pero se quedan en los campamentos porque no saben a dónde ir. Y se quedan con su medio kilo de maíz y tres litros diarios de agua, desarraigados, desclasados, sin esperanza. Entre tanto, las agencias internacionales se preparan para la próxima oleada de refugiados en cualquier parte del mundo.

Impresiones del FPR

Puedo hablar sólo de mis experiencias personales. He conversado con dirigentes del FPR y lo que me ha dejado perplejo es cuántas personas inteligentes hay entre ellos. Observé una gran disciplina en el frente, los jefes tienen un alto nivel ético. En los territorios liberados, por ejemplo, otorgaban nuevas cédulas de identidad; en estas nuevas cédulas por primera vez se anulaban todas las calificaciones étnicas. Antes cada pasaporte llevaba una observación: “Hutu” o “Tutsi”, hoy solamente “Citizen of Ruanda”. Me encontré con un grupo de veinte jefes del FPR, y sólo tres de ellos eran tutsis. Hablar del FPR como de un ejército tutsi es absolutamente equivocado.

En el caso de los militantes del FPR, no son del tipo de personas que busquen el enriquecimiento personal. Ellos provienen de campamentos de refugiados, llevan sólo tres años luchando y dan la impresión de ser muy

honestos. En muchos países africanos existe la corrupción pero no todas las personas o gobiernos en África son corruptos. El primer ministro de Tanzania, Nyerere, era muy correcto, también el actual presidente de Etiopía, Meles Zenawi, es de una gran rectitud. Y en Eritrea los representantes del gobierno son gente sencilla, sin pretensiones, que llevan una vida común y corriente y no se ve allí el afán de enriquecimiento personal.

¿Qué puede pasar ahora? En realidad, no hay solución. En África los conflictos siempre duran mucho, mucho tiempo. La guerra en Eritrea duró más de treinta años; la de Chad, más de veinte. Una vez que estalla un conflicto bélico en África, éste se prolonga en exceso y resulta casi imposible ponerle término. Están en juego demasiados intereses, la guerra es lucrativa para los proveedores de armas y para los ejércitos. Estas huestes están compuestas por hombres jóvenes que sin combatir no tendrían trabajo; por eso quieren el ejército, quieren luchar. Para los jóvenes soldados la guerra significa una especie de “highlife”: pueden matar, llenarse la panza, violar, pueden hacerlo todo porque tienen un arma. Si se les quita el arma, no son nada. Éste es el drama de África.

¿Olvidar a África?

En general, el interés de los países desarrollados por el tercer mundo es hoy escaso. En los años 60 Occidente temía al tercer mundo y muchas tensiones tenían allí su origen. Hoy en día Occidente lo divide en diferentes zonas; por un lado están las de crecimiento estable, con lucrativas inversiones y floreciente comercio, que reciben apoyo, como el sudeste de Asia y la zona del Pacífico; por otro lado, África parece condenada a seguir siendo un gran problema y pasa a segundo plano.

Con el fin de la guerra fría termina también un período moderno del África, y con ello igualmente el predominio de los regímenes de partido único dictatoriales y violentos, como el de Mengistus en Etiopía. En la actualidad se está pasando por una fase de transición con diversos procesos de adaptación, reorientaciones, una búsqueda de nuevas soluciones y modelos. En general, sin embargo, crece el desinterés de Occidente, ya que con África se asocia, sobre todo, un gran problema. Reina la desilusión en lo que concierne al beneficio de la ayuda y es de conocimiento general que el compromiso con África requiere de enormes recursos, pero éstos no están disponibles. Inconscientemente se preferiría olvidar al continente africano, lo cual está muy relacionado con el hecho de que se culpe de todo a África como tal. Cometemos el error de percibir a África como objeto, no como

sujeto, como entidad cultural, geográfica y política independiente, si bien muy débil.

La responsabilidad de los africanos

Mucho de lo que ocurre en África es condenable. También el escandaloso comportamiento de los intelectuales africanos, que destacan por una evidente falta de sentido patriótico y conciencia ciudadana. He dedicado cuarenta años de mi vida a África y he muerto varias veces en este continente y creo que tengo derecho a decirlo. Un amigo me envió hace poco desde Londres una revista de intelectuales somalíes. De los diecisiete autores somalíes que escriben en esa revista, quince viven en el extranjero. Su país, su nación, atraviesa una de las crisis más agudas de la historia y los intelectuales más destacados viven casi todos en el extranjero, en Harvard, Londres, Estocolmo, París, donde naturalmente llevan una vida más agradable que en Addis Abeba o Mogadiscio. En África no se les encuentra; las universidades están vacías. Me parece una actitud muy egoísta. ¿Cómo van a funcionar estas naciones si los intelectuales viven fuera?

Otro ejemplo es el Congreso de Intelectuales celebrado en Conakry en julio de 1994, convocado por el presidente guineano, Lasana Conté. También me invitaron. Pero en el último momento anularon el congreso, porque ciertos intelectuales se negaban a aprobar varios puntos del orden del día; y eso mientras se perpetraban en Ruanda las matanzas más atroces.

Cuando un intelectual es perseguido en su país, no se marcha a otro país africano democrático, sino que se exilia en París. A menudo son las mismas personas que se dedican a acusar a todo el mundo de racista, imperialista y colonialista, lo que debe resultarles fácil. África tiene cientos de escritores, poetas, dramaturgos, científicos y sociólogos. Nadie ha alzado la voz en el caso de Ruanda.

La comunidad internacional debe admitir, desde luego, su responsabilidad por lo que ocurre en África, pero sin exagerar sus proporciones. Se trata también, ante todo, de la responsabilidad de los propios africanos. Hay mucho que condenar en África. Por ejemplo, la Organización para la Unidad Africana (OUA), una poderosa entidad dotada de fuerzas militares, dinero y estructuras administrativas. Las tropas de la OUA estuvieron estacionadas en Ruanda durante tres meses, y en esos meses ocurrieron las matanzas más espantosas. ¿Dónde estaba la OUA? También es culpable. Ante este trasfondo no deberíamos sentirnos demasiado culpables. Mientras los africanos no desarrollen una conciencia cultural y continental, la situación no cambiará.

La crisis ruandesa no afecta únicamente a Ruanda. Es una crisis de la conciencia africana en general, una crisis de los Estados africanos y de la cultura africana. No debemos considerar el caso ruandés aisladamente, ni pensar que se circunscribe a doscientos o a mil locos que van de casa en casa asesinando. Eso sería demasiado fácil. Se trata de la cultura de 700 millones de africanos.

Conozco a un hombre que vive en Etiopía. Tiene un palacio inmenso allí, y otro en Roma, y un apartamento en Manhattan —no le gusta vivir en hoteles—, conduce coches lujosísimos con aire acondicionado; cada día ve morir de hambre a la gente en las calles y pasa de largo. Sus hermanos y hermanas murieron en Ruanda.

También él representa a África. □

MATANZA EN EL VALLE DE LAS LÁGRIMAS*

Hans Christoph Buch

Entre los hutus y tutsis reina el odio. Mediante el crimen y el destierro luchan por obtener la supremacía en Burundi y Ruanda. El escritor Hans Christoph Buch recorrió ambos países, observó el terror de cada día y fue testigo de una masacre.

Desde las alturas, Burundi se ve como un lugar idílico: cumbres montañosas cubiertas por nubes, laderas pobladas de bosques, verdes valles y sabanas, en medio el espejo plateado del lago Tanganyka, enorme como un mar interior. Después de aterrizar se confirma la impresión de que se trata de un retoño africano de Suiza: calles limpias bien asfaltadas, exuberantes praderas en las cuales pastan bueyes con cuernos ampliamente separados, vigilados por espigados pastores tutsis, parientes lejanos de los antiguos egipcios, los cuales emigraron hacia África Oriental hace 400 años y subyugaron a los agricultores hutus, un pueblo bantú proveniente de la cuenca del Congo.

HANS CHRISTOP BUCH. Destacado novelista alemán.

* Publicado originalmente en *Die Zeit*, N° 24, 9 de junio de 1995. Traducido al castellano por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

Desde ese entonces, la lucha entre estos grupos étnicos ha dejado su estela sangrienta en la historia de Ruanda y Burundi, cuyos habitantes —14 por ciento tutsis y 85 por ciento hutus— se han masacrado periódicamente entre sí: en 1972, en Burundi, 200.000 hutus “adelantados” —miembros de la clase baja pero capaces de leer y escribir— fueron exterminados por el ejército tutsi, y en los genocidios más infames registrados hasta la fecha las milicias hutus masacraron en 1994 medio millón de tutsis en la vecina Ruanda.

“Primero disparaban y luego preguntaban quién era”, dice Benno Schulten, un holandés que desde hace un año vive en la capital de Burundi, Bujumbura, y que organiza el transporte de refugiados en representación de la Organización de Cooperación Técnica (GTZ). El pasado otoño condujo un convoy de treinta camiones desde Etiopía hasta Burundi, sin perder ni siquiera un camión en el camino, como agrega con orgullo. Los conductores amhárlicos arriesgaron sus vidas, ya que se ven como tutsis. Un par de semanas antes, en un atentado, una granada arrojada sobre la plataforma de carga de uno de los camiones que transportaban refugiados dejó una docena de heridos y a los conductores aterrorizados.

Menos suerte había tenido un equipo de la televisión sudafricana, cuyo auto fue baleado por desconocidos durante el viaje de regreso hacia Bujumbura. El vehículo se volcó y el reportero Francis Victor fue ultimado mientras salía, arrastrándose y sangrando, desde el auto siniestrado; el conductor burundi y traductor del equipo también perdió la vida y sólo el camarógrafo sobrevivió al accidente con heridas de consideración. El había filmado las fosas comunes de los asesinados durante los recientes disturbios.

Un ciudadano belga avecindado por años en Burundi fue baleado a quemarropa el 19 de marzo, junto a una barrera de protección ubicada en una calle al sur de la ciudad capital, sin previo aviso y sin motivo conocido, junto con su hija de cuatro años de edad y un amigo belga que pasaba sus vacaciones en Burundi.

¿Quién podría hacer algo semejante y por qué? Adolescentes ebrios o bajo la influencia de drogas con sus Kalachnikow en la mano, miembros de las milicias tutsis o hutus “Sans Échec” (“Sin Fracaso”) o “Sans Défaite” (“Sin Derrota”), como ostentosamente se llaman a sí mismos estos comandos homicidas, que cometen asesinatos para cargárselos a sus enemigos políticos. Según Benno Schulten, esto *no se trataría* de un conflicto étnico, sino que sería la obra de ambiciosos jefes militares que traspasan el peso de sus luchas por el poder a la población empobrecida. Se dice que hay armas más que suficientes en Burundi como legado de la guerra civil

en las vecinas Ruanda y Uganda, y que los campos de refugiados al otro lado de la frontera con Zaire estarían repletos de huérfanos que dejó la guerra y de jóvenes desempleados que sólo esperan poder vengar su dolor.

En verdad, desde hace días todo está tranquilo en Bujumbura y durante las noches ya no se oyen disparos ni explosiones, pero en el aire se siente una tensión nerviosa que puede desatarse furibundamente en cualquier momento, a pesar de —o incluso debido a— la presencia permanente del ejército, el cual ha levantado barreras de contención en los puntos estratégicos de la ciudad y controla todo vehículo sospechoso. (Esta impresión se confirma al terminar el viaje. En las pasadas semanas, el ejército expulsó a miles de personas del centro hutu Kamenge en Bujumbura.)

Benno me advirtió encarecidamente que nunca le preguntara a alguien si es hutu o tutsi. Más que el pertenecer a éste o aquel grupo étnico, importa el hecho de si una persona es catalogada como moderada o extremista. Además me entregó una lista con los nombres de prominentes políticos, frente a los cuales había escrito una V (por “sensato” o “moderado” en alemán) o una E (por “extremista”).

Junto a Jovitt, un joven taxista que en el otoño de 1993 perdió a sus padres y cuatro hermanos durante una masacre en su pueblo natal, visito Bwiza Buyenzi, un barrio pobre habitado principalmente por hutus, en el que el ejército mató a varios cientos de personas a principios de abril. Miles fueron violentamente expulsados. Pasamos junto a casas destruidas que han sido saqueadas por los soldados y cuyo suelo fue aplanado: murallas derribadas, planchas de zinc abolladas, adobes carbonizados. Aquí, dice Jovitt, frente a una pared cubierta de orificios de bala, su vecino, un anciano proveniente de Zaire, fue baleado en las piernas por las milicias tutsis y luego decapitado con un machete. Imagino la sangre saltando hacia todos lados..., pero Jovitt me insta a irnos, puesto que las calles de Bwiza Buyenzi son controladas por patrullas del ejército y los curiosos se convierten en sospechosos.

Jovitt me muestra su habitación, en un patio interior oculto entre un depósito de chatarra y una mezquita; junto a montañas de fierro viejo se seca ropa y una tubería que gotea proporciona agua potable a media docena de familias. La diminuta habitación está dividida por una cortina, formando así un dormitorio y un living, y el mobiliario está compuesto por un colchón de espuma, el póster en colores de una artista de cine taiwanesa, una Biblia y un himnario. Jovitt me muestra su tarjeta de membresía que lo acredita como misionero de la Nueva Iglesia Apostólica. Al igual que muchos de sus compatriotas, se ha unido a una secta mesiánica que promete a sus fieles la liberación de este valle de lágrimas terrenal.

Dejamos atrás Bujumbura y viajamos junto a la orilla del lago Tanganyika hasta quince kilómetros antes de Gatumba, en la frontera con Zaire. Dos semanas atrás, por este mismo camino miles de refugiados hutus huyeron desde Bwiza Buyenzi. Los hoteles de la playa, en los que anteriormente se divertía la “juventud dorada”, sirven hoy como campo de entrenamiento para el ejército burundi; entre los bungalows otrora destinados a los turistas, los soldados tutsis ocupan posiciones y tras las dunas han apostado piezas de artillería camufladas con redes, cuyas bocas apuntan hacia la orilla del lago, a la espera de una temida invasión desde Zaire. Antes del puente sobre el Rusisi somos controlados en un puesto de revisión, y aunque no ando con mi pasaporte el guardia me deja pasar. En el delta del río que se encuentra protegido por la naturaleza hay hipopótamos y cocodrilos. Jovitt me cuenta que después del genocidio de Ruanda los cocodrilos se vieron particularmente gordos, porque a diario los muertos flotaban en el Rusisi.

A la entrada del pueblo de Gatumba viramos a la derecha hacia un campamento que alberga a diez mil refugiados hutus. Los soldados apostados en la puerta me niegan la entrada; debo volver a la mañana siguiente, ya que hoy no se puede conversar con el comandante. Alrededor de un árbol que crece fuera del campamento y del que cuelgan lianas y orquídeas se apretuja una muchedumbre de cien cabezas: son refugiados provenientes de Bwiza Buyenzi que viven en carpas en los terrenos de la que fuera una escuela de misiones. Hacen cola en espera de recibir arroz, que es distribuido entre los necesitados desde un camión, bajo la supervisión de un voluntario de CARITAS. Me rodean los refugiados que, con gestos, me indican que tienen hambre.

“No dé nada a la gente”, dice el señor Brignol, de Perpignan, con un evidente acento provenzal. “Ellos afirman que perdieron sus documentos y se inscribieron en nuestra lista con nombres falsos. Más tarde venderán sus raciones de arroz en el mercado. El ejército presenta hechos consumados y nosotros, finalmente, debemos afrontar las consecuencias. Usted puede ver hacia dónde conduce todo esto”. Luego, ahuyenta de un puntapié a un joven que lleva los bolsillos llenos de arroz.

En medio de nubes que avanzan a baja altura penetra el sol dibujando sombras movedizas en las montañas ubicadas junto a la ribera occidental del lago Tanganyika. El contraste entre la belleza de la naturaleza y la miseria de la gente no podría ser mayor: todos duermen en carpas sobre el terreno barroso y desnudo, que con las lluvias se transforma en pantano y durante el día los deja a merced de los abusos del ejército tutsi y por las noches los entrega al terror de las milicias hutus. La solidaridad con el

clan étnico funciona en forma similar al voto de silencio de la mafia, explica en forma breve el representante de la ONU Ould Abdallah, quien trata de servir de mediador entre los campamentos enemigos: el que contradice a los jefes extremistas tiene su vida perdida.

En el viaje de vuelta hacia el hotel dejo tarjetas de visita en la Misión de la ONU y en la casa del jefe de Estado anterior, Pierre Buyoya, y en la de su adversario político Jean-Baptiste Bagaza. Ambos descienden de la élite tutsi, han hecho carrera en el ejército y son parientes lejanos, pero mientras a Buyoya se le considera un moderado, el ex dictador Bagaza está clasificado como una persona veleidosa. Ambos viven en el mismo barrio residencial de Bujumbura, apenas a tiro de piedra de donde se encuentran ubicadas las tumbas de la familia real, que simbolizan la unidad y autonomía política de Burundi.

Pudimos visitar las tumbas por breve tiempo, puesto que Jovitt apuró la partida; dentro de una hora entrará en vigor la prohibición de circular y, al caer la tarde, las colinas que rodean la ciudad serán ocupadas por bandas armadas y se volverán inseguras.

“Soy extremista”, nos dice Josef F. Derweduwén, un comerciante belga en repuestos de automóviles que vive desde hace treinta años en Burundi. “Capitulación del 8 de mayo: ¡no, gracias!” reza un adhesivo que ha puesto en la puerta de su oficina. “La democracia no nos ha traído más que desgracias. En África rige el principio del líder: la gente aquí quiere un hombre fuerte. Bajo el régimen militar, las calles estaban limpias y a los criminales se les seguía procesos cortos. Ahora mi vida ya no está segura en Bujumbura y siempre ando con un revólver cargado. Soy el último hombre blanco que ha mantenido su posición en este lugar. Europa nos ha traicionado: en lugar de tropas que intervengan nos envían expertos en derechos humanos. Para el funeral del ciudadano belga asesinado el 19 de marzo, Bruselas ni siquiera envió un representante: sólo paracaidistas conformaron el último séquito para el muerto. Conocía bien a Madame Salle y su hija”.

Yo quiero saber quién perpetró el homicidio. El señor Derweduwén me mira sorprendido. “Pregúntele a la señora Rurasabagiza, mi colaboradora burundi; ella le puede explicar quién se encuentra detrás de todo esto. ¡Si yo se lo dijera, usted no me creería y pensaría que soy nazi o racista!”

“Para los extranjeros es difícil de entender”, dice la jefa negra del negocio —a quien Derweduwén le ha traspasado el veinte por ciento de su firma—, mientras juguetea pensativa con su cadena de oro. “Los hutus son una raza sucia. No tienen honra de ningún tipo. Ellos toman tu dinero y luego te difaman a tus espaldas. Hoy te besan los pies y mañana te cortan

el cuello. Nosotros los tutsis queremos a los niños y nunca mataríamos bebés, excepto cuando alguien arroja una granada de mano. Los hutus planifican los genocidios, pero ya se acabaron los tiempos en que nosotros los tutsis éramos llevados como ovejas al matadero. Estoy dispuesta a morir, pero antes de eso me llevaré a treinta o cuarenta hutus conmigo a la muerte. ¡Escriba eso sin problemas, monsieur!” Y tomando una regla hace un ademán como de un guerrero samurai que decapita a una multitud de enemigos.

“No existe una sociedad civil en Burundi”, dice el diplomático de la ONU proveniente de Mauritania, Ould Abdallah, quien me recibe por la tarde en su oficina vigilada por los cascos azules. “Al igual como sucedía en la Alemania nazi o en la Rusia estalinista, no existe una sociedad civil. El virus del terror ronda y nadie está inmune al contagio. Los demagogos de ambos lados se hacen tambalear recíprocamente; el genocidio que falsamente atribuyen a sus adversarios es planificado por ellos mismos. Sólo hay extremistas en este país y los moderados constituyen una minoría amenazada con el exterminio. La ONU me ha enviado como representante neutral a Burundi, pero yo me siento más como un soldado metido en una trinchera. En la prensa se ha desencadenado una guerra sucia en mi contra y los diarios me llenan de basura. ¡Pregúntele a Monsieur Bagaza por qué nos asoció a mí y al embajador Krueger, de los Estados Unidos, con la matanza y cómo él, con la fraternal ayuda de Ghaddafi, financia sus escuadrones de la muerte! Y saludelo de mi parte”.

A la mañana siguiente tengo una cita con Deogratias Niyonzima, quien actúa como ideólogo en jefe de las milicias tutsis e instigador de sus actos de terror. Mi chofer hutu se niega a conducir hasta el centro tutsi de Ngagara, puesto que entre los barrios habitados por hutus y tutsis existen límites invisibles cuyo traspaso pone en peligro las vidas. Cassius, un tutsi de diecisiete años de edad, entra de un salto; es estudiante, conduce automóviles desde hace nueve años y no tiene ningún interés en la política. La oficina de Sojedem (Solidaridad de la Juventud por los Derechos de las Minorías) —el nombre de la organización legal de los extremistas tutsis— está ubicada en un edificio escolar, ante el cual haraguean guardias fuertemente armados en tenuta deportiva.

“Sabía que sería puntual”, me dice Deogratias Niyonzima y me invita a pasar a su oficina, equipada con contestadora telefónica, computador y fax. “Siempre se puede confiar en los alemanes”. El jefe de la Sojedem lleva lentes oscuros y se ve como el líder de una pandilla callejera de Los Angeles. Estudió teología en Abidjan y Kinshasa y fue ordenado sacerdote antes de que la comunidad de los dominicos lo expulsara debido

a sus actividades terroristas. En el otoño de 1993 su familia fue asesinada en una masacre racista, un trauma que lo llevó a convertirse en extremista.

Durante la conversación, Niyonzima cuenta mentiras del porte de un buque: no ha oído nunca de las milicias tutsis; los integrantes de la Sans Échec y San Défaite serían traficantes de drogas y criminales, con los cuales él no tiene nada que ver. En contraposición, Sojedem sería una organización caritativa que provee de víveres y medicamentos a los refugiados, independientemente del grupo étnico al que pertenezcan. En lugar de llevar de vuelta a todos los expulsados a sus pueblos natales, lo cual no sería practicable, los campamentos de refugiados debieran ser transformados en aldeas permanentes. La República Federal de Alemania podría, por ejemplo, ayudar con material de construcción y semillas. Dicho de manera clara, esto significa lo siguiente: la comunidad internacional debe aprobar la purificación étnica en lugar de inmiscuirse en la política interna con consejos que nadie ha pedido.

Niyonzima afirma que el embajador de los Estados Unidos, Krueger, fotografiaba unos muertos en un accidente automovilístico para presentarlos como víctimas de una masacre. Luego es aún más claro. El principio de “un hombre un voto” está bien para Sudáfrica, pero no es traspasable a Burundi, puesto que el país no está aún preparado para la democracia. Los tutsis y los hutus deberían desarrollarse en forma separada, bajo un cierto tipo de apartheid. Sin embargo, para ello primero habría que detener el genocidio, no sólo el planificado, sino también el que cometen las milicias hutus. Las armas para perpetrar este genocidio provendrían de Bonn: en la última *razzia* efectuada en el centro hutu de Kamenge se habrían encontrado fusiles G-3 provenientes de la República Federal de Alemania. Me pregunta si deseo saber algo más al respecto. Deogratias toma el teléfono y llama a un coronel, cuyo número ha guardado en la memoria de una contestadora telefónica. Con esto, su afirmación anterior de que no tendría vinculación alguna con el ejército queda desmentida y se ve atrapado por sus propias mentiras.

Estoy sentado junto a Benno Schulten, después de haber almorzado, cuando la onda expansiva de una detonación nos arroja de las sillas. “Puedo apostar a que ésa no fue una granada de mano”, dice Benno, mientras se sacude el polvo de la chaqueta, “sino dinamita”. En el pequeño hotel ubicado a no más de cien metros de donde estamos explotó una bomba que derribó el piso superior como un castillo de naipes. Con la rapidez del viento se difunde el rumor de que un turista proveniente de Zaire habría hecho estallar una bomba en su cuarto o habría puesto una mina. Nadie

LA FUERZA ES EL DERECHO

El misionero Karl Roehl escribió lo siguiente en 1914, cuando Ruanda, al igual que la vecina Burundi, formaba parte de África Oriental, de posesión alemana: “En Ruanda hay un dicho que reza: la fuerza es el derecho. La opresión convirtió a los hutus en esclavos... A los tutsis les resulta difícil comprender que en este conflicto nosotros, los europeos, estemos totalmente del lado de los empobrecidos y oprimidos hutus”. El conflicto que ha caracterizado a ambos países, entre la mayoría hutu y la minoría tutsi, comenzó en el siglo XVI, cuando nómades provenientes del Nilo migraron hacia las montañosas tierras de África Oriental y sometieron a la población de labradores originarios del Congo. Los conquistadores tomaron la lengua bantú de los hutus, los que, a cambio de animales, subyugaron a la aristocracia tutsi. Como enlace entre los clanes actuaba el rey denominado “Mwazi”, cuyo poder consolidó la administración colonialista alemana primero y la belga después. Luego de la emancipación, la mayoría hutu reclamó sus derechos en ambos Estados: primero por medio de reformas democráticas y luego a través del *pogrom*. Los tutsis se vengaron masacrando a cientos de miles de hutus. Después de la caída del avión el 6 de abril de 1994, en que murieron los presidentes de ambas naciones, más de medio millón de tutsis y hutus moderados fueron masacrados en Ruanda, un genocidio cuya perpetración hace imposible la convivencia pacífica de ambos grupos étnicos.

H. C. B.

pregunta por el motivo, puesto que una explosión en el centro de la ciudad no es nada especial. Sólo media hora después se presenta la policía en el lugar de los hechos, pero, por temor a bombas ocultas, ningún oficial ingresa al hotel.

“Nadie planifica un genocidio”, dice el ex jefe de Estado Pierre Buyoya, “pero hay fanáticos despiadados que desestabilizan la ciudad mediante atentados terroristas y que desean provocar una guerra civil. El miedo y el odio constituyen el mejor caldo de cultivo para su política extremista”. El ex oficial estudió en la academia del ejército alemán en Hamburgo; en 1992 entregó el poder a un gobierno democráticamente elegido y desde entonces ha estado llamando a la paz y la reconciliación entre los grupos étnicos.

“Burundi no es Ruanda”, agrega Buyoya. Hasta el momento, la presencia de observadores internacionales habría impedido lo peor. Los asesinos saben que sus crímenes quedarán registrados. Pero los representantes neutrales quedarían en una posición más difícil. No sólo el embajador de los Estados Unidos y el enviado de la ONU estarían en la lista negra de los extremistas, también él y su familia.

El adversario de Buyoya, Jean-Baptiste Bagaza, me recibe en la terraza en medio de un círculo de colaboradores. “La prensa envía señales falsas”, hace notar. “Se dice que soy un extremista peligroso”. Sus subalternos explotan en ruidosas carcajadas. El ex dictador de Burundi —quien expulsó a observadores de derechos humanos y misioneros, promovió conflictos con la Iglesia y mantuvo estrechas relaciones con Libia e Irán— actúa de manera jovial, como un honrado padre de familia. Viste un pantalón que le queda mal y una camisa de nylon, masculla al hablar y cada cinco minutos desaparece en el cuarto contiguo para contestar el teléfono o ir al baño. Siempre, al regresar, quiere saber de qué hemos hablado durante su ausencia. Su estudiada inocencia disfraza una desconfianza que está siempre al acecho y una viva inteligencia: me imagino que Stalin habrá sido así.

Más notable aún es la fisonomía de sus colaboradores, similar a la de los actores secundarios de las películas de gangsters, que leen cada palabra en los labios de su jefe. El primero de ellos incita al asesinato de diplomáticos desde las columnas del pasquín *L'Étoile* (“La Estrella”), el segundo participa en el comité central del partido radical tutsi, el tercero es un médico conocido que se ha introducido en la política. Bagaza les proporciona el “blablá” ideológico que suena a “sopla, herrero, y ganarás dinero”. Él mismo no es capaz de decir una frase digna de ser citada, salvo la alevosa afirmación de que no es Burundi la que se debe adaptar a la democracia, sino que la democracia debe adaptarse a los hechos locales. El redactor del

diario objeta “el sistema bicameral y todo lo demás”. Bagaza concuerda con él diciendo: “Sí, ¡pero debe parecer democrático!” Sin saberlo, ha citado a Walter Ulbricht.

En la despedida me pregunta cómo habría hecho Hitler para matar a seis millones de judíos: ¿cómo puede haber sido eso técnicamente posible?, ¿no se habrá exagerado la cantidad?

Le contesto con una contrapregunta: ¿Podría Bagaza volver a ser jefe de Estado, si se diera el caso de que el presidente entonces en funciones —un hutu moderado— perdiera la vida en un atentado o en un accidente? Bagaza lo niega con un gesto: él ya no tiene ambiciones políticas, pero como soldado no podría rechazar la orden, si la patria lo llamara.

A la mañana siguiente parto en un convoy de ayuda hacia los campamentos de refugiados ubicados en la frontera con Tanzania. Allí se albergan principalmente hutus que han huido desde Ruanda. Un delegado de la Federación Internacional de la Cruz Roja (IFRK) me lleva en su automóvil marcado con una media luna de color rojo. El camino serpentea entre las verdes colinas típicas de Burundi, en las que los campesinos hutus preparan sus sembrados, y el ganado pasta bajo la vigilancia de los pastores tutsis. Esta pacífica imagen es engañadora: pasamos junto a casas reducidas a cenizas cuyos moradores han huido y somos registrados en busca de armas por soldados de fiera mirada, como si la Cruz Roja fuera un partido beligerante.

El ejército tutsi está molesto porque a los hutus que huyen de Ruanda se les suministran víveres, mientras que sus propios compatriotas se van con las manos vacías. Desde el punto de vista de las organizaciones de ayuda, los refugiados y los expulsados internos no pertenecen a la misma categoría, lo cual no puede ser plenamente comprendido por los afectados. Lo tenso de la situación quedó demostrado después de la masacre en Gassorwe a fines de marzo, cuando 40.000 refugiados hutus abandonaron el campamento de Magara precipitadamente y, movidos por el pánico, partieron rumbo a la frontera con Tanzania: una caravana de hombres desesperados, de quince kilómetros de largo, provistos por las organizaciones de ayuda con lo suficiente para vivir y que durante once días acamparon en un bosque de pinos al aire libre, antes de que las campañas de ayuda de las Naciones Unidas lograran repatriarlos en camiones. Por cierto, el éxodo masivo dejó un saldo de sólo doce muertos, pero a su regreso a Magara se encontraron sin techo sobre sus cabezas: soldados tutsis y otros moradores dedicados al pillaje habían robado todo el mobiliario de sus hogares y habían arrasado con sus chozas.

Cuando llego a Magara a mediodía tiene lugar la distribución de alimentos. Desde hace horas, y a pleno sol, una multitud de 40.000 perso-

nas, como ganado ante una rampa de carga, ordenadas por rejas, esperan recibir sus raciones de arroz para la semana entregadas por auxiliares de la Cruz Roja burundí bajo la supervisión de un franco-canadiense. Trabo conversación con un profesor de escuela primaria proveniente de Ruanda, cuya familia fue asesinada por la ofensiva del ejército tutsi el 22 de julio de 1994, junto a catorce niños. François Nzabakenga enseñaba francés en Kigali y era dueño de una casa que fue confiscada por el nuevo régimen; si volviera a Ruanda, sería asesinado.

A últimas horas de la tarde cruzamos la frontera hacia Tanzania. Lluve a cántaros: las carpas ubicadas a ambos lados del camino, y bajo las cuales se acurrucan soldados de Tanzania, son azotadas por la lluvia. El genocidio en Burundi y Ruanda trae una y otra vez nuevas oleadas de refugiados que traspasan la frontera: una migración étnica cuya dimensión sólo puedo comprender al día siguiente, cuando inspecciono el campamento de Benaco, ubicado a mitad de camino de la segunda ciudad más grande de Tanzania. Hasta donde alcanza la vista se puede ver chozas que saturan las desnudas colinas y en las que 211.000 personas vegetan hacinadas bajo toldos plásticos. Sólo resta agradecer a los voluntarios de la Cruz Roja y a Médecins sans Frontières (“Médicos sin Fronteras) que no haya más hambre ni brotes de epidemias. Los refugiados viven de arroz, maíz y hortalizas frescas que han sido plantadas en un lago seco, a pesar de la prohibición de los militares tanzanios del uso del suelo y de que otros miembros de las diferentes familias que los siguen de cerca crucen la frontera, no porque tengan mala voluntad sino porque la capacidad de alojamiento ha sido sobrepasada. Al igual como sucede en la vecina Zaire, la población de la región fronteriza constituye una minoría desesperanzada frente a los 600.000 hutus, de los cuales hasta la fecha sólo 600 han vuelto voluntariamente a Ruanda.

“Les facilitamos el regreso, pero no los obligamos a volver”, me dice Elko Brouwer, un holandés que en representación de la IFRK ha levantado en pocas semanas una gran ciudad en ese suelo. Desde su punto de vista, Benako es un éxito: por sólo tres dólares por persona, su equipo ha construido miles de letrinas, lo cual, en términos de costos, significa menos que lo que un europeo gasta al año en papel toilette. Por cierto, todos los habitantes de Benako están provistos de artículos de primera necesidad: en las diferentes calles del campamento, los neumáticos viejos son transformados en sandalias, sastres y peluqueros practican su oficio al aire libre y en el hotel “Exótica” se expende una cerveza preparada con plátanos. Sin embargo, esta apariencia de normalidad es engañosa, puesto que los habitantes del campamento se encuentran indefensos a merced del terror de las milicias

hutus, quienes reclutan menores de edad de manera forzosa y vejan a los que desean regresar. Al hospital levantado por la Cruz Roja alemana con elementos de construcción prefabricados es llevado un joven gravemente herido en una riña con cuchillos, y cuando se le pregunta por detalles de las heridas sólo mueve la cabeza de un lado a otro en silencio.

Prosigo viaje hacia las ruinas de Rusuma, ubicadas en el paso fronterizo hacia Ruanda: aquí, en la fuente del Nilo, donde el Ruvubu desemboca en el Kagera, se amontonan desde hace un año —desde el momento más álgido del genocidio ruandés— miles de muertos que han sido arrastrados por el río hasta llegar a los pies de las caídas de agua, entre rocas y ramas destruidas. Pero esto no termina aquí: por sobre las ruinas, soldados tanzanios han tirado una red y diariamente rescatan muertos desde el río, los que envuelven en bolsas plásticas y luego entierran en fosas comunes. En marzo fueron 67, pero desde principios de abril han recogido sólo uno por día. Nos preguntan cáusticamente si nos gustaría verlos o si estamos interesados en sacarles fotos en colores. Al despedirnos, los pescadores de cadáveres nos presentan el libro de visitas, donde, junto a los muertos del día, registran los nombres de los visitantes.

Cambio de lugar. La capital de Ruanda, Kigali, se ve similar a Bujumbura, con la única diferencia de que aquí una de cada tres o cuatro casas se encuentra en ruinas. La mayoría de los vidrios están rotos y las paredes y techos se ven tapizados con orificios de bala: la guerra civil que Ruanda ya tiene tras de sí está aún por llegar a Burundi. Al registrarme en el hotel “Mille Collines” me recibe un joven que cojea en forma marcada y actúa de manera extraordinariamente distraída. Mi pregunta acerca de si su herida es a causa de la guerra no desea contestarla. “No, fue un accidente, pero...” Pero, ¿qué? “Cometí una tontería”, dice lentamente. ¿Qué clase de tontería? “Yo”, comienza a tartamudear, “violé a mi hermana”. ¿Cómo dices? “Violé a mi hermana. Ante mis padres. Tuve que hacerlo. Ellos me obligaron”. ¿Quiénes? “Los Interahamwe, la milicia hutu. En Gikongoro, distrito de Butare, en abril del año pasado”. ¿Y dónde está tu hermana ahora? “Está muerta”. Es tal el dolor, que uno enmudece.

Invito al joven a comer. Raphael Nzeyimana tiene 35 años de edad y estudió ciencias naturales; su padre era hutu y su madre tutsi. Recibe el plato lleno y se lleva la comida a la boca en silencio, mientras juguetea con el tenedor en el plato. El padre de Raphael era transportista y dueño de una camioneta. La huida de la familia estaba planeada para la mañana siguiente, cuando las milicias hutus ocuparon la casa. Los combatientes de la Interahamwe estaban enmascarados. Obligaron a Raphael a violar a su hermana antes de descuartizarla junto a su madre; su padre y dos hermanos mayores

fueron muertos a tiros, y su hermano menor de sólo ocho años de edad, cortado en cuatro con un machete. Raphael saltó por una ventana y se escondió en un hoyo en la tierra, donde permaneció durante una semana.

Es el único sobreviviente de su familia. Por las noches no puede dormir, le resulta difícil concentrarse y desde hace meses no tiene trabajo. Ante mi pregunta de si quisiera ayudarme con la acreditación, me contesta con una contrapregunta: “¿Cómo sabe si mañana sigo con vida?” Los autores han logrado su propósito: los sobrevivientes están dispuestos a seguir a los mártires en su camino a la muerte —Ruanda padece una ola de suicidios—.

Visita a la prisión central de Kigali. Un soplón me abre la reja y la doble puerta de fierro se cierra tras de mí. Apenas doy un par de pasos cuando siento que me ahogo. La cárcel —un fuerte del tiempo de la colonia—, calculada para 2.000 personas, está ocupada por 8.600 presos, que se ubican de pie hombro con hombro en un patio interior, o apretados como sardinas en diminutos camarotes; algún tipo de asiento en las esquinas y salientes en las paredes constituyen una rareza; incluso los charcos que se forman y los cauces del desagüe sirven de lugares de descanso para los agotados detenidos. La mayoría de ellos son miembros de las milicias hutus, responsables de homicidios en masa y crímenes atroces contra civiles tutsis.

La estructura interna del comando ha permanecido intacta. El jefe del servicio de seguridad me recibe y, a través de un callejón que se abre entre la multitud, me conduce hacia un hombre con lentes que actúa como vocero de prensa, pero que no desea decir su nombre. Al igual que los demás detenidos, viste un pijama de color rosado pero, a diferencia de sus compañeros de prisión, se ve bien alimentado. Si bien el régimen le había asegurado impunidad, al volver del exilio fue encarcelado y por nueve meses ha estado esperando ser procesado. “Somos una plaga, destinados a morir”.

“Eso no será permitido por la comunidad internacional. Las condiciones de encarcelamiento serán controladas por la Cruz Roja”.

“Sí, pero hasta que la ONU no se decida a intervenir, estaremos todos muertos. Recibimos alimentación sólo una vez al día, aparte de los bizcochos que reparte la Cruz Roja. La tasa de mortalidad es de entre ocho y diez personas por noche, lo cual es un adelanto, porque antes era más alta”.

Un enfermo grave, que se ve como si tuviera Sida en estado terminal, es transportado en una camilla, seguido por hombres que cojean, tienen sus piernas vendadas y llevan en sus manos bolsas plásticas con píldoras. Me coloco un pañuelo en la nariz al pasar junto a las letrinas, frente a las cuales

se ha formado una cola interminable de hombres. Grupos de cuatro presos orinan en un balde. Los enfermos con diarrea permanecen cerca de las salidas.

“Existen dos tipos de masacre en Ruanda y ambos se confunden a menudo”, nos dice el embajador alemán Hummel, mientras su esposa hace sonar las manos para ahuyentar a los murciélagos que penetran al jardín de la residencia después de que llega la noche. “El genocidio de los hutus a manos de los tutsis fue por razones étnicas —antes se decía por móviles racistas—. Los actos de venganza del ejército tienen motivaciones políticas y sirven para intimidar”.

A la mañana siguiente viajo en un helicóptero de la ONU hacia el campamento de refugiados de Kibeho; Kent Page, el oficial de prensa de la UNAMIR (Misión de las Naciones Unidas en Ruanda), me ha reservado un lugar en el helicóptero. Abajo, en los valles cubiertos por la niebla, sólo las cimas de las montañas sobresalen a través de las nubes. Después de aterrizar somos escoltados por cascos azules provenientes de Zambia hacia el campo de refugiados, en cuya entrada nos impide el avance un puesto del ejército ruandés: justamente ese día los periodistas no tienen acceso al campamento. Desde lejos es posible oír el ruido de combates: el tableteo de las Kalachnikow, interrumpido por el sordo estallido de una bazuca o de las granadas de mano. Cada cierto tiempo pasan silbando junto a nosotros las balas que rebotan o tiros perdidos, por lo cual debemos protegernos detrás de la pared de una casa. A todo nuestro alrededor, y hasta donde alcanza la mirada, chozas destruidas, de las cuales quedan en pie sólo el armazón carbonizado, toldos de plástico arrugados y utensilios de cocina abollados. Hay zapatos de mujer y de niño, granos de maíz y porotos esparcidos por el suelo. “Aquí mucha, mucha masacre”, dice un casco azul de Zambia en un inglés entrecortado.

La cima de la montaña siguiente se ve negra de gente atemorizada que se apiña como hormigas. El ejército ruandés ha encerrado allí a unos 80.000 refugiados y los han introducido en un anillo que se va haciendo cada vez más angosto: de esta manera, las personas aterrorizadas por las milicias hutus, entre las cuales se mantendrían ocultos presuntos asesinos múltiples, son forzadas a retornar a sus pueblos, donde les espera la venganza de los tutsis. Desde hace días acampan al aire libre, expuestas a un sol abrasador y a una lluvia glacial que ablanda el suelo convirtiéndolo en un pantano. Se alimentan del maíz que ellas mismas han llevado y beben el agua contaminada proveniente de charcos en los cuales flotan excrementos. La consecuencia de esto es una epidemia de diarrea; el viento me trae un hedor que da asco. Los intentos de las organizaciones de ayuda por llevar

leña y agua fresca a los refugiados fueron rechazados por el ejército, así como la oferta de la ONU de evacuarlos en camiones.

Los soldados disparan por sobre las cabezas de la multitud, la que se estremece de miedo; el que tropieza y cae es pisoteado por los que vienen detrás. Cada cierto tiempo alguna de las víctimas logra huir de este valle cerrado; los que escapan son perseguidos como liebres por las colinas. Un disparo, una pequeña nube de humo, el evadido tambalea y cae al suelo; desde la lejanía no se puede saber si fue muerto, herido o si sólo tropezó. Más tarde será traído en una camilla a una tienda del ejército, frente a la cual se apila a los muertos y heridos. Un refugiado que ha logrado traspasar el cordón se lanza a nuestros pies y murmura una letanía en latín; es un verdadero esqueleto y sangra a través de una herida en la cabeza. Al ser acarreado por soldados tutsis, dos de ellos lo golpean con sus bastones. Mi pregunta sobre qué pasará con él es respondida con un encogimiento de hombros. “Es hombre muerto”, dice un teniente de Zambia, quien, al igual que todos los observadores de la ONU, está atado de manos: ellos pueden observar pero no intervenir.

Con el pretexto de guarecernos de la lluvia, somos escoltados hacia una casa bajo protección militar, la cual no permite ninguna vista del exterior. En el suelo se pueden ver fichas de la ex escuela de misiones desparrramadas por doquier, un himnario roto, botellas vacías de cerveza y ropa interior ensangrentada de mujer, como si hubiera habido una masacre o una violación, quizás ambas cosas al mismo tiempo.

Alrededor del mediodía, el guardia hace a un lado un banco de la escuela que sirve de barrera y me permite el ingreso al campamento. La masacre, que hasta ese momento sólo he observado desde una distancia segura, queda ahora repentinamente ante mí. Hacia el puesto de la ONU, separado del centro del campamento por sacos de arena y alambre de púas, son llevados sin pausas un herido tras otro, los cuales han sido salvados desde el valle por voluntarios de la Cruz Roja a riesgo de sus propias vidas. Un trabajador de CARITAS alemán me cuenta, lívido de miedo, cómo un soldado tutsi lo amenazó con un arma que puso delante de su rostro, antes de abrir fuego, no por sobre las cabezas de la multitud, sino apuntando directamente a ella.

Los facultativos de Médecins sans Frontières no dan abasto con la multitud y están al borde del colapso. Sostienen en alto bolsitas con soluciones e infusiones; a través de los vendajes reblandecidos gotea la sangre, la que se coagula en el suelo formando charcos. Una joven mujer, agonizando, resuella en busca de aire; tiene una herida abierta en el cuello, respira entrecortadamente y, al final, su respiración cesa por completo. Los muer-

tos, envueltos con una manta, son entregados a los militares ruandeses. Enfermeros del ejército australiano preparan a los heridos graves para ser evacuados; de la mayoría de ellos cuelgan dispositivos de infusión por goteo; se pierde un tiempo valioso antes de que los soldados apostados de guardia en las puertas del campamento permitan el ingreso del camión de la ONU; para muchos de los internos, la ayuda llega demasiado tarde.

Una barrera de sacos de arena con una alambrada de púas a medio caer marca el límite que separa a los acechados por la muerte del mundo de los vivos. En un lado, los bien alimentados cascos azules, que con sus bastones mantienen a distancia a los refugiados; en el otro lado, ancianos, mujeres y niños, muchos de los cuales están tan débiles que no pueden ni masticar los bizcochos ricos en proteínas que soldados con guantes de goma les hacen llegar a través de los huecos que se forman en los vallados. Cada cierto tiempo un niño mal alimentado logra atravesar las barreras y vuelve a su madre con dulces y colmado de caricias.

Subo por sobre la barrera y el dolor me invade en el mismo momento que observo la situación. Ya después del primer paso siento que las rodillas se me doblan. Una madre me tiende a su bebé; ancianos quejándose se aferran a mis brazos y piernas. Intento esquivar a los que yacen en el suelo, pero no hay ningún lugar libre para mis pies y debo caminar por sobre los muertos y moribundos que aún se mueven y suspiran suavemente como si durmieran. Tengo miedo de tropezar y hundirme en la miseria de los refugiados como en un océano. En ese momento, un casco azul ruso me toma y me lleva de vuelta por sobre la barrera.

A la salida del valle, los hutus que desean retornar son revisados por soldados tutsis para ver si tienen armas. Junto a ellos se encuentra el puesto de primeros auxilios: un voluntario ruandés de la Cruz Roja abre la puerta de una pieza con enfermos, de la cual nos llegan agudos gritos; más de 200 niños han sido traídos hasta acá; hoy día se han convertido en huérfanos. Llega un joven a quien le han volado la mitad de la mandíbula con el golpe de un machete; su boca es una herida que saliva, cubierta con el yodo que le han puesto los enfermeros. Un colaborador de la ONU proveniente de Ginebra no lo puede soportar y vomita. Alguien le ofrece whisky. William Clarence, el comisario de derechos humanos de la ONU para Ruanda, nos mete a su auto; el ejército no le ha permitido entrar al campamento y él desea saber quién le ha disparado a quién. Lluvia a cántaros y avanzamos junto a una procesión interminable de refugiados, que se desplazan, descalzos, por el barro. Hay 30.000 personas en camino hacia Butare. Su éxodo tiene lugar como en el juego del “callejón oscuro”: los habitantes que se han recuperado les tiran piedras y los soldados tutsis los golpean con palos. Por

la radio oímos las primeras informaciones acerca de la masacre: la cifra de víctimas oscila entre 2.000 y 8.000 personas. El gobierno habla de 300 muertos, los que luego son presentados a la prensa, después de que los bulldozers vacían las letrinas que sirven como fosas comunes.□

MATANZA EN EL VALLE DE LAS LÁGRIMAS*

Hans Christoph Buch

Entre los hutus y tutsis reina el odio. Mediante el crimen y el destierro luchan por obtener la supremacía en Burundi y Ruanda. El escritor Hans Christoph Buch recorrió ambos países, observó el terror de cada día y fue testigo de una masacre.

Desde las alturas, Burundi se ve como un lugar idílico: cumbres montañosas cubiertas por nubes, laderas pobladas de bosques, verdes valles y sabanas, en medio el espejo plateado del lago Tanganyka, enorme como un mar interior. Después de aterrizar se confirma la impresión de que se trata de un retoño africano de Suiza: calles limpias bien asfaltadas, exuberantes praderas en las cuales pastan bueyes con cuernos ampliamente separados, vigilados por espigados pastores tutsis, parientes lejanos de los antiguos egipcios, los cuales emigraron hacia África Oriental hace 400 años y subyugaron a los agricultores hutus, un pueblo bantú proveniente de la cuenca del Congo.

HANS CHRISTOP BUCH. Destacado novelista alemán.

* Publicado originalmente en *Die Zeit*, N° 24, 9 de junio de 1995. Traducido al castellano por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

Desde ese entonces, la lucha entre estos grupos étnicos ha dejado su estela sangrienta en la historia de Ruanda y Burundi, cuyos habitantes —14 por ciento tutsis y 85 por ciento hutus— se han masacrado periódicamente entre sí: en 1972, en Burundi, 200.000 hutus “adelantados” —miembros de la clase baja pero capaces de leer y escribir— fueron exterminados por el ejército tutsi, y en los genocidios más infames registrados hasta la fecha las milicias hutus masacraron en 1994 medio millón de tutsis en la vecina Ruanda.

“Primero disparaban y luego preguntaban quién era”, dice Benno Schulten, un holandés que desde hace un año vive en la capital de Burundi, Bujumbura, y que organiza el transporte de refugiados en representación de la Organización de Cooperación Técnica (GTZ). El pasado otoño condujo un convoy de treinta camiones desde Etiopía hasta Burundi, sin perder ni siquiera un camión en el camino, como agrega con orgullo. Los conductores amhéricos arriesgaron sus vidas, ya que se ven como tutsis. Un par de semanas antes, en un atentado, una granada arrojada sobre la plataforma de carga de uno de los camiones que transportaban refugiados dejó una docena de heridos y a los conductores aterrorizados.

Menos suerte había tenido un equipo de la televisión sudafricana, cuyo auto fue baleado por desconocidos durante el viaje de regreso hacia Bujumbura. El vehículo se volcó y el reportero Francis Victor fue ultimado mientras salía, arrastrándose y sangrando, desde el auto siniestrado; el conductor burundi y traductor del equipo también perdió la vida y sólo el camarógrafo sobrevivió al accidente con heridas de consideración. El había filmado las fosas comunes de los asesinados durante los recientes disturbios.

Un ciudadano belga avecindado por años en Burundi fue baleado a quemarropa el 19 de marzo, junto a una barrera de protección ubicada en una calle al sur de la ciudad capital, sin previo aviso y sin motivo conocido, junto con su hija de cuatro años de edad y un amigo belga que pasaba sus vacaciones en Burundi.

¿Quién podría hacer algo semejante y por qué? Adolescentes ebrios o bajo la influencia de drogas con sus Kalachnikow en la mano, miembros de las milicias tutsis o hutus “Sans Échec” (“Sin Fracaso”) o “Sans Défaite” (“Sin Derrota”), como ostentosamente se llaman a sí mismos estos comandos homicidas, que cometen asesinatos para cargárselos a sus enemigos políticos. Según Benno Schulten, esto *no se trataría* de un conflicto étnico, sino que sería la obra de ambiciosos jefes militares que traspasan el peso de sus luchas por el poder a la población empobrecida. Se dice que hay armas más que suficientes en Burundi como legado de la guerra civil

en las vecinas Ruanda y Uganda, y que los campos de refugiados al otro lado de la frontera con Zaire estarían repletos de huérfanos que dejó la guerra y de jóvenes desempleados que sólo esperan poder vengar su dolor.

En verdad, desde hace días todo está tranquilo en Bujumbura y durante las noches ya no se oyen disparos ni explosiones, pero en el aire se siente una tensión nerviosa que puede desatarse furibundamente en cualquier momento, a pesar de —o incluso debido a— la presencia permanente del ejército, el cual ha levantado barreras de contención en los puntos estratégicos de la ciudad y controla todo vehículo sospechoso. (Esta impresión se confirma al terminar el viaje. En las pasadas semanas, el ejército expulsó a miles de personas del centro hutu Kamenge en Bujumbura.)

Benno me advirtió encarecidamente que nunca le preguntara a alguien si es hutu o tutsi. Más que el pertenecer a éste o aquel grupo étnico, importa el hecho de si una persona es catalogada como moderada o extremista. Además me entregó una lista con los nombres de prominentes políticos, frente a los cuales había escrito una V (por “sensato” o “moderado” en alemán) o una E (por “extremista”).

Junto a Jovitt, un joven taxista que en el otoño de 1993 perdió a sus padres y cuatro hermanos durante una masacre en su pueblo natal, visito Bwiza Buyenzi, un barrio pobre habitado principalmente por hutus, en el que el ejército mató a varios cientos de personas a principios de abril. Miles fueron violentamente expulsados. Pasamos junto a casas destruidas que han sido saqueadas por los soldados y cuyo suelo fue aplanado: murallas derribadas, planchas de zinc abolladas, adobes carbonizados. Aquí, dice Jovitt, frente a una pared cubierta de orificios de bala, su vecino, un anciano proveniente de Zaire, fue baleado en las piernas por las milicias tutsis y luego decapitado con un machete. Imagino la sangre saltando hacia todos lados..., pero Jovitt me insta a irnos, puesto que las calles de Bwiza Buyenzi son controladas por patrullas del ejército y los curiosos se convierten en sospechosos.

Jovitt me muestra su habitación, en un patio interior oculto entre un depósito de chatarra y una mezquita; junto a montañas de fierro viejo se seca ropa y una tubería que gotea proporciona agua potable a media docena de familias. La diminuta habitación está dividida por una cortina, formando así un dormitorio y un living, y el mobiliario está compuesto por un colchón de espuma, el póster en colores de una artista de cine taiwanesa, una Biblia y un himnario. Jovitt me muestra su tarjeta de membresía que lo acredita como misionero de la Nueva Iglesia Apostólica. Al igual que muchos de sus compatriotas, se ha unido a una secta mesiánica que promete a sus fieles la liberación de este valle de lágrimas terrenal.

Dejamos atrás Bujumbura y viajamos junto a la orilla del lago Tanganyika hasta quince kilómetros antes de Gatumba, en la frontera con Zaire. Dos semanas atrás, por este mismo camino miles de refugiados hutus huyeron desde Bwiza Buyenzi. Los hoteles de la playa, en los que anteriormente se divertía la “juventud dorada”, sirven hoy como campo de entrenamiento para el ejército burundi; entre los bungalows otrora destinados a los turistas, los soldados tutsis ocupan posiciones y tras las dunas han apostado piezas de artillería camufladas con redes, cuyas bocas apuntan hacia la orilla del lago, a la espera de una temida invasión desde Zaire. Antes del puente sobre el Rusisi somos controlados en un puesto de revisión, y aunque no ando con mi pasaporte el guardia me deja pasar. En el delta del río que se encuentra protegido por la naturaleza hay hipopótamos y cocodrilos. Jovitt me cuenta que después del genocidio de Ruanda los cocodrilos se vieron particularmente gordos, porque a diario los muertos flotaban en el Rusisi.

A la entrada del pueblo de Gatumba viramos a la derecha hacia un campamento que alberga a diez mil refugiados hutus. Los soldados apostados en la puerta me niegan la entrada; debo volver a la mañana siguiente, ya que hoy no se puede conversar con el comandante. Alrededor de un árbol que crece fuera del campamento y del que cuelgan lianas y orquídeas se apretuja una muchedumbre de cien cabezas: son refugiados provenientes de Bwiza Buyenzi que viven en carpas en los terrenos de la que fuera una escuela de misiones. Hacen cola en espera de recibir arroz, que es distribuido entre los necesitados desde un camión, bajo la supervisión de un voluntario de CARITAS. Me rodean los refugiados que, con gestos, me indican que tienen hambre.

“No dé nada a la gente”, dice el señor Brignol, de Perpignan, con un evidente acento provenzal. “Ellos afirman que perdieron sus documentos y se inscribieron en nuestra lista con nombres falsos. Más tarde venderán sus raciones de arroz en el mercado. El ejército presenta hechos consumados y nosotros, finalmente, debemos afrontar las consecuencias. Usted puede ver hacia dónde conduce todo esto”. Luego, ahuyenta de un puntapié a un joven que lleva los bolsillos llenos de arroz.

En medio de nubes que avanzan a baja altura penetra el sol dibujando sombras movedizas en las montañas ubicadas junto a la ribera occidental del lago Tanganyika. El contraste entre la belleza de la naturaleza y la miseria de la gente no podría ser mayor: todos duermen en carpas sobre el terreno barroso y desnudo, que con las lluvias se transforma en pantano y durante el día los deja a merced de los abusos del ejército tutsi y por las noches los entrega al terror de las milicias hutus. La solidaridad con el

clan étnico funciona en forma similar al voto de silencio de la mafia, explica en forma breve el representante de la ONU Ould Abdallah, quien trata de servir de mediador entre los campamentos enemigos: el que contradice a los jefes extremistas tiene su vida perdida.

En el viaje de vuelta hacia el hotel dejo tarjetas de visita en la Misión de la ONU y en la casa del jefe de Estado anterior, Pierre Buyoya, y en la de su adversario político Jean-Baptiste Bagaza. Ambos descienden de la élite tutsi, han hecho carrera en el ejército y son parientes lejanos, pero mientras a Buyoya se le considera un moderado, el ex dictador Bagaza está clasificado como una persona veleidosa. Ambos viven en el mismo barrio residencial de Bujumbura, apenas a tiro de piedra de donde se encuentran ubicadas las tumbas de la familia real, que simbolizan la unidad y autonomía política de Burundi.

Pudimos visitar las tumbas por breve tiempo, puesto que Jovitt apuró la partida; dentro de una hora entrará en vigor la prohibición de circular y, al caer la tarde, las colinas que rodean la ciudad serán ocupadas por bandas armadas y se volverán inseguras.

“Soy extremista”, nos dice Josef F. Derweduwén, un comerciante belga en repuestos de automóviles que vive desde hace treinta años en Burundi. “Capitulación del 8 de mayo: ¡no, gracias!” reza un adhesivo que ha puesto en la puerta de su oficina. “La democracia no nos ha traído más que desgracias. En África rige el principio del líder: la gente aquí quiere un hombre fuerte. Bajo el régimen militar, las calles estaban limpias y a los criminales se les seguía procesos cortos. Ahora mi vida ya no está segura en Bujumbura y siempre ando con un revólver cargado. Soy el último hombre blanco que ha mantenido su posición en este lugar. Europa nos ha traicionado: en lugar de tropas que intervengan nos envían expertos en derechos humanos. Para el funeral del ciudadano belga asesinado el 19 de marzo, Bruselas ni siquiera envió un representante: sólo paracaidistas conformaron el último séquito para el muerto. Conocía bien a Madame Salle y su hija”.

Yo quiero saber quién perpetró el homicidio. El señor Derweduwén me mira sorprendido. “Pregúntele a la señora Rurasabagiza, mi colaboradora burundi; ella le puede explicar quién se encuentra detrás de todo esto. ¡Si yo se lo dijera, usted no me creería y pensaría que soy nazi o racista!”

“Para los extranjeros es difícil de entender”, dice la jefa negra del negocio —a quien Derweduwén le ha traspasado el veinte por ciento de su firma—, mientras juguetea pensativa con su cadena de oro. “Los hutus son una raza sucia. No tienen honra de ningún tipo. Ellos toman tu dinero y luego te difaman a tus espaldas. Hoy te besan los pies y mañana te cortan

el cuello. Nosotros los tutsis queremos a los niños y nunca mataríamos bebés, excepto cuando alguien arroja una granada de mano. Los hutus planifican los genocidios, pero ya se acabaron los tiempos en que nosotros los tutsis éramos llevados como ovejas al matadero. Estoy dispuesta a morir, pero antes de eso me llevaré a treinta o cuarenta hutus conmigo a la muerte. ¡Escriba eso sin problemas, monsieur!” Y tomando una regla hace un ademán como de un guerrero samurai que decapita a una multitud de enemigos.

“No existe una sociedad civil en Burundi”, dice el diplomático de la ONU proveniente de Mauritania, Ould Abdallah, quien me recibe por la tarde en su oficina vigilada por los cascos azules. “Al igual como sucedía en la Alemania nazi o en la Rusia estalinista, no existe una sociedad civil. El virus del terror ronda y nadie está inmune al contagio. Los demagogos de ambos lados se hacen tambalear recíprocamente; el genocidio que falsamente atribuyen a sus adversarios es planificado por ellos mismos. Sólo hay extremistas en este país y los moderados constituyen una minoría amenazada con el exterminio. La ONU me ha enviado como representante neutral a Burundi, pero yo me siento más como un soldado metido en una trinchera. En la prensa se ha desencadenado una guerra sucia en mi contra y los diarios me llenan de basura. ¡Pregúntele a Monsieur Bagaza por qué nos asoció a mí y al embajador Krueger, de los Estados Unidos, con la matanza y cómo él, con la fraternal ayuda de Ghaddafi, financia sus escuadrones de la muerte! Y saludelo de mi parte”.

A la mañana siguiente tengo una cita con Deogratias Niyonzima, quien actúa como ideólogo en jefe de las milicias tutsis e instigador de sus actos de terror. Mi chofer hutu se niega a conducir hasta el centro tutsi de Ngagara, puesto que entre los barrios habitados por hutus y tutsis existen límites invisibles cuyo traspaso pone en peligro las vidas. Cassius, un tutsi de diecisiete años de edad, entra de un salto; es estudiante, conduce automóviles desde hace nueve años y no tiene ningún interés en la política. La oficina de Sojedem (Solidaridad de la Juventud por los Derechos de las Minorías) —el nombre de la organización legal de los extremistas tutsis— está ubicada en un edificio escolar, ante el cual haraguean guardias fuertemente armados en tenuta deportiva.

“Sabía que sería puntual”, me dice Deogratias Niyonzima y me invita a pasar a su oficina, equipada con contestadora telefónica, computador y fax. “Siempre se puede confiar en los alemanes”. El jefe de la Sojedem lleva lentes oscuros y se ve como el líder de una pandilla callejera de Los Angeles. Estudió teología en Abidjan y Kinshasa y fue ordenado sacerdote antes de que la comunidad de los dominicos lo expulsara debido

a sus actividades terroristas. En el otoño de 1993 su familia fue asesinada en una masacre racista, un trauma que lo llevó a convertirse en extremista.

Durante la conversación, Niyonzima cuenta mentiras del porte de un buque: no ha oído nunca de las milicias tutsis; los integrantes de la Sans Échec y San Défaite serían traficantes de drogas y criminales, con los cuales él no tiene nada que ver. En contraposición, Sojedem sería una organización caritativa que provee de víveres y medicamentos a los refugiados, independientemente del grupo étnico al que pertenezcan. En lugar de llevar de vuelta a todos los expulsados a sus pueblos natales, lo cual no sería practicable, los campamentos de refugiados debieran ser transformados en aldeas permanentes. La República Federal de Alemania podría, por ejemplo, ayudar con material de construcción y semillas. Dicho de manera clara, esto significa lo siguiente: la comunidad internacional debe aprobar la purificación étnica en lugar de inmiscuirse en la política interna con consejos que nadie ha pedido.

Niyonzima afirma que el embajador de los Estados Unidos, Krueger, fotografiaba unos muertos en un accidente automovilístico para presentarlos como víctimas de una masacre. Luego es aún más claro. El principio de “un hombre un voto” está bien para Sudáfrica, pero no es traspasable a Burundi, puesto que el país no está aún preparado para la democracia. Los tutsis y los hutus deberían desarrollarse en forma separada, bajo un cierto tipo de apartheid. Sin embargo, para ello primero habría que detener el genocidio, no sólo el planificado, sino también el que cometen las milicias hutus. Las armas para perpetrar este genocidio provendrían de Bonn: en la última *razzia* efectuada en el centro hutu de Kamenge se habrían encontrado fusiles G-3 provenientes de la República Federal de Alemania. Me pregunta si deseo saber algo más al respecto. Deogratias toma el teléfono y llama a un coronel, cuyo número ha guardado en la memoria de una contestadora telefónica. Con esto, su afirmación anterior de que no tendría vinculación alguna con el ejército queda desmentida y se ve atrapado por sus propias mentiras.

Estoy sentado junto a Benno Schulten, después de haber almorzado, cuando la onda expansiva de una detonación nos arroja de las sillas. “Puedo apostar a que ésa no fue una granada de mano”, dice Benno, mientras se sacude el polvo de la chaqueta, “sino dinamita”. En el pequeño hotel ubicado a no más de cien metros de donde estamos explotó una bomba que derribó el piso superior como un castillo de naipes. Con la rapidez del viento se difunde el rumor de que un turista proveniente de Zaire habría hecho estallar una bomba en su cuarto o habría puesto una mina. Nadie

LA FUERZA ES EL DERECHO

El misionero Karl Roehl escribió lo siguiente en 1914, cuando Ruanda, al igual que la vecina Burundi, formaba parte de África Oriental, de posesión alemana: “En Ruanda hay un dicho que reza: la fuerza es el derecho. La opresión convirtió a los hutus en esclavos... A los tutsis les resulta difícil comprender que en este conflicto nosotros, los europeos, estemos totalmente del lado de los empobrecidos y oprimidos hutus”. El conflicto que ha caracterizado a ambos países, entre la mayoría hutu y la minoría tutsi, comenzó en el siglo XVI, cuando nómades provenientes del Nilo migraron hacia las montañosas tierras de África Oriental y sometieron a la población de labradores originarios del Congo. Los conquistadores tomaron la lengua bantú de los hutus, los que, a cambio de animales, subyugaron a la aristocracia tutsi. Como enlace entre los clanes actuaba el rey denominado “Mwazi”, cuyo poder consolidó la administración colonialista alemana primero y la belga después. Luego de la emancipación, la mayoría hutu reclamó sus derechos en ambos Estados: primero por medio de reformas democráticas y luego a través del *pogrom*. Los tutsis se vengaron masacrando a cientos de miles de hutus. Después de la caída del avión el 6 de abril de 1994, en que murieron los presidentes de ambas naciones, más de medio millón de tutsis y hutus moderados fueron masacrados en Ruanda, un genocidio cuya perpetración hace imposible la convivencia pacífica de ambos grupos étnicos.

H. C. B.

pregunta por el motivo, puesto que una explosión en el centro de la ciudad no es nada especial. Sólo media hora después se presenta la policía en el lugar de los hechos, pero, por temor a bombas ocultas, ningún oficial ingresa al hotel.

“Nadie planifica un genocidio”, dice el ex jefe de Estado Pierre Buyoya, “pero hay fanáticos despiadados que desestabilizan la ciudad mediante atentados terroristas y que desean provocar una guerra civil. El miedo y el odio constituyen el mejor caldo de cultivo para su política extremista”. El ex oficial estudió en la academia del ejército alemán en Hamburgo; en 1992 entregó el poder a un gobierno democráticamente elegido y desde entonces ha estado llamando a la paz y la reconciliación entre los grupos étnicos.

“Burundi no es Ruanda”, agrega Buyoya. Hasta el momento, la presencia de observadores internacionales habría impedido lo peor. Los asesinos saben que sus crímenes quedarán registrados. Pero los representantes neutrales quedarían en una posición más difícil. No sólo el embajador de los Estados Unidos y el enviado de la ONU estarían en la lista negra de los extremistas, también él y su familia.

El adversario de Buyoya, Jean-Baptiste Bagaza, me recibe en la terraza en medio de un círculo de colaboradores. “La prensa envía señales falsas”, hace notar. “Se dice que soy un extremista peligroso”. Sus subalternos explotan en ruidosas carcajadas. El ex dictador de Burundi —quien expulsó a observadores de derechos humanos y misioneros, promovió conflictos con la Iglesia y mantuvo estrechas relaciones con Libia e Irán— actúa de manera jovial, como un honrado padre de familia. Viste un pantalón que le queda mal y una camisa de nylon, masculla al hablar y cada cinco minutos desaparece en el cuarto contiguo para contestar el teléfono o ir al baño. Siempre, al regresar, quiere saber de qué hemos hablado durante su ausencia. Su estudiada inocencia disfraza una desconfianza que está siempre al acecho y una viva inteligencia: me imagino que Stalin habrá sido así.

Más notable aún es la fisonomía de sus colaboradores, similar a la de los actores secundarios de las películas de gangsters, que leen cada palabra en los labios de su jefe. El primero de ellos incita al asesinato de diplomáticos desde las columnas del pasquín *L'Étoile* (“La Estrella”), el segundo participa en el comité central del partido radical tutsi, el tercero es un médico conocido que se ha introducido en la política. Bagaza les proporciona el “blablá” ideológico que suena a “sopla, herrero, y ganarás dinero”. Él mismo no es capaz de decir una frase digna de ser citada, salvo la alevosa afirmación de que no es Burundi la que se debe adaptar a la democracia, sino que la democracia debe adaptarse a los hechos locales. El redactor del

diario objeta “el sistema bicameral y todo lo demás”. Bagaza concuerda con él diciendo: “Sí, ¡pero debe parecer democrático!” Sin saberlo, ha citado a Walter Ulbricht.

En la despedida me pregunta cómo habría hecho Hitler para matar a seis millones de judíos: ¿cómo puede haber sido eso técnicamente posible?, ¿no se habrá exagerado la cantidad?

Le contesto con una contrapregunta: ¿Podría Bagaza volver a ser jefe de Estado, si se diera el caso de que el presidente entonces en funciones —un hutu moderado— perdiera la vida en un atentado o en un accidente? Bagaza lo niega con un gesto: él ya no tiene ambiciones políticas, pero como soldado no podría rechazar la orden, si la patria lo llamara.

A la mañana siguiente parto en un convoy de ayuda hacia los campamentos de refugiados ubicados en la frontera con Tanzania. Allí se albergan principalmente hutus que han huido desde Ruanda. Un delegado de la Federación Internacional de la Cruz Roja (IFRK) me lleva en su automóvil marcado con una media luna de color rojo. El camino serpentea entre las verdes colinas típicas de Burundi, en las que los campesinos hutus preparan sus sembrados, y el ganado pasta bajo la vigilancia de los pastores tutsis. Esta pacífica imagen es engañadora: pasamos junto a casas reducidas a cenizas cuyos moradores han huido y somos registrados en busca de armas por soldados de fiera mirada, como si la Cruz Roja fuera un partido beligerante.

El ejército tutsi está molesto porque a los hutus que huyen de Ruanda se les suministran víveres, mientras que sus propios compatriotas se van con las manos vacías. Desde el punto de vista de las organizaciones de ayuda, los refugiados y los expulsados internos no pertenecen a la misma categoría, lo cual no puede ser plenamente comprendido por los afectados. Lo tenso de la situación quedó demostrado después de la masacre en Gassorwe a fines de marzo, cuando 40.000 refugiados hutus abandonaron el campamento de Magara precipitadamente y, movidos por el pánico, partieron rumbo a la frontera con Tanzania: una caravana de hombres desesperados, de quince kilómetros de largo, provistos por las organizaciones de ayuda con lo suficiente para vivir y que durante once días acamparon en un bosque de pinos al aire libre, antes de que las campañas de ayuda de las Naciones Unidas lograran repatriarlos en camiones. Por cierto, el éxodo masivo dejó un saldo de sólo doce muertos, pero a su regreso a Magara se encontraron sin techo sobre sus cabezas: soldados tutsis y otros moradores dedicados al pillaje habían robado todo el mobiliario de sus hogares y habían arrasado con sus chozas.

Cuando llego a Magara a mediodía tiene lugar la distribución de alimentos. Desde hace horas, y a pleno sol, una multitud de 40.000 perso-

nas, como ganado ante una rampa de carga, ordenadas por rejas, esperan recibir sus raciones de arroz para la semana entregadas por auxiliares de la Cruz Roja burundí bajo la supervisión de un franco-canadiense. Trabo conversación con un profesor de escuela primaria proveniente de Ruanda, cuya familia fue asesinada por la ofensiva del ejército tutsi el 22 de julio de 1994, junto a catorce niños. François Nzabakenga enseñaba francés en Kigali y era dueño de una casa que fue confiscada por el nuevo régimen; si volviera a Ruanda, sería asesinado.

A últimas horas de la tarde cruzamos la frontera hacia Tanzania. Lluve a cántaros: las carpas ubicadas a ambos lados del camino, y bajo las cuales se acurrucan soldados de Tanzania, son azotadas por la lluvia. El genocidio en Burundi y Ruanda trae una y otra vez nuevas oleadas de refugiados que traspasan la frontera: una migración étnica cuya dimensión sólo puedo comprender al día siguiente, cuando inspecciono el campamento de Benaco, ubicado a mitad de camino de la segunda ciudad más grande de Tanzania. Hasta donde alcanza la vista se puede ver chozas que saturan las desnudas colinas y en las que 211.000 personas vegetan hacinadas bajo toldos plásticos. Sólo resta agradecer a los voluntarios de la Cruz Roja y a Médecins sans Frontières (“Médicos sin Fronteras) que no haya más hambre ni brotes de epidemias. Los refugiados viven de arroz, maíz y hortalizas frescas que han sido plantadas en un lago seco, a pesar de la prohibición de los militares tanzanios del uso del suelo y de que otros miembros de las diferentes familias que los siguen de cerca crucen la frontera, no porque tengan mala voluntad sino porque la capacidad de alojamiento ha sido sobrepasada. Al igual como sucede en la vecina Zaire, la población de la región fronteriza constituye una minoría desesperanzada frente a los 600.000 hutus, de los cuales hasta la fecha sólo 600 han vuelto voluntariamente a Ruanda.

“Les facilitamos el regreso, pero no los obligamos a volver”, me dice Elko Brouwer, un holandés que en representación de la IFRK ha levantado en pocas semanas una gran ciudad en ese suelo. Desde su punto de vista, Benako es un éxito: por sólo tres dólares por persona, su equipo ha construido miles de letrinas, lo cual, en términos de costos, significa menos que lo que un europeo gasta al año en papel toilette. Por cierto, todos los habitantes de Benako están provistos de artículos de primera necesidad: en las diferentes calles del campamento, los neumáticos viejos son transformados en sandalias, sastres y peluqueros practican su oficio al aire libre y en el hotel “Exótica” se expende una cerveza preparada con plátanos. Sin embargo, esta apariencia de normalidad es engañosa, puesto que los habitantes del campamento se encuentran indefensos a merced del terror de las milicias

hutus, quienes reclutan menores de edad de manera forzosa y vejan a los que desean regresar. Al hospital levantado por la Cruz Roja alemana con elementos de construcción prefabricados es llevado un joven gravemente herido en una riña con cuchillos, y cuando se le pregunta por detalles de las heridas sólo mueve la cabeza de un lado a otro en silencio.

Prosigo viaje hacia las ruinas de Rusuma, ubicadas en el paso fronterizo hacia Ruanda: aquí, en la fuente del Nilo, donde el Ruvubu desemboca en el Kagera, se amontonan desde hace un año —desde el momento más álgido del genocidio ruandés— miles de muertos que han sido arrastrados por el río hasta llegar a los pies de las caídas de agua, entre rocas y ramas destruidas. Pero esto no termina aquí: por sobre las ruinas, soldados tanzanios han tirado una red y diariamente rescatan muertos desde el río, los que envuelven en bolsas plásticas y luego entierran en fosas comunes. En marzo fueron 67, pero desde principios de abril han recogido sólo uno por día. Nos preguntan cáusticamente si nos gustaría verlos o si estamos interesados en sacarles fotos en colores. Al despedirnos, los pescadores de cadáveres nos presentan el libro de visitas, donde, junto a los muertos del día, registran los nombres de los visitantes.

Cambio de lugar. La capital de Ruanda, Kigali, se ve similar a Bujumbura, con la única diferencia de que aquí una de cada tres o cuatro casas se encuentra en ruinas. La mayoría de los vidrios están rotos y las paredes y techos se ven tapizados con orificios de bala: la guerra civil que Ruanda ya tiene tras de sí está aún por llegar a Burundi. Al registrarme en el hotel “Mille Collines” me recibe un joven que cojea en forma marcada y actúa de manera extraordinariamente distraída. Mi pregunta acerca de si su herida es a causa de la guerra no desea contestarla. “No, fue un accidente, pero...” Pero, ¿qué? “Cometí una tontería”, dice lentamente. ¿Qué clase de tontería? “Yo”, comienza a tartamudear, “violé a mi hermana”. ¿Cómo dices? “Violé a mi hermana. Ante mis padres. Tuve que hacerlo. Ellos me obligaron”. ¿Quiénes? “Los Interahamwe, la milicia hutu. En Gikongoro, distrito de Butare, en abril del año pasado”. ¿Y dónde está tu hermana ahora? “Está muerta”. Es tal el dolor, que uno enmudece.

Invito al joven a comer. Raphael Nzeyimana tiene 35 años de edad y estudió ciencias naturales; su padre era hutu y su madre tutsi. Recibe el plato lleno y se lleva la comida a la boca en silencio, mientras juguetea con el tenedor en el plato. El padre de Raphael era transportista y dueño de una camioneta. La huida de la familia estaba planeada para la mañana siguiente, cuando las milicias hutus ocuparon la casa. Los combatientes de la Interahamwe estaban enmascarados. Obligaron a Raphael a violar a su hermana antes de descuartizarla junto a su madre; su padre y dos hermanos mayores

fueron muertos a tiros, y su hermano menor de sólo ocho años de edad, cortado en cuatro con un machete. Raphael saltó por una ventana y se escondió en un hoyo en la tierra, donde permaneció durante una semana.

Es el único sobreviviente de su familia. Por las noches no puede dormir, le resulta difícil concentrarse y desde hace meses no tiene trabajo. Ante mi pregunta de si quisiera ayudarme con la acreditación, me contesta con una contrapregunta: “¿Cómo sabe si mañana sigo con vida?” Los autores han logrado su propósito: los sobrevivientes están dispuestos a seguir a los mártires en su camino a la muerte —Ruanda padece una ola de suicidios—.

Visita a la prisión central de Kigali. Un soplón me abre la reja y la doble puerta de fierro se cierra tras de mí. Apenas doy un par de pasos cuando siento que me ahogo. La cárcel —un fuerte del tiempo de la colonia—, calculada para 2.000 personas, está ocupada por 8.600 presos, que se ubican de pie hombro con hombro en un patio interior, o apretados como sardinas en diminutos camarotes; algún tipo de asiento en las esquinas y salientes en las paredes constituyen una rareza; incluso los charcos que se forman y los cauces del desagüe sirven de lugares de descanso para los agotados detenidos. La mayoría de ellos son miembros de las milicias hutus, responsables de homicidios en masa y crímenes atroces contra civiles tutsis.

La estructura interna del comando ha permanecido intacta. El jefe del servicio de seguridad me recibe y, a través de un callejón que se abre entre la multitud, me conduce hacia un hombre con lentes que actúa como vocero de prensa, pero que no desea decir su nombre. Al igual que los demás detenidos, viste un pijama de color rosado pero, a diferencia de sus compañeros de prisión, se ve bien alimentado. Si bien el régimen le había asegurado impunidad, al volver del exilio fue encarcelado y por nueve meses ha estado esperando ser procesado. “Somos una plaga, destinados a morir”.

“Eso no será permitido por la comunidad internacional. Las condiciones de encarcelamiento serán controladas por la Cruz Roja”.

“Sí, pero hasta que la ONU no se decida a intervenir, estaremos todos muertos. Recibimos alimentación sólo una vez al día, aparte de los bizcochos que reparte la Cruz Roja. La tasa de mortalidad es de entre ocho y diez personas por noche, lo cual es un adelanto, porque antes era más alta”.

Un enfermo grave, que se ve como si tuviera Sida en estado terminal, es transportado en una camilla, seguido por hombres que cojean, tienen sus piernas vendadas y llevan en sus manos bolsas plásticas con píldoras. Me coloco un pañuelo en la nariz al pasar junto a las letrinas, frente a las cuales

se ha formado una cola interminable de hombres. Grupos de cuatro presos orinan en un balde. Los enfermos con diarrea permanecen cerca de las salidas.

“Existen dos tipos de masacre en Ruanda y ambos se confunden a menudo”, nos dice el embajador alemán Hummel, mientras su esposa hace sonar las manos para ahuyentar a los murciélagos que penetran al jardín de la residencia después de que llega la noche. “El genocidio de los hutus a manos de los tutsis fue por razones étnicas —antes se decía por móviles racistas—. Los actos de venganza del ejército tienen motivaciones políticas y sirven para intimidar”.

A la mañana siguiente viajo en un helicóptero de la ONU hacia el campamento de refugiados de Kibeho; Kent Page, el oficial de prensa de la UNAMIR (Misión de las Naciones Unidas en Ruanda), me ha reservado un lugar en el helicóptero. Abajo, en los valles cubiertos por la niebla, sólo las cimas de las montañas sobresalen a través de las nubes. Después de aterrizar somos escoltados por cascos azules provenientes de Zambia hacia el campo de refugiados, en cuya entrada nos impide el avance un puesto del ejército ruandés: justamente ese día los periodistas no tienen acceso al campamento. Desde lejos es posible oír el ruido de combates: el tableteo de las Kalachnikow, interrumpido por el sordo estallido de una bazuca o de las granadas de mano. Cada cierto tiempo pasan silbando junto a nosotros las balas que rebotan o tiros perdidos, por lo cual debemos protegernos detrás de la pared de una casa. A todo nuestro alrededor, y hasta donde alcanza la mirada, chozas destruidas, de las cuales quedan en pie sólo el armazón carbonizado, toldos de plástico arrugados y utensilios de cocina abollados. Hay zapatos de mujer y de niño, granos de maíz y porotos esparcidos por el suelo. “Aquí mucha, mucha masacre”, dice un casco azul de Zambia en un inglés entrecortado.

La cima de la montaña siguiente se ve negra de gente atemorizada que se apiña como hormigas. El ejército ruandés ha encerrado allí a unos 80.000 refugiados y los han introducido en un anillo que se va haciendo cada vez más angosto: de esta manera, las personas aterrorizadas por las milicias hutus, entre las cuales se mantendrían ocultos presuntos asesinos múltiples, son forzadas a retornar a sus pueblos, donde les espera la venganza de los tutsis. Desde hace días acampan al aire libre, expuestas a un sol abrasador y a una lluvia glacial que ablanda el suelo convirtiéndolo en un pantano. Se alimentan del maíz que ellas mismas han llevado y beben el agua contaminada proveniente de charcos en los cuales flotan excrementos. La consecuencia de esto es una epidemia de diarrea; el viento me trae un hedor que da asco. Los intentos de las organizaciones de ayuda por llevar

leña y agua fresca a los refugiados fueron rechazados por el ejército, así como la oferta de la ONU de evacuarlos en camiones.

Los soldados disparan por sobre las cabezas de la multitud, la que se estremece de miedo; el que tropieza y cae es pisoteado por los que vienen detrás. Cada cierto tiempo alguna de las víctimas logra huir de este valle cerrado; los que escapan son perseguidos como liebres por las colinas. Un disparo, una pequeña nube de humo, el evadido tambalea y cae al suelo; desde la lejanía no se puede saber si fue muerto, herido o si sólo tropezó. Más tarde será traído en una camilla a una tienda del ejército, frente a la cual se apila a los muertos y heridos. Un refugiado que ha logrado traspasar el cordón se lanza a nuestros pies y murmura una letanía en latín; es un verdadero esqueleto y sangra a través de una herida en la cabeza. Al ser acarreado por soldados tutsis, dos de ellos lo golpean con sus bastones. Mi pregunta sobre qué pasará con él es respondida con un encogimiento de hombros. “Es hombre muerto”, dice un teniente de Zambia, quien, al igual que todos los observadores de la ONU, está atado de manos: ellos pueden observar pero no intervenir.

Con el pretexto de guarecernos de la lluvia, somos escoltados hacia una casa bajo protección militar, la cual no permite ninguna vista del exterior. En el suelo se pueden ver fichas de la ex escuela de misiones despararramadas por doquier, un himnario roto, botellas vacías de cerveza y ropa interior ensangrentada de mujer, como si hubiera habido una masacre o una violación, quizás ambas cosas al mismo tiempo.

Alrededor del mediodía, el guardia hace a un lado un banco de la escuela que sirve de barrera y me permite el ingreso al campamento. La masacre, que hasta ese momento sólo he observado desde una distancia segura, queda ahora repentinamente ante mí. Hacia el puesto de la ONU, separado del centro del campamento por sacos de arena y alambre de púas, son llevados sin pausas un herido tras otro, los cuales han sido salvados desde el valle por voluntarios de la Cruz Roja a riesgo de sus propias vidas. Un trabajador de CARITAS alemán me cuenta, lívido de miedo, cómo un soldado tutsi lo amenazó con un arma que puso delante de su rostro, antes de abrir fuego, no por sobre las cabezas de la multitud, sino apuntando directamente a ella.

Los facultativos de Médecins sans Frontières no dan abasto con la multitud y están al borde del colapso. Sostienen en alto bolsitas con soluciones e infusiones; a través de los vendajes reblandecidos gotea la sangre, la que se coagula en el suelo formando charcos. Una joven mujer, agonizando, resuella en busca de aire; tiene una herida abierta en el cuello, respira entrecortadamente y, al final, su respiración cesa por completo. Los muer-

tos, envueltos con una manta, son entregados a los militares ruandeses. Enfermeros del ejército australiano preparan a los heridos graves para ser evacuados; de la mayoría de ellos cuelgan dispositivos de infusión por goteo; se pierde un tiempo valioso antes de que los soldados apostados de guardia en las puertas del campamento permitan el ingreso del camión de la ONU; para muchos de los internos, la ayuda llega demasiado tarde.

Una barrera de sacos de arena con una alambrada de púas a medio caer marca el límite que separa a los acechados por la muerte del mundo de los vivos. En un lado, los bien alimentados cascos azules, que con sus bastones mantienen a distancia a los refugiados; en el otro lado, ancianos, mujeres y niños, muchos de los cuales están tan débiles que no pueden ni masticar los bizcochos ricos en proteínas que soldados con guantes de goma les hacen llegar a través de los huecos que se forman en los vallados. Cada cierto tiempo un niño mal alimentado logra atravesar las barreras y vuelve a su madre con dulces y colmado de caricias.

Subo por sobre la barrera y el dolor me invade en el mismo momento que observo la situación. Ya después del primer paso siento que las rodillas se me doblan. Una madre me tiende a su bebé; ancianos quejándose se aferran a mis brazos y piernas. Intento esquivar a los que yacen en el suelo, pero no hay ningún lugar libre para mis pies y debo caminar por sobre los muertos y moribundos que aún se mueven y suspiran suavemente como si durmieran. Tengo miedo de tropezar y hundirme en la miseria de los refugiados como en un océano. En ese momento, un casco azul ruso me toma y me lleva de vuelta por sobre la barrera.

A la salida del valle, los hutus que desean retornar son revisados por soldados tutsis para ver si tienen armas. Junto a ellos se encuentra el puesto de primeros auxilios: un voluntario ruandés de la Cruz Roja abre la puerta de una pieza con enfermos, de la cual nos llegan agudos gritos; más de 200 niños han sido traídos hasta acá; hoy día se han convertido en huérfanos. Llega un joven a quien le han volado la mitad de la mandíbula con el golpe de un machete; su boca es una herida que saliva, cubierta con el yodo que le han puesto los enfermeros. Un colaborador de la ONU proveniente de Ginebra no lo puede soportar y vomita. Alguien le ofrece whisky. William Clarence, el comisario de derechos humanos de la ONU para Ruanda, nos mete a su auto; el ejército no le ha permitido entrar al campamento y él desea saber quién le ha disparado a quién. Lluvia a cántaros y avanzamos junto a una procesión interminable de refugiados, que se desplazan, descalzos, por el barro. Hay 30.000 personas en camino hacia Butare. Su éxodo tiene lugar como en el juego del “callejón oscuro”: los habitantes que se han recuperado les tiran piedras y los soldados tutsis los golpean con palos. Por

la radio oímos las primeras informaciones acerca de la masacre: la cifra de víctimas oscila entre 2.000 y 8.000 personas. El gobierno habla de 300 muertos, los que luego son presentados a la prensa, después de que los bulldozers vacían las letrinas que sirven como fosas comunes.□

MOVIMIENTOS CONSERVADORES EN EL SIGLO XX ¿QUÉ HAY QUE CONSERVAR?*

Joaquín Fernandois

El artículo presenta al conservadurismo del mundo moderno bajo tres aspectos generales. En primer lugar se efectúa una distinción conceptual del “conservadurismo”, para separarlo del “tradicionalismo” y de la “derecha”, junto a los que siempre aparece, pero que no necesariamente pertenecen a su substrato más íntimo. En segundo lugar se presenta, a grandes rasgos, una reseña histórica fuertemente concentrada en el siglo XX, en la que se plantea que el conservadurismo ha sido claramente un fenómeno propio a la modernidad, aunque la mayoría de las veces crítico de la misma. En tercer lugar se ofrecen algunas consideraciones que permiten establecer las posibilidades de supervivencia del conservadurismo, en un medio tan diferente al que lo originó hace dos siglos. Se sostiene aquí que el conservadurismo es fuerte cuando no aspira a ser una orientación total o respuesta intemporal, y que a la vez no es una simple adaptación al grito del momento.

JOAQUÍN FERNANDOIS HUERTA. Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

* En recuerdo de Mario Góngora (1915-1985).

Versión extendida de la conferencia pronunciada el 14 de junio de 1994 en el marco de ciclo “Modernidad y Conservantismo” organizado por el Centro de Estudios Públicos. Ana María Stiven revisó y ayudó a mejorar una primera versión de este artículo.

Una definición huidiza

Existe una dificultad típicamente conservadora, y es la de definir en qué consiste el conservadurismo. Antes un estado de ánimo que un programa claro y distinto, el conservadurismo resiste los intentos de racionalización como parte de su fortaleza y de su debilidad¹. Por otra parte no podemos entender intelectualmente un problema de nuestro mundo sin tratar de envolverlo con los conceptos que separan y distinguen.

Una primera operación en este sentido es la de establecer una diferencia entre “conservadurismo” y “derecha”. Mientras que el primero corresponde a una mentalidad, a un estado de ánimo o una actitud que puede llevar a posiciones relativamente disímiles en política, la “derecha” corresponde a una voluntad política que la mayoría de las veces hunde sus raíces en el conservadurismo, pero que no necesariamente se define a sí misma como conservadora ni tiene por qué forzosamente serlo². La derecha, al establecerse dentro del campo de juego de la lucha por el poder, muchas veces —si es que no siempre— termina por obedecer a una lógica extraña o, al menos, diferente al conservadurismo de la cual surgió su propio impulso original. Como voluntad política, la derecha no tiene un lazo indisoluble con la emoción conservadora que la hizo nacer, ya que la racionalidad del movimiento (hacia el poder, hacia el logro de sus finalidades ideales o materiales) se le presenta como más vital para su existencia que la orientación hacia un evanescente orden “conservador”. La derecha, sobre todo si es exitosa, puede muy bien devenir en fuerza anticonservadora, ya que lo conservador no cubre todo el espectro ontológico de la realidad, sino que es el recuerdo de un ámbito insustituible, aunque no suficiente para fundar la totalidad de la vida. Por cierto, una vez que la derecha ha roto sus lazos con el conservadurismo, se observa una deriva en cuanto a ideas e impulso vital que en un momento dado —que puede hacerse esperar mucho— operará contra su propia eficacia y existencia.

¹ Como introducción, dos breves artículos que a la vez son miradas antagónicas acerca del conservadurismo. Una visión simpatética está en Klemens von Klemperer, “Conservatism”, en *Marxism Communism and Western Society. A comparative Encyclopedia*, 2 (Nueva York: Herder and Herder, 1972). El conservadurismo como resistencia a la emancipación, en Klaus Fritzsche, “Konservatismus”, en Franz Neumann, ed., *Politische Theorien und Ideologien. Handbuch* (Baden-Baden: Signal Verlag, 1977), pp. 53-85.

² Ernst Nolte, “The German Right”, en Hans Rogger y Eugen Weber, eds., *The European Right. A Historical Profile* (Berkeley, 1965), pp. 261-317. Sobre “derecha” e “izquierda”, véase mi artículo “¿Qué futuro tiene la diada derecha e izquierda?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995), pp. 349-374.

Pero antes de adentrarnos en esta distinción básica para la comprensión de nuestro siglo, es necesario establecer una definición operativa de conservadurismo. Karl Mannheim ha entregado una definición clásica, que parte asimismo de una distinción. Por una parte, existe para Mannheim el *tradicionalismo*, que corresponde a una reacción “natural” común a todas las épocas y a todas las situaciones históricas. Se trata de una respuesta más o menos espontánea y muy predecible al cambio; es una suerte de resistencia al cambio, que se encuentra en las posiciones político-espirituales más diversas. Esto es diferente al “conservadurismo tradicionalista”, que rechaza integrar lo nuevo en nombre de un fundamento inamovible; de ello se hablará más adelante. En cambio, el *conservadurismo* consiste en una respuesta surgida históricamente, frente al desafío que una época específica pone a ciertos actores y grupos. Este conservadurismo no produce reacciones predecibles: éstas sólo se pueden comprender si se ven dentro del contexto histórico en el cual surgen³. El conservadurismo, de esta manera, no corresponde a una constitución político espiritual intemporal, sino que está estrictamente vinculado con el momento histórico en el que se origina.

La definición de Mannheim nos plantea un problema previo. Los movimientos conservadores del mundo moderno han sostenido en la mayoría de los casos una orientación hacia lo que cada uno de ellos considera una suerte de “cumbre histórica”, una especie de “modelo” que se considera como el mayor logro histórico de un orden social de acuerdo a lo que éste puede y debe ser. Este modelo puede estar en el Antiguo Régimen, más específicamente en la Francia de Luis XIV; o se puede situar en un remoto pasado, el imperio de Carlo Magno; o más reciente, la Alemania de Bismarck, Churchill en 1940 (y en general sus discursos imperiales desde comienzos de siglo) o en la Francia de De Gaulle. El modelo regulador de las ideas de los conservadores se mueve generalmente junto al tiempo, es decir, está en un pasado no muy lejano para el sujeto. Por otro lado, en no pocas ocasiones vuelve la mirada hacia un pasado más remoto, como la sociedad medieval. En la orientación a esa “cumbre histórica”, aunque no necesariamente una sociedad perfecta e intemporal para el conservador, es donde confluyen su posición “conservadora” y el “tradicionalismo”. El automatismo de la reacción tradicionalista, en el sentido de Mannheim por cierto, es justificado como parte de la relación hacia el “deber ser” que constituye el paradigma histórico. Esto podrá estar o no de acuerdo con el juicio de un observador externo, pero indica la fina tela con la que está

³ Karl Mannheim, “Das konservative Denken”, en *Wisenssoziologie. Auswahl aus dem Werke* (Neuwied/R. Berlín: Hermann Luchterhand, 1970), pp. 408-566. Original, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 57, 1927.

confeccionada la cortina que separa al conservador del tradicionalista en este sentido. Se puede encontrar, desde luego, una actitud tradicionalista en una posición anticonservadora, o en una diversidad de posturas, pero aquí salta a la vista la combinación de elementos que a primera vista debieron haber estado en bandos opuestos.

El conservadurismo también ha estado ligado a la “reacción”, como un rechazo de principio al cambio histórico. Tras la idea de reacción, concepto casi siempre usado con tono peyorativo, está el supuesto de la historia como proceso y como progreso, se marcha siempre hacia una situación “mejor”, al paso del tiempo le es propio una racionalidad y superioridad moral; la reacción sería una forma de atacar este desarrollo necesario y bueno, debido a motivos estrechos o inconfesables. Afirmar la fe en el progreso es, por cierto, menos popular en este fin de siglo, pero el vínculo entre progreso y conservadurismo, y por lo tanto entre acción y reacción, debe ser comprendido para entender su posición en el mundo moderno. Dentro de éste, los actores involucrados perciben el tiempo histórico como movimiento, pero los conservadores mantienen una orientación hacia el pasado, y presente y futuro se les presentan como decadencia. El revolucionario radical, por poner otro tipo, tiene una orientación hacia un futuro que es a la vez el fin de la historia. Pero, ¿son así las cosas? Como ha señalado Michael Oakshott, el ser conservador puede muy bien ser una forma de adaptarse al cambio histórico, salvo que se crea que la historia consiste en un proceso ineluctable⁴. Y también se ha señalado cómo al marxismo le es inherente una orientación hacia un pasado no sólo remoto, sino que ahistórico (“comunismo primitivo”), parte menos visible que su fe en el progreso, pero no menos constitutiva de su totalidad⁵.

Esto es menos extraño en lo que se puede llamar “post-marxismo”, en nuestros días, que viene a ser un rechazo radical al resultado, hasta el momento, del mundo moderno, con lo que se ve claramente el elemento “reaccionario-radical” del marxismo. Al estar éste orientado hacia un pasado

⁴ Michel Oakshott, “On Being Conservative”, en Russell Kirk, ed., *The Portable Conservative Reader* (N.Y.: Penguin, 1984), p. 570. Este ensayo ha sido publicado en español por *Estudios Públicos*, 11, invierno de 1983.

⁵ Ernst Nolte, “Revolution und Reaktion. Exemple einer verdrängten Dialektik”, en *Was ist bürgerlich und andere Artikel, Abhandlungen, Auseinandersetzungen* (Stuttgart: Klett, 1979), pp. 43-55. Sobre el marxismo como conservadurismo, Martin Puder, “Marx und Engels als konservative Denker”, en Gerd-Klaus Kaltenbrunner, ed., *Rekonstruktion des Konservatismus* (Freiburg/Br.: Rombach, 1972), pp. 427-442. Esta obra es una muy completa introducción a los problemas generales del conservadurismo. Lo mismo vale de manera más resumida, con otro tipo de ensayos, Gerd-Klaus Kaltenbrunner, ed., *Die Herausforderung der Konservativen. Absage an Illusionen* (Munich: Herder, 1974).

pre-histórico, tiene en este aspecto una rigidez mucho más acusada que el conservadurismo, que generalmente ha estado relacionado con un pasado histórico concreto, no excesivamente lejano en el tiempo desde el punto de vista del sujeto conservador, lo que le da más flexibilidad ante el cambio histórico. Finalmente ambas posiciones, conservadurismo y marxismo (y otras más), son reacciones ante la historia que combinan la fascinación y repudio por presente y pasado. La orientación hacia un pasado remotísimo (e imaginado) explica que las revoluciones radicales, al ocupar la totalidad del poder, se transforman rápidamente en un sistema establecido, cuyo afán es ser siempre iguales a sí mismos, y cultivan un tradicionalismo extremo, aunque sin el recurso a la magia del pasado histórico. A su vez, no es raro que los conservadores, al llevar a cabo sus políticas, se adhieran a una emoción que se considera el “grito del momento”, y operen en la práctica revolucionariamente. En esto consiste muchas veces la dinámica de la “derecha” y, por lo tanto, el status de su conservadurismo pasa a diluirse un tanto. Nuestro siglo ha sido rico en los dos tipos de experiencias. Esto nos hace ver que el conservadurismo, aún donde aspira a una comprensión atemporal de la realidad, debe ser entendido como parte de las formas de ser del mundo moderno, aunque sea una reformulación de un entendimiento de sí mismo y de su entorno que se hallaba presente en un pasado remotísimo. De hecho, el conservadurismo ha estado tan ligado al desarrollo del mundo moderno que no se lo puede comprender fuera de las medidas con las que se entiende a este último⁶. ¿Significa ésto que el conservadurismo está sometido al devenir histórico hasta un grado en que carezca de sustancia, que sólo represente un sistema de representación siempre cambiante? La tentación aquí sería ver al conservadurismo como una mera adaptación al cambio histórico, desprovisto de toda finalidad, y con ello alimentaría la sospecha de no ser más que la máscara de defensa de intereses inconfesables. Llevar las cosas hasta este punto puede conducir a un callejón sin salida —¿qué postura no puede ser criticada con esta lógica?—, y no daría cuenta de una sensibilidad que está presente desde hace dos siglos. Sucede que, como se insistirá en esta conferencia, el conservadurismo es una orientación hacia los cambios en la sociedad que tiene sentido en la medida en que se enfrenta a una inmeditada demolición de lo existente, pero no necesariamente le resta validez a la existencia de la crítica. En este sentido, el conservadurismo es una *crítica de la crítica*, escepticismo y prevención frente a la alegre aceptación de lo nuevo, defensa de principios

⁶ Sobre la relación entre conservadurismo y mundo moderno, o “modernidad”, William R. Harbour, *El pensamiento conservador* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985; original, *The Foundations of Conservative Thought. An Anglo-American Tradition in Perspective*, Notre Dame, 1982), pp. 185-196.

que hacen posible al orden social en cuanto posibilidad de civilización. Sin esta contraparte, el conservadurismo se descubre como pura voluntad de poder. Pero la transformación constante del fenómeno ayuda a reflexionar acerca de un drama permanente para el conservador, y que da el título a esta conferencia: ¿qué hay que conservar?

Trayectoria

Nacimiento del conservadurismo

No está nada de claro lo que específicamente debe conservar un conservador, aunque se acepte la realidad de una mentalidad y de unas ideas políticas y sociales conservadoras. Una breve mirada a las condiciones históricas de su surgimiento y primer desarrollo nos puede iluminar. El conservadurismo, según las condiciones de acuerdo a las cuales me parece debe ser definido, nace como respuesta crítica a la Ilustración y a la Revolución Francesa. En menor medida es también una respuesta también crítica a la Revolución Industrial. La Ilustración y la Revolución Francesa, como una de sus cristalizaciones, inauguran la política moderna en donde no sólo existe una generación más “espontánea” del poder, sino que la política y el orden social son sometidos a un modelo del “deber ser” que se superpone a la realidad presente. Éste fue y es un poderoso ariete contra el orden tradicional; después, simplemente, contra el orden establecido. Se entiende que el mundo tradicional no hubiera sentido la necesidad de articular una defensa intelectual y política mientras no existiera una crítica radical al mismo. Pero a partir del siglo XVIII sí la existe, y de allí surge el impulso que da nacimiento al conservadurismo: la defensa del mundo tradicional no necesariamente en sí mismo, sino porque corresponde al orden posible dentro de las limitaciones humanas. En este sentido el conservadurismo nace antes de la Revolución Francesa, ya que ésta fue sólo una de las manifestaciones del advenimiento de la política moderna. Su origen se puede encontrar en la crítica anti-ilustrada a partir de mediados del siglo XVIII; en Francia está el ejemplo del brillante polemista que fue el Conde de Rivarol⁷.

⁷ Antoine Comte de Rivarol (1753-1801). Sus escritos de antes de la revolución versan principalmente sobre literatura, pero ya denotan una postura escéptica ante muchos de los principios de la Ilustración; su momento estelar se produjo cuando apenas estalla la revolución, se lanza a la polémica política en escritos brillantes hasta su emigración en 1792. Prosigue su actividad en Inglaterra y en Alemania, donde es evitado por la emigración liberal, ya que la incluye en su crítica. En español hay una colección de sus obras políticas: *Escritos políticos (1789-1800)* (Buenos Aires: Dictio, 1980).

De manera similar, aunque menos unánime, razonó el conservador ante la aparición de la Revolución Industrial, ya que su energía titánica se dirigía contra las bases materiales en las que descansaba ese orden tradicional. Además, la dinámica de la economía moderna mostraba un rasgo abstracto, racionalista, que se parecía mucho a un desafío prometeico contra los fundamentos de la sociedad. De hecho el socialismo temprano se alimentó de las críticas conservadoras a la Revolución Industrial (y al capitalismo), y en el socialismo, particularmente en Marx, se ve un aprecio (moral) superior por la sociedad feudal antes que por el modo de producción capitalista, como él lo llamaba. A esto me refería también cuando hablaba del elemento conservador y “reaccionario” en el marxismo, y que está más patente en nuestros días en el “post-marxismo”. Éste ha dejado bien próximo al “basurero de la historia” su fe en el progreso para convertirse en su denunciante, lo que viene a ser un categórico rechazo al mundo moderno, una de las emociones iniciales del conservadurismo.

Pero, ¿qué quiere conservar el conservador? Este dilema, más agudo en nuestro siglo, viene de las condiciones de su origen. Por una parte el conservador desconfía del intento de crear una sociedad a partir de una razón ahistórica. Se inclina por tratar de argumentar —algo que por cierto no se le podía haber ocurrido antes del ataque de los ilustrados— acerca de las condiciones del orden social posible. Trata de arribar a la comprensión de las leyes o regularidades que permiten que exista una sociedad a partir de la experiencia histórica. Por otro lado, en muchos de los conservadores esto se parece bastante a la defensa de un paradigma o modelo, el Antiguo Régimen en este caso, la sociedad prerrevolucionaria. De hecho el conservadurismo emerge como una fuerza y un tipo de persuasión al querer articular la defensa del Antiguo Régimen. Hasta el primer tercio del siglo XIX europeo se puede decir que en general ésta es su meta. Es cierto que ya en su origen existe otro conservadurismo, representado por algunos románticos alemanes, en los cuales la idealización de un pasado (generalmente la Edad Media) los lleva no sólo a un rechazo del naciente mundo moderno, sino que también a muchos rasgos del Antiguo Régimen⁸.

Los que defendían al Antiguo Régimen no efectuaban una mera reacción, en el sentido peyorativo del término. La emergencia del conservadurismo, como el caso de Burke lo demuestra, ayudó a configurar el lenguaje moderno de la política y ha sido inseparable del desarrollo democrático, aunque ciertamente esto último no estaba dentro de los objetivos

⁸ Como se pueden ver en el hermoso ensayo de Novalis, “La Cristiandad o Europa”, de 1799.

primarios del pensador inglés. Pero esto no impide que se produzca la primera parte de lo que quizás, con exageración, se puede denominar la aporía del conservadurismo. El paradigma histórico se aleja más y más al transformarse la sociedad en el curso de los años. Y con el surgimiento de la sociedad industrial, ¡qué manera de acelerarse los cambios! El pensamiento y la existencia de una sensibilidad conservadores han ayudado a moderar los ímpetus de las fuerzas radicales, pero a la vez aquéllas no han quedado intocadas por la transformación general. Se despierta así un recurrente dilema para el conservador, ¿debe conservar ese paradigma o debe pensar un tipo de categoría de conducta intemporal, válido para todas las épocas? Ser antirrevolucionario, para un conservador, podía tener fuerza identificadora hasta 1800; pero ya a partir de 1850 se agregan nuevas fuerzas a esa posición, que poco tienen de una sensibilidad específicamente conservadora.

La “síntesis liberal-conservadora”

También nace un liberalismo crítico, es decir uno que ya no confía plenamente en la pura fuerza de la razón, y que ve límites de hierro a la capacidad “constructivista” con la que el hombre puede enfrentar a la sociedad; la aparición de este fenómeno provoca también lo que se puede denominar una “división” en el liberalismo, que dura hasta nuestros días, entre “derecha” e “izquierda”, pero ése es otro tema. Para el liberalismo crítico, se requieren ciertas condiciones sociales, espirituales e intelectuales para mantener un orden social. El gran Alexis de Tocqueville, por ejemplo, puede ser colocado en esta posición; también el historiador Leopold von Ranke, amigo del anterior, y Ernest Renan. El conservadurismo, cuando no es puro legitimismo —adhesión a la monarquía y a algún tipo de orden feudal o pre-moderno—, se llega a confundir con el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX, al tomar muchas de sus banderas, especialmente en el campo económico; en la política está la adopción del nacionalismo, hasta mediados de siglo un horizonte de los grupos revolucionarios y liberales: ahora el Estado-nación es parte del legado tradicional. Este tipo de conservadurismo liberal, ya integrado a la evolución política de la sociedad moderna, ha sido el que en general ha predominado en las grandes democracias industriales del siglo XX en gran parte del globo, y aquí se le llamará “síntesis liberal-conservadora”, una de las referencias políticas centrales del Occidente moderno. Una característica de este conservadurismo es que no sólo lo podemos identificar con el liberalismo, sino que él mismo lo hace

muchas veces de manera manifiesta, y no sólo por una costumbre de nominación, como en la cultura anglo-sajona de América del Norte.

Aquí se expresa uno de los rasgos básicos del conservadurismo de nuestro siglo, y es que sabe que el lugar que lo posibilita es la moderna sociedad abierta; que no tiene ni puede tener una doctrina acabada que se pueda emplear sin tener en cuenta tiempo y lugar; más bien posee una actitud que debe decidir ante cada caso qué de sus ideas es válido en tal o cual circunstancia. El ser conservador pierde sentido apenas los conservadores o triunfan completamente, o desarrollan una ideología que lo responde todo. En este caso son prisioneros de las redes doctrinarias de las ideologías y no pueden intervenir en la decisión de “¿qué hay que conservar?”. En el primer caso, devienen en una estructura de poder que adhiere formalmente a unas pocas formas supuestamente conservadoras. En el segundo caso se transforman en secta gnóstica, generalmente irrelevante. Antes de ver la tragedia a que puede conducir esta aporía, hay que volver a subrayar que el conservador se define a sí mismo —y sólo puede *existir* de esta manera— porque se enfrenta a un no conservador, sea una persona, una sensibilidad, una institución, una máquina infernal... El conservador es “relacional”. Para adelantar una expresión que repetiremos, el conservador sólo tiene sentido dentro de la historia de las ideas y mentalidades de Occidente y del mundo moderno.

La “revolución conservadora”

Pero había otra posibilidad de reacción. La aproximación y, a veces, total identificación entre conservadurismo y liberalismo tenía que crear un gusto amargo en los conservadores que se identificaban con una orientación hacia el pasado como parte de su crítica a lo moderno. Por una parte se consolidaba un conservadurismo que era parte de la sociedad abierta occidental (y del creciente círculo de sociedades influidas por Occidente). Por otro lado crecía desde fines de siglo una sensibilidad conservadora que no sólo rechazaba al mundo moderno de manera más o menos radical, incluyendo a sus elementos revolucionarios. También rechazaba *revolucionariamente* a estos elementos y a la sociedad que los hacía posible. La emancipación había liberado a fuerzas que ahora se volvían contra ciertos aspectos de la emancipación (democracia, liberalismo, parlamentarismo, sociedad burguesa, socialismo, a veces capitalismo, en todo caso el “mammonismo” o culto de la riqueza, sociedad de masas...). Al llegarse a este punto se produce la segunda fase de la aporía, o pérdida del modelo concreto en el

pasado, y se transforma en “Revolución Conservadora”⁹. El rechazo a la sociedad moderna lo proyecta a un remoto pasado y generalmente inexistente, con halo mítico; las consecuencias son la de despertar una sensibilidad que opera revolucionariamente como medio de recrear el orden añorado por los conservadores. Parece una expresión antinómica, y en último término lo es. Pero apunta hacia una sensibilidad importante para entender muchos aspectos de la política moderna y de los movimientos conservadores desde fines del siglo pasado hasta el primer tercio de este siglo. Hoy día se lo asocia con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, pero su verdadero uso corresponde a otro contexto. De hecho, en la segunda mitad del siglo XIX aparece intermitentemente la expresión “revolución conservadora”. La combinación nos hace llamar la atención hacia una mezcla explosiva.

Pero el fenómeno a que se alude con Revolución Conservadora pertenece a una sensibilidad intelectual que estaría en la trastienda de los acontecimientos políticos desde la década de los noventa hasta la Segunda Guerra mundial. Es un fenómeno más característicamente alemán, pero del cual se pueden encontrar paralelos en Europa, y en cierto grado analogías en todo el globo hasta nuestros días. Sus raíces más próximas a la superficie están en el nacimiento de las vanguardias estéticas en los noventa, donde se junta un canto de modernidad y una recurrencia a los mitos como medio de conocimiento. En el expresionismo, hacia fines de la primera década del siglo, esta síntesis se encuentra con más nitidez. La inspiración intelectual (y la política) pasa casi siempre por Nietzsche y, algo nada de raro, Dostoiewski. En un momento u otro, diversas figuras intelectuales del mundo germano se identificaron con la Revolución Conservadora, ya sea de manera manifiesta o por algunos de los temas que planteaban, como Hugo von Hoffmannsthal, Thomas Mann, Ernst Jünger, Martin Heidegger, Carl Schmitt, Oswald Spengler¹⁰. Pero el círculo se puede ampliar hasta alcanzar al joven Malraux, a D. H. Lawrence y al portugués Fernando Pessoa para encontrarnos en un plano europeo.

⁹ Armin Mohler, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932. Ein Handbuch* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972). ¡Mohler cita una referencia de 1848!, p. 9, pero se presenta como muy fuera de contexto.

¹⁰ Joaquín Fernandois, “Encuentro con la historia y la política. Thomas Mann, Hugo von Hoffmannsthal y la ‘Revolución Conservadora’”, en Ricardo Couyoumdjian, *et alia*, *Reflexiones sobre historia, política y religión* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988). Sobre el conservadurismo alemán, Martin Greiffenhagen, *Das Dilemma des Konservatismus in Deutschland* (Munich, 1971). Sobre el clima de ideas de la época en relación a este problema, Karl Dietrich Bracher, *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte des politischen Denkens im 20. Jahrhundert* (Stuttgart, 1982), pp. 21-116.

Nacionalismo, crítica de la cultura y crítica antidemocrática son los rasgos que principalmente caracterizan a la Revolución Conservadora. Por el primero no se entiende un mero chauvinismo, sino que un enlace con la tradición romántica, que ansía una sustancia mística en la nación, para diferenciarse del nacionalismo “burgués” y del patriotismo (o “patrioterismo”) de la sociedad de masas y, también, de la izquierda marxista. La crítica de la cultura deviene directamente del rechazo de la sociedad moderna por una serie de motivos que movilizan a sectores de las persuasiones más diferentes hasta el día de hoy: regreso a la naturaleza como reacción al desarrollo urbano des-almado; tomar distancia de la uniformidad de la sociedad de masas y de la civilización industrial; reacción frente al racionalismo y materialismo, herederos de la Ilustración; reacción contra el mundo burgués, petrificado en su espíritu; rechazo al marxismo como otra cara del liberalismo. En este plano se emparenta con una nueva derecha que surge hacia 1900, y que quiere combatir a su enemigo principal no sólo en su manifestación más evidente, las fuerzas revolucionarias, sino el medio que a su juicio las hacen posibles: democracia, parlamentarismo, a veces el capitalismo, o “materialismo”. Es evidente que aquí se esconde un impulso vital que, de cristalizar, sólo puede tener consecuencias revolucionarias frente a la sociedad establecida.

Una sensibilidad como ésta no se tradujo ni podía traducirse en lo político. Pero creaba las condiciones para una seducción que en Alemania tendría consecuencias trágicas, ya que creaba una predisposición revolucionaria (revolución para retornar a un orden; mas esta idea yace en la noción primitiva de “revolución”, a fines del siglo XVII¹¹), aunque no tenía el ánimo suficientemente nihilista para tal empresa, ni estaba educado en la posibilidad de integrarse al “caos organizado” en que consiste la política moderna. Es en Francia donde la “nueva derecha”, con Maurice Barrés y Charles Maurras, hace su primera manifestación conservadora revolucionaria, aunque no con este nombre. Cuando el monarquismo con posibilidades reales es definitivamente derrotado a raíz del *affaire Dreyfus*, surge Maurras que intenta ganar para dicha causa a sectores hasta entonces ajenos a esa tradición. Así vincula argumentos modernos con un rechazo al orden político de la modernidad en nombre de un catolicismo tradicionalista, pero que tenía todo un aire de herramienta política (ambos eran ateos). La modernidad la ve como “1789” y la dictadura jacobina, y al liberalismo con sus consecuencias.

¹¹ Karl Griewank, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff. Entstehung und Geschichte* (Frankfurt/M: Suhrkamp, 1973).

Maurras logró una influencia notable en el clima de ideas políticas y culturales de la primera anteguerra (incluso pensadores católicos, como los jóvenes Maritain y Bernanos, que después se distancian de él; el joven Charles de Gaulle no era insensible a este tipo de argumentos), pero no logró tener el mismo impacto político. La “Acción Francesa”, el movimiento por él fundado, no salió de los extramuros de la vida política, es decir, de ser un extremismo más. Como tal, sólo tenía posibilidad con el derrumbe del sistema político. La historia tiene un final trágico y patético. Hombres inspirados en sus ideas —y en otras más nuevas— las usan para apoyar —sin siempre estar conscientes— a los ocupantes nazis, ¡cuando Maurras había sido un eminente antigermano toda su vida! Finalmente, en las *vendettas* posteriores a 1944, Maurras es juzgado por “inteligencia con el enemigo”. Lo fundamental de este desenlace es que muestra cómo el extremismo cultural, que puede tener sentido en un plano de exploración intelectual, deviene en promotor involuntario (a veces) de fuerzas nihilistas en cuanto penetra el ámbito político.

Esto es más conocido y más trágico en el caso alemán. Ya se hablará de las consecuencias. Por ahora baste decir que la Revolución Conservadora en Alemania, en la época de la República de Weimar, adquirió una fuerza especialmente intensa debido a la auténtica “revolución cultural” que allí se efectuó. Fue parte de una cultura política nacionalista que rechaza el orden existente y que también rechaza una mera “restauración”, pero que no podía traducirse en un programa político que pudiera concretarse¹². Lo que hizo fue crear los presupuestos para que llegaran los verdaderos nihilistas, lo suficientemente simples como para ignorar los matices de civilización, y lo suficientemente carentes de escrúpulos como para no verse entorpecidos por restricciones morales espontáneas. Era la hora de los nazis, pero no bastó la ayuda de los conservadores revolucionarios.

Hay que aclarar la relación con el conservadurismo más tradicional, “normal”. Pero antes se debe dejar bien establecido que un conservador podrá tener una posición no ortodoxa frente a un conservadurismo heredado, que ha perdido su *pathos*. Pero se infligirá un castigo terrible a sí mismo si cae en la contradicción de ser seducido por la vorágine revolucionaria (o, lo que es lo mismo, en la ebriedad del cambio por el cambio, en la dinámica de la moda), aunque sea como método de acceder nuevamente al modelo ideal. En este caso, no opera de manera esencialmente diferente al revolucionario que persigue la utopía totalitaria. Olvida la razón de su existencia, el resguardo del orden posible y el mejoramiento incremental de la sociedad.

¹² Joaquín Fernandois, “Un baile al borde del abismo”, *Revista Universitaria*, XXIV, 1988.

Fascismo, nazismo y conservadurismo

Al hablar de movimientos conservadores en este siglo no se puede soslayar su reacción ante un tipo particular de totalitarismo, el que se conoce con el nombre genérico de “fascismo”. En los dos casos típicos, en Italia, donde es bautizado el fascismo, y en Alemania con el nazismo, se dio una situación de colaboración entre las persuasiones totalitarias y los conservadores. En ambos países, una vez que los movimientos liderados por Mussolini y Hitler adquirieron un lugar en el sistema político, los sectores establecidos creyeron poder usarlos en su propio provecho, y el resultado fue exactamente a la inversa; pero sólo la aquiescencia de los conservadores les franqueó la ocupación del poder. Para el caso es de interés la experiencia alemana, donde el radicalismo hitleriano rompió todo molde imaginable para quien pretendía defender una tradición.

De esto los marxistas sacaron la conclusión, y convencieron a muchos, de que el “fascismo” es una consecuencia necesaria (y esencial) no sólo del conservadurismo, sino que de la sociedad burguesa y del capitalismo en época de crisis. Ya en su tiempo esta idea violentaba la realidad. Las principales sociedades “burguesas” (es decir, las grandes democracias industriales), Inglaterra y EE.UU., sortearon la Gran Depresión con reformas o adaptación, quizás discutidas, pero que salvo en las mentes afiebradas de funcionarios stalinistas, nunca fueron “fascistas”. En Inglaterra la fórmula (hasta 1945) estuvo en manos de los *tories*, y nadie con sentido común intelectual podría llamar “fascista” al Gobierno Nacional de los treinta. Es el gobierno conservador inglés quien, tras dudarlo mucho, como era obvio después de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, declara la guerra a Hitler el 3 de septiembre de 1939. En la misma Alemania la derecha conservadora tuvo que ser destruida parlamentariamente (en 1930/1932) para que los nazis quedaran como única alternativa para algunos conservadores. El único intento serio de desalojo del poder de los nazis lo llevaron a cabo fuerzas fundamentalmente conservadoras, el fallido golpe de Estado del 20 de julio de 1944.

Con todo, el caso alemán presenta un problema que no debe ser ignorado: ¿hasta qué límite puede llegar el conservador en el empleo de métodos no tradicionales para combatir, *v. gr.*, movimientos revolucionarios, y no dejar de ser genuinamente conservador? Por una parte, éste ha sido un dilema universal de los sectores conservadores en el mundo moderno, y especialmente en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. Por otra parte, el caso alemán tiene orígenes nacionales, llegándose al extremo de presenciar cómo sectores siempre asociados al conservadurismo aceptaron mansamente (a veces entusiastamente) toda clase de órdenes

de los nazis. Ejemplos de este tipo son universales; el radicalismo de la Alemania nazi demanda una explicación nacional que no es el tema de esta conferencia¹³. En parte se podría adelantar que en Alemania el conservadurismo había llegado a ser meramente una derecha.

Los conservadores más “fundamentalistas” se refugiaron en el callejón sin salida de la Revolución Conservadora. La síntesis liberal-conservadora ayudó por algunos años a estabilizar la República de Weimar, cuando formaron parte del Gobierno, entre 1924 y 1928. Pero después, y teniendo como imagen la amenaza revolucionaria y el resentimiento de la derrota en la guerra, aceptaron poco a poco la idea de que sólo los nazis podían derrotar al comunismo. El nazismo efectivamente nace de una emoción conservadora, reacción contra la amenaza revolucionaria, pero estaba ajeno a las tradiciones conservadoras, las únicas que podían poner un límite a su dinámica de poder. Pero no debemos olvidar que si Hitler y el nazismo llegaron al poder con la anuencia conservadora, que representaría la voz de la “historia alemana” desde Bismarck, nada existe en esa historia que se aproxime remotamente al carácter del Tercer Reich.

El conservadurismo en la segunda post-guerra

De esta experiencia, sin embargo, el conservadurismo llegaría a poseer una noción que lo enriquecería, la percepción de que había traspasado el umbral del “tiempo-eje”, de que mientras antes estaba orientado hacia el pasado, ahora tenía que ofrecer una imagen del futuro, como lo ha dicho

¹³ Existe una copiosa literatura al respecto. Como ejemplo está Ernst Nolte, “Konservatismus und Nationalsozialismus”, en Ernst Nolte, *Marxismus, Faschismus und Kalter Krieg. Vorträge und Aufsätze 1964-1976* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1977), pp. 117-135. Sobre los antecedentes en la historia alemana del nazismo se ha escrito desde los años veinte. Parece atinente considerar el giro que Bismarck, un conservador peculiar que en cierta manera fue un “revolucionario blanco” (es decir, combatía la revolución con métodos revolucionarios), le dio a la sociedad alemana en la segunda mitad del siglo XIX. Una visión, representativa de una suerte de neo-marxismo muy popular en los ambientes intelectuales de la República Federal en los sesenta y setenta, Heinz-Ulrich Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918* (Göttingen: Vandenhoeck, Ruprecht, 1975; original, 1973). Más recientemente, preguntándose en qué medida un hombre espontáneamente conservador y en muchos sentidos moderado como el “Canciller de Hierro” puede, al usar una pura lógica de poder, devenir en el presupuesto de un nihilismo, está una obra de gran calidad: Lothar Gall, *Bismarck. Der Weisse Revolutionär* (Frankfurt/M: Ullstein, Propyläen, 1980). Bismarck permanecerá como uno de los conservadores paradigmáticos, en cuanto que se transforma en líder de las fuerzas conservadoras, pero en ese mismo acto destruye un intangible que las definía como conservadoras.

Armin Mohler¹⁴. Sólo así pudo afrontar el desafío que ofrecían las ruinas en 1945. Es la tercera fase del “tiempo-eje” del conservadurismo, cuando deberá mostrar fortaleza sin tener un modelo de “restauración”.

Después de la Segunda Guerra Mundial reemerge la síntesis liberal-conservadora en el centro de la palestra de la sensibilidad conservadora. Esto tiene su fortaleza en el triunfo de los países anglo-sajones en la guerra, a pesar que el New Deal de Roosevelt era considerado de “izquierda” en EE.UU., y que los laboristas triunfan en las elecciones de 1945 en Inglaterra. En las dos primeras décadas después de la guerra, sin embargo, se consolida en los principales países occidentales un estado de ánimo que puede ser definido de acuerdo a esa síntesis. Es cierto que a ello colabora una izquierda anticomunista. En realidad, la definición anticomunista crea una de las bases de este equilibrio; otra fue la necesidad de consolidar un orden europeo. La Comunidad Europea y la OTAN son impensables sin esta sensibilidad que, aunque no siempre mayoritaria, le otorgaría una legitimidad que perduró por toda la Guerra Fría. En Inglaterra se ve liderada por la inspiración churchilliana, ya que el viejo León llega nuevamente al poder en 1951, a pesar de que, en lo esencial, no deshace las reformas laboristas.

El caso más notable es el de la República Federal de Alemania, fundada en 1949. Konrad Adenauer agrupa a partir del antiguo Partido de Centro, que había sido la bandera del catolicismo político desde Bismarck, a las dos confesiones en la Democracia Cristiana (social cristianos en Baviera). En muchos países este nombre tendría un aire de centro; en Alemania Federal identificó a las fuerzas conservadoras. La consolidación de este Estado recreó las bases del equilibrio de poder en Europa, y reconcilió a Alemania con Occidente, lo que se había roto a partir de 1914. Además, ello permitió a la cultura alemana deslindarse de la atmósfera política que posibilitó al nazismo, sin caer en un extremo contrario. En Francia el gaullismo, aunque fuera del poder hasta 1958, constituyó otro polo conservador, y define a la síntesis hasta el día de hoy. De hecho, a pesar de las turbulencias de su carrera, Charles de Gaulle puede con el paso del tiempo proyectar una imagen como el conservador del siglo XX que defiende principios y se adapta a la historia. Churchill tuvo el mérito de enfrentarse por un momento en total soledad al totalitarismo nazi; De Gaulle aparece con una fórmula para el orden social.

Incluso en Italia, la Democracia Cristiana y Alcide de Gasperi, a pesar de que se presentan como los vencedores del orden antiguo (no sólo

¹⁴ La idea de “tiempo-eje”, obviamente inspirada en Jaspers, está tomada de Armin Mohler, cit. en Gerd-Klaus Kaltenbrunner (ed.), *Die Herausforderung der Konservativen*, op. cit., p. 13.

del fascismo), en su política concreta pueden ser englobados en esta perspectiva. Hoy día sus herederos se han llegado a avergonzar del nombre, pero si por un instante se cierran los ojos y se mira a la Italia postrada y desmoralizada de 1945, se puede asentir que hubo una obra maciza. Por último, en EE.UU., después de 1945, las dos fuerzas políticas tradicionales, republicanos y demócratas (en mayoría casi hasta nuestros días), convergen en un *mainstream* que no es muy diferente de la síntesis liberal-conservadora. Esto produjo lo que hoy se ve como la autocomplacencia de los *fifties*, y toda la gazmoñería que le era propia. Pero apenas se le abandona como horizonte, los norteamericanos se arrepienten de una exploración que pueda abarcar toda la sociedad, y vuelven a versiones quizás más exageradas de ella. Por último, no se debe olvidar que la política “occidental” tiene otros espacios. El mayor éxito de los occidentales victoriosos de 1945 fue el haber convertido en el alma a los vencidos, y de haberlos incorporado al desarrollo político y material de la posguerra. En Japón, el largo reinado de los demócrata liberales —que en estos días hemos visto opacado— puede ciertamente homologarse a la síntesis liberal-conservadora y a los beneficios de la alianza occidental. También los problemas del mundo moderno y el aturdimiento noratlántico por el pasmoso éxito material de los nipones. Es cierto que el Japón moderno no ha contribuido especialmente a las ideas políticas y sociales de nuestro tiempo, pero, ¿qué sería de Asia si se hubiera dejado en la post-guerra un vacío de poder en Japón?

Todo este fenómeno no crea un cuerpo de ideas claro y distinto. Por eso preferimos llamarlo “sensibilidad”, o quizás “estilo”, “cultura política”; pero es una faceta poderosa de la política occidental (y mundial) en las primeras décadas de la Guerra Fría¹⁵. Su característica formal más acusada es la de reunir en una sola idea la defensa de la economía de mercado y de la democracia. También, para seguir con la imagen del “tiempo-eje”, mientras que el conservadurismo anterior a éste se orientaba hacia el pasado, el conservadurismo que le sigue, después de la “guerra civil europea”, se orienta hacia el futuro, con los riesgos que esto también trae. Aquí, muchas veces, sobre todo en el mundo anglo-sajón, las diferencias en el debate público entre conservadores y liberales casi se borran, en realidad más a favor de estos últimos. En Inglaterra, Michael Oakshott y C. S. Lewis (aunque éste más en el plano moral-literario) representan esta sensibilidad en la alta cultura; Friedrich Hayek, aunque original de la Escuela Austríaca, se le puede añadir

¹⁵ Russell Kirk, *The Conservative Mind from Burke to Santayana* (Chicago: Henry Regnery Company, 1953), parece ser un manifiesto del conservadurismo anglo-sajón de después de 1945.

con algunas reservas. En Francia está el genio brillante de Raymond Aron. Pero, decididamente, en la alta cultura la hora del día pertenecía a la nueva izquierda, democrática radical o neo-marxista. La escuela de Sartre y Merleau-Ponty en Francia, y los portavoces sobrevivientes de la “escuela crítica” de Frankfurt (Adorno, Marcuse,...) ayudaron a crear un polo de atracción que irradió mucho más allá de las fronteras.

Mas el estrellato momentáneo de esta izquierda, aunque fulgurante, no era capaz de opacar la inédita cooperación europea y noratlántica, que siempre fue vista como indispensable por las principales fuerzas sociales, incluso casi siempre por la izquierda democrática. También era impotente frente al desarrollo económico y, en lo esencial, para la superación de la pobreza en Europa, en cuyas tenazas todavía se encontraban atrapados vastos sectores sociales en los años treinta. Otra cosa es en el reino misterioso de la imaginación, donde el *establishment*, tal vez con un dejo de necesidad, era escarnecido y llevó a veces a glorificar a los sistemas totalitarios.

En el amplio mundo que se movía entre diversas posibilidades, y donde las fuerzas en pugna manifestaban propósitos radicalmente antagónicos, esto es más complicado. Nos referimos, por supuesto, a lo que por unas décadas se llamó Tercer Mundo. Para muchos parecería irrelevante hablar de conservadurismo en zonas no europeas. En nuestros días los multiculturalistas añaden que se trata de ideas impuestas por los grupos dominantes. No se detienen a meditar que ellos mismos formulan sus argumentos a partir de un mundo intelectual que tiene su alfa y su omega en la cultura política noratlántica. De hecho las grandes coordenadas del debate mundial de este siglo se originan en la cultura occidental, no sólo porque ésta se impuso por superioridad técnica, sino porque diseñó categorías con una universalidad tal, que éstas pasaron a ser parte de un patrimonio universal. En este sentido no es raro que en muchas sociedades del globo las fuerzas políticas se hayan identificado con una posición conservadora, y en muchas se haya formado un pensamiento conservador, así como otras se identificaron con los modelos revolucionarios. De esta manera, *v. gr.*, en Chile se formó una tradición conservadora que, en diversas variantes, ha sido parte integrante de nuestra cultura política¹⁶. Pero

¹⁶ Chile ha sido testigo de un pensamiento conservador. Recientemente, en el plano más bien político, hay un estudio de Teresa Pereira, *El Partido Conservador 1930-1965. Ideas, figuras y actitudes* (Santiago: Vivaria, 1994). Un recuento que en su análisis muestra algunos aspectos interesantes, aunque los autores transmiten una sensación de horror de que pueda haber conservadores, es el de Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos* (Santiago: Universitaria, 1992). También Cristián Gazmuri, “La historia de Chile republicano ¿una decadencia?”, *Alternativas*, junio de 1984, pp. 106-156. Un historiador y pensador chileno que en su obra expresó una sensibilidad conservadora es Mario Góngora, particularmente en la colección de sus ensayos y entrevistas, *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos* (Santiago: Vivaria, 1987).

esto es también cierto en sociedades alejadas en su origen del mundo occidental, en Asia y África. Desde luego, no cualquier antimodernismo deviene automáticamente en un conservadurismo, como se le entiende aquí. Sólo lo es aquel que se sitúa dentro de las coordenadas del pensamiento y la cultura política del mundo moderno. Ya se verá si el fundamentalismo islámico puede ser denominado “conservador”.

El neo-conservadurismo de los años de Reagan y Margaret Thatcher

Se le ha llamado indistintamente neo-conservadurismo y neoliberalismo, a veces también “revolución conservadora”, a la oleada que desde 1980 puso una vez más sobre el tapete a políticas económicamente liberales, y en algunos sentidos social y culturalmente conservadoras. La confusión en la nomenclatura indica una confusión semántica, ya que se trata de un conservadurismo que a veces parece más bien un liberalismo redivivo. En parte, esto se deriva de la amplificación del “sonido” de la cultura política norteamericana a través del globo; es sabido que en EE.UU. se les llama “conservadores” a quienes defienden principalmente posturas liberales en economía (y a los que allí se llama “liberales” defienden en general mayores regulaciones e intervencionismo), y parece que habría que inclinarse por llamarlo “neo-liberalismo”. Le subyace un aire de orgullo “progresista” y de afirmación *per se* de lo nuevo, con esa confianza en sí que le es extraña a los conservadores, y uno se pregunta a veces dónde está lo “conservador” en esta “revolución”. Una de sus características más visibles, contrapartida de su ánimo de incluir a todos, es su impiedad por el hombre interior, lo que debería horrorizar a un conservador.

Por otro lado no se debe olvidar que este renacimiento del liberalismo (neo-clásico) de fines de los setenta, que tuvo sus puntos más espectaculares en los triunfos electorales de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, tiene sus raíces en una reacción contra 1968 y en general contra la revolución cultural de los años sesenta, lo que surge de una emoción genuinamente conservadora. Tras la idea de una emancipación a ultranza en los sesenta, o el triunfo del “principio de la gratificación”, se produce un “redescubrimiento de la rueda”, o el reconocimiento de la importancia de las instituciones sociales tradicionales, de los límites de la gratificación. Es este tipo de reacción el que colaboró a que el neo-liberalismo adquiriera protagonismo político en los últimos veinte años y no constituyera un puro programa de privatización y desregulación. Todavía se ven fuertes huellas de este fenómeno en la “guerra cultural” que se produce en EE.UU. y algo entre noso-

tros, aunque en Europa éste tuvo más el carácter de “contrarrevolución (o contrarreforma) silenciosa”.

En Francia fueron algunos de los propios portadores de 1968 quienes llevaron a cabo esta crítica. Pero a éstos no se les puede identificar con un neo-liberalismo, aunque el rescate de las tradiciones liberales haya sido parte importante de su argumento. Aquí destacan André Glucksmann y Bernard-Henri Lévy. Una idea que permea sus argumentos es que la libertad, llevada a su extremo, termina en la tiranía total. No se trata de algo muy novedoso, pero de todas maneras, expuesto con brillantez y usado para la crítica del marxismo, fue decisivo en la conformación de las ideas políticas de fines de los años setenta y tendría alguna repercusión en los orígenes de la Perestroika.

Pero el neo-liberalismo tiene sus elementos revolucionarios y nihilistas. Irving Kristol, por ejemplo, ha criticado algunos conceptos de Milton Friedman, como la noción de que la misión fundamental de la vida —y de la sociedad— es la autorrealización personal; por este camino se abandonan los límites que al menos ponía la tradición burguesa, y se culmina en el nihilismo. Entre las metas de la autorrealización muy bien puede estar la destrucción de la sociedad en la que puede existir la economía de mercado, el bien máspreciado de los liberales. Esta posición libertaria podrá refutar a Marx, pero no pensó nunca que tendría que refutar también al marqués de Sade y a Nietzsche, para lo que no está bien equipada¹⁷. En Kristol se halla implícito un argumento muy razonable para un conservador, y no sólo para él. La autorrealización de la persona sin una idea de un “deber ser” del orden social, puede culminar en un totalitarismo, la imposición de un orden exclusivo por el despotismo del individuo o del grupo homogéneo, que pretende traspasar este carácter a la sociedad toda.

Más recientemente, la crítica de este tipo de escritores neo-conservadores (así aceptan ser llamados) se dirige a que la economía de mercado o “capitalismo” no puede existir sin una referencia ética y de ideales que ésta no puede proporcionar; además no es querida, no produce

¹⁷ También *cfr.*, su libro *Reflections of a Neoconservative* (Nueva York: Basic Books, 1984). Sobre el autor, James Neuchterlein, “Neoconservatism & Irving Kristol”, *Commentary*, 78, 2, agosto de 1984. Acerca de la crítica de Kristol a Friedman, *cfr.* su ensayo “Capitalism, Socialism, and Nihilism”, en Russell Kirk, *op. cit.*, pp. 627-644; original en su libro *Two Cheers for Capitalism* (Nueva York: 1978). Aunque no pertenece propiamente al neoconservadurismo, se debe nombrar a Alan Bloom, *The Closing of the American Mind* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987). Desde una perspectiva que se puede llamar cercana a la “síntesis liberal-conservadora”, Bloom ha sido el polemista más diestro e influyente en los debates por el grito del día a partir de la segunda mitad de los ochenta, sobre todo en lo relacionado con el multiculturalismo y la pasión por el “debunking”. Véase también de Alan Bloom, *Amor y amistad* (Santiago de Chile : Andrés Bello, 1996).

la fidelidad que sólo los valores tradicionales pueden evocar. Habría que añadir que, *v. gr.*, sin el vínculo con valores pre-modernos se derrumba el presupuesto de orden social que hace posible a la economía de mercado. Pues nadie podría afirmar que el narcotráfico de nuestros días responde a una pura situación de mercado y que acepta las leyes de la oferta y la demanda: le son esenciales la violencia en el trato y el vértigo como experiencia de vida, escasamente estilos compatibles con la ética del mercado. Tampoco hay que olvidar que los “inventores” de la economía moderna, los pueblos anglosajones principalmente, mostraban una sociedad civil donde el individuo era fuerte, en deberes y derechos, y no había el foso entre la vida individual y la pública que es la marca de sociedades como las nuestras. En todo caso, en los pensadores conservadores que han influido recientemente, el aprecio por la economía de mercado se encuentra vinculado fuertemente con la democracia, cosa que no se daba en forma tan evidente en la primera mitad del siglo¹⁸.

El neoliberalismo es una confirmación de la dinámica creativa de la economía moderna, la única que tiene respuestas posibles para el deseo de superación del estado de necesidad; por otra parte, su aparato conceptual es deudor de las hipótesis de la teoría económica clásica y que, aun cuando no lo puede probar de manera cabal, intuyó en lo básico el mecanismo por medio del cual puede funcionar el desarrollo material. Pero en sí mismo no es una realidad que despierte amor, e incluso su funcionamiento específico depende de valores e instituciones que responden a otra lógica. Aunque peligrosamente ciego a intereses y pasiones, de otro orden al económico, de los hombres, el neo-liberalismo puso sobre el tapete una consideración que puede ser aceptada sin mayor duda por un conservador, que el mecanismo de la producción conceptualizado por la escuela clásica no puede ser modificado indefinidamente por la razón política y social.

Conservadurismo, religión y fundamentalismo

El conservadurismo se ha definido casi siempre como defensor de la religión tradicional y es difícil pensarlo sin ella, sin su revelación y sin los depositarios de la tradición. Por otra parte, los portavoces más efectivos y creativos del conservadurismo no han estado entre esos depositarios (muchas veces son hijos del pensamiento “emancipador”, del que abjuraron para tomar las banderas de sus enemigos de antes). El mismo pensamiento con-

¹⁸ Sobre este problema véase Michael Novak, *La ética católica y el espíritu del capitalismo* (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 1995).

servador muchas veces no se desprende automáticamente de las expresiones de fe tradicionales, pre-modernas. En el siglo XIX la Iglesia Católica y muchas confesiones protestantes (a veces judías, en nuestro siglo) se identificaron con movimientos y partidos conservadores¹⁹. La razón salta a la vista. Desde el siglo XVIII la secularización adquiere un carácter amenazador para la religión, y de ahí que ésta adquiera un antimodernismo como actitud manifiesta o escondida, pero en todo caso profunda en las más diversas expresiones.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, se da un notorio cambio, y ya no existe la relación natural entre conservadurismo y religión, al menos en su expresión institucionalizada. Una cara del éxito aparece en la sociedad de gratificación, que es uno de los triunfos del mundo moderno y de la economía de mercado. Por otra parte el conservadurismo se presenta ahora, la mayoría de las veces, como simple “derecha”, y pasa a ser otro rasgo moderno del que las iglesias quieren distanciarse. A su vez, la sensación de aislamiento al interior de la religión tradicional produce el impulso por identificarse con un elemento fuerte y que se cree permanente del mundo moderno. No se quiere permanecer aislado del movimiento de la historia (a veces Historia), y es uno de los estados de ánimo que agita al Concilio Vaticano II. Es una de las interpretaciones que se le puede dar a la famosa expresión de Juan XXIII de que hay que leer “los signos de los tiempos”.

El problema es que no existe nada más délfico que estos signos. Lo más probable es que la lectura esté condicionada por una fuerza immanente al “mundo”, un progreso que sea presentable de acuerdo a las modas, pero que es distante a la magia religiosa. En muchas fuerzas, eclesiásticas y laicas por igual, esta lectura viene a ser idéntica a profesión de fe progresista (que el neo-liberalismo comparte en otro sentido), de que lo que viene es a la vez bueno e inevitable, sentimiento que predominó en los años sesenta y setenta. Después ha tenido lugar una visible reacción conservadora al interior de la Iglesia Católica y de otras, no en último término porque la aceptación de esa lectura del progreso amenazaba la existencia de las mismas iglesias. Es indudable que las iglesias mantienen un papel conservador en la sociedad de nuestros días, aunque esto no pueda identificarse con el conservadurismo político; no es su única posibilidad. Esto es muy claro en

¹⁹ Salcia Landmann, “Der Konservatismus der Juden”; y Hans Kühner, “Die römisch-katholische Kirche als konservative Grossmacht im 19. und 20. Jahrhundert”; ambos en Gerd-Klaus Kaltenbrunner, *op. cit.*, pp. 349-388.

la “guerra cultural” (educación, aborto, usos sociales,...) de nuestros días. Como “potencia conservadora”, la religión —y las iglesias— mantiene una tregua frágil con el despliegue pasmoso de las fuerzas productivas y el consenso actual en torno a su uso: la economía de mercado. Pero ésta opera en la práctica como agente de secularización en una multitud de ámbitos, y por ello existe una desconfianza subyacente, cuando no una crítica declarada. Esto puede ser más fuerte en el futuro a medida que el común enemigo, el marxismo, se diluye en el pasado y asoma un fundamentalismo que no está del todo confinado al islamismo.

Es aquí donde debemos preguntarnos por el carácter conservador que tendría el fundamentalismo islámico liderado por Khomeini, u otros análogos, aunque el iraní ha sido el gran inspirador. Como en el nazismo y en el Khmer Rouge de Camboya, aquí se da una extrema crítica y acción contra el mundo moderno. Es una defensa “integrista” de la sociedad tradicional y desempeña su puesto en la actual “guerra cultural”, como se vio en la Conferencia de El Cairo en 1994. Después de la revolución de 1979, en Irán se dio paso a una política antioccidental que tenía mucho de anti-emancipadora (el caso más evidente es el de las mujeres), y con ello de anti-moderna, lo que ha encontrado emuladores en todo el círculo cultural islámico. Esto ha sido particularmente cierto en todo aquello que se refiere al triunfo del secularismo, que ha sido despiadada y cruelmente atacado. Aparentemente podríamos calificarlo de “conservador”.

Pero un examen más detenido nos llama a la prudencia. Aquí no sólo se alude al escalofrío de horror que sacude a Occidente (y, muchas partes del mundo) cuando se piensa en el reinado de los mullahs y ayatholas. Desde luego que no se trata de un movimiento surgido del ámbito de la política, sino que del intento de construir un orden teocrático, en el cual la clase sacerdotal constituya la clase política. Esto ha sido extraño a la tradición occidental, y al conservadurismo moderno, salvo en pequeños grupos. Por otra parte el fundamentalismo, en sus usos políticos, tiene muchos de los rasgos de las ideologías modernas, sobre todo de las de tipo totalitario²⁰. Este vínculo lo devuelve al radio de acción del conservadurismo, pero precisamente a aquel de la “aporía” del conservadurismo, de un radicalismo extremado que destruye por último la posibilidad del sentido de ser un conservador. Si olvidamos su dinámica, se trata de un mero tradicionalismo en el sentido de Mannheim, aunque con fuerza política y social quizás todavía insospechada. Para adelantar una conclusión, hay una idea que hay

²⁰ Said Amir Arjomand, *The Turban for the Crown. The Islamic Revolution in Iran* (Nueva York: Oxford: Oxford University Press, 1988), esp. pp. 94-102, 202-209.

que tener clara cuando hablamos de conservadurismo: éste sólo es posible, es decir, tiene sentido, cuando se despliega dentro del mundo de la historia de las ideas (y sentimientos) de Occidente; cuando es una especie de adaptación al intensificado cambio histórico en que consiste el mundo moderno; cuando no pretende establecer una arquitectura final e inamovible, sino recordar ciertos fundamentos y límites.

Conservadurismo y arte moderno

El eclipse del arte religioso en el mundo moderno denuncia un signo anti-conservador en el arte moderno. También éste, especialmente en las vanguardias estéticas (ca. 1890-1930), muestra los rasgos de una religión sucedánea. A veces la obra de arte ha pretendido ser en sí misma una suerte de hierofanía, de vehículo de la trascendencia. En su exclusividad podría ser considerada como parte de la sensibilidad moderna profundamente anti-conservadora, y el público conservador ha experimentado una instintiva desconfianza —hoy más escasa— hacia el arte moderno, sobre todo porque lo interpreta como desfijación de la realidad.

Pero esto no alcanza a ser toda la historia. Antes de 1914, el tipo del esteta, del *dandy* y de mucho intelectual sería por antonomasia conservador, a veces un *poseur* reaccionario. Existe un horror frente a la revolución, como síntoma de fealdad, masificación, vulgaridad. Oscar Wilde puede ser considerado aquí un ejemplo, sobre todo en su obra *El alma del hombre bajo el socialismo* (1891), un ensayo de valor perdurable. Después de la Primera Guerra Mundial la situación cambió. El “intelectual comprometido”, es decir, de izquierda o, más genéricamente, progresista, será una figura típica del mundo político. Pero existe alguna aproximación entre grandes artistas y posiciones conservadoras. Dejando de lado las extravagancias de un Dalí, y quizás las de Ezra Pound, en T. S. Eliot hay un ejemplo interesante²¹. Dejó huella en una serie de ensayos; pero también se le puede ver en esta perspectiva en su obra poética cumbre, *The Waste Land* (1922). En este contexto hay que interpretar la crítica antimoderna del modernista Fernando Pessoa (1888-1935), poeta y ensayista cumbre del Portugal del siglo XX; sobre todo, esto está presente en su milenarismo sebastianista. D. H. Lawrence, al que ya se mencionó, puede ser puesto en

²¹ Carlos Iturra, “T. S. Eliot: Un revolucionario conservador”, en *Estudios Públicos*, 48 (primavera 1992). Sobre Pessoa agradezco la oportunidad de haberlo leído gracias a que he dirigido una tesis de licenciatura acerca de su visión de la historia, escrita por Aylin Joo Liem, en la Universidad Católica de Chile.

esta constelación, en sus ensayos, sobre todo, pero también en sus novelas, aunque es más cercano a la sensibilidad de la Revolución Conservadora. Un escritor singularísimo como Ernst Jünger también se le puede, en parte, ubicar en esta región del espectro político, al menos en su obra madura, la que inicia en términos políticos con *Los acantilados de mármol* (1939); un ejemplo especial es la antología de Rivarol que publicó en 1955, provista de un prólogo que debería ser lectura obligada de todo aquel interesado en el pensamiento conservador²².

Como en este fin de siglo podría parecer todavía extraña la vinculación de creador artístico y conservadurismo, se debe efectuar una última reflexión. Desde luego hay que poner énfasis en que la creación artística, en mayor medida aún que el pensamiento, tiene algo irreductible a toda interpretación política. Salvando esta verdad básica, se pueden nombrar dos razones de por qué es posible este vínculo. En primer lugar, el artista comparte con el conservador un temor frente a la vulnerabilidad en que se encuentra —en la sociedad de masas— lo original, lo superior, la aristocracia del espíritu. No se trata de un temor que se dé sólo en la sensibilidad conservadora (algo de esto existe hoy en día en el “post-marxismo”), pero en el siglo esto se ha dado más como un rechazo conservador a rasgos de la sociedad moderna. En segundo lugar, en la búsqueda de un código íntimo de la “realidad”, desconocido para la gran masa y del que la obra de arte es una representación, el artista a veces cree hallar un mundo más verdadero, frente al cual todo intento racional, asociado a la Razón moderna, no hace más que atentar contra una esencia humana. Este tipo de comprensión del arte no constituye necesariamente de por sí una visión más depurada, más verdadera, de la realidad. Pero es una de las posibilidades.

Criterios para decidir: ¿Qué conservar?

De todo lo dicho anteriormente resalta de inmediato un problema, esto es, la dificultad de ser conservador cuando en cada generación cambia esa realidad difusa de “lo que hay que conservar”. Y las nuevas generaciones, sobre todos los jóvenes, esgrimen la pregunta como un estilete: ¿qué hay que conservar? Esto es más patente en nuestros días; durante el siglo, en cambio, las grandes conflagraciones político-ideológicas mostraban a muchos que no daba lo mismo ésto o aquéllo. En los años noventa —que algunos de manera *fashionable* llaman “post-modernos”, pero que no es

²² Ernst Jünger, *Rivarol* (Frankfurt/M: Fischer Bücherei, 1962; original, 1956), pp. 7-57.

sino otro dilema de la modernidad—, salvo en asuntos como el aborto, la tensión carece de rasgo dramático y pocos creen que existe un asalto al sistema establecido. Aquí se darán algunas ideas que pueden enriquecer el criterio con el que un conservador puede enfrentar aquella pregunta, pero en ningún caso se aspira a establecer una teoría general del conservadurismo, para lo cual el lector deberá aproximarse a la literatura ofrecida en las notas. Una observación preliminar: el conservador no puede responder todo. Sólo tiene un tipo de respuestas, aquellas que se refieren al orden social y a la cultura cuando se encuentra con una crítica radical al orden establecido.

El conservador y el mundo moderno

Por ello, en primer lugar hay que insistir en la afirmación con que comenzó esta conferencia, y que probablemente no todos los conservadores que ha habido la aceptarían: el conservadurismo es parte del mundo moderno y es completamente incomprensible o incluso amenazador fuera de él. El conservadurismo toma una posición crítica hacia el mundo moderno, sin desconocer que hay otro tipo de críticas que las puede o no compartir. Pero el conservadurismo adquiere conciencia de sí mismo en la medida en que es un comentarista vital del desarrollo de ese mundo moderno, y por eso también es parte de su dinámica. No pertenece a ella sin embargo de manera pasiva; su labor y su misión es encauzarla de modo que no se aleje, no tanto de los modelos de antes del “tiempo-eje”, sino de la experiencia histórica y de la salvaguardia de la civilización abierta que se ha dado en Occidente, y en sus valores que pueden ser compartidos (y re-creados) en otras zonas culturales del mundo. Su puesto vital se encuentra en la tensión creada por el mundo moderno y no en un orden más allá de él; tampoco en uno antes de él.

Su existencia sólo adquiere sentido como observador de los experimentos que se da en aquél, y para ésto tiene a su disposición la herencia del pensamiento conservador, el que por supuesto no puede ser encerrado bajo el rótulo de “escuela”. Esta tarea pone al conservador cerca de dos soluciones contradictorias y fatales. Puede sumergirse en el mundo moderno, de modo de confundirse con él, mas lo hará con lo que aparentemente es éste, ya que el mundo moderno es una síntesis cambiante y no una esencia fija. Puede también tomar otra ruta ciega, la de aislarse en un *Bunker* y diseñar una sociedad ideal, la única a la que manifiesta respeto, en una actitud que se parece demasiado a la de las utopías constructivistas y a la del *poseur*. Al final de la ruta sólo representará una voluntad de poder, pero no la palabra

de la razón histórica, de la prudencia y de la esperanza que de él debe aguardarse. No, el conservador tal como lo señaló Oakshott en el texto ya citado, no se define por estrellarse contra un muro de concreto que sería el mundo moderno. Lo que busca es una adaptación al mismo que no sea una simple aceptación de lo nuevo. En otras palabras, la *prudencia* es una de sus virtudes cardinales, la que no impedirá en casos excepcionales efectuar una defensa, hasta el último hombre, en los “puestos de avanzada perdidos” (Ernst Jünger), pero para el cual su Norte será la supervivencia de valores e instituciones en medio de las circunstancias cambiantes.

De esta manera el conservador no se confundirá con la “defensa social”, esto es, la defensa de “intereses de clase”, ya que ello lo reduce a la categoría de simple reaccionario, o de mero *poseur*, en todo caso siempre patético. La lucha de clases ha sido una bandera de la persuasión marxista, alcanzando un carácter de política mundial. Pero ello es resultado de la economía moderna y de la Revolución Industrial, que aproximó a las clases de una manera antes inimaginable; de ahí que el deseo político dio un salto y abrió paso a la idea de borrar toda diferencia social, ya que cuando los hombres se ven más como iguales aparecen a la vez más visibles y chocantes las diferencias. Sin embargo el precio horrendo de estas argumentaciones no debe hacer perder de vista que un conservador no puede defender la diferencia social en sí misma. Su planteamiento será construido de tal manera que dentro de su persuasión se podrá encontrar un multiclassismo, sin perder de vista las ideas de autoridad, tradición, jerarquía. Sabrá que precisamente ese mecanismo económico le permite deslindar estas constantes necesarias de una antigua relación con la diferencia socio-económica.

Su primera autoconciencia sigue siendo la misma: crítica al liberal de cuño “duro”, el de la fe impensada en el progreso, que puede encontrarse tanto en la izquierda (hasta hace poco) como en la derecha (como ocurre más ahora). El conservador no niega el progreso, sólo que las circunstancias de la historia le ordenan poner una cuota de escepticismo, y hacer ver que junto con los defectos, el proceso histórico en su cambio permanente puede sepultar también las ganancias de los hombres. En el giro de la rueda de la fortuna, como en este fin de siglo en el que en ámbitos intelectuales se presenta como *chic* desdeñar el mejoramiento material, tendrá en cambio que poner énfasis en la idea de que sin una actitud de disciplina material se puede venir abajo el orden social. Esta paradoja no será lo más importante de su definición, pero no será incoherente con la distancia frente al principio progresista. Tras esto se da una concepción antropológica más bien escéptica, si bien no necesariamente pesimista. El conservador tiene más bien clara conciencia de las limitaciones del ser humano, y por eso opera con tranqui-

lidad cuando se halla en la cercanía de instituciones y usos probados, como la tradición, la familia, el suelo nutricio, eso que Burke llamó los “prejuicios” y que Robert Nisbet entiende justamente como “tradición”²³. Si la familia aparece en estos días en el centro del debate, el nacionalismo (o patriotería) se diluye como lealtad del conservador, y de cualquiera. Sin embargo, ¿existe orden social sin un vínculo comprometedor con la sociedad, esto es, el pacto entre los muertos, los vivientes y los que están por nacer, como dice Burke?

El conservador ha creado parte de este mundo moderno, y esto le parecerá digno de defensa. Uno de sus frutos es la síntesis liberal-conservadora a la que antes se aludió. El conservador se une al liberalismo cuando éste contribuye en condiciones no atomizadas ni atomizantes para la individualidad. La mayoría de los conservadores —y en todo caso el conservador posible y deseable en nuestros días— han tenido como modelo a la persona fuerte. Una parte esencial del liberalismo ha perseguido lo mismo, lo que creó el presupuesto de la síntesis. De esta manera la persona y las instituciones pueden crear un espacio que concite la acción política y social que expresan a sensibilidades y movimientos conservadores. Para éstos es decisivo el entorno histórico y las formas que hacen posible el despliegue de la persona; el liberal afirma su originalidad y desarrollo no sometidos necesariamente a normas rígidas, pero la experiencia histórica les hizo ver que ello era insuficiente.

Dilemas ante el cambio, la excentricidad y la persona

El *quid* de la actitud del conservador es su postura frente al cambio. El conservador inicia su trayectoria al defender una tradición. Pero como ésta cambia, se produce el dilema de qué defender, “qué conservar”. Aceptar el cambio como tal lo puede llevar por el camino del nihilismo; defender el modelo ideal a cualquier costo, lo conduce a la misma aporía. El conservador afronta la historia partiendo de raíces; no es que no pueda criticar estas últimas, pero está provisto de una *prudencia* que le hace saber que ello no puede llevarse hasta las últimas consecuencias y mantener la impunidad. De esta percepción carecen el revolucionario y el progresista radical. También el conservador tiene que advertir acerca de las trampas de la historia. En este fin de siglo se ha vuelto *fashionable* afirmar la falta de todo sentido

²³ Robert Nisbet, “The Restoration of Authority”, de su libro *Twilight of Authority* (1975). Aquí está citado de Russell Kirk, ed., *op. cit.*, p. 656.

de la historia y celebrar la negación más rotunda del antiguo credo progresista, a veces, incluso, por los mismos nietos de la Ilustración. Un conservador no encontrará particular regocijo en este hecho; atisba de inmediato que en la negación del sentido de la historia no se encuentra la afirmación de derechos particulares, sino que embozada —aunque muchas veces inconsciente— se anida el llamado a la *struggle for life*, a la guerra de todos contra todos y, desde luego, la crítica corrosiva contra toda institución. El triunfo de una postura de este tipo en el alma del hombre puede hacer evaporar el suelo sobre el que asienta toda civilización posible. El corolario obvio de una situación como ésta va a ser cursar un telegrama de auxilio a Mr. Hobbes para que traiga su Leviathan, el que en ese panorama de vacío aparecerá de todas maneras.

Dicho esto, sin embargo, el conservador puede permitirse algunas licencias que bien miradas pertenecen a su universo. La misma defensa de la tradición no debe carecer de una nota escéptica e irónica, ya que de otra manera se estaría afirmando la perennidad de las construcciones históricas; funcionaría como legitimación ideológica de una mera estructura de poder. No han faltado los pensadores conservadores que han afirmado esto último; sin embargo, si se defiende que parte del postulado del conservador es la defensa de la persona, no se podrá afirmar sin más una lógica hobbesiana. Digo esto como introducción a un simple enunciado, y es que el conservador también puede esgrimir como preocupación conservadora la transgresión, la defensa de lo insólito, las exploraciones al borde del abismo, en ciertas experiencias estéticas e intelectuales, por ejemplo. Quizás se pueda expresar en una frase: el conservador defiende la excentricidad como tesoro codiciado, ya que es la única manera de conservar un mundo acogedor, atributo de lo digno de conservarse (valga la redundancia). Es esta posibilidad la que ha establecido el vínculo entre conservadurismo —aunque generalmente radicalizado— y las vanguardias estéticas antes aludidas. Esto no constituirá un elemento central de su persuasión, y por supuesto es un motivo que comparte con otro tipo de posiciones.

Se trata de un camino peligroso, y habrá que renunciar decididamente a él en circunstancias socialmente dramáticas, sobre todo cuando esta libertad de la persona adquiere rango de finalidad política, cuando se colectiviza. Pero sin esta posibilidad la defensa de la tradición aparece desalmada, como árido ejercicio de soberbia, como tradicionalismo repetitivo en el sentido de Mannheim, que niega la mirada a las fronteras de la vida. La tradición también debe incluir la libertad personal, la privacidad irrenunciable y su interioridad. La aceptación de esta particularidad se diferencia de la que podría efectuar un liberal/socialista (un tipo más antiguo que lo que

comúnmente se piensa), por ejemplo. En este último, el postulado es parte de una constelación ideal de la sociedad; el conservador (o *nuestro* conservador) en cambio lo afirma como experiencia que tiene a sus espaldas un orden sólido, fundamento que a él le permite la extravagancia.

Caras de la diversidad

El conservador generalmente ha defendido la diversidad. Es la riqueza local la que, en esencia, nutre de densidad cultural aquellas esferas que le dan un escudo protector a la personalidad individual; entre ellas han sobresalido las “libertades locales”. Esto, el argumento clásico de la síntesis liberal-conservadora en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría, no es menos urgente en nuestro mundo, todavía cada vez más definido por la “sociedad de masas”. La diversidad no consiste en el mero pluralismo de formaciones sociales, sino que también de usos, costumbres, las tablas de la ley de cada tradición. El conservador sabe que el catálogo del bien y del mal se puede intuir, pero no se puede codificar en un recetario universalmente válido en cualquier circunstancia de tiempo y de lugar. A la vez debe saber que en situaciones extremas sí debe establecer de manera expresa la jerarquía entre el bien y el mal. Aquí debe caminar por el estrecho desfiladero de las contradicciones, que le son connaturales, ya que aunque no puede renunciar a que parte de su lenguaje sea ideológico, no se puede confundir con el árido e insensible doctrinario, presto a establecer la utopía de la “ciudad final” en el reino de la inmanencia. Esta posición, que saca fuerzas de las contradicciones que reconoce como tales, se diferencia drásticamente de la de un liberal hedonista, por poner un ejemplo. Para éste las contradicciones son simples superposiciones de experiencias, a la que se les dará curso llegado el momento, cada cual a su turno. En el conservador la contradicción estará marcada por el carácter trágico, que es un signo de su libertad interior.

Esta defensa de la libertad no debe confundirse con la tranquila toma de partido por el “multiculturalismo”, al menos en sus rasgos más extremos, hoy tan en boga por la irradiación de la cultura anglo-sajona en EE.UU. Esta posición aparece muy teñida de un sospechoso carácter de moda, y no exento del factor de “invento de la tradición”. No es la invención que surge espontáneamente en la historia, sino que la de grupos que se aprestan a desconocer un vínculo común del cual es testigo la propia semántica que los anima; en este sentido llevan a la erosión del mundo de valores políticos y sociales en el cual el conservadurismo adquiere sentido. Por otro lado el multiculturalismo, como introspección de una comunidad en el rescate —y

hasta cierto punto “reinvención”—de formas tradicionales, puede enriquecer las capas de la vida social que al conservador le interesa fortalecer. En realidad, el conservador defiende credos y tradiciones. Como éstos cambian, aquél debe definir en cada momento histórico qué ideas y usos hay que defender. En este sentido la tradición que el conservador defiende no carece de un elemento “constructivista”, racional, ideado. Esto forma parte de las creencias conservadoras y no se debe negar, sin que por ello se deje arrastrar o inclinar ante cualquier construcción o “ingeniería social”. Esto es tan cierto hoy como ayer, con el pasmoso desarrollo de la ingeniería biológica, que una vez más ha afirmado —por si hacía falta— la ambigüedad inherente a la idea de progreso en la historia.

El puesto del orden material

El conservador tiene también una relación ambigua con la producción material que acompaña a la vida humana. Se le ha llamado “capitalismo”, “sociedad industrial”, “economía de mercado”, “desarrollo de las fuerzas productivas”... Se le ha supuesto un cómplice solapado de este fenómeno; a veces lo confiesa públicamente. Es la frialdad inherente al desarrollo económico lo que provoca este malestar, al menos en una primera mirada. Algo se dijo al ver la relación entre neoliberalismo y conservadurismo. Para repetir una idea de otra forma, el conservador tiene claro que mientras en general debe defender la economía de mercado, ella no es suficiente para proteger el orden social, ni menos para salvar al hombre. Pero se presenta en el horizonte de nuestra era (y no sólo después de la Guerra Fría) como un presupuesto que el conservador debe cuidar. Sin embargo, en el siglo XX no ha habido entre conservadores unanimidad para apreciarlo en este sentido. La síntesis liberal-conservadora se ha acercado a veces a estilos dirigistas, planificadores. La Revolución Conservadora estaba manifiestamente en contra, en cuanto que era “anticapitalista”. Frente a esta situación, el conservador debe anotar que aunque ha habido complementos —la mayoría de ellos culturales, “espontáneos”— a la economía de mercado, los modelos patriarcales, corporativistas o de “socialismo limitado” (que algunos conservadores han defendido) han resultado o en un fracaso económico o en una careta sin mayor valor. Con todo, el malestar del conservador no se origina en un mero pudor superficial. Existe una movilidad e inmaterialidad en el mecanismo de producción de bienes de la economía moderna que muchas veces se parece al rostro huidizo e impredecible del nihilismo de nuestro siglo. El rango, la jerarquía y la fidelidad a un oficio (y un lugar, un sistema de

relaciones, un pasado que es a la vez una orden de los muertos), a veces la misma familia, todas formas de vida que el conservador acaricia como tesoro, se disuelven en figuras continuamente cambiantes, y en ese carácter son aplaudidas por los anunciadores de este sistema. Más aún, la economía de mercado puede arrasar con la autonomía local, sobre todo si está cargada de entusiasmo transformador (lo que no siempre se deja justificar por causas puramente económicas). Las libertades y tradiciones locales han sido siempre un bastión de defensa de los conservadores, ya que sin ellas les parece que la sociedad libre no tiene sentido. Estos argumentos, ¿debilitan a la economía de mercado como una de las banderas del conservador moderno?

Hay argumentos que sin invalidar del todo lo anterior, lo colocan en una perspectiva diferente. El conservador siempre ha defendido la propiedad y el afán de mejoramiento material como parte de sus objetivos. El nacimiento de la economía moderna significó un cambio relativo en las cualidades de la propiedad. Se debilita la permanencia y el arraigo; se acrecienta la velocidad del cambio y la necesidad de adaptación. Quizás no existe en lo moderno más que una diferencia de grado. Esto no hace más que redoblar la misión del conservador de calibrar con mayor rigurosidad la adaptación al cambio. La antigua noción de propiedad —fundamentalmente la de carácter feudal— tenía que ver con la protección, pero no desconocía el mejoramiento material, aunque se lo percibía como incierto. La nueva forma de propiedad, más abstracta, se desprende de una de las *posibilidades* que ofrece lo moderno a muchos sectores de la humanidad, la de escapar de las garras del “estado de necesidad”; este tipo de propiedad no debe ser menos un baluarte conservador, siempre que no se pierda la antigua noción de protección. Esta última no va unida al “estado de bienestar” en sí. La protección implica adaptación, y la sociedad industrial ha hecho conscientes a los hombres de la mejor manera de obtener una protección inexpropiable: la educación. Otro presupuesto es que esto no se entienda como un derecho pasivo, sino como una forma de despertar las energías latentes. Sólo debe ser receptor pasivo aquel que, temporal o definitivamente, está incapacitado de ayudarse a sí mismo. Con todo, la economía de mercado lleva consigo la tentación de abrir incesantemente el apetito, de modo que lo que en un momento es definido como superación del “estado de necesidad”, en el momento siguiente se le encuentra todavía sumergido en él. Bien miradas las cosas, aquí nos encontramos con un rasgo de la condición humana, y por ello la economía de mercado podría no hacer otra cosa que destacar una dinámica antropológica. Organizar socialmente la definición de lo “necesario”, o bien entraba el proceso económico, o requiere de un orden totalitario. Para que la civilización se consolide en ese sentido, sólo parece posible

seguir el consejo de Solzhenitzyn: la autolimitación. Para ello se requiere del hombre libre que el conservador puede ayudar a formar, aunque no lo pueda representar en su totalidad.

La familia, lo público y el orden social

La defensa de la propiedad y del sistema de producción que la hace posible se conecta con otro de sus temas, el de la familia. Nuevamente, la conservadora no es la única perspectiva que la defiende, pero está dentro de sus tópicos favoritos, aunque el acento cambie con el tiempo y el lugar. También la familia ha ido cambiando con la historia, aunque quienes creen que ello permite cualquier mutación se ven desengañados rápidamente al siguiente recodo de la vida. La familia es una de las células que, de perder toda autonomía —o existencia—, evapora uno de los primeros fundamentos de la libertad (y de la posibilidad de un particular “estilo de vida”) y, después, del orden social. Este último abruma, y la persona descansa en el regreso al fuego hogareño. Por ser una célula tan básica, también puede ser el origen de conflictos desgarradores, y en última instancia, a pesar de la familia habrá una zona de soledad y abandono para el ser humano, donde éste debe jugarse en sí y por sí mismo. El conservador sabrá apreciar esta soledad. Con todo, si ha de haber flexibilidad discreta para algunos, no puede haber sustituto final a la existencia de la familia.

Por otro lado, su afán por defender un orden social que va más allá de la familia le debe preocupar para que la sociedad en su conjunto no sólo defienda a la familia, sino que también, quizás más importante, ponga a la familia al alcance de la toma de decisiones frente a todo aquello que afecte su vida, y para que el conflicto se resuelva en el foro público. Aquí llegamos a otro problema que se le presenta al conservador. Hace un par de siglos los conservadores, como Rivarol y Burke, desconfiaban de la sociedad “discutidora” (parafraseando a Carl Schmitt). Hoy día, con el eclipse de lo público como foro de intercambio entre hombres libres —especialmente en nuestras sociedades iberoamericanas—, este rasgo de la política moderna se convierte en una suerte de institución a la que el conservador debe acariciar. Sin esta esfera no aparecerá una autoridad todopoderosa y omnisciente, sino que se impondrá el *struggle for life* simple y carente de inspiración.

La defensa de la familia y de la propiedad, para la autonomía material de ésta, explican uno de los grandes paradigmas del conservadurismo en política: el sistema monárquico. De hecho, el conservadurismo nace como defensa de aquél. No es extraño que por milenios se haya visto en la

monarquía la representación del orden social, ya que en sí misma aúna familia y propiedad con un sentido extensivo a todo el sistema social. En nuestro tiempo ello no puede ser bandera de los conservadores, salvo de manera limitada en algunos pocos lugares. Pero el entusiasmo que despiertan las “testas coronadas” no se debe a un puro *snobismo* (es decir, arribismo), sino que también entra en juego una cierta nostalgia inmaterializable por esta vinculación entre familia, propiedad, fidelidad personal y orden social, por la que el conservador tendrá respeto pero a la cual dedicará poco tiempo²⁴.

Liberales y socialistas —muchas veces, una combinación de ambos— han tenido un puesto de avanzada en el llamado a la constitución de lo público, más o menos vinculado a la idea del “orden social”, sobre todo los primeros en este último sentido. Pero los conservadores tienen un puesto privilegiado, hasta ahora reservado pero no exclusivo, en la defensa de una de sus dimensiones, lo que aquí se ha llamado “suelo nutricional”, la fidelidad a una sociedad y una tradición, ambas en un sólo impulso de entrega aunque sin llegar al punto de encapsularla ante el desarrollo histórico. Es esta orientación hacia la “patria”, en su sentido más original, la única que puede evocar en el hombre una responsabilidad y participación en lo público que no se origine en un mero interés calculable; es lo único que lo define en momentos de crisis (¿no es el conservadurismo esencialmente una posición ante la crisis?), de la que no lo salvan las argumentaciones más inteligentes, por sofisticadas que sean. El conservador, a la vez, sabrá que esta defensa pierde sentido sin sus otras referencias, las sociedades intermedias y la familia o, en su defecto, las lealtades individuales: la amistad y el amor. Aquí está la barrera que hace del conservadurismo una defensa ante el nihilismo; si la defensa se convierte en meta todopoderosa, “cruza la línea” y se convierte en nihilismo.

Fuerza y debilidad del argumento conservador

El conservadurismo ha tenido una dificultad permanente para explicarse a sí mismo, tal como se planteó al inicio de esta conferencia. Pero el conservador no se debe abrumar por esta realidad, ya que es parte de su fortaleza. El conservadurismo no es una construcción total de la realidad. Se trata de manifestar una inquietud ante los hechos, e intenta dar criterios de

²⁴ Georg Quabbe, *Tar a Ri. Variationen über ein konservatives Thema* (Berlín: Verlag für Politik und Wirtschaft, 1927). El título proviene de un dicho irlandés, “Venid oh Rey”. La obra de Quabbe, sepultada en el olvido, es sin embargo un ejemplo sobresaliente de cómo un conservador tradicional se abre a aceptar, no sin dolor ¡y en plena República de Weimar!, lo que aquí se llama la “síntesis liberal-conservadora”.

conducta en la eterna pugna entre el orden y la libertad. Ésta podría ser considerada por el conservador como una suerte de metáfora de la condición humana en lo relacionado con el orden social, y sabrá que no puede —ni debe— decidirse de manera irreparable por ninguna de las dos. No aspira a una respuesta total, ya que para ello mejor, en otro tiempo, se hubiera convertido en marxista. Entre sus prioridades está la defensa de la espontaneidad —en cuanto original, afincada, probada por el tiempo— de la individualidad personal y social, y en este sentido es un pensamiento concreto frente al pensamiento abstracto, como lo dice Mannheim. Entonces no podrá ofrecer una respuesta a cada faceta de la vida, multifacética por definición; no posee un credo universal aunque tiene la convicción de que se orienta a fundamentos perennes.

La defensa del conservador no se puede apartar de la historia concreta, y ésta a su vez consiste en cambio, en creación, en transformación. No hay historia sin una cuota de arbitrariedad, de construcción, aunque no de “constructivismo”. El conservador lo aceptará y lo adecuará, y en algunos casos lo rechazará, pero no será un censor universal, ya que puede caer en la trampa utópica, la creencia que tiene bajo la manga la carta de la respuesta universal; en este caso el conservador dejaría de serlo. Aceptará que otras persuasiones tienen respuestas más válidas en este o en aquel tema, y entonces tratará de pensarlas mejor que su contraparte. Sólo dará un rotundo “no” en las ocasiones —que no pueden ser demasiadas— en que considere que algún fundamento se encuentre amenazado.

Como persuasión política, el conservadurismo puede ser eficaz sin existir como movimiento político. Actúa por medio de la meditación que ofrece a los hombres públicos y a la opinión pública. Al conservadurismo, en muchos casos, le es más que suficiente con ser una barrera frente al nihilismo. Aquí existe otra razón adicional para no caer en la tentación utópica que disuelve lo inexplicable en que consiste el hombre. El conservador se ve sometido a un reto que pone en tela de juicio la conservación de un vínculo con el pasado, como podríamos considerar la aparición de lo moderno. Sólo que ser conservador, como se ha dicho, no es ser necesariamente anti-moderno, sino que es una de sus expresiones. Pero se trata de una percepción que divisa la amenaza que significa el llamado a la adaptación constante, inmeditada.

Conservadurismo, nihilismo y misterio

Un escritor ajeno al conservadurismo ha definido este reto con una imagen penetrante. Al reflexionar sobre el sentido de la muerte y del duelo

que a ella le sigue, Joseph Roth, en *Radetzky marsch*, describe dos actitudes opuestas. Antes de la Gran Guerra (1914), cuando una persona era “borrada de la comunidad de los vivientes, no ocupaba otro inmediatamente su lugar para olvidar al muerto”, sino que se establecía un vacío de modo que por largo tiempo se podía percibir la ausencia como un modo de presencia. “Todo lo que crecía, requería de mucho tiempo para crecer. Y todo lo que desaparecía necesitaba largo tiempo para ser olvidado. Todo lo que había existido dejaba huellas tras de sí y entonces se vivía de los recuerdos, como ahora se vive de la capacidad de olvidar rápida y decididamente.” Aquí se describe el vértigo de lo moderno al que ni el mismo conservador se puede sustraer. Se trata de una experiencia que todavía le era desconocida al conservador del siglo XIX, ya que retrata mejor la experiencia del siglo XX, y que todavía se siente, cada vez con mayor velocidad, en este fin de siglo. El conservador, como parte de su contención del nihilismo, no debe ni arrojarse a los brazos del cambio incesante, ni encerrarse en el código imaginario de un orden perfecto e inmutable. En el primer caso es un acólito de fuerzas de las que ni sospecha su vacuidad; en el segundo se convierte en un doctrinario utópico, ya que actuaría sobre la repetición formal de un rito y no sobre su magia evanescente. En ambas posibilidades no haría más que ser herramienta del nihilismo. En cambio su esfuerzo será creativo si acomete la empresa no fácil de tender un puente entre ambas experiencias, y mostrará una superioridad intelectual sin cerrar sus oídos a las voces de persuasión alguna, pero convencido que deben ser purificadas por las redes de la experiencia histórica.

En esta empresa el conservador se ve apoyado por otra de sus cartas de triunfo, la relación que sostiene con un substrato impenetrable, pero del cual emana una fuerza poderosa. Muchas veces se lo define como el vínculo con las religiones tradicionales, y quienes se inspiren en éstas defenderán comprensiblemente su carácter insustituible (catolicismo, protestantismo, cristianismo ortodoxo, judaísmo; en las condiciones antedichas, el islamismo) para inspirar un pensamiento conservador. Pero es algo definitivo que la sensibilidad y el pensamiento conservadores se dan en el seno de diversas confesiones, y más de algún gran pensador ha sido reacio a identificarse con cualquiera de ellas. Pero lo que le es común a todos ellos y a la mentalidad conservadora en general, es que aceptan que la prudencia y la convicción que lo acompañan se afincan en un sustrato que se lo debe llamar simplemente lo “misterioso”. Esta fuente le otorga la confianza de que la inspiración proviene de una sabiduría superior, de una comprensión de lo humano que le señala lo posible pero que también preserva en el hombre una esperanza en lo imposible. Así, quizá, se puede interpretar desde una mirada

conservadora la palabra de Goethe (“Das Göttliche”), de que el ser humano alcanza “lo imposible”: distingue, elige, dirige, y le otorga perdurabilidad al instante.□

EXPOSICIÓN BREVE DE LA METAFÍSICA ARISTOTÉLICA

Alfonso Gómez-Lobo

Durante más de dos milenios la filosofía estuvo organizada como una estructura jerárquica cuya cúspide estaba ocupada por la metafísica, una disciplina privilegiada encargada de establecer las verdades primeras y fundamentales. En nuestro siglo, esta disciplina ha sido declarada ininteligible por el positivismo lógico y considerada “superada” por diversas formas de heideggerianismo y postmodernismo. Por último, su carácter supuestamente patriarcal la ha transformado en blanco de distintas formas de feminismo. Sin embargo, entre algunos cultivadores contemporáneos de la lógica modal (por ejemplo S. Kripke) ha habido un desarrollo inesperado: a partir de ciertos refinamientos lógicos se ha vuelto a la idea de que las cosas poseen algunas propiedades necesarias y que su necesidad no depende de nuestra manera de expresar esas propiedades sino de algo que reside en las cosas mismas. Esto equivale a reintroducir la noción clásica de esencia aristotélica. A fin de facilitar el debate contemporáneo se ofrece aquí una exposición de la concepción que marcó decisivamente la concepción tradicional.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO. Ph. D., Universidad de Munich. Profesor de Filosofía de la Universidad de Georgetown. Autor de numerosas publicaciones sobre filosofía griega, entre ellas cabe mencionar su libro *La ética de Sócrates* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989). Sus trabajos “Los axiomas de la ética socrática”, “El diálogo de Melos y la visión histórica de Tucídides” y “Las intenciones de Heródoto” fueron publicados anteriormente en los números 40, 44 y 59, respectivamente, de *Estudios Públicos*.

Aristóteles (384-322 a. C.) propuso por vez primera la idea de la metafísica como una ciencia de todo lo que es (ontología) que culmina en el conocimiento de la causa última del universo (teología). Esta concepción onto-teológica de la disciplina filosófica más alta es la que aparece en la obra aristotélica que conocemos como su *Metafísica* y la que, con diversas variantes, prevaleció en el pensamiento occidental hasta Kant. En estas páginas se exponen los rasgos fundamentales del camino recorrido por Aristóteles al intentar darle una forma precisa a su concepción.

Metateoría

Aristóteles tenía clara conciencia de que en su *Metafísica*¹ estaba exponiendo un proyecto filosófico original. Por eso en ella encontramos con frecuencia afirmaciones sobre la disciplina misma (metateoría) que pueden distinguirse de las afirmaciones acerca de su objeto (teoría).

Las doctrinas más importantes de la metateoría son las siguientes:

(1) La “ciencia indagada” (*episteme zetoumene*)², que en este contexto Aristóteles denomina “sabiduría” (*sofía*), contempla los primeros principios y las causas (982b 9-10). La argumentación que conduce a esta tesis es que en la vida cotidiana llamamos “sabio” a la persona que conoce el porqué o la causa de algo. Además, mientras más remotas de la percepción sensible y abstractas sean esas causas diremos que es más sabio quien las conoce. Desde allí se llega a la noción de que la sabiduría tendrá por objeto lo primero o más universal, aquello que nos dice el porqué de las cosas más particulares.

(2) Un segundo grupo de afirmaciones acentúa el carácter universal del objeto de esta ciencia al decir que es “una ciencia que contempla lo que es (*tò ón*) en cuanto es”, “lo ente en cuanto ente” (1003a 21).

Tanto la utilización del participio *ón* del verbo “ser” (*einai*) como la presencia de la frase adverbial “en cuanto es” o “en cuanto ente” han generado serias dificultades de interpretación. Algunos comentaristas han

¹ La mejor fuente de información sobre las obras de Aristóteles es Flashar (1983), un libro muy importante del cual, hasta el momento, no hay traducción castellana. La presentación de los escritos de metafísica, su contenido y las diversas teorías para explicar su estado actual se encuentra en las pp. 256-262 de dicha obra. En este artículo, las citas de la *Metafísica* van entre paréntesis y corresponden al texto griego editado por Ross (1924). Las traducciones son mías salvo que se indique lo contrario.

² Alfonso Gómez-Lobo (1985).

pensado que la metafísica aristotélica estudia lo que existe (y que, por ende, dejaría fuera a todos los entes de razón, los entes en que pensamos pero que de hecho no existen) y otros han sostenido que según Aristóteles existe un objeto llamado “el ente en cuanto ente”. Ambas interpretaciones son insostenibles.

Los ejemplos que ofrece Aristóteles cuando analiza la noción de lo ente (o lo que es) en el Libro V (Delta), una especie de diccionario de términos filosóficos, son todos ejemplos del uso predicativo del verbo *einai*, vale decir, del uso que corresponde a las afirmaciones que poseen la forma “X es Y”. No hay allí instancia alguna del uso existencial del verbo “ser”.

“Lo ente”, por consiguiente, no equivale a “lo que existe” sino a “lo que es Y” o “el X que es Y”. La frase adverbial por otra parte no modifica a “lo ente” sino al verbo “contemplar”. La disciplina contempla todo lo que es Y, vale decir, todo lo susceptible de ser caracterizado por un predicado y lo contempla no en cuanto es algo específico sino en cuanto puede ser cualquier cosa. La disciplina que restringe su objeto a lo que es en cuanto es móvil, o susceptible de cambio, es la física. La frase adverbial, por lo tanto, reitera la idea de una disciplina de máxima universalidad³.

Aristóteles combina esta doctrina con la anterior diciendo que “tenemos que aprehender las primeras causas de lo que es en cuanto es” (1003 a 31-32), vale decir, la última explicación de por qué las cosas tienen atributos, sean cuales fueren esos atributos. Es esta concepción la que designamos hoy mediante el neologismo “ontología”, una expresión a la que no corresponde ningún término análogo en los textos aristotélicos.

(3) Una tercera línea de metateoría introduce un nuevo nombre, “filosofía primera”, y al contrastarla con la filosofía segunda, es decir, la física, sostiene que el objeto de la primera es “lo separable [de la materia] y lo inmóvil”. No está claro que haya algo que corresponda a esta descripción, pero si lo hay, será lo divino y, por lo tanto, la filosofía primera será teología (*theología*). Si el objeto de la teología no existe, entonces la física será la filosofía primera (1025b 3-1026 a 32).

La introducción de la metafísica como teología genera inicialmente una dificultad. Aristóteles distingue claramente entre sabiduría y ontología, por una parte, y teología, por otra, pero reconoce que aquéllas presentan a la metafísica como una ciencia máximamente universal y que ésta, en cambio, la presenta como una disciplina que se ocupa de la existencia y los atributos de algo particular, de una entidad inmóvil. Aristóteles afirma que la dificul-

³ Alfonso Gómez-Lobo (1976).

tad se soluciona si pensamos que lo divino, por ser una de las causas primeras, tiene un lugar justificable en una disciplina máximamente universal de las primeras causas (1026a 30-31)⁴.

Posibilidad y método

En el desarrollo de su metateoría Aristóteles se pregunta por la *unidad* de la metafísica (y ofrece una respuesta afirmativa), pero no se pregunta por la *posibilidad* de esta ciencia. La actitud escéptica le es ajena. Aristóteles confía en que es perfectamente posible inferir las causas a partir de sus efectos (aunque aquellas no sean perceptibles) e identificar sin error los atributos más universales de lo que es. En el caso de uno de ellos, el principio de no-contradicción (“es imposible que X sea Y y no sea Y a la vez y en el mismo sentido”), Aristóteles argumenta explícitamente en contra de quien lo niegue. No se puede poner en duda este principio porque el más elemental uso del lenguaje lo supone. No sólo afirmar o negar algo requiere la verdad del principio, sino que incluso el reconocimiento de que una palabra tiene un significado determinado (y no otro) está basado en el supuesto de la no-contradicción⁵.

Si bien no hay duda de que para Aristóteles la metafísica es posible, no es fácil decir en qué consiste su método. En muchos pasajes de ontología lo que encontramos es un procedimiento que consiste en lo que hoy llamaríamos análisis lingüístico o conceptual. Aristóteles observa cuidadosamente cómo empleamos ciertos términos, pero no vacila en identificar nuevos conceptos acuñando para ellos ingeniosos neologismos. También encontramos con frecuencia generalizaciones empíricas, sobre todo tomadas del ámbito de la vida. Por último, en su proceder Aristóteles se apoya en los resultados de algunas ciencias, en especial de la astronomía.

La forma adecuada de reflexionar sobre cuestiones de método y de metateoría en Aristóteles es observando el despliegue efectivo de su ontología.

⁴ Natorp (1888) sostuvo que ontología general y teología son estrictamente incompatibles y Jaeger (1923) hizo de esta incompatibilidad la piedra angular de su estudio del desarrollo de Aristóteles. A los pasajes teológicos les asignó una fecha de composición muy anterior a la de los pasajes ontológicos, relegando a un tercer período todo pasaje que reflejara aprecio por la ciencia positiva. El proyecto de Jaeger fracasó no sólo porque el supuesto filosófico es falso, sino también porque en el texto de la *Metafísica* los pasajes de ontología y de teología están íntimamente entrelazados. Con frecuencia se introduce un argumento ontológico para justificar una aserción teológica.

⁵ Para entender este tema conviene estudiar el interesante Libro IV de la *Metafísica*.

Ontología

La primera dificultad que surge de la caracterización de la metafísica como una ciencia de lo que es Y para cualquier valor de Y es que no todos los valores posibles de Y son del mismo tipo. Como dice a menudo Aristóteles: “lo ente (o el que algo sea) se dice de muchas maneras”. No es lo mismo ser un animal o un hombre que ser un color o ser más grande.

Las múltiples maneras de ser esto o aquello las expresa Aristóteles mediante su doctrina de las categorías. Según esta doctrina, cuando tratamos de clasificar lo que hay en el mundo, lo hacemos fijando la atención en los términos últimos o más universales que podemos predicar de un sujeto. De Sócrates decimos que es un hombre, que es un animal, y por último que es una sustancia; de esta mancha decimos que es verde, que es un color y por último que es una cualidad, etc. Por esta vía se llega a diez géneros máximos o categorías. Algo puede ser una sustancia, una cantidad, una cualidad, una relación, un lugar, un momento en el tiempo, una posición, una posesión, un hacer o un padecer⁶. Aparentemente Aristóteles pensó que esta lista es exhaustiva, que no hay nada en el mundo que no pueda ser clasificado bajo uno de estos géneros categoriales.

La distinción más importante entre las categorías es que la primera tiene un carácter fundante: una cantidad determinada o una cualidad determinada sólo pueden ser la cantidad o cualidad de una sustancia particular, sin que valga la inversa. Se da la palidez de Sócrates pero no el Sócrates de la palidez. De allí que Aristóteles distinga claramente entre sustancia y accidentes, es decir, todos los atributos que caen bajo las categorías que no son la primera.

Dada la prioridad de la sustancia, Aristóteles sostiene que una ciencia de lo que es tendrá que ocuparse de lo que es en sentido fundante, vale decir, de la sustancia. La pregunta “¿qué es aquello que es Y, para cualquier valor de Y?” se reduce a “¿qué es aquello que es Y, para aquellos valores de Y que corresponden a predicados sustanciales?” Dicho de otro modo: “¿qué es ser una sustancia?” La disciplina máximamente universal de todo lo que es Y se torna viable al concentrarse en el estudio de todo lo que es sustancia (1028a 10-b 7).

El término “sustancia” traduce la palabra griega *ousía*, una palabra conectada con el verbo *einai*, “ser”, sin que se sepa bien en qué consiste

⁶ *Categorías*, *passim*, especialmente Ib 25-27. En este pasaje la lista incluye diez categorías. En otros pasajes encontramos listas más breves sin que podamos decidir si Aristóteles modificó su posición o se está refiriendo en forma abreviada a la lista más larga.

dicha conexión. El término *ousía* se usa de dos modos distintos. (a) Por una parte aparece como un predicado sin ulterior calificación que aplicamos a ciertos objetos cuyos nombres utilizamos como sujetos gramaticales. Se puede decir, por ejemplo, que Bucéfalo es una *ousía* y que su color blanco no lo es. “Blanco” puede ser predicado de otro objeto, algo que no vale para “Bucéfalo” porque Bucéfalo es un sujeto último de predicaciones. (b) Por otra parte se emplea también el término *ousía* acompañado de un genitivo para designar lo que algo es o lo que hace que algo sea lo que es. En este sentido cabe hablar de la *ousía* de Bucéfalo.

Aristóteles le dedica tres “libros” o secciones de su *Metafísica* (VII, VIII y IX, designados también como los libros *Zeta*, *Eta* y *Theta*) a la pregunta por la sustancia y en ellos procede entrelazando el uso (a) y el uso (b) del término correspondiente.

En primer lugar, conforme al uso (a), Aristóteles pregunta qué cosas son sustancias. La respuesta más generalizada es que los animales y las plantas lo son, así como también sus partes y sus componentes elementales o elementos (fuego, agua, tierra y aire, según la química aristotélica). Pero Platón (y, con algunas variantes, sus seguidores inmediatos, Espeusipo y Jenócrates) sostuvieron que las Ideas y los objetos matemáticos son sustancias en un sentido más fuerte que las cosas sensibles por ser entidades eternas, no sujetas a variación y desaparición (1028b 8-27). Para poder decidir cuál de estas posiciones es la correcta, Aristóteles propone estudiar primero qué es la sustancia según el uso (b).

Hay inicialmente cuatro respuestas posibles a la pregunta por la sustancia de algo. Esta puede ser (i) su esencia (o “lo que era ser [tal cosa]”, según la críptica expresión aristotélica), (ii) el universal bajo el cual cae, (iii) su género, y por último (iv) su sustrato (o lo que yace debajo de ese objeto).

Para decidir entre estas posibilidades, hay que tener presente un modelo simple de la composición de las cosas que Aristóteles propone con frecuencia. Nos pide que pensemos en una estatua de bronce. La estatua misma es un todo, un compuesto; el bronce constituye su materia, aquello de lo cual está hecha la escultura; y su configuración exterior, lo que permite identificarla como una estatua de Apolo (y no de Poseidón), constituye su forma. No hay que olvidar que éste es sólo un ejemplo y que un producto artesanal, según Aristóteles, es una sustancia en un sentido derivado. Lo importante es que las nociones aristotélicas de materia y forma se obtienen por generalización a partir de ejemplos como éste.

Al preguntar si el sustrato es la sustancia de algo, Aristóteles observa primero que la noción de sustrato responde al criterio de sustancia en

sentido (a): algo de lo cual lo demás se predica sin que ello mismo se predique de otra cosa. Si dejamos de considerar o hacemos abstracción de esos predicados resulta que el sustrato último de un objeto es su materia. De la estatua podemos predicar diversas cosas, por ejemplo, que mide tres codos de alto, que tiene un arco en su mano izquierda, etc., pero si aplicamos sistemáticamente la estrategia de hacer abstracción de todas las determinaciones de este tipo llegaremos a un punto en que lo único que queda es el trozo de bronce. La sustancia de la estatua de Apolo sería una informe masa de metal.

Este resultado es insatisfactorio porque el criterio privilegiado para decir que algo es una sustancia es que sea algo individualizable, algo susceptible de ser designado mediante expresiones cuya generalización corresponde a la fórmula *tode ti*, donde la primera palabra es un demostrativo y la segunda un pronombre indefinido: “este/a F”, por ejemplo “este caballo”, “esta estatua”. El bronce por sí solo no permite identificar como *esta* estatua de Apolo al objeto del cual el bronce es un ingrediente. La posibilidad de que el sustrato sea la sustancia de algo, por lo tanto, debe ser abandonada.

Aristóteles examina conjuntamente la hipótesis de que la sustancia de algo sea el universal bajo el cual cae y de que sea su género. Se trata, en realidad, de lo mismo. Esta hipótesis coincide a su vez con la posición platónica: lo que realmente es, no es este caballo sino la Forma genérica *caballo*. En las obras de Aristóteles hay numerosos pasajes en los cuales éste ataca, mediante una panoplia de objeciones, la teoría platónica de las Formas por considerarla fundamentalmente errónea. Dentro de las partes de la *Metafísica* que discuten la sustancia conviene destacar dos argumentos.

El primero de ellos sostiene que, como vimos, una sustancia es un sujeto último de predicaciones. Ella misma no es predicable de un sujeto. Ahora bien, un término universal o genérico es siempre y por definición predicable de uno o más sujetos. “Caballo” es predicable de Bucéfalo y de muchos otros corceles. Por lo tanto, el universal, aquello que corresponde a un predicado o término genérico, no puede ser la sustancia de algo. Un segundo argumento refuerza el anterior: el universal es común, en cambio la sustancia es algo propio y peculiar de un individuo a tal punto que si dos cosas tienen la misma sustancia, dice Aristóteles, serán lo mismo (1038b 14-15).

Con la introducción de este último criterio se ha precisado más el dominio de lo que en definitiva será la sustancia: deberá ser algo que es sujeto de predicaciones, que constituye algo definido, y que, por ser propio de un individuo, es también singular.

Aristóteles le dedica algunas de sus más interesantes y difíciles páginas a la discusión del cuarto candidato al título de *ousía*, a la esencia

“lo que era [para algo] ser [tal o cual cosa]”). La noción de esencia es correlativa a la de definición: sólo tendrán esencia aquellas cosas cuyo *logos* o expresión verbal es una definición. Esto conduce a una detallada discusión de la noción de definición que desemboca en la conclusión de que sólo las sustancias en sentido primario tienen esencia y que no la tienen ni los accidentes ni los compuestos de sustancia y accidente (por ejemplo caballo blanco). El paso siguiente consiste en mostrar que cada cosa es idéntica a su esencia y para confirmar esta tesis el texto de la *Metafísica* incluye un excursus que consiste en tres capítulos (VII. 7, 8 y 9) en los cuales se analizan los procesos de generación tanto naturales como artificiales.

Toda generación o proceso de llegar a ser (i) se debe a la actividad de algo o alguien, (ii) ocurre a partir de un material y (iii) concluye en un llegar a ser algo. Una mesa se gesta debido a la actividad del carpintero, a partir de trozos de madera y llega a ser precisamente eso: una mesa. Lo que hace que sea una mesa y no otra cosa es la forma o configuración que el carpintero le impuso al material. En este sentido, la forma (*eidós*) constituye la esencia de cada cosa.

Toda generación consiste entonces en que un agente sea “causa de la forma en la materia” (1034a 5). En el caso de la generación natural, el agente tiene que ser de la misma especie⁷ que lo gestado. Aristóteles repite una y otra vez que un ser humano genera un ser humano. En las producciones o generaciones artificiales esta regla se cumple también porque el artesano tiene “en su alma” una forma del tipo de la que va a imponer a la materia. El carpintero concibe una forma específica de mesa antes de ponerse a trabajar.

Esta forma es específica y no singular porque podría fabricar dos (o más) mesas del mismo tipo, pero la forma de cada una de las dos mesas es singular y determina un trozo distinto de madera⁸. Aristóteles por otra parte se ha esforzado por mostrar que lo que se genera es siempre el compuesto de materia y forma. Es la materia la que adquiere una forma. La forma misma, la forma de este objeto o de este ser viviente, no se genera. Llega a ser y deja de ser instantáneamente, sin que medie un proceso de generación o de producción (1033 a 2 - b 19).

⁷ Aristóteles emplea la palabra *eidós* tanto para designar la forma como la especie. Este hecho crea algunas confusiones que el contexto a menudo no permite aclarar del todo.

⁸ El problema de si la forma de una sustancia es estrictamente singular y está dotada de propiedades que otras formas de la misma especie no poseen (la posición adoptada en esta exposición) o si es específica en el sentido de que todas las formas de la misma especie poseen las mismas propiedades, salvo la propiedad extrínseca de informar una porción distinta de materia, ha sido objeto de prolongada controversia. Cf. Leshner (1971). Entre los más ardientes defensores de la singularidad de la forma se cuentan hoy Frede y Patzig (1988).

Sin descartar estos resultados, Aristóteles aborda una vez más la pregunta por la *ousía*, introduciendo un criterio adicional para juzgar si la solución es correcta: la *ousía* es principio y causa, vale decir, una respuesta a la pregunta “¿por qué?”.

Para ser filosóficamente útil, la pregunta tiene que ser articulada de una manera precisa. Si preguntamos “¿por qué un ser humano es un ser humano?”, no avanzaremos hacia el conocimiento de algo específico. La respuesta será la misma para todo ente: porque cada cosa es indivisible o indistinguible de sí misma. La pregunta abre nuevas posibilidades si indaga, en cambio, por qué estos huesos y tendones constituyen un ser humano o por qué estos ladrillos y vigas son una casa. En estos ejemplos lo que hacemos es designar un trozo de materia y preguntar por la causa que hace que esa materia sea un objeto de cierto tipo o especie. La respuesta en cada caso es la forma singular: este cuerpo está animado por esta alma, un alma que tiene las capacidades específicas de los seres humanos; este material de construcción tiene esta peculiar configuración que permite que alguien pueda vivir dentro de la estructura resultante.

De todo lo anterior Aristóteles concluye que la *ousía* de cada cosa es su forma. Esta es “la causa primera de su ser” (1041b 28). Esto no significa que la forma produzca la existencia de una cosa. La forma es lo que explica que un X (conjunto de tejidos, conjunto de ladrillos) sea Y (un ser humano, una casa). Todavía sigue pendiente el problema de explicar cómo algo que es X adquiere la forma que lo lleva a ser Y. ¿No será acaso la forma un elemento más de X? ¿O es acaso la forma algo totalmente ajeno a X?

Durante la discusión de la *ousía*, Aristóteles introduce gradualmente otro de los sentidos del ser que distinguió al inicio: ser Y en potencia (*dynamis*) y ser Y en acto (*enérgeia*, *enteléjeia*). Estos conceptos le permiten solucionar algunas de las dificultades generadas por la noción de forma.

La forma no es un elemento material adicional. La forma de la sílaba BA no es una tercera letra, ni es el alma un órgano más del cuerpo. Las letras A y B tienen la posibilidad o potencia de constituir la sílaba mencionada. Si se las pone en el orden BA entonces serán de hecho, en acto, lo que podrían ser: la sílaba BA. Igualmente un trozo de madera puede ser un umbral o un dintel, dependiendo de dónde se lo ponga. Si se lo pone encima de la puerta será un dintel en acto. En este ejemplo la posición constituye la forma (1042b 9-1043a 28). La forma no es del mismo tipo que la materia, pero tampoco le es totalmente ajena. La forma es la realización de las posibilidades inherentes en la materia.

El paso de la posibilidad de ser Y a serlo actualmente es lo que Aristóteles denomina movimiento (*kinesis*)⁹. Este es el tema de la *Física*. En el movimiento hay una pérdida y una adquisición, hay una alteración. Si bajamos el trozo de madera y lo ponemos bajo la puerta, aquel deja de ser dintel y pasa a ser un umbral, pasa a ser otra cosa. En la *Metafísica*, empero, lo que le interesa a Aristóteles es una noción de potencia y acto que trasciende el movimiento, vale decir, que permite comprender un objeto una vez que el movimiento ha cesado. La construcción de una casa es un movimiento. Hay una progresiva actualización de los materiales en cuanto estos son potencialmente una casa. Pero una vez que la casa está terminada, el movimiento cesa necesariamente. En ese momento, sin embargo, se puede decir que la forma actualiza o está actualizando a la materia en un sentido distinto.

A fin de entender la estrategia aristotélica de introducir conceptos ontológicos que luego utilizará en su teología, conviene observar más detenidamente la distinción entre la alteridad provocada por el movimiento y la identidad de la actualización desligada de todo cambio.

Para Aristóteles, como vimos, un artefacto, por ejemplo una casa, es una sustancia en un sentido derivado. Las sustancias en sentido primario son los seres vivos y por eso las instancias de actualizaciones sin movimiento son ante todo ciertas actividades vitales, en especial las que tienen que ver con las facultades psíquicas superiores (percepción, pensamiento). Aristóteles en ciertos pasajes ilustra la distinción mediante un ejemplo tomado del mismo dominio al cual luego la aplica y esto produce cierta confusión.

La ilustración, modificada ligeramente para mayor claridad, es la siguiente: (a) un español o hispanoamericano pertenece a una especie que tiene la *capacidad* para aprender una lengua extranjera, por ejemplo el alemán. A esta capacidad se la puede llamar potencia primera. (b) La persona en cuestión se esfuerza por aprender alemán, toma clases y lo logra. Ahora lo que tiene es una *habilidad* que antes no poseía y la posee aunque durante la mayor parte del día hable castellano. A esta habilidad se la puede llamar potencia segunda, pero en cuanto una capacidad ha sido efectivamente actualizada se la puede llamar también acto primero. (c) La persona en un instante dado efectivamente está hablando alemán. La habilidad está siendo ejercida. Ahora podemos hablar de acto segundo¹⁰.

⁹ En esta parte de la exposición abordo sólo la potencia pasiva. La potencia activa, vale decir, la capacidad de algo para poner a otra cosa en movimiento, aparecerá más adelante. Ejemplos de potencia activa son la capacidad del fuego para calentar y la del médico para curar. Cf. *Met.* 1046a 9-11.

¹⁰ *De anima* 417a; 21b 16.

El paso de nivel (a) a nivel (b), vale decir el aprendizaje, es un movimiento. La persona ha dejado de ser algo que era, ignorante de la lengua alemana, y ha llegado a ser otra cosa. Podría haber estudiado ruso o francés. Hay una alteración. El paso de (b) a (c) en cambio es una actualización en que algo no deja de ser lo que era, al contrario, está siendo plenamente lo que era y es. El individuo que sabe hablar alemán lo es plenamente cuando está hablando alemán. Hay aquí, como dice Aristóteles, un “progreso hacia sí mismo”¹¹.

El movimiento, como vimos, se detiene necesariamente al llegar a su fin porque conceptualmente ese fin no forma parte del movimiento mismo. La actualización, por el contrario, es ella misma un fin. Por esta razón no necesita cesar. Su estructura no lo requiere. No es posible estar construyendo y haber construido la misma casa, pero sí es posible estar hablando y haber hablado alemán.

La aplicación de los tres niveles de potencia y acto a la percepción consiste en mostrar que en el caso de la percepción el paso de (a) a (b) tiene lugar durante la gestación embrionaria: un organismo que podía llegar a poseer la habilidad de percibir llega a poseerla. El paso de (b) a (c) ocurre una vez que el animal ha nacido y de hecho percibe. El percibir no es un mero cambio físico, pero está fuertemente condicionado por el mundo físico: necesita un objeto exterior y requiere de órganos sensoriales en buen estado.

El pensar o inteligir (*noein*), sostiene Aristóteles, es una facultad que no radica en un órgano físico y, una vez que una persona ha tenido acceso a objetos pensables o inteligibles (*noetá*), ésta puede pensar por sí misma¹². En consecuencia, el pensar representa un caso privilegiado de una actualización que no supone movimiento. No hay una transformación física ni hay tampoco un motivo externo para que la actividad cese, como la desaparición del objeto sensible para la percepción. Dejo de percibir un gato, si el gato se va, pero la forma inteligible del triángulo no puede “irse” de mi mente y, por ende, no hay una razón exterior a mi actividad para que deje de pensarlo. Por eso para Aristóteles es motivo de perplejidad no tanto el que a veces pensemos sino, al revés, el que no estemos siempre pensando¹³.

Para la metafísica lo interesante de este análisis del pensar es que confirma la idea de que algo pueda estar en plena actualidad sin estar en movimiento. Como veremos, esta idea jugará un papel importante dentro de la teología aristotélica.

¹¹ *De anima* 417b 6-7.

¹² *De anima* 429a 10; 430a 9.

¹³ *De anima* 430a 5-6.

Aristóteles, luego de distinguir diversas formas de potencia y de acto, argumenta con vigor en favor de la tesis de que lo actual es “anterior” a lo potencial, una tesis que sin exageración podríamos llamar la intuición metafísica fundamental del aristotelismo (1049b 4-1051a 3), Aristóteles rechaza de plano la idea de que las cosas, especialmente las más altas y complejas, como los seres vivos, se hayan constituido “desde abajo” por una evolución de sus elementos materiales.

Lo inferior, a su juicio, no puede ser causa de lo superior. Sus razones para sostener esto son de distinta índole. Por una parte aduce generalizaciones empíricas, como las que veremos en seguida al analizar la prioridad cronológica de lo actual sobre lo potencial. Pero también hay consideraciones totalmente *a priori*. Si por definición lo potencial es lo que puede ser activado y lo actual es lo que activa, entonces si algo aparentemente se actualiza a sí mismo, las definiciones correspondientes excluyen la conclusión de que hay potencias que por sí solas se ponen en movimiento. Lo que cabe concluir es más bien que en lo que se autoactualiza hay algo en potencia, pero hay también algo que ya está en acto. El perro que corre por el prado sin que nadie lo tire o lo empuje lo hace porque uno de sus constituyentes, su alma, está en acto y está por lo tanto en condición de poner en movimiento la capacidad de su cuerpo para desplazarse en el espacio.

Observemos más detenidamente la doctrina aristotélica de la anterioridad o prioridad del acto sobre la potencia (1049b 4-1051a 3). En un sentido estrictamente cronológico y con respecto a un individuo no es verdad que el acto preceda a la potencia. Un animal adquiere la capacidad de ver antes de comenzar a ver, pero la adquisición de la capacidad de ver durante la gestación supone ya un miembro adulto de la misma especie. El padre precede al hijo. Desde la perspectiva de la especie hay siempre un individuo actualizado anterior a los individuos generados por él¹⁴.

Aristóteles defiende también una prioridad epistemológica del acto sobre la potencia. Saber algo es conocer su *lógos* o fórmula definitoria. En este sentido la actualización es anterior a la posibilidad, porque para entender una potencia tenemos que entender previamente la actualización que puede alcanzar. No sabemos lo que significa ser capaz de correr si no sabemos lo que es correr.

Por último, Aristóteles defiende la prioridad sustancial del acto. Al interior de una sustancia, especialmente de un ser vivo, la etapa posterior en

¹⁴ Esta doctrina supone especies naturales invariables y una serie infinita de miembros sucesivos de cada especie, dos supuestos difíciles de aceptar hoy dada la evidencia empírica de las mutaciones y de los numerosos casos de extinción de especies.

el proceso de generación es anterior en el sentido de ser propiamente lo que un individuo de esa especie es. El hombre maduro es anterior al niño porque éste todavía no es plenamente un ser humano. Toda generación se mueve hacia una meta o fin (*télos*), y ese fin es la actualización plena que determina los rasgos del proceso que conduce a ella. Como diría Aristóteles, los animales no ven a fin de llegar a tener ojos sino que adquieren ojos en el proceso de gestación a fin de llegar a ver.

La meta o fin explica un estado de cosas, como la posesión de ojos, porque el fin es aquello en función de lo cual (*tò hou héneka*) se da dicho estado de cosas. La forma, como vimos, también juega un papel análogo al explicar, por ejemplo, por qué un cuerpo orgánico es un animal de una determinada especie. El animal se desarrolló hacia la posesión de su forma y al actualizar sus potencias o facultades esa forma progresa hacia sí misma. Aristóteles concluye entonces que la forma es acto y en el caso de los seres vivos la distinción entre dos niveles de acto le permite aclarar fenómenos como el sueño durante el cual el animal deja de actualizar algunas de sus facultades. El alma, sostiene, es un acto primero, meta de un movimiento y susceptible de actualidad plena en el acto segundo¹⁵.

Si bien el alma de un ser vivo es forma y meta, es decir, su actualización plena, por sí sola no explica el hecho de que ese trozo de materia haya llegado a tener vida. En la jerga del aristotelismo tradicional esto se expresa diciendo que la causa final, formal y material no son las únicas causas. Se requiere además una causa eficiente o, como dice Aristóteles, “aquello del cual procede el movimiento”. Sin un padre no hay un hijo. “Toda actualidad es precedida por otra actualidad en el tiempo”, repite Aristóteles al concluir su defensa de la prioridad del acto en el mundo circundante, pero luego agrega “hasta la actualidad del primer motor eterno” (1050b 5-6).

Con esta reflexión se ha dado el paso de la ontología a la teología.

Teología

La tarea de la ontología, como se recordará, consistía en identificar los primeros principios y causas de lo que es, más concretamente de las sustancias. La investigación de los libros centrales de la *Metafísica* ha llegado a la conclusión de que los principios últimos e irreductibles de toda sustancia son su materia y su forma. La forma singular no se genera. Cuando existe, existe individualmente e inserta en una porción de materia y posee, además, las

¹⁵ *De anima* 412a 3; 413a 10.

mismas características definitorias de cualquier otra forma de la misma especie. Las especies, a juicio de Aristóteles, son inmutables.

La materia, por su parte, presenta dificultades que le son peculiares. En cuanto recibe determinaciones que, por definición son formales, surge el problema de si puede existir materia sin ninguna determinación. Este es el problema de la “materia prima”. Aparentemente Aristóteles se inclinó por una respuesta negativa, pero lo importante es que con la noción teórica de materia prima se llega a otra causa primera, es decir, última, de las sustancias sensibles. Hay en la realidad un sustrato último que explica en parte la constitución de las cosas sin ser a su vez explicado por nada. Es otro dato último de la realidad.

La introducción de la potencia y del acto, como vimos, permite entender tanto el movimiento como la noción de actualización sin movimiento. Ahora bien, las sustancias sensibles ciertamente están en movimiento. Crecen y decrecen, se mueven en el espacio, sufren alteraciones y, por sobre todo, llegan a ser y a desaparecer. El cambio cuantitativo, el movimiento local, las alteraciones y la generación y corrupción (o cambio sustancial) son tipos de movimiento que requieren explicación.

Además de identificar un sustrato subyacente e idéntico y una forma o rasgo adquirido, la explicación del movimiento, como dijimos, exige identificar la causa eficiente que provee el impulso para que la materia adquiera esa forma.

La causa eficiente inmediata es a menudo fácil de identificar (el carpintero que hizo la mesa, el padre del animal), pero el proyecto metafísico pide causas primeras e irreductibles. El trayecto de las causas eficientes inmediatas hasta la actualidad del primer motor eterno que inicialmente es mencionado en forma tan sucinta resulta ser un camino largo y complicado que supone una astronomía geocéntrica y desemboca en un tipo de causalidad diferente del requerido en los primeros pasos.

La Tierra, según Aristóteles, está en el centro del universo. Sobre ella hay una perpetua sucesión de seres vivos que se generan y se corrompen. La perpetuidad exige una causa y también lo exige el que se alternen la generación y la corrupción en lugar de que exista sólo uno de estos movimientos. Por eso Aristóteles afirma que “no sólo los elementos, es decir, el fuego y la tierra, son causas del ser humano, como materia, y la forma particular, sino que todavía hay otra causa, aunque externa, es decir, su padre y más allá de éstas, el Sol y la elíptica, los cuales no son ni materia, ni forma, ni privación, ni de la forma afín, sino causas motrices”¹⁶.

¹⁶ *Met.* 1071a 13-17 (trad. Zucchi, ligeramente modificada).

Este texto introduce la idea de que los procesos vitales del mundo sublunar están causados por dos movimientos celestiales. El movimiento diurno del Sol garantiza la continuidad de los seres vivos y su movimiento “elíptico”, su acercamiento al hemisferio norte comenzando en la primavera y su alejamiento a partir del otoño, explica el renacer y el decaer de la vida respectivamente¹⁷.

El movimiento del Sol a su vez es producido por otro cuerpo celeste. De este modo llegamos a una imagen del mundo como una sucesión de esferas concéntricas cada una de las cuales le imprime un movimiento a la inmediatamente inferior de modo que el problema especulativo de la causa del movimiento en el mundo se traslada a la última esfera, la esfera de las estrellas fijas o “primer cielo”.

Los detalles de la construcción astronómica son difíciles de interpretar¹⁸. Lo que emerge con cierta claridad es que Aristóteles concibe los cuerpos celestes como sustancias eternas, pero obviamente sensibles y en movimiento. Su movimiento es circular porque ésta es la única forma de movimiento continuo e incesante.¹⁹

Aristóteles asocia la idea del tiempo con el movimiento circular de las estrellas. El tiempo es idéntico al movimiento o un atributo del movimiento, por lo tanto si el tiempo no puede llegar a ser ni dejar de ser (no podría haber un momento anterior a la generación del tiempo ni uno posterior a su desaparición), se sigue que existe un movimiento continuo y eterno correspondiente al tiempo y éste sólo puede ser circular. Según Aristóteles, tanto la evidencia empírica como la argumentación *a priori* conducen a la misma conclusión.

Lo que hay que explicar, entonces, es un movimiento circular eterno que a su vez explica los movimientos temporales y limitados del mundo que nos rodea. Lo primero que hay que excluir es que la causa del movimiento eterno sea algo que posee una capacidad o potencia activa, como la del fuego para calentar o la del médico para curar. La dificultad en este caso es que una potencia activa puede actuar, pero puede también no hacerlo. El movimiento eterno requiere que el primer motor esté siempre produciendo

¹⁷ *De generatione et corruptione*, 336a 31b 10.

¹⁸ Hay pasajes que sugieren que las esferas son independientes las unas de las otras y que por lo tanto habría que postular una pluralidad de motores inmóviles. Esto probablemente no excluiría un sistema unificado, pero no sabemos cómo Aristóteles habría argumentado en pro de dicha unificación.

¹⁹ Según Aristóteles, todo movimiento rectilíneo, como el de la Tierra hacia el centro del universo o el del fuego en dirección opuesta, cesa necesariamente porque el espacio no es infinito.

movimiento, es decir, que no haya en ese principio nada potencial. Su sustancia misma tiene que ser una actualidad (1071b 3-20).

De lo anterior se sigue *a fortiori* que el primer motor no puede tener materia puesto que la materia no se pone a sí misma en movimiento, es una potencia pasiva. Por lo general todo lo que mueve a otra cosa está a su vez en movimiento y es movido por otro. Pero si el primer motor es actualidad sin potencialidad ni materia, se sigue que tiene que ser algo completamente inmóvil.

¿Cómo puede algo inmóvil impartir movimiento? Esta es una pregunta clave para su sistema y Aristóteles la responde echando mano al único modelo de este tipo de causalidad que tiene a su alcance. En efecto, en la naturaleza sólo ha encontrado motores inmóviles en el caso de la apetición. Lo apetecido, sin cambiar, produce un cambio en el apetito de un ser vivo, y ese apetito a su vez genera movimiento²⁰. El trozo de carne, sin moverse, mueve al perro, lo atrae.

El primer motor del universo no puede ser perceptible puesto que no posee materia. Por lo tanto, no puede ser objeto de apetito sensible. Existe empero otra forma de apetición, la apetición intelectual o intelecto práctico. Nuestra inteligencia práctica se pone en movimiento cuando capta algo como bueno y por eso nos ponemos en movimiento. Queremos alcanzar ese bien que amamos.

Aristóteles aplica este modelo directamente a la relación entre el primer cielo y el primer motor inmóvil. Este mueve a aquel “como algo amado” y mediante ese movimiento del primer cielo el primer motor mueve todo lo demás (1072a 26- b14).

Muchos aspectos de esta solución generan dificultades. En la serie ascendente de causas eficientes hemos desembocado en una causa final, pero se trata de una causa final anómala. El primer cielo no alcanza al primer motor como su fin, sino que se limita a imitarlo. El movimiento circular eterno es el máximo grado a que puede llegar algo en movimiento en su afán por imitar lo que es actualidad pura. El modelo, además, obliga a postular que el primer cielo tiene capacidad intelectual, de donde se deriva la hipótesis de que existen inteligencias que mueven las esferas celestiales.

Más interesante que la explicación de los movimientos celestes es la doctrina aristotélica de la naturaleza del primer motor. De la conclusión de que el primer motor tiene que ser una actualidad pura sin potencialidad ni materia y de su concepción del pensar como actualidad plena y autosufi-

²⁰ *De anima* 433b 13-18.

ciente, Aristóteles deriva la ulterior conclusión de que el primer motor tiene que ser pensamiento puro, activo, autopensante y placentero. El primer motor es un ser vivo, eterno, excelente y su vida es algo digno de admiración. A estas alturas Aristóteles no vacila en referirse a él como “el dios” (1072b 14-30).

El dios aristotélico no es un universal o Idea platónica y en este sentido no está “más allá de los entes físicos”. Es más bien un ente singular cuyo papel no es crear ni el mundo ni sus ingredientes fundamentales (el sustrato material último y las formas específicas), sino garantizar la continuidad y eternidad del movimiento.

Examen crítico

No cabe duda de que gran parte de la teología aristotélica es hoy insostenible. Su estructura fundamental está indisolublemente ligada a una astronomía edificada sobre una concepción errónea de las leyes del movimiento. La introducción del principio de inercia y de la ley de gravedad obligan a rechazar gran parte de la argumentación en pro de la existencia de un primer motor inmóvil. Su interés es hoy puramente histórico.

Por otra parte, la descripción de la naturaleza del dios aristotélico es, en el fondo, una inferencia –por analogía y extrapolación– a partir de la experiencia humana de las funciones intelectuales superiores y, por ende, no es vulnerable a las objeciones basadas en los progresos de la física moderna o de la astronomía. En este sentido, su base de sustentación es más confiable que el de la prueba de existencia. Su aceptación o rechazo dependerá de la interpretación de la teoría aristotélica del intelecto, una teoría que es hoy objeto de vigorosas controversias.

La ontología general de Aristóteles, por su parte, conserva un interés filosófico de primera magnitud. A pesar de la proliferación de posiciones empiristas o estrictamente positivistas que niegan que pueda haber esencias, han vuelto a surgir una y otra vez en nuestro siglo posiciones que explican la continuidad espacio-temporal o la identidad de los objetos sensibles invocando atributos que poseen necesidad *de re*, es decir, que son necesariamente verdaderos de un individuo y no de la manera de designarlo (necesidad *de dicto*)²¹. Quine, al sostener que sólo se da este último tipo de necesidad, vale decir, la necesidad que se puede reducir a analiticidad o significado de los términos, se vio obligado a rechazar la posibilidad de la

²¹ Wiggins (1980), Kripke (1980).

lógica modal cuantificada²². Pero ésta ha seguido siendo cultivada con gran éxito. Algunos filósofos han mostrado, por otra parte, que la existencia de necesidad *de re* es lógicamente consistente con el esencialismo aristotélico²³.

BIBLIOGRAFÍA

Para estudiar el pensamiento metafísico de Aristóteles conviene siempre partir del texto original o al menos de varias traducciones. En cuanto a la bibliografía secundaria es útil consultar las extensas compilaciones que aparecen en los libros de Gómez Nogales (1955) y de Owens (1978). Los trabajos publicados después de 1978 están consignados en *Répertoire Bibliographique de la Philosophie*, Lovaina, y *The Philosopher's Index*. Esta última publicación es accesible vía Internet. La bibliografía que aparece aquí se limita a una selección de obras fundamentales y obras citadas en esta exposición.

- Albritton, R. G. (1957). "Forms of particular substances in Aristotle's *Metaphysics*". *Journal of Philosophy*, 54, pp. 699-708.
- Aubenque, P. (1962). *Le Problème de l'Être chez Aristote*. París.
- Barnes, J., Scholfield, M. y Sorabji, R. (1979). *Articles on Aristotle, 3. Metaphysics*. Nueva York. Recopilación de artículos con una útil bibliografía comentada.
- Bostock, D. (1994). *Aristotle. Metaphysics. Books Z and H*. Oxford. Traducción al inglés y comentario. Excelente bibliografía que cubre bien la investigación más reciente.
- Cencillo, L. (1958). *Origen, concepto y funciones de la materia en el Corpus Aristotelicum*. Madrid.
- Flashar, H. (1983). *Aeltere Akademie-Aristoteles-Peripatos* (Ueberweg, "Grundriss der Geschichte der Philosophie", *Die Philosophie der Antike*, Vol. 3). Basilea/Stuttgart.
- Frede, M. y Patzig, G. (1988). *Aristoteles 'Metaphysik Z'*. Texto, traducción y comentario, 2 Vols. Munich.
- García Yebra, V. (197). *Metafísica de Aristóteles*. Madrid. Texto griego con traducciones latina y española.
- Gómez Nogales, S. (1955). *Horizonte de la Metafísica Aristotélica*. Madrid.
- Gómez-Lobo, A. (1976). "Sobre 'lo que es en cuanto es' en Aristóteles". *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 2, pp. 19-26.
- _____ (1985). "¿Es la metafísica aristotélica una ciencia buscada?". *Revista de Filosofía*, 25/26, pp. 45-50.

²² Quine (1961) pp. 155-156. "Lógica modal" es el nombre de la disciplina que estudia las relaciones formales entre proposiciones que incluyen operadores modales como, por ejemplo, "es necesario que", "es posible que". Por cuantificación se entiende la parte de la lógica que examina las inferencias cuya validez depende de operadores tales como "todos", "algunos" que designan la "cantidad" de una proposición.

²³ Witt (1989). El autor de este artículo quisiera agradecer las valiosas observaciones de Jorge Gracia (Buffalo) y de Marcelo Boeri (Buenos Aires).

- Hager, F. P. (1969). *Metaphysik und Theologie des Aristoteles*. Darmstadt. Recopilación de artículos.
- Jaeger, W. (1923). *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*. Berlin. Traducción española: México, 1946, con sucesivas reimpresiones.
- Jaeger, W. (1957). *Aristotelis Metaphysica*. Oxford. Edición crítica del texto griego con cambios y conjeturas cuestionables.
- Kripke, S. (1980). *Naming and Necessity*. Cambridge.
- Leshner, J. (1971). "Substance, form and universal: a dilemma". *Phronesis*, 16, pp. 169-178.
- Natorp, P. (1888). "Thema und Disposition der aristotelischen Metaphysik". *Philosophische Monatshefte*, 24, pp. 37-65, 540-574.
- Owens, J. (1978). *The Doctrine of Being in the Aristotelian 'Metaphysics'*. Toronto: 3a edición.
- Quine, W. V. O. (1961). *From a Logical Point of View*. Nueva York: 2a edición.
- Reale, G. (1961). *Il Concetto di Filosofia Prima e L'Unità della Metafisica di Aristoteles*, Milán: 1967, 3a edición.
- Ross, W. D. (1924). *Aristotle's Metaphysics. A revised text with introduction and commentary*. Oxford, 2 vols. Esta es hoy la edición fundamental del texto griego de la *Metafísica*. La introducción es también muy importante.
- Ross, W. D. (1923). *Aristotle*. Londres. Numerosas ediciones. Traducción española con bibliografía actualizada: Buenos Aires, 1981.
- Wiggins, D. (1980). *Sameness and Substance*. Oxford.
- Witt, C. (1989). *Substance and Essence in Aristotle*. Ithaca y Londres.
- Zucchi, H. (1978). *Aristóteles. Metafísica*. Buenos Aires; 1986, 2a edición. □

LIBRO

PLINIO APULEYO MENDOZA, CARLOS ALBERTO MONTANER
Y ÁLVARO VARGAS LLOSA:

MANUAL DEL PERFECTO IDIOTA LATINOAMERICANO

(Barcelona: Editorial Atlántida, 1996, 318 páginas)

“MANUAL DEL PERFECTO IDIOTA LATINOAMERICANO”

Hermógenes Pérez de Arce

I

Primeras impresiones

Tomamos el libro. El título despierta sensaciones encontradas: interesa, pero incomoda. Antes de haber leído la primera línea, y siendo latinoamericanos, nos preguntamos, explicablemente inquietos, si quedaremos incluidos entre los destinatarios de este “Manual”. Tras leer el prólogo y hojear el texto, sospechamos, con alivio, que no. Pero la incomodidad no desaparece. Todavía podríamos resultar siendo “idiotas imperfectos”.

Además, aunque “ellos”, los destinatarios, estén tan visiblemente equivocados, no por eso, reflexionamos, se les debiera tildar de “idiotas”. Vivimos tiempos de tolerancia, respeto y consenso. Pero, claro, gran parte del interés que despierta el título deriva precisamente del calificativo insultante. ¡Qué hacerle! Es la única manera de mejorar el “rating” en estos tiempos.

HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE. Abogado y periodista. Ex diputado y director de *La Segunda* entre 1977-1980. Columnista de *El Mercurio* de Santiago desde 1962.

El prologuista, Mario Vargas Llosa, padre de uno de los autores, nos informa que la obra reedita un estilo de rancia prosapia. Pues, nos dice, “pertenecer a una riquísima tradición, que tuvo sus maestros en un Pascal y un Voltaire, y que, en el mundo contemporáneo, continuaron un Sartre, un Camus y un Revel: la del panfleto”.

Eso nos permite sentirnos ya un poco menos incómodos. También en Chile hemos tenido ilustres panfletarios: José Joaquín de Mora, desde luego, contra los conservadores de 1830 y, en particular, contra Portales. Y éste, a su vez, no lo hizo mal, en “El Hambriento”.

Y hacia el final de la lectura nos alivia adicionalmente el epílogo: un “Index Expurgatorius”. Allí los autores reúnen las idioteces latinoamericanas cumbres, las acreedoras al bronce. Y entre las mismas, sorprendentemente, pero, para los bien informados, no tanto, los encontremos a ellos mismos, a todos, con el insigne presentador-prologuista incluido, oficiando de “perfectos idiotas”. En efecto, aparecen citados Plinio Apuleyo Mendoza, en 1971, propiciando la revolución socialista en América; Carlos Alberto Montaner pronosticando, en 1959, tras el ascenso de Fidel Castro, que a Cuba le espera un futuro de libertad y prosperidad “como la Isla nunca ha conocido”; Álvaro Vargas Llosa manifestando frente a la Casa Blanca, en 1984, y coreando: “US out of El Salvador! US out of El Salvador!”; y su padre, el prologuista y presentador, el mismísimo Mario, profetizando, en 1967, con entera certidumbre: “Dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado a todos nuestros países, como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y la reprimen”.

En realidad, casi podría decirse, en esta proclama del Vargas Llosa “de antes” está magistralmente sintetizado el credo del “perfecto idiota latinoamericano”.

Claro, ahora nos explicamos: los conversos suelen cargar las tintas.

II

Familia y genealogía

En el capítulo “Retrato de familia” encontramos al ejemplar típico del “perfecto idiota latinoamericano”: es quien cree que los culpables de los problemas de nuestras naciones son “la burguesía y el imperialismo” y que somos pobres porque “ellos” son ricos. Su obligada y reiterada lectura es la vulgata marxista, suministradora de una explicación fácil y total del mundo

y de la historia. Está convencido de que Cuba ha sido y sigue siendo el paradigma social y de que sí hay un nuevo “fantasma que recorre el mundo”, pero a éste se le debe temer: se llama neoliberalismo.

Proviene este personaje, se nos dice, de modestas clases medias y guarda algunos resentimientos. Hace carrera política y busca el amparo de algún partido con opción de poder, en lo posible afiliado a una internacional socialista o, si el individuo es de estirpe conservadora, vinculado de alguna manera a la doctrina social de la Iglesia. Pues anhela ser visto como un hombre “con conciencia social”.

“No es un hombre de grandes disciplinas intelectuales, aunque en sus discursos haga frecuentes citas de Neruda, Vallejo o Rubén Darío y use palabras como telúrico, simbiosis, sinergia, programático y coyuntural”.

En seguida, “no le parece impugnable gestionar o recibir becas o subsidios de funcionarios o universidades norteamericanas, puesto que gracias a ellas puede, desde las entrañas mismas del monstruo imperialista, denunciar en libros, ensayos y conferencias el papel neocolonialista que cumplen no sólo los Chicago Boys o los economistas de Harvard, sino también personajes tales como el Pato Donald, el teniente Columbo o Alexis Carrington”.

Y, en fin, en su árbol genealógico están los autores de sueños revolucionarios del siglo pasado o de comienzos del presente, como el chileno Francisco Bilbao, el uruguayo José Enrique Rodó, el argentino José Ingenieros y el peruano José Carlos Mariátegui. Ellos, entre otros, labraron las bases de la teoría que sindicó al imperialismo como uno de los grandes responsables de todos nuestros males.

Pero la verdadera Biblia del “perfecto idiota” es más actual: *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano, escrita a fines de 1970. Ahí está el continente víctima, desangrado por los monstruos de la historia.

III

La simiente intelectual

El libro de Galeano encabeza, en efecto, la lista de “las diez obras que conmovieron al perfecto idiota”, a las cuales el texto comentado dedica un capítulo completo. Vale la pena hacer un breve recuento de las demás:

1) *La historia me absolverá*, de Fidel Castro (1953). Su título, según van las cosas, puede no resultar profético. Un autor ha comentado que Castro habría debido emplear mejor la expresión “me absorberá”. Es el

alegato de cinco horas del revolucionario ante la justicia batistiana, convertido en literatura y dotado de citas cultas por el ensayista Jorge Mañach.

2) *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon (1961). Médico negro, nacido en la Martinica, de refinada cultura francesa, Fanon escribe este verdadero evangelio antioccidental, inspirado en una mixtura explosiva de las ideas de Marx y Freud.

3) *La guerra de guerrillas*, de Ernesto “Che” Guevara (1960). El autor, en sus desempeños como ministro de Industrias de Cuba, “mostró tanta abnegación como incapacidad”. No en vano, entonces, quienes se han ceñido estrictamente a este manual de la guerrilla han corrido una suerte parecida a la de su autor.

4) *¿Revolución dentro de la revolución?*, de Régis Debray (1967). Mediante este texto el conocido *dilettante* francés de la insurgencia logra transmitir con éxito parte de su confusión a sus émulos latinoamericanos.

5) *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker (1969). La escritora izquierdista chilena, casada con Manuel Piñero, director de las operaciones cubanas de subversión en el hemisferio, acredita mediante este opúsculo que cumplió la proeza de leer *El capital*. Su mérito reside en haberlo podido explicar con brevedad, si bien en forma superficial. Ella es a Marx lo que Debray a la revolución.

6) *El hombre-unidimensional*, de Herbert Marcuse (1964). Feroz crítica a la sociedad industrial avanzada. A diferencia de la de Fanon, esta diatriba surge de la entraña misma del capitalismo. El filósofo alemán, en efecto, residía en los Estados Unidos y enseñaba en universidades de ese país. Reformula el marxismo, dado, afirma con desconsuelo, que “el pueblo ya no es el fermento del cambio social y se ha convertido en el fermento de la cohesión social”.

7) *Para leer al Pato Donald*, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart (1972). En ninguna antología de la idiotez podría faltar esta contribución de los dos izquierdistas chilenos. Nos revelan cómo Disney desliza subliminalmente en nuestras pobres intelectualidades desprevenidas el oculto mensaje imperial-capitalista. “Como era de esperar, una tontería de ese calibre tenía por fuerza que convertirse en un best-seller en América Latina”.

8) *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto (1969). El actual presidente del Brasil puede encontrar en este libro todas las razones por las cuales no debería hacer lo que está haciendo, en particular frente a la inversión extranjera.

9) *Hacia una teología de la liberación*, del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez (1971). Una cita textual de su contenido lo dice todo: “Únicamente una quiebra radical del presente estado de cosas, una transformación profunda

del sistema de propiedad, el acceso al poder de la clase explotada, una revolución social que rompa con esa dependencia, pueden permitir el paso a una sociedad distinta, a una sociedad socialista”. El tema está profundizado en el capítulo “El fusil y la sotana”, de la obra que comentamos.

IV

“La culpa es de ellos”

Pero la *bête noir*, para “el perfecto idiota”, es el capital extranjero. Somos pobres por culpa de los países ricos. Apuleyo, Montaner y Vargas dedican su capítulo más extenso a destruir este mito. Argumentos no les faltan.

Pues resulta que los hechos no cuadran con el mito. Ese viene siendo, en último término, en este tema como en otros, el gran problema del “perfecto idiota latinoamericano”.

¿Cómo podría explicarse que la pobreza y la miseria se debieran al ingreso del capital extranjero si, sumando y restando, resultó que la fuga de capitales desde América Latina fue hasta 1989 más cuantiosa que el ingreso a ella de capitales extranjeros? En ese año, precisamente, sumó 28 mil millones de dólares. ¿No será que la pobreza deriva del éxodo y la falta de esos capitales, y no de su presencia?

Obviamente, algunos mentores de nuestro “perfecto idiota”, entre ellos el propio Cardoso, parecen hoy día pensarlo así.

Y resulta que en 1994 la situación se había revertido, y 50 mil millones de dólares de capital extranjero afluían a nuestra región.

¿Y cómo puede ser que se nos esté esquilmando, y que “el deterioro de los términos de intercambio”, supuesta herramienta favorita de los poderosos para concretar el abuso, se hayan traducido en que la región haya exportado en 1991 a los Estados Unidos 73 mil millones de dólares, e importado sólo 70 mil millones de allá?

¿Y fueron producto de la “explotación por parte de los países ricos” los 250 mil millones de dólares que Venezuela recibió por concepto de sus exportaciones de petróleo? ¿Quiénes han hecho desaparecer ese ingente aporte? A este propósito, resulta irresistible reproducir la cita de uno de los mentores del “perfecto idiota”, el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez: “Si me ven rico, llámenme ladrón”.

¿Y el subsidio de cien mil millones de dólares recibido por Cuba de la Unión Soviética a lo largo de tres décadas? ¿Qué se hizo? Tampoco puede resistirse la tentación de reproducir el pronóstico genial del “Che”

Guevara en 1961, al anunciar las nuevas políticas económicas de la Cuba socialista y sus resultados previsibles: “¿Qué piensa tener Cuba en el año 1980? Pues un ingreso neto per cápita de unos tres mil dólares. Más que Estados Unidos”. Todo un profeta.

Pasan las páginas y nos vamos reconciliando con el título del libro. Sobre todo con algunas de sus frases del capítulo inicial, que nos parecieron exageradas, como: “Lo malo no está en haber sido idiotas, sino en seguir siéndolo”. Especialmente cuando un Fidel Castro, sediento ahora de inversiones extranjeras, llega a la cumbre del cinismo en 1990: “Señores empresarios, yo los invito a invertir en Cuba. Después de todo, lo peor que les puede pasar aquí ya pasó: que el país se vuelva comunista”.

V

Los mitos van cayendo

Los argumentos vienen en catarata. Chile sale a la palestra con frecuencia, en el carácter de principal exponente del éxito del modelo de libertad económica, privatización y apertura al exterior.

El gran mito cubano, que “el perfecto idiota” y sus mentores intentan mantener redivivo, queda malparado ante las cifras y al ser confrontado con las realidades. El lugar común de “salud y educación”, como los logros castristas que permiten soslayar los tremendos problemas económicos y de falta de libertad de la isla, queda desprovisto de verdad cuando se demuestra que otras naciones del hemisferio, sin pagar esos costos, avanzan aceleradamente en el tema sanitario y educacional.

Y los autores se preguntan, desde luego, si es una “educación” deseable la que está constreñida a la enseñanza dogmática de una sola ideología; vigilada y limitada para no abandonar los rígidos cánones impuestos desde el gobierno.

En cuanto a los logros en salud, se han convertido en una broma de mal gusto: la población cubana hoy día, sufriende de avitaminosis y neuritis óptica, debidas a la pobreza de la alimentación; hospitales carentes de los elementos quirúrgicos esenciales, por un lado, mientras, por otro, y en un rasgo típico de la asignación irracional de recursos propia de la planificación socialista, cuenta con un médico por cada 225 habitantes, mientras Dinamarca, por ejemplo, modelo de sistema de salud exitoso, tiene uno por cada 450.

Siguen cayendo mitos, como el de las supuestas mejorías introducidas en aspectos sociales por el castro-comunismo: la Cuba precastrista

mostraba índices comparables a los mejores de América Latina en los más variados aspectos sociales. Vaya de muestra un botón: en 1959 la ingesta diaria de calorías de sus habitantes superaba en un diez por ciento el requerimiento mínimo de 2.500, propuesto por la FAO.

Caído el mito cubano, las comparaciones resultan casi crueles. Por ejemplo, con la cercana Puerto Rico, que ha seguido un camino inverso al que cualquier “perfecto idiota” habría estimado aceptable: en 1959, cuando comenzó la revolución en Cuba, ambos países tenían aproximadamente el mismo ingreso per cápita. “Treinta y siete años más tarde los puertorriqueños tienen diez veces el per cápita de los cubanos”. Pero no: hay que execrar de los Estados Unidos. Por eso los autores reiteran: “Todo idiota latinoamericano tiene que ser antiyanqui, o —de lo contrario— será clasificado como un falso idiota o un idiota imperfecto”.

En fin, su sueño de un “hombre nuevo”, en cierto modo, se ha cumplido, pero tal vez no como él hubiera querido. El “hombre nuevo” existe, reconocen los autores: “Es un cubano con neuritis óptica y cuerpo de gato famélico, flotando en una balsa a la deriva. Es un peruano que, tras la inyección vitamínica del socialismo de Alan García, ve su tamaño encogerse en cinco centímetros. Es un mexicano con la espalda mojada por el Río Grande, tan patriota que corre hacia Texas en pos de la tierra que a mediados del siglo pasado los gringos arrebataron a México... La revolución y el socialismo latinoamericano han producido un hombre nuevo”.

La obra es, en síntesis, una cantera de antecedentes, argumentos, datos y referencias que conducen inequívocamente a la misma conclusión a que, en buenas cuentas, ha llegado “todo el mundo”, por decirlo de alguna manera hiperbólica, siguiendo la tónica de este “Manual”.

El mérito está en la sistematizada aproximación a cada uno de los temas inspiradores del discurso del “perfecto idiota latinoamericano”; y en la discusión metódica de los fundamentos del mismo, con el ulterior propósito de desvirtuarlos, que resulta objetivamente bien logrado.

Lo mismo pudo haber sido expuesto en un tono más ponderado y académico, pero los autores han preferido cargar los matices y recurrir a la mordacidad —a ratos inmisericorde— quizás para ponerse a la altura de muchas de las obras inspiradoras del destinatario del Manual y de las afirmaciones que este espécimen suele lanzar con característica estridencia y a los cuatro vientos.

De cualquier modo, y para todos, una lectura que informa en aspectos múltiples y obliga, más que invita, a reflexionar. □

ANTOLOGÍA POLÍTICA DE MONTESQUIEU

Óscar Godoy Arcaya

I. INTRODUCCIÓN

Algunos aspectos de la vida de Montesquieu

Charles Louis de Secondat nació en el castillo de La Brède, el 18 de enero de 1689. Por vía paterna heredó el título de Barón de La Brède y de su tío, Joseph de Montesquieu, el título de Barón de Montesquieu, la función de “Président à Mortier” del Tribunal de Burdeos y diversas propiedades¹.

Su vida transcurre en un escenario de grandes cambios religiosos, culturales y políticos. En 1685, cuatro años antes de su nacimiento, había sido revocado el Edicto de Nantes, que durante 87 años había garantizado la libertad de culto y los derechos políticos de los protestantes de origen calvinista (hugonotes) de Francia. En 1700 sale de La Brède para internarse

ÓSCAR GODOY ARCAYA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

¹ La edición *Oeuvres complètes* de Montesquieu editada por Editions du Seuil (1964), París, contiene una excelente cronología de la vida del barón de La Brède; p. 11-13.

en el Collège de Juilly de los padres del Oratorio, donde recibe su primera educación formal y sistemática, con un fuerte énfasis en el latín y el griego y la literatura clásica. Este colegio, situado cerca de París (Ile de France), había sido fundado en 1636 y Luis XIII le había concedido el estatuto de “Royal”, habilitándolo para educar a los hijos de la nobleza. De hecho, en la época de Montesquieu, sus alumnos pertenecían de modo predominante a la nobleza provinciana. Los oratorianos gozaban de un gran prestigio, al cual había contribuido en gran medida el P. Malebranche, una de las figuras más importantes de la filosofía francesa del siglo XVIII.

En 1705, Charles Louis inicia sus estudios de leyes en la Facultad de Derecho de la Universidad de Burdeos. Una vez graduado, se recibió de abogado en 1708 y se trasladó a París para ejercer la profesión. La muerte de su padre interrumpe esta actividad (1713) y se ve obligado a instalarse en La Brède para hacerse cargo de la administración de esa propiedad, cuya principal producción era vinícola. En 1715 se casa con Jeanne Lartigue, rica heredera que aportó una importante dote al matrimonio y cuya religión era calvinista. Tiene con ella tres hijos que son bautizados y reciben una educación religiosa católica. Sus relaciones con su mujer fueron más bien frías, dentro del riguroso marco de la vida y las prácticas matrimoniales de la aristocracia rural de la época. Montesquieu admiraba y obtuvo grandes ventajas de las cualidades de eficaz administradora de su esposa. Al retorno de uno de sus periódicos viajes a La Brède escribió a su amiga Mme. de Grave el siguiente comentario: “Hay aquí una mujer que amo mucho, porque no me responde cuando le hablo, y ya me ha dado cinco o seis bofetadas por la simple razón, dice ella, que está de mal humor”².

Entre 1712 y 1721, Montesquieu dedicó mucho tiempo y pasión al estudio de las ciencias naturales³. Hay que considerar que Montesquieu, como toda su generación, experimentó el fuerte influjo de la difusión de la nueva imagen del universo construida a partir de Galileo. La época bulle de actividad intelectual en torno a una nueva imagen del mundo natural y se despliegan grandes esfuerzos que terminan por consolidarse en la obra de Newton. En el intertanto, los filósofos dedicaron una gran atención a la física, las matemáticas, la biología, la botánica, etc., buscando una fórmula comprensiva que abarcara la totalidad de los conocimientos en una nueva sabiduría humana. En el debate de la época, la idea de la naturaleza como máquina adquiere mucha importancia. La imagen mecanicista del universo tiene un largo desarrollo, detrás del cual no solamente confluye la concep-

² *Oeuvres complètes, op. cit.*, p. 13.

³ Sobre este aspecto de la vida de Montesquieu ver Isaiah Berlin, *Contra la corriente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), capítulo VI, Montesquieu, pp. 202-203.

ción mecánica del mundo físico de Galileo y Newton y la idea de *res extensa* de Descartes, sino también el constructivismo político, que concebía al Estado como un producto artificial, un artefacto, fabricado por el hombre.

No obstante lo anterior, Montesquieu sorprende a sus amigos en el año 1721. Sin que se lo esperaran, y de a poco, se informan que un libro titulado *Lettres persanes*, cuya publicación es acompañada de un éxito fulgurante, le pertenece. Esta obra apareció ese año bajo un seudónimo y editada fuera de Francia para evitar la censura. Al poco tiempo, su autoría era un secreto a voces. Este hecho y sus altísimas cotas de difusión obligaron a Montesquieu a reconocer su paternidad. En esta obra se simula la correspondencia de dos persas que viajan por Europa y entrelazan recuerdos de su propio país con el espectáculo de las instituciones, el modo de vida, las costumbres, la religión y las leyes de los europeos. El libro contiene una visión crítica y corrosiva del mundo europeo. El juego de espejos, que permite el simulacro de espectador extranjero, le permitió a Montesquieu expresar de modo indirecto su verdadero pensamiento acerca de la monarquía absolutista de Luis XIV y del Pontificado romano. La crítica a la Iglesia le valió al libro su inclusión en el *Index* de libros prohibidos.

En 1722, instalado en París, Montesquieu empieza a frecuentar el Club de l'Entresol, que gira en torno al abbé Alary, miembro de la Academia Francesa, y al cual pertenecen personalidades eminentes como el abbé Saint-Pierre, Bolingbroke y Ramsay. El Club convoca a reuniones sabatinas en que se leen y comentan las *gazzetes* de Holanda e Inglaterra, cuyas propuestas consideradas peligrosas o disidentes de la monarquía absolutista, alimentan el debate y la conversación. En su discurso de admisión, Montesquieu lee un texto titulado *Dialogue de Sylla et d'Eucrate*. Durante este período también escribe y publica el *Temple de Gnide*, dedicado a Mlle. de Clermont —a la cual Luis XIV se refería como la *mus merdeuse du temp*—, poderosa mujer a quien se atribuía la facultad de abrir o vetar el ingreso a la Academia Francesa.

En 1725, Charles Louis retorna a Burdeos e inicia los trabajos preparatorios de la obra que posteriormente será conocida como *De l'esprit des lois*. Radicado en su propiedad de La Brède, Montesquieu ordena sus finanzas, vende su *Presidence à Mortier* y publica varios trabajos menores, que son productos derivados de la actividad desplegada para dar forma al *Espíritu de las leyes*. A este período pertenecen, por ejemplo, el *Traité des devoirs*, *Essai touchant les lois naturelles*, *Discours sur l'équité*, etc.

El año 1727, a pesar de la fuerte oposición del Cardenal Fleury, Primer ministro de Luis XIV, y del abbé Tournemine, Montesquieu es

elegido miembro de número de la Academia Francesa. Entre 1728 y 1731, Montesquieu se dedica a viajar. En los dos primeros años visita Alemania e Italia y, en los dos últimos, Inglaterra. Guiado por su amigo Lord Chesterfield, entabla relaciones con figuras del mundo político e intelectual de este país, entre las que destacan Walpole y Martin Folkes, amigo de Newton, quien lo introduce a la Royal Society, principal centro científico de la época.

A partir de 1733 reside casi continuamente en París. Justamente en ese año, a causa de la suerte sufrida por las *Lettres philosophiques*, de Voltaire, que fueron condenadas por el Parlamento de París a ser incineradas en la plaza del Palacio de Justicia, decide publicar su nueva obra, *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos*, en Holanda, tal como lo había hecho con las *Cartas persas*.

Durante este período ocupa gran tiempo en la Academia Francesa y en la francmasonería, institución a la cual había ingresado en Inglaterra. Hace periódicos viajes a La Brède, para administrar sus propiedades, y prosigue su trabajo principal, que culmina en 1741. En efecto, *El espíritu de las leyes* es publicado a fines de ese año, en Ginebra, sin el nombre de su autor. Casi inmediatamente el nuevo libro es prohibido en Francia, pero se difunde rápida y masivamente por toda Europa. En los dos años siguientes aparecen críticas que incitan a Montesquieu a publicar una *Defense de l'esprit des lois*. En 1750 el Primer Ministro Malesherbes autoriza la publicación del libro en Francia.

A pesar de su defensa, el libro es incluido en el *Index* de la Iglesia en 1752. A estas alturas está ciego y conoce una espectacular popularidad. De hecho, La Brède se transforma en un sitio de peregrinación para franceses y europeos, que viajan a ese lugar con el único propósito de verlo. En 1754 publica su último libro, *Essai sur le goût*, escrito para ser incorporado a la *Enciclopedia* que dirigen Diderot y D'Alambert.

Al año siguiente, el 10 de febrero de 1755, muere a raíz de una epidemia de fiebre maligna. Durante su agonía, entre el 29 de enero y el día de su muerte, se desarrolla un verdadero drama en torno suyo. A raíz de su deseo de confesarse y morir en el seno de la Iglesia, sus confesores lo presionaron para enmendar la *Cartas persas*, punto en el que Montesquieu no cedió. De modo constante, tanto Luis XV como el Papa, y en general la opinión pública, siguieron los eventos de esta agonía paso a paso, manteniéndose permanentemente informados. Sus exequias se hicieron en la iglesia de Saint Sulpice, en París. Sus antiguos amigos *philosophes*, con la excepción de Denis Diderot, no lo acompañaron en este último acto.

El pensamiento político de Montesquieu

Las ideas políticas de Montesquieu difieren de las interpretaciones que generalmente se hacen acerca de *El espíritu de las leyes*. Se puede decir que ellas se centran en aspectos parciales de esta obra. Así, con excelentes razones, algunos han identificado a Montesquieu con su teoría acerca de la monarquía inglesa. Y otros, con su preferencia por el gobierno monárquico tradicional, entendido como un régimen político de poderes moderados por la existencia de cuerpos intermedios autónomos. Este solo hecho indica la existencia real de dificultades interpretativas. Ello fue tempranamente percibido por sus propios amigos, que le recomendaron no publicarla. Temían que *El espíritu de las leyes* fuese leída como una defensa del sistema político tradicional y una crítica a las concepciones políticas que emergían de la Ilustración. Y explica también que su pensamiento político, en la práctica partidista, haya sido adoptado por bandos opuestos.

Por otra parte, el pensamiento político de Montesquieu es vasto y polifacético. La variedad de los temas que abarca es enorme. Quizás ello explica no solamente las dificultades para interpretarlo, sino además para integrar esa diversidad en un sistema e incluso en una disciplina. Una gran parte de *El espíritu de las leyes* fue reconocida, en el pasado, como el equivalente francés de la *Riqueza de las naciones*, de Adam Smith; sus contribuciones al estudio comparado de las costumbres y los hábitos de los pueblos como un avance de nuestra actual sociología; y el complejo análisis que hace acerca de las relaciones entre el espacio geográfico y las formas de poder, como las bases de la geografía y la demografía políticas modernas. En estos tres ejemplos, en los cuales Montesquieu se nos presenta como economista, sociólogo y geógrafo político, se advierte la diversidad de temas y problemas que abarcó nuestro autor, especialmente en *El espíritu de las leyes*, verdadera suma de conocimientos políticos del siglo XVIII.

Dada la vastedad de la obra a la que me he referido, voy a centrar esta caracterización de las ideas políticas de Montesquieu en dos temas. El primero, abordado en las *Cartas persas*, trata acerca del mito de los trogloditas: un pueblo que recorre un extraño itinerario como sociedad organizada, porque pasa por una variedad inédita de experiencias políticas que van desde la dominación a la utopía. El segundo se refiere a la famosa teoría de la división de poderes, el gobierno moderado y su modelo histórico, la monarquía constitucional inglesa.

El mito de los trogloditas

En las *Cartas persas*, cuya estructura literaria es la narración epistolar, hay dos elementos que llaman la atención al lector de temas políticos. El primero trata de la comparación. En efecto, la correspondencia de los persas viajeros y espectadores del mundo europeo del siglo XVII nos permite la comparación entre formas culturales diferentes. Este recurso interpretativo permite captar la variedad y diversidad de pueblos y culturas y el contraste entre ellas. Montesquieu no solamente renueva una línea de trabajo que ya encontramos en Aristóteles —el método comparativo— sino que se sirve de ella para establecer la existencia de formas culturales y políticas diversas, que no obstante tienen una trama común. El estudio de esa diversidad es una vía de acceso a aquello que más tarde constituirá una de las claves de su concepción política: el espíritu de los pueblos. El segundo es el artificio del “espectador extranjero”, que refleja con ingenuidad el espectáculo de la vida política y la cultura europea, como si fuera un testigo objetivo. Se trata de un artificio, porque Montesquieu simula a los dos persas y él mismo se impersona bajo el nombre de Usbek. Pero el uso de una lente especial, que crea una distancia entre el observador y lo observado, es ya un intento por ver las cosas desde una perspectiva especial, cuyo resultado es una visión distinta, fresca y reveladora. El impacto de las *Cartas persas* se explica, en parte, por este método, que, por lo demás, hizo escuela.

Si tuviésemos que determinar las preferencias políticas de Montesquieu en la época de las *Cartas persas*, habría que optar por el régimen republicano, pues en esta obra no hay indicios suficientes acerca de su admiración por las virtudes del gobierno moderado, que, bajo la forma de monarquía constitucional, va a constituir uno de los grandes temas de *El espíritu de las leyes*. En todo caso, en las *Cartas persas* es neta la crítica a la monarquía tal como la ejerce Luis XIV, o sea, al modo absolutista. En este punto, Montesquieu deja establecida la posición de la aristocracia provincial francesa, tremendamente negativa ante la fuerte disminución de sus facultades de gobierno local y su substitución por poderes centralizados en París. La desaparición de los cuerpos intermedios, dotados de autonomía para gobernarse a sí mismos, era ya un proyecto casi plenamente consumado por el absolutismo. De este modo, para Montesquieu, lo que acontecía era una lenta y gradual destrucción de la verdadera constitución monárquica de Francia, que no era la monarquía del *princeps solutus* encarnado en Luis XIV, sino aquella de las autonomías intermedias de la tradición estamental de la Edad Media.

De las *Cartas persas*, no obstante el interés de los temas mencionados, que más tarde se desarrollan en *El espíritu de la leyes*, solamente he incluido en esta selección los textos sobre el mito de los trogloditas. Este mito es un eco de una discusión bastante difundida en la época. La idea en cuestión se refiere a la relación entre las pasiones y la política. Maquiavelo y Hobbes habían abierto un amplio campo de reflexión a partir de sus observaciones y teorías acerca de la función del temor en la política. Para Maquiavelo, no pudiendo el príncipe obrar fundado en la certidumbre del amor de sus súbditos, aconseja hacerlo sobre el temor, que es una moción del alma que él puede manejar a su arbitrio, usando el expediente de la coerción. Hobbes construye una imponente teorización acerca del temor, como un dispositivo anímico que induce a los individuos a llegar a acuerdos con sus iguales y a establecer un cuerpo político cuya unidad está garantizada por el monopolio de la fuerza en el Estado. Mandeville desarrolla su famosa tesis sobre la construcción del interés general en los vicios privados. Y así, otros ejemplos. Pero los comentaristas de Montesquieu detectan el influjo directo del *Telémaco* de Fénelon, por una parte, y de las ideas de Shaftesbury, por otra⁴.

La historia fabulada de los trogloditas, un mítico pueblo de Arabia, nos cuenta cómo, siendo gobernados por un rey aparentemente venido de afuera, se rebelan y le dan muerte. Deciden, una vez consumado el magnicidio, elegir gobernantes entre los miembros virtuosos de la comunidad. Establecen así una república. Pero, una vez transcurrido un tiempo breve, se aburren del nuevo gobierno y nuevamente cometen magnicidio. Ahora la decisión es experimentar un estado asocial, que Montesquieu describe con todas las características del estado de naturaleza hobbesiano, donde todos son enemigos de todos. La carencia absoluta de cooperación entre los individuos los conduce a terribles tragedias, que culminan en la cuasiextinción del pueblo troglodita. La etapa siguiente consiste en la reconstrucción de la sociedad política fundada en la virtud y la exclusión de la riqueza, similar a Bética, la utopía de Fénelon. Este fantástico ciclo político culmina con la constitución de una monarquía, que fomenta las artes y el progreso, sobre la base de la acumulación de riqueza, en el sentido de los clásicos de la economía.

El mito de los trogloditas, breve y sintético, está relatado con un brillo que emana de la tensión y la rapidez con que transcurre la historia. El relato describe las pasiones violentas que animan a un “pueblo fiero y

⁴ Melvin Richter, *The Political Theory of Montesquieu* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977), pp. 37-40.

perverso”⁵, que no conocía la equidad y la justicia, y que no obstante culmina su historia en el escenario moderado y plácido de un gobierno monárquico fundado en el imperio de la ley, que, al decir del nuevo gobernante, será menos rígido “que vuestras costumbres, sabiendo que entonces podréis satisfacer vuestra ambición, granjear riquezas y dormiros en muelles deleites, y que no necesitaréis de la virtud con tal que no cometáis crímenes horribles”⁶.

La historia de los trogloditas no comienza con el tópico habitual de los ilustrados: el estado de naturaleza. Este pueblo, primario y brutal, es gobernado inicialmente con mano dura por un rey de “casa extranjera” y se da a sí mismo un gobierno elegido. Y es solamente después de estas dos experiencias que se torna asocial. La argumentación de Montesquieu, a partir de la premisa ultraindividualista, nos demuestra cómo los individuos movidos por un egoísmo radical destruyen las bases de su propia supervivencia. Claramente, este escenario tiene un destinatario: Hobbes. Pues se trata bien de mostrarnos que las grandes pasiones del egoísmo y la codicia solamente pueden destruir y no construir. Shaftesbury, por el contrario, sostiene que el hombre tiene un sentido moral innato sobre lo malo y lo bueno. Este sentido es común —es un *sensus communis*— entre los seres humanos; por lo mismo, cada cual considera al otro como un bien. Esta premisa le permite a Shaftesbury sostener que el espíritu público solamente puede provenir del sentimiento social o sentido de la común pertenencia a la humanidad. Desde este punto de vista, no hay asociación ni participación en un afecto común, si no existe un mínimo de igualdad, ni tampoco si los individuos no se consideran sujetos a una ley de membresía y comunidad. En consecuencia, la moralidad y el buen gobierno van juntos. No hay amor virtuoso sin el conocimiento del bien público. Y allí donde hay gobierno absoluto, no existe lo público⁷. En otras palabras, Shaftesbury considera que el individuo tiene un sentido moral de su propio interés privado, que siempre va acompañado de un sentido del bien público como algo suyo, inseparable del primero. Y este es el planteo que predomina en el mito de los trogloditas.

⁵ Montesquieu, *Lettres persanes, Oeuvres complètes, op. cit.*, p. 68.

⁶ Montesquieu, *Lettres persanes, Oeuvres complètes, op. cit.*, p. 70.

⁷ Anthony Ashley Cooper, Earl of Shaftesbury, *Inquiry Concerning Virtue and Merit* (1711), en J. B. Schneewind, *Moral Philosophy from Montaigne to Kant. An Antology* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), p. 485.

El tema de la separación de poderes

La teoría de la separación de poderes ha sido interpretada de distintos modos. Una de las versiones más radicales sostiene que Montesquieu atribuye las tres funciones esenciales del Estado a órganos —conformados por autoridades individuales o colegiadas— completamente distintos e independientes entre sí. Esas funciones, en consecuencia, estarían completamente separadas. Y esta radical separación sería funcional, personal y material: cada órgano ejercería la totalidad de una función —legislativa, ejecutiva o judicial— en forma plenamente independiente y monopolica; ninguna autoridad podría revocar las decisiones de las otras; y a todas les estaría prohibida cualquier relación o comunicación entre ellas.

Sin embargo, esa interpretación extrema, además de inaplicable a la realidad, no parece desprenderse de los textos de Montesquieu. Pues, si analizamos el famoso capítulo sexto del libro XI, que trata acerca de la monarquía inglesa, nos encontramos con un cuadro diferente.

Un punto crucial de la argumentación de Montesquieu es que la separación de poderes no es total o absoluta, sino relativa. No se atribuye “en exclusiva” cada poder del Estado a una autoridad individual o colegiada. O sea, no se entrega integralmente cada función a una autoridad, sin que las otras tengan alguna relación con ella. Así, el poder legislativo está atribuido al Parlamento, pero el rey tiene un derecho de veto absoluto contra los proyectos de ley adoptados por él. De este modo, la ley solamente puede constituirse con el acuerdo del monarca. Más allá de la discusión acerca de si el poder de veto es una facultad de naturaleza legislativa, es claro que permite la participación de quien lo detenta en la función legislativa misma, si contemplamos el fin de ese proceso, que es la creación de la ley. Según Montesquieu, la potencia ejecutiva se hace presente en la legislativa solamente a través de la facultad de impedir.

Respecto del poder ejecutivo, se puede decir algo similar, porque, aunque es atribuido al gobierno —al rey, en el caso que trata Montesquieu— no es ejercido soberanamente, dado que el Parlamento tiene funciones de control sobre él: en un Estado libre, la potencia legislativa tiene el derecho y la facultad de examinar cómo se ejecutan las leyes que ella ha aprobado. Tampoco la facultad jurisdiccional monopoliza todas las funciones judiciales, pues aunque esa es su especialidad, también el Parlamento conoce causas criminales y aplica procedimientos judiciales para juzgarlos.

La conclusión es que no hay una separación funcional y que las autoridades que ejercen los distintos poderes, además de actuar las unas

sobre las otras, también intervienen en aquellos poderes que no les han sido atribuidos. Así, el gobierno tiene facultades para convocar al Parlamento y además prorrogar su período de sesiones ordinarias. Y, a su vez, el Parlamento tiene facultades para llamar ante sí a los ministros a dar cuenta de su gestión y “justificar su conducta”. La cuestión cambia, entonces, de eje. El asunto de fondo no es la separación de poderes considerada en sí misma, como parece desprenderse de la interpretación extrema ya expuesta, sino algo más mucho más sustantivo.

El tema general donde se inscribe el estudio del régimen político de poderes divididos es la libertad. Esa es cuestión sustantiva que confiere sentido a la división de poderes. Pero, para llegar a entender cómo y por qué la libertad se vincula al poder político hay que hacer un rodeo. La clave de ese rodeo radica en la concepción de Montesquieu de poder moderado. Hay que considerar que durante la época se desarrolla un gran debate acerca del absolutismo. Ya ha acontecido la Revolución inglesa (1688) y se ha instaurado la monarquía constitucional, cuya principal característica fue la subordinación del poder real al parlamento, como sede de la soberanía del pueblo. Durante el largo período que antecede a esta Revolución uno de los aspectos centrales del debate giró en torno a la unidad del poder político. Para los grandes teóricos de la monarquía, como Bodino, el poder soberano es indivisible, porque le es atribuido al príncipe como “poder absoluto para disponer de la *res publica* por tiempo ilimitado”⁸. Cualquier delegación de poderes solamente puede emanar del príncipe, en conformidad a un mandato conferido por él y por un tiempo limitado: según su voluntad. Y bajo la condición de que jamás esa delegación afectase su potestad de tomar siempre la última decisión. Hobbes, por su parte, también sostuvo que el poder soberano era indivisible. Sobre fundamentos contractuales, muy distintos a los de Bodin, este autor que jugó un papel muy importante durante el siglo XVII inglés, estableció que una vez instituido el Estado —bajo la forma de un régimen monárquico, aristocrático o democrático— los poderes atribuidos al soberano, y que constituyen la esencia de la soberanía, eran “incomunicables e inseparables”⁹. En general, los autores hablaban de marcas, derechos o facultades del soberano, que incluían el poder legislativo, el poder de ejecutar acciones de gobierno, el poder de establecer relaciones con otros Estados y el poder jurisdiccional.

Locke también distingue esas cuatro facultades o poderes del Estado, pero acepta su división y radicación en personas y órganos distintos. La

⁸ Jean Bodin, *Les six livres de la république*, I, cap. VIII.

⁹ Thomas Hobbes, *Leviathan*, II, cap. XVIII.

Revolución inglesa consistió justamente en asignarle el poder de legislar al parlamento y los otros tres poderes al rey, bajo la denominación de prerrogativa real. Pero, el propósito de la Revolución y la tesis de Locke es ceñirse a “la finalidad máxima y principal que buscan los hombres al reunirse en Estados y comunidades, sometiéndose a un gobierno”: salvar sus vidas, libertades y bienes. Y esa finalidad requiere, en primer lugar, de “una ley establecida, aceptada, conocida y firme, que sirva por común consenso de norma de lo justo y de lo injusto, y de medida común para que puedan resolverse por ella todas las disputas que surjan entre los hombres”¹⁰. A la luz de este fin, el surgimiento de la sociedad civilmente organizada consiste en el establecimiento del poder legislativo, como poder máximo, bajo el cual se ordenan los demás poderes. Para Locke, las decisiones fundamentales de una sociedad política emanan de la ley, aprobada “por el poder legislativo elegido y nombrado por el pueblo”¹¹. De este modo, la ley y el parlamento serían los garantes últimos de los fines del Estado, que son la vida, las libertades y las propiedades de los hombres.

El tema de la libertad, entonces, aparece relacionado con una dependencia del poder ejecutivo, ejercido por la monarquía, a la ley y al parlamento. La prioridad y supremacía de la ley limitan el poder político. Y ello es posible por una división del mismo y su atribución a personas y órganos distintos.

Para Montesquieu la monarquía tradicional, que es distinta al absolutismo, se funda en la existencia de poderes intermedios. Estos poderes, según nuestro autor, “son subordinados y dependientes, porque, en efecto, el príncipe es en la monarquía el origen de todo poder político y civil”¹². Pero, a la vez, esta monarquía es “aquel gobierno en que uno gobierna por medio de leyes fundamentales”¹³. Pero esa monarquía ya no existe, porque los poderes intermedios han sido suprimidos. Y el resultado es la emergencia de Estados despóticos.

Los ingleses, en cambio, han hecho algo distinto: han suprimido todas las potencias intermedias que formaban su monarquía, pero como lo han hecho con el propósito de “favorecer la libertad”¹⁴, han establecido el primado de la ley y el parlamento como fuente legítima del poder. Y, por lo mismo, como fuente de la libertad de los ciudadanos. Pues, nos dice Mon-

¹⁰ John Locke, *The Second Treatise of government*, cap. XI.

¹¹ John Locke, *op. cit.*, cap. XI.

¹² Montesquieu, *De l'esprit des lois*, I, libro II, cap. 4.

¹³ Montesquieu, *op. cit.*, I, libro II, cap. 4.

¹⁴ Montesquieu, *op. cit.*, I, libro II, cap. 4.

tesquieu, “la libertad es el derecho de hacer todo lo que las leyes permiten, de modo que si un ciudadano pudiera hacer lo que las leyes prohíben, ya no habría libertad, pues todos los demás tendrían igualmente esa facultad”¹⁵.

De este modo, la libertad viene a justificar la idea y la práctica del régimen político moderado. O sea, de aquel tipo de régimen donde la mutua acción de los poderes impide el ejercicio de un poder absoluto. Esta idea está expresada en la célebre fórmula de Montesquieu que propone “disponer las cosas de tal modo que el poder contenga al poder”¹⁶. Se trata, en efecto, de darle al poder una determinada configuración, de tal modo que al distribuirlo en órganos diferentes, su ejercicio impida el poder absoluto, garantice una gobernación moderada de la sociedad civil y acote el espacio de las libertades individuales.

Mirado desde otra perspectiva, se puede decir que el barón de La Brède sostiene que el gobierno de la sociedad civil no puede estar a cargo de un órgano simple, sino de un órgano compuesto. Este reparto de poderes permite darle a la sociedad civil medios para que se expresen sus variados intereses, sin que predomine ninguno en especial. La mutua contención, la acción temperadora de cada poder actuando sobre el otro, debe generar una gobernación moderada, que sigue una línea media aceptable para el conjunto de la sociedad civil. ¿Qué “contiene” cada poder respecto de los otros poderes? Ya se ha dicho, el gobierno absoluto. Pero esa respuesta es demasiado general. En términos más específicos, “contiene” la discrecionalidad de la acción gobernante, la violación de la ley, y, por lo mismo, la eventual negación de las libertades individuales. En sentido inverso, la acumulación de poderes en un órgano simple estimula la discrecionalidad, la ilegalidad y la ausencia de libertades.

Hay que precisar que Montesquieu, contra lo que se sostiene habitualmente, considera que los poderes políticos son solamente dos: el poder legislativo y el ejecutivo. Es por eso que mucho de los argumentos sobre la moderación de los poderes entre sí no se aplica al poder jurisdiccional. Nuestro autor no considera a los órganos jurisdiccionales al mismo nivel que el legislativo y el gobierno. Aun cuando se preconice su independencia, ellos son esencialmente subordinados, porque están colocados bajo la ley y su función es interpretarla. De este modo, son dependientes de los poderes que están comprometidos en la aprobación de la ley, que son co-legisladores: el parlamento y el gobierno. Por esta razón, el poder judicial no es un

¹⁵ Montesquieu, *op. cit.*, II, libro XI, cap. 3.

¹⁶ Montesquieu *op. cit.*, II, libro XI, cap. 6

poder político, no puede *arrêter* el poder, sólo es una *puissance nulle et invisible*.

Los poderes políticos, activos y visibles, son aquellos que se moderan entre sí. Pero Montesquieu tiene presente que el gobierno moderado puede tomar la forma monárquica, aristocrática o democrática. Bajo ese punto de vista, hay que considerar tres órganos: el monarca o gobernante, la Cámara de los nobles y la Cámara de la gente común (pueblo). A la luz de la metáfora mecanicista, estos órganos son rodajes de la máquina política. Y es claro que los rodajes pueden ser otros, porque lo esencial es el mecanismo de relojería mismo. O sea, el sistema de la máquina. Según Eisenmann¹⁷, el gobierno moderado no tiene un principio simple. Su punto de partida no es reductible a un solo principio. En efecto, sus principios básicos son dos. El primero, como ya se dijo, nos dice que el poder no debe estar concentrado en un solo órgano. El segundo establece que el órgano complejo que exige este tipo de gobierno entraña elementos diferentes y heterogéneos, que deben corporizar principios, fuerzas políticas distintas, para que el poder siempre se ejerza *conjuntamente*. De este modo, las decisiones políticas esenciales, o sea, las decisiones legislativas, no podrán expresar la voluntad de una sola fuerza política, sino de varias.

El gobierno moderado sintetiza un proceso, en el cual tres órganos diferentes y con funciones parcialmente distintas, y gracias al igual poder que tienen de oponerse entre sí, pueden impedirse, detenerse, limitarse mutuamente. Y así, funcionar como una *balance*, en la cual los pesos y contrapesos se anulan y complementan entre sí. Pero, la *balance* solamente adquiere todo su sentido en la libertad. Porque el fin que persigue el gobierno moderado es gobernar lo necesario para establecer un espacio de equilibrio de fuerzas dentro de cual el individuo es libre.

En la presente selección de textos se ha tenido a la vista la edición *Oeuvres complètes* (1964) de Montesquieu, publicada por Aux Editions du Seuil, París. El prefacio de esta edición es de Georges Vedel y la presentación y notas son de Daniel Oster. Las traducciones españolas de los textos seleccionados, con modificaciones, son las siguientes: *Cartas persas* (1986), Joseph de Colomer, Tecnos, Madrid; *Grandeza y decadencia de los romanos* (1962), sin indicación del traductor, Espasa-Calpe, S.A. Madrid; *Del espíritu de las leyes* (1993), Mercedes Blázquez y Pedro Vega, Tecnos, Madrid.

¹⁷ Charles Eisenmann, *La pensée constitutionnelle de Montesquieu; Cahiers de philosophie politique* (Reims: University of Reims, 1985), pp. 58-63.

II. SELECCIÓN DE TEXTOS POLÍTICOS DE MONTESQUIEU

CARTAS PERSAS

Carta XI: Usbek a Mirza, a Ispahan

[...]

En Arabia había un pueblo pequeño llamado Troglodita, el cual descendía de los antiguos trogloditas, que, según dicen los historiadores, se asemejaban más a bestias que a humanos. Los modernos trogloditas no eran tan disformes; no tenían tanto pelo como los osos, y no aullaban; tenían dos ojos; pero eran tan perversos y feroces que no existía entre ellos ningún principio de equidad y justicia.

Tenían un rey de origen extranjero que los trataba con severidad, para corregir su mala índole. Pero se conjuraron contra él, lo mataron y exterminaron a toda la familia real. Cometido este atentado, se juntaron para elegir un gobierno y, al cabo de muchas disensiones, nombraron magistrados. Sin embargo, recién elegidos, no los pudieron soportar y los masacraron a todos.

Libre el pueblo de ese nuevo yugo, sólo consultaba los impulsos de su naturaleza salvaje. Todos los particulares se concertaron para no obedecer a nadie; cada cual cuidaría solamente de sus propios intereses, sin preocuparse de los ajenos. Esta decisión unánime agradaba a todos los individuos. Ellos decían: “¿Por qué me he de matar trabajando por gentes que no me importan? Pensaré sólo en mí y viviré feliz. ¿Qué me importa que lo sean los demás? Me preocuparé de mis necesidades, pues, una vez satisfechas, no me interesa que los demás trogloditas sean miserables”.

Llegó el mes de la siembra, y dijo cada uno: “No quiero cultivar más tierra que la que basta para obtener el trigo que necesito para mantenerme; pues una cantidad superior será inútil para mí y no quiero esforzarme por otros”. “Las tierras del país no eran de la misma especie; unas eran de secano y montañosas, otras estaban en parajes bajos y bañadas de riachuelos. El año fue de mucha sequía, de manera que las tierras altas no dieron fruto alguno; por el contrario, las de los valles fueron muy fértiles. Así casi toda la gente de las montañas se murió de hambre por la crueldad de los otros que no les quisieron dar parte de la cosecha.

El año siguiente fue muy lluvioso; los terrenos elevados dieron abundantísima cosecha y se anegaron los bajos. La mitad del pueblo clamaba socorro contra el hambre, pero los desventurados se encontraron con hombres tan despiadados como ellos lo habían sido.

Tenía uno de los principales habitantes una mujer muy hermosa; un vecino se enamoró de ella y se la robó: se suscitó una reñida contienda; y, al cabo de muchos insultos y golpes, acordaron aceptar el fallo de un troglodita que se había granjeado buen nombre en tiempos de la República. Fueron a su casa, y quiso cada uno alegar razones. “¿Qué me importa —dijo éste— que esa mujer sea de uno o de otro? Os ruego que me dejéis en paz y no me rompáis la cabeza con vuestras disputas.” Dicho esto, los dejó y se fue a labrar su terreno. El ladrón, que era el más fuerte, hizo juramento de morir antes de restituir la mujer; y el otro, golpeado por la injusticia de su vecino y la dureza del juez, volvió desesperado a su casa. En el camino encontró a una mujer joven y hermosa que volvía de la fuente. Había perdido a su mujer y ésta le gustó; y su gusto por ella aumentó cuando supo que era de aquel que había querido por juez y que tan poco sensible había sido a su desgracia. La robó y se la llevó consigo.

Había un hombre que poseía un campo bastante fértil y lo cultivaba con mucha dedicación. Dos de sus vecinos se unieron y le echaron de su casa y ocuparon su campo. Y luego se aliaron para defenderse de todos los que quisieran quitarles la propiedad y se mantuvieron en lo que habían robado por varios meses. Pero uno de ellos, aburrido de compartir aquello que podía ser de uno solo, mató a su compañero y se adueñó del terreno. No duró mucho su dominio: otros dos trogloditas lo atacaron y, no teniendo fuerza suficiente para defenderse, fue masacrado.

Un troglodita semidesnudo vio que había lana en venta, y preguntó cuánto valía. El comerciante se dijo a sí mismo: “Naturalmente debería esperar de mi lana tanto dinero como para comprar dos medidas de trigo, pero la quiero vender cuatro veces más para comprar ocho medidas de trigo”. Fue necesario aceptar su precio y pagar lo que él quiso. “Mucho me alegro —dijo el comerciante— con esto compraré trigo.” “¿Qué decís? —replicó el comprador— ¿necesitáis trigo?, yo os lo puedo vender. Aunque el precio os sorprenderá; pues como sabéis el trigo está muy caro y el hambre reina por todas partes. No obstante, devolvedme mi dinero y os daré una medida de trigo, porque no os lo daré de otro modo, aunque reventéis de hambre.”

Entre tanto, una cruel enfermedad asoló el país. Un hábil médico llegó de un país vecino y recetó remedios de modo tan certero que curó a cuantos se pusieron en sus manos. Una vez que la enfermedad desapareció, el médico pidió a quienes había sanado que le pagasen, pero no encontró sino evasivas. Volvió a su país, agobiado por el largo viaje. Pero muy pronto supo que la enfermedad había reaparecido y que asolaba aún más drásticamente a ese ingrato país. Lo vinieron a buscar, sin esperar que el

hiciera el viaje, como la primera vez. Él les dijo: “¡Fuera de aquí, hombres injustos! Tenéis en el alma un veneno más mortal que aquel que yo puedo curar; no merecéis ocupar un lugar en la tierra, porque carecéis de humanidad y no conocéis las reglas de la equidad. Ofendería a los Dioses, que os castigan, si yo me opusiese a la justicia de su cólera”.

*CONSIDERACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA GRANDEZA
DE LOS ROMANOS Y SU DECADENCIA*

**Capítulo III:
Cómo los romanos pudieron engrandecerse**

[...]

Los fundadores de las antiguas repúblicas habían repartido igualmente las tierras: esto bastaba para hacer poderoso a un pueblo; o sea, para establecer una sociedad bien organizada; y ello permitía, además, un buen ejército, donde cada cual tenía un interés igual, y muy grande, en defender a su patria.

Cuando las leyes no eran estrictamente observadas, acontecía lo mismo que hoy día entre nosotros: la avaricia de algunos particulares y la prodigalidad de otros hacía que la riqueza de la tierra se concentrase en unos pocos y se introdujesen las artes para satisfacer las necesidades mutuas de los ricos y los pobres. Con esto ya casi no había ciudadanos, ni soldados; pues la riqueza de la tierra que antes servía para la mantención de aquellos era empleada en los esclavos y empleados, instrumentos del lujo de los nuevos poseedores, sin lo cual, el Estado, que a pesar de su desorganización debe subsistir, hubiera perecido. Antes de la corrupción, las rentas originales del Estado se repartían entre los soldados, que eran los que trabajaban el campo. Cuando la República se corrompió, estas rentas pasaron primero a manos de los ricos, y de éstos derivaban a los esclavos y artesanos. De esto se sacaba una parte, bajo la forma de impuestos, para sostener a los soldados.

Pero esta clase de gente no era apta para la guerra: ellos eran cobardes, corrompidos por el lujo de las ciudades, y, muchas veces, por su propio arte. Además, como no tenían, en sentido estricto, una patria y ejercían su industria en cualquier parte, tenían poco que perder o conservar.

[...]

Lo que sacó a Roma de su situación desmedrada fue la división igualitaria de la tierra; esto se notó cuando ella se corrompió. [...]

Capítulo VI: De la conducta que siguieron los romanos para someter a todos los pueblos

En el transcurso de tantas prosperidades, durante las cuales se puede caer en negligencia, el Senado actuó siempre con la misma intensidad: mientras los ejércitos lo arrollaban todo, no permitía levantarse a los que se encontraban caídos.

El Senado se erigió en tribunal para juzgar a todos los pueblos; al final de cada guerra decidía los castigos y recompensas que cada cual había merecido. Tomaba una parte del dominio vencido para dársela a los aliados; con ello conseguía dos cosas: vinculaba a Roma a aquellos reyes de los que no tenía nada que temer y mucho que esperar, y debilitaba a otros de los que no esperaba nada y temía todo.

Empleaba a los aliados para hacer la guerra a un enemigo; pero inmediatamente después destruía a esos aliados. [...]

Cuando tenía muchos enemigos a un tiempo, concedía tregua al más débil, que se consideraba feliz de obtenerla, estimando en mucho el haber postergado su ruina.

Cuando los romanos estaban en una guerra importante, el Senado disimulaba las injurias que recibía, esperando a que llegase el momento del castigo. [...]

Como ocasionaba daños inconcebibles a sus enemigos no se formaban ligas contra Roma, porque el que estaba más lejos del peligro no quería aproximarse a él.

Por eso no se veía casi nunca a los romanos atacados, sino que ellos declaraban siempre la guerra, en el tiempo, modo y con la gente que les convenía. [...]

[...]

No hacían nunca la paz de buena fe, y en su deseo de invadirlo todo, sus tratados no eran, en realidad, más que una suspensión de hostilidades, y ponían en ellos condiciones que comenzaban siempre por arruinar al Estado que las aceptaba.

[...]

Después de haber destruido los ejércitos de un príncipe, arruinaban su hacienda con tasas excesivas o tributos, a pretexto de hacerles pagar los gastos de la guerra: nuevo género de tiranía, que obligaba a los reyes a oprimir a sus súbditos y perder su afecto.

Cuando concedía la paz a algún príncipe, tomaba como rehenes a alguno de sus hermanos o hijos. [...]

Si un príncipe o un pueblo había roto la obediencia a su soberano, le concedía enseguida el título de aliado del pueblo romano; y con esto lo hacía sagrado e inviolable, de modo que no había rey, por grande que fuese, que pudiera estar ni un momento seguro de sus súbditos, ni aun de su familia.

[...]

Cuando dejaba la libertad a algunas ciudades, fomentaba en seguida la formación de dos partidos: uno defendía las leyes y la libertad del país, el otro sostenía que no había más leyes que la voluntad de los romanos; y como este último partido era siempre el más poderoso, la libertad solamente existía de nombre.

Algunas veces se apoderaban de un país pretextando tener derecho a la sucesión de su rey. [...]

Para que los grandes príncipes se encontrasen siempre sin fuerza, los romanos no querían que se uniesen con ningún pueblo ya aliado de Roma, y como no rehusaban su alianza a ninguno de los vecinos de un príncipe poderoso, esta condición, puesta en un tratado de paz, les quitaba todos sus auxiliares.

[...]

Cuando veían que dos pueblos estaban en guerra, aunque no fuesen sus aliados ni tuviesen nada que ver con Roma, no por eso dejaban de aparecer en escena, y, como nuestros caballeros andantes, se ponían del lado del más débil. [...]

[...]

Pero, sobre todo, su máxima constante fue dividir. [...]

[...]

Cuando en un Estado surgían disensiones, los romanos juzgaban inmediatamente el asunto, y así estaban seguros de no tener contra ellos más que la parte condenada. Si los príncipes de una misma sangre se disputaban la corona, proclamaban a veces reyes a los dos; si uno de ellos era niño, se decidían a su favor y ejercían la tutela como protectores del universo. Porque habían llevado las cosas hasta un punto que los pueblos y los reyes eran súbditos suyos, sin saber justamente a título de qué, siendo cosa establecida que bastaba haber oído hablar de los romanos para tener que someterse a ellos. [...]

No hacían nunca guerras lejanas sin haberse procurado algunos aliados cerca del enemigo a quien atacaban para que uniese su tropa al ejército enviado por ellos. [...]

A veces abusaban de la sutileza de los términos de su idioma. Destruyeron Cartago, diciendo que habían prometido conservar el Estado, pero no la ciudad. [...]

[...]

Cuando uno de sus generales firmaba la paz para salvar su ejército, próximo a perecer, el Senado no la ratificaba, pero aprovechaba y continuaba la guerra [...]. Otras veces trataban la paz con un príncipe en condiciones razonables, y cuando las había ejecutado, añadían otras de tal suerte que aquel príncipe se veía obligado a recomenzar la guerra [...]. Juzgaron a los reyes por sus faltas y crímenes privados. [...]

[...]

Pero nada sirvió tanto a Roma como el respeto que inspiró al mundo. Redujo a los reyes al silencio, haciéndoles como estúpidos. [...] Arriesgarse en una guerra era exponerse al cautiverio, a la muerte, a la infamia del triunfo. Reyes que vivían en el fausto y la gloria no se atrevían mirar cara a cara al pueblo romano, y perdiendo el valor esperaban retardar con su paciencia y sus bajezas las desgracias que los amenazaban.

[...]

[Esperaban] a que las naciones se acostumbrasen a obedecer, como libres y aliadas, antes de mandarlas como a sometidas, y que fuesen poco a poco disolviéndose en la República romana.

Ved el tratado que hicieron con los latinos [...]. Era una conquista lenta. Vencían a un pueblo y se contentaban con debilitarlo, imponiéndole condiciones que lo minaban insensiblemente; si se elevaba, lo hundían aún más; convertíanlo en vasallo, sin fijar la fecha de su rendición.

[...]

Los conquistadores tienen la locura de querer dar a todos los pueblos sus leyes y costumbres; esto no conduce a nada, porque dentro de cualquier forma de gobierno se puede obedecer. Pero como Roma no imponía nunca leyes generales, los pueblos no tenían entre sí relaciones peligrosas; no formaban un cuerpo, sino por la común obediencia, y sin ser compatriotas todos eran romanos. [...]

Capítulo IX: Dos causas de la pérdida de Roma

Cuando el territorio dominado por Roma se limitaba a Italia, podía subsistir fácilmente. Todo soldado era ciudadano al mismo tiempo; cada cónsul reclutaba un ejército, y otros ciudadanos iban a la guerra bajo el mando de quien le sucedía. No siendo excesivo el número de las tropas, se cuidaba de no recibir en la milicia más que a gente con bienes suficientes para que tuviesen interés en la conservación de la ciudad. Por último, el Senado veía de cerca la conducta de los generales y les quitaba la intención de hacer algo contra su deber.

Pero cuando las legiones pasaron los Alpes y el mar, los hombres de guerra, obligados a permanecer durante muchas campañas en los países que sometían, perdieron poco a poco el espíritu ciudadano; y los generales, disponiendo de los ejércitos y de los reinos, adquirieron el sentimiento de su propia fuerza y no pudieron obedecer más.

Los soldados empezaron, entonces, a no conocer más que a su general, y a fundar en él todas sus esperanzas y a ver a la ciudad cada vez más lejana. No fueron ya soldados de la República, sino de Sila, de Mario, etc. [...]

[...]

[C]uando el pueblo pudo dar a sus favoritos formidable autoridad en el exterior, toda la sabiduría del Senado resultó inútil, y la República se perdió.

[...]

Si la grandeza del Imperio perdió a la República, no contribuyó menos a ello la extensión que dieron a la ciudad.

Roma había sometido todo el universo, con la ayuda de los pueblos de Italia, a los que concedió en diferentes épocas diversos privilegios. La mayor parte de estos pueblos no se cuidaron al principio del derecho de ciudadanía entre los romanos; y algunos prefirieron conservar sus propios usos. Pero cuando este derecho fue el de la soberanía universal, cuando en el mundo no se era nada si no se era ciudadano romano, y con este título se era todo, los pueblos de Italia resolvieron perecer o ser romanos; no pudiendo conseguirlo por la súplica ni por la intriga, recurrieron a las armas. Se sublevaron en toda la costa del mar Jónico, y los otros aliados iban a seguirlos. Roma, obligada a combatir contra los que eran, por así decirlo, las manos con que encadenaba el universo, estaba perdida; se veía reducida a sus murallas; decidió conceder este derecho a los aliados que le habían sido fieles; poco a poco se lo concedió a todos.

Desde entonces Roma no fue ya la ciudad en que el pueblo no había tenido sino un solo espíritu, un mismo amor por la libertad, un mismo odio por la tiranía, donde aquella envidia del poder del Senado y de las prerrogativas de los grandes, siempre mezclada de respeto, no era sino amor a la igualdad.

Cuando los pueblos de Italia fueron todos ciudadanos romanos, cada ciudad aportó su genio, sus intereses particulares y su dependencia de algún gran protector. La ciudad, desgarrada, no formó un todo universal, y como el ser ciudadano sólo era una especie de ficción, ya no eran los mismos magistrados, las mismas murallas, los mismos dioses, los mismos templos, las mismas sepulturas; ya no miraban a Roma los mismos ojos, ya no hubo el mismo amor a la patria, y los sentimientos romanos dejaron de existir. [...]

*EL ESPÍRITU DE LAS LEYES***Primera parte****Libro I: De las leyes en general**

1. De las leyes en sus relaciones con los diversos seres

Las leyes en su más amplia significación son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas. En este sentido, todos los seres tienen sus leyes: la divinidad¹, el mundo material, las inteligencias superiores al hombre, los animales y el hombre mismo.

[...]

El hombre, en cuanto ser físico, está gobernado por leyes invariables como los demás cuerpos. En cuanto ser inteligente, quebranta sin cesar las leyes fijadas por Dios y cambia las que el mismo establece. A pesar de sus limitaciones, tiene que dirigir su conducta. Como todas las inteligencias finitas, está sujeto a la ignorancia y el error, pudiendo llegar incluso a perder sus débiles conocimientos; como criatura sensible está sujeto a mil pasiones. Un ser semejante podría olvidarse a cada instante de su Creador, pero Dios le llama a Sí por medio de las leyes de la religión; de igual forma podría a cada instante olvidarse de sí mismo, pero los filósofos se lo impiden por medio de las leyes de la moral; nacido para vivir en sociedad, podría olvidarse de los demás, pero los legisladores le hacen volver a la senda de sus deberes por medio de las leyes políticas y civiles.

2. De las leyes de la naturaleza

Antes que todas esas leyes están las de la naturaleza, así llamadas porque derivan únicamente de la constitución de nuestro ser. Para conocerlas bien hay que considerar al hombre antes de que se establecieran las sociedades, ya que las leyes de la naturaleza son las que recibió en tal estado.

La ley que imprimiendo en nosotros la idea de un creador nos lleva hacia él, es la primera de las leyes naturales por su importancia, pero no por

¹ La ley es reina de todos, mortales e inmortales, dice Plutarco en el tratado "Donde se requiere que un príncipe sea sabio".

el orden de dichas leyes. El hombre en estado natural tendría la facultad de conocer, pero no conocimientos. Es claro que sus primeras ideas no serían ideas especulativas. Pensaría en la conservación de su ser antes de buscar su origen. Un hombre así sólo sería consciente, al principio, de su debilidad; su timidez sería extrema. Y si fuera preciso probarlo con la experiencia, bastaría el ejemplo de los salvajes encontrados en las selvas², que tiemblan por nada y huyen de todo. En estas condiciones cada uno se sentiría inferior a los demás o, a lo más, igual, de modo que nadie intentaría atacar a otro. La paz sería, pues, la primera ley natural.

[...]

Al sentimiento de su debilidad el hombre uniría el sentimiento de sus necesidades, y, así, otra ley natural sería la que le inspirase la búsqueda de alimentos.

He dicho que el temor impulsaría a los hombres a huir unos de otros, pero los signos de un temor recíproco, y, por otra parte, el placer que el animal siente ante la proximidad de otro animal de su especie, les llevaría al acercamiento. Además, dicho placer se vería aumentado por la atracción que inspira la diferencia de sexos. Así, la solitación natural que se hacen uno a otro constituiría la tercera ley.

Aparte del sentimiento que en principio poseen, los hombres pueden, además, adquirir conocimientos. De este modo, tienen un vínculo más del que carecen los animales. El conocimiento constituye, pues, un nuevo motivo para unirse. Y el deseo de vivir en sociedad es la cuarta ley natural.

3. De las leyes positivas

Desde el momento en que los hombres se reúnen en sociedad pierden el sentimiento de su debilidad; la igualdad en que se encontraban antes deja de existir y comienza el estado de guerra.

Cada sociedad particular se hace consciente de su fuerza, lo que produce un estado de guerra de nación a nación. Los particulares, dentro de cada sociedad, empiezan a su vez a darse cuenta de su fuerza y tratan de volver en su favor las principales ventajas de la sociedad, lo que crea entre ellos el estado de guerra.

Estos dos tipos de estado de guerra son el motivo de que se establezcan las leyes entre los hombres. Considerados como habitantes de un plane-

² Prueba de ello es el salvaje encontrado en los bosques de Hanover durante el reinado de Jorge I en Inglaterra.

ta tan grande que tiene que abarcar pueblos diferentes, los hombres tienen leyes que rigen las relaciones de estos pueblos entre sí: es el derecho de gentes. Si se les considera como seres que viven en una sociedad que debe mantenerse, tienen leyes que rigen las relaciones entre los gobernantes y los gobernados: es el derecho político. Igualmente tienen leyes que regulan las relaciones existentes entre todos los ciudadanos: es el derecho civil.

El derecho de gentes se funda en el principio de que las distintas naciones deben hacerse, en tiempo de paz, el mayor bien, y en tiempo de guerra el menor mal posible, sin perjuicio de sus verdaderos intereses.

El objeto de la guerra es la victoria; el de la victoria, la conquista; el de la conquista, la conservación. De este principio y del que precede deben derivar todas las leyes que constituyan el derecho de gentes.

Todas las naciones tienen un derecho de gentes; lo tienen incluso los iroqueses que, aunque se comen a sus prisioneros, envían y reciben embajadas y conocen derechos de la guerra y de la paz. El mal radica en que su derecho de gentes no está fundamentado en los verdaderos principios.

Además del derecho de gentes que concierne a todas las sociedades, hay un derecho político para cada una de ellas. Una sociedad no podría subsistir sin gobierno. La reunión de todas las fuerzas particulares, dice acertadamente Gravina, forma lo que se llama un estado político.

La fuerza general puede ponerse en manos de uno solo o en manos de muchos. Algunos han pensado que el gobierno de uno solo era el más conforme a la naturaleza, ya que ella estableció la patria potestad. Pero este ejemplo no prueba nada, pues si la potestad paterna tiene relación con el poder de uno solo, también ocurre que la potestad de los hermanos, una vez muerto el padre, y la de los primos-hermanos, muertos los hermanos, tiene relación con el gobierno de muchos. El poder político comprende necesariamente la unión de varias familias. Mejor sería decir, por ello, que el gobierno más conforme a la naturaleza es aquel cuya disposición particular se adapta mejor a la disposición del pueblo al cual va destinado.

Las fuerzas particulares no pueden reunirse sin que se reúnan todas las voluntades. “La reunión de estas voluntades —dice también Gravina— es lo que se llama estado civil.”

La ley, en general, es la razón humana en cuanto gobierna a todos los pueblos de la tierra; las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser más que los casos particulares a los que se aplica la razón humana. Por ello, dichas leyes deben ser adecuadas al pueblo para el que fueron dictadas, de tal manera que sólo por una gran casualidad las de una nación pueden convenir a otra.

Es preciso que las mencionadas leyes se adapten a la naturaleza y al principio del gobierno establecido, o que se quiera establecer, bien para formarlo, como hacen las leyes políticas, o bien para mantenerlo, como hacen las leyes civiles.

Deben adaptarse a los caracteres físicos del país, al clima helado, caluroso o templado, a la calidad del terreno, a su situación, a su tamaño, al género de vida de los pueblos según sean labradores, cazadores o pastores. Deben adaptarse al grado de libertad que permita la constitución, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a su riqueza, a su número, a su comercio, a sus costumbres y a sus maneras.

Finalmente, las leyes tienen relaciones entre sí; con sus orígenes, con el objeto del legislador y con el orden de las cosas sobre las que se legisla. Las consideraremos bajo todos estos puntos de vista.

Lo que me propongo hacer en esta obra es examinar todas estas relaciones que, juntas, forman lo que se llama el espíritu de las leyes.

No he separado las leyes políticas de las civiles porque como no trato de las leyes sino de su espíritu, y como este espíritu consiste en las diversas relaciones que las leyes pueden tener con las distintas cosas, he tenido que seguir el orden de las relaciones y de las cosas, y no el orden natural de las leyes.

Examinaré primero las relaciones que tienen las leyes con la naturaleza y con el principio de cada gobierno, y puesto que este principio tiene sobre las leyes una influencia suprema, pondré todo mi cuidado en conocerlo bien; si lo consigo, se verán surgir las leyes de él, como de su propio manantial. Hecho esto, pasaré a examinar las demás relaciones que parecen más particulares.

Libro II: De las leyes que derivan directamente de la naturaleza del gobierno

1. De la naturaleza de los tres gobiernos distintos

Hay tres clases de gobierno: el republicano, el monárquico y el despótico. Para descubrir su naturaleza nos basta con la idea que tienen de estos tres gobiernos los hombres menos instruidos. Doy por supuestas tres definiciones o, mejor, hechos: el gobierno republicano es aquel en que el pueblo entero, o parte del pueblo, tiene el poder soberano; el monárquico es aquel en que gobierna uno solo, con arreglo a leyes fijas y establecidas; y,

por el contrario, en el gobierno despótico una sola persona gobierna sin ley y sin norma, lleva todo según su voluntad y su capricho.

Esto es lo que llamo naturaleza de cada gobierno. A continuación se trata de ver cuáles son las leyes que dimanar directamente de dicha naturaleza, y que son, por consiguiente, las primeras leyes fundamentales.

2. Del gobierno republicano y de las leyes relativas a la democracia

Si el pueblo entero es, en la república, dueño del poder soberano, estamos ante una democracia; si el poder soberano está en manos de una parte del pueblo, se trata de una aristocracia.

El pueblo es, en la democracia, monarca o súbdito, según los puntos de vista. A través del sufragio, que es expresión de su voluntad, será monarca, puesto que la voluntad del soberano es el mismo soberano. Las leyes que establecen el derecho al voto son, pues, fundamentales en este gobierno. La reglamentación de cómo, por quién y sobre qué deben ser emitidos los votos, es tan importante como saber en una monarquía quién es el monarca y de qué manera debe gobernar.

Libanio³ dice que en Atenas se castigaba con la muerte a todo extranjero que se introdujese en la asamblea del pueblo, porque usurpaba el derecho de soberanía.

Es esencial determinar el número de ciudadanos que deben formar las asambleas. De otro modo no se sabría cuándo habla el pueblo o sólo una parte de él. En Lacedemonia se precisaban diez mil ciudadanos. En Roma, nacida en la pequeñez para llegar a la máxima grandeza, destinada a experimentar todas las vicisitudes de la fortuna; en Roma, que unas veces tenía casi todos sus ciudadanos fuera de sus muros y otras a toda Italia y parte de la tierra dentro de ellos, este número no estaba fijado⁴, lo cual fue una de las causas principales de su ruina.

El pueblo que detenta el poder soberano debe hacer por sí mismo todo aquello que pueda hacer bien; lo que no pueda hacer bien lo hará por medio de sus ministros. Sus ministros no le pertenecen si no es él quien los nombra; es, pues, máxima fundamental de este gobierno que el pueblo nombre a sus ministros, es decir, a sus magistrados.

³ *Declamaciones* 17 y 18.

⁴ Véanse las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*, cap. IX.

Más aún que los monarcas, el pueblo necesita que le guíe un consejo o senado. Pero para poder confiar en él es preciso que sea el pueblo quien elija los miembros que lo compongan, ya sea escogiéndolos él mismo como en Atenas, o por medio de magistrados nombrados para elegirlos, como se hacía en Roma en algunas ocasiones.

El pueblo es admirable cuando realiza la elección de aquellos a quienes debe confiar parte de su autoridad, porque no tiene que tomar decisiones más que a propósito de cosas que no puede ignorar y de hechos que caen bajo el dominio de los sentidos. Sabe perfectamente cuándo un hombre ha estado a menudo en la guerra o ha tenido tales o cuales triunfos; por ello está capacitado para elegir un general. Sabe cuándo un juez es asiduo y la gente se retira contenta de su tribunal porque no ha sido posible sobornarle: cosas suficientes para que elija un pretor. Le impresionan la magnificencia o las riquezas de un ciudadano: basta para que pueda elegir un edil. Son estos hechos de los que el pueblo se entera mejor en la plaza pública que el monarca en su palacio. Pero, en cambio, no sabría llevar los negocios ni conocer los lugares, ocasiones o momentos para aprovecharse debidamente de ellos.

Si se dudara de la capacidad natural del pueblo para discernir el mérito, bastaría con echar una ojeada por la sucesión ininterrumpida de elecciones asombrosas que hicieron los atenienses y los romanos y que no se podrían atribuir a la casualidad.

Sabemos que en Roma, a pesar de que el pueblo tuviera el derecho de elevar a los plebeyos a los cargos públicos, no se decidía, sin embargo, a elegirlos; y aunque en Atenas se podían nombrar magistrados de todas las clases sociales por la ley de Arístides, no ocurrió nunca, según Jenofonte⁵, que el bajo pueblo pidiera los cargos que podían interesar a su salvación o a su gloria.

Del mismo modo que la mayoría de los ciudadanos que tienen suficiencia para elegir no la tienen para ser elegidos, el pueblo, que tiene capacidad suficiente para darse cuenta de la gestión de los demás, no está capacitado para llevar la gestión por sí mismo.

Es preciso que los negocios progresen según un movimiento que no sea ni demasiado rápido ni demasiado lento. El pueblo tiene siempre o muy poca acción o demasiada: a veces con cien mil brazos todo lo trastorna, otras con cien mil pies marcha a la velocidad de los insectos.

En el Estado popular, el pueblo se divide en clases. Los grandes legisladores se han distinguido por la manera de hacer estas divisiones; de ellas dependen siempre la duración de la democracia y su prosperidad.

⁵ Edición de Wechellus del año 1596, pp. 691-692.

En la composición de las clases, Servio Tulio siguió el espíritu de la aristocracia. A través de Tito Livio⁶ y Dionisio de Halicarnaso⁷ comprobamos cómo puso el derecho al voto en manos de los ciudadanos principales: dividió el pueblo romano en ciento noventa y tres centurias que formaban seis clases. A los ricos, que eran pocos, los colocó en las primeras centurias; a los menos ricos, más numerosos, en las siguientes, y postergó a la multitud de indigentes en la última; como cada centuria no tenía más que un voto⁸, resultaba que votaban las clases y las riquezas, pero no las personas.

Solón dividió el pueblo de Atenas en cuatro clases. Guiado por el espíritu de la democracia no lo hizo para determinar quiénes debían elegir, sino quienes podían ser elegidos. Conservando para cada ciudadano el derecho de elección, dispuso⁹ que se elegirían los jueces de entre cada una de las cuatro clases, mientras que los magistrados sólo de entre las tres primeras, constituidas por los ciudadanos acomodados.

Igual que la separación de los que tienen derecho al sufragio constituye en la república una ley fundamental, la manera de votar también lo es.

La elección por sorteo es propia de la democracia; la designación por elección corresponde a la aristocracia.

El sorteo es una forma de elección que no ofende a nadie y deja a cada ciudadano una esperanza razonable de servir a su patria. Pero como es en sí misma defectuosa, los grandes legisladores se han preocupado de regularla y corregirla.

Solón dispuso en Atenas que se nombrasen por elección todos los cargos militares, mientras que los senadores y jueces serían elegidos por suerte. Igualmente quiso que se asignaran por elección las magistraturas civiles que exigían un gran gasto, mientras que las restantes se asignarían por sorteo. Pero para corregir la suerte estableció que sólo se pudiera elegir entre los que se presentasen, que el electo fuese examinado por los jueces¹⁰ y que cualquiera pudiese acusarle de indignidad para el cargo¹¹. Este sistema participaba a la vez de la suerte y de la elección. Cuando acababa el período de la magistratura, debía sufrir otro examen sobre su manera de

⁶ Lib. I.

⁷ Lib. IV, art. 15 y sigs.

⁸ Véase en las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*, cap. IX, cómo se conservó en la república el espíritu de Servio Tulio.

⁹ Dionisio de Halicarnaso, *Elogio de Isócrates*, p. 92, t. II, edición de Wecheliuss, Pollux, Lib. VIII, cap. X, art. 130.

¹⁰ Véase el discurso de Demóstenes, *De falsa legat.*, y el discurso contra Timarco.

¹¹ Se sacaban hasta dos cédulas para cada plaza: una daba la plaza y la otra nombraba al que debía suceder en caso de que el primero fuese rechazado.

proceder. De este modo los incapacitados para tales funciones sentirían una gran repugnancia a dar sus nombres para entrar en el sorteo.

La ley que determina la forma de dar las cédulas de votación es otra ley fundamental en la democracia. La cuestión es si la votación debe ser pública o secreta. Cicerón¹² opina que las leyes¹³ que la convirtieron en secreta, en los últimos tiempos de la República romana, fueron una de las causas principales de su caída. La práctica es distinta en cada república; he aquí lo que creo se debe pensar:

Sin duda, cuando el pueblo da sus votos éstos deben ser públicos¹⁴, cosa que debe considerarse como una ley fundamental de la democracia. Es preciso que el pueblo esté informado por los principales y contenido por la gravedad de ciertos personajes. Por eso en la República romana todo se perdió cuando las votaciones se hicieron secretas, pues ya no fue posible orientar al populacho descaminado. Pero cuando el cuerpo de los nobles emite los sufragios¹⁵ en una aristocracia, o el senado en una democracia¹⁶, todo secreto sería poco en el momento de la votación, ya que se trata en este caso de prevenir intrigas.

La intriga es tan peligrosa en un senado como en un cuerpo de nobles; no lo es, sin embargo, en el pueblo, cuya característica es obrar con pasión. En los Estados en los que no participa en el gobierno, el pueblo se apasionará por un actor como lo hubiera hecho por los asuntos públicos. La desgracia de una república no es que en ella no haya intrigas, cosa que ocurre cuando se corrompe al pueblo con dinero: entonces se interesa por el dinero, pero no por los negocios públicos, y espera tranquilamente su salario sin preocuparse del gobierno ni de lo que en él se trata.

Otra ley fundamental de la democracia es que sólo el pueblo debe hacer las leyes. Hay, sin embargo, mil ocasiones en que se hace necesario que el senado pueda estatuir. A veces incluso es conveniente probar una ley antes de establecerla. Las constituciones de Roma y de Atenas eran muy sabias a este respecto: las decisiones del senado¹⁷ tenían fuerza de ley durante un año, y sólo se hacían perpetuas por la voluntad del pueblo.

¹² Lib. I y III de las *Leyes*.

¹³ Se llamaban leyes tabularias. A cada ciudadano se le daban dos tablillas o boletines: el primero marcado con una A, que quería decir antiguo, y la otra con una U y una R, que significaban *uti rogas*.

¹⁴ En Atenas se levantaban las manos.

¹⁵ Como en Venecia.

¹⁶ Los treinta tiranos de Atenas dispusieron que los sufragios de los Areopagitas fueran públicos, con el fin de dirigirlos a su antojo, Lisias, *Discurso contra Agorat*, cap. VIII.

¹⁷ Véase Dionisio de Halicarnaso, lib. IV y IX.

3. De las leyes relativas a la naturaleza de la aristocracia

El poder soberano está en la aristocracia en manos de un cierto número de personas que elaboran las leyes y las hacen cumplir; el resto del pueblo es, con respecto a ellas, lo que en la monarquía son los súbditos con respecto al monarca.

En este caso no debe hacerse la elección por suerte, ya que, de hacerlo así, no habría más que inconvenientes. En efecto, en un gobierno en el que ya existen las distinciones más dolorosas, no se haría uno menos odioso al ser elegido por la suerte: en estas personas se envidia al noble y no al magistrado.

Cuando los nobles son muchos, es necesario un senado que regule los asuntos sobre los que no pudiera decidir el cuerpo de nobles, y que prepare aquellos sobre los que decide. Cuando esto ocurre puede decirse que la aristocracia está, en cierto modo, en el senado, y la democracia en el cuerpo de los nobles, quedando el pueblo reducido a la nada.

Sería una gran cosa que, por algún medio indirecto, se hiciera salir al pueblo de la postergación en que se encuentra en la aristocracia: así, en Génova, la banca de San Jorge, administrada en gran parte por los principales del pueblo¹⁸, le da cierta influencia en el gobierno, cosa que contribuye de manera definitiva a su prosperidad.

Los senadores no deben tener el derecho de proveer las vacantes en el senado. Nada contribuiría tanto como esto a perpetuar los abusos. En Roma, que fue en los primeros tiempos una especie de aristocracia, el senado no se suplía a sí mismo, sino que los nuevos senadores eran nombrados por los censores¹⁹.

Si a un ciudadano de una república se le da de pronto una autoridad excesiva, se da lugar a una monarquía o a algo más grave. En la monarquía, las leyes han previsto la constitución o se han ajustado a ella: el principio del gobierno supone la existencia del monarca; pero en una república en la que un ciudadano consigue un poder exorbitante²⁰, el abuso que de él hace es mayor porque las leyes, que no lo han previsto, nada han dispuesto para contenerlo.

Tenemos la excepción a esta regla cuando la constitución del Estado es tal que necesita una magistratura con un poder excesivo. Es el caso de Roma con sus dictadores, o el de Venecia con sus inquisidores de Estado,

¹⁸ Véase M. Addison, *Viajes a Italia*, p. 16.

¹⁹ Al principio los nombraban los cónsules.

²⁰ Esta fue la causa de la caída de la República romana. Véanse las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*, cap. XIV y XVI.

magistraturas terribles que devuelven la libertad al Estado actuando con violencia. Pero ¿a qué se debe que dichas magistraturas sean tan diferentes en ambas repúblicas? Roma defendía contra el pueblo los restos de su democracia, mientras que Venecia se sirve de los inquisidores de Estado para mantener su aristocracia contra los nobles. De aquí que en Roma la dictadura debía durar poco, pues el pueblo obra por su fogosidad y no por sus designios; habría que ejercer esta magistratura con esplendor, pues se trataba de intimidar al pueblo, no de castigarle; era preciso crear un dictador para un solo negocio, y que su autoridad fuese ilimitada sólo por esta razón de dicho negocio, pues siempre se le nombraba para un caso imprevisto.

Por el contrario, en Venecia se requiere una magistratura permanente que pueda formular designios, perseverar en ellos, suspenderlos o reanudarlos; una magistratura en la que la ambición de uno solo se convierta en la de una familia, y la ambición de una familia en la de muchas. Se requiere una magistratura secreta, porque los delitos que castiga, siempre ocultos, se esconden en el secreto y en el silencio. Esta magistratura debe tener una inquisición general porque no tiene que cortar males conocidos, sino prevenir incluso los que no se conocen. Finalmente se establece para vengar crímenes de que sospecha, mientras que la primera se valía más de las amenazas que de los castigos, en delitos incluso confesados por sus autores.

En toda magistratura hay que compensar la magnitud del poder con la brevedad de su duración. La mayor parte de los legisladores han fijado en un año esta duración. Más larga, sería peligrosa; más corta, sería contra la naturaleza de la cosa en sí. ¿Quién querría gobernar en estas condiciones sus asuntos domésticos? En Ragusa²¹, el jefe de la república cambia cada mes, los demás oficiales cada semana y el gobernador del castillo todos los días. Esto sólo puede practicarse en una república pequeña²² rodeada de potencias formidables que podrían sobornar fácilmente a los pequeños magistrados.

La mejor aristocracia es aquella en la que el sector del pueblo que no interviene en el poder es tan pequeño y tan pobre que el sector dominante no tiene interés en oprimirle. Así, cuando Antipatro²³ dispuso en Atenas que los que no tuviesen dos mil dracmas quedasen excluidos del derecho de votar, dio origen a la mejor aristocracia posible, porque esta cuota era tan pequeña que no excluía más que a un reducido número de ciudadanos, y, desde luego, a nadie que gozara de alguna consideración en la ciudad.

²¹ *Viajes*, de Tournefort.

²² En Lucca los magistrados se nombran sólo para dos meses.

²³ Diodoro, lib. XVIII, p. 601, edición de Rhodoman.

Así, pues, las familias aristocráticas deben ser pueblo en la medida en que esto sea posible. La aristocracia será más perfecta cuanto más se acerque a la democracia; cuanto más se acerque a la monarquía, será menos perfecta. La más imperfecta es aquella en que el sector del pueblo que obedece es civilmente esclavo del que manda, como la aristocracia de Polonia, donde los campesinos son esclavos de la nobleza.

4. De las leyes en relación con la naturaleza del gobierno monárquico

Los poderes intermedios, subordinados y dependientes, constituyen la naturaleza del gobierno monárquico, es decir, de aquel gobierno en que uno solo gobierna por medio de leyes fundamentales.

He hablado de los poderes intermedios, subordinados y dependientes, porque, en efecto, el príncipe es en la monarquía el origen de todo poder político y civil. Las leyes fundamentales suponen necesariamente ciertos conductos intermedios por donde fluya el poder, pues si en el Estado no hubiera más que la voluntad momentánea y caprichosa de uno solo, nada podría tener fijeza y, por consiguiente, no habría ninguna ley fundamental.

El poder intermediario subordinado más natural es el de la nobleza, que forma parte en cierto modo de la esencia de la monarquía, cuya máxima fundamental es: sin monarca no hay nobleza, sin nobleza no hay monarca, sino déspota.

En ciertos Estados de Europa, algunos han creído abolir todas las justicias señoriales sin darse cuenta de que querían hacer lo que hizo el Parlamento inglés. Si abolimos las prerrogativas de los señores, del clero, de la nobleza y de las ciudades en una monarquía, pronto tendremos un Estado popular o un Estado despótico.

Desde hace varios siglos los tribunales de un gran Estado europeo pretenden acabar con la jurisdicción patrimonial de los señores y con la eclesiástica. No queremos censurar a magistrados tan sabios, pero señalamos el hecho para que se examine hasta qué punto puede esto cambiar la constitución.

No me aferro a los privilegios eclesiásticos, pero me gustaría que se fijara de una vez su jurisdicción. No se trata de saber si tal jurisdicción se estableció con razón, sino de saber si está establecida, si forma parte de las leyes del país y si es en todas partes relativa, si entre dos poderes que se reconocen como independientes las condiciones deben ser recíprocas, y si no es igual para un buen súbdito defender la justicia del príncipe o los límites que en todo tiempo se ha prescrito ella misma. El poder del clero es

tan peligroso en una república, como conveniente en una monarquía, sobre todo en las que van hacia el despotismo. ¿Qué sería de España y de Portugal desde el momento en que perdieron sus leyes, si no fuera por esta potencia, la única que contiene al poder arbitrario? Cuando no hay otra, ésta es siempre buena, pues como el despotismo causa a la naturaleza humana daños terribles, aquello que la limita será bueno, aunque en sí sea malo. Del mismo modo que el mar, cuando parece que va a cubrir toda la tierra, se detiene ante la hierba y las arenas de la orilla, así los monarcas cuyo poder nos parece ilimitado, se detienen ante los obstáculos más pequeños y someten su orgullo natural a las quejas y a las súplicas.

Para favorecer la libertad, los ingleses han suprimido todas las potencias intermediarias que formaban su monarquía. Tienen razón conservando la libertad ya que, si la perdieran, serían uno de los pueblos más esclavos de la tierra.

[...]

No basta que en una monarquía haya clases intermedias; se precisa además un depósito de leyes que sólo pueden residir en los cuerpos políticos, los cuales anuncian las leyes cuando se hacen y las recuerdan cuando se olvidan. La ignorancia propia de la nobleza, su falta de cuidado, su desprecio por el gobierno civil, exigen la existencia de un cuerpo que haga salir las leyes del polvo que las sepulta sin cesar. El consejo del príncipe no es un depósito conveniente, pues es, por su naturaleza, el depositario de la voluntad momentánea del príncipe, que ejecuta, y no el depositario de las leyes fundamentales. Además, el consejo del monarca cambia continuamente, no es permanente y no puede, por tanto, ser numeroso; así, pues, no cuenta con la suficiente confianza del pueblo, por lo cual no está preparado para orientarle en los momentos difíciles ni para hacerle volver a la senda de la obediencia.

En los Estados despóticos, donde no hay leyes fundamentales, tampoco hay depósito de las leyes. De aquí que en estos países la religión tenga normalmente tanta fuerza, ya que es una especie de depositaria y, al mismo tiempo, representa lo permanente. Y si no es la religión, se veneran las costumbres en lugar de las leyes.

5. De las leyes relativas a la naturaleza del Estado despótico

Como consecuencia de la naturaleza del poder despótico, el hombre que lo ejerce lo hace ejercer igualmente a uno solo. Un hombre a quien sus cinco sentidos le dicen continuamente que él es todo y que los demás no son nada es, naturalmente, perezoso, ignorante, sensual y, por consiguiente,

abandonará los negocios de Estado. Pero si los confiase a varias personas, habría disputas e intrigas para ver quién sería el primer esclavo. El príncipe se vería obligado a hacerse cargo de la administración. Así, pues, le resulta más fácil abandonarla en manos de un visir²⁴ que tendrá en principio el mismo poder que él. La existencia de un visir es en este Estado una ley fundamental.

Se cuenta que un Papa electo, convencido de su incapacidad, opuso al principio grandes dificultades, pero aceptó al fin y entregó a un sobrino suyo la dirección de todos los asuntos. Y se admiraba diciendo: “Nunca hubiera creído que esto era tan fácil”. Lo mismo ocurre con los príncipes de Oriente. Cuando para colocarlos en el trono los sacan de la prisión donde los eunucos les han debilitado el corazón y el entendimiento, dejándoles a veces en la ignorancia de su propio estado, quedan al principio aturridos. Pero en cuanto nombran un visir y se entregan en su serrallo a las pasiones más brutales, en cuanto consiguen sus caprichos más estúpidos en medio de una corte sometida, nunca hubieran creído que todo era tan fácil.

Cuanto más extenso es el imperio, más crece el serrallo, y, por tanto, más se embriaga el príncipe de placeres. Así, pues, en estos Estados. Cuantos más pueblos tiene que gobernar el príncipe menos piensa en el gobierno, y cuanto más importantes son los negocios de Estado, menos se delibera sobre ellos.

Libro III: De los principios de los tres gobiernos

1. Diferencia entre la naturaleza del gobierno y su principio

Después de haber examinado cuáles son las leyes relativas a la naturaleza de cada gobierno, hay que examinar cuáles lo son a su principio.

La diferencia²⁵ entre la naturaleza del gobierno y su principio es la siguiente: la naturaleza es lo que le hace ser tal; el principio lo que le hace actuar; la naturaleza es su estructura particular; el principio, las pasiones humanas que le ponen en movimiento.

Ahora bien: las leyes no deben ser menos relativas al principio de cada gobierno que a su naturaleza. Hay que buscar, pues, cuál es dicho principio, cosa que voy a hacer en este libro.

²⁴ Los reyes de Oriente tienen siempre visires, dice M. Chardin.

²⁵ Esta distinción es de suma importancia, y de ella sacaré muchas consecuencias, pues es la clave de infinidad de leyes.

2. Del principio de los diversos gobiernos

He dicho que la naturaleza del gobierno republicano consiste en que el pueblo en cuerpo, o ciertas familias, tenga el poder soberano. La del gobierno monárquico, en que el príncipe tenga el poder soberano, pero que lo ejerza según las leyes establecidas. La del gobierno despótico, en que gobierne uno solo según su voluntad y capricho. No necesito más para encontrar los tres principios, puesto que se derivan, naturalmente, de todo lo dicho. Empezaré por el gobierno republicano y hablaré primeramente del democrático.

3. Del principio de la democracia

No es menester mucha probidad para que un gobierno monárquico o un gobierno despótico se mantengan o se sostengan. En uno, la fuerza de las leyes, y en otro, el brazo del príncipe siempre levantado, bastan para regular y ordenar todo. Pero en un estado popular es necesario un resorte más: la virtud.

Lo que digo está confirmado por la historia y es conforme a la naturaleza de las cosas. Es evidente que en una monarquía se necesita menos virtud que en un gobierno popular, ya que en una monarquía el que hace observar las leyes está por encima de ellas mientras que en el gobierno popular se siente sometido a ellas y sabe que ha de soportar todo su peso.

Es evidente también que el monarca que, por mal consejo o por negligencia, descuida el cumplimiento de las leyes, puede fácilmente reparar el mal con sólo cambiar de consejo o corregirse de su negligencia. Pero cuando en un gobierno popular las leyes dejan de cumplirse, el Estado está ya perdido, puesto que esto sólo ocurre como consecuencia de la corrupción de la república.

Fue un bello espectáculo ver los esfuerzos impotentes de los ingleses en el siglo pasado, para establecer entre ellos la democracia. Como los que participaban en los negocios carecían de virtud, como su ambición se exasperaba por el éxito del más osado²⁶ y como el espíritu de una facción sólo estaba reprimido por el de otra, el gobierno cambiaba sin cesar. El pueblo, asombrado, buscaba la democracia sin encontrarla en parte alguna. Por fin,

²⁶ Cromwell.

después de muchos movimientos, choques y conmociones, hubo que descansar en el mismo gobierno que antes se había proscrito.

Cuando Sila quiso devolver la libertad a Roma, ésta ya no pudo recibirla porque no le quedaba más que un débil resto de virtud; y como cada vez tenía menos, en lugar de despertar después de César, Tiberio, Cayo, Claudio, Nerón o Domiciano, se fue haciendo cada día más esclava: todos los golpes recayeron sobre los tiranos, ninguno sobre la tiranía.

Los políticos griegos, que vivían en un gobierno popular, no reconocían más fuerza para sostenerlo que la virtud. Los políticos de hoy no nos hablan más que de fábricas, de comercio, de finanzas, de riquezas e incluso de lujo.

Cuando la virtud deja de existir, la ambición entra en los corazones capaces de recibirla y la codicia se apodera de todos los demás. Los deseos cambian de objeto: lo que antes se amaba, ya no se ama; si se era libre con las leyes, ahora se quiere ser libre contra ellas; cada ciudadano es como un esclavo escapado de la casa de su amo; se llama rigor a lo que era máxima; se llama estorbo a lo que era regla; se llama temor a lo que era atención. Se llama avaricia a la frugalidad y no al deseo de poseer. Antes, los bienes de los particulares constituían el tesoro público, pero en cuanto la virtud se pierde, el tesoro público se convierte en patrimonio de los particulares. La república es un despojo y su fuerza ya no es más que el poder de algunos ciudadanos y la licencia de todos.[...]

4. Del principio de la aristocracia

Del mismo modo que la virtud es necesaria en el gobierno popular, lo es también en la aristocracia. Pero, a decir verdad, en ésta no se requiere de manera tan absoluta.

El pueblo que es con respecto a los nobles lo que los súbditos son con respecto al monarca, está contenido por sus leyes. Necesita, pues, menos virtud que el pueblo de una democracia. Pero ¿cómo se contendrá a los nobles? Los encargados de hacer cumplir las leyes contra sus colegas se darán cuenta de que actúan contra ellos mismos. La virtud es, pues, necesaria en este cuerpo, por la naturaleza de la constitución.

El gobierno aristocrático tiene de suyo una fuerza de la que carece la democracia. Los nobles forman un cuerpo que, por sus prerrogativas y por su interés particular, reprime al pueblo: a este respecto, basta que haya leyes, para que sean cumplidas.

Pero en la medida en que a este cuerpo le es fácil reprimir a los demás, le es igualmente difícil reprimirse a sí mismo²⁷. La naturaleza de esta constitución es tal que parece someter a los hombres al poder de las leyes, al tiempo que los retira de él. Ahora bien, semejante cuerpo no puede reprimirse más que de dos maneras: con una gran virtud que haga que los nobles se consideren en cierto modo iguales a su pueblo, cosa que podría dar paso a una gran república, o con una virtud menor, una cierta moderación que haga a los nobles al menos iguales entre sí, lo cual conduce a su propia conservación.

La moderación es, pues, el alma de estos gobiernos, entendiéndolo por moderación la que está basada sobre la virtud, y no la que procede de la cobardía o de la pereza de ánimo.

5. La virtud no es el principio del gobierno monárquico

En las monarquías, la política promueve grandes cosas con el mínimo de virtud posible, del mismo modo que en las más bellas máquinas el arte emplea tan pocos movimientos, fuerzas o ruedas como sea posible.

El Estado subsiste con independencia del amor a la patria, del deseo de gloria auténtica, de la renuncia a sí mismo, del sacrificio de los más caros intereses y de todas aquellas virtudes heroicas que encontramos en los antiguos y de las que sólo hemos oído hablar. Las leyes sustituyen a todas estas virtudes que son innecesarias porque el Estado dispensa en ellas: una acción que se realiza en éste sin estrépito no tiene, en cierto modo, consecuencias.

Aunque todos los delitos son públicos por naturaleza, se distinguen, sin embargo, los delitos verdaderamente públicos de los delitos privados, llamados así porque ofenden más a un particular que a la sociedad entera. Ahora bien: en las repúblicas, los delitos privados son más públicos, es decir, van contra la constitución del Estado más que contra los particulares. En las monarquías, los delitos públicos entran en el campo de los privados porque van contra los intereses particulares más que contra la propia constitución del Estado.

Suplico que nadie se ofenda por lo que he dicho: digo lo que me dicta la historia. Sé muy bien que no es raro encontrar príncipes virtuo-

²⁷ Podrán ser castigados los delitos públicos porque conciernen a todos, pero no los delitos particulares, porque lo que interesa a todos es que no se castiguen.

sos, pero sostengo que es muy difícil que el pueblo lo sea en una monarquía²⁸. Léase lo que los historiadores de todos los tiempos han dicho sobre la corte de los monarcas; recuérdense las conversaciones de gentes de todos los países sobre el carácter despreciable de los cortesanos: no se trata de especulaciones, sino de una triste experiencia.

La ambición en la ociosidad, la bajeza en el orgullo, el deseo de enriquecerse sin trabajar, la aversión por la verdad, la adulación, la traición, la perfidia, el abandono de todo compromiso, el desprecio de los deberes de ciudadanos, el temor de la virtud del príncipe, la esperanza de sus debilidades y, sobre todo, el ridículo de que siempre se cubre a la virtud, constituyen a mi modo de ver el carácter de la mayoría de los cortesanos en todas partes y en todas las épocas. Ahora bien: es muy difícil que no siendo honrados la mayor parte de los ciudadanos principales de un Estado, los inferiores sean hombres de bien; que aquellos engañen y éstos se conforman con ser engañados.

El Cardenal Richelieu insinúa en su testamento político que si en el pueblo se encuentra algún desdichado hombre honrado²⁹, el monarca debe evitar servirse de él³⁰. ¡Hasta tal punto es verdad que el resorte de este gobierno no es la virtud! Ciertamente que no se excluye de él, pero no es su resorte.

6. Cómo se suple la falta de virtud en el gobierno monárquico

Voy a grandes pasos para que nadie crea que satirizo al gobierno monárquico. No; si le falta un resorte tiene, en cambio, otro: el HONOR. Es decir, que el perjuicio de cada persona y de cada condición sustituye a la virtud política de que he hablado y la representa en todo. El honor puede inspirar las más hermosas acciones y, junto con la fuerza de las leyes, puede conducir al fin del gobierno como la misma virtud.

Así, en las monarquías bien reguladas todo el mundo será más o menos buen ciudadano, pero será raro encontrar alguien que sea hombre de

²⁸ Me refiero, sobre todo, a la virtud política, que es la virtud moral en cuanto a que se encamina al bien general; un poco a las virtudes morales particulares y nada en absoluto a la virtud que se relaciona con las verdades reveladas. Aclaremos esto en el lib. V, cap. II.

²⁹ Entiéndase esto en el sentido de la nota precedente.

³⁰ Dice que no hay que servirse de gentes de origen humilde porque son demasiado austeras y difíciles. *Testamento*, cap. IV.

bien³¹, pues para serlo³² hay que tener la intención de serlo y amar al Estado más por él que por uno mismo.

7. Del principio de la monarquía

El gobierno monárquico supone, como hemos dicho, preeminencias, rangos e incluso una nobleza de origen. Por naturaleza, el honor exige preferencias y distinciones; así, pues, cuadra perfectamente en este gobierno.

La ambición es perniciosa en una república. Por el contrario, en la monarquía produce buenos efectos: da vida a este tipo de gobierno y tiene la ventaja de no ser peligrosa porque se puede reprimir constantemente. Puede decirse que ocurre aquí lo mismo que en el sistema del Universo, en el que una fuerza aleja de su centro a todos los cuerpos y otra, la de gravedad, los atrae. El honor pone en movimiento todas las partes del cuerpo político, las une en virtud de su propia acción y así resulta que cada uno se encamina al bien común cuando cree obrar por sus intereses particulares.

Verdad es que, filosóficamente hablando, el honor que dirige todas las partes del Estado es un honor falso, pero aún así, es tan útil para la cosa pública como lo sería el verdadero para los particulares que lo tuvieran. ¿Y acaso no es ya mucho obligar a los hombres a realizar toda clase de acciones difíciles y que requieren esfuerzo, sin más recompensa que la fama de dichas acciones?

8. El honor no es el principio de los Estados despóticos

El principio de los Estados despóticos no es el honor. En ellos los hombres son todos iguales en su esclavitud, y por eso no puede haber preferencias. Además el honor tiene sus leyes y sus reglas y no sabe doblegarse; depende de su propio capricho y no del ajeno, y por ello no puede encontrarse más que en Estados donde existen leyes seguras y una constitución fija.

³¹ La expresión hombre de bien se toma aquí sólo en sentido político.

³² Véase la nota 1 de la p. 129, antigua edición.

¿Cómo había de soportarlo un déspota si el honor se gloria de despreciar la vida y el déspota no tiene fuerza sino porque la puede quitar? ¿Cómo podría el honor soportar al déspota, si tiene reglas continuas y caprichos duraderos, mientras que el déspota no tiene reglas y sus caprichos destruyen a los demás?

El honor, desconocido en los Estados despóticos donde a veces no existe ni siquiera la palabra para designarlo³³, reina en las monarquías dando vida a todo el cuerpo político, a las leyes y a las mismas virtudes.

9. Del principio del gobierno despótico

Del mismo modo que la virtud es necesaria en una república y el honor en una monarquía, en un gobierno despótico es necesario el TEMOR: la virtud no se necesita y el honor sería peligroso.

El poder inmenso del príncipe pasa por entero a aquellos a quienes lo confían. Las personas capaces de estimarse mucho a sí mismas podrían fácilmente provocar revoluciones. Es preciso, pues, que el temor tenga todos los ánimos abatidos y extinga hasta el menor sentimiento de ambición.

Un gobierno moderado puede aflojar sus resortes cuando quiera sin peligro, pues seguiría manteniéndose por sus leyes y por su propia fuerza. Pero cuando en un gobierno despótico el príncipe deja un instante de levantar el brazo, cuando no puede reducir a la nada en un momento a los que ocupan los puestos principales³⁴, todo está perdido. Si falta el temor que es el resorte del gobierno, el pueblo ya no tiene protector. [...]

10. Diferencia de la obediencia en los gobiernos moderados y en los despóticos

En los Estados despóticos, la naturaleza del gobierno requiere una obediencia sin límite, de tal modo que, una vez conocida la voluntad del príncipe, ésta debe tener un efecto, tan infaliblemente como una bola lanzada contra otra que tiene el suyo. Y no cabe moderación, modificación o acomodo alguno, ni valen limitaciones, equivalentes, negociaciones o amo-

³³ Véase Perry, p. 447.

³⁴ Como ocurre con frecuencia en la aristocracia militar.

nestaciones, ni es posible proponer nada igual o mejor. El hombre es una criatura que obedece a otra que manda.

En estos Estados no se pueden mostrar temores sobre acontecimientos futuros, ni excusar los fracasos achacándolos a los caprichos de la suerte; el patrimonio de los hombres es, como el de los animales, el instinto, la obediencia y el castigo. De nada sirve oponer los sentimientos naturales, el respeto filial, el amor por la mujer y los hijos, las leyes del honor o el estado de salud: la orden se ha recibido y eso basta. [...]

Libro IV: Las leyes de la educación deben estar en relación con el principio de gobierno

1. De las leyes de la educación

Las leyes de la educación son las primeras que recibimos, y como nos preparan para ser ciudadanos, cada familia particular debe gobernarse conforme al plan de la gran familia que comprende a todas.

Si el pueblo en general tiene un principio, las partes que lo componen, o sea las familias, lo tendrán igualmente. Las leyes de la educación serán pues distintas en cada tipo de gobierno: en las monarquías tendrán por objeto el honor; en las repúblicas, la virtud, y en el despotismo, el temor.

2. De la educación en las monarquías

En las monarquías la educación principal no se recibe en los establecimientos públicos dedicados a la instrucción de la infancia, sino que no empieza, por decirlo así, hasta que el individuo entra en el mundo. El mundo es la escuela del honor, maestro universal que debe guiarnos por todas partes.

[...]

Así pues, el honor tiene sus reglas supremas, a las cuales debe ajustarse la educación³⁵. Las principales son: nos está permitido tener en cuenta nuestra fortuna, pero nos está prohibido hacerlo de nuestra vida.

³⁵ Hablamos aquí de lo que es y no de lo que debe ser: el honor es un prejuicio que la religión procura destruir una vez y dirigir otras.

La segunda es que una vez situados en un rango determinado, no debemos hacer ni soportar nada que pueda hacernos aparecer como inferiores.

La tercera es que las cosas que el honor prohíbe están prohibidas con más rigor cuando las leyes no las proscriben, y que las que exige, se exigen con más fuerza cuando las leyes no las requieren.

3. De la educación en el gobierno despótico

La obediencia extremada supone ignorancia en el que obedece, pero también en el que gobierna, pues no tiene que deliberar, dudar ni razonar; le basta querer.

En los Estados despóticos, cada casa es un imperio aislado. La educación, que consiste principalmente en vivir con los demás, es pues muy limitada, reduciéndose a llenar de temor el corazón y a dar algunos conocimientos muy sencillos de religión. El saber es peligroso, la emulación funesta, y en lo que respecta a las virtudes, simplifica la educación en semejantes gobiernos.

Así pues, la educación es aquí prácticamente nula. Hay que quitarlo todo para dar algo, y empezar por hacer un mal súbdito para hacer un buen esclavo.

5. De la educación en el gobierno republicano

En el gobierno republicano se necesita de todo el poder de la educación. En los gobiernos despóticos, el temor nace por sí mismo de las amenazas y los castigos; en la monarquía el honor se ve favorecido por las pasiones que a su vez favorece; pero la virtud política es la renuncia de uno mismo, cosa que siempre resulta penosa.

Se puede definir esta virtud como el amor a las leyes y a la patria. Dicho amor requiere una preferencia continua del interés público sobre el interés de cada cual; todas las virtudes particulares que no son más que dicha preferencia vienen por añadidura.

Este amor afecta principalmente a las democracias. Sólo en ellas se confía el gobierno a cada ciudadano. Ahora bien el gobierno es como todo el mundo: para conservarlo hay que amarlo.

Nunca se oyó decir que los reyes no amasen la monarquía o que los déspotas odiasen el despotismo.

Todo depende, pues, de instaurar ese amor en la república, y precisamente la educación debe atender a inspirarlo. Hay un medio seguro para que los niños puedan adquirirlo y es que sus propios padres lo posean. [...]

**Libro V:
Las leyes que da el legislador deben estar en relación
con el principio de gobierno**

1. Idea de este libro

[...]

La relación de las leyes con el principio pone en tensión todos los resortes del gobierno, al mismo tiempo que el principio recibe nueva fuerza, así como en el movimiento físico la acción va seguida siempre de la reacción.

2. Qué se entiende por virtud en el Estado político

La virtud en una república es sencillamente el amor a la república. No es un conjunto de conocimientos, sino un sentimiento que puede experimentar el último hombre del Estado tanto como el primero. Cuando el pueblo se rige por buenas máximas, se atiene a ellas durante más tiempo que las llamadas gentes distinguidas. Es raro que la corrupción empiece por el pueblo, pues a menudo la escasez de sus luces le liga más estrechamente a lo establecido.

El amor a la patria conduce a la pureza de costumbres, y a la inversa, la pureza de costumbres lleva al amor a la patria. En la medida en que podemos satisfacer menos nuestras pasiones particulares, nos entregamos más a las generales. ¿Por qué los monjes tienen tanto cariño a su Orden? Precisamente por lo que tiene de insoportable. Su Regla les priva de todo aquello en que se apoyan las pasiones comunes; así pues, sólo les queda la pasión por la Regla que les aflige. Cuanto más austera es, es decir, cuantas más inclinaciones cercena, con más fuerza crecerán las restantes.

3. Qué se entiende por amor a la república en la democracia

El amor a la república en la democracia es amor a la democracia, y éste es amor a la igualdad.

Es además amor a la frugalidad. Cada cual debe gozar de la misma felicidad y de las mismas ventajas, disfrutar de los mismos placeres y tener las mismas esperanzas, lo cual sólo puede conseguirse mediante la frugalidad general.

El amor a la igualdad, en la democracia, limita la ambición al único deseo, a la única felicidad de prestar a la patria servicios mayores que los demás ciudadanos. No todos pueden presentarle servicios iguales, pero todos deben presentárselos. Al nacer se contrae con ella una deuda inmensa que jamás puede ser saldada.

Por eso en la democracia las distinciones nacen del principio de la igualdad, aun cuando parezca suprimida por servicios excepcionales o por talentos superiores.

El amor a la frugalidad reduce el deseo de poseer al ciudadano que requiere lo necesario para la familia e incluso lo superfluo para la patria. Las riquezas dan un poder del que un ciudadano no puede usar en su propio provecho, pues entonces no habría igualdad. Igualmente proporciona delicias de las que no debe disfrutar porque irían también en contra de la igualdad.

Así pues, las buenas democracias, al establecer la frugalidad doméstica, abrían las puertas a los gastos públicos, como se hizo en Atenas y en Roma. En tal caso la magnificencia y la profusión nacían del fondo de la misma frugalidad; y del mismo modo que la religión ordena que se tengan las manos puras para ofrecer sacrificios a los dioses, las leyes requerían costumbres frugales para que se pudiese dar algo a la patria.

El buen sentido y la felicidad de los particulares reposa en gran parte en la medianía de sus talentos y de sus fortunas. Una república donde las leyes hubieran creado muchos individuos mediocres, compuesta de personas prudentes, sería gobernada sabiamente; compuesta por hombres dichosos, sería muy feliz.

4. Cómo se inspira el amor a la igualdad y a la frugalidad

Cuando se vive en una sociedad en la que las leyes han establecido la igualdad y la frugalidad, estas mismas virtudes son el excitante del amor que nace por ellas.

En las monarquías y en los Estados despóticos nadie aspira a la igualdad; ni siquiera se le ocurre a nadie semejante idea; cada individuo tiende a la superioridad. Las personas de más baja condición sólo desean salir de ella para ser dueños de los demás.

Lo mismo ocurre con la frugalidad: para amarla hay que disfrutar de ella. Los que están corrompidos por los placeres no serán ciertamente los que apetezcan la vida frugal, y si esto fuese natural y corriente, Alcibiades no hubiera sido de la admiración de todo el mundo. Tampoco amarán la frugalidad aquellos que envidian o admiran el lujo de los demás: las personas que no tienen ante los ojos más que hombres ricos, o miserables como ellos, detestan su miseria sin amar ni conocer lo que constituye el fin de dicha miseria.

Es pues una máxima verdadera que para que se ame la igualdad y la frugalidad en una república es preciso que las leyes las hayan establecido. [...]

8. Cómo deben ser las leyes para estar en relación con el principio del gobierno en la aristocracia

Si el pueblo es virtuoso en la aristocracia, disfrutará de la dicha del gobierno popular y el Estado se hará poderoso. Pero como es raro que haya mucha virtud allí donde las fortunas de los hombres son tan desiguales, es indispensable que las leyes tiendan a infundir, tanto como sea posible, el espíritu de la moderación, y se encaminen a restablecer la igualdad que la constitución del Estado suprime necesariamente.

El espíritu de moderación es lo que se llama virtud en la aristocracia y equivale al espíritu de igualdad en el Estado popular.

Si el fausto y esplendor que rodean a los reyes forman parte de su poder, la modestia y la sencillez de maneras constituyen la fuerza de los nobles aristócratas³⁶. Cuando no alardean de ninguna distinción, cuando se confunden con el pueblo, cuando se visten como él, cuando le hacen compartir todos sus placeres, el pueblo olvida su debilidad.

Cada gobierno tiene su naturaleza y su principio. La aristocracia no debe, pues, adoptar el principio de la monarquía, cosa que ocurriría si los nobles tuviesen prerrogativas personales y particulares, distintas de las que tienen como cuerpo. Los privilegios deben ser para el senado, y el respeto para los senadores.

Hay dos fuentes principales de desorden en los Estados aristocráticos: la desigualdad extrema entre los gobernantes y los gobernados y la

³⁶ En nuestros días, los venecianos, que en muchas ocasiones han obrado con mucho juicio, resolvieron sobre una disputa entre un veneciano y un hidalgo de tierra firme por la precedencia en una iglesia, de la manera siguiente: fuera de Venecia el noble veneciano no tenía ninguna preeminencia sobre otro ciudadano.

desigualdad entre los distintos miembros del cuerpo que gobierna. De estas desigualdades resultan odios y envidias que las leyes deben evitar.

La primera desigualdad se da cuando los privilegios de los principales no son honoríficos, sino en la medida en que rebajan al pueblo. Tal fue en Roma la ley que prohibía a los patricios unirse en matrimonio a los plebeyos³⁷. Esta ley no tenía más efecto que ensoberbecer a los patricios al mismo tiempo que los hacía más odiosos. Los tribunos supieron sacar provecho de esta situación en sus Arengas.

Esta desigualdad se dará también si la condición de los ciudadanos es diferente en lo que atañe a los impuestos. Pueden darse cuatro casos: que los nobles se tomen el privilegio de no pagarlos; que se valgan de fraudes para verse exentos de ellos³⁸; que se los apropien con el pretexto de retribución o sueldo por los empleos que ejercen; finalmente, que conviertan al pueblo en tributario y se repartan los impuestos que recauden. Este último caso es raro, pero una aristocracia así sería el más duro de todos los gobiernos.

Durante el tiempo que Roma se rigió como una aristocracia, evitó muy bien estos inconvenientes. Los magistrados no cobraban sueldos por sus cargos; los principales de la república pagaban tributo como los demás, incluso pagaban más, y a veces con carácter exclusivo; por último, lejos de repartirse las rentas del Estado, distribuían al pueblo, para hacerse perdonar sus honores, todo lo que podían sacar del tesoro público y todas las riquezas que les había dado la fortuna³⁹.

Es una máxima fundamental que, en la misma medida en que distribuir bienes al pueblo tiene efectos perniciosos en la democracia, los tiene buenos, sin embargo, en el gobierno aristocrático. En el primer caso se hace perder el espíritu ciudadano, en el segundo se conduce a él.

Si no se distribuyen las rentas al pueblo hay que hacerle ver que están bien administradas: mostrárselas es, en cierto modo, hacérselas disfrutar. La cadena de oro que se exponía en Venecia, las riquezas que se llevaban a Roma en los triunfos, los tesoros que se guardaban en el templo de Saturno eran en verdad las riquezas del pueblo.

Es, sobre todo, esencial en la aristocracia que los nobles no recauden los tributos.

Es preciso que las leyes les prohíban también el comercio: mercaderes tan acreditados implantarían toda clase de monopolios. El comercio es

³⁷ Los decenviros las pusieron en las dos últimas tablas. Véase Dionisio de Halicarnaso, lib. X.

³⁸ Como en algunas aristocracias de nuestros días. Nada debilita tanto al Estado.

³⁹ Véase en Estrabon, lib. XIV, cual fue la actuación de los rodios a este respecto.

profesión de gentes iguales. Los Estados despóticos más desdichados son aquellos cuyo príncipe es mercader.

Las leyes deben emplear los medios más eficaces para que los nobles administren justicia al pueblo. Si no han establecido un tribuno, las mismas leyes tienen que hacer el papel de tribuno.

Deben además mortificar en todo momento el orgullo del dominio. Tiene que haber, temporalmente o para siempre, un magistrado que haga temblar a los nobles, como los éforos en Lacedemonia y los inquisidores de Estado en Venecia, magistraturas que no están sometidas a ninguna formalidad. Este gobierno necesita resortes muy violentos. En Venecia, una boca de piedra⁴⁰ está abierta para todo delator: se diría que es la boca de la tiranía.

Las leyes deben suprimir el derecho de primogenitura entre los nobles⁴¹ para que las fortunas tiendan siempre a la igualdad por la partición continua de las sucesiones.

9. Cómo han de ser las leyes para que guarden relación con su principio en la monarquía

Puesto que el honor es el principio de este gobierno, las leyes deben referirse a él.

Deben esforzarse por sostener la nobleza de quien el honor es, por decirlo así, el padre y el hijo al mismo tiempo.

Deben hacerla hereditaria, no para que sea el límite entre el poder del príncipe y la debilidad del pueblo, sino el vínculo entre ambos.

[...]

Las tierras nobles tendrán privilegios como las personas. No se puede separar la dignidad de un monarca de la del reino, como tampoco la dignidad de un noble de la de su feudo.

[...]

En las monarquías puede estar permitido el dejar la mayor parte de los bienes a uno solo de los hijos: esta medida es buena sólo en este tipo de gobierno. [...]

⁴⁰ Los delatores depositan en ella sus cartas.

⁴¹ Véase Tito Livio, lib. XLIX. Un censor no podía ser molestado por otro: cada uno redactaba su nota sin pedir parecer a su colega; cuando se hizo de otro modo, se acabó con la censura.

10. De la prontitud de la ejecución en la monarquía

El gobierno monárquico tiene una gran ventaja sobre el republicano: como una sola persona lleva todos los asuntos, hay más prontitud en la ejecución. Pero como esta prontitud podría degenerar en apresuramiento, las leyes exigirán cierta lentitud, pues no sólo deben favorecer a la naturaleza de cada constitución, sino también remediar los abusos que podrían resultar de dicha naturaleza.

[...]

¿Qué hubiera sido de la monarquía más perfecta del mundo si los magistrados, con su lentitud, con sus quejas, con sus ruegos, no hubieran detenido el ímpetu de las virtudes de sus reyes, cuando estos monarcas, sin consultar más que a su grandeza de alma, hubieran querido recompensar sin medida los servicios prestados con un ardor y una fidelidad también sin medida?

11. De la excelencia del gobierno monárquico

El gobierno monárquico tiene una gran ventaja sobre el despótico: corresponde a su naturaleza el tener varios órdenes dependientes de la constitución, por lo cual el Estado es más fijo, la constitución más inquebrantable y la persona del que gobierna está más segura.

Cicerón⁴² opina que la instauración de los tribunos en Roma fue la salvación de la República: “en efecto —dice—, es terrible la fuerza del pueblo sin jefe. Un jefe sabe que el peso de los asuntos recae sobre él y piensa en ello, pero el pueblo, en su ímpetu, no conoce el peligro al que se lanza”. Se puede aplicar esta reflexión a un estado despótico, que es un pueblo sin tribunos, y a una monarquía, donde el pueblo tiene, en cierto modo, tribunos.

En efecto, en las conmociones del gobierno despótico vemos que el pueblo, guiado por sí mismo, lleva siempre las cosas hasta sus últimas consecuencias: los desórdenes que comete son extremos. Por el contrario, en la monarquía rara vez se da el exceso: los jefes temen por sí mismos, tienen miedo de que los abandonen; los poderes intermedios dependientes⁴³

⁴² Lib. III de las *Leyes*, cap. X. *Nimia potestas est tribunorum plebis? Quis negat? Sed vis populi multo saevior multoque vehementior, quae ducem quod habet, interdum lenior est quam si nullum haberet. Dix enim suo se periculo progredi cogitat; populi impetus periculi notionem sui non habet.*

⁴³ Véase la primera nota del libro II, cap. IV.

no quieren que el pueblo tome demasiados vuelos. Es raro que los órdenes del Estado se corrompan por entero. El príncipe depende de estos órdenes y los sediciosos que no tienen la intención ni la esperanza de derribar al Estado no pueden ni quieren derribar al príncipe.

[...]

Del mismo modo que los pueblos que viven bajo una buena legislación son más dichosos que los que viven errantes en las selvas sin norma y sin jefes, así también los monarcas que viven bajo las leyes fundamentales de su Estado son más dichosos que los príncipes despóticos, que no tienen nada que regule el corazón de sus pueblos ni el suyo propio.

12. Continuación del mismo tema

No hay que buscar la magnanimidad en los Estados despóticos, pues en ellos el príncipe no podrá dar una grandeza de la que carece: en estos Estados la gloria no existe.

En cambio, en las monarquías veremos a los súbditos en torno al príncipe recibiendo su resplandor, de modo que, ocupando cada cual mayor espacio, por así decir, puede practicar las virtudes que confieren al alma, no independencia, sino grandeza.

13. Idea del despotismo

Cuando los salvajes de Luisiana quieren fruta, cortan el árbol por su pie y la cogen⁴⁴. Esto es el gobierno despótico.

14. Cómo deben ser las leyes para que guarden relación con el principio del gobierno despótico

El gobierno despótico tiene el principio del temor; ahora bien, los pueblos tímidos, ignorantes y abatidos no necesitan muchas leyes.

Todo estriba en dos o tres ideas: no se precisa más. Cuando se amaestra a un animal se cuida de que no cambie de maestro, de lección ni de paso, y se impresiona su cerebro con dos o tres movimientos nada más.

[...]

La conservación del Estado se reduce a la conservación del príncipe o, mejor, del palacio en que está encerrado. Todo lo que no constituye una

⁴⁴ Cartas edif., tomo II, p. 315.

amenaza directa contra este palacio o contra la capital, no impresiona a los espíritus ignorantes, orgullosos e imprecavidos; no pueden prever el desarrollo de los acontecimientos, como tampoco pueden seguirlo y ni siquiera pensar en ello. La política, sus resortes y sus leyes deben ser aquí muy limitados: el gobierno político es tan sencillo como el gobierno civil⁴⁵.

Todo se reduce a conciliar el gobierno político y civil con el gobierno doméstico, los oficiales del Estado con los del serrallo.

Un Estado así estará en situación óptima cuando pueda considerarse único en el mundo, rodeado de desiertos y separado de otros pueblos a los que llamará bárbaros. Como no puede contar con la milicia, será bueno que destruya una parte de sí mismo.

Así como el principio del gobierno despótico es el temor, su fin es la tranquilidad; pero no es ésta la paz, sino el silencio de las ciudades que el enemigo va pronto a ocupar.

Como la fuerza no está en el Estado, sino en el ejército que lo ha fundado, habría que conservar el ejército para defender el Estado: pero, por otra parte, el ejército es una amenaza para el príncipe; ¿cómo conciliar, pues, la seguridad del Estado con la seguridad de su persona?

[...]

De todos los gobiernos despóticos, el que más agobia a sí mismo es aquel en que el príncipe se declara propietario de todos los terrenos y heredero de todos los súbditos: de ahí resulta invariablemente el abandono del cultivo de la tierra. Y si, por otra parte, el príncipe es mercader, perecerán todas las industrias.

En estos Estados nadie repara ni mejora nada⁴⁶: no se construyen casas más que para el tiempo que uno ha de vivir, no se hacen fosos ni se plantan árboles, se saca todo de la tierra sin devolverle nada, todo está inculto, todo está desierto. [...]

Libro VIII: De la corrupción de los principios de los tres gobiernos

1. Idea general de este libro

La corrupción de cada gobierno empieza casi siempre por la de sus principios.

⁴⁵ Según Chardin. En Persia no hay Consejo de Estado.

⁴⁶ Véase Ricaut, *Estado del Imperio otomano* (et. de 1678, en 12), p. 196.

2. De la corrupción del principio de la democracia

El principio de la democracia se corrompe no sólo cuando se pierde el sentido de la igualdad, sino también cuando se adquiere el sentido de igualdad extrema, y cuando cada uno quiere ser igual que aquellos a quienes escogió para gobernar. A partir del momento en que esto ocurre, el pueblo ya no podrá soportar el poder que él mismo confía a otros, y querrá hacer todo por sí mismo, deliberar y ejecutar en lugar del senado y de los magistrados, y despojar de sus funciones a todos los jueces.

En estas condiciones, la virtud en la república deja de existir. El pueblo, al querer ejercer las funciones de los magistrados, deja de respetarlos. Las deliberaciones del senado carecen de peso y, por consiguiente, no se tienen consideraciones para con los senadores ni para con los ancianos. Y si no se respeta a los ancianos, tampoco se respetará a los padres, no se tendrá deferencia para con los maridos, ni sumisión para con los amos. A todos les gustará esta licencia: el peso del mando fatigará, como el de la obediencia. Las mujeres, los niños, los esclavos no tendrán sumisión ante nadie. Y las buenas costumbres, el amor al orden y la virtud, desaparecerán.

En el *Banquete*, de Jenofonte, podemos ver la pintura auténtica de una república en la que el pueblo ha abusado de la igualdad. Cada convidado expone la razón por la que está contento de sí mismo, y Cármenes dice: “Estoy contento de mí por mi pobreza. Cuando era rico, tenía que adular a mis calumniadores, sabiendo que era más probable recibir algún mal de ellos, que causárselo yo; la república me pedía continuamente nuevas cargas; no podía tampoco ausentarme. Desde que soy pobre he adquirido autoridad; nadie me amenaza, sino que soy yo quien amenaza a los demás; puedo irme o quedarme según mi voluntad, los ricos se levantan y me ceden el paso; ahora soy un rey, antes era esclavo; antes pagaba un tributo a la república, ahora es ella la que me alimenta. Ya no temo perder, sólo espero adquirir”.

El pueblo cae en esta desgracia, cuando aquellos en quienes confía tratan de corromperlo para ocultar de este modo su propia corrupción. Para que el pueblo no vea su ambición, no le hablan más que de su grandeza, para que no se dé cuenta de su avaricia, halagan sin cesar la del pueblo.

La corrupción aumentará en los corruptores, pero también en los que ya están corrompidos. El pueblo se repartirá los fondos públicos, y, del mismo modo que ha unido a su pereza la gestión de los asuntos, querrá unir a su pobreza las diversiones del lujo. Pero con su pobreza y su lujo, no habrá para él más que un objetivo: el tesoro público.

No habremos de asombrarnos de que los votos se den por dinero. No se puede dar mucho al pueblo sin sacar aún más de él, pero para hacerlo hay que derribar al Estado. Cuanto más se obtiene en apariencia de su libertad, más próximo está el momento en que debe perderse. Surgen entonces pequeños tiranos que tienen los vicios de uno solo, y pronto se hace insostenible lo que resta de libertad: un tirano único se eleva por encima de todos y el pueblo pierde hasta las ventajas de la corrupción.

Así pues, la democracia tiene que evitar dos excesos: el espíritu de desigualdad, que la hará desembocar en la aristocracia, o en el gobierno de uno solo, y el espíritu de igualdad extrema, que la llevará al despotismo de uno solo, al igual que el despotismo de uno solo acaba con la conquista.

Verdad es que los que corrompieron las repúblicas griegas no se convirtieron siempre en tiranos, porque se interesaban más por la elocuencia que por el arte militar, aparte de que en el corazón de todos los griegos había un odio implacable contra los que derribaban el gobierno republicano. Por eso la anarquía degeneró en aniquilamiento, en lugar de transformarse en tiranía.

Pero Siracusa, emplazada en medio de numerosas oligarquías pequeñas, transformadas en tiranías⁴⁷, Siracusa, que tenía un senado⁴⁸ casi nunca mencionado por la Historia, tuvo que sufrir males que no acarrea la corrupción ordinaria. Dominada siempre por la licencia⁴⁹ o por la opresión, combatida tanto por su libertad como por su esclavitud que recibía alternativamente como tempestades, y siempre dispuesta para la revolución a la menor presión extranjera, a pesar de su potencia en el exterior, esta ciudad contenía en su seno un pueblo admirable que no tuvo nunca más que la cruel alternativa de escoger un tirano, o de serlo él mismo.

3. Del espíritu de igualdad extrema

El verdadero espíritu de igualdad está tan alejado del espíritu de igualdad extrema, como el cielo lo está de la tierra. El primero no consiste en arreglar las cosas de tal modo que todos manden, o que nadie sea

⁴⁷ Véase Plutarco, en las *Vidas de Timoleón y de Dion*.

⁴⁸ Es el de los seiscientos de que habla Diodoro, lib. XIX, cap. V.

⁴⁹ Después de echar a los tiranos, hicieron ciudadanos a extranjeros y soldados mercenarios, lo cual dio origen a guerras civiles. Aristóteles, *Política*, lib. V, capítulo III. Habiendo sido el pueblo causa de la victoria sobre los atenienses, la república se transformó, *ibidem*, cap. IV. La pasión de dos jóvenes magistrados, de los cuales uno quitó al otro un muchacho, y el otro la mujer del primero, fue la causa de que se cambiara la forma de esta república, *ibidem*, lib. VII, cap. IV.

mandado, sino en obedecer y mandar a sus iguales. No se trata de no tener un dueño, sino de tener por dueños sólo a los iguales.

En estado natural, los hombres nacen iguales, pero no podrían conservar esta igualdad. La sociedad hace que la pierdan, y ya no volverán a ser iguales si no es en virtud de las leyes.

La diferencia entre la democracia sometida a normas y la que no lo está, es que en la primera todos son iguales en cuanto ciudadanos, y en la otra lo son también en cuanto magistrados, senadores, jueces, padres, maridos o amos.

El lugar natural de la virtud está al lado de la libertad, pero se encuentra tan lejos de la libertad extrema como de la esclavitud.

4. Causa especial de la corrupción del pueblo

Los grandes triunfos, sobre todo aquellos a los que el pueblo contribuye en gran medida, le dan tal orgullo que hacen imposible dirigirle. Celoso de los magistrados, se hará celoso de la magistratura; enemigo de los que gobiernan, pronto lo será de la constitución. Así fue como la victoria de Salamina sobre los persas corrompió la república de Atenas⁵⁰, y así fue como la derrota de los atenienses perdió a la república de Siracusa⁵¹.

La de Marsella no conoció nunca estos grandes cambios que van del rebajamiento a la grandeza, por eso se gobernó siempre con prudencia y conservó sus principios. [...]

6. De la corrupción del principio de la monarquía

Del mismo modo que las democracias se pierden cuando el pueblo despoja de sus funciones al senado, a los magistrados y a los jueces, las monarquías se corrompen cuando se van quitando poco a poco las prerrogativas a los cuerpos, o los privilegios a las ciudades.

En el primer caso, el Estado se encamina al despotismo de todos; en el segundo, al despotismo de uno solo.

[...]

La monarquía se pierde cuando, alterando el orden de las cosas, el príncipe cree mostrar su poder de manera más firme que manteniendo dicho orden; cuando a unos les quita sus funciones naturales para dárselas a otros

⁵⁰ Aristóteles, *Política*, lib. V, cap. IV.

⁵¹ *Ibidem*.

arbitrariamente, y cuando se muestra más amante de sus fantasías que de su voluntad.

La monarquía se pierde cuando el príncipe, poniéndolo todo en relación exclusiva consigo mismo, llama Estado a su capital, capital a su corte y corte a su persona.

Finalmente se pierde cuando el príncipe desconoce su autoridad, su situación, el amor a su pueblo; y cuando no se da cuenta de que un monarca debe creerse siempre seguro, del mismo modo que un déspota debe creerse siempre en peligro.

Segunda parte

Libro XI: De las leyes que dan origen a la libertad política en su relación con la constitución

1. Idea general

Distingo las leyes que dan origen a la libertad política con relación a la constitución, de aquellas que lo hacen con relación al ciudadano. Las primeras constituyen el tema de este libro; trataré de las segundas en el libro siguiente.

2. Diversos significados que se dan a la palabra libertad

No hay una palabra que haya recibido significaciones más diferentes y que haya impresionado los ánimos de maneras tan dispares como la palabra libertad. Unos la han considerado como la facultad de deponer a quien habían dado un poder tiránico; otros, como la facultad de elegir a quién deben obedecer; otros, como el derecho de ir armados y poder ejercer la violencia, y otros, por fin, como el privilegio de no ser gobernados más que por un hombre de su nación o por sus propias leyes⁵². Durante largo tiempo algún pueblo hizo consistir la libertad en el uso de llevar una larga barba⁵³. No han faltado quienes asociando este nombre a una forma de gobierno, excluyeron las demás. Los afectos al gobierno republicano la

⁵² “He copiado —dice Cicerón— el edicto de Escévola, que permite a los griegos terminar entre sí sus diferencias según sus leyes, por lo cual se considera como pueblos libres.”

⁵³ Los moscovitas no pudieron soportar que el zar Pedro les obligase a cortárselas.

radicaron en dicho gobierno; los afectos al gobierno monárquico la situaron en la monarquía⁵⁴. En resumen, cada cual ha llamado libertad al gobierno que se ajustaba a sus costumbres o a sus inclinaciones. Ahora bien, como en una república no se tienen siempre a la vista y de manera tan palpable los instrumentos de los males que se padecen y las leyes aparentan jugar un papel más importante que sus ejecutores, se hace residir normalmente la libertad en las repúblicas, excluyéndola de las monarquías. Por último, como en las democracias parece que el pueblo hace poco más o menos lo que quiere, se ha situado la libertad en este tipo de gobierno, confundiendo el poder del pueblo con su libertad.

3. Qué es la libertad

Es cierto que en las democracias parece que el pueblo hace lo que quiere; pero la libertad política no consiste en hacer lo que uno quiera. En un Estado, es decir, en una sociedad en la que hay leyes, la libertad sólo puede consistir en poder hacer lo que se debe querer y en no estar obligado a hacer lo que no se debe querer.

Hay que tomar conciencia de lo que es la independencia y de lo que es la libertad. La libertad es el derecho de hacer todo lo que las leyes permiten, de modo que si un ciudadano pudiera hacer lo que las leyes prohíben, ya no habría libertad, pues los demás tendrían igualmente esta facultad.

4. Continuación del mismo tema

La democracia y la aristocracia no son Estados libres por su naturaleza. La libertad política no se encuentra más que en los Estados moderados; ahora bien, no siempre aparece en ellos, sino sólo cuando no se abusa del poder. Pero es una experiencia eterna, que todo hombre que tiene poder siente la inclinación de abusar de él, yendo hasta donde encuentra límites. ¡Quién lo diría! La misma virtud necesita límites.

Para que no se pueda abusar del poder es preciso que, por la disposición de las cosas, el poder frene al poder. Una constitución puede ser tal que nadie esté obligado a hacer las cosas no preceptuadas por la ley, y a no hacer las permitidas.

⁵⁴ Los capadocios no aceptaron el Estado republicano que les ofrecieron los romanos.

5. Del fin de los distintos Estados

Aunque todos los Estados tengan, en general, el mismo fin, que es el de mantenerse, cada uno tiene, sin embargo, uno que le es particular. El engrandecimiento era el de Roma; la guerra, el de Lacedemonia; la religión, el de las leyes judaicas; el comercio, el de Marsella; la tranquilidad pública, el de las leyes chinas⁵⁵; la navegación, el de las leyes de Rodas; la libertad natural, el de la legislación de los salvajes; las delicias del príncipe, por lo común, el de los Estados despóticos; la gloria del príncipe y la del Estado, el de las monarquías; el objeto de las leyes de Polonia es la independencia de cada ciudadano, pero de ellas resulta la opresión de todos⁵⁶.

Existe también una nación en el mundo cuya constitución tiene como objeto directo la libertad política. Vamos a examinar los principios en que se funda: si son buenos, la libertad se reflejará en ellos como en un espejo.

Para descubrir la libertad política en la constitución no hace falta mucho esfuerzo. Ahora bien, si se la puede contemplar y si ya se ha encontrado, ¿por qué buscarla más?

6. De la constitución de Inglaterra

Hay en cada Estado tres clases de poderes: el poder legislativo, el poder ejecutivo de los asuntos que dependen del derecho de gentes y el poder ejecutivo de los que dependen del derecho civil.

Por el poder legislativo, el príncipe, o el magistrado, promulga leyes para cierto tiempo o para siempre, y enmienda o deroga las existentes. Por el segundo poder, dispone de la guerra y de la paz, envía o recibe embajadores, establece la seguridad, previene las invasiones. Por el tercero, castiga los delitos o juzga las diferencias entre particulares. Llamaremos a éste poder judicial, y al otro, simplemente, poder ejecutivo del Estado.

La libertad política de un ciudadano depende de la tranquilidad de espíritu que nace de la opinión que tiene cada uno de su seguridad. Y para que exista la libertad⁵⁷ es necesario que el gobierno sea tal que ningún ciudadano pueda temer nada de otro.

⁵⁵ Fin natural de un Estado que no tiene enemigos en el exterior o que cree tenerlos contenidos con barreras.

⁵⁶ Inconveniente del *Liberum veto*.

⁵⁷ Aun cuando un hombre tuviese en Inglaterra tantos enemigos como cabellos tiene en la cabeza, no le pasaría nada; y es mucho, pues la salud del alma es tan necesaria como la del cuerpo. (Notas sobre Inglaterra.)

Cuando el poder legislativo está unido al poder ejecutivo en la misma persona o en el mismo cuerpo, no hay libertad, porque se puede temer que el monarca o el senado promulguen leyes tiránicas para hacerlas cumplir tiránicamente.

Tampoco hay libertad si el poder judicial no está separado del legislativo ni del ejecutivo. Si va unido al poder legislativo, el poder sobre la vida y la libertad de los ciudadanos sería arbitrario, pues el juez sería al mismo tiempo legislador. Si va unido al poder ejecutivo, el juez podría tener la fuerza de un opresor.

Todo estaría perdido si el mismo hombre, el mismo cuerpo de personas principales, de los nobles o del pueblo, ejerciera los tres poderes: el de hacer las leyes, el de ejecutar las resoluciones públicas y el de juzgar los delitos o las diferencias entre particulares.

En la mayor parte de los reinos de Europa el gobierno es moderado porque el príncipe, que tiene los dos primeros poderes, deja a sus súbditos el ejercicio del tercero. En Turquía, donde los tres poderes están reunidos en la cabeza del sultán, reina un terrible despotismo.

En las repúblicas de Italia, los tres poderes están reunidos y hay menos libertad que en nuestras monarquías. Por eso, el gobierno necesita para mantenerse de medios tan violentos como los del gobierno turco. Prueba de ello son los inquisidores de Estado⁵⁸ y el cepillo donde cualquier delator puede, en todo momento, depositar su acusación en una esquila.

Veamos cuál es la situación de un ciudadano en estas repúblicas: el mismo cuerpo de magistratura tiene, como ejecutor de las leyes, todo el poder que se ha otorgado como legislador; puede asolar al Estado por sus voluntades generales, y como tiene además el poder de juzgar, puede destruir a cada ciudadano por sus voluntades particulares.

El poder es único, y aunque no haya pompa exterior que lo delate, se siente a cada instante la presencia de un príncipe despótico.

Por eso, siempre que los príncipes han querido hacerse déspotas, han empezado por reunir todas las magistraturas en su persona; y varios reyes de Europa, todos los grandes cargos del Estado.

Creo que la mera aristocracia hereditaria de las repúblicas de Italia no corresponde precisamente al despotismo de Asia. Una gran cantidad de magistrados suele moderar la magistratura, pues no todos los nobles concurren en los mismos designios y se forman distintos tribunales que contrarrestan su poder. Así, en Venecia, el consejo supremo se ocupa de la legislación, el pregadi de la ejecución y los cuaranti del poder de juzgar.

⁵⁸ En Venecia.

Pero el mal reside en que estos tribunales diferentes están formados por magistrados que pertenecen al mismo cuerpo, lo que quiere decir que no forman más que un solo poder.

El poder judicial no debe darse a un senado permanente, sino que lo deben ejercer personas del pueblo⁵⁹, nombradas en ciertas épocas del año de la manera prescrita por la ley, para formar un tribunal que sólo dure el tiempo que la necesidad lo requiera.

De esta manera, el poder de juzgar, tan terrible para los hombres, se hace invisible y nulo, al no estar ligado a determinado estado o profesión. Como los jueces no están permanentemente a la vista, se teme a la magistratura, pero no a los magistrados.

Es preciso incluso que, en las acusaciones graves, el reo, conjuntamente con la ley, puede elegir sus jueces, o al menos que pueda recusar tantos que, los que queden, puedan considerarse como de su elección.

Los otros dos poderes podrían darse a magistrados o a cuerpos permanentes porque no se ejercen sobre ningún particular, y son, el uno, la voluntad general del Estado, y el otro, la ejecución de dicha voluntad general.

Pero si los tribunales no deben ser fijos, sí deben serlo las sentencias, hasta el punto que deben corresponder siempre al texto expreso de la ley. Si fueran una opinión particular del juez, se viviría en la sociedad sin saber con exactitud los compromisos contraídos con ella.

Es necesario además que los jueces sean de la misma condición que el acusado, para que éste no pueda pensar que cae en manos de gentes propensas a irrogarle daño.

Si el poder legislativo deja al ejecutivo el derecho de encarcelar a los ciudadanos que pueden responder de su conducta, ya no habrá libertad, a menos que sean detenidos para responder, sin demora, a una acusación que la ley considere capital, en cuyo caso son realmente libres, puesto que sólo están sometidos al poder de la ley.

Pero si el poder legislativo se creyera en peligro por alguna conjura secreta contra el Estado, o alguna inteligencia con los enemigos del exterior, podría permitir al poder ejecutivo, por un período de tiempo corto y limitado, detener a los ciudadanos sospechosos, quienes perderían la libertad por algún tiempo, pero para conservarla siempre.

Éste es el único medio conforme a la razón de suplir la tiránica magistratura de los éforos, y de los inquisidores de Estado de Venecia, que son tan despóticos como aquellos.

⁵⁹ Como en Atenas.

Puesto que en un Estado libre, todo hombre, considerado como poseedor de un alma libre, debe gobernarse por sí mismo, sería preciso que el pueblo en cuerpo desempeñara el poder legislativo. Pero como esto es imposible en los grandes Estados, y como está sujeto a mil inconvenientes en los pequeños, el pueblo deberá realizar por medio de sus representantes lo que no puede hacer por sí mismo.

Se conocen mejor las necesidades de la propia ciudad que las de las demás ciudades y se juzga mejor sobre la capacidad de los vecinos que sobre la de los demás compatriotas. No es necesario, pues, que los miembros del cuerpo legislativo provengan, en general, del cuerpo de la nación, sino que conviene que, en cada lugar principal, los habitantes elijan un representante.

La gran ventaja de los representantes es que tienen capacidad para discutir los asuntos. El pueblo en cambio no está preparado para esto, lo que constituye uno de los grandes inconvenientes de la democracia.

Cuando los representantes han recibido de quienes los eligieron unas instrucciones generales, no es necesario que reciban instrucciones particulares sobre cada asunto, como se practica en las dietas de Alemania. Verdad es que, de esta manera, la palabra de los diputados sería más propiamente la expresión de la voz de la nación, pero esta práctica llevaría a infinitas dilaciones, haría a cada diputado dueño de los demás y, en los momentos más apremiantes, toda la fuerza de la nación podría ser detenida por un capricho.

Dice acertadamente M. Sidney que cuando los diputados representan a un cuerpo del pueblo, como en Holanda, deben dar cuenta a los que les han delegado. Pero cuando son diputados por las ciudades, como en Inglaterra, no ocurre lo mismo.

Todos los ciudadanos de los diversos distritos deben tener derecho a dar su voto para elegir al representante, exceptuando aquellos que se encuentren en tan bajo estado que se les considere carentes de voluntad propia.

Existía un gran defecto en la mayor parte de las repúblicas de la antigüedad: el pueblo tenía derecho a tomar resoluciones activas que requirieran cierta ejecución, cosa de la que es totalmente incapaz. El pueblo no debe entrar en el gobierno más que para elegir a sus representantes, que es lo que está a su alcance. Pues si hay pocos que conozcan el grado exacto de la capacidad humana, cada cual es capaz, sin embargo, de saber, en general, si su elegido es más competente que los demás.

El cuerpo representante no debe ser elegido tampoco para tomar una resolución activa, lo cual no haría bien, sino para promulgar leyes o para ver

si se han cumplido adecuadamente las que hubiera promulgado, cosa que no sólo puede realizar muy bien, sino que sólo él puede hacer.

Hay siempre en los Estados personas distinguidas por su nacimiento, sus riquezas o sus honores que si estuvieran confundidas con el pueblo y no tuvieran más que un voto como los demás, la libertad común sería esclavitud para ellas y no tendrían ningún interés en defenderla, ya que la mayor parte de las resoluciones irían en contra suya. La parte que tomen en la legislación debe ser, pues, proporcionada a las demás ventajas que poseen en el Estado, lo cual ocurrirá si forman un cuerpo que tenga derecho a oponerse a las tentativas del pueblo, de igual forma que el pueblo tiene derecho a oponerse a las suyas.

De este modo, el poder legislativo se confiará al cuerpo de nobles y al cuerpo que se escoja para representar al pueblo; cada uno de ellos se reunirá en asambleas y deliberará con independencia del otro, y ambos tendrán miras e intereses separados.

De los tres poderes de que hemos hablado, el de juzgar es, en cierto modo, nulo. No quedan más que dos que necesiten de un poder regulador para atemperarlos. La parte del cuerpo legislativo compuesta por nobles es muy propia para ello.

El cuerpo de los nobles debe ser hereditario. Lo es, en principio, por su naturaleza, pero además es preciso que tenga gran interés en conservar sus prerrogativas, odiosas por sí mismas y en peligro continuo en un Estado libre.

Pero un poder hereditario podría inclinarse a cuidar de sus intereses y a olvidar los del pueblo; y así en cosas susceptibles de fácil soborno, como las leyes concernientes a la recaudación del dinero, es necesario que dicho poder participe en la legislación en razón de su facultad de impedir, pero no por su facultad de estatuir.

Llamo facultad de estatuir al derecho de ordenar por sí mismo o de corregir lo que ha sido ordenado por otro, y llamo facultad de impedir al derecho de anular una resolución tomada por otro, lo que constituía la potestad de los tribunos en Roma. Aunque aquel que tiene la facultad de impedir tenga también el derecho de aprobar, esta aprobación no es, en este caso, más que la declaración de que no hace uso de su facultad de impedir, y se deriva de esta misma facultad.

El poder ejecutivo debe estar en manos de un monarca, porque esta parte del gobierno, que necesita casi siempre de una acción rápida, está mejor administrada por una sola persona que por varias; y al contrario, las cosas concernientes al poder legislativo se ordenan mejor por varios que por uno solo.

Si no hubiera monarca y se confiara el poder ejecutivo a cierto número de personas del cuerpo legislativo, la libertad no existiría, pues los

dos poderes estarían unidos, ya que las mismas personas participarían en uno y otro.

Si el cuerpo legislativo no se reuniera en asamblea durante un espacio de tiempo considerable, no habría libertad, pues sucedería una de estas dos cosas: o no existirían resoluciones legislativas, en cuyo caso el Estado caería en la anarquía, o dichas resoluciones serían tomadas por el poder ejecutivo, que se haría absoluto.

Es inútil que el cuerpo legislativo esté siempre reunido: sería incómodo para los representantes y, por otra parte, ocuparía demasiado al poder ejecutivo, el cual no pensaría en ejecutar, sino en defender sus prerrogativas y su derecho de ejecutar.

Además, si el cuerpo legislativo estuviese continuamente reunido, podría suceder que sólo se nombraran nuevos diputados en el lugar de los que muriesen. En este caso, si el cuerpo legislativo se corrompiera, el mal no tendría remedio. Cuando varios cuerpos legislativos se suceden, si el pueblo tiene mala opinión del actual, pone sus esperanzas, con razón, en el que vendrá después. Pero si hubiera siempre un mismo cuerpo, el pueblo no esperaría ya nada de sus leyes al verle corrompido; se enfurecería o caería en la indolencia.

El cuerpo legislativo no debe reunirse a instancia propia, pues se supone que un cuerpo no tiene voluntad más que cuando está reunido en asamblea; si no se reuniera unánimemente, no podría saberse qué parte es verdaderamente el cuerpo legislativo, si la que está reunida o la que no lo está. Si tuviera derecho a prorrogarse a sí mismo, podría ocurrir que no se prorrogase nunca, lo cual sería peligroso en el caso de que quisiera atentar contra el poder ejecutivo. Por otra parte, hay momentos más convenientes que otros para la asamblea del cuerpo legislativo; así pues, es preciso que el poder ejecutivo regule el momento de la celebración y la duración de dichas asambleas, según las circunstancias que él conoce.

Si el poder ejecutivo no posee el derecho de frenar las aspiraciones del cuerpo legislativo, éste será despótico, pues, como podrá atribuirse todo el poder imaginable, aniquilará a los demás poderes.

Recíprocamente el poder legislativo no tiene que disponer de la facultad de contener al poder ejecutivo, pues es inútil limitar la ejecución, que tiene sus límites por naturaleza; y además, el poder ejecutivo actúa siempre sobre cosas momentáneas. Era éste el defecto del poder de los tribunos de Roma, pues no sólo ponía impedimentos a la legislación, sino también a la ejecución, lo cual causaba graves perjuicios.

Pero si en un Estado libre el poder legislativo no debe tener derecho a frenar al poder ejecutivo, tiene, sin embargo, el derecho y debe tener la

facultad de examinar cómo son cumplidas las leyes que ha promulgado. Es la ventaja de este gobierno sobre el de Creta y el de Lacedemonia, donde los comes y los éforos no daban cuenta de su administración.

Cualquiera que sea este examen, el cuerpo legislativo no debe tener potestad para juzgar la persona, ni por consiguiente la conducta del que ejecuta. Su persona debe ser sagrada, porque, como es necesaria al Estado para que el cuerpo legislativo no se haga tiránico, en el momento en que sea acusado o juzgado ya no habrá libertad.

En ese caso el Estado no sería una monarquía, sino una república no libre. Pero como el que ejecuta no puede ejecutar mal sin tener malos consejeros que odien las leyes como ministros, aunque éstas les favorezcan como hombres, se les puede buscar y castigar. Es la ventaja de este gobierno sobre el de Gnido, donde nunca se podía dar razón al pueblo de las injusticias que se cometían contra él, ya que la ley no permitía llamar a juicio a los amimones⁶⁰, ni siquiera después de concluida su administración⁶¹.

Aunque, en general, el poder judicial no debe estar unido a ninguna parte del legislativo, hay, sin embargo, tres excepciones, basadas en el interés particular del que ha de ser juzgado.

Los grandes están siempre expuestos a la envidia, y si fueran juzgados por el pueblo, podrían correr peligro, y además no serían juzgados por sus iguales, privilegio que tiene hasta el menor de los ciudadanos en un Estado libre. Así, pues, los nobles deben ser citados ante la parte del cuerpo legislativo compuesta por nobles, y no ante los tribunales ordinarios de la nación.

Podría ocurrir que la ley, que es ciega y clarividente a la vez, fuera, en ciertos casos, demasiado rigurosa. Los jueces de la nación no son, como hemos dicho, más que el instrumento que pronuncia las palabras de la ley, seres inanimados que no pueden moderar ni la fuerza ni el rigor de las leyes. La parte del cuerpo legislativo que considerábamos como tribunal necesario, anteriormente, lo es también en esta ocasión: a su autoridad suprema corresponde moderar la ley en favor de la propia ley, fallando con menos rigor que ella.

Pudiera también ocurrir que algún ciudadano violara los derechos del pueblo en algún asunto público y cometiera delitos que los magistrados no pudieran o no quisieran castigar. En general, el poder legislativo no puede castigar, y menos aún en este caso en que representa la parte interesada, que es el pueblo. Así, pues, sólo puede ser la parte que acusa, pero ¿ante quién

⁶⁰ Magistrados que el pueblo elegía todos los años. Véase Esteban de Bizancio.

⁶¹ Se podía acusar a los magistrados romanos después de su magistratura. Véase la causa del tribuno Genucio en Dionisio de Halicarnaso, lib. IX.

acusará? No podrá rebajarse ante los tribunales de la ley que son inferiores y que además, al estar compuestos por personas pertenecientes al pueblo, como ella, se verían arrastrados por la autoridad de tan gran acusador. Para conservar la dignidad del pueblo y la seguridad del particular será preciso que la parte legislativa del pueblo acuse ante la parte legislativa de los nobles, la cual no tiene los mismos intereses ni las mismas pasiones que aquélla.

Esta es la ventaja del gobierno al que nos referimos sobre la mayor parte de las repúblicas antiguas, donde existía el abuso de que el pueblo era al mismo tiempo juez y acusador.

El poder ejecutivo, como hemos dicho, debe participar en la legislación en virtud de su facultad de impedir, sin lo cual pronto se vería despojado de sus prerrogativas. Pero si el poder legislativo participa en la ejecución, el ejecutivo se perderá igualmente.

Si el monarca participara en la legislación en virtud de su facultad de estatuir, tampoco habría libertad. Pero como le es necesario, sin embargo, participar en la legislación para defenderse, tendrá que hacerlo en virtud de su facultad de impedir.

La causa del cambio de gobierno en Roma fue que si bien el Senado tenía una parte en el poder ejecutivo, y los magistrados la otra, no poseían, como el pueblo, la facultad de impedir.

He aquí, pues, la constitución fundamental del gobierno al que nos referimos: el cuerpo legislativo está compuesto de dos partes, cada una de las cuales tendrá sujeta a la otra por su mutua facultad de impedir, y ambas estarán frenadas por el poder ejecutivo que lo estará a su vez por el legislativo.

Los tres poderes permanecerían así en reposo o inacción, pero, como por el movimiento necesario de las cosas están obligados a moverse, se verán forzados a hacerlo de común acuerdo.

El poder ejecutivo no puede entrar en el debate de los asuntos, pues sólo forma parte del legislativo por su facultad de impedir. Ni siquiera es necesario que proponga, pues, como tiene el poder de desaprobación las resoluciones, puede rechazar las decisiones de las propuestas que hubiera deseado no se hicieran.

En algunas repúblicas antiguas, en las que el pueblo en cuerpo discutía los asuntos, era natural que el poder ejecutivo los propusiera y los discutiera con él, sin lo cual se habría producido una extraordinaria confusión en las resoluciones.

Si el poder ejecutivo estatuye sobre la recaudación de impuestos de manera distinta que otorgando su consentimiento, no habría tampoco libertad porque se transformaría en legislativo en el punto más importante de la legislación.

Si el poder legislativo estatuye sobre la recaudación de impuestos, no de año en año, sino para siempre, corre el riesgo de perder su libertad porque el poder ejecutivo ya no dependerá de él. Cuando se tiene tal derecho para siempre, es indiferente que provenga de sí mismo o de otro. Ocurre lo mismo si legisla para siempre y no de año en año sobre las fuerzas de tierra y mar que debe confiar al poder ejecutivo.

Para que el ejecutivo no pueda oprimir es preciso que los ejércitos que se le confían sean pueblo y estén animados del mismo espíritu que el pueblo, como ocurrió en Roma hasta la época de Mario. Y para que así suceda sólo existen dos medios: que los empleados en el ejército tengan bienes suficientes para responder de su conducta ante los demás ciudadanos y que no se alistén más que por un año, como se hacía en Roma, o si hay un cuerpo de tropas permanente, constituido por las partes más viles de la nación, es preciso que el poder legislativo pueda desarticularlo en cuanto lo desee, que los soldados convivan con los ciudadanos y que no haya campamentos separados, ni cuarteles, ni plazas de guerra.

Una vez formado el ejército, no debe depender inmediatamente del cuerpo legislativo, sino del poder ejecutivo, y ello por su propia naturaleza, ya que su misión consiste más en actuar que en deliberar.

Es propio del modo de pensar humano que se dé más importancia al valor que a la timidez, a la actividad que a la prudencia, a la fuerza que a los consejos: el ejército menospreciará siempre al senado y respetará a los oficiales. No dará importancia a órdenes que le vengan de un cuerpo compuesto por personas a quien estime tímidas y, por tanto, indignas de mandarle. Así, en cuanto el ejército dependa únicamente del cuerpo legislativo, el gobierno se hará militar. Y si alguna vez ocurrió lo contrario fue a causa de circunstancias extraordinarias: bien porque el ejército estuviera siempre separado, bien porque estuviese compuesto de varios cuerpos que dependiesen cada uno de su provincia particular, bien porque las capitales fueran plazas excelentes que se defendiesen únicamente por su situación y sin tener tropas.

Holanda está aún más segura que Venecia: si las tropas se sublevaran las aniquilaría haciéndolas morir de hambre; como no residen en ciudades que puedan suministrarles víveres, su subsistencia es precaria.

En el caso en que el ejército esté gobernado por el cuerpo legislativo, ciertas circunstancias impiden al gobierno hacerse militar, pero se caerá en otros inconvenientes y entonces será preciso que el ejército destruya al gobierno o que el gobierno debilite al ejército.

Dicho debilitamiento derivará de una causa fatal: la debilidad misma del gobierno.

El que lea la admirable obra de Tácito *Sobre las costumbres de los germanos*⁶² se dará cuenta de que los ingleses han tomado de ellos la idea de su gobierno político. Este magnífico sistema fue hallado en los bosques.

Como todas las cosas humanas tienen un fin, el Estado del que hablamos, al perder su libertad, perecerá también. Roma, Lacedemonia y Cartago perecieron. Este Estado morirá cuando el poder legislativo esté más corrompido que el ejecutivo.

No soy quien para examinar si los ingleses gozan ahora de libertad o no. Me basta decir que está establecida por las leyes, y no busco más.

No pretendo con esto rebajar a los demás gobiernos, ni decir que esta suma libertad política deba mortificar a los que sólo la tienen moderada. ¿Cómo lo iba a decir yo, que creo que el exceso de razón no es siempre deseable y que los hombres se adaptan mejor a los medios que a los extremos?

Harrington, en su *Oceana*, ha examinado también cuál era el punto más alto de libertad que puede alcanzar la constitución de un Estado. Pero se puede decir de él que buscó la libertad después de haberla ignorado y que construyó Calcedonia, teniendo a la vista las costas de Bizancio.

7. De las monarquías que conocemos

Las monarquías que conocemos no tienen por objeto directo la libertad como ésta de la que hemos hablado, sino que aspiran tan sólo a la gloria de los ciudadanos, del Estado y del príncipe. De esta gloria resulta, sin embargo, un espíritu de libertad que en dichos Estados puede lograr tan grandes cosas, y puede contribuir tanto al bienestar, como la propia libertad.

Los tres poderes no están distribuidos ni fundidos según el modelo de la constitución de que hemos hablado, sino que cada uno tiene una distribución particular, según la cual se acercan más o menos a la libertad política, de modo que si no se acercaran, la monarquía degeneraría en despotismo.

⁶² Cap. XI, *De minoribus rebus principes consultant, de majoribus omnes; ita tamen ut ea quoque quorum penes plebem arbitrium est apud principes pertractentur.*

8. Por qué los antiguos no tenían una idea clara de la monarquía

[...]

He aquí cómo se formó el primer plan de monarquía que conocemos: las naciones germánicas que conquistaron el Imperio romano gozaban, como se sabe, de gran libertad. No hay más que consultar el libro de Tácito *Sobre las costumbres de los germanos*. Los conquistadores se extendieron por el país, habitando más en el campo que en las ciudades. Cuando todavía vivían en Germania, toda la nación podía reunirse en asamblea, pero después que se dispersaron en la conquista, no lo pudieron hacer. Sin embargo, era preciso que la nación deliberase sobre los asuntos, como había practicado antes de la conquista, y lo hizo por medio de representantes. Éste fue el origen del gobierno gótico entre nosotros. Primero era una mezcla de aristocracia y de monarquía, pero tenía el inconveniente de que el pueblo bajo era esclavo. Era un buen gobierno que llevaba en sí la capacidad de mejorar: se introdujo luego la costumbre de conceder cartas de manumisión, y en poco tiempo se coordinaron tan perfectamente la libertad civil del pueblo, las prerrogativas de la nobleza y del clero y el poder de los reyes, que no creo que haya habido sobre la tierra gobierno más moderado como el que tuvo cada una de las partes de Europa durante el tiempo que allí subsistió. Es admirable que la corrupción del gobierno de un pueblo conquistador haya dado origen al mejor tipo de gobierno que los hombres hayan podido imaginar.

Libro XII: De las leyes que dan origen a la libertad política en su relación con el ciudadano

1. Idea de este libro

No basta con tratar la libertad política en su relación con la constitución; hay que estudiarla también en su relación con el ciudadano.

Ya he dicho que, en el primer supuesto, la libertad se basa en cierta distribución de los tres poderes; pero en el segundo hay que considerarla partiendo de otra idea. En este sentido consiste en la seguridad o en la opinión que cada uno tiene de su seguridad.

Puede ocurrir que la constitución sea libre y que el ciudadano no lo sea, o que el ciudadano sea libre y la constitución no. En tales casos la constitución será libre de derecho y no de hecho, y el ciudadano será libre de hecho y no de derecho.

En relación con la constitución son sólo las disposiciones de las leyes, y más exactamente de las leyes fundamentales, las que dan origen a la

libertad. Sin embargo, en relación con el ciudadano, pueden originarla las costumbres, hábitos y ejemplos recibidos, y pueden favorecerlas ciertas leyes civiles, como vamos a ver en este libro.

Además, como en la mayor parte de los Estados la libertad aparece comprometida, contrariada o limitada más de lo que determina su constitución, conviene hablar de las leyes particulares que, en cada constitución, pueden favorecer o contrariar el principio de la libertad de que cada uno de ellos es susceptible.

2. De la libertad del ciudadano

La libertad filosófica consiste en el ejercicio de la voluntad propia, o, al menos (si es preciso abarcar todos los sistemas), en la opinión que cada uno tiene de que ejerce su voluntad. La libertad política consiste en la seguridad, o al menos en la opinión que se tiene de la propia seguridad.

Dicha seguridad no se ve nunca tan atacada como en las acusaciones públicas o privadas. Así, pues, la libertad del ciudadano depende principalmente de que las leyes criminales sean buenas.

[...]

19. Cómo se suspende el uso de la libertad en la república

En los Estados donde se da más importancia a la libertad hay leyes que la quebrantan, cuando se trata de la libertad individual, para conservar la de todos. Tales son en Inglaterra los “bills” llamados de *atteindre*. Son semejantes a aquellas leyes de Atenas que estatúan contra un particular⁶³, con la condición de que se hicieran con el voto de seis mil ciudadanos. Se parecen también a las que se hicieron en Roma contra los ciudadanos particulares, llamadas privilegios⁶⁴, que sólo se hacían en las grandes asambleas del pueblo. Pero sea cual fuere la manera de promulgarlas, Cicerón pretendió que se abolieran, porque la fuerza de la ley consiste en estatuir para todos⁶⁵. Confieso, sin embargo, que el uso de los pueblos más libres de la tierra me inclina a creer que hay casos en los que, por un momento,

⁶³ *Legem de singulari aliquo ne rogato, nisi sex millibus ita visum. Ex Andocide de mysteriis*. Es el ostracismo.

⁶⁴ *De privis hominibus latae*. Cicerón, *De leg.*, lib. III, cap. XIX.

⁶⁵ *Scitum est jussum in omnes*. Cicerón, *ibídem*.

se debe poner un velo a la libertad, del mismo modo que se ocultan las estatuas de los dioses.

Tercera parte

Libro XIX: De las leyes en relación con los principios que forman el espíritu general, las costumbres y los hábitos de una nación

1. De la materia de este libro

Esta materia es muy extensa. En la multitud de ideas que se presentan en mi mente, atenderé más al orden de las cosas que a las cosas mismas. Es preciso que deje cosas a derecho e izquierda, que me abra camino y que llegue a ver claro.

3. De la tiranía

Hay dos clases de tiranía: una, real, que consiste en la violencia del gobierno, y otra, de opinión, que se deja sentir cuando los que gobiernan ordenan cosas opuestas a la manera de pensar de una nación. [...]

4. Qué es el espíritu general

Varias cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres y los hábitos, de todo lo cual resulta un espíritu general.

A medida que una de estas causas actúa en cada nación con más fuerza, las otras ceden en proporción. La naturaleza y el clima dominan casi exclusivamente en los países salvajes; los hábitos gobiernan a los chinos; las leyes tiranizan al Japón; las costumbres daban el tono antiguamente en Lacedemonia; las máximas del gobierno y las costumbres antiguas lo daban en Roma.

5. Hay que tener mucho cuidado de no cambiar el espíritu general de una nación

Si hubiera una nación en el mundo que tuviera humor sociable, corazón abierto, alegría de vivir, gusto, facilidad de comunicar su pensa-

miento, que fuese vivaz, agradable, a veces imprudente, a menudo indiscreta, y que tuviese además valentía, generosidad, franqueza y cierto pundonor, no se deberían poner estorbos a sus hábitos, mediante leyes, para no estorbar a sus virtudes. Si el carácter es bueno en general, no importa que tenga algunos defectos.

En estas naciones se podría contener a las mujeres, hacer leyes para corregir sus costumbres y limitar su lujo, pero ¿quién sabe si con ello se perdería cierto gusto que constituye una fuente de riqueza para la nación y cierta cortesía que atrae a los extranjeros?

Corresponde al legislador acomodarse al espíritu de la nación, siempre que no sea contrario a los principios del gobierno, pues nada hacemos mejor que aquello que hacemos libremente y dejándonos llevar por nuestro carácter natural.

Que no se dé un espíritu de pedantería a una nación naturalmente alegre; el Estado no ganaría nada con ello, ni interna, ni externamente. Dejadla que haga seriamente las cosas frívolas y alegremente las cosas serias.

21. Cómo deben relacionarse las leyes con las costumbres y los hábitos

Sólo algunas instituciones singulares confunden así cosas naturalmente separadas, como son las leyes, las costumbres y los hábitos; pero aunque estén separadas no dejan de guardar entre sí grandes relaciones.

Preguntaron a Solón si las leyes que había dado a los atenienses eran las mejores, a lo que respondió: “Yo les he dado las mejores que podían soportar”. Hermosas palabras que deberían oír todos los legisladores. Cuando la sabiduría divina dijo al pueblo judío: “Os he dado preceptos que no son buenos”, quería decir que sólo eran buenos relativamente, lo cual es la esponja que borra todas las dificultades que se puedan poner a propósito de las leyes de Moisés.

22. Continuación del mismo tema

Cuando un pueblo tiene buenas costumbres, las leyes se simplifican. Platón⁶⁶ dice que Radamante, gobernante de un pueblo en extremo religioso, despachaba todos los procesos rápidamente, sólo con recibir el

⁶⁶ De las *Leyes*, lib. XII.

juramento sobre cada punto de la acusación. Pero el mismo Platón dice⁶⁷ que cuando un pueblo no es religioso, no se puede usar el juramento más que en el caso en que el que jura no tenga intereses, como el juez o los testigos.

23. Cómo las leyes siguen a las costumbres

En los tiempos en que las costumbres de los romanos eran puras, no había ninguna ley especial contra el peculado. Cuando este delito hizo su aparición, se le consideró tan infame que se veía como un gran castigo estar condenado a restituir⁶⁸ lo que se había tomado: prueba de ello es el juicio de Escipión⁶⁹.

24. Continuación del mismo tema

Las leyes que dan la tutela a la madre atienden más a la conservación de la persona del pupilo; las que la dan al más próximo heredero atienden más a la conservación de los bienes. En los pueblos de costumbres corrompidas es mejor dar la tutela a la madre, pero en aquellos en que las leyes pueden confiar en las costumbres de los ciudadanos, se da la tutela al heredero de los bienes o a la madre, y a veces a los dos juntos.

Si reflexionamos sobre las leyes romanas encontraremos que su espíritu es conforme a lo que digo. En la época en que se hizo la ley de las Doce Tablas, las costumbres eran admirables en Roma. Se concedía la tutela al pariente más próximo del pupilo, pensando que la carga de la tutela debía recaer sobre aquel que podía tener la ventaja de la sucesión. No se pensó que la vida del pupilo corriera peligro, aunque estuviera en manos de aquel a quien su muerte debía aprovechar. Pero cuando las costumbres cambiaron, los legisladores cambiaron igualmente de modo de pensar. “Si en la sustitución pupilar —dicen Cayo⁷⁰ y Justiniano⁷¹— el testador teme que el sustituido tienda trampas al pupilo, puede dejar al descubierto la

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ *In simplun*.

⁶⁹ Tito Livio, lib. XXXVIII, cap. III.

⁷⁰ Instit., lib. II, tit. VI, 2, compilación de Ozel, en Leyden, 1658.

⁷¹ Instit., lib. II, *De pupil. substit.*, 3.

sustitución vulgar⁷² y poner la pupilar en una parte del testamento que no podrá abrirse más que pasado cierto tiempo.” Eran temores y precauciones desconocidos para los próximos romanos. □

⁷² La sustitución corriente consiste en que: “si una persona no toma la herencia, yo le sustituyo”, etc. La pupilar consiste en que: “si la persona muere antes de la pubertad, yo le sustituyo”, etc.